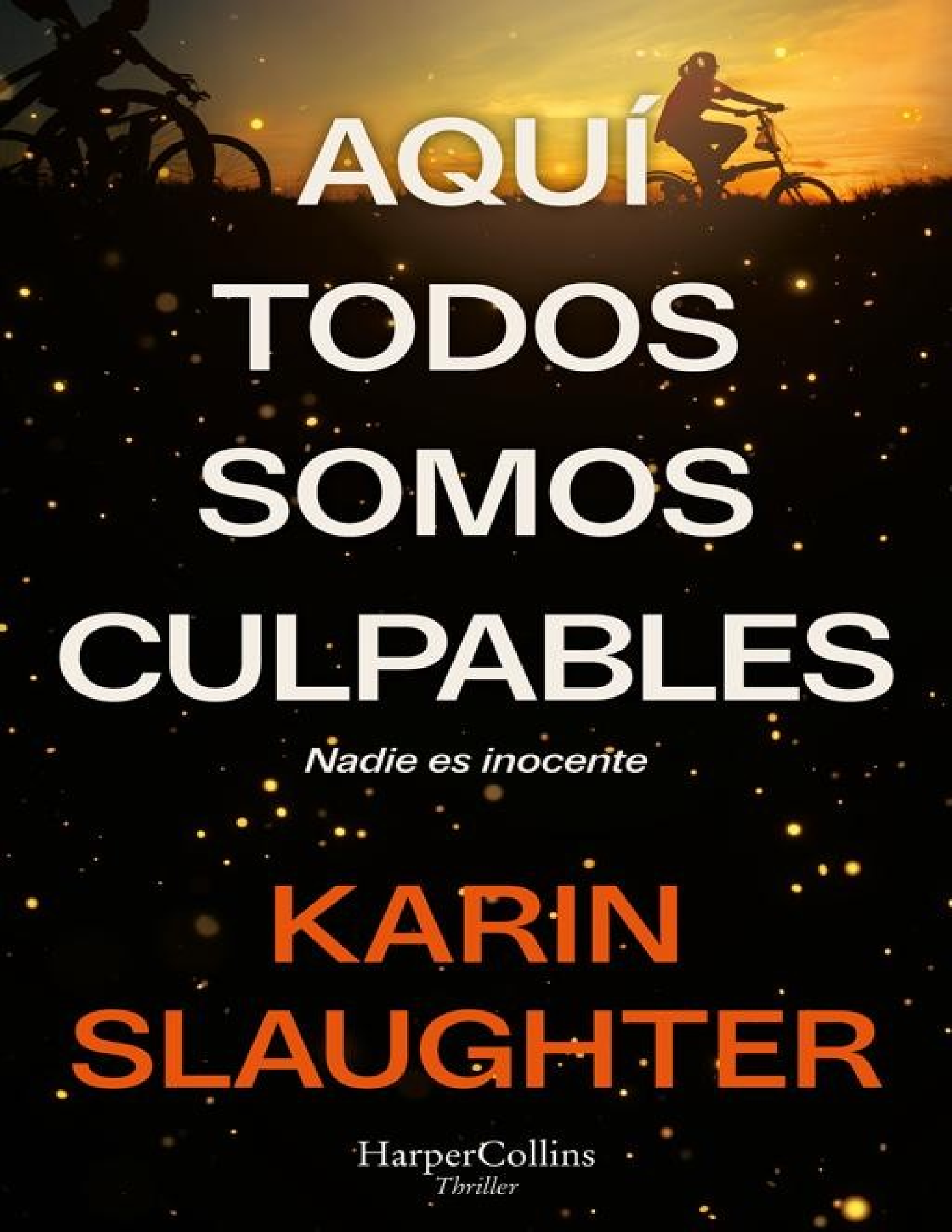

AQUÍ
TODOS
SOMOS
CULPABLES
Nadie es inocente
KARIN
SLAUGHTER
HarperCollins
Thriller

Portadilla

AQUÍ TODOS SOMOS CULPABLES

KARIN SLAUGHTER

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www. harpercollinsiberica.com

Título original: *We Are All Guilty Here*
© Karin Slaughter 2025
© De la traducción del inglés, Victoria Horrillo Ledesma
© De esta edición, HarperCollins Ibérica, S. A., 2026
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: Brian Moore

Imágenes de cubierta: © Getty Images

ISBN: 9788410644670

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Doce años después
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Doce días después
- Capítulo 20

Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para Kate y Kitty Sunshine, que han pasado por algunas cosas

Cita

«Si quieres un final feliz, todo depende, claro, de dónde pares la historia».

ORSON WELLES, *La gran rueda del poder* (1982)

Capítulo 1

Madison Dalrymple apoyó el hombro en el enorme roble e intentó no agobiarse. Cheyenne llegaba tarde. Tarde no, tardísimo. No era así como debía ir el plan. Habían quedado en encontrarse en el parque, bajo el roble, a las ocho en punto como muy tarde. Sin embargo, eran ya y veinte y Cheyenne no había aparecido ni había llamado ni escrito, tampoco contestaba a sus llamadas ni a sus mensajes, y entre el calor y el agobio Madison estaba sudando como un pollo. Tenía la camiseta pegada a la espalda. Los pantalones cortos, arrugados por el medio. La bolsa de maría que le había comprado al viejo Perver prácticamente se estaba cociendo en su bolsillo delantero.

Quizá quedar en el parque había sido mala idea, aunque su padre no les había dejado muchas opciones. El día anterior le había soltado de repente que la familia al completo iba a pasar el cumpleaños de Madison viendo los fuegos artificiales, como si fuera una sorpresa que a ella pudiera hacerle ilusión. Cumplir quince años no era tan importante como cumplir dieciséis, pero tener que ir al parque con su padre, su madrastra y el quejica de su hermano parecía más un castigo que una celebración. Había moscas y mosquitos por todas partes. La comida era horrible. El ponche, como jarabe para la tos. Había por lo menos doscientas personas esparcidas por el campo y chapoteando en el lago mientras esperaban a que empezaran los fuegos, y Madison los odiaba a todos, uno por uno.

—Cheyenne —murmuró mientras paseaba la mirada entre *mullets* y permanentes de caniche—, ¿dónde te has metido?

Al menos se estaba poniendo el sol, por fin. Esa mañana, a las diez, la temperatura ya superaba los treinta y ocho grados. El agua del lago estaba más caliente que la de una bañera. Hacía horas que

se le había ido el protector solar, de tanto sudar. Tenía la piel abrasada. Madison observó las ondas de calor que se elevaban temblando desde el aparcamiento de lo alto de la colina. Los coches estaban apiñados. Había bicicletas abandonadas a lo largo de la acera y por las escaleras. Alguien había apagado los focos. Los fuegos artificiales estaban a punto de empezar. Todo el pueblo se comportaba como si el Cuatro de Julio fuera importantísimo, pese a que nadie sabía la diferencia entre la Constitución y la Declaración de Independencia y tenían que tararear casi toda la letra del himno nacional cuando lo tocaba la banda de la escuela.

Solo era una excusa para atiborrarse a comer y beber y olvidarse de que estaban atrapados en aquel pueblucho de mierda, húmedo y maloliente.

Madison apretó el teléfono que tenía en la mano. Su madrastra ya había llamado dos veces para preguntarle dónde estaba. Hannah se comportaba como si quisiera que fueran una gran familia feliz, pero Madison sabía que era puro teatro: en realidad, solo fingía que era su verdadera madre; que no la odiaba en secreto. Y lo peor de todo era que su padre actuaba como si ella, Madison, fuera el problema. Su verdadera madre, la esposa de su padre, solo llevaba muerta ocho años, y él hacía como si nunca hubiera existido.

—Mierda —masculló Madison.

No iba a dejar que Hannah se lo estropeara todo. Esta vez no. Volvió a mirar la hora en el móvil. Cheyenne llegaba oficialmente veintiséis minutos tarde. Madison respiró hondo y se dijo que veintiséis minutos no era tanto. Una vez, Cheyenne llegó una hora tarde y un coche extraño la dejó en la puerta de la casa de Madison. Y ni siquiera era un Mustang o un Corvette, sino una ranchera con pegatinas en la parte de atrás: papá, mamá, dos niños y un perro. Hannah no vio el coche, pero se comportó como una madrastra criticona al ver el chupetón que Cheyenne tenía en el cuello y la miró entornando los ojos como si pensara: «Será puta».

—¿Madison?

—¡Qué! —gritó.

Empezó a sudar de verdad al darse cuenta de que quien la había llamado era la mejor amiga de Hannah. El hecho de que Emmy

Clifton-Lang fuera policía la alteró aún más.

—Vaya, sí que estás nerviosa —dijo Emmy—. ¿Pasa algo, cumpleañera?

—No, nada. —Madison se refrenó para no tapar con la mano la bolsa de maría que llevaba en el bolsillo—. Estoy bien.

—Pues no lo parece. ¿Estás bebiendo suficiente agua? —Emmy se quitó el sombrero. Tenía el pelo rizado natural, pero se lo recogía en un moño como una vieja, aunque Hannah y ella habían cumplido treinta años el mes anterior—. Hace más calor de lo que se cree la gente.

—Ya lo sé —contestó Madison. ¿Se creía que era tonta o qué?—. Por eso estoy debajo de un árbol. A la sombra. Sola.

Emmy no captó la indirecta. Apoyó la mano en el árbol.

—¿Conoces el dicho «no permitas que los árboles te impidan ver el bosque»?

Madison puso cara de fastidio. Últimamente, la gente no hacía más que darle consejos que no había pedido.

—¿Qué?

—A veces, una se cree que sabe con quién está tratando y no hace caso de las señales que indican que quizá esa persona no es lo que más le conviene. —Emmy se encogió de hombros—: A veces, no ves el cuadro entero porque te centras demasiado en detalles como divertirte y escaparte de casa y hacer cosas que sabes que no debes hacer. Y luego, de repente, un día, te encuentras con las consecuencias de tus actos.

—Dios —gruñó Madison. Sabía perfectamente a qué venía aquella charla sobre la mala influencia que era Cheyenne Baker—. Dile a Hannah que pare, ¿vale? Que deje de mandar a gente a hablar conmigo. Voy a marcharme de este pueblo de mierda en cuanto pueda.

—Te entiendo —dijo Emmy—. Pero la universidad queda todavía muy lejos. Pueden pasar muchas cosas en tres años.

—Claro.

Madison no iba a decirle la verdad: que, si el plan funcionaba, Cheyenne y ella solo tendrían que esperar unos meses más, después

se irían a Atlanta y nunca más tendrían que aguantar que nadie les dijera lo que tenían que hacer.

—Yo podría enseñarte Mercer, si quieres —añadió Emmy—. El campus es precioso. A mí me encantaba aquello. Conocí a gente muy guay.

Madison volvió a poner cara de fastidio.

—No me interesa la universidad, ¿vale?

—Puede que ahora no, pero, oye, el próximo fin de semana tienes que cuidar de Cole. ¿Por qué no vienes un rato antes y hablamos de…?

—Llego tarde —contestó Madison en tono gélido—. Había quedado con Cheyenne en el puesto de SnoBall hace diez minutos.

—Está bien, pero espera solo un segundo más, por favor. —Emmy la sujetó de la mano, lo que fue muy raro. Le apretó los dedos—. Quiero que sepas…, aunque ya deberías saberlo…, que Hannah te quiere de verdad.

A Madison le dio un vuelco el corazón. Sintió el calor de la mano de Emmy envolviendo la suya. De pronto, sin venir a cuento, tenía ganas de llorar.

—Te ha visto crecer —sonrió Emmy—. Las dos te hemos visto crecer. Y te queremos.

Madison se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Vale.

Se desasió de la mano de Emmy y la dejó allí. Emmy, con su moño de vieja y su sonrisa de idiota y el tonto de su hijo, que aún veía dibujos animados para bebés, pese a que tenía ya once años.

Esperó a llegar a las gradas para limpiarse la nariz con el dorso de la mano. Volvió a mirar la hora en el teléfono. La angustia volvió a apoderarse de ella. Cheyenne llegaba oficialmente treinta y un minutos tarde. ¿La había entendido ella mal? ¿Habían quedado en su casa, en realidad?

Sacudió la cabeza, porque no podía ser. No lo había entendido mal. Habían repasado el plan mil veces. Incluso habían recorrido la ruta a pie con un cronómetro y luego habían cogido las bicis, pues les parecía más seguro atajar por los caminos secundarios en vez de

atravesar el centro, donde algún cotilla podía ver a Cheyenne y estropear su coartada.

Estaba deseando contarle a Cheyenne que le había mentido a Emmy a la cara. No habían quedado en el puesto de SnoBall. Iban a encontrarse en el roble, luego volverían en bicicleta a casa de Cheyenne, cogerían el coche de su padre, le robarían algo de *whisky* y se irían a dar una vuelta por el pueblo mientras todos aquellos idiotas veían los fuegos artificiales. Había fantaseado con ello tantas veces que parecía que ya había sucedido: ir a ciento sesenta con el Jetta nuevecito del señor Baker por el tramo que había pasada la calle Mayor, asomar la cabeza por el techo solar, abrir los brazos y dejar que el aire azotara su pelo mientras por los altavoces sonaba Rihanna a todo volumen.

Varios meses. Eso era lo único en lo que de verdad tenía que pensar. El plan iba a funcionar. Iban a escapar de allí. Iba a suceder. Solo tenían que aguantar hasta septiembre. Después se irían a Atlanta haciendo autostop, se alojarían en una *suite* del Ritz-Carlton, conseguirían entradas VIP para el Music Midtown, conocerían a unos chicos mayores que las colarían en las discotecas y seguramente acabarían casadas con futbolistas y viviendo en una mansión.

Esa era, por lo menos, la predicción de Cheyenne. Y, como cuando estaban empezando secundaria, iba a llevarse a Madison con ella. Lo que a Madison le venía genial. Ella nunca había sido popular, jamás encajaba, siempre era demasiado empollona o demasiado rara. Entonces, la familia de Cheyenne se mudó a Clifton porque su padre encontró trabajo en la fábrica y la vida de Madison cambió por completo. Hasta entonces, nunca se había metido en líos, nunca llamaba la atención ni contestaba, ni se maquillaba ni había besado a un chico.

Era prácticamente como si estuviera muerta.

Solo Cheyenne había sido capaz de devolverla a la vida. Ella sí que sabía divertirse; además, sabía salirse con la suya, daba igual lo que dijera Emmy la del moño de vieja. Cheyenne le había enseñado a fruncir los labios, a poner voz de niña y a hacerse la boba para que los hombres se sintieran grandes y fuertes y protectores y te dieran todo lo que querías.

Ese era el truco secreto de Cheyenne: ir tras los hombres.

Los chicos de su edad eran unos pardillos y unos idiotas. No sabían lo que querían ni cómo conseguirlo. Los hombres eran distintos. Te escuchaban. Prestaban atención a lo que querías, te compraban cosas, te hacían sentir especial, te decían todo el tiempo lo guapa que eras, se ponían supercontentos cuando aparecías y nunca se quejaban si llegabas tarde o estabas de mal humor. Cheyenne decía que hasta el sexo era mejor, pero de eso Madison no estaba tan segura. Ella nunca había practicado sexo de verdad, solo había hecho algunas cosas con las manos, y le habían parecido aburridas y pegajosas, y para nada tan excitantes como decía Cheyenne.

—Vamos, Shy —susurró Madison—. ¿Dónde coño estás?

Alguien le dio un empujón al pasar por su lado. Un grupo de chavales con el bañador mojado iba hacia las mesas de la comida. Madison miró el cielo. La luz había menguado como si alguien hubiera bajado la potencia del sol; de pronto estaba oscureciendo. Salía humo de las parrillas donde se asaban perritos calientes y hamburguesas para la multitud. Las señoras de la iglesia estaban sacando magdalenas adornadas con bengalas y guardando la ensalada de patata pastosa y el estofado de judías verdes. Madison se acercó a las gradas y contempló el mar de gente que se extendía desde allí hasta el lago; buscaba el pelo moreno y revuelto de Cheyenne.

Solo vio al viejo *sheriff* Gerald Clifton, que ocupaba demasiado espacio repantingado en un montón de mantas que su mujer había extendido al amanecer para quedarse con el mejor sitio: justo en medio de la pradera, ni muy cerca del lago ni muy lejos de los aseos portátiles. Todo el mundo se acercaba al *sheriff* como si fuera de la realeza, y a lo mejor era cierto, porque el condado se llamaba así por su tatarabuelo no sé cuántos. Emmy era una de sus ayudantes. Su mujer era profesora en el colegio de secundaria. Su hijo daba clases en el instituto. Su hermano dirigía la fábrica. Su hermana, que tenía doscientos años, tocaba el órgano en la segunda iglesia baptista. Había Clifton a patadas por todo el condado: primos, primas, tíos abuelos y tías a montones. El padre de Madison decía en

broma que todos los que no eran Clifton o trabajaban para los Clifton, o habían sido detenidos por los Clifton.

Una idea inquietante la asaltó de pronto, haciendo que se le revolviera el estómago.

A lo mejor, la charla absurda que le había soltado Emmy sobre el bosque y los árboles era por algo en concreto.

A lo mejor habían detenido a Cheyenne. A lo mejor estaba en el calabozo.

Volvió a mirar frenéticamente el gentío y vio a Emmy hablando con su marido. Parecía más bien que estaba gritando. Le clavaba el dedo en el pecho a Jonah como si quisiera apuñalarlo. Había otro policía por allí, en alguna parte. Madison giró sobre sí misma, ansiosa por encontrarlo. Soltó un suspiro al ver a Brett Temple parado cerca de la larga fila de aseos portátiles. Hasta ella notaba que no hacía bien su trabajo. Estaba jugando con su sombrero de ala ancha, en vez de vigilar por si surgía algún problema. Madison vio que tenía una franja de color rojo brillante en la nuca. Se había quemado.

Soltó despacio otro suspiro para intentar calmarse. Observó de nuevo la masa de gente, buscando ahora a Cheyenne, que seguía sin dar señales de vida. Hannah asomó de pronto entre la multitud como un perrito de las praderas. Estaba mirando al grupo de chicos que comían magdalenas, seguramente buscándola a ella para hacerse una foto de familia ideal y colgarla en Facebook.

Madison sonrió con malicia al esconderse detrás del viejo señor Singh, el de la ferretería. Hannah llevaba una camiseta de tirantes a rayas empapada de sudor. Sus pezones sobresalían como las gomas de borrar de dos lapiceros, lo que a Cheyenne le habría hecho muchísima gracia, porque Hannah siempre andaba diciendo que Cheyenne iba demasiado provocativa.

Volvió a mirar el móvil. Treinta y nueve minutos tarde. Estaba tardando demasiado. Cheyenne decía que el plan no era peligroso, pero sí que lo era, y mucho. Si le tocas las narices a la gente, no puedes esperar que lo acepten sin más. Y menos aún el tipo de gente al que ellas le estaban tocando las narices.

Sin darse cuenta, volvió a buscar a Emmy. No era difícil distinguirla, con su uniforme marrón caca. Ya no se estaba peleando con Jonah. Subía por la cuesta, hacia las gradas. Llevaba la cabeza gacha. El ala del sombrero le tapaba la cara. Tenía los puños apretados. La gente la miraba y cuchicheaba, por la pelea con Jonah.

Así eran las cosas en North Falls: todo el mundo se metía en tu vida. No había ni una sola persona a un tiro de piedra que no conociera de principio a fin la historia de Emmy desde el día en que nació: que había tenido que cargar con el tristón de su hermano mayor, que representó a la escuela en el concurso estatal de ortografía, que fue a la universidad, que se casó con su novio del instituto, que tenía un hijo, que trabajaba en la oficina del *sheriff* y que de verdad creía que el tirado de su marido sería algún día un músico famoso, cuando todo el mundo sabía que se pasaba la vida fumando porros en el sofá de la casa que ella pagaba.

Cheyenne decía siempre que Emmy era demasiado guapa para ser policía, que estaba desperdiciando su belleza, pero la verdad era que se le daba bien su trabajo. No como el *sheriff* Clifton, que llamaba a tus padres al trabajo si te veía en algún sitio donde él pensaba que no debías estar. Ni como Brett Temple, que disfrutaba comportándose como un auténtico capullo. Emmy la había pillado una vez fumándose un cigarro y solo le dijo que lo apagara. No se chivó a Hannah ni se pasó por la tienda de su padre para contárselo, lo que habría sido muy fácil, porque estaba justo enfrente de la comisaría.

O sea, que se podía confiar en ella.

Madison juntó las manos mientras esperaba a que Emmy la alcanzara en lo alto de la colina. Intentó inventarse una historia. Algo que se pareciera a la verdad, aunque no fuera justo la verdad. Algo que las sacara de aquel lío, ya que pensaba que a lo mejor, probablemente, estaban metidas en un buen lío. O por lo menos que lo estaba Cheyenne, porque podía llegar tarde a muchas cosas, pero era imposible que llegara tarde a aquello. Habían practicado. Habían previsto todas las contingencias. La única explicación era que le había pasado algo malo.

Emmy levantó la vista justo cuando Madison estaba a punto de abrir la boca.

—Ahora no —dijo en tono cortante. Tenía lágrimas en los ojos y la nariz colorada, no por el sol.

Madison no tuvo más remedio que apartarse. Siguió a Emmy detrás de las gradas, la vio colarse en la fila de uno de los aseos portátiles, luego entró y cerró la puerta.

—Mierda —murmuró.

Y ahora ¿qué?

Observó que el ayudante Temple seguía jugando con su sombrero. Era la última persona a la que pediría ayuda. Y no solo porque era un capullo. También era malo a más no poder.

Madison volvió a alzar la vista al cielo como si allí pudiera encontrar la respuesta. El sol había perdido unos cuantos vatios más. Las estrellas eran tenues puntos de luz. Miró hacia el viejo roble. No había nadie allí. Volvió a recorrer el gentío con la mirada, hasta el lago. Los bañistas salían, se secaban con las toallas y se iban hacia sus sitios en la colina. Pronto sería noche cerrada. Se respiraba emoción en el ambiente. Todo el mundo estaba deseando que empezaran los fuegos artificiales.

Miró la hora. Cuarenta y siete minutos tarde. Cheyenne no iba a venir. Seguro que había pasado algo malo.

Tenía que ir a buscarla.

Se sentía llena de determinación cuando subió las escaleras hacia el aparcamiento. Había la luz justa para que encontrara su bici. La llevó escaleras arriba cogida por el manillar, rebotando por los peldaños, y luego la hizo rodar por la acera mientras escudriñaba el aparcamiento por si Cheyenne se había encontrado con algún tío que tuviera una botella o una pipa de maría. Los coches estaban aparcados tan juntos que no pudo pasar entre ellos con la bici y tuvo que seguir por la acera, en paralelo a la primera fila.

Necesitaba un plan, uno propio.

Pasaría la bici por encima de la cinta amarilla que habían puesto para que la gente no se metiera con el coche en el campo de deportes que había junto al aparcamiento. Bajaría la cuesta, llegaría a la calle Long, luego torcería a la izquierda en Carver y cruzaría el

jardín grande, el del estanque, para salir al camino. Era la misma ruta que se suponía que iba a seguir Cheyenne, solo que a la inversa. A lo mejor se le había pinchado una rueda de la bici. O a lo mejor se había tomado algo y estaba tan ciega que se había quedado tumbada bocarriba, mirando el cielo.

Madison estaba a punto de subirse a la bici cuando oyó el primer petardazo. Por fin iban a empezar los fuegos artificiales. Los habían montado al otro lado del lago, lejos de la gente. Oyó un silbido, después vio una línea blanca brillante elevarse por el cielo nocturno y estallar en miles de puntitos. Oyó aplausos y gritos y bengalas que chisporroteaban y silbaban como minúsculas serpientes antes de apagarse lentamente.

Hubo una breve pausa. Luego, otro petardazo. Otro silbido. Otra línea de fuego estallando en una esfera de azules y blancos arremolinados, con los colores de la mascota del instituto. Se oyeron vítores cuando estalló un tercer cohete, que, girando con un fuerte zumbido, se convirtió en una cara sonriente.

Madison se olvidó momentáneamente de sus preocupaciones. No pudo evitar sentirse maravillada. Cuando era pequeña, cuando su madre aún vivía, antes de que Hannah se introdujera a la fuerza en su vida, su familia también veía los fuegos artificiales el Cuatro de Julio, solos ellos tres. Su madre preparaba una tarta pequeña y helado de chocolate para su cumpleaños. Su padre la llevaba a bañarse al lago. Cuando empezaban los fuegos, la rodeaba con el brazo para que no se asustara. Luego le iba diciendo el nombre de cada cohete: la cruz, con sus estrellas que se partían en cuatro y se entrecruzaban; la palmera, con sus estrellas fijas en el centro; el anillo, con su forma de halo y sus caritas sonrientes. El largo cilindro de una candela romana, o el pastel de casi mil disparos que se formaba al juntar media docena de candelas romanas. Y después estaban las flores: el sauce y la peonía y su favorita, el crisantemo; explosiones de color que te dejaban sin aliento.

Que todavía la dejaban sin aliento.

Se secó los ojos, enfadada consigo misma por llorar. Le había dicho a Hannah que ya era muy mayor para fuegos artificiales; la verdad era que echaba de menos que su padre le pasara el brazo

por los hombros, la apretara contra sí y la hiciera sentirse a salvo. Cada grito de asombro de la gente, cada estampido, tan fuerte que lo notaba como una vibración en la garganta, le recordaban todo lo que había perdido.

Estaba tan absorta en su tristeza que casi no se fijó en el coche que acababa de entrar en el aparcamiento. Sus ojos tardaron en adaptarse. El coche llevaba las luces apagadas. No vio al conductor mientras recorría la primera fila. No se detuvo. Las luces de freno permanecieron apagadas cuando el morro del coche se subió al bordillo y rompió la cinta amarilla. Solo cuando el estallido de otro cohete iluminó el campo en todo su verde esplendor se dio cuenta al fin de lo que estaba viendo.

¡Cheyenne!

¡Por fin! ¡Menos mal que había llegado!

Su grito de alivio se convirtió en una risa de sorpresa. Cheyenne estaba cruzando el campo de deportes en el precioso Jetta nuevo de su padre. Había encajado su inconfundible bicicleta azul neón en el maletero. Las serpentinas de color rosa chicle se balanceaban, colgadas de las empuñaduras del manillar. Los fluorescentes de los radios centelleaban como las luces de un árbol de Navidad. La cuerda que sujetaba la puerta del maletero no estaba bien atada, esta se alzó de golpe cuando la rueda trasera golpeó el bordillo y cayó sobre la bici con tanta fuerza que Madison oyó un crujido metálico por encima del chisporroteo de un cohete en forma de peonía amarilla.

—¡Shy!

Corrió con la bici detrás del coche, agachada sobre el manillar. Vio brillar las luces de freno en cuanto Cheyenne se acercó al centro del campo de deportes. Madison no se atrevió a hacerle otro roto a la cinta amarilla. Bajó a toda velocidad y pasó por el hueco que había abierto Cheyenne. Le castañearon los dientes cuando la rueda de la bici chocó con el bordillo. Se mordió por accidente el interior de la mejilla, pero estaba tan contenta que apenas notó el dolor.

Típico de Cheyenne. Evidentemente, había cambiado de planes sin avisarla. Había decidido coger el Jetta y el *whisky* y luego ir al parque a buscarla. Lo que tenía mucho más sentido. Deberían

haberlo pensado antes. ¿Para qué iban a ir y volver cuando Cheyenne podía pasar por su casa antes de dirigirse al parque?

El coche se detuvo en el borde del campo, mirando hacia un grupo de árboles. Madison oía el motor al ralentí. Empezó a llorar otra vez, aunque de alivio. Solo ahora podía reconocer el miedo que había pasado. Cheyenne había dicho que el plan era muy sencillo, pero nada era nunca tan sencillo. Y menos aún si estaba implicada Cheyenne, que a veces sacaba de quicio a la gente. Madison lo había visto en innumerables ocasiones, tantas que había perdido la cuenta. Cheyenne le hablaba mal a un profesor, o cabreaba a la directora, o se ponía a gritarle al dependiente de una tienda, o a su madre, o a su padre, o a su hermana pequeña. Gritaba tanto que una vez —y seguramente no había sido la única— su madre la había hecho callar de un bofetón.

—¡Shy! —la llamó; sin embargo, su voz se perdió entre el petardeo de un crisantemo que florecía en brillantes tonos morados, verdes y blancos.

Dejó la bici en el suelo y corrió los últimos metros. El petardeo era tan intenso que lo notaba en los dientes. La luz parpadeante hacía que cada movimiento pareciera entrecortado. Extendió la mano. Agarró la rueda trasera de la bici de Cheyenne. La cadena se había soltado. La vio colgando de los radios como una pulsera abandonada.

La noche se volvió negra.

El crisantemo se había apagado. En medio del silencio, Madison oyó su propia respiración acelerada: una inhalación y luego otra y otra, hasta que el silbido del siguiente cohete ahogó el sonido y su zumbido se hizo tan fuerte que le temblaron los tímpanos. Se volvió hacia el lago y vio dos estelas de luz que ascendían en la oscuridad. Su brillo se reflejaba en la superficie del agua. Oyó luego la cascada de estampidos y vio estallar dos enormes zarcillos que al caer formaron dos palmeras gigantescas.

Se apagaron los gritos de la multitud. El petardeo y el chisporroteo, el siseo y el crepitar.

Ahora se oía otro sonido. Era débil, pero estaba ahí, no había duda. Mucho más cerca que la gente. Casi más cerca que el sonido

de su propia respiración cuando cogió aire.

Un gemido.

Madison miró dentro del maletero del coche. La luz brillante de las palmeras resaltaba cada detalle de lo que tenía delante. El chasis azul neón de la bicicleta. La rueda trasera doblada. La cadena rota. La lona azul que cubría el fondo del maletero. La cuerda de tender que colgaba de la puerta.

La mirada de terror en los ojos de Cheyenne.

—Ah —murmuró Madison.

Aquel no era el Jetta del señor Baker.

El cielo se oscureció. Otra pausa.

Madison quedó cegada momentáneamente, pero seguía viendo a Cheyenne en el maletero. Atrapada debajo de la bici. Con los ojos muy abiertos. Aterrorizada. No había tiempo para pensar, solo para actuar. Madison sacó la bici de un tirón, la arrojó al suelo, cogió a Cheyenne del brazo e intentó ayudarla a salir.

Otro silbido. Otra estela de fuego. Otra explosión de luz deslumbrante.

Madison se quedó paralizada, sujetando aún el brazo de Cheyenne, cuando la verdad se le reveló en todo su horrible colorido. Brillantes marcas de cortes rojos. Sangre seca y oxidada. El blanco de los ojos de Cheyenne salpicado de puntitos rojos. Tenía la boca tapada con cinta adhesiva. Su nariz parecía rota. Su camiseta estaba rasgada. Un hilo de sangre le corría por el pecho y se le acumulaba en la parte de arriba del sujetador. Tenía las muñecas atadas. Las piernas dobladas y los tobillos atados. Gritaba por detrás de la cinta, se retorcía intentando salir, le pedía a Madison que se diera prisa, que por favor la ayudara.

Fue en ese momento —que no era una pausa, sino más bien un eco— cuando Madison se acordó de lo que le había dicho Emmy un rato antes.

«Que los árboles no te impidan ver el bosque».

No te preocupes por que Cheyenne esté atada en el maletero. Preocúpate por el hombre que la ha metido ahí.

El estallido del siguiente cohete fue tan fuerte que le dolieron los dientes. Sintió una tensión en la mandíbula, una contracción de los

músculos, una sensación de miedo que recorría su cuerpo. Los destellos de un crisantemo incendiaron el cielo.

Madison se volvió. Vio el rostro del hombre y luego…

Oscuridad.

Capítulo 2

Emmy abrió la puerta del aseo portátil y aspiró una bocanada de aire caliente y húmedo. Todavía le pitaban los oídos. Los fuegos artificiales habían terminado con una traca digna de una zona de guerra. Notó el olor de la pólvora y el azufre mezclado con el hedor a sudor acre y alcohol rancio mientras la gente iniciaba el lento proceso de recoger mantas y neveras, buscar a los niños y tratar de recordar dónde habían aparcado. Sacaron las linternas. Empezaron a encenderse los focos. Primero, en los aparcamientos de los campos de deportes. Luego, en el de lo alto de la colina. Después, detrás de las gradas. Por último, abajo, junto al lago. Cambió entonces el ambiente, al darse cuenta la gente de que ese año el Cuatro de Julio había caído en miércoles, lo que significaba que al día siguiente tenían que madrugar para ir al trabajo.

—Buenas noches, Emmy —la saludó alguien.

—Cuídate —dijo otra persona.

Se obligó a sonreír mientras cerraba la puerta del aseo. Pensándolo bien, esconderse en un cajón de plástico lleno de pis y mierda que había estado doce horas cociéndose bajo un sol odioso no había sido una de sus mejores ocurrencias. Aun así, era mejor idea que confiar en que Jonah Lang hiciera algo tan sencillo como vigilar a su hijo de once años.

—Yo conozco esa mirada. —Brett Temple sonreía mientras daba vueltas a su sombrero entre las manos. Su nuca había enrojecido hasta adquirir el clásico bronceado del paleto sureño—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Decirme que no pensaba hacerle de niñera a Cole. —Como Brett no pareció entenderlo, se lo aclaró—: Si es tu propio hijo, no es hacer de niñera.

—Madre mía. —Vanna, la esposa de Brett, muy orgullosa de su embarazo, se metió en la conversación. El vestido morado que llevaba puesto, manchado de sudor, se le había dado de sí por la parte de la barriga, como una sábana bajera en un burdel—. Tú no serás así, ¿verdad, nene?

Brett la miró.

—Claro que no, cariño —contestó; mentía con descaro.

Emmy tuvo que apartar la mirada cuando se besaron. Observó al gentío. Sentía una punzada de culpa por no haberle prestado atención a Madison un rato antes. Estaba claro que la chica necesitaba hablar.

—¿Habéis visto a Madison Dalrymple?

—¿Cuál de ellas es? —preguntó Brett.

—La gorda —respondió Vanna.

Emmy apretó los dientes.

—No es gorda.

—Bueno, pues nadie la llamaría flaca. —Vanna se rio mientras miraba a Brett como un *basset hound* enamorado—. Madison es la que va con esa sinvergüenza de Cheyenne Baker, menuda boquita tiene… Acuérdate, tuviste que llevarla a rastras a comisaría la semana pasada.

—Cheyenne Baker. —Brett empezó a asentir—. Robó una bolsa de bombones en el súper, pero los tiró antes de que la cogiera.

—Seguro que la muy psicópata iba a comérselos con fentanilo —añadió Vanna con gran autoridad—. Podríais mandarla ya a prisión. Total, va a acabar allí de todos modos.

—Oye. —Emmy procuró mantener un tono ecuánime—. Que todavía es una niña.

—Una niña que lleva ya el mal dentro —replicó Vanna—. Una cosa te digo, Hannah es una santa por aguantar a Madison. Debería mandarla a uno de esos colegios donde secuestran a los niños en plena noche y los dejan en un desierto en mitad de Utah. Para alejarla de las malas influencias.

La naturalidad con que hizo aquel comentario cruel dejó atónita a Emmy.

—Hannah quiere a Madison como a una hija.

—Pues razón de más. Quien bien te quiere te hará llorar. —Vanna se frotó la barriga redonda como si su hija nunca fuera a darle problemas—. Dios, estoy a punto de reventar. Emmy, ¿para ti las últimas semanas de Cole fueron así de duras?

—La verdad es que no. Yo me encontraba genial. —Emmy se dijo que el insomnio, el dolor de espalda, las cuatro muelas cariadas y el tener que llevar siempre un par de pantalones de repuesto por si se orinaba encima eran pan comido comparado con dislocarse la pelvis, perder dos litros de sangre y vomitar a chorro por el dolor durante el parto—. Ya casi ni me acuerdo.

Vanna puso una sonrisa insoportablemente beatífica.

—Los bebés son un milagro de Dios.

—Son increíbles.

—¿Dónde has visto por última vez a esa tal Madison? Puedo ayudarte a buscarla —le preguntó Brett a Emmy.

—No hace falta. —Ella calculaba que eso tan urgente que había hecho que Madison estuviera ansiosa por hablar con ella habría pasado ya—. Ya la veré más tarde.

Brett la miró con curiosidad. Emmy se encogió de hombros, sobre todo porque no tenían tiempo ni recursos para ocuparse de una chica de quince años con un ataque de mal humor. Cientos de personas intentaban irse al mismo tiempo y solo había una carretera para entrar y salir del parque. En la colina, los coches se apretujaban como sardinas en lata. Los dos pequeños aparcamientos de los campos de béisbol estaban al doble de su capacidad. Si a eso se le sumaban el calor y el alcohol, había muchas posibilidades de que tuvieran que llevar a alguien al hospital antes de que terminara su turno. No tenían tiempo de quedarse allí parados, charlando.

—¿Qué prefieres? —le preguntó a Brett—. ¿Guardia de tráfico o árbitro?

Brett contestó con un gruñido:

—Tráfico. La última vez que hice de árbitro me dieron un puñetazo en la cara.

Vanna le pellizcó la mejilla.

—Pero le diste al otro una buena zurra, ¿verdad que sí, nene?

Emmy ignoró los estúpidos arrullos que Vanna le dedicó a su marido con voz susurrante. Solo era cinco años más joven que Emmy, pero seguía comportándose como una adolescente. Claro que eso cambiaría dentro de unos meses, cuando tuviera que funcionar con cero horas de sueño y Brett hiciera turnos dobles porque prefería arriesgarse a que le dispararan al parar un coche a tener que vérselas con un bebé gritón.

—Llámame por radio si me necesitas —le dijo Emmy.

Volvió a ponerse el sombrero al adentrarse entre la masa de gente que avanzaba tambaleándose y empezó a bajar por la colina mientras los demás intentaban subir. Observaba las caras tratando de averiguar quién se había excedido con la bebida, quién causaría problemas, quién necesitaba que lo acompañaran de vuelta al coche y quién estaba solo molesto porque tardaban demasiado en llegar al aparcamiento.

Esa parte predictiva del trabajo policial no se enseñaba en la academia. Emmy llevaba seis años en el puesto y por fin había desarrollado el instinto policial. A veces lo disparaba un ruido repentino o incluso el silencio absoluto, aunque la mayoría de las veces no era más que un cambio sutil en el ambiente, una especie de carga estática que notaba en la superficie de la piel y que la advertía de que estaba a punto de suceder algo terrible. Su padre lo llamaba «el cosquilleo»; en opinión de Emmy, un hombre que llevaba trabajando en la oficina del *sheriff* desde que Eisenhower estaba en la Casa Blanca podía llamarlo como se le antojara. Si ella conocía el pueblo como la palma de su mano, su padre lo conocía como las arterias de su corazón.

El condado de Clifton estaba en la parte suroeste de Georgia y tenía una población de casi veinte mil habitantes. Menos de un millar vivía en North Falls, la sede administrativa. De los cuatro municipios que tenía el condado, el mayor era Verona, donde se hallaba la fábrica de piezas de automóvil. Ocmulgee era conocido por las tiendas *outlet* de la US 19, y Clayville tenía una de las mayores escuelas de formación profesional del estado, principalmente porque suministraba mano de obra cualificada a la fábrica. Tanto North Falls como Verona estaban flanqueados por el río Flint, que nacía bajo el

aeropuerto de Atlanta y atravesaba luego la parte inferior del estado hasta el llamado mango de Florida, donde por fin desembocaba en el golfo.

Los tres municipios más poblados eran lo bastante grandes como para tener su propia policía local, y las dieciséis personas de la oficina del *sheriff* prestaban servicio en North Falls, como era lógico. El juzgado estaba en el centro del pueblo. Los ayudantes del *sheriff* se encargaban de la cárcel y del traslado de presos. Servían también como agentes de seguridad en los centros escolares, realizaban tareas de patrullaje, ayudaban en investigaciones en todo el condado y se encargaban del control de multitudes durante los eventos públicos, de ahí que Emmy y Brett estuvieran en el parque.

Había una fiesta del Cuatro de Julio mucho más multitudinaria a orillas del Flint, pero North Falls siempre celebraba sus propios festejos. El dinero se ganaba allí. La gente que dirigía el condado estaba allí. Aquella era una región donde cualquier forastero levantaba sospechas, y North Falls desconfiaba especialmente de todo aquel que no hubiera nacido y crecido dentro de las setenta y seis hectáreas de su término municipal.

Por eso a Emmy le sonaban casi todas las caras que veía: las conocía del supermercado, del centro del pueblo, del gimnasio, del restaurante o de la peluquería del sótano de Peggy Ingram. Algunas personas sonreían al verla. Otras torcían el gesto. Y luego estaban los cotillas que la miraban descaradamente porque la habían visto pelearse con Jonah y buscaban más chismorreos.

Emmy miró su teléfono como si acabara de recibir un mensaje muy importante. El dichoso cacharro no paraba de vibrarle en el bolsillo desde hacía una hora, aunque Emmy había preferido hacer como que no se daba cuenta. Tenía seis llamadas perdidas de la loca de su tía, seguro que para quejarse de que había borrachos bañándose en su estanque o vagabundos robando las moras de su huerto.

Su prima Taybee había mandado un mensaje al grupo de las primas proponiendo que se juntaran el domingo en su inmensa granja familiar y que cada una llevara algo de comer. Había escrito «prohibidos los hombres», lo que había provocado que otra prima la

acusara de inmediato de sexismo. Tres habían hecho caso omiso de la disputa que se estaba gestando y habían preguntado qué debían llevar. Otra le había mandado un mensaje privado a Emmy para decirle que no iría a la comida porque seguía sin hablarse con Taybee. Otra más le había escrito también por privado para proponer una cena alternativa en un restaurante donde te servían y nadie tenía que cocinar. Y por último Taybee le había escrito para preguntarle si había oído algo sobre esa «cena alternativa».

Una gruesa gota de sudor le rodó por la punta de la nariz y cayó en la pantalla.

De ninguna manera iba a meterse en el drama de sus primas, y menos aún estando de por medio Taybee, una abogada asquerosamente rica que abordaba cada disputa como si estuviera interrogando a un asesino en serie. Fue pasando mensajes hasta encontrar uno de Jonah. Su marido le había mandado una especie de foto de reconciliación en la que aparecía Cole comiéndose un cucurucho de helado cubierto de chocolate, lo que era genial, porque siempre era conveniente que un niño de once años se metiera medio kilo de azúcar en el cuerpo antes de acostarse.

Emmy soltó un profundo suspiro. Como no tenía ganas de volver a pelearse con Jonah, le respondió con una carita sonriente y se guardó el móvil en el bolsillo. Se suponía que debía estar trabajando, no preocupándose por su matrimonio. Se ajustó el cinturón —que entre la pistola, la munición extra, el espray de pimienta, la radio, la linterna, la Taser, la porra, la multiherramienta y las llaves pesaba unos dos mil setecientos kilos—, se quitó el sombrero y se secó la frente con el brazo.

Dios, qué calor hacía.

Tenía la piel pegajosa. Notaba el pelo como si se lo hubieran pintado con espray y lo tuviera pegado al cráneo. El chaleco de kevlar que llevaba debajo del uniforme se había convertido en el papel de lija más grueso del mundo, y el aro del sujetador se le clavaba en las costillas. Para colmo, tenía un dolor de cabeza horrible. Le había dicho a Madison que bebiera agua y no había seguido su propio consejo.

Madison…

No había ningún puesto de SnoBall en el parque. Y tampoco había rastro de Cheyenne. Hannah le había contagiado su preocupación por las dos chicas. Eran el tema de conversación de numerosas llamadas nocturnas y quedadas para tomar algo en la Clifton Biergarten. Madison siempre se había dejado llevar y Cheyenne era una de esas adolescentes que daban interés y emoción a la vida. Emmy entendía su atractivo, desde luego. A esa edad, ella se aburría como una ostra con todo el mundo, con los lugares y las cosas. Por eso, entre otras muchas razones, se había enamorado de Jonah.

Y mira para lo que le había servido.

—¿Em? —Hannah venía subiendo por la colina. Como todos los demás, estaba acalorada y sudorosa, deseando largarse de allí—. O sea que Jonah…

Emmy puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi vislumbró otra dimensión. Hannah no le estaba pidiendo detalles. Solo compartía con ella la angustia existencial de estar casada con un hombre decepcionante.

—Lo siento. —Hannah le apretó el brazo en señal de solidaridad, pero solo un momento; hacía demasiado calor—. ¿Has hablado con Madison?

—Ha sido como tú dijiste. —Emmy no podía decir que su amiga no se lo hubiera advertido. Hannah llevaba cinco años haciendo equilibrismos en la cuerda floja: entre adulta cariñosa y madrastra malvada—. Lo siento, lo he intentado.

—Te lo agradezco —dijo Hannah—. Dios mío, qué raro es esto. Cuanto peor se porta conmigo, más la quiero.

Emmy no podía evitar sentir lo mismo. Era la mejor amiga de Hannah desde el jardín de infancia. Desde entonces, se veían o hablaban prácticamente a diario. No le había costado ningún trabajo transferir su cariño por Hannah a la complicada chiquilla a la que su amiga quería tanto.

—Nosotras no éramos así, ¿verdad?

—Joder, claro que no, nosotras éramos perfectas. —Hannah señaló hacia las gradas—. ¿Qué te ha dicho Tinky Winky?

Emmy soltó una carcajada. Vanna se parecía muchísimo a un Teletubby con su vestido morado.

—Que los bebés son un milagro de Dios.

—Se va a cagar cuando esa cosa le salga de dentro.

Emmy apretó los labios para no reírse otra vez.

—Dentro de diez años, estará en el Walmart, estornudará y se le saldrá el útero por entre las piernas como el badajo de una campana.

—Una descripción es muy concreta.

—Le pasó a la amiga de mi tía Barb.

—¿La de la verruga?

—¡Ostras, tengo que irme!

Emmy la vio echar a correr tras su marido. Paul llevaba todo el día bebiendo intermitentemente, para consolarse porque Madison se había negado a celebrar su cumpleaños con la familia. El pobre apenas podía caminar en línea recta, y menos aún con su hijo de dos años en brazos. A Emmy le ardieron las mejillas de compasión al ver la cara de vergüenza de Hannah.

—¿Emmy Lou? —La voz profunda y grave de su padre atravesó el ruido blanco del gentío.

Emmy volvió a ponerse el sombrero y se dirigió hacia él.

Procuraba no pensar demasiado en lo rasposa que sonaba su voz desde hacía un tiempo. Gerald Clifton había cumplido setenta y cuatro años en enero y, de repente, por sorpresa, era como si su padre, tan fuerte y capaz, se estuviera agotando. Le dolían las rodillas y la espalda. Tenía artritis en las manos. Hasta su forma de toser había cambiado: antes lo hacía en ráfagas rápidas y cortas; ahora su tos sonaba como una especie de traqueteo deshilvanado.

Su madre no estaba mucho mejor. Cuatro años antes, a Myrna la habían llevado a Atlanta para operarla de urgencia a corazón abierto. Olvidaba constantemente dónde había dejado las llaves, a quién tenía que llamar o qué había pasado la semana anterior en su serie favorita. Al hermano de Emmy también empezaba a notársele la edad. A sus cincuenta y un años, Tommy pasaba casi todos los fines de semana en el sofá viendo el canal de golf y comprando sombreros antiguos en eBay.

De modo que Emmy se encontraba otra vez sola, como de costumbre. Su nacimiento había sido lo que solía llamarse

eufemísticamente «una sorpresa». Tommy ya estaba en la universidad cuando ella nació y, entremedias, sus padres habían enterrado a otros dos hijos, primero a Henry y luego, un año después, a Martha.

Gerald era muy mayor para correr detrás de ella por el campo de fútbol, y Myrna estaba demasiado hecha a sus costumbres como para cambiar sus horarios por culpa de los días de partido y las excursiones al centro comercial. Eran los únicos padres del curso de Emmy que habían empezado a pensar en cobrar su plan de pensiones al mismo tiempo que pedían préstamos universitarios para su hija.

Emmy siempre había sido consciente de la diferencia de edad, pero solo ahora empezaba a darse cuenta de hasta qué punto era importante. Ella estaba llegando a la flor de la vida mientras los demás iban claramente cuesta abajo. Hasta Celia, la peculiar esposa de Tommy, comenzaba a perder energía. Era una subdirectora de armas tomar, llevaba ella sola la mitad del instituto; sin embargo, la semana anterior le había confesado a Emmy que para ella el paraíso era pasarse el día en pijama y salir de casa solo para ir al Dairy Queen a comprar algo de comer sin bajarse del coche.

—Emmy Lou. —Myrna apareció de la nada. La miró con reproche al darle la esquina de una manta para que la ayudara a doblarla—. ¿No has oído que tu padre te estaba llamando?

—No, mamá, no tenía ni idea. Me estaba acercando a él sin ningún motivo en particular.

—Qué tonito tan interesante ese que estás usando. ¿Acaso quieres dar a entender lo contrario de lo que dices?

—Podría deducirse que sí. —Emmy terminó de doblar la manta. Sabía bien por qué le estaba dando la lata su madre—. Adelante, dilo. Ya sé que has visto lo que ha pasado con Jonah.

—Lo he visto. Me lo han contado. Y luego me lo han contado otra vez. Y otra. —Myrna recogió otra manta y la sacudió para quitarle la tierra—. No voy a decir que ya te lo advertí.

—Qué tonito tan interesante ese que estás usando.

—Del que puedes deducir lo que quiero decir.

Emmy defendió automáticamente a Jonah.

—Anoche actuó en Macon y la cosa se alargó. Tuvo que perseguir al dueño para que le pagara. Está agotado.

—Me parece a mí que tú eres capaz de compaginar un empleo a jornada completa con el cuidado de tu hijo. —Myrna igualó los bordes de la manta—. Jonah, en cambio, no ha tenido agallas de quedarse para que el niño viera los fuegos artificiales.

El cucurucho de helado cubierto de chocolate. Jonah lo había comprado en el pueblo. Emmy iba a matarlo.

—Me dijo que iba a llevar a Cole a las cataratas para verlos mejor.

—No me digas.

Emmy no pudo seguir mintiendo.

—Mamá…

Myrna hinchó el pecho al suspirar. Apiló las mantas encima de la nevera portátil. Cuando levantó la vista, tenía una expresión más neutral.

—Le he dicho a Jonah que traiga a Cole a casa después. Yo me encargo de acostarlo y de que esté bien arropadito.

—Gracias.

—Quien nunca ha sufrido nunca ha sido bendecido.

Emmy la miró desconcertada.

—Edgar Allan Poe —dijo su madre, la profesora de Lengua—. Bueno, ¿dónde se ha metido ahora tu hermano? No puedo cargar con la nevera cuesta arriba yo sola y, por supuesto, Celia no va a mover un dedo.

Emmy no buscó a Tommy. Buscó a su padre. Localizó enseguida a Gerald. Estaba de pie a unos diez metros de distancia. Movía la cabeza de un lado a otro por encima de la multitud como un suricato. Alguien estaba hablando con él. O por lo menos lo estaba intentando. Porque Gerald Clifton no hablaba a menos que creyera que merecía la pena decir algo. Incluso en casa, prefería dejar que fuera Myrna quien llenara el silencio.

Emmy volvió a quitarse el sombrero con la esperanza de sentir un soplo de brisa procedente del lago. El teléfono volvió a vibrarle en el bolsillo. Seguramente era otra de sus primas queriendo organizar una tercera cena secreta, o la loca de su tía para denunciar a un mapache por vagabundeo.

Al acercarse, se dio cuenta de que su padre no estaba prestando atención al hombre que tenía delante. La estaba mirando a ella. Sus ojos se cruzaron. Algo iba mal. El instinto policial de su padre era mucho más fino que el suyo, pero Emmy lo sintió también al instante: una corriente eléctrica en el ambiente que hizo que se le erizara el vello de la nuca.

«El cosquilleo».

Un «mal presentimiento», lo llamaba Emmy. Había oído a otros policías referirse a aquella sensación como una corazonada, un instinto o —si quien hablaba era una mujer— una intuición. Al margen del nombre que le dieran, siempre significaba lo mismo: que o bien había sucedido algo terrible, o bien estaba a punto de suceder.

Se abrió paso entre un grupo de rezagados y tocó el micrófono de la radio que llevaba en el hombro.

—Brett, ¿me recibes?

—Sí, te recibo. —El chisporroteo de la estática acompañó la voz de Brett—. Estoy en la calle Long. Una camioneta ha chocado por detrás contra un Prius y el Prius se ha estrellado contra un poste telefónico. La calzada está cortada en ambos sentidos. La grúa tardará veinte minutos. ¿Pasa algo?

Emmy no creía que su mal presentimiento pudiera achacarse a un accidente de tráfico ocurrido a cuatrocientos metros de allí.

—¿Puedes…? —empezó a preguntar, pero Gerald le quitó suavemente el micrófono de la mano. Se lo llevó a la boca y pulsó el botón.

—Pide refuerzos para el accidente y reúnete con nosotros en el aparcamiento de arriba. Y mantén los ojos bien abiertos, ¿vale?

Se oyó un siseo de estática y luego Brett respondió:

—Sí, jefe.

Gerald le devolvió el micrófono a Emmy. No hizo falta que discutieran nada, porque de los malos presentimientos no se hablaba. Hacías las comprobaciones necesarias y, si estabas equivocado, sentías alivio, pero, si tenías razón, el presentimiento ya te había puesto donde necesitabas.

Emmy volvió a engancharse el micrófono al hombro y siguió a Gerald colina arriba. La gente se apartaba de su camino, y no solo porque fuera el *sheriff.* Su padre era un hombretón de un metro ochenta y ocho de altura con más barriga de la que le convenía tener. Respiraba trabajosamente cuando pasaron junto a las gradas vacías y empezaron a subir las escaleras de hormigón. Emmy tenía que mirar hacia abajo para no pisarle los talones. Aunque no estaba de servicio, Gerald seguía teniendo porte de policía, incluso llevando unas viejas Keds con calcetines negros, pantalones cortos de nailon grises y una camiseta negra descolorida de un concierto de Reba McEntire de 2005.

Gerald no se paró a recuperar el aliento hasta que llegaron a lo alto de las escaleras. Emmy oteó el aparcamiento, moviendo la cabeza a la vez que su padre. Los coches estaban colocados en ángulo, como palillos de dientes tirados sobre el asfalto. Vio luces de freno encendidas, gente asomada a las ventanillas, manos levantadas en el aire. La tensión era tan palpable que la notaba en las muelas.

Gerald la miró.

—¿NPB?

Emmy asintió.

—Sí.

«No pinta bien».

Gerald se alejó de la acera. Emmy lo siguió por la primera fila. Era como una carrera de obstáculos, llena de coches parados y conductores molestos. En silencio, se repasó el cuerpo, intentando mantener un ritmo cardiaco estable y la mente despejada. El trabajo policial consistía en gran medida en sopesar las probabilidades, y las probabilidades de que allí ocurriera algo horrible, como un tiroteo, eran muy escasas. Era más probable que se encontraran con otro pequeño accidente de tráfico o con una disputa sobre quién debía incorporarse primero.

—*¡Sheriff!* —Sylvia Wrigley, la directora del periódico local, estaba de pie con la puerta del coche abierta—. ¿Qué pasa?

Gerald levantó un dedo para indicarle que esperara un minuto y siguió sorteando vehículos. Enseguida vieron cuál era el problema.

Emmy sintió que la tensión abandonaba su cuerpo como agua yéndose por un desagüe.

El mes anterior se había retirado la valla que rodeaba el campo de fútbol americano para sembrar césped nuevo. Se habían colocado varias hileras de cinta amarilla para que la gente no pisara el césped hasta que estuviera bien arraigado, pero, al parecer, el conductor de un Miata rojo había decidido obviar la advertencia. O, por lo menos, lo había intentado. El deportivo, que era muy bajo, se había atascado en el empinado bordillo de hormigón y su morro apuntaba hacia arriba como la proa del Titanic.

—Imbécil —masculló Emmy al reconocer el coche de Lance Culpepper, el secretario del juzgado.

¿A quién se le ocurría?

Emmy miró a su padre, aunque a Gerald no parecía interesarle el Miata. Estaba mirando el campo de fútbol. Emmy entornó los ojos, intentando obligarlos a adaptarse a la luz. Lance no era el primero que había tenido la genial idea de coger un atajo para llegar a la carretera principal. Había también un Chevy Equinox blanco parado en mitad del campo, en paralelo al aparcamiento, con las cuatro puertas cerradas, las ventanillas subidas y las luces apagadas.

La tensión volvió a aumentar. Su cerebro de policía empezó a barajar las peores posibilidades: tiroteo indiscriminado, violencia de género, conducción temeraria, asesinato-suicidio…

Desabrochó la correa de seguridad de su Glock. Desenganchó la pesada linterna del cinturón y se la apoyó en el hombro. La luz de los focos del aparcamiento llegaba solo hasta la línea de penalti. Su Maglite policial tenía cuatro pilas D que emitían ochocientos lúmenes, potencia suficiente para alumbrar el camino hasta el centro del campo. El todoterreno tenía las lunas tintadas. A aquella distancia, no había forma de saber quién había dentro.

Antes de subir a la acera, Gerald señaló en silencio un gran charco de aceite que había vertido el Miata. Lance Culpepper se encogió de hombros cuando Emmy miró dentro del coche. Emmy dedujo por el gesto de su esposa, Dervla —que estaba sentada en el asiento del copiloto con los brazos cruzados—, que ya le había advertido de que aquello era mala idea.

—¿Habéis visto a alguien más en el campo? —les preguntó.

Lance negó con la cabeza.

—Estaba demasiado ocupado destrozando el coche —repuso Dervla.

—Quedaos aquí —les dijo Emmy.

Apuntó con la linterna hacia abajo al adentrarse en el campo. La cinta amarilla rota estaba pegada al suelo, pisada por una rueda de dibujo grueso. Había una zona irregular antes de que sus pies se hundieran en la espesa hierba nueva. Las planchas de césped aún crecían por separado. El campo parecía una colcha de retazos. Las briznas de hierba medían unos siete centímetros. Vio algunos desperdicios sueltos: envoltorios de chicle, un tenedor de plástico. Salvo por el enorme todoterreno blanco, el campo estaba prácticamente intacto.

Mientras caminaba varios pasos por detrás y a la derecha de su padre, se recordó de nuevo que debía respirar. El conductor podía estar simplemente sentado al volante, reflexionando sobre su mala decisión. O quizá tenía una pistola en la mano y estaba esperando a que se acercaran los dos policías.

Emmy recordó que debía calmarse. Respiró hondo, retuvo el aire en los pulmones un segundo y lo soltó despacio. Al acercarse, oyó que el motor se hallaba en marcha. La matrícula era del condado de Clifton. En el parachoques había una pegatina del colegio de primaria de North Falls. Aguzó el oído. Voces. Un hombre y una mujer al otro lado del vehículo. Susurros broncos. Tensión. Rabia.

—¡Pónganse a la vista! —gritó Gerald.

Emmy se olvidó de respirar. Mientras esperaba, apretó con fuerza la empuñadura de la Glock.

La pareja rodeó la parte trasera del vehículo.

Emmy exhaló. Apuntó con la linterna a los dos adultos que se habían parado detrás del Chevy. Tenían las manos vacías y la cara crispada. Saltaba a la vista que Hugo y Angela Sanders estaban enfrascados en una acalorada discusión cuando Gerald los había interrumpido. Emmy vio que Tyler, su hijo de seis años, dormía en el asiento de seguridad, en la parte de atrás. Habían dejado el motor en marcha por el aire acondicionado. Un largo arañazo había

levantado la pintura de un lado del coche, parte del parachoques delantero estaba colgando y el guardabarros izquierdo se había rajado. Lo primero que pensó Emmy fue que aquel era un sitio muy raro para atropellar a alguien. Luego recorrió el suelo con la luz de la linterna.

—No lo he visto —le dijo Hugo a Gerald—. No ha sido culpa mía.

A Emmy se le paró el corazón. Había una bicicleta atrapada debajo del neumático trasero derecho del todoterreno. Se puso de rodillas y buscó frenéticamente un cuerpo debajo del vehículo.

Delante. Detrás. Al lado.

No vio ningún cuerpo, pero reconoció la bicicleta. El ligero bastidor de color turquesa claro tenía margaritas rosas y amarillas pintadas, como de dibujos animados. En los radios tenía insertas cuentas que brillaban en la oscuridad y, en la parte delantera, una cesta de color amarillo pastel. El sillín de cuero blanco estaba adornado con margaritas bordadas. Emmy había visto aquella bici infinidad de veces, tirada en el jardín delantero de Hannah, cortando el paso en el camino de entrada a su casa o arañando la pintura de la barandilla de su porche. Pertenecía a Madison Dalrymple. La misma Madison con la que había intentado hablar bajo el roble. La misma a la que había ignorado hacía casi una hora.

—Hugo. —Sintió que le temblaban las rodillas al ponerse de pie. Su mal presentimiento se había convertido en una sirena roja encendida—. ¿Conoces a Madison Dalrymple?

—No. —Se encogió de hombros—. Puede ser. ¿Qué tiene que ver con…?

—¿Esa es su bici? —preguntó Angela—. ¿Dónde están sus padres? Solo hace una semana que tenemos el coche. Paul puede permitirse arreglar esto, pero nosotros no.

—¿En serio? —Lance Culpepper había decidido desoír la orden de Emmy de quedarse donde estaba—. ¿Ahora va a ser culpa de Paul? Sois vosotros los que os habéis metido con el coche hasta el centro del campo.

—Igual que tú. —Hugo miró el Miata con cara de enfado—. O lo has intentado.

—Te estaba siguiendo. ¿Es que no has visto la cinta amarilla?

—Ya estaba rota —se defendió Hugo—. Tú tampoco la has visto, ¿por qué iba a verla yo?

—¡Por Dios, Lance! —soltó Angela—. ¿Por qué no vuelves a tu cochecito de juguete?

—¿Y tú por qué no dejas de nombrar a Dios en vano?

—¡No le digas a mi mujer lo que tiene que hacer!

—¡Ya basta! —gritó Emmy lo bastante fuerte como para hacerlos callar—. Lance, regresa a tu coche y quédate allí. Hugo, ¿quieres que te ponga una multa por salirte de la vía señalizada? Angela, mira a ver cómo está Tyler.

Esperó a que se dispersaran antes de volver a mirar a su padre. Gerald los había ignorado por completo. Estaba observando la bicicleta. Su rostro tenía una expresión dura. De niña, Emmy pensaba equivocadamente que el pétreo silencio de su padre era síntoma de desaprobación. Ahora sabía que significaba que estaba intentando resolver un problema.

—Para Madison, esa bici es la libertad —le dijo—. Tiene quince años. No puede conducir. No la dejaría tirada en medio de un campo.

Él se volvió hacia el aparcamiento, con la vista fija en el suelo. Emmy siguió su mirada. Estaba observando la trayectoria que había seguido el todoterreno. Con el césped recién plantado, era como si los neumáticos hubieran rodado sobre arcilla. Sus huellas podían leerse como un mapa de carreteras.

—¿Papá?

Gerald echó a andar hacia el aparcamiento. Emmy lo siguió procurando no acercarse a las huellas de neumáticos. Habían recorrido solo unos metros cuando su padre preguntó:

—¿Qué más estamos pasando por alto?

Emmy se volvió hacia el todoterreno. A lo lejos, vio que una grúa se acercaba al lugar del accidente. La fila de coches se extendía por la calle Long. ¿Había intentado Madison atajar por el campo para volver a casa y, por la razón que fuera, había dejado allí la bicicleta?

—El Chevy golpeó primero la rueda delantera de la bicicleta —le dijo a su padre—, o sea, que estaba mirando al oeste.

—Demasiado general. Piensa en algo más concreto.

Emmy sintió que sus pensamientos empezaban a acelerarse de nuevo. Tuvo que recordarse a sí misma que Gerald no estaba poniéndola a prueba, sino enseñándole algo. Si por una cosa destacaba su padre, era por su capacidad de escuchar. Retrocedió en su cabeza al momento en que se habían acercado al todoterreno. El pequeño rifirrafe entre Lance, Hugo y Angela. La respuesta la golpeó como un rayo.

—Hugo ha dicho que la cinta ya estaba rota cuando se ha metido en el campo.

—Sí.

—Si eso es cierto, significa que otro vehículo se metió aquí antes que Hugo, seguramente durante los fuegos artificiales, porque ni Hugo ni Lance han dicho que hayan visto pasar por aquí a otro coche.

—Sí.

Emmy apuntó con la linterna hacia el Miata; al instante, localizó las profundas huellas que habían dejado los gruesos neumáticos del todoterreno de Hugo. Eso era lo que había pasado por alto. Había una sombra que seguía su trayectoria, un segundo conjunto de huellas, de unos neumáticos más estrechos.

—Hugo ha dicho la verdad —comentó Emmy—. Otro coche rompió primero la cinta.

—Un sedán —especificó Gerald—. Más ligero.

Las huellas de las ruedas traseras del coche se separaban de las otras a unos veinte metros de donde estaban Emmy y su padre y torcían a la derecha, hacia un pequeño pinar que dominaba la colina. Emmy avanzó con cuidado por el campo, en paralelo a la trayectoria del sedán. Deseó que el corazón dejara de temblarle dentro del pecho. Podía haber alguna otra explicación que no fuera mala para que Madison hubiera abandonado su bicicleta en medio del campo. Siguió intentando darse esperanzas hasta que llegó al borde de la pradera. Las huellas terminaban allí, donde el sedán se había detenido. Levantó la linterna hacia los árboles.

Sintió otra sacudida en el corazón; esta vez fue como si un cuchillo lo atravesara. Había otra bicicleta. De color azul vivo. Con cuentas multicolores en los radios, serpentinas rosas colgando de los

puños del manillar y una cesta azul a juego en la parte delantera. Emmy había visto aquella bici infinidad de veces, tirada en el jardín delantero de Hannah, cortando el paso en el camino de entrada a su casa o arañando la pintura de la barandilla de su porche, apoyada a escasos metros de la bici de color turquesa claro de Madison, con su cesta amarilla, porque sus dueñas estaban prácticamente unidas por la cadera.

—Es la bicicleta de Cheyenne Baker —le dijo a su padre.

Gerald la miró. Había notado el temblor de su voz. Sentía ese mismo cambio en el ambiente. El cosquilleo. El mal presentimiento. El no pinta bien. Las explicaciones tranquilizadoras se desvanecieron.

—¿Son chicas de las que se escapan? —preguntó.

Emmy empezó a negar con la cabeza antes de que terminara de formular la pregunta. A Cheyenne no la conocía muy bien, pero Madison era demasiado lista para dejar su bicicleta en un campo de fútbol y escaparse a las diez de la noche, cuando sus padres esperaban verla en casa.

—Podría escaparse, aunque no así.

—¿Tienes su número?

Emmy sacó su teléfono y marcó el número de Madison. Luchó por contener las lágrimas cuando oyó un solo pitido, antes de que saltara el buzón de voz. El buzón estaba lleno. Volvió a sacudir la cabeza. Colgó. Empezaron a temblarle las manos. Aquello pintaba mal. Muy muy mal.

—¿Emmy? —la llamó Hannah desde el otro lado del campo.

Apartó rápido la linterna de la bicicleta de Cheyenne. Evidentemente, Hannah se había enterado de que Hugo había tenido un accidente. Corría hacia ellos con Davey en brazos, apoyado en la cadera. El niño hacía esfuerzos por no quedarse dormido, pero se le cerraban los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Hannah—. Me han dicho que Hugo ha atropellado la bicicleta de Madison.

—¿Sabes dónde está Madison? —preguntó Gerald.

—Le dijimos que estuviera en casa a las once, pero… —Hannah miró a Emmy. Su cara perdió bruscamente el color. Eran amigas desde el jardín de infancia. Conocían los secretos más recónditos, los

sueños más absurdos de la otra. No había muchas cosas que Emmy pudiera ocultarle—. ¿Está…? —Su voz se quebró de nuevo—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos —contestó Emmy, porque era la pura verdad—. Cuando vi a Madison, tenía el teléfono en la mano. ¿Paul puede rastrearlo?

—¿Qué?

—Me dijiste que Paul le había puesto un rastreador o algo así en el móvil, ¿no? ¿Que no te dejaba usarlo?

—S-sí —tartamudeó Hannah. Sabía que pasaba algo malo—. Puede… Quizá él pueda…

No acabó la frase. Echó a correr hacia el aparcamiento. Davey miró a Emmy por encima del hombro de su madre. Tenía los ojos muy abiertos. Se había contagiado del pánico de Hannah.

Igual que Emmy.

—Tranquila. —Gerald le puso la mano en la espalda—. La mejor manera de ayudarla es agachando la cabeza y cumpliendo con tu trabajo.

Emmy asintió, pero era muy difícil.

—Háblame del teléfono de Madison.

Emmy se obligó a apartar la mirada de Hannah. Cerró los ojos y trató de evocar aquel recuerdo, cuando había visto a Madison con el teléfono en la mano. El calor sofocante. La peste a sudor y cerveza. Ver a Madison bajo el árbol. Pensar que era buen momento para hablarle de Hannah y defender a su amiga.

Madison llevaba unas bailarinas rosas que la hierba había manchado de verde. Fruncía los labios, pensativa. Pantalones cortos blancos, muy ajustados. Camiseta azul claro del Club de Coro de North Falls, pegada al pecho. Nerviosa, irritada. ¿Parecía preocupada? Tenía la piel de color rosa encendido. Mientras se acercaba a ella, Emmy se había dicho a sí misma que no debía empezar la conversación criticándola por haberse quemado y luego, tontamente, le había aconsejado que bebiera más agua.

—Vale —le dijo a su padre—, era un iPhone. Carcasa blanca con pegatinas de flores en la parte de atrás. La misma que lleva siempre.

—¿A qué hora ha sido eso?

—La he visto dos veces. La primera, sobre las ocho y cuarto u ocho y media. Estaba de pie debajo del roble. Fui a hablar con ella porque pensé que a lo mejor podía ayudar a… —Emmy sabía que su padre no le estaba preguntando por su tensa relación—. Parecía molesta porque me hubiera acercado a hablar con ella. No molesta como suele, era más bien como si tuviera que estar en otro sitio. Me dijo que había quedado en encontrarse con Cheyenne en el puesto de SnoBall diez minutos antes. Pero no hay ningún puesto de SnoBall.

—¿Y Cheyenne tampoco estaba?

—No. No la he visto en todo el día. Normalmente está con Madison.

—¿Y la segunda vez? —preguntó Gerald.

—Fue unos diez minutos antes de que empezaran los fuegos artificiales. Iba subiendo por la cuesta y vi a Madison parada junto a las gradas. Creo que quería hablar conmigo. No le hice caso y entré en el aseo. La busqué después de los fuegos artificiales, aunque no la encontré.

Gerald la observó con sus penetrantes ojos azules.

—¿Llevaba algo más encima? ¿Gafas de sol? ¿Un bolso?

—No, nada. Hannah me ha dicho que solo lleva bolso cuando tiene el periodo. Pero tenía un bulto en el bolsillo delantero de los pantalones. No era un tampón ni un brillo de labios. Era más grande. Puede que una bolsa de golosinas o algo así.

—Vale. Vamos a echar un vistazo a la bici. —Gerald cogió la linterna. Mantuvo la mano en la espalda de su hija mientras avanzaban.

A Emmy, el camino se le hizo eterno. Tenía la sensación de que el corazón le daba vueltas dentro del pecho. Luchaba por contener las lágrimas. Su cuerpo estaba acusando lo atroz de la situación, aunque su mente no hubiera cobrado aún conciencia de ello.

La bicicleta de Cheyenne la habían tirado, no la habían depositado en el suelo. Tenía el manillar girado hacia atrás y uno de los mangos clavado en la tierra. Había resbalado varios metros antes de chocar con el tronco de un árbol. Se veían surcos en el lecho de pinochas;

la tierra estaba arañada. Alguien había arrojado la bicicleta con fuerza. Parte de la corteza de la base del pino se había desprendido.

Aquello era obra de un adulto. De un hombre, probablemente.

Emmy contuvo la respiración mientras Gerald alumbraba con la linterna el bastidor azul vivo, los radios con sus cuentas de colorines, los pedales, el manillar. La cadena estaba rota. La rueda trasera, doblada. La cámara, desinflada. Gerald deslizó el haz de la linterna. A la derecha. Luego a la izquierda. A Emmy le dio un vuelco el corazón al ver un teléfono aproximadamente a metro y medio de la rueda trasera de la bici. Carcasa blanca. Pegatinas de flores en la parte de atrás. Un iPhone. La pantalla estaba hecha añicos.

Gerald apuntó con la luz unos metros más allá del teléfono.

—¿Lo ves?

Emmy lo vio, sí. La tierra estaba empapada, un líquido oscuro se había acumulado allí, igual que el aceite bajo el Miata de Lance Culpepper.

Solo que aquello no era aceite.

Era sangre.

—Vale —dijo Gerald—. Tenemos un secuestro.

Capítulo 3

Emmy iba en el asiento del copiloto de su coche patrulla mientras su padre conducía a toda velocidad por la carretera. Se dirigían a darles a los padres de Cheyenne Baker la peor noticia que habían recibido en su vida. Su hija de quince años —aquella muchacha vulnerable— y su mejor amiga estaban en paradero desconocido. Las bicicletas de ambas habían aparecido abandonadas. Alguien había destruido a conciencia el teléfono de una de ellas. Había sangre en el lugar de los hechos; no una o dos manchas, sino un charco que había empapado el suelo. Aquello no era una travesura de adolescentes, ni tampoco un accidente. La cantidad de sangre lo cambiaba todo. Revelaba que quien se había llevado a las niñas no temía hacerles daño.

Solo era cuestión de tiempo que les hiciera aún más daño.

Emmy era dolorosamente consciente de que el tiempo jugaba en su contra. Había hecho su tesis de posgrado en Mercer sobre el aumento constante de los secuestros de menores en Estados Unidos. Podía recitar las estadísticas hasta en sueños.

En casi la mitad de los casos de menores desaparecidos, el responsable era uno de los padres o un familiar. La víctima solía tener menos de seis años. En general, había de por medio un divorcio conflictivo o una disputa por la custodia, aunque en ocasiones se daba también un componente de agresión sexual.

Cheyenne y Madison eran adolescentes. Los padres de ambas seguían casados. Y no tenía sentido que un familiar de una de ellas las hubiera secuestrado a ambas.

En el veintisiete por ciento de los casos, los secuestradores eran conocidos de la víctima y, en la mayoría de ocasiones, había algún delincuente juvenil implicado. Las víctimas solían ser mujeres adolescentes. El móvil era casi siempre la agresión sexual, acompañada a menudo de violencia física.

Sin embargo, al igual que un familiar, un conocido tendría oportunidades mucho más propicias de secuestrar a dos chicas adolescentes que esperar a que aparecieran ambas en medio de un campo de fútbol recién plantado de césped mientras la mitad de los vecinos de North Falls estaban sentados a escasos trescientos metros de distancia.

Es decir, que el secuestrador era un desconocido. Alguien que buscaba llevarse a una menor. Alguien que, al ver a dos chicas solas y apartadas, no había podido resistirse.

Menos del uno por ciento de los secuestros de menores eran obra de depredadores sexuales. Las víctimas eran casi exclusivamente mujeres con una edad media de catorce años. Lo más común era que las secuestraran en un lugar al aire libre y que las coaccionaran con un arma de fuego. La mayoría de las veces, el secuestrador conducía un coche. En el cuarenta y cuatro por ciento de los casos, la víctima era asesinada en el transcurso de la primera hora. El setenta y ocho por ciento, en el transcurso de las tres primeras horas. Al cabo de veinticuatro horas, prácticamente todas las víctimas estaban muertas.

Emmy miró la hora en su reloj: eran las 22:58. Llevaban oficialmente menos de una hora buscando a las chicas. Había visto por última vez a Madison delante de las gradas como a las 20:50. Hugo había arrollado su bicicleta sobre las 22:15. O sea, que el secuestrador les llevaba una ventaja de al menos ochenta y cinco minutos.

Ochenta y cinco minutos para aterrorizarlas.

Ochenta y cinco minutos para torturarlas.

Ochenta y cinco minutos para matarlas.

Emmy se dijo que las estaban buscando vivas. Que Madison y Cheyenne iban a contradecir las estadísticas, pero sentía desvanecerse sus esperanzas con cada segundo que pasaba.

Gerald se saltó una señal de *stop* al entrar en el barrio de Verona Heights. Marcó un número en su teléfono plegable y se lo acercó a la oreja. Conocía las estadísticas tan bien como Emmy. Ya había hablado con el agente especial de la Oficina de Investigaciones de Georgia al mando de la región suroeste. Había solicitado un equipo forense para recoger pruebas materiales en las bicicletas y el campo de fútbol. Había llamado a los cuatro ayudantes de reserva de Clifton para que se sumaran a la búsqueda. La Patrulla de Carreteras estaba vigilando todas las calles y las carreteras locales e interestatales de allí a Alabama. Los jefes de policía de Verona, Ocmulgee y Clayville habían enviado agentes. La mitad de los vecinos de North Falls se habían ofrecido voluntarios para participar en las labores de búsqueda. Hannah y Paul estaban recorriendo todas las rutas posibles para volver a su casa. La tía de Hannah, Barb, estaba cuidando de Davey para que pudieran estar fuera toda la noche si era necesario. Hannah había llamado a Emmy una sola vez, casi incapaz de hablar. Estaba angustiada, aterrorizada, desconsolada.

Emmy también.

Madison solo tenía siete años cuando su madre murió de cáncer de cérvix. Hannah, que por entonces era su queridísima maestra de primer curso, dio un paso al frente al venirse abajo la vida de Paul. Al principio, ayudaba a Madison con los deberes y siempre llevaba en la tartera algún bocadillo de más para ofrecérselo a la hora del almuerzo; luego la dejaba quedarse a dormir en su casa y le elegía la ropa para ir al colegio; la llevaba al cine, a fiestas de cumpleaños y a jugar con sus amigos y, por último, se enamoró perdidamente de su padre.

Lo suyo debería haber sido una película Hallmark, sin embargo, casi en cuanto Hannah y Paul empezaron a salir, Madison se convirtió en un ser de pesadilla, huraño y furioso. La boda solo empeoró las cosas. Probaron con terapia familiar. Probaron a tener días de padre e hija. Probaron a sobornar a Madison con la bicicleta nueva y ropa que no necesitaba, y con un iPhone demasiado caro para una chica de quince años. El mismo que habían encontrado cerca de un charco de sangre.

Los fuegos artificiales habrían ahogado cualquier ruido.

Un grito. Una llamada de auxilio. Un disparo.

Emmy juntó las manos para que dejaran de temblarle. Estaba enferma de preocupación, llena de absoluto terror por lo que estarían pasando las dos muchachas, y desesperada por hacer retroceder el reloj. Se llevó el puño a la boca al girarse para mirar por la ventanilla. No dejaba de ver a Madison esperándola delante de las gradas. Sudorosa e irritable. Saltaba a la vista que quería que Emmy se diera prisa. Tenía la frente arrugada por la intranquilidad. Los labios fruncidos por la ansiedad. Por fin parecía dispuesta a hablar, afortunadamente.

«Ahora no».

¿Cómo se le había ocurrido? No se le decía «ahora no» a una adolescente angustiada. Se adaptaba una a sus horarios. Dejaba lo que estuviera haciendo. Sobre todo, si esa adolescente angustiada era a todos los efectos la hija de tu mejor amiga. Cualquier otra amiga la habría escuchado. Cualquier otra madre lo habría sabido.

—Sí —dijo Gerald al teléfono—. Entendido.

Emmy oyó el chasquido del móvil al cerrarse. El coche aminoró la velocidad. Un poco más adelante, vio un coche patrulla marrón oscuro aparcado frente a la casa de dos plantas de los Baker. No había nadie al volante, pero reconoció el coche de Virgil Ingram, el jefe adjunto del *sheriff.*

Gerald se detuvo junto al bordillo y puso el freno de mano.

—La casa está vacía. El vecino de la derecha dice que la familia salió en su monovolumen sobre las tres. Media hora después, Cheyenne se fue en su bicicleta. La familia tiró hacia el río. Ella, hacia el pueblo. Virgil está intentando localizar el número de móvil del padre.

Emmy asintió en silencio. Virgil estaba un peldaño por debajo de su padre. Se alegraba de que estuviera allí para sustituirla. No se sentía capaz de enfrentarse a los padres de Cheyenne.

—Pide que venga alguien a recogerme —le dijo a su padre—. Puedo ayudar con la búsqueda.

—No —contestó Gerald—. Habla.

—Papá…

Su expresión impasible la detuvo. Ella frunció los labios. Hacían aquello en ocasiones, cuando estaban solos en el coche, nada más que ellos dos: dos personas que nunca hablaban con nadie hablando entre sí.

—La he cagado. —Emmy nunca había dicho esa palabra delante de su padre, pero la angustia la obligó a decirla—. Me di cuenta de que Madison quería hablar conmigo. Sabía que pasaba algo, lo noté en las tripas, pero estaba pensando en lo que había pasado con Jonah y quería estar sola y… la cagué. Tenía a Madison ahí mismo, al alcance de la mano. Por fin estaba dispuesta a pedirme ayuda y, en vez de ayudarla, me escondí en el puto aseo y ahora ha desaparecido.

Gerald se incorporó en el asiento para sacarse el pañuelo del bolsillo trasero. El calor había humedecido la tela, pero aun así Emmy se limpió la nariz con él.

—¿Lo sabe Hannah? —preguntó su padre.

Ella negó con la cabeza.

—No sé cómo voy a decírselo.

—Te corroerá por dentro como veneno si no lo haces.

Emmy dobló el pañuelo buscando una esquina limpia.

—Tú me llamaste cuando iba andando entre la gente. Tuvo que ser más o menos cuando Hugo se metió en el campo y chocó con la bici de Madison. ¿Cómo lo supiste?

Él se encogió de hombros.

—Me entró el cosquilleo.

—Yo lo sentí también. —Emmy se miró las manos; recordaba cómo había cogido la de Madison bajo el roble—. No en ese momento, sino antes, con Madison. Presentí que pasaba algo, pero no hice caso.

—Los errores pueden darte una razón para perdonar.

—¿Para perdonarte a ti mismo o para perdonar a los demás? —preguntó Emmy—. ¿O para que la gente te perdone?

—Cualquiera de esas cosas. —Gerald se encogió de hombros de nuevo—. Todas.

Ella optó por no entender su respuesta.

—Tú no has cometido un error en toda tu vida —dijo.

—Cometí los peores hace mucho tiempo. Era demasiado rígido. Siempre veía las cosas en blanco y negro. Eché a algunas personas de mi vida. No debería haberlo hecho. No puedo cambiar lo que pasó. Es demasiado tarde para disculparme. Tuve que aprender a no volver a hacerlo. Tuve que aprender a perdonar.

Emmy miró la cara cincelada de su padre. Tommy le había hablado de lo distintos que eran sus padres antes de que ella naciera; sin embargo, para ella su padre siempre había sido un hombre paciente y comprensivo.

—No te imagino siendo así.

—Me alegro.

Emmy miró por la ventanilla. Virgil bajaba por el camino de entrada de la casa vestido con camiseta y vaqueros. Se tapaba el antebrazo con su pañuelo, como si se hubiera hecho una herida. Meneó la cabeza para indicarles que no había ni rastro de las chicas.

Gerald dio unas palmaditas en la mano a Emmy antes de abrir la puerta del coche. Ella se quedó sentada un momento, revisando los mensajes del móvil. No tenía ninguno de Hannah, aunque su madre la avisaba de que Jonah había dejado a Cole en su casa. El alivio que sintió se vio empañado por la culpa; le parecía injusto que ella supiera que su hijo estaba a salvo y Hannah no.

Cuando salió del coche, el calor sofocante fue como una bofetada. El aire acondicionado le había secado el uniforme sudado. El cuello rígido le rozaba la piel. Virgil no estaba mucho mejor. Hizo una mueca de dolor al retirar el pañuelo para mirar los profundos arañazos que tenía en el brazo. Se suponía que tenía la noche libre, pero no parecía descansado. Le había dicho a Emmy en enero que pensaba jubilarse a finales de ese año. Las dos bicicletas del parque habían puesto fin a ese sueño apacible. Su cara arrugada lucía un aspecto ceniciento. Tenía la frente aún más fruncida de lo habitual. Emmy miró hacia la casa de los Baker. La puerta del garaje se hallaba abierta. Un Jetta de color oscuro estaba aparcado a un lado. El otro lado estaba vacío.

—Me he arañado el brazo con un puñetero rosal silvestre al intentar mirar por la ventana de la cocina —explicó Virgil en tono sombrío mientras miraba hacia la casa—. No están en casa, pero he

localizado a Felix Baker en el móvil. Le he contado lo que pasa. No han sabido nada de Cheyenne desde que se fueron, sobre las tres. Creía que estaba en el parque con Madison. Llegarán en cualquier momento.

Emmy sintió el peso de sus palabras. Había estado tan centrada en Madison que apenas había pensado en Cheyenne. Los Baker tenían que estar aterrorizados. No podía ni imaginarse cómo sería ese trayecto de vuelta a casa.

Su padre lo sabía. Al igual que su madre. Dos veces en su vida habían recibido una llamada informándolos de que uno de sus hijos había muerto. Primero Henry. Luego Martha. Los dos fallecidos en terribles accidentes. Emmy no tenía ni idea de cómo se las habían arreglado para seguir adelante. Ella no podía ni respirar si pensaba por un segundo en perder a Cole.

—Bueno —dijo Gerald—. ¿Qué sabemos?

Emmy se alegró de que se lo preguntara. Así podía centrarse de nuevo en los datos.

—Pasaron ochenta y cinco minutos desde la última vez que yo vi a Madison y el momento en que Hugo atropelló su bicicleta. La de Cheyenne la encontramos apartada entre los árboles, junto con el iPhone de Madison roto y una cantidad significativa de sangre. Las huellas de neumáticos indican que el vehículo utilizado para llevarse a las dos niñas es un turismo.

Virgil añadió:

—A Cheyenne Baker se la vio por última vez en casa de su familia alrededor de las tres de esta tarde, cuando su padre, Felix, su madre, Ruth, y su hermana de diez años, Pamela, se fueron en su Honda Odyssey azul a ver los fuegos artificiales en la orilla del Flint. Se suponía que Cheyenne iba a ir en bici al parque a ver los fuegos con Madison y que después regresaría a casa directamente. Nadie ha informado de que haya visto a Cheyenne en el parque. Tiene un teléfono móvil, pero no contesta. Sus padres no le tienen puesto un rastreador. Esperaban que estuviera en casa cuando llegaran.

—¿Qué creemos saber? —preguntó Gerald.

Emmy fue, de nuevo, la primera en hablar.

—Después de que yo la viera, Madison debió de coger su bici. Debió de empujarla por las escaleras para llegar al aparcamiento. Quizá pensaba atajar cruzando el campo para llegar a la calle Long. Creo que fue a buscar a Cheyenne. Estaba muy nerviosa cuando la vi. Creo que Cheyenne tenía que reunirse con ella a una hora determinada y que llegó tarde.

—¿A qué hora? —preguntó Gerald.

Emmy trazó la ruta mentalmente.

—Yendo por los caminos secundarios, Cheyenne tardaría veinte minutos como máximo en ir en bici de aquí al parque. O sea, que habría llegado a las tres y media. Cuando vi a Madison alrededor de las ocho y media parecía preocupada, pero no asustada, como cabría esperar si Cheyenne llevara cinco horas de retraso.

—Puede que Cheyenne quisiera pasar la tarde sola y luego encontrarse con Madison justo antes de los fuegos artificiales, para verlos juntas —sugirió Virgil.

—Las chicas no funcionan así —repuso Emmy—. No habían quedado en el parque para ver los fuegos artificiales, sino para estar juntas. Además, hoy es el cumpleaños de Madison. Cheyenne no iba a presentarse en el último momento. Sobre todo, si tenía que estar en casa temprano.

—Si tú lo dices, te creo. —Virgil solo tenía hijos varones—. ¿Qué cálculos se hace Madison cuando se da cuenta de que Cheyenne no llega? Como tú has dicho, solo son veinte minutos en bici. ¿En qué momento se sube Madison a la bici para venir a ver si está en casa?

—No creo que pasara más de una hora —contestó Emmy—. Seguro que le mandó mensajes y la llamó al móvil y a casa.

—He pedido el registro telefónico del móvil de las chicas —dijo Virgil—. Y del fijo de sus casas.

—Hay algo más. —Emmy sacó su cuaderno. Hizo un dibujo esquemático del campo de fútbol y señaló el lugar donde habían encontrado las bicicletas y el tramo de cinta rota. Usó guiones para trazar la ruta del sedán—. Las huellas de neumáticos llevan aquí, a la bicicleta de Cheyenne. La de Madison estaba mucho más lejos, por aquí, a unos cien metros de distancia y a plena vista. Por las

rodadas sabemos que el coche no se acercó en ningún momento a la bici de Madison.

—Vale —dijo Virgil—. O sea, que Cheyenne llegó tarde y Madison y ella estaban juntas con sus bicis cerca de los árboles. El secuestrador llega en su coche. Se baja. Puede que hablen. Coge a Cheyenne, le da un golpe en la cabeza. Ella pierde el conocimiento, sangra en el suelo. Madison suelta su teléfono, se monta de un salto en su bici y atraviesa al campo pedaleando. Él va a pie. Corre, la coge también. Deja tirada la bicicleta. Las sube a las dos al vehículo. Y se va.

Emmy había visto la sangre.

—Creo que a una de ellas le dispararon.

Gerald asintió.

—Estoy de acuerdo.

Emmy sintió que la boca se le llenaba de bilis. Casi tuvo una arcada al intentar tragarla.

—¿Quién es el secuestrador? —preguntó Virgil—. ¿Un familiar? ¿Un conocido? ¿Un desconocido?

—Un desconocido —afirmó Gerald—. Emmy es la mejor amiga de Hannah.

Ella tuvo que tragar saliva otra vez. Su padre no necesitaba estadísticas. Solo le hacía falta tener ojos en la cara. El coche patrulla de Emmy estaba aparcado con frecuencia delante de la casa de Hannah. Ella solía ir de uniforme cuando iban a tomar algo después del trabajo. Era, además, la hija del *sheriff.* En el pueblo todo el mundo lo sabía. Y en el círculo de Madison también. Ni el delincuente más desalmado habría cometido la imprudencia de agredir a la hija de Hannah.

Tenía que ser un desconocido.

—La bicicleta de Madison estaba a la vista —continuó Gerald—. La de Cheyenne estaba tirada debajo de los árboles.

—Le entró el pánico —dijo Virgil—. Estaba muy oscuro. Pensó que, si aparecía una bicicleta, nadie buscaría la otra. Nos centraríamos en una de las chicas y no en las dos. Seguramente empezaríamos por los padres y seguiríamos a partir de ahí.

—Necesitaba que perdiéramos tiempo —añadió Gerald—. Quería alejarse.

Emmy respiró hondo, en un intento por volver a concentrarse.

—Desde un punto de vista logístico, es increíblemente arriesgado ir a por dos chicas de quince años al mismo tiempo. Son demasiado impredecibles. La probabilidad de que una o las dos se defiendan es demasiado alta.

—Cogió primero a Cheyenne —dijo Gerald.

—Debió de hablar con ella —repuso Emmy—. Puede que la abordara desde el coche, en la calle. Ella iba en bici. Le enseñó la pistola, le dijo que subiera. Ella empezó a negociar, intentando convencerlo de que no la secuestrara. En plan: «Mi amiga me está esperando. Si no aparezco, vendrá a buscarme. Sabe dónde estoy. La mejor amiga de su madrastra es policía». Entonces el secuestrador decide utilizar a Cheyenne como cebo para atrapar también a Madison.

—Sabremos por sus registros telefónicos si llamó a Madison o le escribió —dijo Virgil—. Puede que el secuestrador tenga alguna fantasía enfermiza que siempre ha querido satisfacer. Dos chicas al mismo tiempo.

Emmy bajó la mirada para que no vieran su expresión.

—La Oficina de Investigaciones de Georgia ha dicho que llamemos al FBI —comentó Gerald.

Emmy sabía que su padre prefería que no intervinieran los federales. Tendían a romper las cosas, en lugar de arreglarlas.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Se volvieron cuando unos faros iluminaron la calle. Emmy miró su reloj. Ya habían pasado tres horas. Las probabilidades de que las chicas siguieran con vida habían bajado al veintidós por ciento.

Virgil se metió en el camino de entrada cuando un monovolumen azul se acercó a toda velocidad. Ruth Baker saltó del vehículo antes de que su marido parara el coche. Tenía la cara colorada y los ojos hinchados de llorar. Estaba agotada, asustada, dominada por el pánico.

—¿La han encontrado? ¿Dónde está? Díganme qué ha pasado.

—Señora —dijo Gerald—, no la hemos encontrado. Tengo que hacerles unas preguntas.

—¿Qué preguntas? —Lo agarró del brazo—. Deberían estar hablando con Hannah y Paul. Les dijimos que Madison era una mala influencia. No sé en qué lío se ha metido Cheyenne, pero seguro que es por culpa de esa zorrita.

Emmy intentó mantener la compostura. La mujer estaba angustiada, se aferraba a un clavo ardiendo. Todavía no se había dado cuenta de que esas pequeñas cosas ya no importaban. Al secuestrador le traían sin cuidado.

—Señora —dijo Gerald—, a las chicas se las han llevado por la fuerza. Hemos encontrado una cantidad significativa de sangre en el lugar de los hechos. La situación es grave.

Ruth abrió la boca, pero no dijo nada. Estaba tan anonadada que ni siquiera pudo parpadear.

—*Sheriff.* —Felix Baker llevaba de la mano a su hija pequeña. Pamela parecía tan atónita y conmocionada como su madre—. ¿Qué podemos hacer?

—Cuéntenme qué han hecho esta tarde.

—Sí, claro. —Felix respiró hondo. Emmy reconoció el mecanismo de afrontamiento. El hombre intentaba conservar la calma y expresarse con claridad—. Yo tenía trabajo que hacer, pero vine a casa a ayudar a cargar la furgoneta para el pícnic. Salimos hacia el río sobre las tres. Le dije a Cheyenne que volviera directamente a casa después de los fuegos artificiales.

—¿Fue la última vez que la vio o que tuvo noticias suyas?

—Sí. —A Felix le tembló el labio cuando miró a su mujer—. Los dos, esa fue la última vez.

—¿No fue con ustedes al Flint?

—Quería estar con Madison. —La voz de Ruth sonó crispada—. Me lo suplicó. Debería haberle dicho que no, pero…

Gerald mantuvo la mirada fija en Felix.

—¿Fueron directamente al río?

—Las dejé allí. —Felix señaló con la cabeza a su esposa y su hija —. Yo tenía que trabajar un par de horas más. Soy ingeniero

mecánico. Fui a la fábrica para revisar unos planos, me marché alrededor de las siete y me reuní con Ruth y Pamela en el río.

Emmy hizo cuentas. Eran más de un par de horas. Quizá se equivocaban respecto al perfil del depredador. No se le escapaba que el padre de una de las chicas desaparecidas tenía una coartada muy endeble.

—¿Por qué pierden el tiempo con minucias? —Ruth había recuperado el habla—. No sé qué ha pasado, pero la culpa es de Madison. Cheyenne nunca se había metido en líos hasta que nos mudamos a este pueblucho. ¡Felix, díselo!

Felix sacudió la cabeza, pero luego dijo:

—Tiene razón. Cheyenne cambió cuando conoció a Madison.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Gerald.

—Hace dos años. —Ruth soltó una risa sobresaltada, como si no pudiera creer que fuera tan reciente—. Dos años y nos ha destrozado la vida.

Emmy intentó ver cómo estaba Pamela, pero la niña tenía la vista fija en el suelo. Aquella no era una conversación adecuada para tenerla delante de una niña de diez años. Y de los vecinos. Emmy vio luces encendidas en las casas de alrededor. Se preguntó por qué su padre no había sugerido que entraran.

—*Sheriff* —dijo Felix—, ¿está seguro de que no se ha escapado?

—¿Usted cree que se ha escapado?

—He pensado que… —Felix se detuvo para tragar saliva. Empezaba a perder la compostura—. Hemos estado hablando de… Antes de esto… estuvimos hablando de volver a Iowa. Para estar más cerca de la familia. Y Cheyenne no quería. Dijo que se escaparía si nos mudábamos.

—¿Habían tomado ya una decisión en firme? —preguntó Gerald.

—No. —Miró a su mujer—. No, todavía no.

—¡No lo saben! —gritó Ruth—. ¡Puede que se haya escapado!

—No —dijo Gerald—. No se han escapado.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Ruth ásperamente —. ¿De quién es la sangre que han encontrado? Puede que Madison la atacara. Puede que estén escondidas en algún sitio.

—Señora Baker —dijo Gerald—, háblemе de cómo había cambiado Cheyenne.

Ruth abrió la boca y volvió a cerrarla. No respondió porque quería aferrarse a la fantasía de que tal vez las chicas estaban jugando a un juego terrorífico.

Felix carraspeó.

—Fue muy repentino. Conoció a Madison y, prácticamente de la noche a la mañana, cambió.

—¿En qué sentido? —insistió Gerald.

—En todos. —Ruth intentó usar el dobladillo de su camisa para secarse los ojos, pero le temblaban demasiado las manos—. Antes de conocer a Madison, Cheyenne era una niña perfecta. Luego, de repente, ya no quería que la vieran con nosotros. Se negaba a ir a misa. Empezó a hacer novillos. Todo era secreto. Luego empezó a mentirnos. Mentía sobre dónde iba y con quién iba a estar. Pasaba mucho tiempo sola en su habitación. Y trataba muy mal a Pamela.

Emmy pensó que estaba describiendo el comportamiento normal de una adolescente.

—¿Ha tenido algún novio? —preguntó Gerald.

—No —contestó Ruth con énfasis—. Nunca.

Emmy no habría visto la mirada furtiva de Pamela si en ese momento no hubiera estado mirando a la niña.

—Cheyenne tiene prohibido salir con chicos —añadió Felix—. No tiene edad suficiente.

Emmy se mordió el labio. Hannah le había dicho que más de una vez había visto que Cheyenne tenía un chupetón en el cuello.

—¿Tienen algún familiar en esta zona? —preguntó Gerald.

Felix negó con la cabeza.

—Están todos en Iowa.

—¿Cheyenne tenía otros amigos?

—No —contestó Ruth—. Tenía muchos cuando nos mudamos aquí, pero luego su círculo se fue reduciendo hasta que…

Emmy vio que le corrían lágrimas por la cara. Ruth tragó saliva con visible esfuerzo. Se le habían agotado los reproches y las excusas. Ya solo quedaba la verdad pura y dura: su hija había desaparecido. Quizá nunca volviera a casa.

—De acuerdo —dijo Gerald—. A mi ayudante le gustaría registrar la habitación de Cheyenne. Felix, ¿puede acompañarla?

Felix pareció sorprendido de que se lo pidiera a él. Había supuesto que el *sheriff* querría hablar con el progenitor más tranquilo. No sabía que aquel *sheriff* entendía que las personas tranquilas solían tener cuidado con lo que decían.

Gerald también había notado que la coartada de Felix era endeble.

—Por supuesto. —Felix agarró a Pamela de la mano—. ¿Vamos, cielo?

La niña miró a Emmy un momento antes de dejar que su padre la llevara por el camino de entrada. Emmy se adaptó a su paso lento. Pensó en la mirada furtiva de Pamela cuando Gerald había preguntado si Cheyenne había tenido algún novio. Era cinco años menor que su hermana. Ella se llevaba veintidós con su hermano, pero siempre se había interesado por sus cosas. Tommy no podía mandar un correo electrónico ni hacer una llamada sin que ella intentara enterarse de qué pasaba. Emmy había sabido que iba a pedirle a Celia que se casaran antes de que lo hiciera.

Tratándose de dos hermanas, tenía que ser aún peor.

—Lo siento. —Felix usó su llave para abrir la puerta de la casa—. No hemos tenido tiempo de limpiar.

—No pasa nada.

Emmy echó un vistazo alrededor mientras subían a la primera planta. Podría haber dibujado el plano de la casa sin moverse de la acera. Casi todas las casas del barrio tenían un diseño muy parecido. Unas décadas atrás, unos primos lejanos suyos habían construido casas de dos niveles por todo Verona. A los ingenieros de la fábrica les encantaba ese estilo moderno del siglo XX. Sus esposas detestaban el lavadero del sótano y los dos tramos de escaleras que había que subir para ir del garaje a la cocina.

La casa de los Baker no estaba desordenada, teniendo en cuenta que vivían allí dos adultos ocupados, una preadolescente y una adolescente. Los muebles eran bonitos, aunque anodinos en su mayoría. La pareja parecía sentir predilección por las gradaciones del marrón y el blanco. Emmy vio el mismo esquema de color en la

cocina, la entrada y el aseo. No parecían tener mascotas. Solo había un par de cuadros en las paredes. No había alfombras para dar calidez a las habitaciones, ni tampoco mantas o cojines para que la gente se sintiera a gusto. Si Emmy hubiera tenido que emplear una sola palabra para describir la casa, habría sido temporal.

La familia no había empezado a hablar de volver a Iowa por culpa de Madison Dalrymple. Era evidente que Ruth se había negado a echar raíces allí. Y que buscaba cualquier excusa para volver a casa.

—Por aquí. —Felix le indicó que lo siguiera.

Todas las puertas del pasillo estaban cerradas. Emmy supuso que sería la costumbre en Iowa. Los suelos de tarima eran viejos y estaban deformados por la humedad. Cada paso iba acompañado de un chirrido particular. Dedujo que era difícil escabullirse de la casa por la noche. Y que probablemente Cheyenne había descubierto el modo de hacerlo.

Felix se detuvo en la última puerta de la derecha. Agarró el pomo, pero no la abrió. Emmy esperó un momento.

—Papá —susurró Pamela, como si le avergonzara que su padre hubiera olvidado cómo abrir una puerta.

—No pasa nada, cariño. —Se rio con timidez—. Tu hermana se va a poner furiosa cuando se entere de que he dejado entrar a una extraña en su cuarto.

Emmy notó que le temblaba la voz. Le dio tiempo para que tomara una decisión. Abrir la puerta significaba asumir que Cheyenne había desaparecido. Que quizá no volvería. Que probablemente alguien le había hecho daño.

Felix respiró hondo y abrió la puerta.

Emmy esperaba encontrarse con el desorden habitual de una adolescente, pero el dormitorio de Cheyenne estaba completamente atiborrado de cosas. Ella, a diferencia de su madre, sí había echado raíces, y muy profundas. Había pegado en las paredes carteles de todos los grupos y cantantes de rigor. Tenía múltiples colecciones: de peluches, de figuritas de caballos, de perfumes, de brillos de labios, de pendientes, de flores secas, de velas, de *Harry Potter,* de la serie *Crepúsculo,* de productos de maquillaje… Y tanta ropa y tantos zapatos que la puerta del armario no cerraba.

Felix soltó una risa áspera.

—Le gustan sus cosas.

—Como a casi todas las chicas.

—Esta tarde le grité. Quería que fuera con nosotros al río. Le dije que era importante hacer cosas en familia.

Emmy intentó tranquilizarlo.

—Es difícil criar a una adolescente.

Él señaló las sombras de ojos y los coloretes esparcidos por el escritorio.

—Tuvimos que darnos por vencidos con el maquillaje. Ruth decía que era demasiado joven, pero se maquillaba en cuanto salía de casa, así que…

Emmy notó que tragaba saliva con esfuerzo.

—Cheyenne tenía razón —añadió él—. Me dijo que de todos modos yo no iba a estar en el río. Que me liaría en el trabajo y llegaría tarde, y que qué más daba que ella estuviera allí o con Madison.

Emmy observó su cara. Tenía la sensación de que su arrepentimiento era sincero, pero no podía permitirse concederle el beneficio de la duda.

—¿Tenía un portátil o…?

—Ruth se lo quitó el año pasado. —Se encogió de hombros—. Cheyenne descubrió una forma de eludir el control parental. No queríamos que tuviera redes sociales. Solo le permitíamos usar el ordenador de abajo para hacer los deberes.

—¿Puede facilitarme el portátil?

—Lo siento, creo que Ruth lo donó a la iglesia. Las monjas tienen un programa para jóvenes desfavorecidos.

—No pasa nada. —Emmy lo investigaría más tarde—. ¿Y su teléfono?

—Es un teléfono viejo, plegable, que metí en el cajón de un escritorio hace unos años. Ruth se enfadó mucho con ella por grabar sus iniciales en el plástico… —Su voz se apagó cuando pareció darse cuenta de la cantidad de tiempo que había perdido enfadándose por cosas absurdas—. Vigilamos toda su actividad en internet. Tenía

prohibido conectarse fuera de casa o en el instituto. Hay tanta gente mala por ahí que…

Emmy vio cómo cambiaba su expresión al comprender que esa gente mala se había llevado a su hija de todos modos.

—Debería empezar —le dijo.

—Por supuesto. —Felix juntó las manos—. ¿Necesita que la ayude o…?

—Seguramente el *sheriff* quiera hacerle más preguntas.

—Claro —dijo él—. Claro.

Emmy lo vio marcharse. Sus pasos resonaron en el pasillo, haciendo chirriar cada tabla del suelo. Lo oyó bajar por la escalera. Oyó el chasquido de la puerta de la calle. Estaba a punto de empezar el registro cuando sintió un chirrido más cerca.

Pamela se asomó por la puerta abierta. Emmy le sonrió, pero la niña se retiró rápidamente. Recorrió el pasillo con paso sigiloso, como un ratón. La puerta de una habitación se abrió y volvió a cerrarse.

Emmy podía ir tras ella, pero tenía que sopesar, por un lado, el hecho de que Pamela era una niña de diez años cuya hermana había desaparecido y, por otro, la probabilidad de que tuviera alguna información útil. La niña seguramente recordaría aquella noche con todo detalle. No necesitaba recordar, además, que la había aterrorizado una ayudante del *sheriff* demasiado agresiva. Además, la peor manera de conseguir algo de un niño era exigirle que hablara.

Empezó a registrar el cuarto de Cheyenne haciendo una rápida inspección visual, por si había algo tirado por ahí. A Cheyenne parecían gustarle el rosa y el azul, lo que no era ninguna sorpresa teniendo en cuenta cómo había decorado su bicicleta. Pero el rosa de las paredes no era de niña pequeña. Se acercaba más al fucsia, como si lo hubiera elegido para fastidiar a su madre.

La colcha era de un azul vivo, casi idéntico al de la bicicleta. Las sábanas eran una explosión de flores multicolores. Los cojines eran de tonos parecidos. Había estrellas fluorescentes pegadas en el techo y en las aspas del ventilador. En el suelo había una alfombra de piel de oveja falsa. Los bordes estaban doblados. La tarima

estaba dañada: mostraba dos profundas hendiduras. El escritorio estaba casi completamente cubierto de productos de maquillaje. Había tres botes de esmalte de uñas oscuro junto a un libro de texto de Historia. Debajo había un bloc de notas amarillo con garabatos dibujados con tinta morada. Emmy sabía que las dos chicas estaban yendo a la escuela de verano porque habían suspendido Ciencias Sociales durante el curso.

Se aseguró de que no había nadie en la puerta antes de sacarse unos guantes del bolsillo y ponérselos. Hojeó el libro de texto. Echó un vistazo a los apuntes. Cheyenne tenía una letra de niña con círculos en lugar de puntos. Hasta donde pudo ver, ninguna de sus notas era de carácter personal. Había una mochila apoyada contra el lateral del escritorio. Se agachó para mirar dentro. Otro libro de texto, un ejemplar de *Romeo y Julieta,* una chocolatina Twix, una botella de agua vacía, un carné escolar, tres billetes de dólar arrugados, treinta y dos centavos en monedas sueltas y lo que parecía ser una caja de Tic Tacs cubierta de pelusas.

Emmy se levantó y empezó por lo más fácil. Pasó las manos entre el colchón y el somier. Miró debajo de la cama. Abrió los cajones de la mesita de noche, miró dentro y pasó los dedos por el fondo. Luego hizo lo mismo con los cajones de la cómoda. Registró los estantes del armario empotrado. Rebuscó en la basura. Hurgó en los bolsillos de la ropa. Miró dentro de los tropecientos pares de zapatos que había en el armario.

Bingo.

Encontró una cajita de metal escondida en el rincón del fondo del armario. No perdió tiempo buscando la llave. La caja era endeble, como esas huchas que se les regalaban a los niños; no tenía una cerradura patentada de Fort Knox. Cogió la multiherramienta que llevaba en el cinturón y sacó la barrena. La insertó en la cerradura y la giró. La caja se abrió.

—Uf —murmuró.

Debía de haber al menos tres mil dólares dentro. Sacó los billetes para contarlos. El dinero no era lo único que Cheyenne guardaba en su escondrijo. Había también una bolsita de marihuana: más semillas que tallos, pero aun así. Lo dejó todo en el suelo.

Lo único que quedaba en la caja era una tira de fotos de las que se hacían en el fotomatón de las ferias. En los cuatro recuadros aparecían Madison y Cheyenne abrazadas, posando para la cámara. Iban arregladas, probablemente para una fiesta de la que sus padres no sabían nada. Madison llevaba los ojos maquillados con una raya muy gruesa y sus labios resaltaban, pintados de rojo cereza. Cheyenne llevaba una camisa muy ajustada, tan abierta que se le veía el sujetador negro debajo. El collar dorado, con su nombre escrito en cursiva, prácticamente desaparecía en su canalillo. Madison también llevaba un collar con su nombre, pero vestía con más modestia, como si no se hubiera atrevido del todo con aquel *look.* La última foto de la tira planteaba una pregunta interesante. Cheyenne sostenía la cabeza de Madison entre sus manos y la besaba en la cara.

No en la mejilla ni en los labios, sino en algún punto intermedio.

Emmy no quiso darle demasiada importancia al beso. A esa edad, ella siempre se colaba por chicas, pero nunca había un componente sexual en esa atracción. Era más bien como si quisiera ser como ellas, no estar con ellas. Tener el ingenio de Celia, o la seguridad inquebrantable de Taybee, o el humor negro de Hannah. Ser cualquier otra menos ella.

Era tan difícil ser una chica de quince años…

Oyó crujir de nuevo las tablas del pasillo. Echó un vistazo al espejo que había sobre la cómoda. Vio asomarse a Pamela por el marco de la puerta.

Emmy se puso en cuclillas. Pensó de nuevo en la mirada furtiva de la niña en la calle. A sus diez años, Pamela tenía edad suficiente para entender que a Cheyenne le había pasado algo terrible, pero no que ella tenía que echar una mano. Cualquier promesa pasada, los juramentos o incluso los sobornos carecían ya de importancia. Pamela tenía que confesarlo todo. Emmy intentó dar con la forma de hacérselo entender sin presionarla demasiado. Su hijo Cole era un año mayor, pero seguramente la mitad de maduro que ella. A esa edad, el único poder real que se tenía era el silencio.

Sacó su teléfono y fotografió cuidadosamente todos sus hallazgos. Luego volvió a guardar la tira de fotos en la caja metálica. Después

guardó la bolsa de marihuana. A continuación se puso a contar el dinero. Billetes de veinte dólares, en su mayoría. Unos cuantos de diez. Varios de cincuenta, lo que era sorprendente.

Se había equivocado al calcular a ojo. Había cerca de cinco mil dólares en la caja. Una cantidad asombrosa para que una adolescente la tuviera escondida en su armario. Y Cheyenne no podía ir a sacar dinero a un cajero automático. ¿Quién demonios le había dado decenas de billetes de cincuenta dólares nuevecitos a una chica de quince años?

La sombra de Pamela cayó sobre la colección de zapatos. La niña se agachó junto a Emmy. Llevaba un vestido amarillo manchado por delante, seguramente por haberse comido un polo rojo. Tenía cortes y rasguños en las rodillas huesudas y arcilla roja debajo de las uñas, de jugar a la orilla del río. Olía casi abrumadoramente a sudor, pero de esa forma que tienen los niños de apestar y aun así oler bien.

Emmy se quedó callada mientras empezaba a contar los billetes otra vez, colocándolos en montones como si fueran dinero del Monopoly. Por el rabillo del ojo, vio que Pamela aplastaba las semillas de la bolsita como si hiciera estallar plástico de burbujas. Emmy ordenó los montones de billetes y se mordió la lengua para no estropear ese momento. Había pasado muchas horas atareándose en la cocina o fingiendo que quería limpiar el polvo de los libros de las estanterías u ordenar los CD de la PlayStation mientras esperaba a que Cole le contara por fin qué le preocupaba. Comparado con eso, hablar con Pamela tendría que haber sido sencillo, pero estaba tan ansiosa por encontrar a Madison y a Cheyenne que le daban ganas de agarrarla por los brazos y zarandearla.

En lugar de hacer eso, cogió los billetes de cincuenta y empezó a ponerlos todos de cara en la misma dirección.

Pamela seguía aplastando las semillas con el pulgar. Emmy decidió arriesgarse.

—Supongo que tu padre no sabe lo del iPhone de Cheyenne.

La niña se puso tensa.

—No pasa nada. —Emmy había visto a Cheyenne con el iPhone en el sofá de Hannah. Aun estando sentadas a treinta centímetros de

distancia, las dos chicas se mandaban mensajes, en vez de abrir la boca para hablar—. No se lo voy a decir a nadie.

Pamela volvió a apretar las semillas. Las había roto casi todas. Emmy se preguntó si sabía lo que contenía la bolsa. En vez de preguntar, cogió los billetes de veinte y empezó a ponerlos todos en el mismo sentido.

—Hay más —dijo Pamela.

—¿Más dinero? —Emmy siguió ordenando los billetes.

—Sí.

Emmy esperó hasta que terminó de ordenar los billetes.

—¿Dónde?

Pamela no respondió. Evidentemente, la culpa por revelar el secreto de Cheyenne pesaba mucho. Una vez más, Emmy se obligó a mantener la boca cerrada, cogió otro montón de billetes y permaneció atenta por si el silencio volvía a romperse.

Por fin, Pamela le tocó el brazo. Esperó a que Emmy la mirara y entonces alzó los ojos hacia el techo del armario empotrado.

La niña era mejor investigadora que ella. Había un panel de acceso al desván en lo alto del armario.

Pamela se levantó. Retiró la alfombra de piel de oveja y arrastró la silla del escritorio por el suelo. Eso explicaba las ranuras de la tarima. Emmy se estaba preguntando cómo conseguía la niña llegar al panel cuando Pamela empezó a apilar libros en el asiento, lo cual no solo era peligroso sino también innecesario.

—Ya lo hago yo, cielo.

Emmy se subió a la silla. Estiró los brazos y apartó el panel. Palpó a ciegas las vigas del desván. Le cayeron trozos de aislamiento rosa en la boca y los ojos. Tosió y se limpió el polvillo de los ojos con el brazo. Estaba a punto de pedirle indicaciones a Pamela cuando tocó el borde de una bolsa de plástico. Era una bolsa de congelación con autocierre, de tres litros. Tiró de ella y la pasó por el hueco. Parpadeó, pero no por el polvillo, sino porque no podía creer lo que estaba viendo.

Otro grueso fajo de billetes. Un blíster de píldoras anticonceptivas al que le faltaban cuatro comprimidos. Más marihuana. Y lo que

parecían ser dos papelinas de cocaína de tres gramos y medio y diez pastillas de éxtasis.

Miró a Pamela y decidió ir al grano.

—¿Cheyenne tiene novio? —preguntó.

—Sí —contestó la niña—. Se llama Jack.

Capítulo 4

Una vez más, Emmy iba sentada junto a su padre, que conducía su coche patrulla, camino de la casa de otra familia cuya vida también estaba a punto de dar un vuelco, aunque por motivos muy distintos. El Jack al que había nombrado Pamela era el hijo de dieciséis años del doctor Carl Whitlock, un pediatra cuya lista de pacientes abarcaba a casi todos los vecinos de North Falls, incluidos la propia Emmy, que había sido paciente suya en la adolescencia, y su hijo Cole, que nunca había conocido a otro médico. La exmujer de Carl, Monica, era casi veinte años más joven que él y nunca se había adaptado a la vida en un pueblo pequeño. Hacía un par de años que se había vuelto a casar y se había mudado a Atlanta, pero Jack se había quedado en North Falls para terminar el instituto.

—¿La tenías en el radar? —preguntó Gerald.

Se refería a Cheyenne. Todos los policías tenían «en el radar» una lista de posibles delincuentes, personas que habían tenido la suerte o la astucia de que no las detuvieran. Emmy nunca había sospechado que, detrás del férreo silencio en el que se sumían Cheyenne y Madison cada vez que ella entraba en la habitación, hubiera otra cosa que temores adolescentes. El alijo de dinero y drogas la había dejado perpleja.

—Sabía que las chicas se drogaban a veces —le dijo a su padre—, pero no tenía ni idea de que Cheyenne estuviera metida en algo así. Si lo hubiera sabido, le habría dicho a Hannah que procurara que Madison se apartara de ella.

—Vale.

Emmy observó el perfil de su padre. Sus «vale» tenían varias capas. A veces podían tomarse al pie de la letra como una expresión de asentimiento y otras solo tenían por objeto reconocer que alguien

había hablado y que él había oído sus palabras. Ambos sabían que Jonah se pasaba la mayor parte del día bebiendo o drogándose. Y ambos preferían no hablar de ello.

—Papá, hay una gran diferencia entre un par de porros y dos papelinas de cocaína y diez pastillas de éxtasis. —Emmy intentó que su tono no sonara petulante—. Lo de las drogas duras cambia mucho las cosas. Entre la caja y lo que he encontrado en el desván, Cheyenne tenía casi dieciséis mil dólares en efectivo y mil más en drogas. Es una cantidad considerable.

—¿Cómo está implicado Jack?

—Puede que trafique o que Cheyenne le esté guardando las drogas. —Emmy miró fijamente la carretera borrosa mientras barajaba posibilidades—. Su padre es médico, pero no creo que el doctor Carl no tenga controlados sus talonarios de recetas. Y las drogas que hemos encontrado no son fármacos legales. Si yo fuera un traficante de drogas, podría pedirle a Cheyenne que me guardara la mercancía, pero no confiaría en ella para guardar tanto dinero. Además, si hubiera secuestrado a las chicas para recuperarlo, el dinero ya no estaría. Según los vecinos, la casa de los Baker llevaba vacía por lo menos desde las tres y media.

—Quita las drogas de la ecuación.

—No cambia nada. Jack tendría mejores oportunidades de secuestrar a las chicas. Podía decirles que se pasaran por su casa. Pero ¿por qué iba a secuestrarlas? ¿Dónde las retendría? ¿Y por qué iba a llevarse a las dos al mismo tiempo? Parece algo demasiado calculado y controlado para que un chico de dieciséis años lo lleve a cabo.

—¿Qué otras posibilidades hay? —preguntó Gerald.

Emmy intentó pensar en la relación que podían tener las drogas con la desaparición de las dos chicas.

—Las bandas de moteros de Macon trafican con coca y oxicodona. La milicia trafica con…

—Emmy Lou —dijo su padre en un tono que no era exactamente burlón, pero tampoco dejaba de serlo.

Lo humillante era que tenía razón. Quienquiera que hubiera suministrado las drogas a Cheyenne estaba al menos diez peldaños

por debajo de la organización que las introducía ilegalmente en el estado.

—Son chicas de quince años —dijo Emmy—. No pueden conducir. No pueden ir a los bares. Ni siquiera pueden salir de casa sin permiso. Van en bicicleta a todas partes, lo que limita aún más su mundo. No siguen la política ni las noticias. Toda su vida gira en torno a lo que sucede en el instituto y en el centro comercial. Y todo, además, lo ven a través de la estrecha lente de su existencia.

—¿Y?

—Que probablemente esa persona las conoció en el centro comercial. —Emmy repasó en silencio el carrusel de pequeños traficantes de drogas del condado. La mayoría eran hombres de mediana edad con poco pelo y que apenas ganaban para sobrevivir —. Quiero decir que hasta los camellos callejeros tienen su brújula moral. Me los imagino vendiendo droga a chavales, pero no secuestrando a dos chicas, da igual lo que hayan hecho.

—Céntrate en Madison.

Emmy sintió que se le cerraba la garganta. Hablar en términos teóricos le había permitido distanciarse un poco, pero ahora recordaba que en el centro de aquel asunto había dos niñas aterrorizadas y en peligro. No eran curtidas traficantes de drogas ni delincuentes callejeras. Eran la hija mayor de Felix y Ruth Baker. Eran la niña de Paul y Hannah.

—Dieciséis mil dólares es mucho dinero para que una adolescente lo tenga guardado —dijo—. Se necesita una enorme disciplina para no gastarlo en ropa y maquillaje. Estaban ahorrando para algo importante. Seguramente para marcharse del pueblo.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que quieres cuando eres adolescente. Todo el mundo te trata como si fueras una cría, pero tú te crees que eres una adulta. Tus padres son imbéciles. El instituto es una pérdida de tiempo. Es aburrido salir todos los días por el centro comercial. Ves a la misma gente una y otra vez. Oyes las mismas historias. —Emmy hizo una pausa, tratando de retrotraerse a la época en que ella misma estaba atrapada en ese limbo infernal—. Los Baker afirman que es Madison quien corrompió a Cheyenne. Hannah y Paul dicen

que la mala es Cheyenne. Yo creo que es más probable que se incitaran la una a la otra. Cheyenne es forastera. Es llamativa y emocionante. Madison absorbe el drama y la emoción como una esponja. Para que Madison siguiera admirándola, Cheyenne tenía que asumir riesgos cada vez mayores. Si yo fuera un camello repugnante, me acercaría a Cheyenne.

—Paul y Hannah son gente de North Falls —comentó Gerald.

Emmy sabía a qué se refería. La expresión «gente de North Falls» tenía muchas connotaciones. El mercado inmobiliario local era limitado y restrictivo. Los vecinos del pueblo —sobre todo las mujeres— solían ser duros como el pedernal y muy longevos. Por lo general, si tenías una casa dentro del término municipal, era porque la habías heredado de tu abuela, que a su vez la había heredado de la suya. La gente del pueblo tenía más dinero, más educación, más alcance político y más recursos. Dicho de otra manera, si te dedicabas a algo clandestino o ilegal, procurabas mantenerte lo más lejos posible de la gente de North Falls.

Y, sobre todo, evitabas a sus hijos, esos niños mimados privilegiados.

—El secuestrador seguramente las vigiló antes de decidirse a actuar. —A Emmy se le hizo un nudo en el estómago al sopesar las posibilidades—. Puede que al principio solo les vendiera marihuana. Luego habló un poco con ellas. Después se dio cuenta de que Cheyenne llevaba la voz cantante y la eligió a ella.

—Vale —contestó Gerald—. ¿Qué buscaba?

—Sexo. —Emmy sintió un ligero calor en las mejillas—. Hannah y yo lo comentamos cuando Madison cumplió trece años. De repente, aparecen de la nada hombres adultos que dan repelús. Las dos nos acordábamos de que a nosotras nos pasó lo mismo a esa edad. Lo que llevas puesto, cómo caminas, cómo hablas, cómo respiras… Siempre hay un tío mayor asqueroso que se fija en ti, que nota tus debilidades y te halaga y tontea contigo porque intenta embaucarte.

—¿Para conseguir sexo?

—Claro, pero también por ejercer poder, por controlarte o manipularte… Esos tipejos no saben manejarse con mujeres adultas. Van detrás de las jovencitas porque la mayoría son muy maleables y

están ansiosas de validación externa. A esa edad, haces casi cualquier cosa por que te presten atención, aunque te haga sentir fatal y sepas que está mal.

Se encogió de hombros cuando Gerald la miró, porque realmente era así de sencillo.

—¿Y no se lo cuentan a sus padres? —preguntó él.

—Los padres se enfadan por cosas absurdas. ¿Qué hacías hablando con ese? ¿Por qué andabas por ahí? ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué llevabas puesto? ¿Por qué le has dado pie?

—Vale. —Gerald giró bruscamente el volante para tomar una curva —. Explícame lo de las drogas.

El nudo se apretó aún más.

—El tipo debió de utilizar a las chicas para ampliar su negocio introduciendo drogas en el instituto. Hay clases de recuperación hasta fin de mes. Las dos están matriculadas. Lo que significa que tenían compañeros de Verona, Ocmulgee, Clayville y North Falls.

—Mala cosa.

—Voy a ver qué sabe Dylan. —Emmy sacó el teléfono y empezó a escribir al ayudante Dylan Alvarez, que estaba encargado de la vigilancia del instituto, para ver si tenía alguna información útil sobre posibles traficantes o sobre las chicas—. Dylan patrulla por los pasillos todos los días. Puede decirnos con qué chavales tenemos que hablar.

El teléfono de Gerald empezó a sonar. Lo abrió y puso el altavoz.

—Te escuchamos los dos.

—Seguimos sin noticias de las chicas. —Era evidente que Virgil estaba fuera, en la calle. Se oía de fondo el chirrido de los grillos—. Paul se ha conectado a internet y ha sacado los registros del móvil de Madison de los últimos seis meses. Aparte de a Paul y Hannah, Madison solo llamó a tres números. El primero coincide con el teléfono plegable que conocían los padres de Cheyenne. El segundo estaba vinculado a una cuenta de prepago.

—Un teléfono de prepago —dijo Emmy—. Podría ser el número del secuestrador. ¿Eran frecuentes las llamadas?

—Casi constantes, y largas, además —contestó Virgil—. Algunas duran treinta o cuarenta minutos. Otras, más de dos horas. La

cantidad de mensajes es alucinante. No tengo el contenido, pero sí las horas. Me refiero a ráfagas muy rápidas, a veces un mensaje cada cuatro o cinco segundos.

—Eso suena más bien a dos chicas —dijo Emmy—. ¿Hay algún vínculo entre el teléfono de Madison, el teléfono plegable de Cheyenne y el de prepago? Por ejemplo, ¿Madison enviaba mensajes simultáneamente a Cheyenne y al teléfono de prepago?

—Espera. —Virgil consultó los registros—. Vale, la respuesta corta es no. Parece que Madison solo llamaba al teléfono plegable de Cheyenne o antes o después del horario de la escuela de verano. En horas de clase, solo se comunicaba con el de prepago, y es… Uf, una barbaridad. Cincuenta o incluso cien mensajes en seis horas. Paran cuando acaban las clases, vuelven a empezar alrededor de medianoche y continúan intermitentemente hasta la mañana.

—El de prepago tiene que ser de Cheyenne —afirmó Emmy—. Un depredador sexual o un traficante no pasaría tanto tiempo al teléfono. Deja registros, y además preferirían interactuar en persona. Así hay menos posibilidades de que alguien te escuche. Y menos riesgo de que los padres se enteren.

—¿Y el tercer número? —preguntó Gerald.

—Eso es lo interesante —dijo Virgil—. Hace ocho días, el teléfono de prepago desaparece, y aparece un tercer número, también de prepago. Madison dejó de comunicarse con el número antiguo y empezó a usar el nuevo. Con la misma frecuencia y a las mismas horas.

—Puede que el de prepago se perdiera —comentó Emmy—. O que se lo robaran.

—Sea por lo que sea, tenemos que hacernos con esos teléfonos —repuso Virgil—. Para leer los mensajes hay que tener el dispositivo físico. Paul nos ha dado la contraseña del iPhone de Madison, pero no he conseguido que el dichoso cacharro se encienda. No solo está roto el cristal. Tiene piezas sueltas dentro.

—¿Hacía copias de seguridad en la nube? —preguntó Emmy.

—No, desactivaron esa opción porque Madison tenía tantos mensajes y fotos que consumía casi todo su plan de datos. Tengo el

teléfono embolsado, listo para llevarlo al laboratorio de la OIG junto con el ordenador de sobremesa de los Baker.

—Retrásalo —dijo Gerald.

Emmy miró a su padre. Comprendió que había decidido llamar al FBI.

—¿Y los Baker? —le preguntó a Virgil—. ¿Tienen acceso a los registros del teléfono plegable de Cheyenne?

—Felix no tiene cuenta *online.* Se necesita un código para activarla. Va a llamar a la compañía en cuanto abra por la mañana.

Emmy pensó que era extraño que un ingeniero no lo tuviera todo configurado electrónicamente.

—Si quieres ser precavido, compras un teléfono de prepago porque puedes pagar en efectivo y no tienes que dar tu nombre. No lo compras *online* porque tendrías que usar una tarjeta de crédito, así que vas a una tienda física a comprarlo. No puede haber más que un par de sitios donde Cheyenne o Madison hayan podido comprar un móvil de prepago. Yo empezaría por el Good Dollar y el quiosco del centro comercial.

—Cabe la posibilidad de que los teléfonos los comprara el secuestrador —comentó Gerald.

Emmy no lo había pensado, pero era lógico que el hombre que controlaba a Cheyenne quisiera controlar también con quién hablaba.

—El bulto en el bolsillo de Madison —añadió Gerald.

Emmy sintió que se le encogía el corazón. Había pensado tontamente que Madison llevaba una bolsa de golosinas.

—Puede que llevara encima un teléfono plegable en el parque. Papá, es imposible que esto sea cosa del azar. Se trata de un secuestrador sofisticado y con experiencia en captar a chicas.

—Pon a un equipo a trabajar en la Lista —dijo su padre.

Emmy sabía ya que aquello iba a pasar; aun así, fue como un mazazo en el pecho. «La Lista» era el archivo de delincuentes sexuales registrados en el condado.

—Mierda —masculló Virgil, que sentía lo mismo—. Sí, jefe.

Gerald cerró el teléfono y se lo metió en el bolsillo sin apartar los ojos de la carretera. Emmy escuchó el ruido blanco que hacían las

ruedas del coche al deslizarse sobre el asfalto. Estaban en Vernon Road, llamada así en honor a su tatarabuelo. Pronto girarían a la izquierda para tomar la avenida Delilah, llamada así en honor a su tatarabuela. Hannah vivía justo detrás de Delilah, en la calle Clay, bautizada así en recuerdo del primer Clifton que echó de sus tierras a la tribu creek en 1822 y dejó su nombre impreso por todo el condado.

—¿Emmy Lou? —dijo Gerald.

Ella se volvió para mirarlo. Adivinó lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Vas a tener que hablar con Hannah.

Emmy asintió lentamente con la cabeza.

—Tenemos que registrar la habitación de Madison. Averiguar si esconde algo. Buscar el teléfono de prepago desaparecido, u otros teléfonos. Dinero en efectivo. Drogas. Pastillas.

Emmy siguió asintiendo.

Gerald puso el intermitente para torcer a la izquierda en Delilah. Emmy miró la hora. Era la una de la mañana, pero seguía habiendo luces encendidas en todas las casas. Había puertas de garaje abiertas, cocheras vacías y tantas personas andando por la calle con linternas que parecían un enjambre de luciérnagas.

Buscaban todos a Madison y Cheyenne.

Gerald detuvo el coche junto al bordillo, delante de la casa del doctor Carl. Emmy miró su teléfono al salir. Dos mensajes más de la loca de su tía. El grupo de las primas estaba otra vez que echaba humo, aunque se había llegado a una tregua en la discusión entre comida compartida y restaurante. Taybee había creado una hoja de cálculo que enlazaba con un mapa en el que estaban marcadas las zonas de búsqueda asignadas a las diversas ramas de los Clifton. Nadie cuestionaba su autoridad. Por una vez, estaban todas de acuerdo en lo que había que hacer.

El último mensaje era de su madre. Cole por fin se había quedado dormido en la antigua cama de Emmy. Se permitió un momento de alivio al saber que su hijo se hallaba a salvo. Estaba a punto de guardarse el teléfono en el bolsillo cuando empezó a sonar.

Contestó con el altavoz puesto para que su padre también lo oyera:

—Dylan, estamos los dos aquí. ¿Sabes algo?

—No, nada. Conozco a Cheyenne y a Madison de verlas por los pasillos, pero nunca me han dado problemas.

Emmy se llevó una decepción, aunque no le sorprendía que las dos chicas hubieran conseguido mantenerse alejadas del agente de vigilancia del instituto. Ya habían demostrado que se les daba muy bien guardar secretos.

—¿Y Jack Whitlock?

—¿El hijo del doctor Carl? —Dylan pareció un poco alarmado. Seguramente su hija de catorce años era paciente del médico—. Jack no está en el grupo de los más populares, eso seguro. Es un poco callado. Algo solitario. Nunca he tenido una conversación con él.

De nuevo, nada extraño. Un agente de vigilancia escolar se ocupaba de labores de seguridad y prevención de delitos. Dylan se pasaba la jornada laboral parando peleas, investigando pequeños hurtos y recorriendo los pasillos para recordarles a los estudiantes que había un policía de servicio en el instituto, nada de lo cual lo ponía en contacto directo con chavales que no se metían en líos. O que al menos lo aparentaban.

—¿Quién trapichea con drogas en el instituto? —preguntó Emmy.

—Nadie —contestó Dylan—. El instituto de North Falls no tiene problemas de drogas.

Emmy estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Lo dices en serio?

Gerald carraspeó:

—Dylan, Emmy irá a verte al instituto a primera hora de la mañana. Infórmala de todo. Tendrá que hablar con los orientadores, los profesores y los alumnos. Hazle una lista.

Dylan, al igual que Virgil, titubeó, pero solo un segundo.

—Sí, jefe.

Emmy colgó.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó a su padre.

Gerald no respondió. Echó a andar hacia la puerta del doctor Carl. Emmy lo siguió, procurando olvidarse de la extraña conversación telefónica y centrarse en la tarea que tenía entre manos.

De momento, Jack Whitlock era su única pista en la desaparición de Cheyenne Baker y Madison Dalrymple. Las chicas llevaban ya más de cuatro horas desaparecidas. Las probabilidades de encontrarlas con vida se reducían por momentos.

Emmy recorrió la parcela con la mirada. Las casas como aquella, de estilo ranchero, construidas en ladrillo rojo con molduras blancas y cochera abierta en el lado izquierdo, eran otra especialidad de la familia Clifton, en este caso ideadas para aprovechar las hipotecas con aval del Gobierno que después de la Segunda Guerra Mundial se les concedían a los veteranos que regresaban de la guerra deseosos de formar una familia. Tres habitaciones. La de matrimonio, con baño incluido. Aseo en el pasillo. Sala de estar. Cocina. Despacho. Sin sótano.

Había un solo vehículo aparcado en el garaje, el Volkswagen Jetta negro del doctor Carl. El resto del espacio estaba ocupado por un largo banco de trabajo y varios armarios metálicos. Todo estaba limpio y ordenado, no como el jardín, que había caído en el abandono desde la marcha de Monica. Los parterres estaban llenos de malas hierbas. El césped, reseco. Y hacía mucho tiempo que nadie limpiaba los canalones.

El principal problema era que, a diferencia de las demás casas de la calle, las luces de la del doctor Carl estaban apagadas. Ni siquiera la del porche estaba encendida.

Gerald miró a Emmy. Sin decir palabra, pensaron ambos en todas las posibles explicaciones siniestras.

Tortura. Violación. Asesinato. Parricidio. Suicidio.

Jack Whitlock era un chico blanco de dieciséis años que apenas tenía amigos en el instituto y al que cabía describir como callado y solitario. Emmy sabía que el doctor Carl guardaba al menos un arma en casa. Lo había visto en la galería de tiro con un rifle SIG MCX con cañón forjado de dieciséis pulgadas, culata plegable y cargador para treinta balas. El rifle, que costaba casi tres mil dólares, se anunciaba como un arma de defensa personal, aunque su estilo militar

resultaba irresistible para guerreros de fin de semana, padres divorciados y asesinos de colegiales.

Emmy desabrochó la correa de su Glock por segunda vez esa noche.

Gerald subió los dos escalones del porche y esperó a que Emmy se colocara detrás de él, a su derecha. Levantó el puño y llamó a la puerta con tres golpes fuertes. Cada uno de los cuales sonó a propósito como un disparo: no llamabas a la puerta con timidez si no sabías lo que te esperaba al otro lado.

Emmy vio que una luz se encendía en la esquina del fondo de la casa. Sabía que era la del dormitorio principal. Contó para sus adentros los pasos hasta la puerta de la calle. Primero, el largo pasillo; luego, el cuarto de estar; después, torciendo a la izquierda, la cocina; otro pasillo corto; y, por último, el recibidor.

Se encendió una luz dentro. Su brillo atravesó los paneles de vidrio esmerilado del montante de la puerta. Luego, la luz del porche se encendió con un fulgor ámbar. A continuación se abrió la puerta y apareció el doctor Carl, con una camiseta interior blanca remetida en unos calzoncillos blancos. Parpadeó detrás de las gafas.

—¿Gerald? —Parecía sorprendido. Miró hacia la calle—. ¿Pasa algo?

—Cheyenne Baker y Madison Dalrymple han desaparecido. —Gerald señaló hacia el interior de la casa—. ¿Podemos entrar?

—S-sí. —Carl retrocedió y abrió del todo la puerta—. ¿Qué puedo hacer? ¿Cuándo ha sido?

Emmy vio que empezaba a encender las lámparas del cuarto de estar. Se le veía preocupado, pero no nervioso.

—A Madison se la ha visto por última vez en la celebración del Cuatro de Julio en el parque —le dijo—. A Cheyenne, esta tarde, en su casa. Sospechamos que han sido secuestradas.

—Dios mío. —Carl se frotó los ojos levantándose las gafas. Aún estaba medio dormido—. ¿Queréis…? Quiero decir que… los registros dentales serían…

—No hemos venido por eso —dijo Emmy—. ¿Podemos hablar con Jack?

—¿Con Jack? —preguntó Carl, pero no pidió más explicaciones. Se volvió hacia el pasillo a oscuras—. Pensaba que estaba dormido.

Emmy vio que una tenue luz azul salía por debajo de la puerta cerrada de un dormitorio. No esperó a que la invitaran a pasar. Avanzó por el pasillo con la mano apoyada en la funda de la Glock.

—Gerald —dijo Carl—, ¿qué está pasando?

Emmy oyó a su espalda el tono grave de la voz de su padre cuando este respondió a la pregunta, pero no apartó la vista de la puerta. Acercó la mano y apoyó con cuidado los dedos en el picaporte. Se obligó a soltar el aire que había estado conteniendo y luego abrió la puerta.

Jack estaba sentado delante del ordenador, de espaldas a ella. El enorme monitor era la única fuente de luz de la habitación. Su silla de oficina con ruedas estaba arrimada al gran escritorio de madera, cubierto de papeles y libros apilados. Jack tenía puestos unos auriculares Beats conectados a su iPhone con un cable rojo, aunque el volumen estaba tan alto que Emmy distinguió el sonido estruendoso del sintetizador de *Poker Face.* Podría haber estallado una bomba atómica detrás de él y no se habría enterado.

Emmy entró con cuidado en la habitación. Tuvo que abrir la boca para respirar. El olor —a sudor y testosterona con un toque de desodorante Axe y crema de manos— fue como una bofetada. La cama estaba deshecha y la sábana bajera arrugada dejaba ver el colchón desnudo. Había ropa esparcida por el suelo. El armario era de los abiertos, con varias baldas. En los pósteres de la pared abundaban las mujeres en pose sugerente acariciando coches deportivos antiguos. Todo estaba desordenado, revuelto, tirado de cualquier manera.

Emmy miró el monitor. Jack tenía abierta la página de Facebook de alguien llamado Rex Delilah, lo que parecía indicar que había caído en esa estafa de *phishing* que, con la promesa de generar un apodo sexi y atrayente, recopilaba el nombre de tu primera mascota y la calle de tu infancia para que el ladrón pudiera descifrar tus contraseñas.

Mientras Emmy miraba, Jack actualizó los comentarios. Se cargaron docenas de mensajes nuevos. Entrecerró los ojos sin dejar

de contemplar el monitor, que era tan grande que pudo leer lo que ponía a dos metros de distancia:

• No dejo de pensar en lo último que me dijo Cheyenne. Quería copiarme los deberes, pero le dije que no. Si se los hubiera dejado, a lo mejor ahora no estaría desaparecida.

• Yo solía comer con Cheyenne cuando se mudó aquí. La gente se distancia pero yo siempre la he considerado una amiga. Rezo a Dios para que regrese sana y salva. #FuerzaClifton

• Siempre ha sido una ZORRA, igual que Madison

• Mad me mandó una foto de su coño, queréis verla?

• Amo a Madison, éramos amigas en el colegio y su madre era un cielo. Hacía las mejores magdalenas, os acordáis? La señora Dalrymple también me cae bien, aunque era mi profe.

• Cheyenne me dijo que me hacía una mamada por 50 $

• Cheyenne, te queremos a ti y a Madison, ¡por favor, volved! #FuerzaClifton

• ENLACE al coño de Mad

• Tenemos que rezar para que vuelvan sanas y salvas. El Señor escucha primero las plegarias de los jóvenes. Levantemos nuestras voces en el patio mañana. #FuezaClifton

• Arrodíllate delante de mí y yo te daré algo por lo que rezar con todas tus fuerzas jajajaja!!! #PollónClifton

Emmy oyó que Jack ahogaba una carcajada.
¿De triunfo? ¿De placer vicario?

Volvió a cargar la página como un yonqui necesitado de una dosis. Aparecieron más comentarios. Emmy se volvió para mirar a su padre. Gerald estaba parado en el pasillo. Para ser un hombre tan grande, caminaba con sigilo. Emmy se desplazó hacia la izquierda, situándose entre la cama individual y la ventana. Gerald se colocó en la puerta para impedir cualquier posibilidad de fuga. Acercó el dedo al interruptor de la luz, pero no lo pulsó hasta que Emmy le hizo una seña.

—¡Papá! —Jack se levantó tan bruscamente que su silla se estrelló contra la cama. Al mismo tiempo se quitó los auriculares. *Poker Face* había llegado al estribillo. Se oyó el sonido metálico de la batería cuando los auriculares cayeron a la alfombra—. Pero ¿qué…?

Emmy oyó el chasquido de sus dientes cuando cerró la boca. El chico la miró y luego miró al *sheriff.* Emmy comprendió instintivamente que estaba ocultando algo.

—¿Dónde están Madison y Cheyenne? —preguntó.

—¿Qué? ¡Y yo qué sé!

—Sabes que han desaparecido.

—Sí, pero…

—Llevas toda la noche leyendo esa página de Facebook.

—Eso no es…

—¿Qué voy a encontrar cuando registre tu habitación?

Jack abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla. Miró hacia la puerta. Carl estaba detrás de Gerald.

—Papá, soy menor de edad. No pueden hablar conmigo sin tu permiso.

—¿Sabes por qué están aquí? —preguntó su padre.

Jack negó con la cabeza.

—No, señor.

—Hijo, evidentemente sabías que las chicas han desaparecido. —Carl parecía consternado—. ¿Por qué no me has despertado? Madison es paciente mía desde que era un bebé. Hannah y Paul estarán aterrorizados. ¿No se te ha ocurrido que querría ayudar a buscarla?

Jack bajó la cabeza. Parecía un gesto ensayado.

—Lo siento, papá.

Emmy miró a Gerald, que estaba observando la habitación. Los pósteres. El desorden. Los comentarios mordaces de la página de Facebook. No tuvo que acercarse para leer lo que decían. Después de la operación de cataratas, veía mejor que Emmy.

Gerald se volvió hacia Carl:

—¿Te importa que Emmy hable a solas con tu hijo?

Carl negó con la cabeza y dijo:

—Sí, puede hablar con él, claro. Vamos al salón. Tengo *whisky,* o…

Se alejaron y Emmy dejó de prestar atención a lo que decían. Sin dejar de mirar fijamente a Jack, repitió:

—¿Qué voy a encontrar en tu habitación?

—Nada.

—Entonces, si miro debajo de la cama…

—Mierda —siseó él—. Vale, de acuerdo.

Se arrodilló y metió la mano entre el colchón y el somier. Arrojó un objeto sobre las sábanas arrugadas. A Emmy le pareció que era una linterna de plástico negro, pero la parte donde debía estar la luz era de silicona, y la silicona tenía forma de vulva. Por si eso no era lo bastante horrible, a un lado tenía grabadas las palabras COÑO PORTÁTIL.

—¿Ya está contenta? —preguntó Jack, malhumorado.

No, Emmy no estaba contenta.

—Deja esa cosa en el suelo y siéntate en la silla con las manos donde yo pueda verlas.

Jack soltó un gruñido, pero obedeció.

—No hay nada más. Se lo prometo.

Emmy sabía qué cara ponía un niño de once años cuando era culpable. Dedujo que a los dieciséis no se les daba mucho mejor fingir inocencia. Se sacó un par de guantes del bolsillo, aunque no pensaba tocar nada de momento. Levantó el colchón por un lado. No reconoció ni la mitad de los juguetes sexuales que Jack tenía escondidos allí debajo, pero era evidente que el chico estaba en plena ebullición de su despertar sexual. Ni por todo el oro del mundo habría querido inspeccionar aquella habitación con luz negra.

Miró a Jack. Estaba balanceándose en la silla, furioso, impotente, avergonzado. Emmy se acordó de una frase que había leído en un estudio sobre asesinos que perpetraban matanzas en centro escolares: «Buscan reafirmar su masculinidad atacando a alumnos y profesores que a su modo de ver prosperan dentro de una entidad social que ellos sienten que menoscaba su masculinidad».

Emmy dejó caer el colchón. Echó un vistazo a la mesita de noche y los cajones de la cómoda. Nada. Registró los estantes del armario. Nada. El cesto de la ropa sucia estaba lleno. Lo volcó con el pie. Nada.

Procuró no perder de vista a Jack mientras hojeaba los libros de bolsillo que había en el escritorio. *El último mohicano, Una habitación con vistas, Beloved.* Tenían el lomo agrietado. De las páginas sobresalían notas adhesivas. Dedujo que eran las lecturas obligatorias para el verano de la asignatura de Lengua Nivel Avanzado. Con la puntera del zapato, volcó su mochila. Más libros, entre ellos los *Cuentos completos* de Flannery O'Connor. El cajón del escritorio estaba lleno de fichas de cartulina y bolígrafos. No había nada alarmante ni inesperado en el cuarto, exceptuando el *sex shop* de debajo del colchón.

Jack cruzó los brazos.

—Ya le he dicho que no había nada más.

—Sí, eso has dicho. —Emmy cruzó la habitación y se apoyó en el alféizar de la ventana—. Háblame de Madison y Cheyenne.

—Las odio. Ojalá estén muertas.

Emmy prestó atención a su tono de voz. Parecía casi despreocupado.

—¿Las odia mucha gente? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—¿Se refiere a la gente del instituto? Pues claro.

—¿Por qué?

—Porque son unas zorras. Las dos. Si las miras mal, te hunden.

—¿Cómo?

—Le dicen a la gente que tienes la polla pequeña. O que follas mal. O que has intentado tocarlas, aunque sea mentira.

—¿Has tenido relaciones sexuales con alguna de ellas?

—No son mi tipo —contestó con una voz tan llena de ira y anhelo que Emmy prácticamente lo sintió en la piel—. Tengo novia.

—¿Cómo se llama?

Jack volvió a fijar la mirada en la alfombra. Había empezado a temblarle una pierna.

—Madison le dijo a todo el mundo que soy gay. Pero no es verdad.

—Vale —dijo Emmy—. Pero, si lo fueras, no me importaría.

—Bueno, pues no lo soy —insistió—. Le mintió a todo el mundo y la creyeron.

—Siento que te haya hecho eso, Jack. A veces la gente es mala solo porque necesita serlo. —Emmy no tenía tiempo de ponerse a diseccionar las crueldades bizantinas de las chicas del instituto—. Cuéntame qué crees que les ha pasado a Madison y a Cheyenne.

Jack meneó la cabeza, pero ella dedujo que estaba sopesando la pregunta.

—A ver… Es malo que hayan desaparecido, ¿no? Yo las odio, pero lo que les haya pasado tiene que ser malo.

—Así es —contestó ella—. ¿Has visto los fuegos artificiales en el río o…?

Él soltó una risa incrédula.

—Los he visto con mi padre desde el porche de atrás. Por si no se ha dado cuenta en los cinco minutos que llevamos hablando, no tengo muchos amigos.

Emmy lo había adivinado nada más verlo sentado frente al ordenador con sus calzoncillos blancos apretados y su camiseta descolorida de Weezer. Dio mentalmente un paso atrás para observarlo con detenimiento. Tenía el pelo grasiento. Las mejillas salpicadas de acné. Algún día maduraría físicamente, aunque de momento su cuerpo estaba atrapado en un estadio intermedio entre niño y hombre: brazos y piernas escuálidos, torso cóncavo y un poco de bozo en el labio superior que seguramente se afeitaba cada tres días. No solo estaba leyendo los libros que le habían mandado para el verano, sino que estaba tomando notas. Utilizaba un seudónimo para espiar un poco a sus compañeros. Lo más seguro fuera que era objeto de horribles burlas cada vez que pisaba el instituto.

—Jack, vamos a empezar de nuevo —dijo Emmy—. No estoy aquí para avergonzarte. Sé que el instituto puede ser muy duro.

Él volvió a resoplar.

—Sé que es usted una Clifton.

—Pero no soy de esos Clifton. —Emmy probó a enfocar la cuestión de otro modo—: Mi abuelo no quería trabajar en la fábrica, así que vendió sus acciones y se unió a un circo ambulante.

Jack se quedó mirándola.

—¿En serio?

—Sí. Era la época de la Gran Depresión. La fábrica estuvo a punto de cerrar. Mi abuelo decidió que era mejor coger el dinero y largarse. Pero no llegó muy lejos. Se rompió la espalda en el trapecio. Volvió a casa en silla de ruedas. Por eso mi padre dejó el instituto y entró a trabajar en el Departamento del Sheriff. Tenía que ayudar a mantener a la familia.

—Vaya —dijo Jack—. ¿Y el dinero de la venta de las acciones?

—Se le fue en prostitutas y deudas de juego.

—Qué mal.

—Pues sí —dijo Emmy. No era de extrañar que Taybee despertara tanta inquina. Tenía la arrogancia de los Clifton ricos, que a los Clifton pobres les resultaba muy difícil de tragar—. Jack, voy a serte sincera. Lo que tengas en tu habitación es cosa tuya. No me interesan ni tu novia ni tus juguetes ni tu historial de navegación. Solo quiero saber cómo puedo encontrar a Madison y a Cheyenne.

Él levantó el hombro derecho con gesto de indiferencia.

—Ya están muertas.

—No te creas todo lo que lees en internet. —Emmy intentó que no pareciera que había perdido la esperanza—. ¿Tengo que explicarte lo que podría estar pasándoles ahora mismo a dos adolescentes secuestradas por un desconocido?

Se mordió el labio. Emmy notó que la pregunta le había afectado.

—No, señora.

—¿Sabes si hay alguna persona concreta que tenga algo contra ellas?

—Concretamente no, pero lo que le he dicho antes es verdad. Todo el instituto las odia, da igual lo que digan en Facebook.

—¿Qué dicen en Facebook?

—Todas las chicas se comportan de repente como si no fueran unas zorras totales. Como si Shy y Mad fueran amigas de todo el mundo. Pero no eran amigas de nadie, solo entre sí. No le caían bien a nadie. Esa es la verdad. Solo eran populares porque la gente tenía miedo de enfrentarse a ellas y, ahora que no están, es como si nadie se acordara de lo crueles que son.

Jack miró por la ventana, aunque Emmy sabía que solo podía ver su reflejo. No era un chico feo, pero había algo en él —una penosa necesidad de aceptación— que le pintaba una diana roja en la espalda.

—Sé que Cheyenne estaba traficando con drogas duras —dijo Emmy.

Jack pareció sorprendido, pero no por la razón obvia.

—¿Cómo se ha enterado?

—Soy policía. Me gano la vida descubriendo cosas. —Sonrió, pero solo para suavizar la siguiente pregunta—: ¿Es posible que Cheyenne haya cabreado a alguna otra persona que trafica con drogas en el instituto?

—Yo no estoy metido en esas cosas —respondió Jack, pero acababa de confirmar la creencia de Emmy de que era imposible que no hubiera problemas de drogas en un instituto en el que había matriculados dos mil alumnos de todos los niveles socioeconómicos.

—¿Qué me dices del centro comercial? —preguntó.

—No voy mucho por allí. Es aburrido y, además, es todo muy caro.

—Vale. Centrémonos en el instituto. Esto es muy importante, Jack. La persona que se las ha llevado no está jugando. Entiendo que no te caigan bien, pero ¿las odias tanto como para quedarte callado mientras les hacen daño?

Él volvió a encogerse de hombros, aunque saltaba a la vista que estaba sopesando las implicaciones.

—Bueno, a ver… En el instituto, el único que de verdad anda metido en cosas chungas es Woody, pero dudo que a él le importe.

Emmy asintió para que continuara.

—Su verdadero nombre es Wesley Woodrow. ¿Ha oído hablar de él?

—No.

—Porque es muy listo —dijo Jack—. Vive en Clayville, pero no les vende a los chavales de North Falls. Se niega en redondo. Así que no creo que le molestara que Shy y Mad sí les vendieran drogas. Seguramente ni se enteraría.

—¿Y si Cheyenne empezara a quitarle clientela?

—¿En serio? Eso es imposible. Woody da mucho miedo y Shy no es tonta. De él no puede librarse difundiendo un rumor y haciendo que se vuelva anoréxico. Woody le daría una paliza.

—¿Aunque sea una chica?

Jack asintió.

—Seguro. Ya lo ha hecho alguna vez.

Emmy tomó nota de que debía investigar ese asunto.

—¿Solo era Cheyenne la que vendía o Madison también estaba implicada?

—Madison solo le sigue la corriente, nada más. La conozco desde que íbamos al jardín de infancia. Siempre ha sido una cobardica. Todo le da miedo.

Emmy se sintió extrañamente aliviada por haber acertado en ese aspecto.

—¿Madison salía con alguien? ¿Tenía novio? ¿O novia?

Jack negó con la cabeza.

—No, señora.

—¿Estás seguro? —insistió Emmy—. ¿No salía con nadie ni estaba enamorada?

—En el instituto solo la veía con Cheyenne. Puede que estuviera enamorada, pero a mí Mad no me habla desde que íbamos al colegio. Las chicas que conocía entonces ahora ni me dirigen la palabra. —Volvió a encogerse de hombros, pero era evidente que esos desaires aún le dolían—. Estoy en el coro y en la banda. Cantar la *Nana de la foca* y tocar el violín no ha resultado ser tan afrodisiaco como yo creía.

Su broma hizo sonreír a Emmy.

—La hermana pequeña de Cheyenne pensaba que eras su novio.

Jack no se rio, ni se enfadó. Se encogió de hombros por enésima vez.

—Shy podía ser amable a veces. Solo había que apartarla de la gente. Y hacer las cosas exactamente como ella quería.

Emmy pensó en el comentario de Facebook que afirmaba que Cheyenne hacía mamadas por cincuenta dólares. Había muchos billetes de cincuenta en la caja de su armario.

—¿Le has pagado alguna vez a cambio de sexo?

Jack se pasó la lengua por los labios, pero no respondió a la pregunta.

—Ayudé a su padre a limpiar el cobertizo en las vacaciones de primavera. Tardamos bastante porque él intentaba tirar cosas, como neumáticos de nieve y cosas de invierno, y la madre de Shy se ponía hecha una furia porque decía que las necesitarían si volvían a Iowa, así que teníamos que volver a guardarlo todo otra vez. En plan: estuvimos así más de una semana. Seguramente Pamela me vio hablar con Shy. Ya se lo he dicho, era distinta cuando no había gente alrededor. Más suave. Más simpática.

—Las vacaciones de primavera —dijo Emmy—. ¿Fue entonces cuando descubriste que Cheyenne pasaba drogas?

—Ya lo sabía, puede que desde las Navidades del año pasado. Pero ella nunca me dijo nada sobre ese tema. Si le digo la verdad, me quedé flipado cuando me enteré. No porque no me creyera que fuera capaz de hacer una tontería así, sino porque sus padres son superestrictos. En plan: ni siquiera le dejan tener ordenador. Una vez llegó tarde a casa por la noche y la castigaron un mes.

—Pareces saber mucho de ella.

—Es fácil enterarse de todo cuando eres básicamente invisible.

Emmy no podía dejar que se le rompiera el corazón por aquel chico. No tenía tiempo.

—¿Viste a Cheyenne trapicheando en el instituto?

—No, qué va. Me enteré en el vestuario. Los chicos estaban diciendo que si necesitabas oxi o Adderall, Shy podía conseguírtelo.

Lo del oxi y el Adderall era nuevo. Aquello no hacía más que empeorar.

—¿Sabes dónde conseguía las drogas?

Él negó con la cabeza.

—No, señora.

—¿Es posible que se las suministrara Woody?

—Es posible, pero no probable. Ese tío es muy cuidadoso. Ni siquiera hablaba contigo si eras de North Falls. Y todo el mundo sabe…

Emmy esperó a que terminara, pero solo oyó el final de *The Fame* saliendo por los auriculares tirados en el suelo.

—Todo el mundo sabe ¿qué? —insistió.

Jack volvió a responder con un encogimiento de hombros.

—Que usted es policía y que cuida de Madison.

Emmy dejó que aquellas palabras resonaran un momento en su cabeza. No había cuidado de Madison esa noche, seguramente la única vez en sus quince años de vida que de verdad podía haber hecho algo por ella.

—Vale —dijo tomando prestada la ambigua muletilla de su padre —. ¿Quién le suministra las drogas a Cheyenne si no se las vende Woody?

Jack sacudió la cabeza, pero dijo:

—El Perver, seguramente.

Emmy sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Quién es el Perver?

—No sé cómo se llama de verdad. Todo el mundo lo llama el Perver. Es un tío mayor. A veces se pasa por el Chilly Treat.

La heladería no estaba lejos de la comisaría del *sheriff.*

—¿Mayor como yo o mayor como tu padre?

—No sé. En plan, normal, no muy mayor.

—¿Pelo oscuro? ¿Claro? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Gordo? ¿Delgado?

Jack volvió a sacudir la cabeza.

—Pelo oscuro, eso seguro. Ni alto ni bajo, normal. De peso, también normal. No sé. No es que me inviten mucho a salir por ahí. Solo lo he visto algunas veces en el Chilly al ir a recoger algún pedido.

—¿Por qué lo llaman el Perver?

Otro encogimiento de hombros.

—Supongo que porque a veces va a fiestas. En plan, fiestas con gente de mi curso, aunque es mayor. Salió del instituto hace mucho tiempo, así que es raro.

—¿Qué tipo de fiestas?

—No fiestas en casa de gente, pero a veces van a las cataratas. Solo un grupo de chavales, sin avisar ni nada. Se manda un mensaje o se cuelga un *post* y la gente va allí con cerveza y otras cosas.

Emmy había ido con Jonah y Hannah a las cataratas cuando estaban en el instituto. Sabía lo que pasaba allí.

—¿Drogas, por ejemplo?

Jack asintió.

—Sí. Por lo menos, eso he oído.

—¿Por eso va el Perver a las fiestas? ¿Para vender drogas?

—Pues… probablemente. Pero también para pasárselo bien. —Jack se encogió de hombros otra vez con gesto defensivo—. Yo solo me entero después, cuando oigo decir a algún chaval: «¿Viste lo pedo que iba el Perver anoche?» o «Tengo que pillarle más hierba al Perver». Ese tipo de cosas.

—¿Quién más va a esas fiestas? —preguntó Emmy—. Que tú sepas.

—Los del equipo de fútbol americano, seguro. Y las chicas populares: Kaitlynn, Ashleigh, Brandi, Connor…

Emmy sacó su cuaderno y apuntó los nombres.

—Si te enseño unas fotografías, ¿crees que podrías reconocer al tipo al que llamas el Perver?

—¿Como en una rueda de reconocimiento?

—Exactamente así.

—Vale, sí. Quiero decir…, sí, señora. Podría.

Emmy oyó que llamaban suavemente a la puerta abierta. Su padre le indicó con un gesto que era hora de marcharse.

Emmy le dijo a Jack:

—Volveremos a hablar por la mañana, ¿vale? Intenta dormir un poco. Apaga el ordenador. Mañana te necesito despierto y centrado en la rueda de reconocimiento, ¿de acuerdo?

—Sí, señora.

—Gracias por tu ayuda, Jack. Te lo agradezco mucho.

El chico no respondió, pero Emmy vio que enrojecía al recoger los auriculares.

Emmy siguió a su padre al cuarto de estar. Carl estaba apoyado en el brazo del sofá. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta.

—He hablado con el padre Nate —le dijo a Gerald—. Dice que ya hay suficientes voluntarios. Me he ofrecido a trabajar en el puesto de comida y café.

—Muy bien —dijo Gerald—. Estaremos en contacto.

Emmy abrió la puerta y salió al porche delantero. La humedad la envolvió como una toalla mojada. Sintió brotar el sudor en su piel. Al llegar a la mitad del camino de entrada, tenía otra vez irritada la nuca.

—¿Has oído lo que ha dicho Jack sobre el Perver? —le preguntó a su padre.

—Sí —contestó Gerald—. Carl ha visto los fuegos artificiales en casa con Jack.

—Eso me ha dicho Jack. La hija de Taybee, Kaitlynn, está en su lista de chicas populares. Puedo pasarme por su casa por la mañana antes de ir al instituto, a ver si puede aportar alguna información. También quiero averiguar por qué Dylan se muestra tan evasivo sobre el asunto de las drogas en el instituto.

—Vale. —Gerald se detuvo junto al coche, pero no subió—. La Patrulla de Carreteras ha encontrado un collar en un camino. Dorado. Barato. Partido por la mitad. Le falta algo, puede que una medalla. Parece que hubo un forcejeo. Hay huellas de ruedas de bicicleta. También pisadas. Grandes, como de un hombre adulto. Y pequeñas, como de una chica. Además, han hallado algo de sangre.

Emmy sintió otra vez un nudo en la garganta. Hablar con Jack había sido un respiro. Había sentido que estaba obteniendo información y haciendo progresos. Ahora la realidad la golpeaba de nuevo. La probabilidad estadística de que las niñas sobrevivieran sería pronto cercana a cero.

—No es una medalla. —Emmy se metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. Le enseñó a su padre la fotografía que había hecho de la serie de imágenes de fotomatón que Cheyenne guardaba en su caja—. Cheyenne y Madison tienen cada una un collar dorado con su nombre. Se los regalaron mutuamente el año pasado en Navidad. Nunca se los quitan.

Gerald señaló la casa de Carl.

—Me ha dicho que Madison empezó a tomar anticonceptivos en septiembre del año pasado.

—¿Está autorizado a revelar su información médica personal?

—No.

Emmy supuso que Carl había sopesado las consecuencias.

—Hannah no lo sabe. Me lo habría dicho. ¿El doctor Carl te ha dicho algo sobre Cheyenne?

—No es paciente suya.

—Jack sabía que Cheyenne trapicheaba con drogas. No ha reconocido que él le pagara, pero parece que se prostituía. Cincuenta dólares por sexo oral. Eso explicaría parte del dinero.

—¿Y Madison?

Emmy sintió que se le revolvía el estómago al pensar que Madison pudiera aceptar dinero a cambio de sexo. Era solo una niña. Las dos lo eran.

—No lo sé, papá. Espero que no.

Gerald se sacó las llaves del coche del bolsillo.

—Hannah está en casa.

Emmy sabía que le estaba diciendo adiós. Lo vio sentarse al volante. Esperó a que el coche patrulla llegara al final de la calle; luego se llevó las manos a la cara. Notaba la piel áspera. El agotamiento se había apoderado de ella al fin. El miedo le atenazaba todos los músculos del cuerpo.

Todo lo que le había contado Jack apuntaba a que Cheyenne y Madison estaban metidas en un buen lío. Descubrir lo de las drogas y el sexo había sido muy doloroso, pero las chicas no se habían topado con esas cosas por sí solas. Alguien las había metido en ese mundo. Alguien las había embaucado, las había engañado y puesto en peligro, todo ello sin que sus padres se dieran cuenta.

Lo escalofriante era que Ruth y Felix estaban muy involucrados en la vida de su hija. Y Hannah y Paul estaban tan inmersos en los dramas cotidianos de Madison que resultaba casi claustrofóbico. Las dos parejas habían intentado hacerlo lo mejor posible. Habían hecho todo lo que estaba en su mano. Querían a sus hijas. Las escuchaban. Las cuidaban. Intentaban protegerlas.

Aun así, se las habían arrebatado.

Emmy obligó a sus piernas a moverse, a sus pies a avanzar por la calle. Torció a la izquierda. Luego a la derecha. Entonces se encontró frente a la casa de Hannah.

Un rancho de ladrillo rojo. Con molduras de color verde salvia. Una cochera abierta en el lado derecho.

Emmy había ayudado a elegir el color de las molduras. Había ido con Hannah a comprar el Jeep que estaba aparcado en la entrada. Había empujado a Hannah a aceptar la invitación de Paul, la primera vez que salieron. Estaba con Hannah en el baño cuando su amiga miró la prueba de embarazo y se enteró de que iba a tener a Davey.

Notaba la garganta como rellena de algodón. Tuvo que abrir la boca para respirar. Tocó ligeramente con los dedos el capó del Jeep al pasar a su lado. La chapa estaba caliente. Hannah acababa de llegar a casa. El Honda de Paul no estaba por ninguna parte. Supuso que estaría fuera peinando las calles, llamando a Madison a gritos, desesperado por recuperar a su hija.

Hannah abrió la puerta antes de que le diera tiempo a llamar.

—No las hemos encontrado —dijo Emmy.

Vio desvanecerse el último asomo de esperanza en el semblante de Hannah. Luego su amiga se desplomó en sus brazos, sollozando de dolor. Tuvo que sujetarla para que no se cayera. Se le saltaron las lágrimas, porque aquello era horrible y las dos sabían que no iba a terminar bien. Se abrazaron como no se abrazaban desde que eran niñas.

En la larga historia de su amistad había habido dolor y lágrimas, pero nunca nada parecido a aquello. Hannah comenzó a temblar, vencida por el peso de la angustia. Sus sollozos eran desgarradores. Aquel sonido era como una navaja que seccionaba el corazón de Emmy. Cerró los ojos y solo vio a Madison. No en el sofá comiéndose una galleta o poniendo mala cara al moverse por la cocina; ni siquiera de pie bajo el roble. La veía esperándola en la cima de la colina, delante de las gradas. Con los labios fruncidos, el teléfono apretado en la mano y una mirada ansiosa. Lista para sincerarse con ella. Dispuesta a hablar.

«Ahora no».

—Emmy —gimió Hannah—. Emmy, ¿qué voy a hacer?

Emmy intentó tragar saliva. El algodón de su garganta se convirtió en cristal. Se acordó de las palabras de su padre: « La mejor manera de ayudarla es agachando la cabeza y cumpliendo con tu trabajo».

—Hannah. —La sujetó de los brazos. Ver su rostro hinchado y lloroso le resultaba casi insoportable—. Haz un esfuerzo por recordar. ¿Había alguien merodeando cerca de Madison? ¿Alguien que la hiciera sentirse incómoda? ¿Que la mirara raro o…?

—No. Te lo habría dicho. Ya sabes que te lo habría dicho.

—Vale. —Emmy sabía que era cierto—. ¿Y su portátil?

—Ya he intentado entrar, pero no consigo adivinar la contraseña.

—Vale —repitió Emmy con el corazón tembloroso mientras intentaba pensar en los siguientes pasos—. ¿Y el dinero?

—¿Su paga, quieres decir?

—¿Parecía tener más dinero de lo normal?

—¿Dinero? —Hannah empezó a mover la cabeza de un lado a otro —. No, siempre me estaba pidiendo. ¿Por qué preguntas por el dinero?

—No importa. Tengo que registrar su habitación.

—¡Sí! ¡Justo ahora la estaba registrando!

Hannah la cogió ansiosamente de la mano y tiró de ella hacia el fondo de la casa. Emmy estuvo a punto de tropezar con la alfombra del salón. La casa había sido de la madre de Hannah. Su amiga había crecido allí, la había llevado mil veces a rastras a su cuarto para contarle algún secreto o hablar de chicos o alejarse de su madre.

Aunque nunca así.

—Ya he mirado en todas partes, pero a ti se te da mejor esto. — Hannah dobló la esquina y entró en la habitación de Madison—. Tú mira por ese lado. Yo voy a volver a mirar por este. Puede que se me haya pasado algo. A lo mejor ha dejado una nota o una pista. Ya sabes lo lista que es.

Emmy no tuvo valor para decirle que no debería haber tocado la habitación. Hannah no había hecho un registro; había sacado la ropa de los cajones, había hojeado frenéticamente los libros de bolsillo y los había tirado al suelo.

—Hannah. —Emmy intentó decírselo con delicadeza—. Quizá sea mejor que lo haga yo sola.

—Puedo ayudarte. Ay, mierda, el colchón. Tú siempre dices que hay que mirar…

—Hannah. —La agarró por las muñecas—. Deja que lo haga yo, ¿vale?

A Hannah volvieron a saltársele las lágrimas, pero asintió en silencio y retrocedió hasta la puerta. Observó a Emmy mientras se ponía unos guantes nuevos y levantaba el colchón. No encontró nada. Hannah empezó a retorcerse las manos cuando Emmy revisó los cajones de arriba abajo y siguió retorciéndoselas mientras pasaba la mano por el estante del armario, movía los zapatos, hurgaba en los bolsillos y revisaba la ropa.

Allí no había acceso al desván desde el techo del armario. Ni caja metálica. Ni bolsas con autocierre. Ni escondite secreto.

—¿Qué te dijo la segunda vez? —preguntó Hannah.

Emmy levantó la vista de la mochila de Madison, que estaba registrando.

—¿Qué?

—Louis Singh me ha dicho que te vio con Madison delante de las gradas.

Emmy dejó caer lentamente la mochila sobre la cama. Sintió que le ardía la cara.

—No hablamos.

Hannah pareció extrañada.

—Pero Louis me ha dicho que le dijiste algo y que Madison te siguió detrás de las gradas.

Emmy se llevó la mano a la tripa. No sabía que Madison la había seguido.

—¿Em? —Hannah ladeó la cabeza, desconcertada—. ¿Qué me estás ocultando?

—No te estoy… —Respiró hondo—. No sabía que me había seguido. Fui al aseo.

—Pero ¿qué te dijo?

—No… —Emmy mantuvo los labios abiertos, pero no conseguía recuperar el aliento—. No hablamos.

—Pero Louis me dicho que hablaste con ella. —Hannah se llevó las manos a las caderas. Emmy le decía a veces en broma que aquella era su pose de maestra, la que ponía cuando un niño le mentía en la escuela—. ¿Me estás diciendo que Louis me ha mentido?

—No, yo… —Emmy se obligó a tragar aire—. Hannah, no…

Hannah esperó; al ver que Emmy no decía nada, preguntó:

—No ¿qué?

Emmy no tuvo valor.

—Ruth Baker le ha dicho a mi padre que había hablado contigo sobre Madison. Que pensaba que era una mala influencia para Cheyenne.

La risa de Hannah sonó como un ladrido.

—¿Lo dices en serio? Esa zorra me hizo un comentario de pasada en el pasillo, me dijo que a lo mejor el problema era Madison. Te lo conté cuando ocurrió. Fue la noche de la reunión de padres, justo antes de las vacaciones de Navidad. ¿No te acuerdas?

Emmy se acordaba ahora.

—¿Por qué? —preguntó Hannah—. ¿Es que le está echando a Madison la culpa de esto? ¿Qué más da eso?

—Hannah… —Emmy se presionó los párpados con los dedos. No podía seguir posponiendo aquello. Era demasiado cruel. Se obligó a mirar a Hannah a los ojos—. Madison me estaba esperando cuando subí la cuesta. Yo sabía que quería hablar, pero le dije que en ese momento no podía atenderla.

Hannah frunció el ceño.

—¿Qué?

—Yo estaba… Fui al aseo. No sabía que me había seguido detrás de las gradas. Necesitaba un momento para…, para recomponerme.

—Recomponerte ¿por qué? —Algo brilló en los ojos de Hannah. Soltó un resoplido—. Jonah.

—Estaba… —Emmy ni siquiera recordaba por qué habían discutido —. Nos peleamos delante de todo el mundo. Necesitaba estar sola un minuto.

—Necesitabas estar sola un minuto.

—Han, ya sabes cómo es. —Emmy intentó restarle importancia a algo que tenía toda la importancia del mundo—. Nos quejamos de

nuestros maridos continuamente.

—Yo me quejo de que los zapatos de Paul no van a juego con su cinturón. Tú te quejas de que a veces Jonah está tan colocado que se olvida de ir a recoger a Cole al colegio. —El tono de Hannah se había vuelto gélido—. No es lo mismo.

Emmy se quedó un momento sin palabras. En medio del silencio, sintió el leve vaivén de su pecho. Nunca había visto a Hannah así. Estaba envuelta en una especie de aura, una especie de resplandor de angustia y rabia.

—La busqué al salir —le dijo Emmy—. Cuando terminaron los fuegos artificiales, la busqué. Tú me viste con Brett. Les pregunté a él y a Vanna si la habían visto porque…

—Porque la ignoraste para ir a esconderte al aseo y llorar por el puto Jonah Lang.

—Eso no es…

—No es ¿qué? ¿Exacto? ¿No es exactamente lo que llevas haciendo desde que ese inútil, ese gilipollas, se sentó a comer en nuestra mesa en el instituto? —Hannah no esperó respuesta. Dio un paso adelante con gesto agresivo—. ¿Sabes por qué no te acordabas de que Ruth Baker me dijo que a lo mejor el problema era Madison?

Emmy sintió la boca seca.

—Yo…

—Porque al día siguiente Jonah cargó ochocientos dólares en tu tarjeta de crédito para comprarse un amplificador nuevo para su guitarra y te pusiste como loca. Dormiste aquí, en nuestro sofá. ¿Te acuerdas de eso? Nos sentamos en la mesa de la cocina, al final de ese pasillo, y hablamos de que ibas a dejarlo. Estuvimos haciendo planes. Hasta hicimos un presupuesto y una lista de cosas que tenías que llevarte a casa de tu madre. ¿Dejaste a Jonah?

Emmy se obligó a no apartar la mirada.

—No.

—No, no lo dejaste. Y podrías haberlo dejado. Eres tú quien gana el dinero. Eres la dueña de la casa. Y del coche. Te darían la custodia completa de Cole. Solo tendrías que presentarte en el juzgado, decir que eres una Clifton y te darían lo que quisieras.

—Hannah…

—Y si hubieras dejado a Jonah, hoy habrías tenido la cabeza en su sitio cuando Madison te necesitaba.

—Eso no es…

—No hablaste con Madison porque estabas disgustada por lo de Jonah. Eso es exactamente lo que acabas de decir. Dime que me equivoco.

Emmy respiró hondo, temblorosa.

—P-por favor, yo…

—Tú ¿qué? —preguntó Hannah con aspereza—. ¡Joder, Em, por favor! ¿Cuántas veces te ha decepcionado Jonah? ¿Cuántas veces te ha cabreado? ¿Cuántas veces habéis discutido? ¿Cuántas veces os habéis peleado delante de todo el mundo? ¿Cuántas veces te ha humillado? ¿Te ha mentido? ¿Te ha hecho una putada? Te destrozó el coche. Te puso los cuernos cuando estabas embarazada. Te dejó tirada cuando estabas de parto. ¡Hasta te ha empujado por las escaleras! Y la única vez, la única vez que mi niña te busca, que necesita hablar contigo, que te espera en lo alto de la colina y te sigue por las gradas como un perrito, ¿estás tan aturullada pensando en las mierdas de Jonah que no puedes pararte a escucharla?

—Lo-lo siento, yo…

—¡No! ¡No lo sientes! La gente que lo siente no sigue cometiendo los mismos errores una y otra vez, menos aún con la persona que se supone que es su mejor amiga.

Emmy no supo qué decir. Se sentía como si tuviera el cerebro lleno de avispones. Aquello era horrible. Su amistad no se recuperaría si no hallaba la manera de solucionarlo. Debería ponerse de rodillas. Suplicarle que la perdonara. Hannah tenía razón. Todo lo que decía era cierto.

—¡Mírate! ¡Ni siquiera puedes defenderte! Sabes perfectamente lo que has hecho. Lo elegiste a él, elegiste a ese cabrón malintencionado y narcisista en lugar de a una niña preciosa que lo estaba pasando mal. —Hannah levantó los brazos, casi incandescente de rabia—. Y no solo es preciosa para mí, Em. Tú también la has visto crecer. La quieres casi tanto como yo. Y ya no está. Las dos sabemos que es la verdad. Algún monstruo odioso nos

la ha robado y probablemente la estará violando o matando, y tú no pudiste tomarte tres segundos para impedirlo, porque lo único que te importaba era ese inútil de mierda que jamás va a quererte como tú lo quieres a él.

Hannah gritaba tanto que su voz resonaba en toda la casa. Parecía aturdida por sus propias palabras; aun así, no dio marcha atrás.

—Dime que me equivoco —le exigió.

—Yo…, yo… —Emmy tomó otra respiración entrecortada—. Tienes razón. Sé que debería…

—¿Dejar a Jonah? —Hannah resopló de nuevo, esta vez con repugnancia—. Ni de coña, no vamos a volver a hacer esto. Tú no vas a dejar a Jonah. Hemos pasado por esto tantas veces que ya he perdido la cuenta. Llevas casi veinte años diciendo: «Esta vez lo dejo. No, esta vez lo digo en serio, Han. Te prometo que lo digo en serio, Han». ¡Es mentira! ¡Mentira!

Emmy levantó las manos para protegerse cuando Hannah la cogió de los hombros y la obligó a darse la vuelta.

—Sal de mi casa. —La empujó hacia el pasillo—. Quiero que te vayas. No me llames. No me mandes correos ni me escribas. No intentes hablar conmigo. No me mandes ni una puta carta.

—Hannah, por favor…

—Tú no quieres a Jonah. Eres adicta a sus mierdas. Como no puedes arreglar las movidas de tu puta familia, intentas arreglarlo a él. —Hannah volvió a ponerse las manos en las caderas—. Paul y yo nos reímos, ¿sabes? Nos reímos de que seas una tiarrona que lleva pistola y encarcela a criminales, luego llegas a casa y te arrastras como un perro, dispuesta a hacer todo lo que quiera Jonah.

—Hannah, por favor.

—No. —Volvió a agarrarla de los hombros y la obligó a seguir por el pasillo—. Estoy harta, Emmy. Paso de ti. Si me ves por la calle, cámbiate de acera. Si me ves en la tienda, date la vuelta y vete a casa.

Emmy tropezó cuando Hannah le dio un fuerte empujón hacia el cuarto de estar. Consiguió recuperar el equilibrio antes de darse de bruces con la pared. Docenas de fotografías enmarcadas la miraban.

Madison a los ocho años, cuando aún se subía de vez en cuando al regazo de Hannah. Paul y Madison en su graduación en secundaria. Madison en su bicicleta. Madison poniendo cara de fastidio, y sonriendo, y riendo, y viviendo. Podría haber seguido haciendo todas esas cosas si ella se hubiera parado a escucharla.

Hannah abrió de un tirón la puerta de la calle.

—Vete.

Emmy se secó las lágrimas que había estado derramando sin darse cuenta.

—Hannah, por favor.

—Siempre eliges a Jonah. —La ira había abandonado su voz. De pronto hablaba como si aquello ya fuera cosa del pasado—. Hasta en el instituto, cuando te pedía que fuéramos al cine o al centro comercial o que me escucharas quejarme de mi madre, Jonah solo tenía que chasquear los dedos para que te fueras con él. Siempre lo has preferido a él. Siempre.

—Eso no es… —Emmy se contuvo, porque no podía decir que no era cierto.

—Si pudiera recuperar todas las horas que he pasado escuchándote hablar de ese capullo. Todas las excusas que ponías. Todas las mentiras que te contabas a ti misma. Por Dios…

—Tienes razón —dijo Emmy—. Tienes razón en todo: en lo de Jonah, en lo de Madison. Lo siento. Lo siento muchísimo. Dime cómo puedo arreglarlo.

—¿Es que tiene arreglo?

Emmy se quedó paralizada.

—Aunque Madison esté viva, incluso si por algún milagro nos la devuelven a Paul y a mí, ¿cómo va a ser su vida? ¿Cómo se va a recuperar de esto? ¿Y cómo vas a formar tú parte de mi vida si lo único que haces es recordarme que he perdido lo más preciado que tenía?

Emmy sacudió la cabeza. Aquello era demasiado. Era insoportable.

—Paul nunca te lo perdonará —añadió Hannah—. Y yo tampoco sé si podré perdonarte alguna vez.

—Por favor… Eres mi mejor amiga. Ni siquiera sé cómo vivir sin ti.

—Pues vas a tener que averiguarlo —replicó Hannah—. Tú has elegido a tu marido. Ahora yo elijo al mío.

Capítulo 5

Emmy bajó las escaleras y, al entrar en la cocina de su madre, tuvo que entornar los ojos para que no la deslumbrara el rayo de sol de la mañana que entraba por la ventana de encima del fregadero. Le dolía la cabeza, de tristeza, de agotamiento por el calor y de falta de sueño. Al salir de casa de Hannah, se había obligado a seguir adelante y se había tragado sus emociones mientras llamaba puerta por puerta a las casas de los delincuentes sexuales de la Lista.

Había un total de ciento veintiocho registrados en el condado. Ochenta y siete de ellos, condenados por delitos contra menores. A ella la habían asignado al equipo que cubría Clayville. Los detalles de los sumarios la pusieron enferma. Explotación sexual de un menor. Abuso sexual de un menor. Prostitución de un menor. Sodomía contra un menor. Sodomía agravada contra un menor. Estupro. Incesto.

Madison. Cheyenne. Madison. Cheyenne. Madison. Cheyenne.

Ninguno de los delincuentes tenía, en apariencia, relación alguna con el secuestro; sin embargo, aquellos hombres repulsivos le pusieron la piel de gallina, no porque parecieran monstruos grotescos, sino porque parecían lo que habían sido durante su vida anterior: un conserje de colegio, el encargado de un restaurante de comida rápida, un maestro de escuela dominical, un voluntario del hospital infantil. Gafas gruesas, cuerpos fofos, sonrisas nerviosas y arrugas de abuelo alrededor de los ojos. Al llegar a casa de sus padres, solo había podido ducharse con el agua más caliente que había podido soportar y acurrucarse en la cama junto a su precioso hijo.

Fue entonces cuando de verdad acusó el golpe. El miedo por Cheyenne y Madison le bullía constantemente en los nervios, aunque

la pelea con Hannah la había devastado.

«¿Cómo vas a formar tú parte de mi vida si lo único que haces es recordarme que he perdido lo más preciado que tenía?».

Hannah tenía razón. Tenía razón en todo.

—Buenos días. —Su madre entró en la cocina con su bata de estar por casa y sus zapatillas a juego. Se detuvo delante de la cafetera vacía—. ¿No has hecho café?

Emmy no respondió porque la respuesta era obvia.

—No, por favor, ya lo hago yo. —Myrna la miró con reproche, cogió la jarra y la llenó de agua. Llevaba el largo cabello gris suelto sobre los hombros. Tenía una mirada de confusión cuando se volvió hacia ella y le preguntó—: ¿Cuántas cucharadas?

Emmy carraspeó para quitarse la pena de la garganta.

—Doce.

—No sé en qué pienso últimamente. —Myrna sacudió la cabeza al coger la lata de café—. Tu padre ya se ha ido a comisaría. No ha habido novedades esta noche. Te ha dejado las llaves en el coche. El FBI ha mandado un equipo de Atlanta. Me ha dicho que te llamará luego, pero que fueras al instituto esta mañana como habíais hablado.

Emmy carraspeó otra vez.

—¿A qué hora llega el personal?

Myrna miró su reloj.

—Falta aún media hora, pero, si quieres hablar con tu cuñada, la doctora Clifton llegará cuando le plazca.

Emmy miró a su madre con irritación. Myrna nunca se había llevado bien con la esposa de Tommy, sobre todo porque ambas tenían mucho carácter y eran profesoras de Lengua y rivales en su campo de estudio, pero su relación había llegado a un punto crítico cuatro años antes y desde entonces no habían vuelto a dirigirse la palabra.

Myrna la miró fijamente.

—¿Qué te pasa en la cara? ¿Has estado llorando?

—Mamá…

Emmy no sabía por dónde empezar. La pelea con Hannah era aún una herida en carne viva, aunque Myrna nunca había sido de esas

madres que te abrazan mientras lloras. Ella quería hacer planes. Tomar medidas. Hacer algo al respecto.

—¿Qué pasa? —Myrna parecía impaciente. Puso los brazos en jarras. La postura típica de una profesora. Igual que Hannah.

Emmy se vino abajo.

—Creo que las chicas están muertas.

—Y yo creo que tienes razón.

Myrna miró hacia la puerta del salón antes de encender la cafetera. En el marco de la puerta, líneas descoloridas marcaban el crecimiento de sus cuatro hijos. Emmy Lou y Tommy. Martha y Henry. Su madre había vivido en sus propias carnes el dolor terrible de perder no a uno, sino a dos hijos adolescentes en el filo de la edad adulta, a causa de dos trágicos accidentes.

—Hannah va a tener que apoyarse en ti más que nunca —dijo.

—No sé, mamá. Anoche… —Emmy quería contarle lo de la pelea, pero no sabía cómo hacerlo. Era todo tan reciente… Y no había vuelta atrás. Esa herida seguiría supurando el resto de su vida—. Esa cita de Poe que me dijiste en el parque, algo así como que, si no sufres, no eres bendecido…

Myrna se sentó a la mesa con un fuerte suspiro. Juntó las manos sobre el mantel individual. Miró a Emmy y dijo:

—«Quien nunca ha sufrido nunca ha sido bendecido».

—¿Te referías a que, si no tuviera que sufrir a Jonah, no tendría la bendición de Cole?

—Poe desdeñaba el didactismo y la alegoría, aunque, como todos los escritores, rara vez seguía sus propias reglas.

—Deduzco de tu evasiva que estabas aludiendo a mi matrimonio.

—Deduces bien.

Emmy volvió a sentir un nudo en la garganta. Hannah le había dicho que Paul y ella se reían de ella por creerse las mentiras de Jonah. ¿Qué decían sus padres cuando hablaban entre sí? ¿Tommy y Celia también se reían de ella? ¿Cotilleaban sus primas sobre ella a sus espaldas como cotilleaban sobre todos los demás? Le daba náuseas pensar en la cadenas de mensajes de las que la habrían excluido. Qué tonta había sido.

—¿Y bien? —preguntó Myrna.

El crujido de las ruedas de un coche en la grava del camino de entrada ahorró a Emmy una nueva humillación. Se levantó para mirar por la puerta y reconoció el Mercedes ML 400 plateado por la matrícula roja de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Georgia.

Taybee aferraba el volante con las dos manos mientras avanzaba por el camino. Su hija Kaitlynn iba en el coche, a su lado. Se sujetó al salpicadero cuando Taybee frenó en seco. Se oyó el chirrido del freno de mano. La puerta del conductor se abrió de golpe. Taybee salió, vestida con botas vaqueras blancas, falda larga y blusa de lino blanco. Sus joyas eran discretas, aunque de alguna manera lograban transmitir todo el poderío de los Clifton, cuyo dinero había impulsado a su rama de la familia de éxito en éxito.

Emmy se crispó automáticamente cuando Taybee cerró la puerta del coche, luego la abrió y volvió a cerrarla. A continuación dio un golpecito en el capó con los nudillos y señaló a Kaitlynn antes de dirigirse hacia la casa. Su maquillaje era perfecto. Su piel, como la de una muñeca de porcelana. Siempre había habido algo aterrador en Taybee. Era guapísima, delgada como un junco y horriblemente mandona.

—Hola. —Emmy abrió la puerta mosquitera—. ¿Qué tal?

—Me he ofrecido a recoger a todos los niños. Teniendo en cuenta lo que está pasando, es mejor llevarlos a la granja. Así podrán estar todos juntos y jugar con la arena. Tengo que estar en el juzgado dentro de una hora, así que dile a Cole que se dé prisa. Es igual, ya voy yo. He traído a Kaitlynn para que habléis. Espabila, cariño. Tu tía Emmy no tiene todo el día.

Taybee entró en la casa como una exhalación y le gritó innecesariamente a Myrna «¡Buenos días!» mientras subía las escaleras para ir a buscar a Cole. Sus dedos tamborilearon en la barandilla con un ritmo que solo ella podía oír. No había duda de quién ganaría la guerra de la Xbox esa mañana.

Emmy se puso unas chanclas y bajó los peldaños del porche. Hacía ya un calor brutal. Levantó la mano para protegerse de la intensa luz del sol. Sintió que le quemaba la piel. La camiseta sin mangas y los pantalones cortos le rozaban como papel de lija. Decía

mucho del estado de su matrimonio el hecho de que, viviendo a diez minutos a pie, aún tuviera ropa de repuesto en casa de sus padres.

Kaitlynn tardó en salir del coche. Sus pulgares se deslizaban a toda velocidad por el teléfono. Era el reverso de su madre: tenía el cabello oscuro y la piel morena, mientras que Taybee era rubia y casi translúcida. Había salido a su padre, Terrell, que también era un Clifton, pero no de la rama de Taybee, lo que inexplicablemente había impulsado a su prima a añadir un guion a su apellido de casada: Clifton-Clifton. Hannah la llamaba la Extra C, aunque no por ese motivo.

—Buenos días, cielo —dijo Emmy.

—Buenos días, tía Emmy. —Kaitlynn esbozó una sonrisa trémula al guardarse el teléfono en el bolsillo del vestido. Tenía diecisiete años, dos más que Madison y Cheyenne, pero su belleza y su dinero le daban ventajas que ellas no tendrían nunca. Era lógico que Jack Whitlock la hubiera colocado en primer lugar en su lista de chicas populares. Podía ser tan aterradoramente segura de sí misma como Taybee, pero ser inteligente y guapa también tenía sus inconvenientes.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó Emmy.

Kaitlynn asintió.

—Sí, señora.

—Vamos a buscar una sombra.

Emmy cruzó el camino de entrada. Mientras andaba, se acarició la palma de la mano con el pulgar. No conseguía sacudirse el recuerdo sensorial del momento en que había cogido la mano de Madison bajo el roble. Le pareció adecuado pararse con Kaitlynn bajo el magnolio, cuyas ramas cubrían la mitad del jardín delantero. Era la segunda vez en dos días que se hallaba bajo un árbol con una adolescente nerviosa. Saltaba a la vista que Kaitlynn también estaba angustiada. Emmy le colocó con delicadeza un mechón de pelo detrás de la oreja. A veces, Kaitlynn podía ser un fastidio, pero en realidad solo se portaba mal con su madre.

—Lo que tengas que decir quedará entre nosotras —le prometió Emmy.

—Puedes contárselo a mi madre —dijo Kaitlynn—. Ya hemos hablado. Por eso me ha traído. Dice que tenéis que saber lo que se traían entre manos.

—¿Cheyenne y Madison?

—Sí, señora. —Kaitlynn se aferró a su mano como si necesitara un asidero físico. Su palma aún estaba fresca por el aire acondicionado del coche—. No sé mucho, pero sé que Cheyenne se veía con un hombre mayor. La oí hablar de ello con Madison la última semana de clase. Estábamos esperando a que el señor Loudermilk nos abriera el auditorio para el ensayo del coro.

A Emmy se le vino a la mente la imagen de Madison el día anterior, con su camiseta azul claro del Club de Coro de North Falls.

—¿Recuerdas qué dijo exactamente?

—Las palabras exactas no, pero Cheyenne hizo una broma, comentó que el tío era tan viejo que a veces no se le levantaba, y luego que ojalá tuviera el pene tan grande como la cartera.

Emmy no notó signos de vergüenza en el semblante de Kaitlynn. Taybee se dedicaba al derecho de familia. Nunca dudaba en llamar a las cosas por su nombre.

—¿Qué más?

—Dijo que el tipo era muy aburrido, pero que acostarse con él era la única forma de conseguir dinero suficiente para irse del pueblo. —Kaitlynn le apretó la mano—. Madison empezó a reírse, luego dijo algo de que iban a alojarse en una *suite* del Ritz-Carlton de Atlanta, entonces me vieron al otro lado del vestíbulo y se callaron. Eso fue todo. La verdad es que nunca he tenido motivos para hablar con ellas. No estaban en mi curso. ¿Te ayuda eso en algo?

—Sí, claro. Gracias, cielo. —Emmy volvió a acariciarle el pelo, deseando poder alisar también las arrugas de preocupación de su frente—. ¿Y drogas? ¿Sabes si las consumían?

—No lo sé, aunque no me extrañaría. He oído que Cheyenne trapicheaba, pero a mí no me van esas cosas. Bueno, no me importa que la gente se drogue, pero no me gusta estar colocada y el alcohol me sabe asqueroso.

Emmy esperaba que eso nunca cambiase.

—¿Conoces a un tipo al que llaman el Perver?

Ella negó con la cabeza.

—No, qué va. ¿Quién es?

—Me han dicho que es un traficante de drogas. Es mayor. Con el pelo oscuro. Va a fiestas, en las cataratas.

—Ese sitio es un asco. Connor cogió anquilostomas allí el mes pasado. Ya no va nadie.

A Emmy no le sorprendió que la información de Jack hubiera quedado desactualizada durante las vacaciones de verano. Él no tenía que ir a clase para recuperar asignaturas suspensas, como Cheyenne y Madison.

—¿Recuerdas que alguien rondara alrededor de las chicas o por el instituto? ¿Alguien que no tuviera que estar allí o que te hiciera sentir incómoda?

—No. Se lo habría dicho a mi madre. En plan, inmediatamente.

Emmy la creía.

—¿Y en el centro comercial?

—Allí solo van críos. Es muy aburrido.

Emmy no le dijo que ella aún era una cría.

—Imagino que has hablado con tus amigos sobre la desaparición de las chicas. ¿Tenéis alguna teoría? ¿Hay rumores, aunque sean absurdos?

—No, señora. Por eso estamos todos tan asustados. Nadie sabe qué pasó. Si están a salvo. Si volverán a casa algún día. No se relacionaban con nadie más. Solo se tenían la una a la otra. Y ahora las dos están…

Emmy vio que empezaban a temblarle los labios. La abrazó. Kaitlynn hundió la cabeza en su cuello.

—No pasa nada, cariño —le dijo—. Sé que esto es muy difícil, pero vamos a averiguar qué ha pasado.

Kaitlynn se echó a llorar. Emmy le frotó la espalda. Notó los bordes afilados de sus omóplatos; sobresalían como alas. Kaitlynn era más alta que Cheyenne y más delgada que Madison. Emmy no pudo evitar pensar en la Lista. En los antecedentes penales de hombres que medían metro ochenta y ocho o metro noventa y pesaban más de noventa kilos, y en los estragos que podían causar en el cuerpo de una joven.

La puerta mosquitera se abrió de golpe. Cole bajó corriendo las escaleras del porche.

—¡Mamá! ¡Nos vamos a la granja! ¡Una yegua va a parir!

Kaitlynn se apartó de Emmy, sacó su teléfono y bajó la cabeza para que el pelo le tapara la cara. Emmy se permitió sonreír cuando Cole le dio un abrazo rápido, agarrándola por la cintura menos de dos segundos, antes de saltar al asiento trasero del Mercedes. Emmy dedujo por la camiseta y los pantalones cortos a juego que Taybee había obrado su magia. Su hijo llevaba el remolino del pelo bien peinado y los cordones de las zapatillas atados. Su prima era una hechicera.

—El cinturón de seguridad, chicos. Kaitlynn, deja de perder el tiempo. Muévete. —Taybee golpeó el capó del Mercedes con los nudillos tres veces mientras se acercaba a Emmy—. Tesoro, se me había olvidado decirte que la tía Millie me llamó ayer mil veces para decirme que necesitaba hablar contigo porque el hombre al que contrató para que le limpiara el estanque fuma y atrae a gentuza. Ayer no tenía tiempo para prestar atención a sus chaladuras, pero tienes que llamarla porque, si no, acabaré yendo allí y la estrangularé con mis propias manos. Te parece bien que Cole venga a la granja, ¿verdad?

Emmy se rio, porque era un poco tarde para que se lo preguntara.

—Le diré a Jonah que lo recoja antes de la hora de la cena.

—Claro. —Taybee compuso una sonrisa al abrir la puerta del coche. Las dos sabían que Jonah llegaría tarde. Si es que se acordaba de ir—. Em, oye una cosa, ¿te importa que Cole se quede a dormir? Terrell tiene una yegua a punto de parir y seguro que le encantará tener compañía.

Emmy sintió que se le secaba la boca. Acababa de darse cuenta de la habilidad con que sorteaba siempre Taybee el problema de Jonah.

—Gracias.

—Ya me las darás cuando te lo mande de vuelta cubierto de estiércol de caballo y placenta. —Taybee hizo amago de subir al coche, pero se detuvo para mirarla—. Te espera un día duro. ¿Seguro que estás bien, nena?

Emmy asintió.

—Sí.

—Llámame si me necesitas.

La puerta se cerró con un golpe seco y Taybee encendió el motor. Ajustó los retrovisores y desplazó un poco el asiento hacia delante para dejar espacio a Cole en la parte trasera. El niño empezó a decir adiós con la mano impetuosamente mientras salían marcha atrás. Emmy le devolvió el saludo hasta que el Mercedes dobló la esquina. De pronto cayó en la cuenta de que Taybee había dicho que iba a recoger a todos los niños de la familia, pero solo había uno en el coche, aparte de su hija.

Se abrazó la cintura. Se le empañaron los ojos, aunque se negó a llorar. En sus momentos más bajos, se había dicho a sí misma que seguía con Jonah por el bien de Cole; sin embargo, ¿qué ideas sobre las mujeres le estaba inculcando a su hijo? ¿Que podían ser de armas tomar en el trabajo, pero que en cuanto llegaban a casa se plegaban a cualquier gilipollez que se le ocurriera a su marido?

—Emmy Lou —la llamó su madre desde la puerta de la cocina—, tu padre al teléfono.

Se sentía como si llevara un yunque sobre la cabeza mientras caminaba de regreso por el camino de entrada. Myrna no estaba allí cuando llegó a la cocina, pero había dejado el auricular encima del teléfono de la pared. El cable colgaba como la soga de un ahorcado. Las tuberías de arriba empezaron a sonar. Myrna había abierto la ducha.

—¿Papá? —dijo Emmy al coger el teléfono.

—La sangre que encontramos en la escena. Dos litros, dice el forense. Parece una herida en la cabeza. Probablemente un disparo.

Dos litros de sangre. Esa era la cantidad que había perdido ella en el parto.

El cirujano le dijo que habría muerto si no le hubieran hecho una transfusión.

—O sea, que ya sabemos que una de ellas está muerta.

—El grupo sanguíneo es O positivo —continuó Gerald—. Le he pedido al doctor Carl que mirara el de Madison. Es A positivo.

A pesar de las terribles implicaciones de aquella noticia, Emmy sintió un asomo de esperanza.

—Puede que Madison aún esté viva.

—Puede. —El tono de Gerald estaba por completo desprovisto de esperanza—. El FBI quiere hacer una rueda de prensa. El teléfono de colaboración ciudadana va a estar saturado.

—Voy a pasarme por el instituto y luego iré a comisaría a informar.

Estaba a punto de colgar cuando se dio cuenta de que su padre seguía hablando.

—¿Qué tal te fue con Hannah?

—No había nada en la habitación de Madison. Ni dinero, ni teléfonos, ni drogas. Nada. —Emmy escuchó su silencio atento—. No me fue bien, papá. No me va a perdonar.

—Vale —contestó Gerald. Pero no había terminado—. He estado pensando en lo que me dijiste en el coche. Necesito hablar.

Emmy se apoyó en la pared. Oía los ruidos de la comisaría por debajo de la respiración ronca de su padre. Gerald no se refería al caso. Si tenían que «hablar» era porque se trataba de algo íntimo.

—Adelante —le dijo.

—Cuando tenías la edad de Madison. Esos hombres que salían de la nada, los que te hacían sentir mal. Tenías razón. Yo me habría enfadado por cosas absurdas. Lo siento.

—Me refería a los padres en general, no a ti. —De nuevo, Emmy escuchó su silencio. Gerald no la creía. Seguramente porque no estaba diciendo la verdad—. No pasa nada, papá. Fue hace mucho tiempo.

Se quedó callado unos instantes.

—Vale.

Emmy dejó escapar un lento suspiro. No podía hablar de eso en aquel momento. Era hija de su madre. Quería hacer planes. Tomar medidas. Hacer algo.

—Kaitlynn me ha contado que oyó por casualidad a Cheyenne hablarle a Madison de una relación sexual que tenía con un hombre mayor. Aceptaba dinero de él. Planeaban escaparse juntas a Atlanta.

—¿Cuándo lo oyó?

—A final de curso, o sea, la última semana de mayo.

—Es reciente, entonces.

—Para acumular dieciséis mil dólares en una hucha hacen falta más de dos meses. Es posible que el secuestrador no sea el único hombre mayor que pagaba a Cheyenne a cambio de sexo.

—¿Crees que tenía un chulo?

—Los chulos no dejan que sus chicas se queden con tanto dinero.

—¿El móvil podrían ser los celos?

—Quizá, pero ¿por qué iba a secuestrar también a Madison?

Emmy se dio cuenta de que siempre había explicaciones para Cheyenne, pero nunca para Madison. No podían seguir moviéndose en círculos. Lo que unía a las chicas era lo que los conduciría hasta el secuestrador.

—¿Han conseguido sacar alguna huella dactilar del collar roto que encontraron en el camino?

—La cadena es muy fina. Hace falta un procedimiento especial. El FBI lo ha mandado a Quantico.

—¿Han encontrado algo más en el terreno? ¿Casquillos o…?

—No está claro —dijo Gerald—. El FBI está investigando las huellas de los neumáticos. Y la OIG, de las pruebas materiales.

—Le dije a Jack Whitlock que tenía que pasarse por la comisaría esta mañana para una rueda de reconocimiento. Tengo que juntar a unos cuantos tíos. Con un poco de suerte, Dylan o alguien del instituto podrá orientarme. Imagino que alguien a quien llaman el Perver tiene que estar fichado. —Su cerebro por fin se estaba despertando. Necesitaba anotar todo aquello—. También quiero intentar localizar el portátil que la madre de Cheyenne donó a la iglesia. Y tenemos que localizar el teléfono plegable que tienen en el plan familia. El padre me dijo anoche que Cheyenne tenía sus iniciales grabadas en el plástico. Deberíamos actualizar los datos para que todo el mundo sepa que hay que buscarlo. Me pasaré por comisaría en cuanto pueda.

—Vale.

Emmy colgó. Miró la hora. El personal del instituto estaría llegando ya, poco a poco. No había tiempo para reflexionar. Solo habían encontrado un tipo de sangre en el lugar de los hechos. Habían

pasado menos de doce horas desde el secuestro. A la mierda las estadísticas.

Madison aún podía estar viva.

Subió corriendo las escaleras. Se puso un uniforme limpio y se recogió el pelo en un moño en la coronilla. Volvió a bajar a la cocina a toda prisa, llenó un termo de café y estaba saliendo por la puerta cuando las tuberías volvieron a sonar en la pared. Myrna acababa de cerrar la ducha.

El instituto de North Falls estaba a quince minutos a pie de la casa de sus padres y a cinco en coche. Emmy aprovechó el tiempo a solas en el coche patrulla para concentrarse en la investigación. Drogas. Sexo. Dinero. Todo lo que habían averiguado hasta el momento apuntaba a que Cheyenne Baker estaba metida en algo que no podía controlar. Pero quizá lo estaban viendo desde una perspectiva equivocada. Cabía la posibilidad de que Madison no fuera una simple espectadora. Quizá estaba metida hasta el cuello en aquel asunto, pero era la que mejor disimulaba de las dos.

Vio el Honda CR-V azul de su hermano delante del edificio principal del instituto. Tommy había aparcado junto al Alfa Romeo descapotable de color verde oscuro que Celia había heredado de su padre. Ella era una de las seis subdirectoras, por lo que trabajaba todo el año. Tommy daba clases en la escuela de verano para ganar un dinero extra. Emmy asumía que, si hubieran sabido algo útil sobre las chicas, ya se lo habrían dicho, pero probablemente debería hablar con ellos antes de irse.

Estaba bajándose del coche patrulla cuando le vibró el móvil en el bolsillo. La tía Millie llamaba otra vez. Silenció la llamada y entró. El ayudante Dylan Alvarez la estaba esperando en recepción. Estaba hojeando una carpeta, pero levantó la vista cuando el cinturón de Emmy activó el detector de metales. Dylan era un hombre atractivo, recién divorciado y, por lo general, bastante hermético. Emmy sintió que se le encogía el corazón al ver en su semblante un destello de esperanza.

—No las hemos encontrado. —Sintió la decepción de Dylan como si unas manos le apretaran los hombros hacia abajo—. ¿Qué tienes para mí?

—He sacado sus horarios. Las dos suspendieron Ciencias Sociales, así que están viniendo a clases de recuperación con la señora Burrough, de ocho a doce. Cheyenne también estaba recuperando Educación Física, así que tenía que quedarse hasta las cuatro.

—¿Suspendió Educación Física?

—El entrenador T no se creyó que tuviera la regla todos los días durante un semestre entero.

—¿Ya has hablado con él?

Dylan hizo una mueca.

—Espero que no te importe. También he hablado con la señora Burrough. He pensado que convenía ir adelantando un poco de trabajo, antes de que lleguen los chavales. La verdad es que no les he sacado gran cosa. Ya sabes cómo se comportan los posibles testigos cuando a una persona conflictiva le pasa algo malo. Sobre todo, si es un menor.

Emmy había visto lo mismo en la página de Facebook de Jack. Nadie quería hablar mal de alguien que seguramente había muerto.

—¿Has notado algo sospechoso?

—Las dos chicas eran muy codependientes y estaban muy aisladas, no dejaban entrar a nadie más. Es típico de esa edad que dos chicas se obsesionen la una con la otra. Se nutren del drama de estar aisladas. Nosotras contra todos los demás. Nadie nos entiende. Somos más listas que el resto de la gente. Me alegro de que mi hija no esté muy metida en eso. No es fácil vivir así.

Emmy sabía que, en parte, Dylan había aceptado el trabajo de agente de vigilancia escolar para no perder de vista a su hija de catorce años.

—¿Y sus profesores del curso normal? ¿Alguno trabaja durante el verano?

—Aparte del entrenador T… —Hojeó el expediente de Cheyenne y pasó el dedo por su horario de clases del curso anterior. Luego hizo lo mismo con el de Madison—. El doctor Hardy está aquí. Es el profesor de Química. Está un poco chiflado. Las dos estaban en el coro. Qué raro. Yo tenía la impresión de que eran un poco contestonas. Y el señor Loudermilk no aguanta tonterías.

Emmy conocía a Dale Loudermilk de sus años de instituto. Dirigía sus clases como un instructor del cuerpo de Marines.

—¿Está aquí?

—No, en verano trabaja a media jornada en el polideportivo. No volverá hasta la semana antes de que empiecen las clases, para las pruebas del coro.

—Quiero hablar con el doctor Hardy antes de irme. Me pasaré a ver al señor Loudermilk antes de volver a comisaría. ¿Qué quisiste decir anoche con eso de que el instituto de North Falls no tenía problemas de drogas?

Dylan miró nervioso hacia la oficina de la directora.

—Ven, acompáñame. La doctora Clifton me ha dicho que se reuniría con nosotros en las taquillas de Cheyenne y Madison, en el módulo de Artes.

Emmy se mantuvo a su paso mientras recorrían el pasillo principal. Oyó un fuerte zumbido, como de un motor a reacción. Un conserje empujaba una pulidora de suelos. Otro hombre con mono de pintor estaba retocando las paredes con un rodillo. Otro estaba ajustando las puertas de las taquillas del pasillo. El mantenimiento del centro era de todo el año. Tenían que hacer todas las reparaciones antes de que volviera a empezar el curso, la primera semana de agosto.

Una tarea nada fácil. El alumnado del instituto de North Falls era tan numeroso que el edificio se hallaba dividido en módulos que partían del pasillo principal como los radios de una rueda de carreta. Noveno curso y los Departamentos de Ciencias y Tecnología, Lengua, Historia, Deportes y Artes tenían cada uno su propio módulo, que incluía aulas, un centro de orientación y un despacho de subdirección. El diseño del edificio databa de antes de la epidemia de tiroteos en centros escolares. Por todas partes había espacios diáfanos y ventanas, con muy pocos lugares donde refugiarse.

Emmy se sintió muy expuesta cuando atravesaron la cafetería, que era del tamaño de un hangar de aviones y tenía una terraza que rodeaba todo su perímetro como un nido de francotiradores. Oyó ruido de cacharros en la cocina. Al igual que Emmy, Dylan iba de uniforme. Las pisadas de sus botas y el tintineo de sus cinturones

reglamentarios resonaban en el enorme espacio. Emmy estaba a punto de animar a hablar a Dylan cuando una mujer que llevaba un gorro de papel cruzó las puertas batientes y se puso a amontonar cubiertos en las bandejas. Otra salió a ayudarla. Evidentemente, se había corrido la voz de que Emmy estaba allí. Ella había crecido rodeada de profesores. Sabía a qué velocidad se difundían los chismorreos en un centro escolar.

—¿En qué curso está tu hija? —le preguntó a Dylan.

—Jenna —respondió él—. Acaba de terminar noveno. Ha sacado un notable bajo en Álgebra, pero todo lo demás con sobresaliente.

—Debe de ser un alivio. —Emmy bajó la voz—. Lo digo por el divorcio. Seguro que habrá sido duro para ella.

—Al principio estaba disgustada, pero, en cuanto arreglamos lo de la custodia y volvió a tener su rutina, las cosas mejoraron mucho. Ya sabes cómo son los niños. Necesitan saber a qué atenerse.

—¿Estás contento con tu abogado? Quiero decir, ¿fue justo?

Dylan la miró con curiosidad al abrirle la puerta. El pasillo estaba vacío. Las luces, apagadas. Aun así, esperó a que se alejaran un poco de la cafetería para responder.

—Un abogado matrimonialista no tiene que ser justo. Si me estás pidiendo una recomendación, la verdad es que tu prima Taybee se me comió con patatas. Seguramente todavía tiene pelos míos en las muelas. Ella es quien te conviene.

Emmy sintió que una oleada de calor le recorría el cuerpo. Sabía que la decisión estaba tomada. No había vuelta atrás.

—No puede ser Taybee. No quiero que mi familia se entere de cómo me he dejado empequeñecer. —Quiso taparse la boca con la mano, pero era demasiado tarde. Las palabras ya habían salido y colgaban allí como un velo de ignominia.

Dylan fijó los ojos en el suelo mientras seguían caminando. Emmy sintió que le ardía la cara. No sabía si él estaba sorprendido, escandalizado o si sentía lástima por ella, aunque ninguna de esas opciones le agradaba. No debería haberle hecho una pregunta tan personal, y mucho menos haberle revelado algo tan lamentable sobre sí misma. No tenían tanta confianza.

—Mi abogado es Ramon Rodriguez —dijo Dylan—. Inteligente, honesto, intachable, pero dispuesto a meterse en el barro si hace falta. Te enviaré su información de contacto.

—Vale. —Emmy dejó escapar un suspiro. Miró por las ventanas de las aulas al pasar. Las luces estaban apagadas. No había nadie trabajando en esa parte del edificio. Por fin estaban solos—. Háblame de las drogas.

Dylan también soltó un suspiro, pero el suyo parecía ser de frustración.

—Todos los centros educativos del estado usan un programa informático llamado SchoolPlusOne. Hay un código para todo. Para las notas, claro, pero también para las expulsiones, las peleas, las agresiones, los robos, el acoso, las drogas. Los datos se comunican al Departamento de Educación estatal. Datos desfavorables, mala reputación, más intervención del estado, posible pérdida de financiación, problemas de acreditación, enfado de la junta escolar, cabreo de los padres…

—No están registrando los datos sobre drogas. —Emmy se llevó una decepción, aunque no le sorprendió—. ¿Cómo explican las expulsiones?

—No hay expulsiones. Solo amonestaciones. Las infracciones se codifican como peleas, interrupciones en clase, problemas de poca importancia. Tu cuñada se niega a participar, pero el código cambia como por arte de magia en cuanto cruza las vías del tren.

Se refería a las vías que había entre el instituto y la Junta de Educación del Condado de Clifton. A Emmy no le sorprendió que Celia estuviera dispuesta a decirle a la Junta por dónde podía meterse sus chanchullos. Llevar siempre la contraria era una de las peculiaridades de su cuñada.

—Háblame de Wesley Woodrow.

—Un mafioso en ciernes. Vende maría, oxi, Adderall, éxtasis…

—¿Coca?

—Eso es más cosa de universitarios —contestó Dylan—. Woody es un camello del peor tipo, porque es inteligente. Tiene dieciséis años. Vive con su abuela en Clayville. Ya ha pasado una temporada en el reformatorio. Aún no puede ir a la cárcel porque no tiene edad, pero

tengo grabada a fuego la fecha de cumpleaños de ese cabroncete. En cuanto pase un segundo de las doce de la noche del 16 de febrero, es mío.

—No entiendo.

Dylan se detuvo y ella hizo lo mismo.

—La ley escolar es distinta de la ley común —le explicó él—. Yo no puedo tocar a un chaval hasta que cumple diecisiete años. Hasta entonces, solo el personal del centro puede encargarse de ellos. Y eso está bien en cierto modo, porque el centro solo necesita una sospecha razonable para registrar a un menor. Yo, como policía, debo tener motivos fundados. Puedo traer perros antinarcóticos, aunque solo puedo registrar las taquillas, lo que es superfluo, por decir algo. No puedo registrar a los chavales. No puedo inspeccionar sus coches ni sus mochilas. Woody conoce las reglas mejor que nadie. Podría darme clases él a mí.

Emmy había olvidado que Dylan estudiaba Derecho por las noches.

—Me han dicho que Woody no pasa drogas a los chavales de North Falls.

Dylan se rio.

—Eso es una chorrada. ¿Quién te lo ha dicho?

—Jack Whitlock.

Dylan hizo una mueca.

—Ya, ese chico no es la mejor fuente de información. Está bastante abajo en la cadena trófica. Yo hago todo lo posible por protegerlos, pero los gais no lo tienen fácil aquí.

—¿Es gay?

—Supergay. —Dylan se encogió de hombros—. Pero es buen chico. ¿Qué más te ha dicho?

Emmy no iba a dejar que las palabras «coño portátil» salieran de su boca, pero dijo:

—No creo que sea gay. Me dio a entender que le pagó cincuenta dólares a Cheyenne por una mamada.

—Puede ser. —Dylan volvió a encogerse de hombros—. A esa edad, la sexualidad puede ser fluida. Sobre todo, si hay una mamada de por medio.

—¿Y el precio? Una mamada cuesta veinte pavos en la parada de camiones de la autopista.

—No tengo ni idea de cuál es la tarifa actual, pero las cosas cuestan lo que la gente esté dispuesta a pagar por ellas. Además —añadió Dylan—, a Jack le darían una paliza en la parada de camiones de la autopista. Esas mujeres tienen mucho peligro.

—No pareces sorprendido por que una chica de quince años cambie sexo por dinero.

—Es terrible, pero el instituto es terrible. La mitad de los alumnos se tirarían por un precipicio si una Kardashian se tirara primero. Y la otra mitad los animaría a tirarse. Estos chavales hacen cosas completamente absurdas. A veces los miro y pienso: «¿Cómo es que este imbécil sigue vivo?». —Pareció darse cuenta de que estaba hablando demasiado y se refrenó—. Así que no, no me sorprende que Cheyenne se prostituyera. Si te digo la verdad, me parte el corazón.

Emmy sentía lo mismo.

—¿Qué hay de un tipo mayor al que los chicos llaman el Perver?

—¿El Perver? —Dylan pareció alarmarse, pero negó con la cabeza —. No me suena de nada. ¿Quién te ha hablado de él?

—Jack —respondió Emmy, aunque ahora se preguntaba si la información que le había dado era fiable—. Me dijo que el tal Perver es un traficante que queda con chavales en el Chilly Treat y en las cataratas. Pelo oscuro. Ni alto ni bajo. Complexión media. Superservicial.

—Puedo preguntar por ahí, pero, si ese Perver es chungo de verdad, sería raro que no lo tuviera ya en el punto de mira.

Emmy no lo dudaba.

—¿Sabías que Cheyenne trapicheaba con drogas? Eso no me lo ha contado Jack. Registré su habitación y encontré dos papelinas de cocaína, algo de marihuana y éxtasis y mogollón de dinero.

—¿En serio? —Pareció sorprendido—. No tenía ni idea, pero no me extraña nada no haberme enterado. La mayoría de las veces, cuando investigo algo, me muevo entre círculos que se entrecruzan. Por ejemplo, un porrero se junta con un empollón y el empollón conoce a un gótico que conoce a una chavala que podría conocer a

un jugador de fútbol americano, y al final eso me lleva al origen del problema. El círculo que formaban Cheyenne y Madison no se cruzaba con ningún otro. Estaban solas.

Emmy se estaba quedando sin preguntas. Seguían moviéndose en círculos.

—Madison intentó hablar conmigo ayer en el parque, pero pasé de ella, no le hice caso. Y la secuestraron menos de una hora después.

—Joder, lo siento. Sin embargo, no puedes fustigarte por eso. Aunque hubieras hablado con ella, no tienes ninguna garantía de que te hubiera dicho la verdad, y mucho menos de que te hubiera dejado ayudarla. —Dylan miró hacia el fondo del pasillo—. Ahí está la doctora Clifton.

La esposa de Tommy era alta y delgada, y solía llevar vestidos de vuelo y el pelo castaño oscuro recogido pulcramente hacia atrás con pinzas de mariposa. Esa mañana, Celia llevaba vaqueros y una camiseta de los Cougars de North Falls. Llevaba las gafas de cerca sobre la cabeza y un gran llavero colgando de la muñeca. Sostenía en la mano una radio bidireccional. Emmy oyó el chisporroteo de la estática mientras Celia permanecía atenta por si surgían problemas en otras partes del edificio.

—Os dejo —dijo Dylan—. Falta poco para que empiecen a llegar los alumnos. Emmy, avísame cuando quieras hablar con los profesores.

Emmy lo vio sacar el móvil mientras se daba la vuelta para marcharse. Unos segundos después, le vibró el teléfono en el bolsillo. Dedujo que Dylan le había mandado el contacto del abogado que se había encargado de su divorcio.

—Tengo la llave maestra por aquí, en alguna parte. Podemos empezar por la taquilla de Cheyenne. —Celia se había puesto las gafas de cerca para mirar el llavero—. Menuda mierda. La oficina del condado no me deja en paz. Los padres me gritan por teléfono. Los profesores dicen que no pueden venir.

—¿Por qué?

Celia la miró como si fuera lenta de reflejos.

—Tienen miedo de que les pase lo mismo a sus hijos.

Emmy era lenta de reflejos, en efecto. Solo había pensado en que el pueblo se había unido para buscar a las chicas. No había considerado la posibilidad de que el miedo les hiciera despedazarse entre sí.

—¿Hasta qué punto conocías a Cheyenne y Madison?

—¿Debo extraer alguna conclusión de tu uso del tiempo pasado?

Emmy estaba rodeada de pedantes profesoras de Lengua.

—Es probable que Cheyenne esté muerta.

Celia se quedó paralizada mientras asimilaba la noticia.

—¿Y Madison?

—Podría estar… —Emmy sintió cómo se desvanecían de nuevo sus esperanzas—. No pinta bien.

—Joder —suspiró Celia—. Las he tenido a las dos en el despacho dos o tres veces este verano. Cheyenne solía llevar la voz cantante, pero, cuando Madison se metía en un lío, era la mar de astuta. Son siempre las más calladitas las que te apuñalan en la ducha.

Emmy tendría que haber sabido que Celia sería la única persona del instituto que hablaría sin tapujos.

—¿Qué hicieron?

—Contestar mal. No prestar atención. Usar el móvil en clase. Las típicas chorradas tediosas para las que me viene de perlas mi doctorado en Literatura Estadounidense del siglo XX. —Su tono era estridente, pero, al apartar la vista del llavero, su expresión se suavizó de pronto—. Lo creas o no, la verdad es que me caían bien. Cheyenne siempre te estaba tocando las narices, pero podía ser muy graciosa. Y Madison era tan inteligente… Demasiado inteligente. Con ella siempre tenía que estar alerta. No me malinterpretes, se pasaban un montón, pero seguro que con el tiempo habrían tenido un aterrizaje suave.

Emmy notó la tristeza de su voz.

—Lo siento.

—Bueno, cuando cojas a ese cabrón, déjame cinco minutos a solas con él y yo me encargo de que no vuelva a hacerle daño a nadie.

Celia metió una llave en la taquilla. Emmy oyó un chasquido. La puerta se abrió. Vio un libro de texto y una bolsa de papel marrón para el almuerzo antes de que el tufo a marihuana la golpeara como un mazazo.

Pero lo peor no era eso.

Tuvo que aclararse la garganta antes de preguntarle a Celia:

—¿Puedes apartarte un poco?

Alumbró con la linterna el interior de la taquilla. Había seis fotos pegadas con celo al fondo. De diez centímetros por quince. Tres en horizontal, tres en vertical. Madison y Cheyenne posaban para la cámara: los labios fruncidos, una mano en la cadera, una rodilla doblada, el pecho hacia fuera. En cuatro de las fotografías estaban juntas. En las otras dos, se habían turnado para tumbarse en un colchón de gran tamaño. Llevaban mucho maquillaje y bisutería barata de la que tanto les gustaba. Solo vestían un minúsculo sujetador de encaje y un tanga a juego. El conjunto de Madison era blanco. El de Cheyenne, negro. El bien y el mal. El ángel y la putita.

Emmy se inclinó para ver de cerca las fotografías, aunque no quería hacerlo. El colchón estaba en el suelo. Un suelo de cemento sin pulir. La pared de detrás estaba pintada de blanco. No había estanterías ni cuadros. Tampoco sábanas. Nada que permitiera identificar el lugar. Solo un colchón de gran tamaño y dos muchachas vulnerables.

—Dios mío —musitó Celia—. Ojalá no lo hubiera visto.

Emmy sentía lo mismo. Había algo terriblemente doloroso en la cara de las chicas. Sonreían, se reían, ponían morritos y bromeaban. Estaba claro que pensaban que eran ellas quienes tenían el control, no el cerdo que las había persuadido para que se exhibieran ante la cámara contoneándose y adoptando poses provocativas.

—Esperemos que solo estuvieran jugando —dijo Celia.

—Sí —contestó Emmy. Pero seguro que aquellas fotografías estaban en internet. Nadie se tomaba tantas molestias para su colección privada. Lo hacían para jactarse. Para compartir aquello con otros. Para vejar y explotar a las chicas.

Emmy volvió a engancharse la linterna al cinturón. Fotografió con el móvil lo que había encontrado de momento y se puso unos

guantes para examinar el contenido de la taquilla.

El nombre de Cheyenne estaba escrito en cursiva, con letra redondeada, en la bolsa de papel marrón. Emmy dedujo que era Ruth Baker quien había preparado el almuerzo de su hija, aunque dudaba de que fuera ella quien había puesto dentro de la bolsa las seis bolsas de marihuana y los cuatro paquetitos de pastillas amarillas. Emmy lo fotografió todo. Tendría que ir a buscar unas bolsas para pruebas a su coche patrulla.

—Ayudante Alvarez —dijo Celia acercándose la radio a la boca—, procure que ni el personal ni el alumnado entren en el módulo de Artes, por favor.

Una ráfaga de estática precedió a la respuesta de Dylan.

—Sí, señora.

Emmy hojeó el libro de texto de Educación Física, luego lo dejó en el suelo y puso la bolsa de papel encima. Solo quedaba un objeto en la taquilla. De nuevo, usó el móvil para fotografiar el sobre blanco. En el remite había un emblema: un engranaje en forma de C atravesado por un rayo. Emmy reconoció el logotipo de la Compañía Clifton de Herramientas y Matrices. Era, a todos los efectos, el escudo de armas de la familia.

—El padre de Cheyenne trabaja en la fábrica, ¿no? —preguntó Celia.

—Felix Baker. Es ingeniero.

Emmy abrió el sobre. Dentro había otra foto, en la que aparecía Cheyenne completamente desnuda. Sobre el colchón sin sábanas. Tumbada de espaldas. Con las piernas abiertas. Los brazos estirados. La boca abierta.

—Santo Dios —dijo Celia—. ¿En qué se habían metido?

Emmy dejó la fotografía en la taquilla, bocabajo. No quería tocarla, no quería saber todas las cosas que había perdido Cheyenne Baker en el momento preciso en que la cámara tomó aquella imagen.

—Cheyenne aceptaba dinero a cambio de sexo —le dijo a Celia.

—Qué horror. —Celia parecía disgustada, pero más consigo misma que con la chica—. No tenía ni idea. ¿Lo hacía aquí, en el instituto?

—No lo sé. Necesito copias de las grabaciones de todas las cámaras de seguridad del último mes.

—Las cámaras solo cubren puertas y pasillos. Cheyenne podía usar un aula vacía. O un aseo. O los vestuarios. Aunque tampoco habría hecho falta. Todo el mundo sabe que el sistema falla mucho. —Celia señaló la cámara que había detrás de Emmy—. Esa volvió a funcionar la semana pasada.

—Quizá tengamos suerte. —Emmy lo dudaba, pero de todos modos revisaría las grabaciones—. ¿Has oído a algún alumno hablar de un tipo al que llaman el Perver?

—El mote no podría ser más obvio —contestó Celia—. Pero no, no he oído hablar de él. ¿Es el sospechoso?

—Podría serlo —dijo Emmy, aunque dudaba de la fiabilidad de Jack—. ¿Dónde está la taquilla de Madison?

—Por aquí.

Emmy esperó mientras Celia metía la llave en la cerradura. Contuvo la respiración, preparándose para los horrores que quizá encontrara dentro. La puerta se abrió, pero dentro no había nada tan dramático como lo de Cheyenne. Ni fotografías. Ni libros de texto. Ni bolsa de papel marrón. De hecho, la taquilla estaba vacía, salvo por una tarjeta SIM cortada en tres trozos.

—Qué cara más dura —masculló Celia—. Le confisqué el teléfono a Cheyenne la semana pasada. Madison debió de robar la tarjeta SIM.

Emmy recordó de inmediato la conversación acerca de los teléfonos de prepago de Cheyenne. Uno de los números había dejado de funcionar hacía nueve días y un nuevo número lo había reemplazado.

—¿Dónde está el teléfono?

—Si todavía lo tengo, estará ahí. —Celia le indicó el pasillo—. Dos días después de que le quitara el móvil a Cheyenne, Madison vino a mi despacho a pedirme un tampón. Le dije que fuera a la enfermería, pero dijo que le daba vergüenza. No puedo creer que picara. La dejé sola en el despacho. Fue entonces cuando debió de robar la tarjeta SIM.

—¿Estás segura de que fue dos días después?

—Absolutamente. Esa mañana tuvimos un simulacro de incendio. Madison estaba esperándome en la puerta del despacho cuando volví del campo de fútbol.

—¿Cerraste con llave el despacho durante el simulacro de incendio?

—Sí, pero se la abrí para que esperara dentro. Ya te he dicho que era muy astuta.

A Emmy le interesaba más la logística. ¿Por qué no se había llevado Madison el teléfono? ¿Por qué solo había robado la tarjeta SIM? ¿Y por qué la había destruido?

Si tenían razón respecto a los registros telefónicos de Madison, Cheyenne había reemplazado el teléfono de prepago confiscado por uno nuevo ese mismo día. Luego, dos días después, Madison había robado la tarjeta SIM. Estaba claro que Cheyenne no necesitaba un teléfono en ese momento. ¿Quién les había dicho que recuperaran la tarjeta SIM? ¿Y por qué habían guardado los pedazos de plástico, si al cortarla se habían destruido los datos almacenados en la tarjeta?

Quizá tenían que enseñárselos a alguien para demostrar que la habían destruido. Quizá el secuestrador había mandado a Madison a robarla.

Celia cruzó el centro de orientación y entró en su despacho, situado al fondo. Su mesa estaba llena de papeles ordenados en montones. Había dos fotografías enmarcadas: una de Emmy con Cole en brazos y otra de Tommy tocando el banjo. Era una foto antigua. Tommy aún tenía casi todo el pelo.

Emmy echó un vistazo a los monitores que había encima de los archivadores, frente a la mesa. Mostraban los pasillos vacíos, la entrada del auditorio y las puertas de la parte trasera del edificio. Dylan había conseguido que los chavales no entraran. Lo único que parecía fuera de lugar era el contenido de la taquilla de Cheyenne, que seguía estando en el suelo. Emmy pensó en las fotos de dentro. Madison había cumplido quince años el día anterior. Su cuerpo era aún más de niña que de mujer.

—Aquí tienes. —Celia sacó una caja de cartón de un armario archivador y la dejó sobre la mesa.

A Emmy se le cayó el alma a los pies. Había al menos una docena de teléfonos.

—¿Recuerdas de qué marca era el de Cheyenne?

—Pasado un tiempo, los confundo todos. Los teléfonos son mi bestia negra. —Celia le pasó un portafolios con una lista de nombres y fechas—. Les digo a los chavales que apunten cuál es su teléfono aquí, así no tengo que tocar las pantallas. No quiero pillar una conjuntivitis. La regla es que, si lo usan en clase, me lo quedo cuatro días lectivos. Y si en medio cae un fin de semana o un festivo, pues peor para ellos.

Emmy miró la larga lista de nombres garabateados. No había marcas ni cruces que indicaran cuándo se les habían devuelto los teléfonos a los alumnos.

—¿Cómo sabes si se los has devuelto?

—Al cuarto día están aquí como un clavo. Los móviles no son baratos.

—Si faltara alguno de la caja, ¿te darías cuenta?

—No —contestó Celia—. Pero eso ellos no lo saben. El noventa y nueve por ciento de mi trabajo consiste en hacer creer al alumnado que tengo el tiempo y los recursos necesarios para salirme con la mía.

Emmy supuso que por eso Madison había robado la tarjeta SIM y dejado el teléfono. Encontró el nombre de Cheyenne en la lista.

—Cheyenne apuntó su teléfono el martes de la semana pasada. ¿Recuerdas si te lo pidió el lunes?

Celia frunció el ceño, pensativa.

—No me acuerdo, la verdad.

Emmy todavía llevaba puestos los guantes. Rebuscó en la caja. Había teléfonos plegables mezclados con iPhones y Androids y un Samsung muy voluminoso. Estaban todos apagados. Las carcasas eran de todo tipo. Algunas estaban decoradas con mascotas deportivas o arcoíris. Muchas, con gatos. Ninguno de los teléfonos plegables tenía unas iniciales grabadas en el plástico. Emmy se había resignado a revisarlos uno por uno cuando vio una carcasa de iPhone de un tono azul muy característico. El tono azul de la bicicleta de Cheyenne. Y el de las sábanas de su cama.

—¿Tienes un clip? —preguntó.

Celia quitó uno de un montón de papeles. No hizo falta que Emmy le pidiera que lo desdoblara de modo que el extremo puntiagudo sobresaliera. Emmy introdujo el clip en el agujerito del lateral del iPhone. Se abrió el soporte de la tarjeta SIM. Estaba vacío.

—Qué raro —dijo Celia—. ¿Qué hace ese aquí?

Emmy se dio la vuelta. Celia estaba mirando uno de los monitores. Dale Loudermilk estaba en el pasillo. Su aspecto concordaba a la perfección con lo que era: un profesor de coro de instituto de cuarenta y tantos años, casado con la secretaria de una parroquia. Gafas gruesas. Bigote recto. Corte de pelo a lo Ned Flanders. Cuerpo de Ron Swanson. Llevaba la camiseta verde y los pantalones cortos marrón claro del uniforme del polideportivo de North Falls.

Estaba parado delante de la taquilla de Cheyenne, preguntándose seguramente qué hacían sus cosas en el suelo. Debió de entenderlo de inmediato, aunque solo fuera por las fotografías provocativas pegadas al fondo. En lugar de alejarse, miró a izquierda y a derecha y luego metió la mano dentro. Cogió la fotografía que Emmy había dejado bocabajo en la taquilla.

Emmy esperaba un gesto de rechazo inmediato, que volviera a dejar la foto en su sitio al instante, que aquella imagen le repugnara y le pusiera enfermo. Que hiciera cualquier cosa menos lo que hizo.

Se quedó mirando la lasciva foto de Cheyenne abierta de piernas sobre el colchón. Tenía una expresión completamente pasiva. Emmy se acercó al monitor y observó sus rasgos anodinos, la indiferencia con que observaba la fotografía, como si fuera un horario de autobuses y no una muestra de pornografía infantil. Se descubrió contando los segundos. Llegó a diez, luego a veinte. Casi había llegado a treinta cuando Loudermilk dejó por fin la foto en la taquilla y se alejó.

Emmy le dijo a Celia:

—Llama a Dylan. Dile que venga aquí ahora mismo.

No esperó respuesta. Cruzó corriendo el centro de orientación. Notaba la piel ardiendo. El cosquilleo. El mal presentimiento. Todos los gestos de Dale Loudermilk le parecían sospechosos.

En vez de salir corriendo al pasillo para cortarle el paso, se asomó por el marco de la puerta. Loudermilk se alejaba hacia el auditorio. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Mantenía la cabeza erguida. Caminaba deprisa. No se detuvo hasta que llegó a las puertas del auditorio. Miró a un lado y a otro y entró.

Emmy se sujetó las cosas que llevaba colgando del cinturón mientras corría tras él. Se detuvo delante de las puertas para mantener la distancia. Entró en el vestíbulo. Luego pasó al auditorio a oscuras. Cerró con cuidado la puerta. Las señales de salida de emergencia daban algo de luz. Vio a Loudermilk, con las manos todavía en los bolsillos, bajando por el pasillo central. Se quedó atrás y esperó a que desapareciera entre bastidores para seguirlo. Apretó los dientes cuando las suelas de sus botas chirriaron en el suelo negro del escenario.

Loudermilk no pareció darse cuenta. Seguía concentrado en avanzar. Emmy pasó delante de vestuarios y aseos. Se detuvo y esperó hasta que él torció a la izquierda por un pasillo estrecho. No se encendió ninguna luz. No se abrió ni se cerró ninguna puerta. Emmy se asomó a la esquina. Loudermilk caminaba hacia el final del pasillo. La señal de salida de emergencia brillaba delante de él. Había sacado las manos de los bolsillos. Emmy notó que sostenía algo pequeño que le cabía perfectamente en la palma de la mano. En lugar de tomar la salida, Loudermilk torció de manera brusca hacia el despacho del director de escena. Manteniéndose pegada a las sombras, Emmy avanzó despacio por el pasillo hasta que pudo ver a través del cristal de la puerta del despacho.

Loudermilk había metido la mano detrás de un archivador. Sacó un portátil. Se sentó a la mesa, abrió el ordenador y conectó en el lateral una memoria USB. De inmediato empezó a deslizar los dedos por el *trackpad.* La luz de la pantalla se le reflejaba en las gafas. En medio del silencio, Emmy oyó que el disco duro giraba y los ventiladores se ponían en marcha. Estaba copiando archivos en la memoria USB.

Emmy tocó al cristal.

—¡Dios santo! —Loudermilk cerró de golpe el portátil y se levantó de un salto—. ¿Qué quiere?

Emmy entró en el pequeño despacho. Encendió la luz del techo.

—¿Qué archivos está copiando?

—Pues… —Loudermilk miró el portátil y luego a ella—. Partituras. Las pruebas para el coro son la semana que viene. Tengo que prepararlas.

—Las pruebas no son hasta finales de mes.

—Quiero decir que… Tengo que empezar a prepararme la semana que viene. Para las pruebas de después. Requieren preparación. —Sus ojos se dirigieron hacia la ventana de la puerta. Celia los había seguido. Loudermilk enderezó los hombros, tratando de revestirse de autoridad—. Doctora Clifton, ¿podría explicarle a esta joven que tengo cosas que hacer?

Celia le dijo a Emmy:

—Ese ordenador pertenece al instituto. Tengo autoridad administrativa para entrar en él.

Emmy asintió con la cabeza, indicándole que lo intentara.

—No puede… —Loudermilk hizo amago de coger el portátil; sin embargo, Emmy se lo impidió con un gesto.

—¿Por qué tenía el portátil escondido detrás del archivador?

—No estaba escondido. Lo guardo ahí para que esté a salvo durante el verano, pero… —Movió los ojos mientras buscaba frenéticamente una explicación—. Cualquiera podría cogerlo. Yo no había pasado por aquí desde que acabó el curso. Cualquier conserje podría haber…

—Podría haber ¿qué? —Emmy se acercó a él—. ¿Qué archivos estaba copiando?

—N-nada, yo… —Loudermilk se llevó la mano a la boca—. Por favor, esto es un malentendido. No es lo que piensan. Soy un buen hombre.

—He entrado —dijo Celia.

Emmy se inclinó para mirar el portátil. En el centro de la pantalla se veía una barra de progreso. Se estaban copiando novecientos sesenta y ocho archivos. Emmy abrió la memoria USB, que llevaba por título PARTITURAS. Había tantas carpetas que no pudo contarlas. HIMNOS. ORATORIOS. MAGNÍFICATS. CANTATAS. SALMOS. NAVIDAD.

—¿Lo ve? —Loudermilk señaló los archivos—. Ya les he dicho que tenía que imprimir unas partituras para…

—Cállese.

Emmy cambió la configuración para que las carpetas se mostraran empezando por la de fecha más reciente. La titulada *Conciertos sacros* apareció en primer lugar. El contenido debía de ser enorme. La barra de progreso calculaba que tardaría cuarenta y ocho minutos en copiarse.

Acercó el cursor a la carpeta.

—Por favor, no —suplicó Loudermilk—. Váyanse. Podemos irnos todos.

Emmy abrió *Conciertos sacros.* La carpeta era como una muñeca rusa. Aparecieron más carpetas, casi una por cada letra del alfabeto. Empezó por la A. Se cargaron las miniaturas de docenas de archivos .jpeg. Todos los nombres de archivo seguían el mismo patrón: un nombre, un guion, un número.

Abigail-10
Allyson-10
Andie-11
Angela-10
Anna-9

Emmy notó un regusto a bilis en la boca. Abrió la carpeta de la B. Luego la de la C. Eran todas iguales. Ordenadas alfabéticamente. Indexadas. Un nombre. Un guion. Un número. No abrió ninguna de las fotos. Las miniaturas ya eran nauseabundas.

—Puedo explicarlo —balbució Loudermilk.

Emmy no necesitaba una explicación.

Dale Loudermilk era un pedófilo con fácil acceso a las dos chicas desaparecidas.

Capítulo 6

Emmy estaba sentada junto a su padre en la sala de visualización de la comisaría. Las luces estaban apagadas. Había dos monitores en la mesa, delante de ellos. Mostraban diferentes ángulos de la sala de interrogatorios situada a diez metros de allí. Una cámara enfocaba a Dale Loudermilk, que estaba sentado, muy erguido, en una silla, con las manos cruzadas sobre el regazo. La otra enfocaba a Lionel Faulkner, el agente del FBI de Atlanta que llevaba tres horas tratando de que Dale confesara el secuestro y posible asesinato de Cheyenne Baker y Madison Dalrymple.

De momento, solo había conseguido sacarle negaciones rotundas.

—Dale. —La voz de Lionel sonaba tranquila a través del altavoz barato que había entre los monitores—. ¿Dónde están las chicas?

Emmy vio que Dale sacudía la cabeza, como hacía cada vez que Lionel le formulaba la misma pregunta. El hombre que se había dejado dominar por el pánico cuando ella entró en el despacho del director de escena era ya un recuerdo lejano. Esta versión de Dale Loudermilk era la que Emmy recordaba del instituto: engreído y condescendiente, se molestaba por que te atrevieras siquiera a dirigirle la palabra. Evidentemente, pensaba que era lo bastante inteligente como para salir del paso dando explicaciones, cuando lo cierto era que, si de verdad fuera tan listo, habría cerrado la boca y contratado a un abogado.

—Agente Faulkner, se lo he dicho ya un millón de veces —dijo—. Mi respuesta no va a cambiar. No tengo ni idea de dónde están las chicas. No tengo nada que ver con su desaparición. Soy totalmente inocente.

—¿Por qué sigue mintiéndome?

—No le estoy mintiendo. Le estoy diciendo algo que no quiere oír. —Dale parecía estar dando una lección a un estudiante—. Soy educador. Jamás haría daño a una niña. La sola idea es anatema en mi sistema de creencias.

—Hablemos de eso, entonces. —Lionel se recostó en la silla y cruzó las piernas como si tuviera todo el tiempo del mundo—. ¿Qué le impulsó a ser profesor?

Emmy resopló, frustrada. Había visto desde el principio el patrón que seguía Lionel. El agente se echaba hacia delante invadiendo el espacio personal de Dale, le interrogaba con agresividad sobre las chicas desaparecidas, luego se retiraba y le hacía una pregunta inocua sobre arreglos corales o sobre su trabajo en el polideportivo.

Era una técnica de manual, ideada para erosionar paulatinamente la sensación de control del sospechoso. Tú marcabas el tono. Tú elegías los temas. Tú le decías dónde sentarse, dónde ponerse de pie, cuándo hablar, cuándo comer, cuándo orinar, hasta que pasado un tiempo se derrumbaba por desesperación y confesaba. Era una variación de la táctica de poli bueno-poli malo, mezclada con algo de síndrome de Estocolmo; sin embargo, Emmy tenía la impresión de que no estaba funcionando con Dale Loudermilk.

No sudaba. No suplicaba ni rogaba. No temblaba ni lloraba. No movía la pierna ni se retorcía las manos. A todos los efectos, podría haber estado en una reunión de tutoría en la que un padre intentara convencerlo de que cambiara una nota.

Pero Dale no iba a cambiar nada.

—Papá, esto es de locos. —Emmy no pudo reprimir su irritación—. Faulkner lleva tres horas haciendo lo mismo, echándose adelante y atrás, como un yoyó. Dale no ha cedido ni un milímetro. ¿Por qué no utiliza la información que le hemos dado?

—No lo sé —contestó Gerald.

—Míralo. —Emmy señaló el rostro imperioso de Dale en el monitor —. Sigue pensando que se va a ir de aquí tan tranquilo. Faulkner tiene que empezar a apretarle las tuercas. Que le hable de los teléfonos de Cheyenne, de la tarjeta SIM, del sexo, de las drogas, de las cámaras de seguridad del instituto. La mitad del FBI está registrando palmo a palmo su casa y su coche y les está haciendo

una colonoscopia a todos sus conocidos. Faulkner tiene que empezar a dejarle claro que no hay escapatoria. Madison podría estar viva aún.

—Es frustrante —comentó Gerald.

—Ya lo creo que lo es. —Emmy sintió que la rabia se apoderaba de ella—. ¿No podemos entrar ahí?

—No.

—Papá, tiene que cargar contra él con todo el peso de la ley.

—El peso de la ley no siempre es suficiente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emmy—. Siempre me has dicho que, si algo no funciona, hay que probar otra cosa. Madison podría estar asfixiándose en el maletero de un coche o atada en una cabaña. ¿Cuánto tiempo podrá aguantar con este calor, sin agua?

Gerald no respondió. Tenía la vista clavada en el monitor que mostraba a Dale Loudermilk sentado en la silla del detenido. Emmy estaba a punto de pedirle que le asignara cualquier tarea para salir de aquella habitación oscura y sofocante cuando una tos seca sacudió el altavoz. Dale se llevó la mano a la boca. Tosió de nuevo.

Emmy vio que Lionel Faulkner señalaba el vaso de plástico que había en la mesa.

—Beba un poco de agua —le dijo a Dale.

Dale levantó el vaso con gesto cuidadoso. Bebió ruidosamente. Se relamió los labios. Volvió a dejar el vaso en la mesa.

Emmy apretó las manos hasta sentir que los huesos se le movían. Seguía pensando en cómo había cogido a Madison de la mano bajo el roble. Le había fallado una vez. Ahora estaba viendo cómo otro policía volvía a fallarle. Dale nunca le diría a Faulkner dónde estaban las chicas. Tuvo que reprimirse para no correr por el pasillo, irrumpir en la sala de interrogatorios y quitarle aquella expresión satisfecha de la cara a bofetadas.

—Usted reclutó a Cheyenne y a Madison cuando estaban en noveno curso —afirmó Lionel.

Dale soltó un profundo suspiro.

—Yo no recluto a nadie. Hago pruebas. Cualquier alumno puede presentarse. Cheyenne es una buena contralto. Madison tiene una

tesitura muy rica que va bien con la voz de mis tenores más mayores.

—Eso es solo una forma elegante de decir que canta bien, ¿no? —Lionel esperó a que Dale asintiera con la cabeza—. Son chicas guapas, ¿verdad? Cheyenne, sobre todo.

—No diga asquerosidades.

—Madison, por otra parte… —Lionel chasqueó la lengua—. Tiene unas curvas muy bonitas. Ahí hay donde agarrarse.

Emmy sintió que el ácido le ardía en el estómago.

—Madison estaba en el coro de exhibición —prosiguió Lionel—. El año pasado la llevó usted al campeonato estatal de Atlanta.

—Llevé a un autobús entero de estudiantes a ese viaje. Madison Dalrymple era una más.

—Se alojó en el mismo hotel que ella, el Marriott Marquis de la avenida Peachtree Center. Su habitación estaba justo al lado de la suya.

—Mi mujer estaba acostada a mi lado en la cama. —Dale parecía disfrutar de la conversación—. La señora Loudermilk me acompañó en el viaje para ayudar a vigilar a los alumnos. Puede hablar con ella. Le dirá que no vio nada.

—No sé si fiarme del criterio de Esther —repuso Lionel con cierto tono de familiaridad—. A fin de cuentas, lleva veinte años viviendo con un pederasta y no se había dado cuenta.

Dale apretó los puños. Luego estiró despacio los dedos, como recordándose a sí mismo que debía conservar la calma.

—No tenían derecho a hablar con mi mujer sin mi permiso.

—Me parece que no entiende usted la situación en que se encuentra —dijo Lionel—. Está detenido por posesión de pornografía infantil. Le pillaron con las manos en la masa.

—Creo que es usted quien no lo entiende —replicó—. Le he dicho repetidamente que doné mi portátil viejo al Departamento de Teatro. Hacía más de un año que no lo veía.

—La jefa del Departamento de Teatro no recuerda que se lo diera.

—No me sorprende. Es una mujer muy frívola.

—La doctora Clifton afirma que el portátil sigue registrado a su nombre.

—Yo que usted no me fiaría de ella en lo que respecta a los registros. Es muy descuidada.

—Hemos buscado huellas en el portátil, Dale. Solo hemos encontrado las de dos personas. Las de la doctora Clifton están en el teclado, lo que es lógico, puesto que desbloqueó el ordenador. Las de usted las hemos encontrado en el interior, en el exterior y en el *pendrive* que estaba usando para descargar pornografía.

—Ah, ya veo a qué se debe el malentendido. El ordenador estaba cubierto de polvo. Lo limpié antes de usarlo. —Dale cogió el vaso de agua, pero no bebió—. Ya le he dicho que hacía un año que no veía ese cacharro. Desde que tengo el nuevo.

—Ya —dijo Lionel—. La Asociación de Madres y Padres le regaló un MacBook Pro nuevo cuando el coro quedó en el primer puesto en el campeonato regional. Lo encontramos en el maletín, dentro de su vehículo.

Dale volvió a dejar el vaso sobre la mesa.

—Puedo darle la contraseña. Tienen mi permiso para revisarlo. Lo único que encontrarán son esquemas de clases, arreglos corales y partituras.

Lionel volvió a inclinarse hacia delante.

—Permítame que le explique lo que hacemos en el FBI cuando nos llega un caso como este. ¿Puedo contárselo?

Dale contestó con un suspiro resignado. Aún no se había dado cuenta de que Lionel le pedía permiso para darle información y repetía la muletilla «permítame» para que tuviera la impresión de que podía elegir.

Agitó la mano y dijo:

—Le escucho.

—Registramos su casa. Registramos sus vehículos. Registramos su lugar de trabajo, el trastero donde guarda las herramientas de jardinería, su taquilla del gimnasio del polideportivo, donde guarda ese tarro de crema antirrozaduras. Hablamos con su esposa. Hablamos con sus familiares. Hablamos con sus vecinos, sus compañeros de trabajo, su pastor. Con sus compañeros del equipo de *softball,* con el tipo del almacén de piensos que le cargó seis

sacos de mantillo en la camioneta la semana pasada, con la peluquera que le cortó el pelo el viernes…

Emmy dejó escapar el aire entre los dientes. Faulkner por fin estaba exponiendo los detalles que harían comprender a Dale que su vida estaba siendo observada al microscopio.

—Dale —continuó el agente—, permítame ser brutalmente sincero con usted.

—¿Quiere decir que no lo ha sido hasta ahora?

—Va a ir a la cárcel.

Dale negó con la cabeza.

—No voy a ir a la cárcel.

Su certeza hizo soltar una carcajada a Lionel.

—Amigo, le ha pillado literalmente in fraganti una ayudante del *sheriff.*

—Emmy Clifton es una cría. Solo consiguió el trabajo por su padre. —Dale parecía pensar que se había anotado un tanto—. Amigo.

—En serio, hombre, cualquiera diría que está usted ciego. ¿Debería hacerle un test de drogas?

Dale resopló, asqueado.

—Ni siquiera bebo alcohol.

—Escúcheme, Dale. No sé en qué mundo de fantasía vive ahora mismo, pero permítame que le explique cómo funciona el mundo real. Vamos a olvidarnos por un momento de lo que les ha hecho a Cheyenne y Madison, ¿de acuerdo?

Dale empezó a mascullar:

—Esto es ridículo.

—El estado de Georgia está a punto de arrollarlo como un camión en marcha. Usted todavía no se ha dado cuenta, pero va a quedar hecho papilla. En Georgia las penas por posesión de pornografía infantil son de las más duras del país. Cada descarga se considera un delito. Cada descarga. ¿Entiende?

Dale no respondió, aunque de pronto parecía estar prestando atención.

—Estamos hablando de delitos graves, no de faltas. Estamos hablando de multas de hasta cien mil dólares cada una. De condenas de entre cinco y veinte años cada una. —Lionel había

vuelto a invadir el espacio personal de Dale—. Como sé que no es profesor de Matemáticas, permítame que haga yo los cálculos. Pongamos que le cae la pena mínima, ¿vale? No es la que le va a caer, pero imaginémonos que sí. Cinco años por novecientas sesenta y ocho imágenes pornográficas de niñas de entre nueve y once años da como resultado… que va a morir usted en la cárcel, campeón.

Emmy vio asomar la lengua de Dale por debajo del bigote cuando se lamió los labios. Era evidente que aquella información le había impresionado; aun así, siguió en sus trece.

—No voy a ir a la cárcel —insistió de nuevo.

—Sigue usted aferrándose a esa idea, aunque, desde mi punto de vista, la única pregunta es en qué prisión va a morir y cuánto tiempo tardará.

—Eso son dos preguntas.

—Pues permítame que conteste a ambas —repuso Lionel—. Va a ser o bien la prisión estatal de Dooly, donde van los pederastas, o bien la prisión estatal de Diagnóstico y Clasificación de Georgia, donde pasará unos quince años en una celda de aislamiento antes de que lo lleven por el pasillo, lo aten a una camilla, le pongan una inyección en el brazo y lo maten.

Dale entreabrió los labios. Se oyó su respiración agitada por el altavoz, como un silbido.

—Mire este cuartucho, hombre. Esto es el Taj Mahal comparado con cómo va a ser su celda. Si estira los brazos, tocará las dos paredes.

Dale no pudo evitar mirar a su alrededor. Lionel añadió:

—Sabemos que Cheyenne ya está muerta.

Dale se mordió el labio para mantener la boca cerrada.

—¿Madison también está muerta? —preguntó Lionel.

Emmy oyó de nuevo el silbido de su respiración. Dale carraspeó. Se quedó mirando la pared de enfrente. Tenía un semblante inexpresivo, pero Emmy vio que una gruesa gota de sudor se deslizaba por su patilla.

—Todo esto es un error —dijo.

—¿Sabe cuántos tíos están en prisión por haber cometido un error?

—No he dicho que yo haya cometido un error. He dicho que lo están cometiendo ustedes. —Dale se tomó un momento para terminarse el agua y calmarse. El vaso de plástico hizo un ruido seco cuando volvió a depositarlo en la mesa—. ¿Para qué necesitaría dos portátiles? Mi MacBook Pro es un aparato muy superior. Como le he dicho repetidamente, hacía meses que no veía el viejo.

Emmy sintió que todo el aire le abandonaba el cuerpo. Dale había aprovechado aquel silencio para inventar otra excusa.

—Está bien —dijo Lionel siguiéndole la corriente—. ¿Cómo sabía que el portátil estaba escondido detrás del archivador?

—Todo el mundo sabía que estaba ahí. No estaba escondido. Estaba guardado.

—¿Quién lo había guardado?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—Ni idea.

—Vale, a ver si lo entiendo. Lo que me está diciendo que ha pasado es que secuestran a Cheyenne Baker y Madison Dalrymple y, por una extraña coincidencia, usted se presenta en el instituto al día siguiente a primera hora de la mañana para coger un portátil que no veía desde hacía más de un año, o un año exactamente, o meses, o no sabe cuánto tiempo, pero que sabía que estaba guardado entre un archivador y la pared, y que al parecer todo el mundo ha visto pero nadie más que usted ha tocado, porque quería copiar unas partituras; sin embargo, sin darse usted cuenta, la única carpeta que copió en el *pendrive* que traía de casa era la única carpeta del portátil que contenía casi mil imágenes de pornografía infantil.

Dale volvió a pasarse la lengua por los labios. Sabía que aquello sonaba absurdo.

—Sí.

—Esther fue a casa de su hermana, a Carrolton, a ver los fuegos artificiales con sus sobrinos. Dice que habló con usted por teléfono, pero que no lo vio en persona. Todos los vecinos habían salido a ver los fuegos artificiales. Nadie lo vio. No tiene usted coartada.

—Estaba en casa.

—Su vecino afirma que esta mañana, de madrugada, estaba usted en la entrada de su casa lavando y aspirando el coche. ¿Tiene por costumbre lavar y aspirar el coche a las cinco y media de la mañana?

—¿No es verano también en Atlanta? —Dale había recuperado su petulancia—. Se hacen las cosas de madrugada porque después hace demasiado calor.

—Eso tiene sentido —reconoció Lionel—. Pero hay algo que me chirría y es que nunca he oído que nadie use lejía para limpiar el coche. Por lo menos, si uno es inocente.

Dale volvió a fijar la mirada en la pared vacía de enfrente.

—En las series policiacas, siempre dicen que la lejía borra los rastros de sangre y ADN. Que vuelve inútiles todos nuestros análisis, ¿verdad? —Lionel hizo una pausa, pero no hubo respuesta—. La cuestión es que el hecho de que limpiara el coche con lejía es una clara señal de alarma. Revela que le preocupaba que encontrásemos ADN, huellas dactilares y rastros materiales de Cheyenne y Madison.

—No me sorprendería que los encontraran —contestó Dale—. Llevo a los alumnos a casa después del ensayo continuamente. Siempre pido permiso a los padres. Pueden preguntarles a Hannah y Ruth.

—Ya lo hemos hecho —dijo Lionel—. Llevaba usted a Cheyenne a casa con frecuencia. Y Verona está a veinte minutos en coche de su casa, en dirección contraria.

Dale no dijo nada.

—Háblemе de la Glock 20 que tiene registrada a su nombre. —Lionel esperó, pero Dale tampoco respondió—. No la hemos encontrado en su casa ni en su coche. ¿Dónde está?

Bajó la cabeza. Se quedó mirando el vaso vacío sobre la mesa.

—Esto no pinta bien para usted, hombre. —Lionel hizo una pausa —. No es usted tonto. Sabe que no pinta nada bien.

Emmy vio que Lionel volvía a inclinarse hacia él. No se había dado cuenta antes, pero la postura de Dale había cambiado drásticamente durante los últimos minutos. Ya no estaba tieso como un palo. Se había encorvado en la silla. Había encogido los hombros. Se estaba cerrando sobre sí mismo.

Según los manuales, aquel era el momento más peligroso de un interrogatorio. Solo podían pasar tres cosas: que confesara, que pidiera un abogado o que se quedara completamente catatónico.

—No he sido yo —musitó.

—Vale, campeón, lo que usted diga. Pero permítame que le resuma la situación —dijo Lionel—. Dos menores secuestradas. Usted las conoce a ambas. La sangre que había en el lugar de los hechos indica que una de ellas sufrió una herida de bala. Su Glock ha desaparecido. Limpió usted su coche con lejía. No tiene coartada para anoche. Y esta mañana le han pillado descargando pornografía infantil desde su portátil.

Dale negó con la cabeza.

—No es mi portátil —masculló.

—¿Sabía que los ordenadores guardan un registro cada vez que un usuario inicia sesión? —preguntó Lionel.

Dale levantó la cabeza, alarmado. Evidentemente, no tenía ni idea. Se enderezó en la silla e intentó aparentar calma.

—Las contraseñas se pueden robar.

—Se accedió a su portátil el 12 de mayo de este año. El contenido de la carpeta *Conciertos sacros* se visualizó durante veintiún minutos a la hora en que estaba usted comiendo.

—Todo el mundo come a las…

—No, escuche. —Lionel levantó un dedo para interrumpirlo—. Las grabaciones de las cámaras de seguridad lo muestran a usted entrando en el auditorio tres minutos antes de que se iniciara sesión en el ordenador y saliendo cuatro minutos después de que se cerrara. Estuvo allí veintiocho minutos. Luego, el 24 de mayo, el mismo patrón. Entra usted en el auditorio a la hora de la comida, utiliza el ordenador durante veinticuatro minutos, cierra sesión y la cámara lo graba saliendo del auditorio.

Emmy contuvo la respiración y se inclinó hacia delante en la silla, rogando en silencio a Dale que se diera por vencido de una vez.

—La… —Dale carraspeó—. La cámara del pasillo está rota.

—Lo estaba hasta hace poco —contestó Lionel—. Pero la cámara de detrás del mostrador del vestíbulo siempre ha funcionado bien.

Emmy vio que Dale palidecía y juntaba las manos en el regazo. La arrogancia se le había borrado por fin del rostro. Parecía asustado.

—Por fin —masculló Emmy.

—Dale —dijo Lionel—, vamos a seguir mirando las grabaciones de las cámaras y a cotejarlas con las horas de inicio de sesión y así es como vamos a demostrar más allá de toda duda razonable que accedía usted a su portátil del instituto durante el horario escolar para masturbarse viendo pornografía infantil.

Dale empezó a negar con la cabeza.

—No.

—Permítame decirle lo que creo que pasó de verdad esta mañana —continuó Lionel—. Mientras limpiaba su coche a fondo con lejía, estuvo pensando en las pistas que podían relacionarlo con las chicas y, al acordarse del portátil, le entró el pánico.

—No.

—Sabía que el pueblo estaba lleno de policías. Sabía que solo era cuestión de tiempo que hablaran con los profesores de las chicas. Tenía miedo de que alguno de ellos diera con el portátil, o de que alguien del instituto recordara haber visto el ordenador escondido detrás del archivador.

—No es mío.

—Sabía que el número de serie nos conduciría hasta usted. Sabía que, si alguien veía los archivos del portátil, lo vincularían con el secuestro, porque ¿qué probabilidades hay de que un pedófilo que se masturba viendo fotos de niñas explotadas y abusadas no sea el mismo violador y asesino que secuestra a dos crías a las que conoce desde hace dos años?

—No son crías. Son prácticamente mujeres adultas.

—¿Me está diciendo que a usted le gustan más jóvenes?

—Le estoy diciendo que se equivoca. —El tono de Dale había cambiado. Estaba furioso—. Si su absurda teoría es cierta, y no lo es, dicho sea de paso, ¿por qué no cogí el portátil y lo destruí?

Lionel se rio como si la respuesta fuera muy sencilla.

—Porque se cree usted muy listo, Dale. Porque ya había ensayado todas las excusas posibles que podía dar sobre el portátil: lo perdí, no recuerdo a quién se lo di, se me cayó al váter… Y se dio cuenta

de que la única solución era borrar el disco duro y confiar en que no pasara nada.

Dale se miró las manos, pero no sin que antes Emmy viera su expresión anonadada. Pensaba, en efecto, que era muy listo. Y, en efecto, se había dejado llevar por el pánico.

Lionel se inclinó hacia delante de nuevo, apoyando los codos en las rodillas.

—Mi compañero es quien habló con su esposa.

Las dos salas quedaron tan en silencio que Emmy oyó tragar saliva a Dale.

—Me ha dicho que Esther trabaja a tiempo parcial como secretaria en la iglesia baptista. Dice que parece ser una buena cristiana. ¿Está de acuerdo con esa descripción de su esposa, Dale?

—Sí —murmuró él.

—Esther está destrozada, Dale. No paraba de llorar. De hecho, vomitó cuando se lo dijimos. Mi compañero tuvo que llamar a un médico.

Por primera vez, pareció preocupado por alguien que no fuera él mismo.

—Sufre de ansiedad.

—Lo está pasando muy mal —añadió Lionel—. Está preocupada por Madison y Cheyenne.

Emmy vio que a Dale empezaba a temblarle el labio. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—El perdón es uno de los principios más importantes del cristianismo —dijo Lionel—. ¿Cree que Esther le perdonará alguna vez por esto?

Se pasó la mano por debajo de las gafas para secarse las lágrimas.

—Creo que Esther acabará perdonándole, Dale. Su esposa cree en la Biblia. Es una mujer temerosa de Dios. —Lionel hizo una pausa—. Pero no puede perdonarle si no dice usted la verdad. Y eso es lo que quiere realmente, ¿no? Decir la verdad.

Dale empezó a asentir, pero no dijo nada.

—El portátil es suyo, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Dígame dónde están las niñas, Dale. Deje que las llevemos a casa con su familia.

Siguió negando con la cabeza, pero no abrió la boca.

—Dale, ayúdeme a llevar a Cheyenne y Madison a casa. Ruth necesita ver a su niña. Y Hannah quiere abrazar a su pequeña una última vez.

Emmy sintió que se le saltaban las lágrimas. Miró a su padre. Gerald no se había movido. Seguía mirando el mismo monitor que antes, el que mostraba la cara de Dale Loudermilk.

—Cuéntemelo —dijo Lionel—. Desahóguese, hombre. Dígame dónde están.

Por fin se derrumbó. Un fuerte sollozo sacudió el altavoz. Tiró las gafas sobre la mesa, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Luego, sin embargo, sus sollozos se convirtieron en una especie de quejido. Se balanceaba adelante y atrás como para consolarse.

Emmy se sujetó a los brazos de la silla mientras lo observaba. Solo podía pensar en Madison y Cheyenne. ¿Habían llorado así? ¿Se habían sentido aterrorizadas, indefensas, abandonadas? ¿Pensaba Cheyenne en el final de su vida cuando Dale le disparó a la cabeza? ¿Lloraba Madison como una niña en el escondrijo al que la había llevado?

—Dale, escúcheme, hombre. —Lionel le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo—. Míreme, ¿vale? La forma de liberarse de esa culpa es decirme dónde están. Eso es lo único que nos importa. Dígame dónde están.

Siguió tapándose la cara con las manos. Murmuraba algo, aunque su voz sonaba demasiado sofocada como para que el micrófono captara lo que decía.

—¿Qué? —Lionel tampoco lo oía. Le apartó las manos y lo miró a la cara—. Dígamelo.

—¡He dicho que no he sido yo! —gritó. Se apartó violentamente de la mesa y empezó a agitar los brazos chillando—: ¡No he sido yo, joder! ¡No he sido yo! ¡No he sido yo!

Emmy oía el eco de sus gritos, procedente primero del pasillo y, medio segundo después, del altavoz.

—Mierda —siseó. Le entraron ganas de darle un puñetazo al monitor. Le dijo a su padre—: No va a rendirse nunca y lo sabes.

Gerald acercó la mano al altavoz y lo apagó. Los gritos ahogados cesaron de repente. Emmy vio que Lionel se había levantado. Extendía las manos, intentando calmar a Dale.

—La taquilla de Cheyenne —dijo Gerald—. Enséñamela.

Emmy sacó el móvil. Buscó entre las fotografías y le pasó el dispositivo a su padre.

—¿Qué he pasado por alto?

—No lo sé. —Gerald tocó con torpeza la pantalla. Tuvo que hacer varios intentos para ampliar la imagen—. No hay ningún collar.

Emmy se sintió como una idiota por no haberse dado cuenta.

—Se los regalaron la una a la otra en Navidad. No creo que se los quitaran para las fotos. Llevan puestas sus otras joyas. Lo que significa que las fotos tienen al menos siete meses de antigüedad.

Gerald pasó el dedo por la pantalla. Hizo lo mismo que había hecho Emmy en el instituto: miró de cerca el fondo de las fotografías en busca de pistas sobre el lugar donde había tenido lugar la sesión.

—¿Impresora a color? —preguntó.

—Sí, la tinta y el papel no van a servirnos de nada. Es de las que se compran en cualquier gran superficie. No hay marca de agua, ni hora ni fecha.

Su padre volvió a deslizar el dedo.

—Háblame del teléfono de Cheyenne.

—Metí el número de serie en el sistema. Se denunció el robo del iPhone en Atlanta en febrero del año pasado. La policía de Atlanta está intentando localizar al propietario original, pero la cuestión es que se borraron todos los datos del teléfono. Cheyenne restableció la configuración de fábrica. —Se anticipó a la siguiente pregunta porque ella misma la había formulado antes—. Celia me dijo que la señora Burrough mandó a Cheyenne al despacho para que le entregara el teléfono. Estaba sola en el pasillo. Tuvo tiempo de sobra de borrarlo todo por el camino.

—Pero no sacó la tarjeta SIM.

—Seguramente no sabía que también tenía que borrarla. Por eso Madison volvió dos días después.

—¿Por orden de quién?

Ambos miraron los monitores. Dale se había sentado y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. No parecía un experto en tecnología.

—¿Qué sabemos? —preguntó Gerald.

Emmy miró la hora.

—Han pasado diecisiete horas desde el secuestro. Un sujeto que daba clase a ambas víctimas ha resultado ser un pederasta. Tenemos dos escenas del crimen: el campo de fútbol americano, donde se encontraron las dos bicicletas, la sangre de Cheyenne y el teléfono de Madison; y el camino donde se halló un collar dorado roto junto con marcas de ruedas de bicicleta, un par de huellas de pie grandes y otro par de pie pequeñas.

—¿Qué creemos saber?

—Hay un individuo apodado el Perver al que no hemos conseguido identificar y que podría no existir. Un traficante de drogas llamado Wesley *Woody* Woodrow que podría ser el proveedor de las chicas. El teléfono plegable de Cheyenne que sus padres conocen ha desaparecido, igual que el segundo teléfono de prepago que compró para reemplazar el que le confiscó Celia. Cheyenne borró por algún motivo el contenido del teléfono confiscado. Y, por algún motivo, Madison se arriesgó a meterse en un lío para robar la tarjeta SIM en el despacho de Celia dos días después. Cortó la tarjeta en tres trozos, pero no se deshizo de ella a pesar de que ya no había forma de acceder a los datos, lo que permite suponer que pensaba entregársela a alguien como prueba de que la había destruido.

—¿Qué datos?

—Una tarjeta SIM almacena el número de teléfono, la autorización de red, las listas de contactos y un número limitado de mensajes de texto. Los datos se transfieren con la tarjeta al teléfono en el que se inserta.

—¿Y fotos? ¿Vídeos?

—No —contestó Emmy—. Pero Cheyenne podía tenerlos guardados en la nube. Se puede usar una tarjeta de débito para comprar espacio de almacenamiento y falsificar tu nombre y dirección. No es difícil.

—¿Nuestro secuestrador aparece en alguna foto? —preguntó Gerald—. ¿En algún vídeo?

Emmy esperaba con toda su alma no ser la agente que encontrara esas imágenes.

—Según el FBI, es muy poco probable que puedan recuperar los datos del teléfono borrado. Hay una clave de cifrado o algún tecnicismo que no entendí, pero la conclusión es que no hay nada que hacer. Creen que tendrán más suerte con el teléfono de Madison. O con el segundo teléfono que usaba Cheyenne, si damos con él. O quizá con su teléfono plegable.

—Demasiados teléfonos —comentó Gerald—. Háblame del sobre que había en la taquilla.

Emmy sabía que su padre había visto en el remite el logotipo de Clifton de Herramientas y Matrices.

—Felix Baker trabaja en la fábrica, así que puede que tenga sobres por casa. Sin embargo, nos dijo que dejó a Ruth y a Pamela en el río y que luego se fue a trabajar. Tenemos que averiguar qué hizo durante esas cuatro horas.

—Ya está hecho —dijo Gerald—. Llamé a la fábrica esta mañana. Hablé con seguridad. Baker fichó a las tres y veintiocho y se marchó a las seis y cincuenta y uno. Las cámaras de seguridad lo grabaron en el edificio. Su furgoneta estaba en el aparcamiento.

Emmy no estaba dispuesta a descartar aún a Felix Baker.

—Sé que su mujer dijo que llegó al río alrededor de las siete y media, pero ¿podemos fiarnos de ella? Si salió a las seis y cincuenta y uno, todavía tuvo tiempo de ir al parque y llevarse a las niñas, hacer lo que tuviera pensado y llegar a tiempo de llevar a Ruth y Pamela a casa.

Gerald levantó el teléfono fijo adosado a la pared, marcó la extensión de Virgil y puso el manos libres. El pitido de la línea resonó en la sala a oscuras.

—¿Sí, jefe? —contestó Virgil.

—¿Tienes los registros?

—Acabo de recibirlos. La Patrulla de Carreteras captó la matrícula de la furgoneta de Felix Baker ayer noche a las siete y dieciséis,

cuando tomaba el desvío de Front Basin Road. La captaron de nuevo saliendo en sentido contrario a las once cero dos.

Emmy sabía que todos los coches de la Patrulla de Carreteras de Georgia tenían un escáner de matrículas instalado en la parrilla delantera. Front Basin Road era la única vía de entrada y de salida para ir a ver el espectáculo de fuegos artificiales del condado, lo que significaba que Felix Baker quedaba libre de sospecha.

—¿Y los registros telefónicos? —preguntó Gerald.

—Estoy esperando a que se actualice la actividad de Madison de ayer. Mientras tanto, me he puesto en contacto con la compañía telefónica para intentar conseguir los registros de llamadas de los dos números de prepago. Lo único que sé de momento es que el primer número se activó en agosto del año pasado.

—¿Y el teléfono plegable? —quiso saber Gerald.

—Felix ha mandado los registros de llamadas de Cheyenne esta mañana. El teléfono plegable solo tuvo comunicación con cuatro personas: Felix, Ruth, Pamela y Madison.

—Eso no tiene nada de particular —comentó Emmy—. Cheyenne sabía que sus padres vigilaban muy de cerca su actividad digital. Ruth donó su portátil a la parroquia cuando descubrieron que se saltaba los controles parentales. Tenía pensado llamarlos esta mañana, pero entonces pasó lo de Dale. Puedo ir…

—No. —Gerald le indicó que se quedara sentada—. ¿Virgil?

—Yo me encargo. Otra cosa: he mandado a Brett a la tienda de móviles del centro comercial y al Good Dollar. Vendieron un total de seis teléfonos con tarjeta SIM el día que se activó el número de reemplazo de Cheyenne. Hemos localizado a todos los compradores. Uno es un corredor de apuestas, dos son madres solteras en mala situación económica y los otros tres admitieron que usaban los teléfonos para engañar a sus esposas.

—Se denunció el robo del primer teléfono de prepago de Cheyenne en Atlanta hace más de un año —dijo Emmy—. Es probable que el segundo también fuera robado, pero es posible que Cheyenne comprara la tarjeta SIM en esta zona. No hace falta comprar un teléfono nuevo para conseguir una tarjeta. Solo hay que cambiarla de aparato.

—Lo único que ha podido decirme la compañía es que ambas tarjetas se activaron en North Falls. Tengo los códigos ICCID de las tarjetas, pero esos chismes se venden por lotes. No tienen valor hasta que alguien mete dinero. Es como una tarjeta regalo que no se ha activado. No hay forma de rastrearla hasta el vendedor.

—Vale. —Gerald parecía dispuesto a pasar a otro asunto. Le dijo a Virgil—: Irma Woodrow va a tu iglesia.

—Así es.

—Wesley es su nieto. Lo llaman Woody. Vende drogas. Necesito saber si tenía contacto con Cheyenne o Madison. A ver si el padre Nate se presta a acompañarte.

—De acuerdo, jefe.

Gerald colgó. Emmy pensó que iba a levantarse para irse, en cambio cruzó los brazos y se recostó en la silla.

—Señala los puntos débiles —pidió.

Aquel era otro juego al que jugaban, incluso cuando estaban seguros de haber detenido al culpable de un delito. Un buen abogado defensor siempre buscaba los puntos débiles de un caso. Un buen policía debía asegurarse de que no los hubiera.

Emmy se volvió hacia los monitores y siguió los movimientos de su principal sospechoso por la sala de interrogatorios. Dale estaba dando vueltas, animado todavía. Sin duda seguía afirmando que no había tenido nada que ver con el secuestro de Cheyenne y Madison.

¿Y si esa parte de su historia era cierta?

No había duda de que Dale era un pederasta, pero ¿era él quien había secuestrado a las chicas? ¿O era solo un pederasta más, igual que los ochenta y siete que ya tenían registrados en el condado?

—El FBI ha sacado los registros bancarios de Dale. Entre la hipoteca, el pago del coche de Esther y los préstamos estudiantiles de ambos, apenas llegan a fin de mes. Ella trabaja en la oficina de la parroquia. Él tiene que trabajar en el polideportivo durante el verano para salir adelante.

—Vale.

—Cheyenne tenía dieciséis mil dólares escondidos en su habitación. Y mientras tanto, ¿Dale se pasa ocho horas al día repartiendo toallas en el polideportivo por el salario mínimo? —

Emmy pensó en otra cosa—. Kaitlynn oyó a Cheyenne bromear sobre el hombre mayor con el que se veía. Dijo algo así como que ojalá tuviera el pene tan grande como la cartera. Dale no tiene una cartera grande.

—Puede que se viera con más de un hombre mayor.

—La pornografía infantil que Dale guardaba en su portátil —dijo Emmy—. Las chicas a las que miraba eran preadolescentes, de nueve, diez u once años. Cheyenne y Madison ya habían pasado la pubertad. Es distinto.

Gerald también miró los monitores. Lionel apuntaba con el dedo a la cara de Dale. Por fin había dejado de oscilar adelante y atrás como un yoyó, aunque su nueva táctica parecía tan poco efectiva como la primera.

—Vamos a dar una vuelta —propuso Gerald.

Emmy no se dio cuenta de lo claustrofóbica que era aquella sala hasta que salió al pasillo. El brillo de las luces del techo la hizo parpadear. Sus ojos tardaron tanto en acostumbrarse a la claridad que oyó a Brett antes de verlo.

—¡Jefe! —Parecía emocionado—. El otro agente del FBI ha dicho que puedo asistir al interrogatorio de la esposa de Dale. ¿Le parece bien?

—No —contestó Gerald—. Ponte a buscar a un tipo al que apodan el Perver. Sal a la calle. Tráelo aquí.

Brett no consiguió ocultar su desilusión, aunque lo intentó.

—Sí, jefe.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Emmy captó un olor a sudor rancio cuando Lionel Faulkner salió al pasillo y cerró la puerta a su espalda.

—El tío es un hueso duro de roer —le dijo a Gerald en voz baja.

—Suelen serlo.

—¿Algún consejo?

—Cuando uno no sabe nada, es fácil convencerse de que sabe algo.

—Eso es como un acertijo dentro de un rompecabezas —se rio Lionel.

—Buena suerte.

Lionel parecía estupefacto cuando Gerald echó a andar por el pasillo. Emmy lo miró, se encogió de hombros y luego salió detrás de su padre por la puerta lateral. Le lanzó las llaves a Gerald y ocupó el asiento del copiloto de su coche patrulla. El coche estaba abrasado por el sol. Cruzó los brazos para que su piel desnuda no tocara el asiento recalentado.

Gerald metió la llave en el contacto. El aire caliente de los conductos de ventilación le dio en la cara a Emmy. Tardaría sus buenos cinco minutos en enfriarse; cinco minutos de sufrimiento. Esperó a que estuvieran a mitad de la calle Mayor para preguntarle a su padre por el interrogatorio. Era evidente que Gerald había visto algo en los monitores que le había hecho cambiar de rumbo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—NPB —dijo él.

No pinta bien.

Emmy intentó escuchar a su cuerpo. El nudo volvía a retorcerse dentro de su estómago. Había acusado a Lionel Faulkner de ser físicamente como un yoyó; sin embargo, ella estaba haciendo lo mismo, solo que en un plano emocional. Sus sentimientos habían subido y bajado al menos veinte veces en las últimas cuatro horas. Tan pronto se decía a sí misma que Madison estaba viva y que iban a encontrarla como se convencía de que estaba muerta. Se había sentido casi eufórica al detener a Dale; estaba segura de que les diría la verdad. Y luego había vuelto a hundirse en la depresión porque no confesaba. Dale nunca les diría lo que había pasado. No los conduciría hasta los cadáveres. Nunca encontrarían a las chicas.

—No estoy seguro de que sea él —dijo Gerald.

—¿Qué? —Emmy giró la cabeza de golpe—. Hay algunos puntos débiles, pero el caso se sostiene. Dale parece encajar perfectamente.

—Repasa los pros y los contras.

Emmy no tuvo que pensar en los pros. Por supuesto que era Dale. Había un montón de pruebas circunstanciales en su contra.

—Tuvo a las dos niñas en clase dos años. Las ha tenido a las dos a solas en su coche. No le resultaría difícil quedarse a solas con ellas durante el horario escolar. Tiene las tardes libres. Su pistola ha

desaparecido. Esta mañana limpió su coche con lejía. No le sorprendieron las fotos porno que había en la taquilla de Cheyenne. Intentó borrar su colección de pornografía del portátil. No tiene coartada para anoche. Encaja en el perfil del abusador. Es arrogante, se cree más listo que los demás. Está acostumbrado a tener el control. Busca poder mediante…

—Emmy Lou.

—Sé que no te gustan las cosas teóricas, pero es verdad, papá. Hay perfiles para gente así. Anoche me dijiste que el dinero y las drogas podían ser una distracción. Quizá tengas razón. Es posible que a las chicas las secuestraran simplemente porque son dos chicas jóvenes. Un mal hombre no necesita una razón lógica para hacerle daño a una mujer. Les hacen daño porque quieren hacérselo.

—Vale —dijo su padre—. Ahora, los contras.

—Ya los he repasado. El dinero. Dale no tiene mucho. —Sabía que su padre quería algo más. Se tomó un momento para pensar—. Si no es Dale, es alguien como él. Alguien del pueblo que se esconde a plena vista. Probablemente tenga problemas conyugales o esté divorciado. Probablemente empezó viendo pornografía infantil en el ordenador y luego decidió poner en práctica sus fantasías.

—¿Anoche?

—No, lleva un tiempo preparando a las chicas, embaucándolas. Es la única forma de explicar los móviles de prepago, el dinero y las drogas. Si asumimos, por las fotos de la taquilla de Cheyenne, que el secuestrador las conoció antes de que se compraran los collares en Navidad, entonces esto se remonta al menos a siete meses atrás. Algo le hizo estallar hace poco.

Gerald redujo la velocidad para girar.

—Explícame eso.

—El martes pasado, Cheyenne tuvo que darle su teléfono a Celia. Debió de contarle al secuestrador lo que había pasado. El jueves por la mañana, Madison se presenta en el despacho de Celia y roba la tarjeta SIM. La corta en tres trozos, pero la deja en el instituto el fin de semana. Puede que él no se creyera que la había destruido. Quizá se preocupó y decidió que tenía que hacerlas callar definitivamente. Es mayor, así que es un hombre paciente,

calculador, y sabe esperar el momento oportuno. Sabe que van a estar juntas en el parque para ver los fuegos artificiales. No solo ellas, sino el pueblo entero. Las calles estarán vacías. Decide llevárselas el miércoles por la noche.

—¿Cómo?

—Debió de decirle a Cheyenne que se reuniera con él en algún sitio primero. Por eso Madison estaba preocupada. Cheyenne llegaba tarde. Se suponía que debía encontrarse con Madison en el parque, debajo del roble.

—¿Cuándo?

—Probablemente a las ocho, una hora antes de que empezaran los fuegos artificiales. Eso significaría que Cheyenne tuvo que encontrarse con el secuestrador sobre las siete o las siete y media. Madison conocería los detalles del encuentro. Por eso estaba tan inquieta cuando hablé con ella. Luego, como no le hice caso, decidió coger la bici e ir a buscar a Cheyenne por su cuenta.

—¿Y?

Emmy cerró los ojos durante un segundo demasiado largo. La imagen de Madison esperándola delante de las gradas era tan real que aún sentía, como el calor de una hoguera, la ansiedad que irradiaba la joven de quince años. ¿Por qué no le había dedicado un momento? ¿Por qué no había vuelto a cogerla de la mano, le había dicho que podía confiar en ella y había escuchado lo que tenía que decirle?

—Algo la detuvo —dijo Gerald.

Emmy se tomó un momento para hacerse una composición de lugar. Se imaginó a Madison mirándola mientras se dirigía al baño, malhumorada. Luego se la imaginó saliendo de la zona de las gradas. Encontraba su bicicleta y la subía por las escaleras de hormigón.

—Madison llevó su bicicleta al aparcamiento —dijo—. Estaba oscuro. Las luces estaban apagadas. Iban a empezar los fuegos artificiales. El secuestrador aparece en su coche. Lleva la bicicleta de Cheyenne metida en el maletero. Madison la ve porque los fuegos artificiales han empezado ya. Se acerca al coche. Algo sucede. Puede que Cheyenne intente escapar. Madison va tras ella. El

secuestrador mete el coche en el campo de fútbol. Las chicas intentan refugiarse bajo los árboles. El secuestrador sale del coche y dispara a Cheyenne.

No pudo evitar estremecerse. Prácticamente notaba el olor del aceite de la pistola, veía el retroceso de la Glock 20 de Dale al bajar el martillo, la bala hendía el aire y abría un agujero en el cráneo de Cheyenne Baker.

—¿Y? —preguntó Gerald.

—El ruido de los fuegos artificiales impide que se oiga el disparo. Mientras tanto, Madison intenta escapar en su bici por el campo de fútbol. El secuestrador la persigue a pie. La coge. La somete. Deja la bicicleta. La lleva de vuelta al coche. Las mete a las dos dentro y se va adonde tuviera planeado llevarlas, a algún sitio apartado. Allí, probablemente abusa de Madison por última vez antes de matarla también y luego se deshace de los dos cadáveres.

—¿Dónde?

—Veamos… —Emmy intentó recordar las estadísticas—. En la mayoría de los secuestros predatorios, los cadáveres de las víctimas se hallan a menos de treinta kilómetros del lugar del secuestro. El secuestrador suele conocer bien la zona. A menudo vuelve a visitar el lugar de los hechos para revivir sus crímenes. Por lo general, oculta los cuerpos de alguna manera: los cubre con hojas, los entierra en una tumba poco profunda, los sumerge en agua, los esconde en un edificio o un cobertizo abandonado, o los descuartiza y los arroja a un vertedero.

—Piensa en algo más concreto.

—No hay nada más concreto hasta que sepamos algo más sobre Dale —dijo Emmy—. ¿Le gusta el senderismo? ¿Acampar? ¿Pescar? ¿Hacer kayak? ¿Dar largos paseos en coche? Estamos rodeados de árboles. Hay bosques por todas partes. Parques por todas partes. Está el río Flint. Hay decenas de lagos. Zanjas de drenaje. Caminos forestales. Antiguos cortafuegos. El pantano de Okefenokee está solo a cuatro horas de aquí.

Sintió que se le aceleraba el corazón. Porque no solo estaba enumerando parajes naturales. Se imaginaba a las chicas en cada uno de esos escenarios. La herida de bala de Cheyenne sangrando

sobre la hojarasca. El cuerpo lastrado de Madison hundiéndose en el pantano.

—¿Y si nunca encontramos sus cuerpos? —le preguntó a su padre —. ¿Y si Hannah tiene que preguntarse el resto de su vida si Madison está viva o muerta?

Gerald alargó la mano por encima del salpicadero y agarró la suya.

Emmy se dio cuenta de que se le había escapado una lágrima. La herida supurante había vuelto a abrirse. La angustia de perder a Madison. La pelea con Hannah. La culpa aplastante. Miró por la ventanilla y observó cómo pasaban, borrosos, los árboles. No tenía derecho a llorar por nada. Necesitaba que su padre se equivocara. Necesitaba que Lionel Faulkner doblegara a Dale Loudermilk. Que le sacara una confesión completa. Descubrir que Madison seguía viva. Devolverle a Hannah lo más preciado de su vida.

Saber que, de alguna manera y contra cualquier pronóstico, todo iba a volver a la normalidad.

Gerald le soltó la mano al girar hacia los caminos secundarios. Aquellas pistas de tierra sin nombre se entrecruzaban entre varias explotaciones agrícolas y ganaderas: pastos para el ganado, cacahuetes, soja, caballos. Todas aquellas fincas habían pasado de una generación de Clifton ricos a la siguiente.

En ese momento se hallaban en las tierras de Taybee y Terrell. Emmy lo sabía por la valla cuidadosamente pintada de blanco que bordeaba la finca. El suelo de arcilla roja del camino estaba compactado por el paso de los tractores, los remolques de caballos y los transportes de ganado, que llevaban casi doscientos años transitando por allí. En el pueblo, todo el mundo usaba aquellos caminos en algún momento para atajar o evitar alguna zona concreta. De niñas, Emmy y Hannah pasaban por allí en bici al volver al pueblo o cuando iban a ver a los caballos o a pasar el rato en el estanque que ocupaba la mitad inferior de la finca de la tía Millie.

—¿Sabes por qué Millie no para de llamarme? —le preguntó a su padre.

—No sabría decirte.

Emmy había olvidado que Millie no se hablaba con Gerald. A eso se refería Hannah al hablar de «las movidas de su puta familia». Los Clifton se peleaban con frecuencia. Los cuatro años que Myrna y Celia llevaban sin hablarse no eran nada comparados con los rencores que se remontaban a décadas atrás. Millie era la tercera Clifton más anciana. Y tenía muy buena memoria.

Gerald redujo la velocidad. Emmy vio más adelante una furgoneta blanca con el emblema de la Oficina de Investigaciones de Georgia en las puertas. La unidad forense todavía estaba inspeccionando el lugar donde se habían hallado el collar dorado y la sangre. Habían acordonado una zona amplia usando estacas metálicas para sujetar la cinta policial amarilla.

Emmy comprendió por qué había ido su padre allí. Citó uno de los mejores consejos de Gerald.

—Si no sabes qué hacer, empieza por el principio.

—Sí. —Gerald salió del coche.

Ella se preparó para el bofetón de calor. Se sintió un poco mareada al ponerse en pie. Se había olvidado de desayunar y ya había pasado la hora de comer. Su teléfono empezó a sonar mientras se acercaba a la furgoneta. Esperaba ver el número de Millie, aunque en el identificador de llamadas ponía GOOD DOLLAR.

Emmy conocía a Louise Good desde el jardín de infancia. Se habían hecho amigas mientras estudiaban en Mercer, pero luego Louise se pasó a la Facultad de Farmacia para poder trabajar en el establecimiento de su familia, The Good Dollar, que daba servicio a todo North Falls y a la mayor parte de Verona. La tienda estaba, además, a un paseo en bici de las casas de Cheyenne y Madison.

Emmy levantó un dedo para indicarle a su padre que tardaría un minuto y luego respondió:

—Hola, Louise, gracias por llamar.

—Si es por los teléfonos que vendimos la semana pasada, Brett ya se ha pasado por aquí.

—No, es otra cosa. —Emmy bajó la voz y escogió sus palabras con cuidado—: ¿Qué tipo de anticonceptivo toma Madison Dalrymple?

—Chica, podría meterme en un lío muy gordo si te digo eso.

Emmy cerró los ojos. Hannah podía solicitar esa información. Era la tutora legal de Madison. El único problema era que Emmy tendría que pedírselo.

—Joder —dijo Louise, pero Emmy oyó que empezaba a teclear—. Vale, el doctor Carl le recetó cero quince miligramos de Solaire-Freedom. Es un blíster con veinticuatro pastillas rosas y cuatro blancas.

Emmy reconoció las pastillas por la descripción. Eran las que había encontrado en el escondite de Cheyenne.

—¿Cuándo empezó a tomarlas?

—Voy a ver. —Louise murmuró algo mientras volvía a teclear—. Vale, aquí está. Trajo la receta en papel el 13 de septiembre. Las recogió el 14.

—¿Y Cheyenne Baker? —Emmy volvió a tener cuidado de no hablar en pasado—. ¿También toma la píldora?

—Uf, qué va. Cuando la familia se mudó aquí, el médico que Cheyenne tenía en Iowa le recetó amoxicilina un mes para tratar el acné. A la pobre le dio una cagalera horrible. Le comenté a Ruth que a lo mejor podía probar a tomar anticonceptivos y se puso hecha una fiera. Ni que le hubiera dicho que la despellejara viva.

Aquello parecía muy propio de Ruth Baker.

—¿Hannah recogía los anticonceptivos de Madison?

—No tengo ni idea. Y si pregunto en el mostrador, querrán saber por qué. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no se lo preguntas a Hannah?

—Ya tiene bastantes preocupaciones. —Emmy cambió de tema. Se le había ocurrido otra idea—. ¿Las pastillas de Madison estaban incluidas en el seguro de Hannah?

—Ah, muy astuta. —Más ruido de tecleo, más murmullos—. No, no usaba el seguro. Cuestan ciento setenta y ocho dólares al mes, qué barbaridad. Aquí dice que la última vez que Madison las recogió fue el 28 de junio a las doce y veintiún minutos. Pagó en efectivo.

Eso encajaba. Madison salía de la escuela de verano a las doce del mediodía. Faltaban cuatro pastillas en el blíster, lo que significaba que habían empezado a tomarlas el primer día del mes.

—Gracias, Louise. Te debo una.

—Tú encuentra a esas pobres criaturas —dijo Louise—. Sé que siempre has querido mucho a Hannah, pero prométeme que las encontrarás.

—Vale.

Emmy se dijo que solo estaba usando el ambiguo «vale» de su padre, no haciendo una promesa que no estaba segura de poder cumplir. Colgó antes de que Louise pudiera preguntarle algo más. Miró a Gerald. Su padre estaba hablando con uno de los técnicos forenses, un hombre larguirucho con un traje blanco de *tyvek.*

Miró el móvil como si estuviera leyendo algo importante, aunque la verdad era que necesitaba un momento para recomponerse. Abrió los mensajes de sus primas, pero tenía la vista tan borrosa que no acertó a leerlos. La tía Millie le había dejado seis notas de voz. Emmy no necesitaba escucharlas. Siempre eran iguales: la voz ronca de su tía anunciando «Millie Clifton» y luego una serie de chasquidos mientras intentaba colgar el teléfono fijo.

«Ponte las pilas», se ordenó a sí misma. Se limpió la nariz con el dorso de la mano y volvió al trabajo.

El polvo se le arremolinó alrededor de los pantalones y le cubrió las botas cuando se acercó a la furgoneta. El sol brutal había descolorido la arcilla roja de Georgia hasta volverla de un blanco intenso. Hacía tanto daño a la vista que empezaron a llorarle los ojos. Vio que los técnicos forenses habían empezado a recoger sus equipos. Estaban literalmente levantando el campamento. La cinta amarilla cayó al suelo. De cerca, reconoció al técnico larguirucho del mono de *tyvek.* Era el agente especial Michael Berry-Lawhorn.

Él la saludó con una inclinación de cabeza.

—Le estaba diciendo a tu padre que nuestro otro equipo acaba de encontrar un casquillo de bala en el campo de fútbol. Estaba medio enterrado en el suelo. Lo aplastó una rueda del coche. Lo han mandado a balística, pero parece que es de un cartucho Magnum del veintidós, de percusión anular.

—O sea, de un rifle o un revólver —dijo Emmy—. Tenemos un sospechoso con una Glock 20 registrada, con munición de diez milímetros.

—Puedo decirte casi con total certeza que esa no es el arma que se utilizó —contestó Michael—. Si la víctima hubiera recibido un disparo de una bala de diez milímetros en la cabeza, habría hueso y materia gris por todas partes. Una bala del veintidós es más pequeña y ligera. Rebota dentro del cráneo como una bola de *pinball.* Lo único que suele salir es sangre.

—¿Habéis encontrado algo aquí? —preguntó Gerald.

—Nada que me haya llamado la atención, aunque deme un segundo y le hago una descripción.

Gerald esperó a que Michael se acercara a su equipo para decirle a Emmy:

—Hay una pistola de percusión anular de la marca Ruger. Modelo estándar, desmontaje automático con un solo botón, corredera, cargador extraíble… Una pistola muy bonita.

Emmy nunca sabría tanto como su padre sobre armas de fuego.

—¿Para qué se usa?

—Es de uso deportivo, sobre todo. Tiro al blanco. *Plinking.* —Añadió—: Browning Buck Mark. Beretta Neos. Colt Ace. Hay más. La Ruger es la mejor.

—No me imagino a Dale dedicando su tiempo libre a disparar a latas apoyadas en un poste. —Emmy buscó la Ruger en Google, en el móvil. La pistola semiautomática se había fabricado por primera vez en 1949—. Parece una de esas pistolas que llevan los nazis en las películas de guerra antiguas.

—Está inspirada en la Nambu japonesa.

Emmy volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Dale sigue siendo el principal sospechoso. Los contras no anulan los pros.

—Puede que todavía no hayamos encontrado el contra adecuado.

—Madison se las ingenió para que el doctor Carl le recetara píldoras anticonceptivas para que se las tomara Cheyenne. —Emmy vio que la miraba con curiosidad, pero sabía que su padre adivinaría fácilmente de quién procedía esa información—. La primera vez que Madison presentó la receta en la farmacia fue el 13 de septiembre. Imagino que Cheyenne esperó un par de semanas y empezó a tomárselas el 1 de octubre.

—Tardó un tiempo en convencerse de que era necesario —dijo Gerald.

—Puede ser —contestó Emmy, porque sabía lo bobas que podían ser las adolescentes.

Ella empezó a tener relaciones sexuales con Jonah y a los tres meses se llevó un susto de muerte al pensar que estaba embarazada. Solo entonces corrió al servicio de planificación familiar de Clayville. La llevó Celia en su coche para que sus padres no se enteraran.

—*Sheriff.* —Michael se estaba enrollando la cinta suelta alrededor de la mano como si fuera un mitón amarillo brillante—. Cuando quiera.

Emmy fijó la mirada en el suelo mientras caminaban por la pista de tierra. Había zanjas de drenaje a ambos lados del camino y grandes piedras ocultaban los desaguaderos que desviaban el agua hacia un estanque de retención. Terrell mantenía la hierba cortada a ras del suelo para impedir que las serpientes asustaran a los caballos. La valla de lo que llamaban «la parcela de atrás», una zona de pasto para las vacas lecheras, se hallaba a quince metros de distancia. Emmy vio las onduladas colinas más allá y, a continuación, el promontorio donde se alzaba la casa como una corona entre las joyas de los Clifton.

—Taybee estuvo anoche con su familia en el río —le dijo a su padre—. Los trabajadores se van a casa a las cuatro. Entre las siete y las ocho no habría nadie por aquí.

Gerald asintió, pero le dijo a Michael:

—Listo.

—Sí, señor. —Michael se bajó la cremallera del mono mientras hablaba—. El FBI se está encargando de la identificación de las huellas de neumáticos y de las pisadas. Dicen que tendremos los resultados a mediados de la semana que viene. En todo caso, no hay duda de que esta es la zona donde tuvo lugar el forcejeo. La bicicleta venía del oeste. Las huellas se pierden a unos cuarenta metros de aquí, pero se puede apreciar que la bicicleta fue zigzagueando de un lado a otro del camino.

Emmy vio las amplias curvas y pensó en Cheyenne pedaleando en su bicicleta, con los brazos extendidos a los lados, inclinando el cuerpo a la izquierda y luego a la derecha como una avioneta, pensando en lo que iba a hacer con el hombre mayor y en lo bien que se lo iba a pasar después con Madison en el parque.

—El coche también venía del oeste —continuó Michael—. Las huellas se distinguen a unos seis metros. Esta pista la utilizan muchos vehículos agrícolas, así que es imposible detectarlas antes. Lo que sabemos es que el conductor se paró de golpe aquí y se bajó del coche. Estas pisadas son del número cuarenta y cinco. Yo diría que son de una bota de montaña o de trabajo, pero nos lo confirmará el FBI. Ahora, si me siguen por aquí abajo…

Gerald se quedó en el camino mientras Emmy bajaba con Michael a la zanja de drenaje. La grava se movía bajo las gruesas suelas de sus botas. El polvo se le metió en la boca. Tosió.

—Ahí. —Michael señaló hacia el camino—. Ese bache se ve mejor desde este ángulo.

Emmy tuvo que usar las dos manos para protegerse los ojos del sol. Entornando los párpados, observó la arcilla compacta. Distinguió el bache únicamente porque Michael se lo había señalado. Meneó la cabeza. Aquello no se parecía en absoluto a lo que había imaginado.

—¿Me estás diciendo que el coche arrolló a la bici?

—Sí. —Señaló unos metros más atrás del bache—. Ahí es donde se produjo el impacto. Y aquí es donde cayó la bici.

Emmy subió al camino para observarlo mejor. Había visto montones de accidentes de bicicleta cuando patrullaba. Apoyó una rodilla en tierra, tratando de interpretar lo que tenía delante. El pedal de la bicicleta se había clavado en el suelo primero, actuando como un ancla, y después la inercia había hecho girar la rueda trasera.

—La llanta de la rueda trasera estaba doblada —recordó—. La cadena estaba suelta.

—Creo que el parachoques delantero izquierdo del coche golpeó la rueda trasera. El impacto dobló la llanta y la bici salió despedida. Y la ciclista también.

La imagen mental de Emmy cambió: Cheyenne ya no describía curvas por el camino tranquilamente, sino que pedaleaba de un lado a otro aterrorizada, tratando de huir de un coche en marcha.

—El conductor no iba muy rápido —prosiguió Michael—. A veinticinco kilómetros por hora, quizá, pero es un vehículo de novecientos kilos contra una bicicleta de nueve kilos montada por una jovencita. Aquí cayó al camino y luego rodó hasta la zanja.

De nuevo, Emmy visualizó la escena. La cara de terror de Cheyenne al oír que el coche se acercaba. El susto cuando golpeó la bici. El horror al salir despedida y caer a la grava para luego rodar hasta el fondo de la zanja.

—¿Habéis encontrado algún trozo más del collar dorado? —preguntó.

—No, nada, pero aquí es donde lo encontró la Patrulla de Carreteras anoche. Al no haber cuerpo, es difícil saber si se lo arrancaron del cuello o si se rompió con el impacto.

Emmy vio algo más. Habían extraído tres trozos redondos de grava de la zanja.

—¿Había sangre en la grava?

—Sí, hemos encontrado salpicaduras, del momento del impacto, y varias gotas en la zona por donde la sacaron de la zanja o se arrastró para volver al camino. Yo diría que la sangre es de la nariz y la boca. Puede que de alguna rozadura. Vamos a analizar el ADN para asegurarnos de que es de la chica. Disculpad, tengo que coger esta llamada.

Michael contestó al teléfono mientras salía de la zanja. Emmy se volvió hacia su padre:

—Esto cambia las cosas, papá. El secuestrador la persiguió en coche y embistió la bicicleta. Quería darle un buen susto. Puede que su intención fuera matarla aquí mismo.

—Sí.

—¿En qué diablos estaban metidas?

Gerald miró camino arriba.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

Emmy estudió también el camino. Necesitaba orientarse. Sacó su cuaderno y dibujó tres líneas horizontales, luego trazó encima tres

líneas verticales espaciadas a intervalos regulares para señalar los caminos secundarios.

—Michael ha dicho que Cheyenne venía del oeste. —Sostuvo el cuaderno para que su padre lo viera—. Los caminos van así, como una caja de tres en raya con tres casillas más en la parte de abajo. Aquí está la casa de Cheyenne, en Verona. Aquí es donde el coche embistió su bicicleta. La ruta más rápida, en su caso, sería viniendo por aquí, desde el este, no desde el oeste. No querría pasar por casa de Taybee, por los perros. Además, está la valla. Tendría que haber pasado la bici por encima de…

—Vino por aquí. —Gerald señaló con el dedo la esquina inferior.

Emmy notó un vuelco en el estómago.

—Esa es la finca de la tía Millie. Taybee me ha dicho que no para de quejarse de que pasan desconocidos por su jardín.

—Llámala.

Emmy buscó en su móvil las llamadas perdidas de Millie. Había once mensajes de voz. Sintió que el estómago se le plegaba hacia dentro al seleccionar el número de su tía. Tocó el icono para poner el altavoz. Sonaron cinco largos pitidos antes de que su tía contestara por fin.

—Millie Clifton —anunció.

—Soy Emmy. Taybee me ha dicho…

—No te has dado mucha prisa en llamarme —la interrumpió Millie —. Tienes suerte de pillarme en casa. He salido a buscar a esas pobres chiquillas y he vuelto para tomarme mis pastillas para la tensión. ¿Por qué no contestas cuando te llamo?

—Tía Millie —Emmy procuró mantener un tono de voz tranquilo—, por favor, dime por qué me llamabas.

—Una de las chicas desaparecidas estuvo en mi jardín ayer, y no era la primera vez que venía. Reconocí su cara en el periódico.

Emmy se quedó atónita, no por la información, sino por el hecho de que podría haberla tenido esa mañana a primera hora.

—¿Viste a Cheyenne Baker en tu jardín?

—No, a la otra, a la rellenita.

—Madison. —Emmy sintió un nudo en la garganta al pronunciar su nombre—. ¿Qué estaba haciendo?

—Estaba hablando con Adam.

Emmy interrogó a Gerald con la mirada. Él negó con la cabeza.

—Tía Millie, ¿quién es Adam?

—El hombre del que te hablé el mes pasado. El que contraté para que me arreglara el muro de contención. Te dije que me daba mala espina. Se pasa el día ahí sentado, fumando, con la gentuza que viene a verlo. Vosotras nunca me escucháis. Creéis que soy una vieja chiflada.

Emmy no podía dejar de sacudir la cabeza.

—¿A qué hora viste a Madison?

—Me parece que fue justo antes de comer. Adam me dijo que no le importaba trabajar el Cuatro de Julio, pero luego miro por la ventana de la cocina y los veo a los dos fumando y riéndose, con los pies metidos en mi estanque.

Emmy sintió que el corazón iba a estallarle dentro del pecho.

—¿Puedes decirme cómo se apellida ese Adam?

—Ah, ¿conque ahora sí que quieres que te hable de él? —respondió Millie—. Llevo un mes diciéndoos que se cuelan desconocidos en mi jardín para verlo. Una caradura hasta llamó a la puerta a las cinco de la tarde. Creía que Adam vivía aquí, en casa, conmigo. Y me refiero a una chica joven, como recién salida del instituto. Me quedé de piedra.

—Tía Millie, por favor, necesito saber cómo se apellida Adam.

—Está bien. Déjame mirar la agenda. No está en la A de Adam… —Millie empezó a recitar el alfabeto—. A, B, C, D, E…

Emmy se mordió el labio para no ponerse a gritar. La agenda de su tía era tan gruesa como un listín telefónico, y Millie tenía una manera peculiar de ordenar los nombres.

—P —dijo por fin—. Aquí está. Adam Huntsinger.

—Gracias. —Emmy acercó el dedo al botón para cortar la llamada, pero de pronto se quedó paralizada. El cosquilleo. El mal presentimiento. El «no pinta bien»—. Tía Millie, ¿por qué tenías anotado a Adam Huntsinger en la P en la agenda?

—Ah, eso es por la joven que llamó a la puerta —contestó Millie—. La muy sinvergüenza me miró a la cara y dijo: «Vengo a ver al Perver».

Capítulo 7

Emmy pensaba que el Perver tendría veintitantos años; sin embargo, los antecedentes policiales de Adam Johnathan Huntsinger lo describían como un hombre de cuarenta y nueve años, de cabello negro y ojos marrones, que medía un metro ochenta y ocho y pesaba ochenta y seis kilos. Tenía una marca identificativa: un tatuaje de una serpiente que se enroscaba alrededor de su antebrazo izquierdo. No figuraba en el registro de delincuentes sexuales ni tenía antecedentes de delitos contra menores.

Lo que no significaba que no hubiera tenido roces con la policía.

Seis años atrás, había pasado noventa días en la cárcel del condado debido a que un policía de Verona le paró porque tenía rota una de las luces traseras. Adam no pudo mostrarle el permiso de conducir. El policía se fijó en que había un porro en el cenicero de su camioneta Chevy verde de 1982.

Tres años después, Adam pasó otros treinta días entre rejas por circular en la misma camioneta por Clayville, de nuevo sin permiso de conducir, mientras daba tragos a una botella de Jack Daniel's.

Había estado en libertad condicional de forma intermitente. Su vida laboral era irregular. Había trabajado en la fábrica, luego en el almacén de piensos, después otra vez en la fábrica y, finalmente, había empezado a hacer chapuzas por el pueblo, en jardines o haciendo pequeños trabajos de albañilería para gente como Millie Clifton.

Según sus antecedentes, su último domicilio conocido era el de sus padres. Su padre, Walton, era dentista y viajaba a menudo con un grupo de voluntarios para prestar servicios de salud bucodental en comunidades desfavorecidas. Alma, su madre, era una maestra de cuarto curso de primaria muy querida por sus alumnos. Sufría

una degeneración macular precoz que había dañado su visión hasta el punto de que ya no podía conducir para ir al trabajo.

Su hijo la llevaba todos los días al colegio y la recogía.

El mismo colegio donde Hannah trabajaba de maestra.

El mismo colegio al que había asistido Madison.

Emmy miró la casa de dos plantas donde vivían los Huntsinger. Estaba en Elsinore Meadows, una antigua zona de pastos situada entre los términos municipales de North Falls y Verona. El vecino más cercano estaba a cerca de un kilómetro, siguiendo un camino sin asfaltar. Había un coche aparcado a la entrada: un Jetta negro con una gruesa capa de polvo del camino de tierra y grava. El borde del maletero tenía una muesca, como si la tapa hubiera golpeado contra otra pieza de metal. Emmy examinó el resto del vehículo rodeándolo lentamente. El lado izquierdo del parachoques estaba arañado. Las rayaduras del plástico dejaban ver la imprimación gris bajo la pintura negra. Era un raspón estrecho y no muy profundo, el tipo de raspón que tendría un vehículo que hubiera golpeado la rueda trasera de una bicicleta.

Emmy sintió que el corazón le palpitaba en la garganta.

—Es él, papá. Este es el coche.

—Sí. —Gerald acercó la mano a la pistola mientras miraba la casa —. Echa un vistazo detrás.

Emmy desabrochó la funda de la Glock mientras pasaba por delante del porche delantero, mirando por las ventanas del cuarto de estar. No vio a nadie dentro. Se volvió al oír que su padre intentaba abrir la puerta principal. El pomo hizo clic. Estaba cerrada con llave.

—¡Abran! —Gerald golpeó la puerta con tanta fuerza que la casa pareció temblar—. ¡Policía!

Emmy aguzó el oído, pero no oyó movimiento dentro de la casa. Pasó las piernas por encima de la barandilla y se dejó caer al otro lado. El césped estaba recién cortado. Había un camino bordeado de gravilla que conducía hasta los peldaños de cemento del lateral de la vivienda. Había dos entradas. Una llevaba a la cocina, subiendo los peldaños, y otra al sótano, bajando dos escalones.

Emmy probó a abrir la puerta del sótano, pero también estaba cerrada. Miró por la ventana. Una lámpara de pie daba luz suficiente

para alumbrar toda la estancia, que no era más grande que la habitación de un motel barato. Friso oscuro en las paredes. Latas de cerveza aplastadas en el suelo. Un cenicero rebosante de colillas sobre la mesa baja. Un cubo de basura lleno hasta los topes de bolsas de comida rápida. Ropa tirada por el suelo. Una Xbox conectada a un televisor gigante. Un futón como cama, con una manta de aspecto mugriento. Faltaba la puerta del baño. Se veía la ducha llena de moho. No había armario, solo un par de taquillas de gimnasio grises, llenas de camisetas y vaqueros mal doblados. Parecía la habitación de un adolescente; sin embargo, Emmy supo instintivamente que era la de Adam Huntsinger.

Iba a encontrar a aquel cabrón.

Y no pensaba dejar que el FBI le diera palmaditas en la cabeza durante tres horas y le aplicara la técnica del yoyó, acusándolo primero de violación y asesinato para luego hacerle preguntas educadas sobre su afición por la jardinería. Aunque tuviera que apuntarle con una pistola a la cabeza, iba a hacer que Adam Huntsinger le dijera qué había hecho con Madison y Cheyenne.

—¡Emmy Lou! —la llamó Gerald desde la parte delantera de la casa.

Emmy oyó la voz de otro hombre mientras corría hacia allí. No veía a Walton Huntsinger desde que era una adolescente, pero casi no había cambiado. Orejas grandes, complexión delgada, sonrisa bobalicona. Tenía el pelo mojado. Llevaba puesto un albornoz. Evidentemente, lo habían pillado en la ducha.

—Quería quitarme el polvo del camino —le estaba diciendo a Gerald—. He estado en Virginia Occidental con la Brigada Dental. Unos amigos dentistas y yo vamos por ahí…

—¿Dónde está Adam? —preguntó Emmy.

Walton pareció perplejo por la interrupción. Señaló hacia el camino de entrada.

—Su camioneta no está aquí.

—¿Ese es su coche?

—Sí. Le falla la transmisión y, como no me gusta viajar en avión, tuve que alquilar un coche para ir hasta allí. Creo que el embrague está…

—Doctor Huntsinger —dijo Emmy—, es vital que encontremos a Adam enseguida.

—¿Se ha…? —La cara de Walton quedó de pronto flácida—. Sí, claro que se ha metido en un lío. Puede que haya ido a recoger a Alma. Mi mujer ha estado esta semana en Biloxi con unas amigas del colegio. Estará al llegar.

—Llámela —pidió Gerald.

Walton entró en la casa y regresó con su móvil. Marcó el número y esperó mientras se establecía la llamada.

—Hola, cariño, soy yo. Acabo de llegar. No, el viaje no ha estado mal. ¿Dónde estás?

Emmy prestó atención a su tono de voz. Era agudo, nervioso. Sabía que ocurría algo grave, pero no quería asustar a su esposa.

—Vale, bueno, ¿sabes dónde está Adam? —Soltó una risa forzada —. No, no pasa nada. Solo quería saber si iba a ir a recogerte, ¿o voy yo?

Emmy vio cómo le subía y bajaba la nuez cuando tragó saliva. El calor le hacía sudar.

—Bueno, eso es típico de él. Yo tampoco sé dónde está. —Walton miró hacia el porche mientras la escuchaba hablar—. Vale, cariño, dame un toque cuando llegues a casa de Trina y paso a buscarte.

Emmy vio que el pecho le subía y bajaba cuando colgó. Se estaba preparando para lo peor.

—*Sheriff* —dijo—, ¿qué ha pasado?

—Llame a Adam —contestó Gerald.

Walton asintió en silencio, como si entendiera que no tenía más remedio que obedecer. Marcó un número. Escuchó los pitidos de la línea. Finalmente, sacudió la cabeza.

—El buzón de voz está lleno. Dígame qué puedo hacer.

—Tenemos que registrar la casa —dijo Gerald.

—Vale… Eh, sí. Por supuesto. Adelante.

Gerald ya estaba subiendo al piso de arriba cuando Emmy entró en el recibidor. Vio una maleta junto a la puerta. Una Samsonite negra, tamaño equipaje de mano. Dentro del bolsillo con cremallera había una cartera de hombre de nailon rojo con el escudo de los

Bulldogs de Georgia. Un colorido paraguas de golf estaba enganchado en el asa.

—El pronóstico anunciaba lluvia en Bridgeport —comentó Walton.

—¿Tiene armas en casa?

—Pues… —Se encogió de hombros—. Puede que tenga algunas pistolas viejas de mi padre por ahí. Le gustaba el tiro al blanco. Solía llevarme a disparar cuando era niño, pero a mí nunca me han gustado las armas.

Emmy se sentía como si tuviera un pájaro atrapado dentro de la caja torácica. Había pensado que era Adam al ver el coche, pero ahora estaba convencida de ello. Era él quien se había llevado a las niñas. Sabría dónde estaba el cadáver de Cheyenne. Podía tener a Madison retenida en algún sitio, atada, encadenada, viva aún.

—¿Cómo se entra en el sótano? —preguntó.

—Hay una puerta lateral junto a la cocina.

—¿No se puede entrar por la casa?

—No. Es una habitación muy pequeña. Antes era mi taller. Adam se hizo una habitación cuando perdió el trabajo en la fábrica. —Pareció avergonzado—. Lo siento, seguro que todo eso no les interesa. Voy a por la llave de repuesto.

Emmy lo siguió por un largo pasillo. Dejaron atrás el cuarto de estar y el comedor y entraron en la cocina. Las paredes estaban pintadas de amarillo vivo, los electrodomésticos no hacían juego. Walton abrió el cajón que había junto al frigorífico, pero se quedó mirando el llavero que había sobre la encimera.

—Es la llave de mi coche —dijo—. La dejé arriba, en mi cómoda.

Emmy notó la tensión en su voz.

—Doctor Huntsinger…

Sus ojos se encontraron. Estaba asustado.

—Esto no es como las otras veces, ¿verdad?

—No, señor.

Emmy lo vio hurgar entre un revoltijo de bolígrafos, lapiceros, destornilladores, tijeras y tarjetas de visita. Abrió otro cajón lleno de cachivaches y siguió buscando. Emmy juntó las manos y volvió a acordarse de cuando había cogido la mano de Madison bajo el roble. La cara de fastidio de la niña cuando le dijo que la querían. Todavía

la querían. Aún podía estar viva. Aún cabía la posibilidad de que Emmy pudiera llevarla de vuelta a casa.

Walton abrió otro cajón. Emmy le daría veinte segundos más; luego, forzaría la puerta del sótano. Todos los policías del condado estaban buscando a Adam Huntsinger. Había una orden de busca y captura para localizar su camioneta Chevy verde. La policía estaba hablando con sus ex compañeros de trabajo, sus amigos, sus enemigos, sus compañeros de borrachera. Los *marshals* estaban montando un operativo para coordinar a los efectivos policiales de Georgia, Alabama y Florida.

Podía haber alguna pista en el sótano: un recibo, una nota que condujera a Emmy directamente al lugar donde Adam había llevado a las niñas. Madison aún podía estar viva. Tenía que estar viva.

—Lo-lo siento. —Walton había encontrado la llave, pero no la soltaba—. No sé qué ha hecho, pero lo siento mucho.

Emmy cogió la llave. Salió corriendo por la puerta de la cocina, bajó las escaleras y torció hacia el sótano. Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando sintió un malestar repentino. No era un cosquilleo ni un mal presentimiento, ni una intuición de que aquello «no pintaba bien». Era como si un cable le electrificara todos los nervios del cuerpo. Su cerebro había necesitado unos segundos para procesar lo que había visto, no dentro de la casa ni a través de la ventana de la puerta del sótano, sino al pie de las escaleras de la cocina, tirado entre la hierba. La luz del sol había hecho brillar algo dorado.

Dio media vuelta, conteniendo la respiración. El sol no se había movido. Aún se veía el destello dorado entre la hierba. Apoyó con cuidado una rodilla en tierra. Estiró el brazo para alcanzar el objeto, pero tuvo la sensatez de detenerse. No le hacía falta tocarlo para saber lo que estaba viendo. Tampoco tenía ninguna duda de a quién pertenecía. Las rizadas letras doradas formaban el nombre de su propietaria.

Cheyenne.

Abrió la boca. Cogió aire para llamar a gritos a su padre, entonces vio otra cosa, aún más terrible. Había un cobertizo de gran tamaño entre los árboles del jardín de atrás. El aliento se le heló en los

pulmones. El cobertizo era lo bastante grande como para que en él cupiera un tractor. La puerta de doble hoja estaba cerrada con un grueso candado de bicicleta. Las ventanas de ambos lados estaban cubiertas con papel de aluminio. ¿Para impedir que entrara el sol? ¿Para ocultar lo que contenía el cobertizo? ¿Para evitar que una chica de quince años supiera dónde la tenían retenida? ¿Para que sintiera que no había posibilidad alguna de que la rescataran?

Emmy sintió un extraño temblor en el corazón, casi como si una flor intentara abrirse. Era esperanza. Un minúsculo brote de esperanza.

Echó a correr, moviendo los brazos y las piernas con todas sus fuerzas, como si estuviera en una carrera de atletismo. La distancia hasta el cobertizo se estiraba como el extremo de un telescopio. Pensó en el calor, en que hacía treinta y siete grados, en que el techo de chapa del cobertizo estaría veinte grados más caliente, en que dentro haría un calor infernal. ¿Tenía agua Madison? ¿Se había desmayado? ¿Se había rendido? ¿Estaría pensando en la última vez que había visto a Emmy, en la última vez que había intentado pedir ayuda, solo para que le dijeran «ahora no»?

Golpeó la puerta del cobertizo con el hombro. Rebotó hacia atrás como en un trampolín. Se incorporó y tiró del candado con todas sus fuerzas. Las puertas no se movieron. El candado era demasiado recio. Rodeó el cobertizo y encontró otra ventana tapada con papel de aluminio. Los bordes estaban levantados por abajo. Pegó la cara al cristal haciéndose sombra con las manos, desesperada por ver qué había dentro.

—¿Madison? —llamó, pero su voz sonó estrangulada—. Cariño, ¿estás ahí?

Utilizó la linterna para romper la ventana. El marco estaba reseco y medio podrido. La madera se astilló junto con el cristal y le rajó la piel del dorso de la mano. Miró dentro, frenética. Estaba oscuro, casi negro. Vio siluetas de máquinas, notó un olor a aceite de motor y gasolina. Sus ojos se acostumbraron a la falta de luz. Las sombras se convirtieron en objetos. Un cortacésped. Una desbrozadora. Un bidón de gasolina. Otra puerta al fondo. Otra cerradura. Otra habitación.

—¿Madison?

Esperó, pero no hubo respuesta. Dio tres pasos hacia atrás y se arrojó contra la pared, tratando de abrirse paso a empujones. Las tablas se astillaron como palitos. Cayó dentro del cobertizo. Se golpeó la cabeza contra el suelo de cemento. Buscó a tientas su linterna. Tenía las manos resbaladizas por la sangre. Los vapores de la gasolina le irritaron los ojos. Por fin encontró el botón de la linterna y el haz de luz rebotó por la habitación. Por el suelo, por las esquinas, hasta las vigas. Volvió a coger carrerilla y abrió de un empujón la puerta del fondo. Las telarañas se le prendieron en el cuerpo. Tropezó con algo pesado y macizo. Se torció el tobillo. Cayó al suelo. Soltó la linterna. Se quedó sin respiración. Se le nubló la vista. Miró hacia arriba: las telarañas rotas, el rayo de sol, el espacio cavernoso y solitario.

El cuarto de atrás estaba vacío.

El cobertizo estaba vacío.

Madison no estaba allí.

—¿Emmy Lou?

Su padre estaba junto al cortacésped oxidado. La luz del sol caía en franjas sobre su cuerpo. Emmy vio que la miraba con preocupación.

—He encontrado el… —Le costaba hablar—. Cheyenne… He encontrado el…

—Vale, cariño. Siéntate. —Gerald se arrodilló a su lado. Le envolvió con cuidado la mano con su pañuelo. El algodón blanco se empapó de rojo. Con el pulgar, le limpió la sangre de la cara—. ¿Estás bien?

—El collar de Cheyenne.

—Ya lo he visto.

—He-he pensado que Madison estaba aquí, papá. He pensado que podía salvarla.

Gerald la apretó contra el pecho. Estaba tan angustiada que no podía llorar.

Solo podía escuchar el rápido golpeteo del corazón de su padre. Él le frotó el brazo, intentando calmarla. Emmy sintió que poco a poco volvía en sí. El dolor fue casi inmediato. Le ardía la mano. Le latía el

tobillo. Le dolía la cabeza. Tenía rasguños en los brazos, la cara y el cuello.

Vio que otra sombra caía sobre la luz. Virgil se tiró del cuello de la camisa. El sudor había convertido su uniforme en papel *film.* Miró a Emmy con sorpresa. Vio la sangre, las puertas rotas.

Ella se enderezó, se tragó la sangre que tenía en la boca e intentó recomponerse. El pañuelo de Gerald estaba completamente empapado. Virgil metió la mano en su bolsillo trasero y le ofreció el suyo. El algodón ya estaba mojado por su sudor.

—Gracias. —Emmy intentó aclararse la garganta, pero acabó tosiendo sangre. Se había mordido el interior de la mejilla. Palpó con la lengua la carne desgarrada.

—Jefe —dijo Virgil—, la Patrulla de Carreteras ha localizado la camioneta de Huntsinger en un bar de mala muerte en Clayville.

Gerald no respondió. Tampoco hizo amago de irse. Miró a Emmy con preocupación.

—Estoy bien, papá. Vamos. —Emmy luchó por levantarse.

Gerald tuvo que ayudarla. Ella hizo una mueca al sentir una punzada de dolor en el tobillo. Pasó el brazo por los hombros de su padre para que la ayudara a llegar al coche.

Gerald no se movió.

—Puedo hacerlo —dijo Emmy—. Vamos.

—No. Tú vas a ir al hospital.

—¡¿Qué?! —gritó—. ¡No, papá!

—Que venga la OIG —le dijo Gerald a Virgil—. Que registren la casa. Y el jardín.

—Sí, jefe. —Virgil se desenganchó el micro del hombro mientras salía del cobertizo.

Gerald se apartó de Emmy y lo siguió. Iban a marcharse sin ella.

—Papá, yo…

Gerald la hizo callar con una mirada. Su expresión se había vuelto pétrea. Había tomado una decisión.

—Llama a tu madre para que te lleve.

Emmy lo siguió, saltando a la pata coja.

—No necesito llamar a mamá. Papá, ¿adónde vas? ¿Qué bar es?

Gerald hizo oídos sordos mientras cruzaba el jardín hablando en voz baja con Virgil. Emmy vio a Walton de pie en los escalones de la cocina. Probó a apoyar el tobillo y apretó los dientes mientras seguía a su padre cojeando.

—¡Papá! ¿Qué bar? Dime qué bar.

Gerald dobló la esquina de la casa y se perdió de vista. Emmy siguió avanzando, se agarró a la parte de abajo de la barandilla del porche y, renqueante, llegó a la entrada. Su padre ya estaba sentado en el coche patrulla de Virgil. Acababan de arrancar cuando llegó Brett Temple. Los dos vehículos se detuvieron. Bajaron las ventanillas. Gerald estaba dando órdenes a Brett.

—¡Joder! —masculló Emmy—. ¡Joder, joder, joder!

Brett aparcó junto al coche patrulla de Emmy. Silbó por lo bajo al ver su estado.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te ha dicho adónde iban?

Brett se encogió de hombros.

—Eso no me incumbe. Virgil ha dicho que no usemos la radio.

—Tengo que… —El dolor hizo que Emmy notara una oleada de náuseas. Tenía la mano ardiendo. Se sentía como si tuviera la cabeza metida en una campana que tañía sin cesar—. El collar de Cheyenne está en la hierba, en el lateral de la casa, junto a los escalones de la cocina. Señálalo y asegúrate de que la zona esté bien acordonada. El padre…

—Walton —la interrumpió Brett—. Le sacó una muela a mi primo pequeño la semana pasada.

—Interrógalo. —Emmy no tenía tiempo de jugar a quién conoce a quién en North Falls—. Dice que puede tener algunas pistolas viejas en casa. Registra este sitio de arriba abajo. Empieza por el sótano. Es donde vive el sospechoso.

—De acuerdo —contestó Brett—. Pero tu padre me ha dicho que llame a tu madre para que te lleve al hospital.

—Ya le he mandado un mensaje. Hemos quedado allí. —Emmy nunca había mentido tan bien. Necesitaba salir de allí—. Estás perdiendo tiempo, Brett. Puede que haya algo en el sótano que nos sirva para el interrogatorio.

Brett parecía escéptico.

—Creo que no deberías conducir.

—No es para tanto. —Emmy empezó a desabrocharse el cinturón reglamentario para demostrarle que no estaba de servicio. Se quitó el micrófono del hombro—. Interroga al padre. Ha estado de viaje, aunque puede que sepa algo. Tenemos que reunir pruebas, Brett. Detener a Adam Huntsinger no garantiza nada. Intentará servirse de la localización de las chicas para negociar. Aún no se han cumplido las veinticuatro horas. Madison aún podría estar viva. Tenemos que dejarle sin recursos.

Brett empezó a asentir.

—Sí, vale.

Emmy intentó no cojear al acercarse al coche patrulla. Tiró el cinturón al asiento del copiloto y apretó los dientes al sentarse al volante. Se había hecho un esguince en el tobillo izquierdo y tenía un corte de cinco centímetros en la mano derecha; aun así, podía conducir.

Arrancó marcha atrás y giró para volver al camino. No se molestó en subir el volumen de la radio. Sabía que Gerald no iba a usarla. No querría que se presentara medio pueblo en el bar y que las cosas se desmandaran. En Clayville había al menos veinte bares de mala muerte. Su tío Penley era dueño de la mitad de ellos. Iría a cada uno de esos tugurios hasta que diera con el correcto.

El coche levantó una polvareda al pisar el acelerador. Trazó la ruta de cabeza. Volver a la interestatal y luego quince minutos hasta la salida de Clayville. Diez, si encendía la sirena y las luces. Estaba a punto de pulsar el interruptor del salpicadero cuando se dio cuenta de que tardaría menos yendo por los caminos secundarios.

No iba a perder tiempo accediendo a la pista desde la carretera. Giró bruscamente y atravesó un campo, arrancando la hierba. Los neumáticos rebotaban, el chasis gruñía, ella siseaba de dolor mientras luchaba por mantener el coche derecho. Solo aflojó el volante cuando los neumáticos rebotaron sobre la arcilla dura del camino. La sangre del volante se había vuelto pegajosa. Vio la valla blanca brillante que marcaba el límite de la finca de Taybee y Terrell.

El teléfono empezó a sonarle.

Con la mano izquierda, se hurgó torpemente en el bolsillo derecho. Tocó el botón para contestar al mismo tiempo que veía el identificador de llamadas.

Hannah.

—¿Emmy? —Su voz sonaba ronca, angustiada—. ¿Por qué está yendo toda la policía a Clayville? ¿Las habéis encontrado? ¿Están bien?

Emmy recordaba aún cómo se había marchitado su brotecillo de esperanza en el cobertizo vacío. No podía hacerle eso a Hannah.

—N-no lo sé. Tienes que esperar a…

—¡Deja de mentirme! —gritó Hannah—. ¡Emmy, por favor! ¿Las habéis encontrado? ¿Voy para allá? ¿Dónde están?

—¡Hannah, no te estoy mintiendo! —Emmy gritaba porque Hannah gritaba—. Quédate en casa. Te prometo que…

—¡Que te den! —chilló Hannah—. ¡Vete a la mierda con tus promesas! ¡Todo esto es culpa tuya!

Se cortó la conexión. Emmy tiró el móvil al otro lado del coche. Se le nublaron los ojos, llenos de lágrimas que no merecía derramar. Levantó el pie del acelerador. El coche empezó a perder velocidad. El chirrido del motor de ocho válvulas se convirtió en un ronroneo suave. Frenó hasta detenerse.

¿Qué estaba haciendo?

Estaba herida. Sangraba. Seguramente tenía una conmoción cerebral. Había ignorado a Madison en el parque. Llevaba todo el día ignorando las llamadas de Millie. Su padre no necesitaba su ayuda en el bar de Clayville. Necesitaba que hiciera lo que le había dicho. Que fuera al hospital para no tener que preocuparse por ella. Que dejara de intentar ser la heroína de aquella horrible y trágica historia.

Ella había criticado la técnica de Lionel Faulkner, pero lo cierto era que el manual de interrogatorio daba por sentado que el sospechoso siempre era culpable. Gerald detendría al verdadero criminal y Faulkner acabaría por hacer confesar a Adam Huntsinger. El violador y asesino haría una confesión completa. Explicaría todo lo ocurrido. Y al final, con un poco de suerte, por el bien de Hannah y Paul y por

la cordura de Ruth y Felix, les diría dónde se encontraban los cuerpos.

El río. Un parque. Una zanja. Un viejo camino forestal. Emmy le había recitado las estadísticas a Gerald hacía apenas unas horas. Los restos mortales de la víctima solían hallarse a menos de treinta kilómetros del lugar del secuestro, en algún paraje con el que el criminal estaba familiarizado. Los cadáveres se hallaban, por lo general, ocultos de alguna manera: cubiertos con hojas, enterrados en una tumba poco profunda, sumergidos en agua, escondidos en un edificio o un cobertizo abandonado, descuartizados y arrojados a un vertedero.

¿Había enterrado Adam a Cheyenne en una tumba poco profunda? ¿Había llevado a Madison a lo más profundo del bosque? ¿Se había encontrado ella bajo otro árbol? ¿Había mirado hacia arriba, a la altísima copa, al entramado de hojas, y había pensado en lo que le dijo Emmy? Que a veces te pierdes el panorama general porque te centras demasiado en las cosas pequeñas. Que, a veces, los árboles te impiden ver el bosque.

Retiró el pie del freno. El coche empezó a rodar. Sintió que un pensamiento se abría paso en su cerebro describiendo curvas lentas y perezosas, igual que Hannah y ella iban años atrás en bicicleta por aquel mismo camino de tierra. Se hizo a sí misma una de las preguntas típicas de su padre: «¿Qué estamos pasando por alto?».

Un paraje con el que el criminal estuviera familiarizado. Un sitio donde se sintiera a gusto. Un lugar al que pudiera regresar para revivir sus crímenes. Un lugar donde se le vio fumando un cigarrillo con una de sus víctimas a las once de la mañana, el día del secuestro.

El estanque de la tía Millie.

El coche dio una violenta sacudida cuando pisó el acelerador. El velocímetro marcaba casi cien cuando llegó al final de la valla de Taybee. El prado de detrás de la casa de Millie estaba rodeado de alambre de espino. Emmy lo atravesó con el coche, arrastrando un poste de la valla. Vio el estanque más adelante. Lo alimentaba un manantial subterráneo y tenía doscientos metros de circunferencia y hasta seis metros de profundidad en el centro.

Aislado, contenido, accesible: el lugar perfecto para hundir un cadáver.

Se detuvo al borde del agua. El sol convertía la superficie en un espejo. Salió del coche protegiéndose los ojos con la mano. Procuró olvidarse de su tobillo magullado mientras bordeaba a toda prisa el muro de contención. Había colillas por todas partes. Adam había dejado sus herramientas en el suelo. Vio algo flotando en medio del estanque. Una interrupción de la luz reflejada en el agua. Una ondulación inmóvil. Una prenda de algodón azul claro, el mismo azul claro de la camiseta que llevaba Madison en el parque.

Solo alcanzó a murmurar:

—No… No…

Se lanzó de cabeza al agua por la parte honda del estanque, cortando la superficie como un cuchillo. Subió a tomar aire a mitad de camino del centro. Le pesaban los pies por culpa de las botas. Tiró de los cordones, se las quitó con los pies mientras nadaba. Daba grandes brazadas, hundiendo los brazos en el agua e ignorando la quemazón del tobillo y de la mano.

Estaba tan cerca…

Vio las letras oscuras en la espalda de la camiseta azul claro. Madison estaba boca abajo. Su cabello rubio flotaba como hebras de seda. Tenía el brazo derecho extendido, sus dedos se movían con las ondas de la superficie.

Emmy se zambulló de nuevo y se impulsó hacia el cuerpo. Sacó la cabeza de Madison del agua. Tenía la cara hinchada, los párpados cerrados, los labios blancos como algodón. La niña de Hannah. Su tesoro más preciado. Notó que tenía los huesos de la mano aplastados. Se llevó su mano suavemente al corazón y mantuvo a la niña lo más cerca que pudo, como debería haber hecho la noche anterior, cuando Madison estaba viva y enfadada y preocupada y saltaba a la vista que tenía algún problema y necesitaba ayuda, y ojalá ella la hubiera escuchado…

Le acarició la mejilla y sostuvo el peso de su cabeza en la palma de la mano. El agua se le metía en la boca. Oía el sonido de las olas golpeando el muro de contención.

—Lo siento, cariño. Siento mucho no haberte escuchado —susurró.

Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Hablar no era ningún alivio, no aligeraba la carga. Sentía el peso aplastante de todo lo perdido.

Con mucho cuidado, volvió a depositar la cabeza de Madison en el agua. Estaba agotada físicamente, pero no iba a volver a abandonar a la niña. Tenía que encontrar la manera de llevarla a la orilla. Algo la anclaba al fondo. Emmy recorrió su torso con las manos. Una gruesa cadena rodeaba su cintura. Respiró hondo y metió la cabeza bajo el agua para ver qué era lo que la lastraba.

Otro cadáver. Otra chica preciosa.

Los rayos de sol bailaban alrededor de la cabeza de Cheyenne Baker. En vez del collar dorado, tenía alrededor del cuello una cadena que se le clavaba en la carne como una dentadura. Llevaba aún pintada en el rostro la violencia que había sufrido. El labio partido. La nariz rota. Una herida de bala que le hundía el centro de la frente. Cheyenne había visto venir la bala. Sabía que iba a morir. Emmy alargó la mano y le tocó la mejilla. Quería darle algo de ternura a aquella niña cuyos últimos momentos de vida habían estado llenos de terror.

Sintió que se quedaba sin aire. Cada molécula de su cerebro le gritaba que subiera a respirar. Se obligó a zambullirse aún más y siguió el largo de la cadena hasta el fondo. Estaba enroscada alrededor de un gran bloque de cemento. Lo único que sujetaba a las niñas era el peso de aquel lastre. Tiró de la cadena hasta soltarla. Estaba mareada cuando salió a la superficie.

—¡Emmy Lou Clifton! —Millie estaba subida al muro de contención —. ¿Qué estás haciendo?

Emmy no podía perder el tiempo en responderle. O sacaba a las chicas de inmediato o las acompañaría a la tumba. Se colocó detrás de Madison, le rodeó el pecho con un brazo y estiró el otro hacia atrás para emprender el arduo trayecto hasta la orilla nadando de espaldas.

Como ayudante del *sheriff,* había hecho rescates acuáticos, pero nunca con dos cuerpos. Nadaba a tirones. Tenía inutilizado el pie

izquierdo. Cheyenne se iba hacia un lado. Al llegar a la zona menos profunda, el peso combinado de ambas se acrecentó. Emmy salió del estanque a gatas, arrastrando los cuerpos tras ella. Solo consiguió llevarlas a medias hasta el césped. Se tumbó de espaldas. Miró al cielo. Se le contrajeron los pulmones. Tosió. Estaba rodeada de aire, pero apenas podía respirar.

—Pobrecillas. —De pie a su lado, Millie empezó a sacudir la cabeza —. Son como dos ángeles rotos.

Emmy se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Doce años después

Capítulo 8

Sentada a la mesa de la cocina, Emmy Clifton miraba la portada del *North Falls Herald* en el móvil. La foto mostraba a Adam Huntsinger saliendo del juzgado con el puño en alto y gesto triunfal. Una multitud se había reunido para vitorearlo. El titular era como una cuchillada lanzada a la cara.

EL ASESINO DE LOS ÁNGELES ROTOS SALE EN LIBERTAD

No podía leer el artículo. Aunque tampoco le hacía falta. Tenía grabada en el cerebro la cadena de acontecimientos que había conducido a ese momento espantoso. En lugar de torturarse con el pasado, se dedicó a estudiar la fotografía. El corredor de la muerte no le había quitado la vida a Adam, pero desde luego le había pasado factura. Tenía sesenta y un años y daba la impresión de que cada momento de los doce años anteriores le había lijado una capa del alma. Sonreía, pero tenía la cara demacrada. Su piel, marcada por el acné, se veía seca y escamosa. Su pelo, antes oscuro, había encanecido por completo. Tenía las mejillas hundidas y, detrás de las gruesas gafas que le habían proporcionado en la cárcel, sus ojos tenían una expresión atormentada.

Seguramente había gente que en ese instante, al mirar aquella misma fotografía, sentía lástima por él. O, peor aún, que formaba parte de la horda de descerebrados que escuchaba el pódcast *Ángel equivocado* de Jack Whitlock y sentía la alegría del forofo cuyo equipo acaba de ganar el partido. El propio Jack, alias Coño Portátil, aparecía radiante de orgullo detrás del hombre al que había identificado como el Perver doce años atrás. Todo aquel gentío miraba a Adam como si fuera un héroe. Emmy, en cambio, veía a un

monstruo que había cometido un doble asesinato y había quedado en libertad. Un hombre que probablemente había pasado los últimos doce años rememorando el placer sexual que le produjo su atroz crimen. Un pederasta que sin duda volvería a agredir a otra menor.

Amplió la imagen del puño levantado de Adam. El tatuaje de la serpiente que le rodeaba el antebrazo había perdido color; ya no era negro, sino azul. Su cuerpo se había vuelto delgado y fibroso de tanto hacer flexiones, abdominales y saltos en la celda de dos metros por cuatro en la que pasaba casi veinticuatro horas al día. Las venas parecían latirle bajo la piel.

Ojalá la aguja del verdugo hubiera perforado alguna.

Emmy se obligó a dejar el teléfono bocabajo sobre la mesa de la cocina. Sostuvo la taza de café entre las manos y dejó que el vapor le diera en la cara. La última vez que había visto al asesino de Cheyenne y Madison, había sido desde el estrado de los testigos. Su testimonio había sido crucial porque había estado presente en cada giro del caso. Era la última persona conocida que habló con Madison en el parque. Había visto todas las pruebas en el campo de fútbol. Fue ella quien habló con la tía Millie; quien examinó el Jetta arañado delante de la casa de los Huntsinger; quien descubrió el collar de Cheyenne entre la hierba, cerca del apartamento de Adam en el sótano. Y, lo más importante, quien sacó a las chicas del estanque.

Cerró los ojos y volvió a hallarse en el agua. Acercó la mano a la cara de Madison. Miró los rayos de sol que nimbaban la cabeza de Cheyenne. Las chicas se le aparecían en sueños desde aquella tarde fatídica. En su mente no había un «antes de», solo las cosas terribles que habían pasado después.

—¿Hola? —gritó Myrna desde lo alto de las escaleras—. ¿Hay café?

Se le tensaron todos los músculos del cuerpo.

—Sí, señora. ¿Necesitas ayuda?

—No, no necesito tu puñetera ayuda para nada.

Emmy se dio cuenta de que estaba apretando los dientes. Los movimientos trabajosos de Myrna sonaban como si una serpiente de cascabel bajara por las escaleras. Emmy no tuvo que volverse para ver lo que hacía. Su madre se agarraba a la barandilla con las dos

manos y bajaba un pie y luego el otro al mismo peldaño, así una y otra vez, hasta que o bien caía rodando hasta abajo, o bien lograba bajar por sí misma.

Era inútil intentar detenerla. O pedirle que usara un bastón. O proponer que convirtieran el cuarto de estar de la planta baja en dormitorio. Discutir a gritos no cambiaba el resultado. Myrna se sentaba en las escaleras como una niña pequeña hasta que cedías y la dejabas en paz. El especialista de Atlanta afirmaba que esa obstinación era casi universal en los pacientes de Alzheimer en fase avanzada; sin embargo, Emmy sabía por experiencia que la exasperante intransigencia de su madre era el único rasgo de su comportamiento que no podía achacarse a la enfermedad.

—Bueno, he conseguido bajar de una pieza. —Myrna se apoyó en la silla de Emmy al pasar detrás de ella—. A pesar de que estabas deseando que me cayera.

Emmy soltó lentamente el aire que había quedado atrapado en sus pulmones. Notaba el cuerpo tembloroso. Había pasado gran parte de la noche intentando recuperarse de otro ataque de terrores nocturnos de Myrna. Los gritos eran terribles, espeluznantes, pero lo peor eran las alucinaciones, que habían durado horas. Myrna se había calmado por fin a eso de las cinco, pero Emmy no se había molestado en volver a la cama. De todos modos, tenía que levantarse una hora después.

Ahora observaba a su madre moverse por la cocina. Myrna se sirvió una taza de café, sacó huevos y beicon de la nevera y buscó el pan en la despensa. Llevaba una bata de estar por casa, y el fantasmal cabello canoso suelto sobre los hombros. Al entrar y salir de la luz del sol, su rostro adoptaba distintas máscaras. Vista desde un ángulo, parecía vieja y gruñona; desde otro, los años parecían desvanecerse; y desde otro se la veía boquiabierta y confusa mientras intentaba recordar cómo se encendía la cocina de gas.

Toqueteó torpemente uno de los mandos, luego el siguiente. Era evidente, no entendía los signos. Giró el último con violencia. No pasó nada. No se encendió ninguna luz. No se oyó el chasquido de la válvula ni el silbido del gas al prenderse.

—La cocina no funciona —le dijo a Emmy.

La cocina estaba desconectada desde el pasado octubre, cuando Myrna estuvo a punto de incendiar la casa.

—Le diré a Cleet que venga a arreglarla.

—Dile que necesito que me diga la hora exacta. No puedo pasarme todo el día esperándolo.

Cleet había muerto hacía quince años, pero Emmy cogió el teléfono de todos modos.

—Ahora mismo le mando un mensaje.

Movió el pulgar por la pantalla, pero lo único que vio fue el rostro crispado de Adam Huntsinger. Deslizó el dedo hacia la derecha para que se cargara la página anterior: un primer plano de otra cara demacrada, esta de perfil. La mujer estaba sentada en un banco de iglesia con la cabeza levantada hacia la cruz. El pie de foto rezaba: «Barbara Jericho, el verdadero ángel roto».

Le llegó una notificación. Luego otra. Y otra. Ahogó un gruñido que no podría explicarle a su madre. Taybee había pedido al grupo de primas que organizara un *baby shower* para su hija Kaitlynn. Una prima ya se había quejado por no poder llevar a su marido. Otra había escrito en privado a Emmy comentando que era de muy mal gusto incluir un cochecito de ochocientos dólares en la lista de regalos. Otra había bromeado maliciosamente con llevar una percha y una botella de ginebra.

—Ay, Señor, hoy la artritis me está matando. —Myrna flexionó la mano, obviando la cicatriz enrojecida que le recorría el pulgar por un lado. No recordaba que el mes pasado había dado un puñetazo a una ventana y había estado a punto de cortarse un tendón—. Odio que estés con ese chisme cuando intento hablar contigo.

Emmy volvió a dejar el teléfono. Sabía que no debía interpretar aquel reproche como una señal de que Myrna había logrado de algún modo anclarse al presente.

—¿De qué quieres hablar, mamá?

—No digas tonterías. Yo no soy tu madre —resopló Myrna—. ¿Quién viene?

Emmy estaba a punto de atribuir aquella pregunta a la paranoia de su madre cuando oyó el crujido de las ruedas de un coche en la grava. Fue a mirar por la ventana de la cocina. Kaitlynn llegaba

temprano hoy. Millie ya estaba apeándose del Mercedes rojo. Cerró la puerta de golpe y atravesó tambaleándose el camino con el ceño fruncido y un gesto de determinación en su cara de manzana arrugada. A sus noventa y dos años, se había coronado como la Clifton más anciana y no tenía prisa por renunciar a ese título.

—Ha llegado la tía Millie —le dijo Emmy a su madre.

—No sé si tengo ganas de hablar esta mañana.

Emmy tampoco creía que Kaitlynn tuviera ganas de hablar. El motor se revolucionó cuando el Mercedes salió a toda prisa del camino de entrada. La chica había seguido los pasos de su madre en la Universidad de Atlanta y llevaba dos años ejerciendo como abogada, lo que hacía que Emmy se sintiera como si tuviera mil millones de años.

—¡Millie Clifton! —anunció Millie, y abrió bruscamente la puerta mosquitera antes de que a Emmy le diera tiempo a alcanzarla.

Millie le lanzó una bolsa de papel. Emmy dio las gracias para sus adentros a Taybee por haber mandado el desayuno.

—Bueno, tú no me ayudes ni nada —se quejó Millie.

Emmy no se sentía con fuerzas de enfrentarse a las dos ancianas. Le pasó la bolsa de papel a su madre mientras ayudaba a Millie a sentarse a la mesa. Llevaba una bolsa de tela tan pesada que la piel del hombro se le fruncía alrededor de las tiras. Varios libros de la biblioteca tensaban las esquinas, junto con una copia de la guía telefónica de North Falls, edición de 1978. Los libros eran solo para aparentar. Myrna ya no era capaz de seguir una historia. Las dos ancianas pasaban la mañana leyendo la lista alfabética de nombres mientras Millie cotilleaba y se reía de gente que estaba muerta o como si lo estuviera, y de la que Myrna no se acordaba.

—¿Has visto esta basura? —Millie sacó un periódico enrollado de la bolsa y lo blandió como si amenazara a un perro—. ¡El Perver en la primera página! Está todo el pueblo soliviantado. No para de llamarme gente noche y día. Están dispuestos a echarse a la calle y a tomar cartas en el asunto.

—Diles que se calmen. —Emmy se puso a guardar los huevos y el beicon—. Adam no va a estar libre mucho tiempo.

—Eso espero —contestó Millie—. Lo que habría que hacer es llevar a rastras a ese chacal detrás del granero y pegarle un tiro en la cabeza. Y que un hatajo de cuervos le saque los ojos graznando de lo lindo.

—Tía Millie, aquí no hay cuervos —dijo Emmy intentando distraerla.

—No se dice «un hatajo de cuervos», se dice «una bandada de cuervos» —terció Myrna—. Y los cuervos no graznan, crascitan. Ignorantes…

Emmy soltó una carcajada de sorpresa y luego tuvo que apartar la mirada para esconder las lágrimas. Después de seis años de agotador e implacable deterioro, últimamente había muy pocos momentos en que Myrna volviera a ser la de siempre. Esos pequeños destellos de personalidad empezaban a parecerle un cruel recordatorio de todo lo perdido. Emmy abrió el cajón y sacó un paquete de pañuelos de papel. Se sonó la nariz.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó Myrna, molesta—. Por el amor de Dios, Martha, deja de llorar.

Emmy se mordió el labio esforzándose por detener las lágrimas. No era la primera vez que Myrna confundía a sus hijas. La mente de su madre oscilaba constantemente entre la lucidez y la confusión, como si estuviera sujeta a una bola de demolición.

—¡Myrna Louise Clifton! —gritó Millie con firmeza—. Esta no es Martha. Es Emmy Lou, tu hija pequeña.

Myrna siguió tan confusa como antes.

—¿Y dónde está Martha?

Ni siquiera Millie tuvo el valor de decirle que Martha había muerto hacía más de cuarenta años.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que estabas embarazada de Emmy Lou? Estábamos de viaje, visitando a los primos Coleman en Maryland. Resbalaste en una placa de hielo a la entrada de la casa de Beulah y te rompiste la pierna por dos sitios. ¿Te acuerdas?

Myrna asintió lentamente, lo que indicaba que no se creía ni una palabra.

—No he pasado tanto frío en mi vida —continuó Millie—. Y el médico dijo que tenías que quedarte allí unos meses mientras se te

curaba la pierna, pero luego Gerald fue a buscarte. Dijo que podías recuperarte en casa. Estuviste de baja todo el curso. ¿No te acuerdas?

Myrna seguía asintiendo, aunque estaba claro que aún tenía sus dudas.

—Sí, me acuerdo.

Cole bajó las escaleras, ahorrándole a Emmy otro momento de tristeza. Llevaba ya puesto su uniforme de ayudante del *sheriff.* Los pantalones verdes y la camisa de un suave color caqui eran mucho más favorecedores que el marrón de los uniformes anteriores, que recordaba a un perrito caliente dejado al sol. También habían desaparecido los pesados cinturones para el equipamiento, capaces de producir una hernia de disco. El chaleco antibalas de Cole colgaba junto al de Emmy en el perchero, al lado de la puerta. Siempre que lo veía, Emmy se acordaba de los diminutos pijamas que solía meter en una bolsa cuando, de pequeño, su hijo se quedaba a dormir en casa de algún amigo. Ahora Cole le sacaba casi treinta centímetros y estaba cargado de músculos.

—Buenos días, señoras. —Cole tenía la sonrisa fácil y encantadora de su padre, pero ninguna de las gilipolleces de Jonah. Besó a Millie en la cabeza, le lanzó una sonrisa a Myrna y luego empujó suavemente a Emmy, apoyando su brazo en el de ella, mientras se servía un café—. ¿Todo bien?

Se refería a los terrores nocturnos de Myrna. Emmy tenía que sacar a su hijo de aquella casa. Un hombre de veintitrés años no debía vivir así.

—Todo bien.

—He pensado en ir a Atlanta este fin de semana, para el Festival Dogwood.

—¿Se lo dices a tu madre o se lo preguntas a tu jefa?

—Depende. —Encendió todo el voltaje de su sonrisa—. ¿Fue mi madre o mi jefa quien me dijo que tenía que interesarme por otras cosas, aparte del trabajo?

—Las dos tenían razón, pero ya veremos cómo van hoy las cosas. El abuelo nos espera en su despacho.

Cole bebió de un sorbo de café hirviendo y enjuagó la taza en el fregadero. Millie abrió la guía telefónica para dar comienzo a la mañana. Emmy estaba cerrando la puerta mosquitera cuando oyó que su madre preguntaba con voz débil:

—¿Quién es ese muchacho tan guapo?

Volvió a apretar la mandíbula. Intentó relajarla mientras bajaba los escalones. Myrna seguramente no desayunaría. Durante la última semana, había dejado de reconocer la comida, había perdido el mecanismo del hambre que la impulsaba a comer. El médico decía que era solo cuestión de tiempo; sin embargo, los médicos siempre decían eso cuando no tenían ni idea de cuánto tiempo faltaba.

—Mala noche —comentó Cole.

—Sí.

Emmy cruzó el camino de entrada hacia el despacho de su padre. En silencio, concentró sus pensamientos en la jornada que tenía por delante. Debía asignar tareas y encargarse de las nóminas y de las demás labores administrativas, pero lo primero era resolver el asunto de Adam Huntsinger. Millie tenía razón en que el pueblo estaba soliviantado. Emmy había leído un montón de comentarios airados debajo del artículo del *Herald.* Y se había descubierto compartiendo algunas de esas opiniones. La idea de que el asesino de Madison y Cheyenne estuviera de nuevo en North Falls le provocaba un familiar nudo de estrés en el estómago.

Por suerte, Adam no estaba del todo en libertad. Técnicamente, se hallaba en libertad condicional, lo que limitaba mucho sus derechos. Iba a vivir en casa de sus padres, en Elsinore Meadows. La camioneta Chevy verde seguía estando a su nombre. Según los términos de su libertad condicional, tendría que encontrar trabajo pronto y someterse a registros aleatorios y a pruebas de detección de drogas. Sin embargo, confiar en que infringiera alguna de esas condiciones y lo mandaran de vuelta a prisión no iba a mejorar la seguridad del pueblo.

El teléfono le vibró en el bolsillo. Abrió las notificaciones. Las primas habían empezado a ponerse de acuerdo sobre la fecha y la hora del *baby shower.* Fue pasando notificaciones y solo entonces reconoció ante sí misma que en el fondo estaba esperando un

mensaje de Hannah. No un ofrecimiento de paz ni una mano tendida, sino una oportunidad para serle útil, para decirle que no se rendía, que aquello no era el final, que encontraría la manera de mandar a Adam Huntsinger de vuelta a la cárcel, aunque le costara la vida.

Pero no había ningún mensaje de Hannah y ella no podía dar el primer paso. Durante los últimos doce años, había respetado escrupulosamente la voluntad de Hannah. No habían vuelto a tener una conversación desde aquel día espantoso en que Emmy encontró a las niñas en el agua. De vez en cuando se saludaban con un gesto si se veían en un restaurante o en el bar. Una vez, habían coincidido en el pasillo de la fruta del supermercado y Hannah había dicho «los melocotones son buenos este año». En otra ocasión, mientras esperaba una receta en la farmacia, Emmy se dio cuenta de que Hannah y ella estaban tarareando al mismo tiempo la versión de *Complicated* que sonaba en el hilo musical. Pero, si Hannah estaba pensando en las horas que habían pasado intentando difuminarse la raya del ojo como Avril Lavigne, no se lo dijo.

—Mamá, ¿seguro que estás bien? —preguntó Cole—. No te ofendas, pero tienes un aspecto horrible.

—Qué bonito, cariño. ¿Por qué no me lo bordas en un cojín para el Día de la Madre? —Emmy vio su sonrisa cuando le dio un empujoncito con la cadera—. ¿Has visto ya esos pisos de Verona? El tío Penley dijo que te haría un buen precio.

—Lo tengo pendiente.

Emmy sabía que no era cierto. Y sabía también que todo lo que la irritaba de su hijo —su terquedad, su obstinada lealtad, su ciego sentido del deber— eran cosas que la irritaban de sí misma.

—Abróchate el cuello —le dijo al abrir la puerta del despacho de Gerald.

Su padre levantó la vista de la mesa cuando entraron. Estaba escribiendo algo en una hoja de papel rayado. El sol entraba de soslayo por las estrechas ventanas, a su espalda. Había convertido en despacho el antiguo cobertizo cuando Emmy y Cole se mudaron allí después del divorcio. Los armarios archivadores cubrían toda una pared. Junto a la ventana había dos fotografías enmarcadas de sus

hijos: una de Emmy de pequeña con un gatito en brazos y otra de sus hermanos casi adultos al pie de las cataratas, tres años antes de que ella naciera. Dos años antes de que muriera Henry. Un año antes de que muriera Martha. Tommy parecía muy alto y desgarbado con su bañador. Estaba en el primer curso en la universidad. Tenía el pelo casi tan largo como Martha.

—Buenos días, jefe —dijo Cole.

—Ayudante. —Gerald tapó el bolígrafo y guardó el papel en una carpeta. Miró a Emmy—. ¿Qué tal hoy?

Preguntaba por Myrna. Gerald también había caminado con ella por las habitaciones esa noche. Tenía en la mejilla una tenue línea roja: Myrna le había arañado al darle una bofetada.

No era el único estrago que había causado la enfermedad de Myrna. Si su madre había envejecido a causa de su dolencia, a su padre parecía que lo habían arrastrado hasta el borde mismo del infierno. Tenía ochenta y seis años, aunque parecía diez años mayor que Millie. Tenía la cara macilenta. Había perdido mucho peso en poco tiempo. El uniforme le colgaba de los hombros como un saco de papel. En muchos sentidos, para Emmy era más duro ver cómo se deterioraba su padre que su madre.

—Un día normal —dijo, porque «normal» y «malo» eran las únicas dos opciones—. Millie va a estar la mañana con ella, luego se pasará Tommy a la hora de comer y después la persona de ayuda domiciliaria se quedará con ella hasta que tú o yo volvamos de comisaría.

—Yo puedo ayudar —dijo Cole.

—No, no puedes. —Emmy miró a su padre—: ¿Repaso yo el caso?

Gerald asintió.

—Vale.

Para Emmy fue un alivio pasar a asuntos de trabajo. Le indicó a Cole que se sentara y se tocó el cuello para recordarle de nuevo que se abrochara el botón.

—¿Qué sabemos? —empezó—. La mañana de los asesinatos, Adam Huntsinger fue visto hablando con Madison en el estanque, alrededor de las once. Las colillas de cigarrillos encontradas allí coincidían con el ADN de Adam y Madison. Se hallaron huellas

dactilares y rastros de ADN de Adam dentro de la bolsa de marihuana que Madison llevaba en el bolsillo, también en la que encontré en la caja de Cheyenne. El parachoques delantero izquierdo del Jetta de su padre tenía arañazos que podían coincidir con el golpe en la rueda de la bicicleta. El colgante del collar roto de Cheyenne se halló delante de su apartamento del sótano, con las huellas dactilares de Adam. Había armas en la casa que podían coincidir con la que se usó para matar a Cheyenne. Las huellas tomadas en el campo de fútbol y en el camino secundario podían coincidir con la marca y el tipo de neumático que usaban comúnmente los Jetta del año y el modelo del de Walton Huntsinger. Se localizaron huellas de botas de trabajo del número cuarenta y cinco en el camino secundario, el campo de fútbol y el estanque. Adam Huntsinger calza un cuarenta y cinco.

Emmy dejó que continuara Cole.

—Esa misma noche —dijo su hijo—, Barbara Jericho, de veintidós años, estaba trabajando como bailarina exótica en un club a las afueras de Macon. Conoció a un cliente que se ofreció a llevarla en coche a Savannah a ver los fuegos artificiales. A la mañana siguiente, un ayudante del *sheriff* de Candler la encontró vagando por las calles de Metter, a más de ciento setenta kilómetros de distancia. Barbara le dijo que había sufrido una agresión sexual. La llevaron al hospital, donde le tomaron muestras con el kit de violación. Ahora saltamos en el tiempo hasta el año pasado. Jericho escuchó el pódcast *Ángel equivocado.* Empezó a mirar fotos en internet y reconoció a Adam Huntsinger como el hombre que la había agredido. Se puso en contacto con la oficina del *sheriff* de Candler y descubrió que en realidad las muestras que le tomaron nunca llegaron a analizarse. Después de algunas idas y venidas, consiguieron que la OIG hiciera los análisis y resultó que el ADN coincidía exactamente con el de Adam Huntsinger. La violación le proporcionó una coartada para la noche del secuestro y el asesinato. Salió del corredor de la muerte hace dos días. En estos momentos está en libertad bajo fianza, a la espera de juicio por un cargo de violación.

—¿Qué creemos que sabemos? —le preguntó Emmy.

Cole sacó la lengua un momento, como cuando tenía ocho años y creía saberse la respuesta a una pregunta.

—Vosotros seguís pensando que Adam Huntsinger es culpable.

—Vale. —Emmy miró a su padre en busca de apoyo, pero la expresión de Gerald era tan pétrea como su silencio. Le dijo a Cole —: Señala los puntos débiles.

—Bueno, a ver… —Cole se encogió de hombros, aunque prácticamente se sabía de memoria el pódcast de Jack—. Adam alegó que sus huellas estaban en el collar de Cheyenne porque Madison le pidió que lo arreglara. A ella pudo caérsele la cadena al volver a casa por el camino secundario, cuando fue al estanque de Millie a comprarle marihuana a Adam. El arma homicida nunca se encontró. Ni tampoco el teléfono plegable de Cheyenne con sus iniciales grabadas en la carcasa. No se encontraron restos de ADN de las víctimas dentro del Jetta. La lona de plástico que los buzos encontraron en el fondo del estanque podría haberse usado para forrar el maletero, pero no tenía restos de ADN ni huellas dactilares. Lo que acabas de decir sobre los neumáticos y las pisadas y la rozadura del parachoques delantero… Hay muchas pruebas circunstanciales y muy pocas coincidencias exactas.

—¿En la academia os enseñan que todas las pruebas tienen que coincidir al cien por cien? —preguntó Emmy.

—Me enseñaron que el ADN siempre manda.

—¿Cuánto tiempo puede permanecer el ADN dentro del aparato reproductor de una mujer?

Cole volvió a encogerse de hombros, pero dijo:

—Hasta cinco días.

—Entonces, es posible que Adam tuviera relaciones sexuales sin protección con Barbara Jericho hasta cinco días antes de que a ella la violaran. Es posible que su verdadero agresor llevara preservativo. Es posible, según admitió ella misma, que, por el hecho de estar hasta arriba de drogas en el momento de la violación, esté equivocada respecto a las horas.

Cole no se encogió de hombros, pero esbozó una leve sonrisa.

—No te creíste ese argumento en el caso de violación que tuvimos el año pasado.

—El año pasado no tuve en mis brazos a dos niñas muertas.

Emmy vio que su hijo daba un respingo. No iba a retirar sus palabras. En ese momento era su jefa, no su madre.

—Asistí a las autopsias. A Cheyenne le dieron una paliza y le pegaron un tiro en la cabeza. A Madison le rompieron todos los huesos de las manos y los pies, probablemente con un martillo. Adam la mantuvo viva entre doce y dieciocho horas. No pudo defenderse. No pudo huir.

—Pero tampoco encontrasteis nunca el martillo.

—Explícame qué significa el concepto «preponderancia de la evidencia».

Cole se crispó; aun así, contestó:

—Que algo tiene más probabilidades de ser cierto que de no serlo.

—¿Y qué significa «más allá de toda duda razonable»?

—Que no hay otra explicación razonable para la prueba que se presenta.

—Dame una explicación más probable que la hipótesis de que Adam Huntsinger es el asesino. Y no recurras a ese pódcast absurdo de Jack. El noventa y nueve por ciento del tiempo habla por hablar. Dale Loudermilk no tenía un Jetta. Tenía una camioneta Ford y su esposa, un Audi. No calza un cuarenta y cinco. Su ADN no aparece en ningún sitio relacionado con las niñas.

—Dale cogía el Audi de su mujer constantemente —repuso Cole—. Lo vieron lavándolo con lejía ocho horas después del secuestro.

—Siete horas después, y nadie ha afirmado nunca que las niñas jamás montaran en el Audi. Dale lo reconoció en el primer interrogatorio. Durante el juicio, el abogado de Adam interrogó a Ruth Baker en el estrado. Declaró que había dado permiso a Dale para que llevara a Cheyenne a casa. Hannah dijo lo mismo respecto a Madison.

Cole no se echó atrás.

—¿Y el dinero y las drogas duras?

—Buena pregunta —dijo Emmy—. Es curioso que ninguno de los hombres adultos que pagaban a una chica de quince años por sexo y le suministraban cocaína para que la vendiera se presentara como testigo.

Él resopló, exasperado.

—Alma Huntsinger declaró que arañó el parachoques izquierdo del Jetta cuando aún podía conducir.

—Alma Huntsinger intentaba que su hijo no acabara en el corredor de la muerte. El jurado escuchó los testimonios durante tres semanas, vio todas las pruebas y lo declaró culpable más allá de toda duda razonable. —Emmy le devolvió otro encogimiento de hombros—. Piénsalo, hombre. ¿Qué otra explicación puede haber más razonable?

Cole levantó las manos dándose por vencido.

—Lo que tú digas, jefa.

Emmy oyó que llegaba otro coche. Miró por la ventana y vio el Honda azul de Tommy aparcando en su sitio de siempre, debajo del magnolio. Oyó silbar a su hermano mientras se dirigía a la puerta de la cocina. Comprobó la hora. Tommy iba a llegar tarde al instituto.

—Cole —dijo Gerald—, necesito hablar un minuto con tu madre.

—Sí, jefe.

Emmy esperó a que saliera.

—No necesito que me eches un sermón, papá. Sé que estoy siendo demasiado dura con él, pero se cree que lo sabe todo y no es verdad. No es que piense que algo no pinta bien, es que va de sobrado.

—Vale —dijo Gerald—. ¿Cuál es el plan?

De nuevo, fue un alivio centrarse en el trabajo.

—Tenemos que hacerle una visita a Adam Huntsinger. Millie dice que no paran de llamarla. La gente está que arde, andan hablando de hacer alguna barbaridad. Las conversaciones en internet tampoco pintan bien. No sé si son solo unos cuantos bocazas, pero Walton tiene más de setenta años y Alma no ve ni lo que tiene a medio metro. Tenemos el deber de advertirlos.

Gerald no reaccionó a nada de lo que acababa de decirle. Solo repitió:

—¿Cuál es el plan?

Emmy sintió de nuevo un nudo en el estómago, pero por un motivo completamente distinto.

—Mi plan es cumplir con mi trabajo como jefe adjunto del *sheriff* lo mejor que pueda.

—¿Y después?

Ella se encogió de hombros con la misma indiferencia que Cole.

—Papá, el *sheriff* del condado de Houston tenía noventa y un años cuando por fin se jubiló. Tú no estás corriendo por la calle ni disparando. Utilizas la cabeza para dirigir a tus agentes. Todavía cuentas con la confianza del condado. Te votarán mientras sigas presentándote a *sheriff.* No hay razón para…

—Sí que hay razón.

Emmy apretó los labios.

—Deberías presentarte tú —dijo él.

—Son casi las siete y media. Solo voy a presentarme en el trabajo. —Se levantó de la silla—. Ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza como para meterme en ese lío. ¿Necesitas que te lleve?

—No, nada de eso. Habla.

—Papá…

Gerald la miró fijamente, como un rayo tractor que tiraba de ella hacia la silla.

Emmy soltó un largo suspiro de frustración al volver a sentarse. Habían empezado a hacer aquello cuando estaban solos en el despacho de su padre, nada más que ellos dos: dos personas que nunca hablaban con nadie hablando entre sí.

—Cole solo me da largas —dijo Emmy—. No paro de decirle que se vaya a vivir a otro sitio. No tiene que estar atado a su madre. Tiene que vivir su vida.

—Pues dale ejemplo —contestó Gerald—. Preséntate a *sheriff.*

—Papá. —Intentó pensar en una forma de distraerlo, pero las palabras se le escaparon solas—. Ya estoy perdiendo a mamá. La idea de perderte a ti también…

—Sigo aquí.

—Pero te necesito aquí. —Se llevó la mano al pecho, indicando no solo su corazón, sino también la estrella de jefe adjunto del *sheriff* que su padre le había prendido en la camisa al jubilarse Virgil Ingram—. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, hija, pero las cosas no se detienen solo porque tú te quedes parada. Va a pasar. Lo sabes tan bien como yo. Aprovéchalo. Caras nuevas. Ideas nuevas. Ordenadores. Internet. Pódcast. Snapchat. TicTac.

Emmy se rio.

—Tú odias todas esas cosas.

—Lo que no significa que no esté equivocado.

—No quiero hacerlo, papá. No sé cómo organizar una campaña electoral. Y tampoco sé cómo podría reemplazarte.

—Pues alguien va a hacerlo —dijo él—. En algún momento.

—¡Hola, hola, hola! —Tommy llamó a la puerta con los nudillos al entrar en el despacho. Rebosaba el optimismo implacable del profesor que estaba a punto de jubilarse—. ¿Qué tal, familia?

Emmy forzó una sonrisa.

—¿Tienes que ser siempre tan ganso?

—Y tú ¿tienes que ser siempre una niña mimada? —Tommy le puso la mano en el hombro. No se dejaba engañar fácilmente—. ¿Todo bien, peque?

Ella asintió con la cabeza, pero tuvo la sensación de que le habían tendido una emboscada. Tommy no estaba allí por casualidad. Evidentemente, Gerald le había pedido que se pasara por su despacho antes de ir a trabajar. Emmy pensó en la carta que estaba escribiendo su padre cuando habían entrado en el despacho. ¿Pensaba renunciar a su puesto? ¿Iba a obligarla a tomar una decisión? No estaba preparada para hablar de aquello, de ningún modo. Y menos habiendo dormido dos horas y teniendo una madre que estaba perdiendo la cabeza y un hijo que se creía Sherlock Holmes.

—Vale —dijo Gerald—. Acabemos con esto de una vez.

Emmy miró a Tommy. Su hermano sacudió la cabeza. Él tampoco tenía ni idea de a qué se refería su padre.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó.

—Siéntate. —Gerald esperó a que Tommy se sentara. Luego esperó un poco más. Por fin, carraspeó y dijo—: Ha llegado la hora.

Emmy sintió una opresión distinta en el pecho. No se trataba de ella, sino de Myrna.

—Rompí mi promesa —continuó Gerald—. Tu madre nos dijo lo que quería.

La opresión se convirtió en un peso aplastante. Emmy volvió a mirar a Tommy. Su hermano siempre la había llamado «la chica que susurraba a papá», pero esta vez ambos sabían exactamente a qué se refería Gerald. Al día siguiente de que se confirmara que Myrna padecía Alzheimer, su madre convocó una reunión familiar. Lo que les pidió no podía ser más claro. «Prometedme que no intentaréis tenerme en casa cuando empeore —les suplicó—. Ingresadme en una residencia. O metedme en un contenedor y mandadme a alta mar. No notaré la diferencia y no quiero que viváis así conmigo».

—Papá… —A Tommy se le saltaron las lágrimas—. No podemos.

Emmy abrió la boca para decir que estaba de acuerdo, pero el recuerdo del episodio de esa noche ahogó todas sus excusas. Los gritos espeluznantes e inarticulados que sonaban como una sirena. Ella saltando de la cama. Gerald corriendo por el pasillo. Cole acudiendo a ayudar. Emmy abrazando a su madre mientras sollozaba, y luego de pie con la espalda pegada a la puerta cuando Myrna se puso a gritarles e insultarlos, creyendo que eran extraños que habían entrado en su casa.

Hacía más de tres meses que no los reconocía.

Myrna sabía que aquello iba a suceder. Había sido profesora de Lengua más de cincuenta años. Sabía documentarse sobre un tema. Se había convertido en una experta en las fases del Alzheimer. Conocía los horrores que acompañaban a la última etapa. Emmy aún recordaba a su madre leyendo en voz alta la lista que hizo en un cuaderno de clase. Myrna había anotado todo lo que no quería ni para sí misma ni para su familia: que tuvieran que hacer malabarismos con sus horarios para cuidarla; que tuvieran que ir corriendo a todos lados; que cambiaran sus planes; que faltaran al trabajo; que se saltaran celebraciones y momentos importantes y no pudieran pasar tiempo con sus respectivas familias y amigos; que se ocuparan de los medicamentos, las citas médicas y las pruebas; que tuvieran que soportar el estrés y la preocupación y las noches en vela y el esfuerzo físico. Que la ayudaran a bañarse. Que le cambiaran los pañales, las sábanas y la ropa. Que los preocupara

que se escapara. Que tuvieran que buscarla si se escapaba. Que la vieran perder por completo el control. La hipersensibilidad, los delirios, la paranoia, las proyecciones, los terrores nocturnos con sus gritos horripilantes, que ahora se producían cada vez con más frecuencia, hasta el punto de que Emmy apenas podía apoyar la cabeza en la almohada sin que su cuerpo se tensara a la espera del siguiente episodio.

«Prefiero caerme muerta ahora mismo antes que ser una carga para vosotros».

Gerald abrió el cajón de su escritorio y sacó un folleto. Emmy reconoció el logotipo de la residencia de ancianos que habían visitado el año anterior. El Centro Azalea Place de Atención a la Demencia era un edificio de diez plantas, a medio camino entre un pabellón psiquiátrico y una prisión de máxima seguridad. Tommy y Emmy no habían podido acabar la visita. A los diez minutos se escabulleron, se metieron en sus respectivos coches en el aparcamiento y se echaron a llorar.

Ahora, su hermano dijo:

—Celia y yo lo hemos estado hablando. Puedo pedir la jubilación anticipada. A mamá no puede quedarle mucho tiempo.

—Hijo. —Emmy nunca había oído a Gerald hablarle a su hermano en un tono tan tierno—. ¿Cuánto tiempo te queda a ti?

Tommy agachó la cabeza. Ya no era joven. Tenía más años por detrás que por delante.

—Vuestra madre estaba en pleno uso de sus facultades cuando nos dijo lo que quería —añadió Gerald—. No podemos defraudarla ahora que ya no lo está.

Tommy se apretó los párpados con los dedos.

—Esto no me parece bien.

—No tiene que parecértelo —dijo Gerald—. Fue decisión suya. Y ahora mía.

Tommy respiró hondo. Sabía que no tenía sentido discutir.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Emmy se cubrió la boca para sofocar un sollozo.

—Puedo… —Tommy volvió a respirar hondo—. Cogeré el día libre para ayudar con el equipaje.

—No hace falta. No recuerda sus cosas. No nos recuerda a nosotros. Nuestras caras. Nuestras voces. Somos unos extraños. Es como si estuviera muerta.

Emmy bajó lentamente las manos y las posó en el regazo.

Gerald dio unos golpes en el folleto con el dedo, con la firmeza de un juez usando su mazo.

—La ambulancia vendrá a recogerla a las siete y media. Yo iré detrás. Vosotros os iréis a trabajar. La mejor manera de superar esto es agachar la cabeza y cumplir con vuestro trabajo. ¿Entendido?

Tommy ya tenía la cabeza gacha, pero asintió.

Emmy asintió también. Se acarició la palma de la mano con el pulgar. Las lágrimas le nublaron la vista mientras su hermano intentaba no echarse a llorar. Estaba rota de dolor. Sentía que le habían robado algo. Y al mismo tiempo estaba profundamente avergonzada, porque en parte —y ni siquiera era una parte pequeña — sentía un inmenso alivio.

Empezó a sonar el teléfono de la mesa de Gerald. Emmy miró a su padre, que había sacado el pañuelo para enjugarse los ojos. Se lo pasó a Emmy antes de pulsar el botón del altavoz.

—Brett. —Gerald carraspeó, transformándose de esposo y padre afligido en *sheriff* del condado de Clifton—. Tengo puesto el manos libres.

—Siento molestarlo tan temprano, jefe, pero ha pasado algo malo. —La voz de Brett sonaba entrecortada—. Estoy en el camino de detrás de la casa de Millie. Hay una bicicleta de chica. Con la rueda trasera doblada y la cadena suelta. Parece que también hay sangre. La niña no está por ningún lado.

Emmy sintió que la bilis le inundaba la boca. Su angustiosa conversación sobre Myrna pasó a segundo plano. De pronto se retrotrajo a doce años atrás. Estaba de pie en el camino secundario, con Gerald, y Michael Berry-Lawhorn les explicaba lo que habían hallado en el lugar donde había desaparecido Cheyenne Baker.

Ahora, al mirar a su padre a los ojos, comprendió que él estaba pensando lo mismo. Gerald no dijo nada. Le sostuvo la mirada,

animándola. Luego asintió con la cabeza, porque Emmy tenía que cumplir con su trabajo.

Ella respiró hondo; introducía a la fuerza aire en sus pulmones para poder hablar.

—Brett, ¿sabes de quién es la bicicleta?

—Sí —contestó.

Emmy adivinó que su voz entrecortada no se debía a una excitación nerviosa, sino al miedo. Brett también había trabajado en el caso de Adam Huntsinger. Había visto los cuerpos destrozados de Madison y Cheyenne. Sabía lo que podía estarle pasando a otra muchacha desaparecida.

—Hay un trabajo de clase o algo así en la cesta de la bici, con un nombre. Paisley Walker. Catorce años. He llamado a su casa. Ha contestado la madre. El padre ya estaba en el trabajo. Viven en la avenida Coleman. La madre dice que la niña se fue al instituto en bici poco antes de las siete. En el instituto no la han visto.

—¿Paisley Walker? —Emmy miró a Tommy. Él negó con la cabeza. No la conocía. Le preguntó a Brett—: ¿Quién ha dado el aviso?

—Sylvia Wrigley. Sigue aquí. Creo que… —Se oyó un crepitar en el teléfono cuando bajó la voz—: Creo que ha hecho fotos.

Emmy y Gerald pusieron cara de fastidio. Sylvia Wrigley era la editora del *North Falls Herald.* Seguramente ya habría publicado las fotos en todas sus redes sociales. El pueblo era un polvorín. No hacía falta que Sylvia prendiera una cerilla.

—¿Has llamado al hospital? —preguntó ella—. ¿A las clínicas de urgencias?

—La madre y yo hemos llamado a todo el mundo. No tenemos nada.

—Vale. —A Emmy ya le sudaban las manos cuando sacó su móvil. Siguió hablando mientras escribía un mensaje—: Voy a mandar refuerzos para acordonar la zona. La patrulla recorrerá la ruta que siguió la niña en la bici. Quiero que hables con la madre. Necesitamos la descripción de Paisley. Averigua qué llevaba puesto. Pídele una foto reciente. Envíamelo todo.

—Sí, jefa.

—Espera —dijo Emmy, impidiéndole colgar. Intentaba frenéticamente dar con una explicación que no fuera espantosa. En casi la mitad de los casos de menores desaparecidos, el responsable era uno de los progenitores—. Observa a los padres para ver si alguno de los dos actúa de forma extraña. Intenta hacerte una idea sobre su matrimonio. Procura que te den permiso para registrar la casa de arriba abajo. Mira también dentro de los coches. Asegúrate de que Paisley no está escondida en ningún sitio.

—Jefa… —vaciló Brett—. No creo que esté escondida.

Emmy tampoco lo creía, pero no podían descartar nada. Tampoco el hecho de que en un veintisiete por ciento de los casos el responsable de la desaparición de un menor era un pariente o un conocido.

—Que los padres llamen a familiares, amigos, a cualquiera con quien Paisley tenga relación, aunque sea superficial. Y lo mismo el instituto. Orientadores, profesores, ayudantes… Pregunta por todas las optativas que esté cursando: anuario, coro, lo que sea. Ese trabajo de clase tenía que ser para alguien.

—Vale, jefa. ¿Qué más?

Emmy sintió que se le retorcía el estómago. Ese «qué más» equivalía a la peor de las posibilidades. Un desconocido. Un depredador sexual que había visto a una niña por casualidad y había decidido secuestrarla.

—Mira por el vecindario. ¿Hay alguna casa que estén reformando o construyendo? ¿Hay algún vecino con una niñera o un pariente o un amigo que esté de visita? ¿Un nuevo profesor suplente o un trabajador de mantenimiento en el instituto? Hay que hablar con todo el mundo, Brett. Y quiero a todo el mundo trabajando en esto. No vamos a pegar ojo hasta que encontremos a Paisley.

—Sí, jefa. Los refuerzos acaban de llegar. ¿Algo más?

—Poneos manos a la obra.

Gerald colgó el teléfono. Cogió la chaqueta de la silla. Emmy apretó el hombro de Tommy antes de salir del despacho con su padre, saltando de una tragedia a otra.

Paisley Walker. Catorce años. Iba en bici por los caminos secundarios. ¿Había también otra niña, una segunda víctima? ¿Se

estaba repitiendo el patrón? ¿Habían llevado a la niña a un lugar apartado donde la violarían y torturarían, donde le romperían los huesos de las manos y los pies para que no pudiera defenderse ni huir?

—¡Mamá! —Cole salió corriendo de la casa con los chalecos antibalas—. Acabo de enterarme…

—Sube al coche.

El sol la cegó mientras cruzaba el jardín. Oyó que su padre se esforzaba por seguirlos. Empezaron a llorarle los ojos. Sentía que iba a vomitar. Aquello no podía estar pasando otra vez, con Adam fuera de la cárcel, con su madre demente, su padre convertido en una sombra de sí mismo y su vida a punto de desmoronarse. Se sentía temblorosa y mareada cuando abrió la puerta del coche patrulla. Cole montó detrás. Emmy quería ir más despacio, tomarse un segundo para recuperar el aliento, para impedir que en su mente se agolparan las ideas más horribles, pero no había tiempo.

Gerald abrió su teléfono mientras ella arrancaba. Lo vio marcar el número de la OIG. El tiempo era esencial. Tenían que emitir una «llamada de Levi», el equivalente en Georgia a una alerta Amber por desaparición de un menor.

—Sylvia Wrigley consiguió miles de seguidores después de que Jack la entrevistara para su pódcast —le dijo a su padre.

—Sí.

Emmy se sacó el móvil del bolsillo. Tenía media docena de notificaciones del *Herald.* Las borró y abrió el grupo privado de WhatsApp de mujeres agentes de policía de la zona. Escribió con el pulgar: «Posible secuestro niña 14 años. Alerta en marcha».

—Mamá —dijo Cole—, ¿adónde vas?

Emmy había dejado atrás el desvío a la comisaría.

—A casa de Adam Huntsinger.

—Pero… —Cole se sujetó a la mampara metálica para no tambalearse—. Si Adam ha secuestrado a esa niña, no haría la estupidez de llevarla a su casa.

—Ponte el cinturón —ordenó Emmy—. Sé que Adam no es tan tonto, pero hay gente que sí lo es.

Tomó otra curva bruscamente, lanzando a Cole al otro lado del coche. Su hijo se puso por fin el cinturón de seguridad cuando llegaron a la interestatal. Emmy miró el reloj, haciendo cuentas. El tramo del camino secundario que pasaba junto a la casa de Millie estaba a diez minutos en bici desde la avenida Coleman. Sylvia habría llamado para avisar del hallazgo de la bicicleta nada más ver la sangre; Brett habría corrido a presentarse allí y luego había llamado a los padres, al instituto y a los hospitales, y finalmente a Gerald.

De modo que habían transcurrido unos cincuenta minutos durante los cuales podía haberle ocurrido algo terrible a Paisley Walker. Emmy volvió a repasar las posibilidades. El padre o la madre. Un familiar. Un conocido. Un extraño.

Menos del uno por ciento de los secuestros de menores eran obra de depredadores sexuales. Las víctimas eran casi exclusivamente mujeres con una edad media de catorce años. Lo más común era que las secuestraran en un lugar al aire libre y que las coaccionaran con un arma de fuego. La mayoría de las veces, el secuestrador conducía un coche. En el cuarenta y cuatro por ciento de los casos, la víctima era asesinada en el transcurso de la primera hora. El setenta y ocho por ciento, en el transcurso de las tres primeras horas.

Al cabo de veinticuatro horas, prácticamente todas las víctimas estaban muertas.

—Sherry —dijo Gerald al teléfono—, necesito vuestra ayuda.

Emmy dejó de prestar atención a la voz de su padre. Siguió dando vueltas al carrusel en su cabeza, barajando posibilidades inofensivas. Paisley se había caído de la bici y había ido a pie a buscar ayuda. O se había escondido en algún sitio para no meterse en un lío. Un coche la había atropellado cuando iba en la bici. El conductor la había llevado al hospital o a una clínica de urgencias. Había cambiado el turno de personal y, en medio del jaleo, su historial se había extraviado. Nadie recordaba haberla visto y ya estaba volviendo a casa.

Cualquiera de esos escenarios era posible, pero ninguno le parecía acertado. Adam Huntsinger llevaba dos días en su casa. La mitad del

pueblo estaba deseando lincharlo. La otra mitad quería ponerlo en un pedestal. Era mucha atención para un hombre que había pasado solo prácticamente cada hora de cada día durante los últimos doce años. Según los estudios sobre pederastas en libertad condicional, el estrés era el factor que más contribuía a su reincidencia.

—De acuerdo. —Gerald cerró el teléfono—. La OIG ya ha activado la alerta. Dime el cálculo de hora.

—Paisley salió de casa sobre las siete. Sylvia dio aviso sobre las siete y media. Brett te llamó unos veinte minutos después y ahora mismo… —Emmy miró el reloj del salpicadero. Se le encogió el corazón. Las posibilidades de que Paisley sobreviviera estaban a punto de reducirse a la mitad—. Lleva desaparecida cincuenta y ocho minutos.

—Pon una alarma de treinta minutos.

Emmy se llevó la mano al reloj sin apartar la otra del volante. Sabía que su padre no creía en las probabilidades estadísticas.

—¿Para qué es la alarma?

—Para llamar al FBI —respondió Gerald—. La última vez cometimos un error. Esperamos demasiado.

Emmy puso la alarma mientras salía de la interestatal. Durante los últimos cuatro meses, habían pasado horas hablando del caso, analizando las incoherencias del pódcast de Jack, revisando las pruebas, debatiendo lo que podrían haber hecho de otra manera. En el transcurso de esas conversaciones, Gerald nunca le había dicho que se arrepintiera de no haber solicitado antes la ayuda del FBI.

Sin embargo, ahora no había tiempo para preguntarle al respecto. La carretera pasó de asfalto a grava. Se levantó una polvareda detrás del coche patrulla. Por fin habían llegado a Elsinore Meadows. Emmy miró a Cole por el retrovisor. Su hijo miraba fijamente al frente, con la mandíbula tensa. Emmy comprendió que de pronto todo aquello le parecía muy real. Una cosa era escuchar un pódcast cuando ibas en el coche por la mañana y otra muy distinta, participar en una investigación en la que avanzabas a ciegas y cada decisión que tomabas, cada paso que dabas, podía suponer que una menor muriera o sobreviviera.

Pelearse con Jonah. No prestar atención a Madison. No devolverle las llamadas a Millie. Emmy no podía dar marcha atrás para borrar todos esos errores. Lo único que podía hacer era prometer que no volvería a cometerlos.

—Mierda —murmuró Cole.

Emmy también masculló un improperio. La primicia de Sylvia Wrigley había provocado el efecto que se temían. Había una veintena de coches aparcados de cualquier modo a ambos lados del camino. Un grupo de al menos veinte personas se había congregado frente a la casa de los Huntsinger. Gritaban y agitaban los puños, buscando pelea. Emmy hizo sonar la sirena varias veces al acercarse, pero no se dispersaron. Estaban demasiado coléricos, también asustados, y ansiaban venganza.

Emmy frenó y le dijo a Cole:

—Corta la entrada al camino. Pide refuerzos inmediatamente.

—Sí, jefa. —Su hijo hizo amago de salir del coche.

—¡Cole! Ponte el puto chaleco. Y abróchatelo bien.

Emmy no se movió hasta ver que tiraba de las correas de velcro. Luego pisó el acelerador. El coche arrancó con una sacudida. No era momento de hacer una entrada amable. Pisó el freno, dio un giro brusco y se paró en seco.

—¡Atrás! —gritó al salir del coche.

Cogió su chaleco antibalas del asiento trasero y se lo puso. Recorrió con la mirada a la gente, fijándose en sus manos y sus caderas. Teléfonos móviles grabando cada uno de sus movimientos. Rostros crispados por la rabia. Dos Glocks, una Sig Sauer, un revólver Smith & Wesson, una botella de licor con un trapo sucio asomando por el cuello. Nadie había desenfundado el arma ni prendido fuego a nada, aunque no había ninguna garantía de que no fueran a hacerlo.

—¡He dicho que atrás! —Apoyó la mano en su arma y levantó la otra, señalando al otro lado del camino—. ¡Retrocedan! ¡Ahora mismo!

Hubo movimiento, pero no el suficiente. Gerald cerró de golpe la puerta del coche. Empezó a acercarse a la gente. Sin chaleco. Sin arma. Doce años atrás, se habrían separado como las aguas del mar

Rojo. Ahora se mantuvieron firmes. Gritaban, vociferaban enfurecidos y blandían las cámaras de los teléfonos como armas.

—¡Esto es culpa vuestra!

—¡Putos policías!

—¿Para qué coño pago mis impuestos?

Gerald esperó a que se callaran.

—Tengo que pedirles que se marchen a casa.

—¡Y una mierda! —respondió una mujer—. Han dejado salir de la cárcel a un pederasta. Y ha secuestrado a otra niña.

—¡Sí! —gritó un hombre—. ¿Qué va a hacer al respecto?

Gerald esperó otro momento de silencio.

—Voy a llamar a la puerta.

No respondieron. Era una solución sencilla y no estaban tan ofuscados como para oponerse a ella. Primero se apartó una persona. Después, otra. Por fin, quedó despejado el camino para que Gerald avanzara hacia la puerta. Emmy observó su lento caminar. La casa no estaba a más de quince metros de la carretera, pero contuvo la respiración hasta que su padre llegó al porche. La puerta se abrió antes de que le diera tiempo a llamar.

Gerald desapareció dentro.

Emmy respiró hondo. Luego buscó a Cole con la mirada. Su hijo estaba impidiendo el paso a una fila de coches. A la gente que iba a pie no podía pararla. Emmy estaba a punto de apartar la mirada cuando reconoció a una de las mujeres que iban hacia allí. Pelo rubio recogido. Maquillaje ligero. La ansiedad de Hannah era palpable. Tenía las manos entrelazadas. Todavía llevaba el anillo de diamantes que le había regalado Paul Dalrymple y que Emmy había ayudado a elegir.

Paul se había convertido en un alcohólico contumaz. Emmy llevaba años oyendo habladurías por el pueblo. Se lo encontraban desmayado en el trabajo. O montaba un escándalo en un partido de béisbol de Davey. Después estaban las citaciones y las multas por diversas infracciones. Desorden público. Conducción temeraria. Dos denuncias por conducir bajo los efectos del alcohol. Le habían retirado temporalmente el carné de conducir. Su negocio estaba casi en bancarrota. Antes de que secuestraran a Madison, era un tipo un

poco torpe pero encantador. Ahora estaba amargado y maltrecho. Las pocas veces que se veían por el pueblo, no perdía ocasión de mirar a Emmy con odio.

Hannah levantó la barbilla para dar a entender que la había visto. Se paró a unos metros de Emmy y observó al gentío. Emmy también lo miró, pero no por curiosidad. Los refuerzos no habían llegado aún. Cole estaba lejos, a medio campo de fútbol de distancia. Su padre estaba solo dentro de una casa donde vivía un asesino, y fuera había una turba que hasta hacía diez minutos clamaba pidiendo sangre.

Y una niña de catorce años llamada Paisley Walker seguía desaparecida.

Emmy sacó su teléfono y fingió mirar los mensajes. Abrió la cámara para grabar las caras. Madres vestidas con mallas. Hombres con monos de trabajo. Algunos rezagados con ropa de *sport.* Luego estaban Ashleigh Ellis y Brandi Norton, quienes, junto con Kaitlynn, habían sido en sus tiempos las chicas más populares del instituto. Y Dervla Culpepper, que la noche en que desaparecieron las chicas estaba en el Miata, en el campo de fútbol, y que luego, doce años después, había mentido descaradamente cuando Jack la entrevistó para el primer episodio del pódcast *Ángel equivocado*. Dervla estaba grabando el espectáculo con su teléfono, seguro que con la esperanza de conseguir otros diez minutos de fama.

En total, Emmy contó veintiséis personas y unas cuantas más en camino. Sabía que los delincuentes violentos a menudo intentaban inmiscuirse en las investigaciones. Fingían ser testigos oculares, o ciudadanos preocupados o espectadores. Los caminos secundarios no estaban muy lejos de allí. Densas arboledas bordeaban las carreteras que había entremedias. Sería fácil deshacerse de un cuerpo en aquella zona.

Hannah carraspeó.

Sin pensarlo, Emmy se volvió hacia ella y la miró directamente a la cara por primera vez desde hacía más de una década. Por un instante, la sorprendieron sus patas de gallo y las raíces canosas de la raya del pelo. Sabía que Hannah veía en ella los mismos cambios. El tiempo había seguido adelante, aunque su amistad no hubiera hecho lo mismo.

—¿Crees que Adam se ha llevado a Paisley? —preguntó.

Emmy se estremeció al oír su voz, tan reconocible para ella como la de Tommy o la de su padre. Utilizó el teléfono como excusa para apartar la mirada y se puso a grabar los coches aparcados al borde de la carretera. Volvió a mirar a Cole. Estaba apoyado contra el capó de un coche aparcado, con los pulgares enganchados en el chaleco. Las correas estaban sueltas.

—Si se la ha llevado él, no la habrá traído aquí —le dijo a Hannah.

—No. Un animal no olvida cómo cazar, aunque haya estado enjaulado.

Emmy notó su tono apático. Tenía ojeras. Probablemente no pegaba ojo desde que había salido el pódcast de Jack. Antes del asesinato de Madison, Paul ya era un marido rencoroso, de los que no perdonaban con facilidad una ofensa. En el pueblo todo el mundo sabía que su alcoholismo se había descontrolado. Hacía un par de semanas, se había presentado borracho en un partido de béisbol de Davey. Hannah era seguramente lo único que mantenía unida a la familia.

Cundieron murmullos entre la gente. La puerta de la casa se había abierto. Emmy se guardó el teléfono en el bolsillo de la pechera del chaleco. Gerald salió al porche. Emmy reconoció a Walton Huntsinger por su complexión. Entonces se dio cuenta de que no era Walton, sino Adam.

Hannah también se percató. Contuvo la respiración. Cogió a Emmy de la mano. Ninguna de las dos habló, pero Emmy percibió a su alrededor, entre la gente, una oleada de inquina.

«Cabrón, asesino, espero que le hayan dado su merecido en prisión».

Adam cerró la puerta. Emmy vio que su padre hacía una mueca de dolor al bajar los escalones del porche. Sus rodillas eran puro hueso. Tenía la columna torcida como el cayado de un pastor. Si seguía perdiendo peso, desaparecería antes que Myrna.

Hannah le apretó la mano.

—Siento lo de tu madre.

Emmy apretó los labios. Debía tener las dos manos libres por si ocurría algo, pero el contacto físico de Hannah, la familiaridad de

aquel gesto le parecían lo único sólido que había en su vida en ese momento. Balbució las primeras palabras que se le ocurrieron:

—Todavía se acuerda de que le rompiste su juego de porcelana.

Hannah soltó una carcajada.

—Qué cabrona, esta Myrna.

Emmy parpadeó para aclararse la vista. Gerald avanzaba por el camino de entrada a la casa. Arrastraba los pies más que antes. Había que cogerle el bajo de los pantalones. Emmy sabía desde siempre que su padre era mayor, pero de pronto se dio cuenta de que estaba en las últimas.

Hannah también lo notó. Por eso le sujetaba la mano. Había ido a casa de Adam porque estaba asustada, porque tenía el corazón roto, porque a otra madre aterrada le habían arrebatado lo más preciado que tenía.

Y entonces había vuelto a asumir su antiguo papel: intentar consolar a Emmy.

—Vale.

Emmy le soltó la mano y se acercó a su padre, que había apoyado el codo en el buzón. Le faltaba el aliento. Emmy se enjugó los ojos. Intentó recomponerse. Indicó a la gente para que se apartara y dejara espacio a su padre. Dervla Culpepper no obedeció. Blandía el móvil como una reportera de *Access Hollywood.* Emmy sintió el impulso de cortarle el paso, pero ocupó su lugar de costumbre, a la derecha de su padre.

Gerald esperó a que se hiciera el silencio y luego dijo dirigiéndose a la gente:

—La niña no está aquí.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó una mujer—. ¿Ha entrado en el sótano?

—Sí —contestó Gerald, aunque Emmy sabía que era mentira. No se podía acceder al sótano desde la casa—. Paisley Walker no está aquí. Váyanse a casa. Déjennos hacer nuestro trabajo.

Nadie se movió hasta que un hombre vestido con mono levantó las manos y se alejó. Unos cuantos lo siguieron. Y luego otros más. Emmy sintió vibrar la alarma de su reloj cuando se cumplieron los

treinta minutos. Gerald tenía razón. Deberían estar llamando al FBI, no vigilando a una turbamulta enfurecida.

—*¿Sheriff?* —Dervla le puso el teléfono delante de la cara a Gerald —. ¿Qué se siente al saber que su hija y usted le han destrozado la vida a Adam con sus mentiras?

—Señora —contestó Gerald con visible cansancio—, el caso contra Adam Huntsinger es…

—¡Paul! —gritó Hannah.

Emmy se sobresaltó.

Su tono de pánico, su terror visceral pusieron todos sus nervios en alerta. Se giró. El tiempo pareció ralentizarse. Todos sus sentidos se difuminaron, menos uno. No oía, no tenía gusto, ni tacto, ni percibía sonidos. Vio rabia en los ojos de Paul Dalrymple cuando le apuntó directamente al pecho con un revólver Smith & Wesson. Hannah se lanzó hacia el arma adelantando las manos. Cole corría a lo lejos. Su chaleco ondeaba suelto porque no se lo había abrochado bien, como le había dicho Emmy.

«¿Por qué no me ha hecho caso? ¿Por qué nunca me hace caso?».

Cole desapareció cuando Hannah ocupó por completo su campo de visión. Vio con nitidez su rostro. El miedo en sus ojos. La boca abierta en un grito. El revólver la apuntaba aún. Se giró segundos antes de que se viera un fogonazo y saliera humo del cañón. Separó los labios. Respiró. Se preparó para el impacto. Oyó un suave silbido cuando la bala pasó rozando su cabeza. Notó entonces un desgarro tras ella: un iceberg que se desprendía, una gruesa rama que se desgajaba de un árbol. Se volvió de nuevo y vio caer a su padre.

El tiempo volvió a acelerarse con despiadada claridad.

—¡Papá! —Emmy cayó de rodillas junto a él. La bala le había abierto un agujero en el pecho. Tapó la herida con las manos, intentando detener el torrente de sangre que salía de su cuerpo—. ¡Papá, aguanta! ¡Aguanta, por favor!

—¡Abuelo! —Cole se acercaba corriendo—. ¡Abuelo!

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó Emmy.

A su alrededor, la gente se había quedado paralizada. Paul estaba sentado en medio de la calzada. Hannah estaba de rodillas. El revólver descansaba en el suelo. Nadie se movía. Nadie hacía nada.

—¡Que alguien llame a una puta ambulancia!

—Em… —A Gerald le castañeteaban los dientes. Le temblaba la mano cuando la posó sobre la suya—. Em-m-m…

—Aguanta, papá. —Le presionó el pecho. Sintió los bordes afilados de una costilla rota. La sangre manaba entre sus dedos. La cara de su padre perdía color por momentos. Le temblaban los labios—. Por favor, aguanta. Por favor.

—Em… —Sus ojos se movían, confusos—. ¿Emmy Lou?

—Estoy aquí, papá. —Se inclinó para que pudiera verla—. Estoy aquí.

—El FBI… —susurró.

—Vamos a llamarlos, papá. En cuanto estés en la ambulancia…

—Ne-necesito… —Tosió. Escapó un hilillo de sangre de la comisura de su boca—. Ne-necesito… hablar…

Emmy tenía la garganta tan constreñida que apenas pudo responder.

—Ya hablaremos luego, ¿vale, papá?

Vio que una lágrima le resbalaba por la cara. No dijo nada, pero la miró fijamente, obligándola a comprender. Había dicho que tenía que hablar. Emmy tenía que escucharle.

Sintió que una especie de quietud invadía su cuerpo, una calma desconocida hasta entonces. Todo lo demás se desvaneció. Estaban ellos dos solos: dos personas que nunca hablaban, a no ser que hablaran entre sí.

Tomó la cara de su padre entre las manos.

—Adelante, papá.

—Tu ma-madre… —susurró él—. Di-dile… que lo siento…

—Vale. —Emmy le secó las lágrimas con el pulgar—. Se lo diré, papá. Te lo prometo.

Empezaron a temblarle los párpados. Emmy le echó el pelo hacia atrás. Sentía que su cuerpo intentaba aguantar, a pesar de que el torrente de sangre se había reducido hasta convertirse en un hilo.

—Por favor, papi. —Emmy lo miró fijamente, sosteniéndolo con la mirada, como él había hecho siempre—. Por favor, quédate conmigo. No estoy preparada para despedirme de ti.

Por un momento, por ella, Gerald pareció aguantar. Emmy sintió el consuelo de su presencia, la certeza de su amor. Luego, sin embargo, dejó escapar un suspiro suave, triste. Sus ojos se desenfocaron. Emmy sintió que su cuerpo comenzaba a relajarse y que su cara se aflojaba. La preocupación se borró de su frente. El dolor cesó. El peso de sus cargas fue disipándose. Su lucha estaba tocando a su fin. Emmy vio cómo el hilo que manaba de su pecho mermaba poco a poco, hasta desaparecer.

Entonces Gerald cerró los ojos y se fue.

Capítulo 9

Jude Archer se hallaba de pie al fondo de la sala de reuniones mientras el agente especial Raheem Davidson exponía ante la familia Talbot el caso de Frederick Arnold Henley, que el FBI llevaba dos décadas investigando. La sala estaba a oscuras; la única luz procedía del monitor situado en un extremo de la larga mesa. Las persianas de los ventanales, que daban al Centro Cívico de San Francisco, estaban cerradas. El sonido amortiguado de las bocinas de los coches y los puestos callejeros atravesaba los gruesos cristales blindados del edificio federal Phillip Burton al tiempo que la avenida Golden Gate iba cobrando vida.

Dentro de la sala, solo se hablaba de muerte. Estaban presentes diecinueve familiares y otros doce seguían la reunión a través de un enlace seguro. Algunos tomaban notas. Otros se miraban las manos o seguían en silencio los movimientos del puntero láser mientras Raheem señalaba las áreas de interés en un mapa. Rutas de senderismo. Itinerarios de escalada. Zonas de anidación. Grutas y cuevas que servían de hogar a no menos de trece especies de murciélagos.

—Como saben —dijo Raheem—, Freddy Henley reconoció haber asesinado a doce chicas de entre catorce y diecisiete años. Sin la perseverancia de Jude Archer, la agente especial al mando de la investigación, actualmente desconoceríamos el paradero de esas víctimas.

Jude no se inmutó cuando se volvieron para mirarla. Raheem se había salido del guion. Aquellas reuniones estaban pensadas para proporcionar información a los familiares, responder a sus preguntas y hacer que los allegados de las víctimas se sintieran escuchados. Era un momento triste en el que no tenían cabida ni los elogios ni

los aplausos. Y menos aún tratándose de Freddy Henley, que había asesinado a su primera víctima en 1993. La policía local no descubrió que era un asesino en serie hasta 1996. El FBI lo había detenido el 22 de diciembre de 1999 y hasta hacía apenas dieciséis días no habían localizado al fin los restos mortales de una chica de diecisiete años llamada Darlene Talbot, desaparecida el 12 de marzo de 1995. Aunque era la tercera víctima de Freddy, sus restos eran los últimos que habían encontrado, del total de doce.

—Prosigamos. —Raheem esperó a que los familiares volvieran a centrar su atención en el monitor. Usó de nuevo el puntero láser—. Seguramente muchos de ustedes ya han visto esto, pero, para clarificar las cosas, voy a repasar la lista. A Valerie Lydelle la encontramos en la parte sur de la formación rocosa conocida como risco del Machete. A Jennifer Wu, aquí, en el cañón de este arroyo. A Kayse Nguyen, más arriba, bajo un grupo de álamos. Steph Haver estaba dentro de la cueva de los Balcones, aquí.

Jude observó a los familiares. Oír aquellos nombres resultaba abrumador. La familia conocía en carne propia el dolor que suponía la pérdida de cada una de aquellas chicas. Ya no escribían. Algunos habían empezado a llorar. Quedaban muchos nombres por repasar. Tanya Butler había sido enterrada en una tumba poco profunda cerca de la presa. El cadáver de Honora Rios había sido arrojado al embalse. Natalie Daniels. Wanda Trochek. Mary Kay Morris. El Muro de la Resurrección. El cañón de la Rana. El pico Hawkins. Freddy había aprovechado diversos parajes naturales dentro de una superficie de terreno que abarcaba más de veintiséis mil hectáreas.

El Parque Nacional Pinnacles estaba situado en el centro de California, a unas dos horas en coche de San Francisco y a menos de la mitad de San José. Solo podía accederse a él en coche desde dos direcciones. El acceso este llevaba al centro de visitantes. El oeste era el preferido por los escaladores. Ambas carreteras iban a morir entre los restos erosionados de un volcán extinto cuyos pináculos de color óxido daban nombre al parque. Si te equivocabas de ruta, podías tardar una hora en dar la vuelta.

Jude había invertido numerosas horas —luego días, y meses, y años, hasta sumar, finalmente, dos décadas— registrando el parque,

yendo y viniendo desde la cárcel de Folsom para seguir las escasas pistas que Freddy le iba dando. De vez en cuando, Freddy le decía la verdad. De vez en cuando, Jude clavaba una pala en la tierra o alumbraba con la linterna el lugar correcto de la caverna correcta y encontraba los restos de una de sus víctimas. El alivio del descubrimiento siempre se veía ensombrecido por la agobiante certeza de que solo ella podía localizar a las demás.

Freddy solo hablaba con ella, con nadie más. En algún sitio había un libro de registro en el que estaban anotadas las horas exactas que Jude había pasado con él en la prisión. Decía mucho acerca de su vida privada el hecho de que la relación más larga que había tenido fuera con un asesino sádico. Quizá el asesino en serie más sádico con el que había hablado nunca.

Como muchos psicópatas, Freddy disfrutaba rememorando los pormenores de sus crímenes. Su sed de sangre no se saciaba con violaciones y asesinatos. Torturaba a sus víctimas durante días. Profanaba sus cadáveres. Enviaba correos electrónicos a sus familias para hostigarlas. Publicaba fotos horribles en la internet oscura. Mandaba mensajes de texto a las madres y llamaba a las hermanas de las víctimas, y a algunas las había acosado hasta llevarlas al límite de la locura.

Era en esas personas en las que pensaba Jude cuando se hallaba sentada frente a Freddy Henley en la cárcel de Folsom. Mantenía una expresión pasiva y el cuerpo inmóvil mientras él intentaba en vano hacerla reaccionar. Ansiaba una mirada de horror o repugnancia. Un destello fugaz de terror. Creía que podía doblegarla. No se daba cuenta de que era ella quien iba doblegándolo a él poco a poco.

Al igual que Freddy, Jude procedía del mundo académico. Sabía comunicarse en su misma jerga, tenía un profundo conocimiento de lo que le impulsaba a actuar. No solo había estudiado sus crímenes, su *modus operandi,* su infancia perfectamente normal o su impecable historial en el instituto. También se había documentado sobre sus intereses. Freddy se había doctorado en Ciencias de la Tierra en la Universidad de California-Santa Bárbara. Las formaciones rocosas de Pinnacles eran su área de especialización. Su

tesis versaba acerca de cómo los desplazamientos de la falla de San Andrés habían alejado a lo largo de millones de años la mitad más occidental del volcán Neenach de las cordilleras de la costa del Pacífico, hasta una distancia de trescientos veinte kilómetros.

Podía llevarse horas hablando de Pinnacles. Su familia pasaba las vacaciones allí desde hacía varias generaciones, mucho antes de que aquellas tierras se convirtieran oficialmente un parque nacional. De adolescente, había trabajado como voluntario en el parque. En sus tiempos de estudiante, había tomado muestras de suelo del parque. Había acampado en el parque y recorrido sus senderos. Tenía memoria fotográfica de cada rincón y cada grieta, cada promontorio y cada cima. Y durante veinte años se había servido de ese conocimiento para jugar al gato y al ratón con Jude acerca del paradero de los cadáveres de doce chicas muy jóvenes.

Jude dejó que su mirada volviera a posarse en el monitor de la pared. Raheem seguía repasando la lista de víctimas. Todas ellas le resultaban tan familiares como su propio árbol genealógico. Adolescentes con aparato dental y granos, y esperanzas y sueños y planes de futuro que Freddy Henley les había arrebatado.

El 22 de octubre de 1993, Mandy Crull fue secuestrada en un supermercado de Santa Bárbara. Su madre la mandó a buscar un carrito de la compra y la joven de catorce años ya no regresó. Freddy la torturó y la violó durante dos días antes de llevarla al parque, quemar su cuerpo y enterrarlo en un hoyo, junto a un mirador muy frecuentado por los excursionistas.

Jude encontró sus restos el 20 de diciembre de 2004.

El 6 de enero de 1994, Johna Blackmon estaba paseando al perro de la familia por su barrio. El perro regresó a casa. Johna no. Freddy la secuestró en su furgoneta. La llevó a Pinnacles y la violó y torturó durante tres días. Desmembró su cadáver y esparció los pedazos por el embalse.

El 11 de marzo de 2007, Jude mandó a un equipo de buzos a buscarla.

Las demás vinieron después, poco a poco, a lo largo de los años. Freddy solo cazaba a sus víctimas en primavera u otoño, debido a que en verano el clima mediterráneo del parque alcanzaba

temperaturas peligrosamente elevadas, y era más probable que le dijera a Jude dónde encontrar a una víctima durante los meses más templados.

«Tendrías que darme las gracias, muñeca, no quiero que el sol queme esa cara tan bonita».

Raheem cambió la diapositiva del monitor. Alguien ahogó un gemido de horror cuando una foto de Darlene Marie Talbot apareció en pantalla. Congelada en el tiempo. Nunca olvidada. Hija de Lara y Danny Talbot. Hermana mayor de Thalia, Ronny, Jimmy y Daniel hijo. Nieta de James y Miriam. Sobrina de tantos tíos y tías que Jude tuvo que ir apuntando sus nombres en un cuaderno para distinguirlos cuando llamaban. Y llamaban. Y llamaban.

«¿Dónde está? ¿Por qué no la ha encontrado? Ha encontrado a las otras chicas, ¿es que ella no le importa?».

Darlene estaba de excursión con unas amigas, haciendo kayak en el embalse de Bear Gulch, cuando desapareció. Una de sus amigas pensó que había ido al aseo. Otra, que se había parado a descansar en la orilla. En realidad, a Darlene se le cayó la gorra en el sendero sin que se diera cuenta. Volvió corriendo a buscarla y entonces Freddy Henley salió de entre los árboles y la golpeó en la cabeza con un piolet. Las marcas que dejó en el bosque al arrastrarla estaban empapadas de sangre.

«A veces es mejor que estén inconscientes, muñeca. ¿Me entiendes? Así es más fácil hacer lo que hay que hacer».

—Lo que nos lleva a hace dos semanas y media.

Raheem tocó el teclado de su portátil. Otro mapa llenó el monitor. Dibujado toscamente. Sin muchos detalles. Jude había visto a Freddy trazar la equis del medio con mano temblorosa y artrítica. Estaban en la enfermería de Folsom. Ella había acercado una silla a su cama. Durante el último año, había visto cómo el cáncer iba consumiendo su cuerpo. Tal vez, si hubiera estado en libertad, le habrían aplicado algún tratamiento agresivo, pero estaba en la cárcel y allí no había más alternativa que la muerte.

Jude no le había pedido que descargara su conciencia. Era un psicópata: no tenía conciencia. Pero no quería estar solo y ella estaba allí, y eso había significado algo. Una hora antes de morir, le

hizo señas de que se acercara. Le pidió un bolígrafo y una hoja de papel. Jude sintió su reticencia como una emanación repugnante, pero, al final, Freddy se resignó a lo inevitable.

«De acuerdo, muñeca, supongo que lo que dicen es cierto. Todo lo malo tiene que llegar a su fin».

Ahora, Raheem señaló la equis que Freddy había dibujado temblorosamente en el mapa en su lecho de muerte.

—Esto es la entrada de la cueva del barranco del Oso. Como saben, los restos mortales de Darlene se encontraron entre pequeños abrigos de un talud rocoso.

Jude miró la moqueta cuando empezaron a oírse sollozos en la sala. Oyó el zumbido lejano de un taladro al final del pasillo. Intentó recordar cuántas veces se había remodelado el edificio durante los veintisiete años que llevaba trabajando en el FBI.

La primera vez que entró en la oficina de San Francisco, estaban mejorando el cableado de los ordenadores de sobremesa. Tenía entonces treinta y dos años y era una flamante doctora con muchas ínfulas que vestía falda de cuadros negra, chaqueta de cuero de motera y unas gruesas botas Doctor Martens. La foto de Bill Clinton colgaba en la pared. El terrorista del Parque Olímpico seguía en libertad. Los Ramones habían actuado por última vez en el Palace.

Jude, que venía del mundo académico, no tenía ni idea de cómo trabajar dentro del rígido sistema del FBI. Su vestimenta era demasiado *grunge.* Hablaba con demasiado descaro. Llevaba demasiado maquillaje. Contestó mal a quien no debía, cabreó a su jefe y luego al jefe de su jefe y estuvieron a punto de despedirla; sin embargo, aprovechó que era una de las pocas mujeres de la oficina para aferrarse a su puesto y finalmente la relegaron a secuestros y personas desaparecidas con la esperanza de que se pegara un tiro o desapareciera del mapa. Nadie se sorprendió más que ella al descubrir que, de hecho, se le daba bien aquel trabajo.

Y no solo se le daba bien. Además, le encantaba.

El monitor mostró una diapositiva de coincidencias de ADN. Raheem estaba llegando al final de su exposición. Jude llamó su atención y levantó el teléfono, fingiendo que tenía que contestar una llamada. Él parecía nervioso cuando ella salió. Jude tomó nota de

que debía felicitarlo después por su trabajo. Luego se dio cuenta de que no habría un después. Aquel era el último día que recorría los pasillos de la planta doce del edificio federal Phillip Burton. La edad de jubilación obligatoria para los agentes del FBI era de cincuenta y siete años. Jude había conseguido que le concedieran dos años más, pero no habría más negociaciones. El caso de Freddy Henley estaba por fin cerrado. Iban a mandarla a casa.

—¿Jude?

Lara, la madre de Darlene, la había seguido fuera de la sala. Tenía un pañuelo en la mano. Parecía angustiada.

—¿Ha sido demasiado? —preguntó Jude.

—No, necesitaba saberlo. Y ellos también. Es bueno entender lo que pasó. Lo que has hecho. —Lara se llevó el pañuelo a la boca—. Lo siento, Jude. Debería haber confiado en ti. Tendría que haberte creído cuando me prometiste que la encontrarías.

Jude recordaba haberle hecho esa promesa. Era un error de novata que luego, con los años y la experiencia, había aprendido a no repetir.

—Casi no lo conseguimos —dijo.

—Pero lo has conseguido —insistió Lara—. La has encontrado. Has encontrado a mi niña. Y yo te traté muy mal. Te odiaba. ¿Por qué? ¿Por qué te culpaba a ti?

—Mira —dijo Jude—, en estas situaciones nadie se equivoca. Todo lo que hiciste es normal, era lo que se suponía que tenías que hacer.

—Te grité. Escribí cientos de cartas intentando que te despidieran.

—Está bien escribir. Desahogarse. —Jude sabía que a sus superiores nunca les habían importado esas cartas. Las múltiples amonestaciones que figuraban en su expediente eran por infringir el código de vestimenta del FBI y jurar como un marinero. Señaló hacia su despacho—. Ven, pasa.

Se sorprendió momentáneamente al ver el despacho vacío. Seguían estando los muebles, pero faltaban todos sus efectos personales. Las estanterías se hallaban vacías. Habían descolgado las fotos de las paredes. Su tocadiscos ya no estaba. Solo su bolso colgaba del perchero. El servicio de seguridad había embalado todo lo demás para asegurarse de que no se llevaba ni una grapadora.

—¿Qué pasa? —preguntó Lara—. ¿Te han ascendido?

—Me jubilo. Hoy es mi último día.

La mirada inquisitiva de Lara se convirtió rápidamente en un gesto de tristeza.

—¿Has esperado hasta encontrar a mi niña?

Jude buscó en su bolso un paquete de pañuelos.

—¿Sabes? Estaba pensando en la primera vez que entré en este edificio. Tenía treinta y dos años. Me creía una superdotada. Había un montón de dinosaurios que contaban batallitas sobre Patty Hearst y Jim Jones. Por eso me voy. No quiero ser un dinosaurio para la nueva hornada de superdotados.

Lara chasqueó la lengua mientras se secaba las lágrimas.

—Pues ya verás cuando tengas mis años.

Jude sabía que eran más o menos de la misma edad, pero Lara estaba avejentada por casi treinta años de angustia e incertidumbre.

—¿Y tú? —le preguntó Jude—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Que qué voy a hacer ahora? —Lara soltó un profundo suspiro al sentarse en el sofá—. No lo sé, si te digo la verdad. ¿Quién soy, ahora que ya no tengo que luchar por recuperar a Darlene?

Jude se apoyó en su mesa. Sabía que Lara no esperaba una respuesta.

—Siempre he tenido esperanza. Eso era lo que me hacía seguir adelante. —La voz de Lara adquirió el tono de una confesión—. Incluso después de que Freddy reconociera que la había matado, incluso después de que me contaras lo de esas fotos que hizo. No es que no te creyera, pero no había cadáver. A todas las demás chicas las habíais encontrado, no a Darlene. Cada vez que aparecía una y no era ella, me hacía ilusiones de que aún estaba viva.

—Lo sé —contestó Jude. Lara Talbot no era la primera madre que le contaba ese secreto.

—Todo el mundo habla de poner punto final, de perdonar o de pasar página, y a mí solo me dan ganas de gritarles a la cara. Freddy Henley no se merece que le perdone.

Jude le dijo la verdad sin rodeos:

—Está muerto, y ni siquiera cuando estaba vivo le importaba que lo perdonarais o no. Nunca pensó en vosotros.

Lara asintió, aunque no porque estuviera de acuerdo.

—Te dijo dónde encontrarla. Eso es que intentaba redimirse.

—No lo hizo por redimirse. Lo hizo porque estábamos jugando una partida y gané yo, porque él se estaba muriendo.

Lara pareció asombrada.

—¿Es así de simple?

—A los psicópatas no les preocupa lo que está bien o mal. Se marcan sus propias reglas. Para Freddy era una transacción. Yo iba a verlo. Hablaba con él. Era interesante. Me daba la información justa para que siguiera yendo.

—¿Cómo lo has hecho todos estos años? Yo no habría podido soportar estar en la misma habitación que ese maniaco.

Jude nunca hablaba de su vida personal en el trabajo; sin embargo, aquel era su último día y había pasado casi toda su carrera profesional esforzándose por recuperar los restos mortales de la hija de aquella mujer.

Se sentó en el sofá, junto a Lara.

—Mi hermano murió cuando yo era muy joven. Se ahogó en el río.

Lara entreabrió los labios, sorprendida.

—Sus amigos lo vieron hundirse. No volvió a subir. Se lo llevó la corriente. —Jude notó la garganta áspera. Hacía años que no contaba aquella historia—. No había duda de que se había ahogado, pero tardaron seis días en encontrar su cuerpo.

A Lara empezó a temblarle el mentón.

—Así que lo sabes.

—Sé cómo fueron esos seis días —respondió Jude—. Estaba enferma de esperanza. Igual que todos. Sin cadáver, no había pruebas. ¿Y si se las había arreglado para agarrarse a una rama, río abajo? ¿Y si estaba perdido en el bosque? ¿Y si estaba herido y solo? Mi madre se vino abajo por completo. Mi padre se emborrachaba hasta perder el sentido. Era todo tan oscuro y opresivo… Como si tuviéramos una roca aplastándonos el pecho. Parecía que la incertidumbre nos asfixiaría hasta matarnos.

Lara había empezado a asentir con la cabeza. Era horrible pertenecer a aquel club.

—Cuando la policía lo encontró por fin… No sé. Es casi indescriptible. Nos quitamos ese peso de encima. Seguíamos rotos de dolor, pero podíamos respirar otra vez. Mi padre empezó a beber menos. Mi madre salió de la cama. Se duchó. Empezó a organizar el entierro, a elegir qué ropa ponerle. Oí que mi tía le preguntaba cómo se las arreglaba para seguir adelante, y mi madre le dijo: «Solo necesitaba un sitio donde enterrar mi pena».

A Lara le corrían lágrimas por la cara.

—Así es como soportaba estar en la misma habitación que Freddy Henley. Quería que tú y las otras familias tuvierais un lugar donde enterrar vuestra pena.

Lara se enjugó los ojos con el pañuelo.

—Espero que tu madre esté orgullosa de ti.

—Me gusta pensar que lo estaría.

—Ay, no. Siento que haya fallecido.

—Yo también. —Jude se levantó del sofá. Probablemente Raheem ya habría terminado—. ¿Quieres que te acompañe a la sala de reuniones?

—No, ya has hecho suficiente por mí. —Hizo amago de irse, pero luego se volvió hacia Jude—: Que Dios te bendiga.

Jude sonrió, pero en el fondo se arrepentía de haberle contado aquella historia. Las familias que habían perdido a sus hijas a manos de Freddy Henley eran una piña. Hablaban entre sí casi a diario. Tenían páginas de Facebook y grupos de chat privados, y se reunían en Pinnacles una vez al año para celebrar una ceremonia en recuerdo de las víctimas. Seguramente Lara, con toda su buena intención, les contaría aquella historia. Luego, alguien se lo diría a otra persona y, al cabo de un mes, un productor de *Dateline* llamaría a su puerta para preguntarle por el trauma de su infancia.

Soltó un largo suspiro al mirar el despacho vacío. En lugar de acercarse al escritorio, se paró junto a la ventana y miró el tráfico de la calle Turk, que discurría por detrás del edificio. Los coches, los vendedores callejeros y la gente que se esforzaba por avanzar durante aquellos últimos minutos de hora punta matutina. El aullido lejano de las sirenas en Tenderloin. Las palomas posadas en el tejado del aparcamiento de enfrente.

Jude había visto asomar el sol por encima del Golden Gate al ir hacia allá en el coche. Ahora bañaba con su luz cálida la pared de enfrente de su escritorio. Trazó con el dedo el rectángulo oscuro que había dejado en la pared una fotografía enmarcada. Había doce sombras fantasmales, de doce fotografías de mujeres jóvenes de entre catorce y diecisiete años. Se podía adivinar la época en que habían sido tomadas las fotografías por el peinado y el maquillaje de las chicas, y por la transición cultural entre las adolescentes que anhelaban parecer mayores y las que evidenciaban esa nueva y repentina desesperación por no envejecer.

El de Freddy Henley no era el único caso en el que había trabajado, aunque era el que había definido su carrera. Ahora que iba a jubilarse, se descubrió haciéndose la misma pregunta que se hacía Lara Talbot: ¿quién era, ahora que no tenía que luchar por devolver los restos mortales de las víctimas de Freddy Henley a sus respectivas familias?

Dejaría aquella pregunta para otro día. Esa tarde tenía que dar un discurso en su fiesta de jubilación. Luego habría una cena en la que, a juzgar por las múltiples cenas de despedida a las que había asistido, le regalarían una camiseta con la leyenda «Agente especial al mando de su ocio» y una taza de café en la que pondría «¡Es hora de un merecido descanso!».

Era una idea tan deprimente que le daban ganas de escabullirse de inmediato por la puerta de atrás. Se sentó en su escritorio, sin embargo, y encendió su ordenador. No iba a dejar su bandeja de entrada llena. Tenía montones de mensajes de despedida. Los leyó todos, dio su correo personal a las personas con las que quería mantener el contacto y contestó diplomáticamente a aquellas a las que esperaba no volver a ver nunca. Estaba a punto de salir a ver qué tal le iba a Raheem en la sala de reuniones cuando sonó el teléfono de su mesa.

Levantó el auricular.

—Archer.

—Bueno, ¿qué va a ser? ¿Clases de cerámica u ornitología? —preguntó Chaz Hollister.

Jude soltó un suspiro audible. Su jefe tenía unos treinta y cinco años; aún no se había dado cuenta de que estaba al borde de un precipicio por el que todo el mundo acababa despeñándose.

—He pensado en probar con el macramé.

—No tengo ni idea de qué es eso. —Chaz se rio con la soltura de un hombre que nunca se ha cuestionado su propia inteligencia—. En serio, en Quantico les encantaría contar contigo.

—Tomo nota. —Jude se quitó las gafas de lectura. No quería volver a la enseñanza. Tampoco quería dedicarse a la consultoría, a la investigación privada, a la seguridad ni a ninguna de las otras posibilidades que solían ofrecérseles a los agentes retirados—. A mediodía tendrás el informe de Raheem sobre la reunión con los Talbot. Está terminando de hablar con la familia.

—Perfecto —dijo Chaz—. Pero no te llamaba por eso. Me he enterado de que HBO va a hacer otro documental sobre el asesino de Pinnacles. Saben que la experta eres tú.

Jude ladeó el auricular para que no la oyera maldecir. Entonces se acordó de que su jubilación ya había sido tramitada.

—Tesoro, esa gente no tiene ni puta idea de nada.

Chaz se rio, relajado.

—Entiendo que antes no quisieras ponerte delante de las cámaras, pero Freddy Henley está muerto. No va a verte en televisión. Y ya que has encontrado a la última…

—Darlene Talbot.

—Eso. Lo que digo es que podría venirle bien a la agencia. Celebrar nuestras victorias.

—Murieron doce chicas y hemos tardado más de veinte años en devolvérselas a sus familiares. Eso no es una victoria.

Jude vio aparecer una alerta en su ordenador. La ventana verde brillante indicaba que se trataba del secuestro confirmado de un menor. Echó mano del ratón, pero dudó al ver la procedencia del aviso.

FBI: ATLANTA-OFICINA DE INVESTIGACIONES DE GEORGIA: North Falls, Georgia (condado de Clifton; SO) Desaparecida mujer de

14 años-posible secuestro por un extraño.

—Míralo de otra manera —añadió Chaz—. Podría ser una gran oportunidad para ti, abrirte nuevas puertas. Si te dedicas a dar conferencias, acabarás forrándote. Tú subida al escenario, con tu chaqueta de cuero y tu pose de tipa dura…

—Si es verdad, no es una pose.

Jude se puso las gafas. Abrió el aviso. Echó una ojeada a los datos. Paisley Walker. Cabello rubio. Ojos azules. 1,57 m. 50 kg. Vista por última vez con una sudadera del Eras Tour de Taylor Swift azul de manga larga y con capucha, mallas negras y zapatillas blancas Skechers con cordones rosas. Salió de casa en bicicleta. Desaparecida entre las siete y las siete y media de la mañana.

Miró la hora. En San Francisco eran tres horas menos que en Georgia. La chica llevaba cinco horas desaparecida. Confiaba en que la oficina de Atlanta ya hubiera mandado efectivos. North Falls era un municipio pequeño, en la parte suroeste del estado. No tenía recursos para llevar a cabo una investigación de ese tipo.

—Por lo que tengo entendido —prosiguió Chaz—, si firmas con una agencia de conferenciantes…

Jude se apartó el auricular de la oreja y abrió un enlace al periódico local. La portada del *North Falls Herald* ocupó la mitad superior de la pantalla:

PAISLEY WALKER SIGUE DESAPARECIDA.
EL ASESINO DEL SHERIFF HA SIDO DETENIDO

Sintió que el corazón le golpeaba el pecho desde dentro como un puño. Tuvo que abrir la boca para respirar. La fotografía de debajo del titular no era de la chica desaparecida, sino de una ayudante del *sheriff.* Estaba inclinada sobre el cuerpo de un anciano. Tenía la cara salpicada de sangre. Había algo sobrecogedor en su expresión. Parecía completamente sola. Jude leyó el pie de foto:

A pesar de haber presenciado el asesinato de su padre, la jefa adjunta Emmy Lou Clifton sigue a cargo de la búsqueda de Paisley Walker…

—¿Jude? —dijo Chaz.

Se quitó las gafas. Le temblaba la mano.

—¿Qué has dicho?

—He preguntado si puedo ayudarte en algo.

—Sí. —Jude volvió a estudiar la fotografía—. ¿A quién tenemos en Atlanta?

Capítulo 10

Emmy estaba sentada frente a Elijah Walker, el padre de Paisley. Esta vez estaban en la comisaría de policía, no en la casa de la familia al oeste de North Falls. El corredor de seguros vestía la misma camisa blanca y los pantalones grises oscuros que llevaba el día anterior, al irse a trabajar por la mañana.

—No puedo… —A Elijah se le quebró la voz—. No recuerdo nada de él.

Emmy echó un vistazo a su reloj. Eran las doce y dieciséis minutos de la noche. Paisley llevaba más de diecisiete horas desaparecida.

—No sé qué quiere de mí —dijo Elijah.

Emmy se sintió incapaz de apartar la mirada del reloj. Había sangre seca en la esfera. Habían pasado quince horas desde la muerte de su padre y apenas podía parpadear sin ver su rostro.

—¿Señora Clifton? —dijo Elijah.

Emmy respiró hondo antes de levantar la vista.

—Jefa Clifton, señor Walker. Necesito que me explique otra vez qué hizo ayer por la mañana.

Él sacudió la cabeza.

—¿Para qué? Ya se lo he contado un millón de veces. Debería usted estar buscando…

—Todo el mundo está buscando a Paisley. Todo el Departamento del Sheriff, todos los cuerpos de policía local de la región, el Departamento de Búsqueda y Rescate de los Bomberos, la Oficina de Investigaciones de Georgia, la Patrulla de Carreteras del estado y todos los efectivos policiales en un radio de ochocientos kilómetros. —Emmy tapó el reloj con la mano. Sintió el calor del cristal en la palma—. Estoy aquí hablando con usted porque lo que vio ayer por la mañana podría ser muy importante.

—Ni siquiera sé si vi… —Se frotó la cara con las manos—. Puede que ni siquiera fuera su camioneta. ¿Sabe cuántas camionetas…?

—Señor Walker. —Emmy se obligó a soltar el reloj. Puso ambas manos sobre la mesa. Empezó a temblarle la pierna. Luchó por controlar su ansiedad—. Tenemos que volver a empezar. Sé que se siente frustrado y que quiere recuperar a su hija, pero le aseguro que la mejor manera de conseguirlo es explicarme con detalle lo que vio ayer por la mañana.

—Era… —Volvió a sacudir la cabeza—. Una camioneta negra. Un modelo antiguo. Le fallaba el silenciador.

Emmy solo podía pensar en la camioneta de Adam, pero era de color verde claro y muy reconocible. Tenía el morro como Mate, el personaje de la película *Cars* de Pixar.

—Cuando dice que era un modelo antiguo, ¿se refiere a que era del siglo pasado o…?

—No soy un experto en camionetas. Ni siquiera estaba prestando atención. Estaba al teléfono.

Este detalle era nuevo.

—¿Con quién hablaba?

—Con nadie. Estaba escuchando mis mensajes de la noche anterior. Los clientes me llaman cuando tienen un accidente. Yo les devuelvo la llamada y repasamos los detalles. Bajé la vista un segundo. Luego la levanté y allí estaba él. Casi nos chocamos.

Otro detalle nuevo.

—¿Le vio la cara?

—No pude verla a través del parabrisas. Fue muy rápido. Pero recuerdo que pensé que la camioneta era como la de ese tipo. Anthony, creo. O como se llame.

—Bien. —Emmy tuvo cuidado de no repetir el nombre para no influir en su respuesta—. Háble me del conductor.

Elijah soltó otro suspiro de exasperación.

—Fue hace cuatro meses, ¿vale? No recuerdo los detalles. Estaba recogiendo el correo y él paró y me dijo que estaba trabajando en mi calle. No sé en casa de quién, pero dijo que le había sobrado pinaza de otro trabajo y que podía esparcirla por los parterres si yo quería.

—Vale. —Emmy dedujo que el hombre iba conduciendo por la zona con la camioneta cargada de balas de pinaza, confiando en ganar algún dinerillo extra—. ¿Se bajó de la camioneta para hablar con usted?

—No, tenía el brazo apoyado en la ventanilla.

—¿El conductor estaba a la altura de sus ojos? ¿Estaba más alto o más bajo que usted?

—A la altura de los ojos, creo.

Emmy calculó que eso significaba que la camioneta era de tamaño medio, lo que descartaba la Chevy de 1982 de Adam.

—¿Recuerda cuánto le cobró?

—¿Sabe usted a cuántas personas pago a lo largo del año?

Ella probó otro enfoque.

—Entre semana está en el despacho, ¿verdad? Nunca trabaja en casa.

Elijah pareció sorprendido, como si de pronto se diera cuenta de que quizá Emmy sabía lo que hacía.

—Claro. O sea, que tuvo que ser un sábado o un domingo.

Emmy asintió para que continuara.

—¿Puede intentar de nuevo recordar cómo era?

—Ya se lo he dicho, parecía mexicano. Pelo oscuro. Piel morena.

Emmy notó su tono despectivo, como si «mexicano» fuera un insulto, no una nacionalidad.

—¿Se refiere a alguien nacido en México o…?

—No le pregunté de dónde era.

—¿Tenía acento?

—Creo que sí. —Se lo pensó un segundo—. Sí, pero se le entendía bien.

—¿Llevaba reloj, gafas de sol o gorra?

Él negó con la cabeza y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—No me acuerdo.

—¿Tatuajes?

Volvió a sacudir la cabeza y a encogerse de hombros. Se estaba enfadando otra vez.

—No me acuerdo.

—No pasa nada. Vamos paso a paso. —Emmy se puso la mano en la pierna para intentar no moverla. Le estaba dando un calambre en la planta del pie—. ¿Cómo iba vestido?

—Como un jardinero. No me fijé en lo que llevaba puesto. ¿Y qué más da eso? Ropa. Llevaba ropa.

—¿Botas?

—Probablemente.

Emmy esperó un segundo. Luego preguntó:

—¿Su mujer estaba en casa?

—No, Carol había engordado unos kilos en vacaciones y estaba en clase de *spinning.* —Otra revelación. Él chasqueó los dedos y señaló a Emmy—. Eso significa que era sábado. Su clase es a las diez. Luego va a que le hagan la manicura, después come con su grupo de estudio de la Biblia y a continuación va a hacer la compra. Suele estar en casa a las dos o las tres, como muy tarde.

—¿Está seguro de eso?

—Sí, claro. Si no, yo no habría estado solo en casa con Paisley. Pasamos los domingos juntos, en familia. Misa por la mañana y luego comida con la gente de la parroquia.

—Vale. —Emmy se sujetó el muslo en un vano intento de detener el temblor. Tenía los músculos tensos. No conseguía que su cerebro mandara la orden de detener el movimiento—. Entonces, le dice usted al hombre de la camioneta que sí, que quiere la pinaza, él empieza a esparcirla y luego ¿qué?

—Volví a entrar en casa. Fui a ver qué hacía Paisley. Pensaba que aún estaría en la cama, pero vi que no estaba en su habitación. Estaba con el teléfono en la terraza de atrás.

—¿Hablando con quién?

—No hablaba. Los chavales de hoy en día no hablan. Estaba mandando mensajes o algo por Snap. No sé. No pregunté. Solo le dije que bajara la música.

—¿Lo hizo?

Elijah volvió a negar con la cabeza, pero dijo:

—Supongo. Fui a darme una ducha. Cuando salí, la música no estaba puesta. Ella estaba hablando con él. Con ese tal Anthony.

—¿Dónde estaba él?

—En el jardín de atrás, junto a la zona de liriope que hay alrededor del árbol. Tenía pinaza en las manos, pero la estaba mirando a ella, y recuerdo que me dio mala espina. No me gustó cómo la miraba.

Emmy cruzó las piernas, pero siguió notando que le temblaban.

—¿Paisley estaba de pie o sentada en la terraza?

—Apoyada en la barandilla. —Elijah volvió a sacudir la cabeza—. Tampoco me gustó eso. Estaba todavía en pijama y los pantalones cortos le marcaban mucho el culo. Prácticamente se le veía todo. Carol iba a hablar con ella sobre ese tema. Paisley ya era demasiado mayor para llevar esos pantalones. Yo quería que se vistiera más recatadamente.

—¿Qué opinaba Carol al respecto?

—¿Qué más da lo que opinara Carol? —replicó—. Ya sabe usted lo que me preocupaba. Paisley estaba mandando un mensaje equivocado. Y mire lo que ha pasado.

Emmy intentó reconducir la conversación.

—¿Paisley suele quedarse en pijama todo el día los fines de semana?

—No, la norma es que a la hora de comer tiene que estar vestida. —Se quedó pensando un momento—. Eso le da una idea de la hora, ¿verdad? Carol se fue a las diez menos cuarto, así que tuvo que ser después, pero antes de las doce y media, que es cuando comemos.

—Correcto —dijo Emmy—. ¿Y el jardinero? ¿Cómo iba vestido?

—Ya le he dicho que no… —Se quedó paralizado, con la boca abierta—. Una camisa de color claro. Marrón, creo. Con un parche aquí.

Emmy lo vio tocarse el pecho izquierdo con la mano derecha.

—¿De qué color era el parche?

Elijah entornó los ojos tratando de recordar.

—Tenía un bordado verde, como un árbol o un arbusto. Y los pantalones también eran marrón claro. Por eso pensé que era de fiar, porque parecía que trabajaba en una empresa de jardinería.

—Vale, bien. —Emmy había descruzado las piernas. Oía el tacón de su bota dando golpecitos en el suelo. Se inclinó hacia delante en

la silla. Intentó detener el martilleo—. Volviendo a cuando vio a Paisley y al hombre fuera, ¿oyó algo de lo que dijeron?

—No, pero Paisley se estaba riendo. No me gustó su risa. Sonaba falsa, estridente. Y luego, cuando abrí la puerta y salí, se callaron los dos.

—¿Dijo usted algo?

—No, no hizo falta. Sabían lo que ocurría. —Se pasó la mano por la boca, visiblemente alterado—. Anthony terminó de esparcir la pinaza. Paisley entró en casa. Le dije que no debía tontear así con hombres adultos. Pensaba comentárselo a Carol después, pero el inútil de su hermano tuvo no sé qué emergencia y yo…

Emmy vio que volvía a pasarse la mano por la boca.

—¿Cómo reaccionó Paisley cuando la regañó? —preguntó.

—Se enfadó. Dijo que la había puesto en ridículo. Que yo no entendía nada. Sin embargo, yo entendía perfectamente lo que había pasado. Provocar a un hombre adulto tiene consecuencias. —Apretó los puños sobre la mesa—. Y yo tenía razón, ¿verdad? Tonteó con ese tipo y ahora sabe Dios lo que le estará haciendo.

Emmy esperó a que se calmase, pero no se calmó.

—Además, ¿qué hace usted aquí? —preguntó él con aspereza—. Mataron a su padre ayer por la mañana. ¿Por qué no está con su familia?

Emmy sintió que se le cerraba la garganta.

—Mi padre querría que estuviera aquí, señor Walker. Una de las últimas cosas que me dijo fue que llamara al FBI. Quería que encontrara a Paisley.

—¿De verdad? ¿Igual que encontró a esas chicas muertas en el estanque?

Emmy apretó los labios.

—He oído el pódcast de Jack —añadió Elijah—. La llama «el Ángel Equivocado». Dice que estaba tan empeñada en meter a alguien en la cárcel que se obsesionó con la persona equivocada. ¿Y si también se equivoca con Anthony? ¿Y si Adam se ha llevado a Paisley para vengarse de usted y estamos aquí perdiendo el tiempo hablando de un mexicano en una camioneta negra?

Emmy dejó que el silencio se prolongara para asegurarse de que había terminado.

—Tiene un jardín grande.

—¿Qué?

—El tipo esparció la pinaza por la parte de delante. Usted se duchó y, cuando terminó, él seguía esparciendo pinaza por la parte de atrás. O sea, que le llevó un buen rato.

—¿Y?

—¿Cuánto dinero suele llevar encima?

Elijah se encogió de hombros exageradamente.

—No sé, cincuenta dólares. Carol siempre guarda más en el bolso por si lo necesito.

—Pero Carol no estaba en casa —dijo Emmy—. Así que ¿cómo le pagó por el trabajo?

—Yo no… Mierda. —Se apresuró a sacar el teléfono del bolsillo—. Cash App. Así le pagué. ¡Joder!

Emmy vio que marcaba la contraseña para desbloquear la pantalla y abría la aplicación.

—Vale, aquí está. AntonioR45. 18 de junio. Escaneé su código QR. —Elijah prácticamente le tiró el teléfono—. ¿Podrá encontrarlo con esto?

—Quédese aquí. Ahora mismo vuelvo.

Emmy oyó sonar los teléfonos mientras corría por el pasillo. Torció a la izquierda, evitando mirar el despacho vacío de Gerald. En cada mesa de la sala común había un agente atendiendo llamadas o siguiendo pistas. Encontró al fondo de la sala al agente del FBI especializado en secuestros. Seth Alexander estaba inclinado sobre un mapa en papel del sureste de Estados Unidos, dibujando otro círculo concéntrico en torno a North Falls. Había ya diecisiete círculos. Cada uno representaba ciento diez kilómetros de viaje en coche por cada hora transcurrida desde la desaparición de Paisley. A Emmy le recordaron a los anillos de un árbol.

—Tengo algo. —Le entregó el teléfono de Elijah, con cuidado de no tocar la pantalla—. Dice que pagó al jardinero por Cash App. No he tocado nada. No quería alterar el historial. La contraseña principal es ocho, siete, dos, treinta, uno, seis.

—Genial, nos ponemos con ello. —Seth apuntó la contraseña en el margen del mapa—. ¿Algo más?

—Elijah es un poco estirado. Muy controlador. No le gustaba nada cómo se vestía su hija.

—Ya somos dos —comentó Seth—. ¿Te parece sospechoso?

—Está ocultando algo. Voy a dejarle esperando un rato y luego volveré a interrogarlo.

—Quería decirte que mi director regional trabajó con Gerald nada más salir de Quantico. Va a mandarnos a los peces gordos para que nos echen una mano. Me ha pedido que te diga que puedes contar con él para lo que necesites.

—Vale. —Emmy se preguntaba si alguna vez volvería a oír el nombre de su padre sin sentir que le daban un puñetazo en la garganta—. Elijah ha dicho algo sobre que «el inútil del hermano» de su mujer tuvo una emergencia hace cuatro meses. Parece que hay cierta hostilidad por ese lado.

Seth hojeó sus notas.

—Reggie McAllister. Treinta y siete años. Lo detuvieron por sacar una navaja durante un partido de baloncesto callejero. Sigue en libertad condicional. Casado, sin hijos. Vive de alquiler a las afueras de Mobile. Trabaja de repartidor en un almacén de lámparas. Hemos mandado a un equipo a hacerle una visita, pero su mujer ha dicho que se había ido en coche a casa de su hermana. Eso fue hace media hora. Voy a mandar a la Patrulla de Carreteras de Alabama que lo siga hasta el límite del estado y que la de aquí lo recoja cuando cruce a Georgia. ¿Algo más?

—Elijah me ha dado una descripción de Antonio. Hispano, puede que de México o de algún sitio al sur de la frontera. Habla con acento. Cabello oscuro. Ojos marrones. Llevaba una camisa marrón y pantalones marrones a juego. Tenía un parche en el pecho, quizá con un logotipo. Voy a revisar la lista de empresas de jardinería que contratan los vecinos, a ver si alguna usa uniforme. —Emmy estaba a punto de irse, pero añadió—: Desbloqueó su teléfono y me lo dio. Eso implica consentimiento para registrar el dispositivo, ¿verdad?

—Por supuesto. Damien es nuestro técnico. Mirará los correos electrónicos y los mensajes de texto de Elijah, rastreará su ubicación

a través de las aplicaciones y el historial de navegación. No dejará piedra sin remover.

—Mándame un mensaje si encontráis algo.

Emmy vio a Virgil hablando con uno de los agentes del FBI que se ocupaban del teléfono de colaboración ciudadana. Le había enviado un mensaje para pedirle ayuda con la búsqueda, aunque lo cierto era que necesitaba tener a su lado a alguien de confianza, aparte de Cole. Con solo ver a su antiguo mentor, sintió que se le quitaba un peso de encima.

Virgil le dedicó una sonrisa triste cuando se acercó a él. No había cambiado apenas en los últimos doce años. Se había mantenido en forma después de jubilarse. Seguía estando erguido, con los hombros hacia atrás y el pecho hacia fuera, tal y como le habían enseñado en los entrenamientos de la academia. Emmy se dio cuenta de que tenía más o menos la misma edad que Gerald cuando murieron Madison y Cheyenne.

Fue directa al grano:

—Me siento como una idiota por pedirte que vuelvas y nos eches una mano, sobre todo tratándose de otra niña desaparecida.

—De todos modos, pensaba ofrecerme voluntario. —Su voz era amable—. Tengo las rodillas muy oxidadas para arrastrarme por el suelo, pero continúo siendo bastante bueno con un teléfono y un ordenador.

Emmy no tuvo tiempo de sentirse aliviada.

—Elige una mesa. El FBI ya ha mirado en las redes sociales de Paisley, pero quizá alguien que conoce la zona encuentre algo que hayan pasado por alto.

—Sí, señora. —Virgil hizo ademán de irse, pero le puso una mano en el hombro como si quisiera darle ánimos—. Tú puedes con esto, Emmy Lou.

—Eso espero.

Emmy sintió que la presión se aflojaba un poco más cuando se acercó a la mesa de Brett y se sentó.

Activó el ordenador e introdujo las contraseñas. Iba a sacarse el cuaderno del bolsillo cuando su mirada se posó en las ventanas del despacho de Gerald. Y suyo, también. Sus mesas estaban juntas.

Las luces estaban apagadas. El chubasquero de su padre todavía colgaba del gancho de la pared. La silla plegable donde Cole se había sentado a hablar con él dos días antes seguía orientada hacia Gerald.

La maldita pierna empezó a temblarle otra vez. Buscó la primera empresa de su lista, Jardinería Albright. Se le nubló la vista, no por el cansancio. Los terrores nocturnos de Myrna la habían acostumbrado a funcionar con muy pocas horas de sueño. Su cuerpo se estaba rebelando, trataba de expulsar el dolor que ella se empeñaba en contener.

Le vibró el móvil. Reconoció el número.

—Brett, ¿la has encontrado?

—No, jefa.

Emmy oyó fuertes pitidos y el ruido de los motores diésel de la maquinaria pesada. Brett estaba en un vertedero de Tallahassee. Un vecino de los Walker estaba reformando su casa de arriba abajo. El contenedor de escombros de su entrada había sido vaciado a las siete y media de la mañana del día anterior. Brett había hecho el viaje de cuatro horas hasta Florida para inspeccionar el vertedero por si el secuestrador de Paisley se había deshecho de su cadáver así.

—¿Jefa? —dijo Brett, preocupado.

Emmy sintió que le volvían los calambres al pie.

—Estoy bien, Brett.

—Entendido. Pero mataron a tu padre delante de ti. Sé que tienes agua helada en las venas, como todos los Clifton, pero nadie diría una palabra si te dieras de baja.

Emmy miró el despacho de su padre. Los montones de carpetas bien colocados. Su bolígrafo favorito. Su portátil abierto frente a las fotos enmarcadas que tenía siempre sobre la mesa. Cole y Emmy en uniforme. Tommy con sombrero hongo. Emmy había empezado el día anterior pensando en lo extraño que era que su hijo fuera ya un hombre adulto. A media mañana, lo había abrazado como no lo abrazaba desde que era un niño.

—Emmy —dijo Brett—, piensa en lo que querría el jefe.

Ella sabía exactamente lo que querría su padre.

—La mejor manera de honrar su memoria es cumplir con nuestro trabajo. Vuelve en cuanto puedas. Tenemos que encontrar a alguien que baje a las alcantarillas y los desagües siguiendo la ruta que tomó Paisley para llegar a los caminos secundarios. También quiero que draguen el estanque de Millie.

—¿Otra vez? Sería una estupidez que se hubiera deshecho de Paisley Walker de la misma manera que de Madison y Cheyenne.

—También sería una estupidez no considerar esa posibilidad.

—De acuerdo. —Brett tardó un momento en añadir—: Llamaré a los buzos.

Emmy colgó y siguió con las búsquedas. Casi había acabado con la lista cuando Cole entró en la sala. Emmy pudo mirarlo un momento antes de que se diera cuenta de que lo observaba. Tenía los ojos enrojecidos. Estaba pálido. Había querido seguir trabajando, tirar para adelante, como ella. Y, como ella, daba la impresión de que el más mínimo roce le haría romperse en mil pedazos. Lo único que lo sostenía era el agua helada que tenía en las venas.

—Jefa, no ha habido suerte. —Cole había salido con uno de los equipos de búsqueda a peinar los caminos secundarios en busca de indicios de Paisley—. Me ha llamado Celia. Me ha dicho que no te moleste, pero la abuela está pasando otra mala noche.

Emmy sintió que la presión volvía, como una soga que le apretaba el cuello.

—Elijah nos ha dado una pista muy endeble sobre un vehículo que estuvo en su barrio ayer por la mañana. Seguramente no llevará a ninguna parte, pero hay que seguirla. Solo recuerda que era una camioneta negra vieja. Revisa los registros, a ver si puedes acotar la búsqueda. Puede que sea de un inmigrante indocumentado, aunque eso cállatelo. No nos hace falta que otro grupo de exaltados ataque a gente inocente.

—Sí, jefa.

Cole hizo ademán de alejarse, pero ella lo agarró de la mano. Emmy sintió un temblor, pero no supo si provenía de ella o de Cole.

—Mamá. —Su voz sonó tensa—. Mi jefa me ha dado una orden.

Ella sintió que le soltaba la mano. No sabía si sentirse orgullosa o triste por haber criado a otro Clifton.

—¿Emmy? —Sherry Robertson, la agente de la OIG para el suroeste de Georgia, le hizo señas desde el fondo de la sala—. Necesito hablar contigo un minuto.

Emmy respiró hondo, temblorosa, mientras cruzaba la estancia. Veía borroso. La sensación de irrealidad había vuelto. La OIG tenía jurisdicción sobre cualquier tiroteo en el que estuviera implicado un agente de policía. Sherry estaba investigando el asesinato del *sheriff* Gerald Clifton.

—Paul está durmiendo la mona en los calabozos —la informó—. Hannah ha pedido un abogado.

A Emmy no le sorprendió. Hacía años que le había inculcado a Hannah que nunca había que hablar con la policía sin que estuviera presente un abogado.

—¿Has sacado algo en claro de los vídeos que hicieron los transeúntes en el lugar de los hechos?

—Nada útil —contestó Sherry—. Pero creo que deberías saber que esa tal Culpepper ha publicado un vídeo en internet en el que aparece Gerald. La CNN le ha pixelado la cara, pero es bastante gráfico.

Emmy se dijo que pensaría en eso más tarde.

—¿Dervla Culpepper no estaba grabando a Hannah y Paul en el momento del disparo?

—No pudo. Gerald puso el brazo delante. Intentaba protegerla.

Emmy archivó también ese dato para más adelante.

—¿Y los testigos? Había más de veinte personas.

—Un tercio dice que Hannah sostenía el arma. Otro tercio, que era Paul. Y los demás estaban tan asustados que no vieron nada.

Parecía lógico.

—¿Qué querías?

—Detalles —contestó Sherry—. Tengo tu declaración, pero has tenido tiempo para pensar. ¿Estás segura de que no viste quién sostenía el arma cuando se efectuó el disparo?

Emmy había oído ya al menos tres variaciones de esa misma pregunta. Conocía la técnica, ella misma acababa de usarla con Elijah Walker. Te repetías una y otra vez porque o bien buscabas

información nueva o intentabas detectar cambios en la versión de los hechos.

—No, lo siento —le dijo a Sherry—. Tenía la vista enfocada en el arma, no en quien la empuñaba. Aparte de eso, lo único que vi fue a mi hijo corriendo por la calle. Y luego vi a mi padre y…

Había solemnidad en el silencio de ambas. Sherry había trabajado muchos años con Gerald. Todos los policías del estado o lo conocían, o habían trabajado directamente con él. Emmy había hecho caso omiso de las llamadas de pésame de los capitanes de policía, los *sheriffs,* el portavoz de la Cámara de Representantes del estado e incluso el gobernador.

—Emmy —dijo Sherry—, sé que la directora ya se ha puesto en contacto contigo, pero, si tu familia necesita algo de la agencia, aquí estamos.

Ella asintió.

—Os lo agradezco.

—¿Os ha llamado un agente de apoyo?

Emmy volvió a asentir. Cuando un policía era asesinado, a la familia se le asignaba de inmediato un agente de apoyo a civiles para que se sentara con ellos y les explicara los siguientes pasos: la tramitación de las indemnizaciones por fallecimiento, las reclamaciones a los seguros y las ayudas estatales y federales, las relaciones con la prensa y, por último, la organización del sepelio.

Emmy, sin embargo, no podía pensar en nada de eso de momento.

—Tommy ya ha hablado con él —dijo—. Se van a reunir por la mañana. Debería volver al trabajo.

—Vale, pero avísame si recuerdas algo más sobre el arma. —Sherry le apretó el brazo—. La forense estará aquí dentro de media hora, si quieres ver a tu padre antes de que se lo lleven a la central.

Emmy sintió que el nudo que rodeaba su cuello se tensaba. Estaba sucediendo todo muy deprisa. Gerald dejaría el pueblo antes de que saliera el sol.

—Voy a avisar a Tommy.

Sacó su teléfono como excusa para dar por terminada la conversación. Le envió un mensaje a Tommy mientras iba hacia el

pasillo. Su hermano todavía estaba despierto. Le respondió casi de inmediato con un puño con el pulgar hacia arriba. El emoji era la versión de Tommy del «vale» de su padre. Podía ser tanto una confirmación de que había visto el mensaje como una indicación de que se reuniría con ella en la funeraria. Emmy supuso que lo averiguaría media hora después.

Tenía tiempo suficiente para volver a hablar con Elijah. O quizá debería hablar de nuevo con Carol Walker. Brett ya la había interrogado, pero, cuando Emmy había intentado hablar con ella, la madre de Paisley estaba tan trastornada que hubo que llamar a un médico para que le diera un sedante. Emmy calculó que el efecto del Valium ya se habría disipado. Tenía que preguntarle por su hermano. Sondear cómo iba su matrimonio. Averiguar si la preocupación de Elijah por el recato era motivo de fricción con su hija.

Sin embargo, no pudo.

Salió por la puerta lateral al aparcamiento. Eran casi las dos de la madrugada y desde la muerte de su padre era la primera vez que estaba completamente sola. Necesitaba un momento para sentir todas las cosas que había estado intentando no sentir. Para ceder a la ansiedad que estaba haciendo que su cuerpo se rebelase. Para respirar el aire de la noche y escuchar el silencio. Apoyó la espalda contra la pared. Los ladrillos rugosos le rozaron los omóplatos. Miró el cielo oscurecido. Cerró los ojos e inspiró hondo.

—Papá —susurró—, ¿qué hago ahora?

Sabía lo que habría contestado Gerald.

«¿Qué sabían?».

Las posibilidades de supervivencia de Paisley Walker se habían reducido casi a cero. El padre de la niña era hostil y controlador. Su madre estaba catatónica. Su única pista era un hombre de origen hispano que conducía una camioneta tan común en la zona que era como si viajara en el avión invisible de Wonder Woman.

«¿Qué creían saber?».

Cuatro meses después de la conversación de Paisley con el jardinero, Elijah seguía enfadado porque su hija llevara pantalones cortos muy ajustados. Parecía convencido de que una menor era responsable de los actos de un hombre adulto. Costaba saber si

Elijah tenía una obsesión enfermiza con su hija o si solo era un imbécil y un controlador.

—¿Emmy?

Entornó los ojos, escudriñando la oscuridad. Un hombre alto con un maletín estaba cruzando el aparcamiento. Venía de la zona del complejo penitenciario. Sintió que se le encogía el corazón al reconocerlo. Dylan Alvarez era la última persona a la que quería ver en ese momento.

Se apartó de la pared.

—¿Qué hacías en la cárcel a estas horas de la noche?

—Represento a Hannah —contestó Dylan.

—Te dedicas al derecho de familia. Hannah necesita un penalista.

—Eso le dije yo, pero no me hace caso. Está tan angustiada que no escucha a nadie. —Dylan dejó el maletín en el suelo—. ¿Hay forma de que le hagas llegar un mensaje?

—¿Me lo preguntas en serio? —Emmy intentó controlar su enfado —. ¿De verdad le estás pidiendo a una policía que le haga llegar un mensaje a tu clienta?

—¿Quieres dejar de regañarme como si fuera un niño pequeño y no supiera nada de nada? —Saltaba a la vista que Dylan también intentaba refrenar su enfado—. Hannah está destrozada, joder. Sabes que adoraba a tu padre. Gerald la apoyó mucho cuando murió su padre. Y su madre.

Emmy lo sabía. Ella también la había apoyado.

—Ni siquiera consigo que me cuente lo que pasó —añadió Dylan —. Lo único que dice es que necesita saber que tú estás bien.

—¿Y qué hago? ¿Pasarle una nota en el calabozo, con la OIG vigilando?

—Ya sé que es una estupidez, pero estoy tratando de conseguir una resolución que no lleve a Hannah al corredor de la muerte por matar a un policía.

Emmy sintió que un hacha se le clavaba en el corazón. No se había permitido pensar más allá de las preguntas de Sherry Robertson.

Dylan le explicó la situación.

—La OIG va a usar la misma estrategia que utilizó contra el padre de ese asesino que causó una matanza en un colegio. El revólver que llevaba Paul está registrado a nombre de Hannah. Lo guardaba en una caja fuerte a la que sabía que Paul tenía acceso. Sabía que él os había amenazado de muerte a tu padre y a ti. Sabía que era inestable e impredecible. Y, a diferencia del padre, Hannah estaba allí, en el lugar de los hechos, junto a un policía, y no dijo nada. Al final, acabarán localizando un testigo que declare que ella estaba tocando el arma cuando se efectuó el disparo. Y el jurado no necesitará nada más para condenarla.

Emmy había empezado a sudar. Ella misma había obligado a Hannah a comprar el arma, por precaución, cuando volvió a casa después de la universidad.

—Intentó detener a Paul. Gritó para avisarme. Se lo he dicho a la investigadora.

—¿Qué más le has dicho?

—Que soy una mierda de testigo. Estaba asustada. Me entró pánico. No vi si Hannah tocaba o no el arma. —Emmy sabía que le estaba dando demasiada información, pero no le importaba—. No pueden mandarla a prisión si no saben quién apretó el gatillo.

—Cariño, tú sabes cómo funciona la imputación por complicidad en un asesinato. No tiene que haber intención de matar. Para que la acusen, basta con que supiera lo del arma y conociera las intenciones de Paul. —Las palabras de Dylan eran duras, aunque su tono era suave—. Tu padre era un ídolo entre las fuerzas del orden. Ahora mismo, todo el mundo en el condado está pendiente del dictamen de la fiscal. Las elecciones a la fiscalía son en noviembre y ella vuelve a presentarse. Así que ya sabes lo que va a hacer.

A Emmy no le quedaba aire en los pulmones. No había atado cabos hasta ese momento porque se había resistido a hacerlo.

—Hannah es maestra de escuela. Y madre.

—Quizá consiga llegar a un acuerdo con la fiscal si testifica contra Paul; aun así, los gastos legales, el perder su trabajo, la lucha en los tribunales… Acabará destrozada.

—¿Por eso quiere acercarse a mí? ¿Porque le preocupa que la imputen?

—Quiere acercarse a ti porque está rota de dolor. Y preocupada por ti. Los dos estamos preocupados. —La voz de Dylan se volvió aún más suave—: Tu padre murió en tus brazos, Emmy. ¿Dónde está Cole? ¿Y Celia y Tommy?

—Cole está trabajando. Celia y Tommy están cuidando de mi madre.

—¿Y quién cuida de ti?

Emmy se tapó el reloj con la mano. Pensó en la sangre incrustada en la esfera. Gerald la había cuidado siempre. Desde el momento en que nació, siempre había tenido la certeza de que su padre estaba ahí.

—Cariño. —La voz de Dylan rebosaba una ternura que no se merecía—. No hay nada de malo en reconocer que estás triste. Yo también lo estoy.

Emmy enderezó la espalda.

—Hay una niña de catorce años que probablemente a estas horas ya esté muerta. ¿Quieres que me vaya a llorar a un rincón cuando soy la única que mantiene unido el departamento?

—Dios no quiera que muestres debilidad.

—Dios no quiera que me dejes asimilar las cosas a mi manera.

Dylan miró hacia la calle. Ambos sabían que la discusión en la que no iban a entrar en ese momento era la misma que habían tenido ya un millón de veces. En ocasiones discutían con calma. Otras, gritando a pleno pulmón. Emmy era demasiado cerrada. Nunca hablaba de las cosas. No se expresaba. Era demasiado independiente, demasiado solitaria, demasiado hermética, y Dylan estaba harto de esperar a que cambiara.

—¿Por qué te llamó Hannah? —preguntó ella.

Él soltó un suspiro cargado de frustración.

—Me dedico al derecho de familia, jefa. ¿Por qué crees tú?

A pesar de todas las emociones que no podía permitirse sentir, Emmy no pudo evitar compadecerse de Hannah.

—¿Va a divorciarse de Paul?

—Pidió la separación legal hace dos meses. Él se negó a irse de casa.

—Esa casa se la dejó su madre a Hannah en fideicomiso. La ley dice…

—Las leyes no sirven de nada si no estás dispuesto a hacerlas cumplir. Y Hannah no quiere ser la responsable de que el padre de su hijo vaya a la cárcel.

Emmy conocía bien aquella trampa. Jonah se las había arreglado para que su divorcio fuera lo más penoso posible.

—¿Cómo está Davey?

—No muy bien. —Dylan pareció sorprendido por la pregunta—. Sus padres están detenidos.

Emmy fijó la mirada en el suelo. Su mente seguía jugándole malas pasadas, separando la muerte de Gerald del hecho de que Hannah y Paul hubieran sido detenidos por su asesinato.

—¿Cómo está Cole? —preguntó Dylan.

—No muy bien. Su abuelo está muerto. Su abuela ha perdido la cabeza. Y su madre está un poco desquiciada.

—¿Solo un poco?

A Emmy la risa se le atascó en la garganta. Volvieron las lágrimas. El temblor amenazó con apoderarse de ella. Cerró los ojos y vio otra vez a su padre. El blanco ceroso de su piel. El azul oscuro de sus labios. Su última petición, su orden final, había sido que le dijera que lo sentía a una mujer que no recordaba su cara.

—*Mi amor*.[1] —Dylan se acercó. El sonido de su voz era tan sedante que Emmy casi sintió que el corazón se le salía del pecho y se iba con él. Suavemente, Dylan entrelazó los dedos detrás de su nuca—. Déjame ayudarte. Solo esta vez.

Emmy sintió la atracción de su ternura, el anhelo de sentirse estrechada entre sus brazos, de volver a su casa, la casa que habían compartido, tumbarse en la cama y sentir la seguridad de su cercanía.

Había roto con Dylan hacía seis meses, cuando los terrores nocturnos de Myrna empezaron a empeorar. Se dijo a sí misma que era demasiado duro sentir que tiraban de ella en dos direcciones opuestas, pero en realidad lo que más le costaba era no derrumbarse cuando estaba con Dylan. Se echaba a llorar al ver un

anuncio sensiblero y se aferraba a él como una niña cuando regresaba a casa después de visitar a sus padres.

Ahora se sentía casi desbordada por la necesidad de estar con él. ¿Tan malo sería contarle lo que sentía? ¿Que cada paso que daba era un tormento? ¿Que apenas podía mantener la cabeza erguida? ¿Que todavía lo amaba y lo necesitaba muchísimo? ¿O quizá ceder a sus emociones, desahogarse por completo, la dejaría tan vacía que no podría seguir adelante?

—Vale.

Se desasió de él y volvió a entrar en el edificio. El brillo de los fluorescentes del techo hizo que le lloraran los ojos. Vio a Cole en su mesa.

—¿Has encontrado algo?

—Seis mil camionetas negras. Necesito saber qué quiere decir Elijah con que era un modelo antiguo.

—Pregúntaselo —dijo Emmy—. Ve a hablar con él, a ver si con un hombre está más comunicativo. Yo vuelvo dentro de un rato.

Descolgó su chaqueta del perchero. Observó a Cole mientras tecleaba. Se había puesto un uniforme limpio. Llevaba el cuello abrochado y el pelo bien peinado.

Después de que mataran a Gerald, Emmy no se había limitado a regañar a su hijo. Le había echado una bronca monumental. Estaban sentados dentro de su coche patrulla. Ella estaba aturdida. Cubierta de sangre de su padre. Temblando de dolor. Igual que Cole, que tenía el uniforme empapado por haberse abrazado a ella sobre el cuerpo de Gerald. Y entonces Emmy se había puesto a gritarle como una loca por no abrocharse el chaleco como le había dicho.

Se puso la chaqueta. Se acercó a Cole por detrás y le dio un beso en la coronilla. Luego salió por la puerta principal de la comisaría.

Las luces de la calle Mayor estaban apagadas. Los escaparates estaban a oscuras. La tienda de ropa. La de vinos. La cafetería. Vio los focos iluminando el juzgado. La bandera nacional y la del estado de Georgia estaban a media asta. Se volvió y contempló la comisaría. Las dos banderas del tejado también estaban a media asta.

Dio media vuelta. Respiró hondo y sintió que el aire se asentaba en sus pulmones como una neblina. No se había dado cuenta de que hacía frío fuera. Se subió la cremallera de la chaqueta. Su reloj brillaba en la oscuridad. Tocó la esfera con el dedo. Luego caminó unas cuantas manzanas, hasta llegar a la funeraria.

Las luces del vestíbulo estaban encendidas. Delante del edificio, en un mástil, había otra bandera iluminada y arriada a media asta. Pensó en las banderas de los centros de veteranos, las comisarías de la Patrulla de Carreteras y la residencia del gobernador en Paces Ferry Road, en Atlanta. Todas ellas a media asta en honor a su padre.

Se metió la mano en el bolsillo, pero no sacó el teléfono. Quería que Tommy le explicara qué significaba el pulgar hacia arriba. ¿Iba a reunirse con ella en la funeraria? ¿Iba a quedarse con Myrna para acompañarla durante sus terrores nocturnos? Cualquiera de las dos opciones era comprensible. Gerald estaba muerto. Myrna seguía viva. A menudo, Celia no podía manejar sola a su madre. Era razonable que su hermano se quedara con su esposa.

Incluso si su hermana pequeña lo necesitaba muchísimo.

Se sacó la mano del bolsillo. Bordeó el edificio de una sola planta por un lateral. Cuando trabajaba como patrullera, había hecho muchas visitas nocturnas a la funeraria. En Georgia, el cargo de forense era electivo. Milo Kinley, el director de la funeraria, llevaba casi cuarenta años siendo elegido sin oposición.

Y no solo eso. Además, había ido al instituto con su padre. Desde que Emmy podía recordar, jugaban a las cartas todos los sábados con Virgil y Louis Singh. Milo había enterrado a la mayoría de los muertos de la familia Clifton. Y cuando la forense terminara de abrir el cuerpo de Gerald para certificar su asesinato, sería Milo quien lo preparase para la tumba.

La luz de la oficina trasera estaba encendida. Emmy no tuvo que llamar a la puerta. El edificio nunca se quedaba desatendido. Por lo general, había un interno de la escuela de tanatopraxia atendiendo el teléfono por si había que ir a recoger algún cadáver, pero esa noche Milo estaba sentado a la mesa, junto a la puerta. Estaba escribiendo algo cuando entró Emmy. Ella se acordó de cuando

había entrado en el despacho de Gerald el día anterior por la mañana. Su padre también estaba escribiendo una carta.

—Emmy Lou. —Milo se levantó para saludarla—. Lo siento mucho, tesoro.

Apretó los dientes mientras Milo le daba un torpe abrazo.

—La forense está de camino. Llegará enseguida —le dijo.

—Ya he hablado con ella. Está todo controlado. La Patrulla de Carreteras de Georgia está a la espera para escoltarlo a la sede de la OIG. —Milo señaló la sala de embalsamamiento—. Lo he preparado para ti y para Tommy. Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Solo necesito que me firméis unos documentos antes de iros.

De nuevo, Emmy se dio cuenta de que no se había permitido pensar en lo que la aguardaba. Siempre había papeleo que hacer, una cadena de custodia, todas esas cosas que había aprendido en la academia, pero nunca se le había ocurrido pensar que tendría que hacerlas por su padre. Aun sabiendo que Myrna iba camino de la muerte, había dado por sentado que Gerald se encargaría de todo.

—Tengo que hablar con Tommy sobre lo que quiere que hagamos —dijo.

—Es una buena idea, tesoro. Esto quizá os ayude a empezar. —Le pasó una hoja de papel—. Es un formulario estándar que doy a la gente para ayudarlos a escribir la necrológica.

Emmy cogió el papel, pero tenía los ojos tan empañados que no pudo leer lo que ponía. Solo notó que en parte estaba escrito a máquina y en parte rellenado a bolígrafo.

—Os he puesto algunas sugerencias para la redacción. Habría que decir que a Gerald le sobrevivís Myrna, Tommy y tú. En el caso de Henry y Martha, la expresión habitual es decir que le precedieron en la muerte dos de sus hijos, y poner su nombre y su edad. Henry tenía diecisiete años. Creo que Martha tenía dieciocho cuando falleció.

Emmy no podía dejar de mirar el formulario. El resto de la estancia daba vueltas a su alrededor.

—En fin… —Milo volvió a coger el papel. Los dedos de Emmy habían dejado marcas de sudor en la esquina—. Se lo daré a

Tommy. A lo mejor preferís que lo haga Celia. Como sabe tanto de lengua…

—Mi padre… —La palabra se le estranguló en la garganta—. Ya escribió algo. El mes pasado. No para la necrológica, pero anotó lo que quería para su funeral. Los adornos y la música y cuánto gastar. No quería que tuviéramos que ocuparnos nosotros. Ni para él ni para mamá. También anotó las instrucciones para el funeral de mi madre.

—Ah, vale.

—No quería que nadie se enterara, pero a lo mejor tú ya lo sabes… —La boca se le quedó sin saliva. Apenas podía articular las palabras—. Por eso había perdido tanto peso. Empezaron en los pulmones. Los tumores. Nos enteramos el año pasado. Le estaban dando tratamiento, pero hace un mes y medio le hicieron una biopsia y vieron que tenía metástasis en el hígado. No se podía hacer nada más. Bueno, se podían hacer varias cosas, pero él se negó. No quería pasar el poco tiempo que le quedaba yendo y viniendo al hospital. Y menos estando así mi madre. Así que… lo apuntó todo.

Milo pareció tan afligido como se había sentido ella al saber que su padre tenía cáncer. Por eso Gerald insistía en que le sustituyera como *sheriff* y por eso había hecho los trámites para ingresar a Myrna en una residencia. El mes anterior, se había sentado con Emmy y Tommy y les había comunicado su decisión de dejar que el cáncer siguiera su curso.

«Vosotros, chicos, agachad la cabeza y cumplid con vuestro trabajo. Tenéis que seguir con vuestra vida. Vuestra madre no se dará cuenta de que falto».

Milo le puso la mano en el hombro.

—Lo siento muchísimo, cielo. Sabía que no estaba bien, pero era un hombre muy reservado. Solo hablábamos de fútbol americano y de los hijos. Estaba muy orgulloso de ti y de Tommy. Erais la luz de su vida.

Emmy se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Los médicos no sabían cuánto tiempo le quedaba. Dijeron que podían ser tres meses, o seis, o quizá un año, pero, ya sabes, aún había un siete por ciento de posibilidades de que sobreviviera. Si

hubiera recibido tratamiento. Pero él no quería. Nos lo dejó muy claro cuando… Aun así, yo tenía la esperanza de que… Ya sabes que era un luchador. Siempre salía adelante.

—Sí. —Milo asintió con la cabeza, pero Emmy vio la tristeza en su mirada.

Volvió a limpiarse la nariz e intentó recomponerse. Quizá debido al cáncer no estaba rota de dolor. Había tenido un mes y medio para hacerse a la idea de que su padre iba a morir. Habían pasado horas en su despacho hablando del tema. Había aprendido más sobre Gerald Clifton en las últimas seis semanas que en toda su vida.

—En fin, el cáncer… No sé si tienen que hacer algo distinto durante la… —Emmy no se atrevió a decir la palabra *autopsia*—. He pensado que tendrías que avisar a la forense. Por si acaso hay que tomar precauciones.

Milo asintió, aunque seguramente pensaba que había perdido la cabeza. El cáncer no era contagioso. No se podía contraer como la gripe.

—¿Quieres pasar un rato con él?

Emmy no se atrevió a hablar. Solo pudo asentir en silencio.

—Estoy aquí si me necesitáis. —Milo le apretó el brazo un instante —. Siempre, Emmy Lou. Hasta mi último aliento.

Emmy volvió a asentir. Entonces llegó el momento. Milo abrió la puerta de la sala de embalsamamiento.

Respiró hondo otra vez, temblorosa. La puerta se cerró suavemente a su espalda.

Gerald yacía en una mesa del centro de la sala. Una sábana blanca le cubría el cuerpo hasta la barbilla. Emmy sabía que Milo lo había tapado así por delicadeza hacia ella. Nunca lo había visto cubrir a una víctima de esa manera.

Una víctima.

Sacudió la cabeza, diciéndose a sí misma que no. Su padre no era una víctima, sino un espectador inocente. El arma la apuntaba a ella al pecho. Durante esos últimos doce años, Paul la había mirado siempre con furia, se mofaba de ella, la insultaba entre dientes.

Y había llevado el revólver a Elsinore Meadows con intención de matarla.

El compresor de la cámara mortuoria frigorífica se apagó. La habitación quedó tan en silencio que alcanzó a oír los latidos de su corazón. Se obligó a mover las piernas para acercarse a su padre. Gerald tenía la cara flácida. Los ojos cerrados. Los labios casi negros. Le habían limpiado la sangre de la boca. El pequeño rasguño que le había hecho Myrna la mañana anterior parecía una de las marcas que hacía su madre en el papel cuando corregía un examen.

—Papá. —Dejó escapar un largo suspiro al pararse junto al cadáver.

Antes nunca había entendido la expresión «un cuerpo sin vida». Ahora la entendía. No quedaba vida alguna en su padre. Solo un cuerpo consumido por el cáncer, una columna artrítica, unas rodillas tan desgastadas que se le doblaban las piernas. Metió la mano bajo la sábana. Apretó su mano fría. Esperó a sentir algo, lo que fuese, que le hiciera comprender que aquel era su último momento a solas. No sintió nada de lo que había leído en los libros o visto en las películas. La sensación de punto final. La impresión de que su espíritu se había quedado el tiempo justo para despedirse. De que seguía velando por ella. Escuchándola. Sosteniéndola con la mirada.

Cerró los ojos e intentó evocar el sonido de su voz.

«¿Emmy Lou? Qué estamos pasando por alto».

—A ti —susurró en medio del silencio—. Te estoy pasando por alto a ti.

Le soltó la mano. No podía volver a la oficina, con Milo. No quería hablar de necrológicas, ataúdes, flores o cortejos fúnebres. Quería estar sola.

Rodeó el cadáver, cruzó la sala de visitas y la capilla y se detuvo en el vestíbulo, con sus fluorescentes en el techo, sus jarrones de flores y sus cajas de pañuelos discretamente colocadas en las esquinas. Se le nubló otra vez la vista, pero no porque estuviera llorando. Iba a desmayarse. Apoyó el hombro contra la pared. Estaba de nuevo en la calle, delante de la casa de Adam. Oía gritar a Hannah. Veía cómo se disparaba el arma. Veía a Cole correr hacia ella con el chaleco suelto. Sentía un gran desgarro detrás de ella: un iceberg que se desprendía, una enorme rama que se desgajaba de

un árbol. Iba a la deriva. Se caía. Estaba completamente perdida sin él.

—¿Emmy? —Jonah llamó a la puerta de cristal—. ¿Estás bien?

—Mierda —murmuró. Los hombres, siempre fastidiándola—. ¿Qué quieres?

—Quiero que abras la maldita puerta.

Giró el pomo. El olor mohoso de la marihuana lo precedió cuando entró en el vestíbulo. Su bar cerraba a las dos, de modo que había pasado un buen rato bebiendo antes de ponerse al volante.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella dio un paso atrás para alejarse de su olor.

—Sí, estoy bien, Jonah. ¿Qué quieres?

—No hace falta que te pongas así. Quiero saber si nuestro hijo está bien. No responde a mis llamadas. Iba hacia tu casa cuando te he visto por el cristal.

Cole no contestaba a las llamadas de Jonah ni siquiera cuando las cosas iban bien.

—Quizá deberías esperar a mañana. Estamos pasando un mal trago.

—Lo entiendo —dijo—. Cuando murió mi padre, me sentía como si me hubiera atropellado un tren.

Emmy se recostó contra la pared. Le suplicó para sus adentros que se fuera.

—¿Te acuerdas del entierro?

Emmy se acordaba de que Jonah estaba tan borracho que se quedó dormido en el asiento trasero del coche.

—Me gustaría que mi padre estuviera vivo y pudiera ver que me he recuperado, ¿sabes? —Jonah puso una sonrisa triste—. Que ahora tengo mi propio bar. Y que toco todos los fines de semana. Creo que por fin se habría sentido orgulloso de mí. Pero no ha vivido para verlo.

Emmy se recordó a sí misma que ya no era asunto suyo halagar el ego de Jonah Lang. Su padre se habría sentido asqueado. Ella se había visto obligada a vender la casa de su abuela para poder pagarle para que se fuera. De ahí había salido el dinero para el bar.

—Em, ¿puedes llamar a Cole? —preguntó Jonah—. Dile que tiene que hablar con su padre.

Emmy luchó por refrenar su irritación.

—No voy a meterme en medio. Él te llamará cuando tenga ganas de hablar. Presionarlo no va a servir de nada.

Jonah se rio.

—Si hubiera esperado a que ese chico tuviera ganas de hablar, nunca habría abierto la boca. Si no se ha convertido en un puñetero robot como tú, es porque le presiono.

Emmy no estaba de humor para aquello.

—¿Has probado a llamarlo a comisaría?

—Por Dios, mujer. ¿Le has hecho ir a trabajar?

—Me dijo que era lo que quería.

—¿Y le has dejado? —Jonah parecía indignado—. ¿A ti qué coño te pasa?

—Seguro que tú sabes perfectamente lo que me pasa y hasta tienes una lista por ahí.

—Todo el pueblo tiene una lista.

—Cole es mayor. Tiene derecho a hacer las cosas a su modo.

—Es un puto Clifton, eso es lo que es. Bien que te aseguraste de que lo fuera.

—Jonah… —Tenía que conseguir que se marchara o acabaría perdiendo los estribos—. Por enésima vez, yo no tuve nada que ver con que Cole se cambiara el apellido. Lo hizo por mi padre cuando se enteró de que tenía cáncer.

—Y mi padre ¿qué? También se murió. ¿Sabes cómo se habría sentido al saber que su nieto no lleva el apellido Lang? El apellido morirá conmigo. ¿Eso es lo que quieres?

Emmy se apartó de la pared. Lo que quería era darle puñetazos en los riñones hasta que meara sangre.

—¿Puedes, por favor, entender por una vez que no todo gira a tu alrededor? A mi padre lo mataron hace menos de veinticuatro horas.

—Iba a morirse de todos modos.

Emmy no se dio cuenta de lo furiosa que estaba hasta que era ya demasiado tarde. La rabia inyectó adrenalina en cada célula de su cuerpo. Su vista se agudizó. Notó un sabor a sangre en la boca. No

le dio un puñetazo, pero sí una bofetada tan fuerte que cayó de culo en una silla. Luego le dio otra bofetada y otra, gritando:

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Él la apartó de un empujón. Le sangraba el labio.

—Hija de puta.

Emmy vio que apretaba el puño.

—Pégame, venga. Atrévete a pegarme.

—Eso quisieras tú.

—¿Quieres saber lo que quiero? —gritó ella—. Quiero desenterrar a tu padre y decirle que, si tienes ese puto antro, es solamente porque yo te lo di. Gracias a mi esfuerzo tienes ese bajo que no sabes tocar y gracias a mis ahorros conseguiste meterte en esa banda itinerante que te dejó en la cuneta en cuanto se acabó el dinero.

—¡No es así como pasó! —Jonah se levantó de un salto y atravesó el vestíbulo dando zancadas. Abrió la puerta con tanto ímpetu que estuvo a punto de desencajarla—. Zorra de mierda.

—¡Chupapollas! —le gritó Emmy.

Verlo subirse a la camioneta que ella había pagado la hizo hervir de rabia. Se metió la mano en el bolsillo y agarró el teléfono. Debería llamar a una patrulla de tráfico para que le registraran el coche. Y que lo denunciaran por los porros que seguro que llevaba en el cenicero. Y por la botella abierta en el portavasos. Que pasara la noche en el calabozo.

Se obligó a soltar el teléfono. No podía hacerle eso a Cole. Pero tampoco conseguía que su rabia se disipara. Se puso a dar vueltas por el vestíbulo. Respiró profundamente, soltando el aire entre los dientes. En cierto modo, sabía que su ira iba desencaminada. No es que Jonah no se mereciera una paliza, pero sabía que su cuerpo estaba expulsando la pena mediante la única emoción que era capaz de expresar en ese momento.

—Hola.

Emmy se giró bruscamente. Había una señora en la entrada de la capilla. Llevaba una chaqueta de cuero negra, vaqueros oscuros y botas de motorista con cordones. Un bolso de ante le colgaba del hombro. La raya del ojo ahumada. El pelo castaño revuelto, largo

hasta los hombros. Eran casi las tres de la mañana y parecía estar a punto de salir al escenario con Courtney Love.

Emmy luchó por recomponerse. Todavía llevaba puesto el uniforme. Lo mejor que podía hacer era fingir que la mujer no la había visto abalanzarse sobre Jonah como un perro rabioso.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

—Soy la agente especial Jude Archer. Bueno, ya no tan especial. —Esbozó una sonrisa fugaz—. Pero esa es otra historia.

Emmy casi se rio.

—No parece una agente del FBI.

—Me lo dicen mucho.

—Su gente está en comisaría. —Dejaría que Seth Alexander se ocupara de aquella impostora. En ese momento, tenía la mandíbula tan apretaba que sentía que se le iba a bloquear—. Está a tres calles de aquí, a la izquierda. Me reuniré con usted allí cuando termine.

—La verdad es que quería hablar con usted en privado. —Jude señaló la capilla—. ¿Le parece que nos sentamos aquí?

Si era tan tonta como para creer que Emmy iba a sentarse en un banco de la capilla a desahogarse con ella, es que tenía problemas mentales, aparte de hacerse pasar por una agente del FBI.

—Mire, señora, no quiero hablar con usted. Quiero que dé media vuelta, se marche por donde ha venido y me deje en paz.

—Vale.

Emmy esperó a que se fuera, pero no se movió. Se quedó allí parada, como si no hubiera dicho «vale» para asentir, sino para hacerle saber que había oído que se le había hecho una petición. La cadencia de su voz al decirlo, su entonación le resultaban tan familiares que casi parecía que Gerald se había levantado de la mesa de la sala de embalsamamiento y estaba de pie en la puerta de la capilla.

Los nervios de Emmy empezaron a bullir, un pálpito eléctrico le recorrió el cuerpo desde la coronilla hasta los dedos de los pies. El cosquilleo. El mal presentimiento. El «no pinta bien». Sabía quién era aquella mujer. Y no era una forastera, ni mucho menos.

—Por favor, no —suplicó Emmy—. Ahora no.

—Ah —dijo Jude—. Te lo han dicho.

La puerta de cristal se abrió antes de que Emmy pudiera responder. Tommy entró en el vestíbulo. Iba con la cabeza gacha, intentando subirse la cremallera de la chaqueta. Levantó la vista y dio un respingo. La cara de susto que puso era casi cómica. Se quedó pasmado un momento.

—¿Martha? —susurró.

Jude sonrió a su hermano.

—Hola, Tommy.

[1] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

Capítulo 11

Jude vio que Emmy abría y cerraba la boca y que, sin decir palabra, salía del edificio por las puertas de cristal. Tommy no dijo nada. No hizo nada. Luego dejó escapar un largo suspiro que pareció borrar de un plumazo los cuarenta años anteriores. Podrían haber estado apretujados junto a Henry bajo el portón trasero del Chevy Vega de Myrna, esperando a que Gerald saliera por fin del bar dando traspiés.

Pero ya no eran niños. Henry llevaba mucho tiempo muerto y Tommy tenía la postura encorvada de un hombre que pasaba demasiado tiempo sentado detrás de una mesa. Tenía profundas ojeras. No se había afeitado. Y estaba completamente calvo.

—¿No vas a ir detrás de ella? —preguntó Jude.

—No es de esas.

A Jude no la sorprendió. A los Clifton les gustaba despedirse a la francesa. Tommy cruzó los brazos. La observó un momento y luego dijo algo típico de él:

—¿Sabe Billy Idol que le has copiado su *look*?

—¿Sabe Kojak que le has copiado el suyo?

Sonrió con su misma media sonrisa de siempre.

—¿Has venido a bailar sobre la tumba de papá o…?

Jude esperó a que acabara la frase, pero no lo hizo.

—¿Cómo se lo está tomando Myrna?

—De ninguna manera. —Tommy se rascó la mejilla sin afeitar—. Tiene Alzheimer. En fase avanzada. No nos reconoce a ninguno. Se le olvida que tiene que comer. No puede bañarse sola. Se despierta en mitad de la noche gritando sobre…

Jude oyó cómo se interrumpía bruscamente su voz. Tommy echó un largo vistazo a su reloj de pulsera, tratando de ocultar su pena.

—Vaya, no me había dado cuenta de lo tarde que es. —Carraspeó antes de volver a levantar la vista—. A las siete y media la van a trasladar a una residencia, así que solo quedan unas horas. Papá lo dejó todo arreglado antes de morir. No nos dio elección.

Jude se tomó un momento para asimilar la noticia. Se había preparado para enfrentarse a la lengua afilada y la mirada cortante de Myrna. Al saber que su madre, a todos los efectos, ya no estaba, se dio cuenta de que en el fondo tenía la esperanza de que hubiera algún tipo de reconciliación entre ellas.

—No pareces sorprendido de que esté viva —dijo.

Tommy volvió a sonreír: un tic nervioso.

—A mediados de los noventa, dos agentes del FBI llamaron a mi puerta. Me dijeron que estaban haciendo una investigación exhaustiva sobre ti, ante tu posible contratación por la agencia.

—¿Qué les dijiste?

—Al principio solo tartamudeé y balbuceé. Me dejó pasmado que se comportaran como si estuvieras viva. Luego les dije la verdad. Que hacía más de una década que no te veía. Y que en tus tiempos te gustaba ir de fiesta, pero que no tenía ni idea de en qué andabas metida últimamente.

Jude supuso que le había hecho un favor.

—¿Hablaron con papá?

Tommy se encogió de hombros.

—Sería lo lógico, pero nunca me lo mencionó.

Jude sabía qué era lo que se deducía de su respuesta: Tommy tampoco se lo había mencionado a Gerald. Ella miró hacia las puertas por las que Emmy acababa de salir.

—Está claro que ella lo sabe.

—Papá nos hizo sentarnos el año pasado y nos lo dijo.

—¿Y te hiciste el sorprendido?

—No sé si te acordarás, pero soy bastante buen actor.

Jude vio que la sonrisa nerviosa volvía a aparecer. Dedujo que a Tommy seguía sin gustarle el conflicto. Siempre había sido un poco solitario. Henry y ella se llevaban muy poco tiempo: nacieron con catorce meses de diferencia. Eran la sombra el uno del otro. No quedaba mucho espacio para Tommy, ni para sus necesidades.

Jude pensó que aquel era un buen punto de partida.

—Una de las muchas cosas de las que me arrepiento es de que Henry y yo te dejáramos de lado tan a menudo. Siento que te excluyéramos. Deberíamos haber sido una piña los tres. Eras un buen hermano, Tommy. Tú no tuviste nada que ver.

—Seguramente es mala idea remover esos recuerdos ahora mismo. —Se rascó de nuevo la barba—. Papá dejó de beber después de que te fueras. Lo dejó de golpe. Cuando volví de la universidad, no quedaba ni una botella.

—¿Dijo por qué?

—No, pero supuse que era por Emmy. —Esta vez su sonrisa fue sincera—. Fue como un rayo de sol. Les dio otra oportunidad. Nos la dio a todos, si te digo la verdad. Se portaron muy bien con ella. Fueron mejores personas. No puedo explicarlo, pero, si no la quisiera tanto, estaría celoso.

—Con Henry también eran así. Por lo menos, al principio.

—No, no es lo mismo. A Emmy no la idolatraban. La querían con locura. Mamá hasta pidió una excedencia de un año en el instituto para quedarse con ella cuando era un bebé.

Jude sintió que también sonreía.

—¿Y quién corregía los errores gramaticales de todo el mundo cuando Myrna no estaba?

Contestaron ambos al mismo tiempo.

—Celia.

Compartir aquella risa fugaz con su hermano alivió un poco el peso que Jude notaba en el pecho. Se alegraba de que Emmy hubiera disfrutado de una versión mejor de Myrna y Gerald, no como la que ella había conocido.

—Todos los niños tienen padres distintos, aunque crezcan en la misma casa.

Tommy pareció desconcertado por sus palabras, pero dijo:

—Los del FBI me dijeron que eras psiquiatra.

—Psicóloga criminalista. Y tú eres profesor de Historia y Celia es la directora del instituto.

Él enarcó la ceja derecha.

—¿Sabe el FBI que nos estás vigilando?

—Lo pone todo en tu página de Facebook, ProfeGuay81.

Tommy se rio.

—¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

—Divorciada, pero era un buen tipo. Y nunca he tenido madera de madre. —Jude volvió a mirar hacia las puertas. La calle estaba oscura y desierta—. Es muy guapa.

—Y dura como el pedernal. Cuando Emmy era pequeña, teníamos que dejar una lucecita encendida en su habitación, pero no porque le diera miedo la oscuridad, sino porque a la oscuridad le daba miedo ella.

—Madre mía, Tommy.

Él soltó una risa seca.

—Es listísima. Papá la tomó bajo su ala. Le enseñó a ser policía.

—Como hizo con Henry.

—No, lo que he dicho antes de que era distinto es cierto. Nada de presión ni de enfados. Papá era paciente. Amable. Solo trataba de ayudarla a hacer algo que se le daba bien de manera natural.

A Jude le costaba imaginarse a Gerald siendo amable y paciente.

—¿Se le da bien el trabajo?

—Mejor que a él en muchos aspectos, porque entiende que con la gente no todo es blanco o negro. —Se encogió de hombros, a pesar de que lo que decía era importante—. Su hijo, Cole, es fantástico. Tiene la inteligencia de su madre y el encanto de su padre.

Jude había oído a Emmy discutir con Jonah. Ella no llamaría a eso «encanto».

—Ella estaba allí cuando mataron a papá.

—Estaban los dos. Cole también es policía. —Tommy esbozó una sonrisa levantando la comisura de la boca—. No tuvieron agallas para dedicarse a la enseñanza.

Jude también sonrió, aunque notaba que a Tommy aquello aún le dolía. Él era el mayor, pero Henry siempre había sido el ojito derecho de Gerald, al que había entrenado para que siguiera sus pasos.

—Recuerdo que papá me dijo una vez que no iba a perder el tiempo enseñándome a ser policía porque lo dejaría en cuanto me casase —comentó Jude.

—Sí, yo también lo recuerdo. —Tommy volvió a encogerse de hombros, pero Jude notó que seguía molestándole aquel desaire—. Papá no se portó así con Emmy. La apoyó por completo. Igual que todos. Mamá cuidaba de Cole para que ella pudiera ir a la universidad. Papá le daba permiso en el trabajo. Celia y yo ayudábamos en lo que podíamos.

—Una gran familia feliz.

Tommy la miró con dureza. Sin sonreír.

—No le hagas daño, ¿vale?

Jude sintió un extraño vacío en el cuerpo, una necesidad de disociarse. Durante las décadas anteriores, había olvidado esa sensación. Aquella familia. Aquel pueblo. Aquella gente. Su alma se aferraba al recuerdo del dolor que le habían causado. Había cosas que nunca se superaban.

La Jude de San Francisco habría hablado de ello, pero ahora estaba en North Falls y había ido allí con un propósito.

—Vale.

Tommy asintió.

—Vale.

Salió por la capilla. Jude lo estuvo observando hasta que desapareció por la puerta, detrás del atril. Su hermano encontraría a Gerald tendido en la sala de embalsamamiento y a Milo sentado en su escritorio. El director de la funeraria había puesto cara de incredulidad al ver entrar a Jude en su despacho, pero al instante esa incredulidad se había transformado en cautela. Ella se alegraba de su gélida bienvenida porque dejaba claro que daba igual cuánto tiempo hubiera pasado: la gente de North Falls seguía siendo igual.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta al salir por la puerta principal. Su cuerpo seguía acostumbrado al horario de la Costa Oeste, y el vuelo de cinco horas y las tres horas de viaje en coche le habían pasado factura. Además, estaba el estrés añadido de hallarse de vuelta en el que antaño había sido su hogar.

El centro de North Falls no había cambiado desde que huyó en plena noche con algo de dinero y una botella grande de Jack Daniel's. Los escaparates tenían letreros distintos, pero los edificios eran los mismos. La calle Mayor estaba flanqueada por tiendas

bajas, de una sola planta. La comisaría del *sheriff* estaba en un extremo. La ferretería, en el otro. Jude aún se acordaba de cuando recorría el camino entre las dos con Henry a su lado. Se asomaban a ver si su padre estaba en el trabajo y luego daban un rodeo por el callejón de atrás para ver si el coche de su madre estaba aparcado detrás de las pilas de tablones, donde Myrna solía citarse con Louis Singh después del colegio.

Jude fijó la mirada en la acera. Observó cómo pisaban sus botas el cemento. Intentó anclarse al presente en vez de dejarse arrastrar por el pasado. Tenía un largo discurso atascado en la cabeza, un discurso que había compuesto en silencio mientras esperaba en la puerta de embarque del aeropuerto, mientras iba sentada en el avión junto a un empresario con ganas de ligar y mientras conducía desde Atlanta.

«Mamá, no he venido a causar problemas. Dame la oportunidad de ayudar».

Jude sabía cómo era el Alzheimer. Natalie Daniels, la sexta víctima de Freddy Henley, era la única hija de un padre soltero. Doug Daniels había actuado como enlace entre el FBI y las familias. Era un pacificador, un hombre amable por el que Jude sentía un enorme respeto. Ella había sido una de las primeras personas a las que Doug informó de que tenía Alzheimer. También era una de las pocas personas que siguió visitándolo mucho después de que perdiera la cabeza. El no haber podido recuperar el cuerpo de Natalie antes de que él muriera era uno de sus mayores fracasos profesionales.

Buscó en su bolso un paquete de pañuelos. Sabía que estaba llorando por Doug Daniels porque no se atrevía a llorar por haber perdido a sus padres.

—¿Martha? —Virgil Ingram estaba parado delante de la comisaría. Había estado mirando el móvil, pero se lo guardó rápidamente en el bolsillo de atrás.

Era al menos quince años mayor que Jude. Ella lo recordaba siempre vestido de uniforme, junto a Gerald. Ahora llevaba vaqueros y una camiseta de manga larga. Tenía el pelo encanecido. Por los músculos que se le marcaban bajo la ropa, Jude dedujo que seguía dedicando todo su tiempo libre a montar y exhibir caballos.

—Me preguntaba si aparecerías —dijo.

Jude respiró hondo para darse ánimos.

—Supongo que las noticias sobre mi muerte eran exageradas.

—Gerald me lo contó el año pasado. Me dijo que eras una especie de jefaza del FBI.

Jude optó por no detenerse a pensar en el hecho de que su padre le hubiera contado eso a Virgil.

—He venido a ayudar con el caso de Paisley Walker.

—Les vendrá bien. Yo estoy jubilado, técnicamente. Ahora me dedico a la investigación privada. Emmy me ha pedido que venga a echar una mano. Esa pobre chiquilla desapareció en uno de los caminos secundarios. Igual que la otra vez. Hubo un caso… —empezó a explicar.

—He escuchado el pódcast. *¿Ángel equivocado?*

Virgil soltó un gruñido.

—Jack Whitlock es un cretino, y le ha hecho una auténtica putada a Emmy al poner todo el foco sobre ella. Emmy no estaba al frente de la investigación. Quien la dirigió fue Gerald. Y, además, nadie andaba equivocado. Dieron con el culpable. ¿Te acuerdas de Adam Huntsinger? Siempre estuvo podrido hasta la médula.

Jude sabía de gente que habría dicho lo mismo de ella. Levantó la vista hacia el edificio. El ladrillo rojo estaba ahora pintado de gris oscuro. Había un letrero luminoso en vez de letras de latón.

—¿Quién está al mando ahora?

—Emmy, supongo. Gerald la nombró jefa adjunta cuando me jubilé.

—¿Está preparada?

—¿Para cumplir su trabajo? Desde luego que sí. Prácticamente ha estado al mando estos dos últimos años. Gerald la presionaba para que le sucediera, pero no sé. No creo que ella quiera. Y de todos modos no estoy seguro de que el equipo fuera a aceptarla.

—¿A pesar de que ya estaba haciendo esa labor?

—Es muy distinto si Gerald ya no está para respaldarla.

—Un hombre tiene que demostrar su valía una vez. Una mujer tiene que demostrarla a diario.

Virgil se rio.

—¿Ahora eres feminista?

—Soy realista. —Señaló la comisaría con un movimiento de cabeza —. ¿Qué me voy a encontrar ahí dentro?

—Vamos a verlo. —Él le abrió la puerta—. Adelante.

Jude había pasado toda su carrera entrando en salas de operaciones de comisarías sin saber qué iba a encontrarse, pero el olor era siempre el mismo: a sudor y a desesperación. Por lo general, la hostilidad o el resentimiento se palpaban en el ambiente. Para muchos policías, llamar al FBI era, en el mejor de los casos, un mal necesario; en el peor, un reconocimiento de su propio fracaso. El hecho era que nadie se alegraba de verla. Y Jude no podía reprochárselo. Cuando el FBI se hacía cargo de un caso, se llevaba todo el mérito, a no ser que la investigación se torciera. Entonces la culpa recaía siempre en la policía local.

—¡Madre mía! —exclamó un hombre—. ¿Doctora Archer?

Jude vio que prácticamente saltaba por encima de las mesas para llegar hasta ella. Cabello corto peinado hacia un lado. Camisa blanca impecable. Corbata azul claro. Pin con la bandera estadounidense. Jude reconoció el aspecto pulcro y formal de un agente de carrera del FBI. Él le tendió la mano. Jude notó que le sudaba la palma cuando se la estrechó.

—Doctora Archer, qué honor conocerla en persona. Soy el agente especial Seth Alexander. —Parecía emocionado como un fan—. Mi jefe me dijo que iba a mandar a la artillería pesada, pero no sabía que se refería a un obús. Muchas gracias por venir, señora. La vi hablar en Quantico hace un par de años. Es un privilegio formar parte de su equipo.

—Gracias, pero estoy oficialmente jubilada. Estoy aquí en calidad de consultora. —Jude buscó a Emmy, procurando no fijar la mirada en el despacho de Gerald—. ¿Dónde está la *sheriff* en funciones?

—Ha salido un momento. ¿Quiere que la localice?

Jude no creía que pudiera enfrentarse a Emmy en ese momento. Era mucho más fácil apoyarse en el procedimiento rutinario.

—Primero póngame al día. ¿Qué sabemos?

—Paisley Walker, mujer, catorce años. —Seth la condujo hacia el fondo de la sala.

Jude miró el mapa de North Falls desplegado sobre la mesa. Los círculos señalaban el posible itinerario del secuestrador.

—Aquí. —Seth señaló una equis roja en la avenida Coleman—. La madre dice que Paisley se fue en bicicleta al instituto un poco antes de las siete. Sobre las siete y media, una testigo llamó al 911. Estaba aquí, en una de las pistas de tierra que la gente de por aquí llama «caminos secundarios». La persona que llamó dijo que había encontrado una bicicleta infantil abandonada. No había rastro de la niña. La rueda trasera estaba doblada, la cadena estaba suelta y había sangre en la zona. El agente local que acudió al aviso hizo las llamadas pertinentes y registró la casa de la familia. Sin resultados.

Jude miró el mapa, aunque ya tenía la ruta en la cabeza. Solía ir en bici por aquellos caminos con Henry y Tommy, a pescar en el estanque de Millie.

—¿Y luego? —preguntó.

—Hablaron con los padres, se informaron sobre los parientes, entrevistaron al personal del instituto, hablaron con los vecinos, peinaron la zona desde la casa de la familia hasta el lugar donde se encontró la bicicleta. Revisaron contenedores y cubos de basura, alcantarillas, callejones… Tenemos al padre de la niña, Elijah Walker, en la sala de interrogatorio. La madre se llama Carol. Está en su domicilio. Tuvieron que medicarla, pero según mi agente está en condiciones de hablar.

—¿Sospechan de alguien en concreto? —inquirió Jude.

—No, señora —respondió Seth—. Tenemos a un tío de la niña que está viniendo de Alabama y a un hispano en una camioneta negra que hizo unos trabajos de jardinería para la familia hace cuatro meses. El padre dice que le pareció ver la misma camioneta negra la mañana de la desaparición. Estamos buscando al propietario a través de una aplicación de pagos.

—Cuidado con eso. —Jude volvió a mirar la sala de operaciones. Vio a un joven ayudante del *sheriff* con la cabeza inclinada sobre un ordenador. Guapo. Pelo castaño rizado. Facciones inconfundibles. Le dijo a Seth—: Este es un pueblo pequeño. La gente se altera fácilmente.

—Sí, señora —contestó Seth—. ¿Sabe lo del agente asesinado?

—Sí. —Jude apartó la mirada del ayudante del *sheriff—.* ¿Están investigando una posible relación entre la desaparición de Paisley y el caso de Adam Huntsinger?

—Huntsinger salió en libertad hace tres días y está a la espera de un juicio por violación. ¿Cree que deberíamos investigarlo? ¿Que puede tratarse de un asesino en serie?

—Eso todavía está por determinar. —A Jude no le gustaba la emoción que notaba en su voz. Seth pensaba demasiado en la persecución y poco en la víctima—. ¿Qué más tienen?

—Tenemos el teléfono de Elijah Walker. —Seth le hizo una seña a otro agente de aspecto pulcro y formal para que se acercara—. El agente especial Damien Reynolds. Es nuestro informático.

—Doctora Archer, es un honor —dijo Damien—. Uno de los locales ha conseguido que Elijah Walker nos diera acceso a su teléfono. No hay nada relevante en los mensajes de texto. En el historial de navegación hay principalmente Fútbol Fantasy y porno. Aún tengo que ejecutar el *software* para descodificar su WhatsApp, pero sus fotos son interesantes.

Jude buscó sus gafas de cerca en el bolso. Las sacó del estuche. Fue pasando las fotografías. En muchas ocasiones a largo de su carrera había sido muy consciente de que era la única mujer en una sala llena de hombres. Ahora, al mirar las fotografías de genitales masculinos y femeninos almacenadas en el teléfono de Elijah Walker, volvió a sentirlo.

—Los metadatos de ubicación están borrados —añadió Damien—, pero todas las fotos tienen fecha del año pasado.

Ella se quitó las gafas.

—¿Qué tipo de porno había en su historial de navegación?

—*Bondage* suave. Mujeres adultas. Nada demasiado raro. Ni menores de edad ni jovencitas.

—¿Cuál es la contraseña principal del teléfono?

Damien leyó el número en un trozo de papel.

—Ocho, siete, dos, treinta y uno, seis.

—Háble me de los padres —le dijo Jude a Seth.

—Elijah Arnold Walker, treinta y siete años, blanco. Corredor de seguros. Diácono de su parroquia. Su esposa es Carol Diane Walker,

treinta y un años, blanca. Ama de casa. Trabaja como voluntaria en la tienda de beneficencia del pueblo tres días a la semana. Ninguno de los dos ha estado casado anteriormente. Paisley es su única hija.

—Así que ella tenía diecisiete años y él, veintitrés cuando tuvieron a Paisley —comentó Jude—. ¿Coartadas?

Seth tardó un momento en hacer las cuentas.

—La madre estaba en casa. Los vecinos la vieron mirando el buzón después de que la hija se fuera. El padre estuvo en el trabajo toda la mañana. La secretaria estaba con él en su despacho cuando lo llamaron.

—Lléveme a verlo.

—Sí, señora. Por aquí.

Jude no necesitaba ayuda para encontrar las salas de interrogatorio, pero se alegró de que Seth fuera delante. Se permitió mirar el despacho vacío de Gerald. La luz estaba apagada. Su escritorio estaba de espaldas a la ventana y había otra mesa arrimada a él. Jude vio un ordenador portátil y una foto descolorida de un niño con una mata de pelo castaño y rizado idéntica a la del joven ayudante del *sheriff* que seguía inclinado sobre su ordenador.

Una sensación de inquietud volvió a invadirle el cuerpo. Tommy decía que Gerald había cambiado por Emmy. Que Myrna se había vuelto mejor persona. Que Emmy había iluminado sus vidas como un rayo de sol. Su hermano, sin embargo, se callaba lo obvio: que la luz solo había entrado después de que desapareciera la oscuridad que representaba ella.

Seth se detuvo frente a la puerta cerrada de la primera sala de interrogatorio.

—¿Necesita que entre con usted?

—Supongo que hay cámaras. Observe desde lejos. Le haré una seña si le necesito. —Jude lo detuvo antes de que se fuera—. ¿Quién es el agente local que consiguió que Walker desbloqueara su teléfono?

—Emmy Clifton. He dejado que intentara interrogarlo ella primero.

Jude procuró no irritarse. Conseguir que alguien desbloqueara voluntariamente su teléfono no era algo intrascendente.

—¿Le ha dado su valoración sobre Walker?

—Me ha dicho que parecía muy controlador y que era, palabras textuales, un estirado. Que le parecía que ocultaba algo. Puso énfasis en que no le gustaba cómo vestía su hija. —Seth se encogió de hombros—. Pero es bastante normal que un padre se preocupe por esas cosas. Cabe la posibilidad de que Emmy tenga prejuicios al respecto.

—¿La conoce usted bien? —Jude vio su mirada interrogativa—. La llama Emmy. ¿No es la *sheriff* en funciones?

—No, señora, no la conozco, y es la *sheriff* en funciones, en efecto. —Seth tuvo el sentido común de parecer arrepentido. El FBI tenía un estricto código de conducta que Jude normalmente se pasaba por el forro—. Tengo entendido que la *sheriff* Clifton estaba muy unida a su padre. Que no daba un paso sin él. Quizá sus sentimientos le estén nublando el juicio.

—¿Quiere decir que no está en condiciones de hacer su trabajo?

—Llevaba un tiempo siendo jefa adjunta, pero deduzco por lo que cuentan los locales que era su padre quien se encargaba de todos los asuntos importantes. Ella metió la pata en el caso de Adam Huntsinger. Seguramente esto también la está sobrepasando. —Se alisó la corbata. Estaba nervioso; intentaba redimirse—. Es un poco extraño que su padre haya muerto y que siga trabajando como si nada.

—A mí me parece encomiable. Hace falta mucho carácter para dejar de lado la propia pena y ponerse a buscar a una menor desaparecida.

—Tiene usted razón. —Seth volvió a alisarse la corbata—. Es que no sé qué haría si mataran a mi padre delante de mí.

—Agachar la cabeza y cumplir con su trabajo, espero.

Jude abrió la puerta de la sala de interrogatorio. Durante una fracción de segundo, sintió que atravesaba un portal de regreso al pasado. Volvió a tener trece años y a pasearse de un lado a otro por la habitación jugando a poli bueno y poli malo mientras interrogaba a Henry, un auténtico cerebro criminal.

Luego parpadeó y solo vio a un hombre de mediana edad enfadado que parecía a punto de ponerse a gritar.

—¿Se puede saber qué está pasando? —Estaba claro que Elijah Walker llevaba un rato esperando para dar salida a su ira. Apartó la silla de la mesa. Tenía la cara roja de rabia—. Es de madrugada. Debería estar con mi mujer ahora mismo. ¿Quién coño es usted?

—Soy la doctora Jude Archer. Trabajo como consultora para el FBI. —Marcó la contraseña del teléfono de Elijah y le mostró una de las muchas fotos obscenas del año anterior—. ¿Es este su pene?

El hombre se quedó completamente inmóvil. Ni siquiera respiraba. Jude repitió:

—¿Es este su pene?

—¿Cómo han…? —Elijah intentó quitarle el teléfono, pero Jude se lo apretó contra el pecho.

—Siéntese, señor Walker.

Parecía que quería pegarle, pero al final, lentamente, se sentó a la mesa.

—¿Cómo han entrado en mi teléfono?

—¿Se refiere al teléfono que usted mismo desbloqueó y le entregó a la *sheriff* en funciones?

—Esa imbécil no tenía ningún derecho a mirar nada, solo mi Cash App.

Jude preguntó:

—¿A quién le enviaba fotos de penes?

Él negó con la cabeza.

—Yo no…

Jude le enseñó otra foto, esta, de una mujer.

—¿De quién es esta vulva?

Elijah la miró con odio evidente.

—Esto es ridículo. Están perdiendo el tiempo.

Jude retiró la otra silla y se sentó frente a él. Se tomó un momento para observarlo. Tenía el pelo grasiento y la piel resbaladiza de sudor. Estaba blanco como la leche, excepto la cara, que estaba tan roja en comparación con el cuello que parecía una piruleta de cereza.

—Señor Walker, le he hecho dos preguntas sencillas. ¿Se niega a responder?

Apretó los dientes. Jude vio que le temblaba una vena bajo uno de los ojos.

—Ya se lo he dicho. Eso no tiene nada que ver con Paisley.

—¿Tenía usted una aventura?

No dijo nada.

—¿Tenía múltiples aventuras? —Jude se puso las gafas y ojeó más fotos—. A mí me parece la misma vulva. Hay una marca de nacimiento interesante en la cara interna del muslo.

—¡Basta!

Elijah dio un puñetazo en la mesa. Jude notó que estaba acostumbrado a enarbolar su ira como un arma. Seguramente le funcionaba con las mujeres de su entorno, pero con ella no iba a servirle de nada.

—Señor Walker, tiene todo el derecho a guardar silencio. —Se puso de pie—. A las siete y media vamos a dar una conferencia de prensa para pedir al público información sobre el paradero de su hija. También puedo preguntar al público por la identidad de esa mujer.

—¡Qué cojones…! —gritó Elijah—. No puede hacer eso, maldita zorra.

—Puedo y lo haré. —Echó mano del pomo de la puerta.

—Espere.

Jude apoyó la espalda contra la puerta. Volvió a estudiar su cara. Estaba descolorida, de un blanco casi puro. Sus ojos se movían mientras trataba de encontrar una salida. Emmy tenía razón al decir que Elijah Walker era una persona controladora. Jude le había dejado sin asideros al quitarle su poder. Ahora era el momento de devolvérselo en parte. Observó sus manos. Su dedo índice izquierdo tenía un callo en la curva del primer nudillo.

—¿Es aficionado a la pesca con mosca? —preguntó.

La pregunta lo desconcertó visiblemente.

—¿Qué?

—El callo que tiene en el dedo parece de una rozadura de sedal. A mi hermano solía salirle una herida justo ahí cuando pescaba río abajo, en el Flint. ¿Es aficionado a la pesca con mosca? —repitió.

Elijah se miró el dedo índice como si fuera la primera vez que lo veía.

—Sí.

—Entonces sabe lo que es lanzar la caña cien veces en cien sitios distintos con la esperanza de que pique algo. —Jude cruzó los brazos —. Eso es lo que hacemos nosotros cuando secuestran a un menor, señor Walker. Lanzamos cientos de sedales en cientos de direcciones y esperamos pescar algo. Estas fotos de su teléfono podrían ser un pez o podrían ser basura enganchada en el sedal. Puede usted hacerme perder el tiempo averiguándolo o puede decirme la verdad.

—Es basura —contestó—. Nada más.

—Tiene usted una aventura.

Negó con la cabeza.

—No es una aventura.

—¿Es una trabajadora sexual? ¿Le paga usted?

Elijah apoyó la cabeza en la mano y se tapó los ojos con los dedos.

Jude esperó en silencio a que le diera otra excusa o un nombre. Él se hizo de rogar. Ella oía el sonido amortiguado de los teléfonos en la sala de operaciones. El reloj de la pared marcaba las tres y cuarenta minutos de la madrugada. Jude conocía las estadísticas sobre secuestros de menores, la diferencia en las probabilidades de supervivencia de la víctima si el responsable era uno de los padres, en vez de un extraño. No era la primera vez que estaba sola en una habitación con un posible depredador sexual, pero era uno de esos raros momentos en que su instinto no le proporcionaba ninguna respuesta.

Repasó para sus adentros los datos del caso recopilados hasta el momento. Su instinto no se había empañado por hallarse de vuelta en North Falls. No tenía nada que ver con Tommy o Emmy; ni siquiera con sus padres. La puesta en libertad de Adam Huntsinger cambiaba los términos de la ecuación. La bicicleta abandonada en el camino secundario. La rueda trasera doblada. La cadena colgando. Sangre en el lugar de los hechos. Jude no era de las que creían que en una investigación criminal no existían las coincidencias, pero sabía muy bien que en North Falls nada era una coincidencia.

Elijah respiró hondo.

—Hace meses que no la veo, ¿vale? Lo dejé. Me pudo la culpa.

—¿Cómo la conoció?

—Por internet. En una página de citas. No recuerdo el nombre.

Jude asintió.

—Vale.

—Le dejé claro desde el principio que estaba casado. Que no iba a dejar a mi mujer. —Empezó a sacudir la cabeza—. Creía que estaba interesada en mí, pero luego empezó a hablar de dinero. Se llama Trixie. No sé su apellido. Solo fue un par de veces.

—¿Cómo se organizaban para quedar?

—Hizo que me descargara WhatsApp. Así nos comunicábamos. Al principio nos mandábamos fotos, luego nos conocimos en persona. —Soltó un suspiro, como si aquella confesión lo estuviera destrozando—. Se lo prometo, solo fueron unas pocas veces. Dejé de verla hace tres o cuatro meses. Es lo que le he dicho. Lo que le dije a ella. Nunca dejaría a mi esposa. Quiero a Carol. Quiero a mi familia.

—¿Dónde se encontraban para tener relaciones sexuales?

—En un hotel de Clayville. El Dew Drop Inn.

Jude conocía el lugar, de su malgastada juventud. Elijah Walker debía de destacar allí como un misionero mormón.

—Ese barrio entraña cierto peligro para alguien como usted. ¿Le gusta correr riesgos?

—No fue… —Se secó el sudor de la frente—. Carol no es nada aventurera. Llevamos mucho tiempo casados.

—¿Qué le daba Trixie? ¿Hablamos de fetichismo? ¿De *bondage*?

—No, era todo normal.

—¿Cuánto le cobraba?

—Cuatro cincuenta por dos horas, más el precio de la habitación.

Jude cambió a tiempo presente.

—¿Le da el dinero directamente a ella o hay un intermediario?

—Le dejo el dinero en efectivo encima de la cómoda, luego me ducho y, cuando salgo del baño, ella pone en marcha el reloj. —Se incorporó en la silla, enderezando los hombros—. La última vez fue hace meses. No he vuelto a tener contacto con ella desde entonces.

—¿Sabe qué tipo de coche conduce?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nunca me fijé.

—¿Mencionó alguna afición o algo que tuviera que ver con su familia?

—No sé nada sobre ella. —Siguió sacudiendo la cabeza—. No pagaba para oírla quejarse de sus hijos o de sus problemas. Yo iba allí por interés propio. Nada más.

—¿Cuál es la contraseña de su WhatsApp?

—No lo sé. Ya se lo he dicho, hace meses que no lo uso. Solo lo descargué porque ella me lo dijo.

—Señor Walker, ¿tiene alguna idea de dónde está Paisley en estos momentos?

—No. Lo juro por mi vida. —La miró por fin—. Por favor, le ruego que se olvide de este asunto. No tiene nada que ver con Paisley.

—Espere aquí.

Jude salió al pasillo y cerró la puerta. Seth ya estaba saliendo del cuarto que antes se usaba como almacén. Ella distinguió el brillo de los monitores encima de una mesa y dos sillas arrimadas frente a ellos.

—El detalle de la pesca con mosca ha sido impresionante —comentó Seth.

—La valoración de la *sheriff* Clifton es acertada. Está ocultando algo. —Jude le entregó el teléfono—. Dígale a Damien que necesitamos abrir esto urgentemente. Quiero que mande un equipo al Dew Drop Inn con la foto de Walker, a ver si se acuerdan de él. Y haga venir a su secretaria. Vayan a su casa. Despiértenla. Es su coartada para ayer por la mañana. Quiero saber si se acuesta con él. Si no es así, estoy segura de que algo sabrá sobre la persona con la que se ha estado viendo Walker.

—¿Se refiere a Trixie?

—Ese no es el nombre que le dio ella. Será más bien Ashley o Katie, algo así. Si uno paga cuatrocientos cincuenta dólares por dos horas es para tener una especie de novia. Se la folla en diez minutos y se pasa el resto del tiempo hablando de lo dura que es su vida y de que su mujer no le entiende.

Seth pareció más sorprendido de lo necesario.

—La *escort* tendrá una agencia que selecciona a sus clientes. Es a ellos a quien paga Walker. Tenemos que revisar los movimientos de su tarjeta de crédito y todas sus aplicaciones de pago. Tiene que haber un rastro. No encontró a esa mujer en una página de citas. Ni tampoco al hombre. Porque está claro que ese no es el pene de Elijah Walker.

Seth levantó las cejas.

—¿Cómo?

—Walker tiene las manos, el cuello y la cara muy pálidos. A menos que vaya a tomar rayos uva y solo se broncee los genitales y el abdomen, ese no es su pene.

—Sí, señora. —Seth cogió el teléfono—. ¿Cree que le están chantajeando?

Jude había visto la foto de Paisley en el boletín, en San Francisco.

—Su hija es una joven rubia y atractiva.

—Sí. —Seth ya no parecía sorprendido. Al menos había oído hablar del tráfico de menores con fines sexuales—. Lo que ha dicho sobre una conferencia de prensa a las siete y media. Lo siento, pero no sabía que la había convocado. ¿Va a pedir la colaboración ciudadana?

—Era un farol, pero quiero que la convoque de todos modos. Si la hacemos a las siete y media, los medios nacionales tendrán cuatro horas para llegar desde Atlanta. Usted será el portavoz. —Jude no quería ser la cara de la investigación—. Recuerde agradecer a la *sheriff* Clifton y a las fuerzas locales su cooperación. Dígales a los medios que estamos siguiendo pistas. Pida que se presenten posibles testigos. Dé el número del teléfono de colaboración ciudadana.

—Sí, señora.

—Voy a ir a hablar con la madre. Puede que Carol Walker sepa en qué anda metido su marido. —Hizo amago de irse, pero se acordó de algo—. Necesito que imprima dos fotos de la galería de Elijah. Una de cada, a tamaño completo y en color.

Él pareció asombrado.

—¿Va a enseñárselas a su mujer?

—Cielo, tienes que entender que no estoy aquí para cogerle la manita a nadie ni para andarme con paños calientes. Voy a hacer lo que sea necesario para encontrar a una niña de catorce años y llevarla de vuelta a casa.

—Sí, señora. Voy a decirle a un agente que la lleve a la casa de los Walker.

—No, prefiero ir con la *sheriff.*

Capítulo 12

Emmy estaba sentada en la oscuridad dentro del complejo penitenciario. Por fin había dejado de temblarle la pierna, pero solo porque tenía los músculos agotados. Mientras las manecillas del reloj se acercaban a las cuatro de la mañana, había sentido que se iba quedando sin fuerzas con cada tictac. No le quedaban ánimos ni energías. Lo único que se sentía capaz de hacer era mirar fijamente los monitores de vídeo que tenía delante. Doce cámaras en el módulo de hombres. Ocho en el de mujeres.

Paul Dalrymple estaba recluido en aislamiento por seguridad. Estaba paseándose de un lado a otro cuando Emmy había mirado por primera vez el monitor de su celda. Ahora, agarrado a los barrotes, se golpeaba con suavidad la frente contra el acero. Tenía empapado de sudor el uniforme a rayas blancas y negras, y una mancha de vómito en la pechera. Habían tenido que llamar a mantenimiento para que arreglaran su inodoro atascado. Estaba pasando el síndrome de abstinencia alcohólica. Seguramente también deberían llamar a un médico, pero Emmy no tenía ganas de prestar ayuda al responsable de la muerte de su padre.

Desplazó la mirada hasta el monitor de abajo a la derecha. Hannah también estaba sola en una celda, aunque, en su caso, por riesgo de suicidio. No se había movido del catre desde que Emmy había entrado en la sala de monitores. Estaba tumbada de lado, acurrucada en posición fetal. Tenía la cabeza gacha, pero Emmy veía cómo le temblaban los hombros mientras lloraba. Le rompía el corazón. Quería entrar en la celda, abrazarla, decirle que todo iba a arreglarse.

En realidad, quería que Hannah hiciera lo mismo por ella.

Durante los doce años anteriores, había anhelado muchas veces el consuelo de su amistad. Cuando a Myrna le diagnosticaron Alzheimer. Cuando de verdad empezó su declive. Luego, el cáncer de pulmón de Gerald. Después, el de hígado. Y ahora esta locura: su hermana mayor presentándose de pronto en el pueblo, menos de veinticuatro horas después de que su padre muriera de un disparo en la calle.

Hannah era la única persona que le había dicho que las manías de los Clifton no eran normales. Que las cosas que habían presenciado y de las que nunca hablaban —como el pasado alcoholismo de Gerald, las aventuras esporádicas de Myrna, la cleptomanía de Millie, el TOC de Taybee, el síndrome de Diógenes de tal o cual primo, la ludopatía de otro o la extraña obsesión de alguno de sus tíos por coleccionar las pegatinas de la fruta— eran una auténtica locura.

Emmy miró su teléfono, que estaba encima de la mesa, delante de ella. Al principio, después de que Gerald le confesara que Martha estaba viva, había hecho todo tipo de búsquedas sobre Martha Judean Clifton. No se le había ocurrido que su hermana podía estar usando su segundo nombre o que se hubiera casado y hubiera cambiado de apellido. Estaba haciendo una nueva búsqueda cuando Seth Alexander hizo el trabajo por ella. En su mensaje de texto, parecía casi eufórico: «¿Te puedes creer la suerte que hemos tenido? ¡Es literalmente la autora del manual!».

Seth le mandaba un enlace al manual en cuestión: *Comparaciones estadísticas de modalidades de investigación en casos de sustracción y secuestro de menores* (rev. 2022), de la doctora J. M. Archer.

Emmy conocía ya aquel trabajo académico. Había consultado una edición anterior para escribir su tesis.

—¿Mamá? —Cole apareció en la puerta. Era la desventaja de que toda la familia tuviera Life360 instalado en el móvil. Fijó al instante los ojos en el monitor de abajo a la derecha.

Hannah había seguido teniendo relación con Cole porque lo quería mucho y no era culpa suya que su madre fuera una amiga pésima. Emmy observó las emociones que desfilaban por el semblante de su hijo. Y luego dejó de verlas, porque lo había educado para que fuera tan hermético como el resto de la familia.

—El FBI ha mandado a una mujer a que se haga cargo de la investigación —la informó él—. Parece muy dura. He oído contar a un agente que atrapó a un asesino en serie.

Emmy respiró hondo.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Interrogar a Elijah Walker. Quizá consiga sacarle algo.

Emmy se obligó a exhalar. No podía asumir ese nuevo nivel de estrés. Tenía que seguir concentrada en encontrar a Paisley Walker.

—¿Elijah ha recordado algo más sobre la camioneta?

Cole apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—No, nada, pero sigue insistiendo en cómo iba vestida Paisley cuando salió de casa. Me ha dicho que le había prohibido llevar mallas si no se ponía encima una falda o unos pantalones cortos. Que ya sabía yo por qué. Imagino que quería decir que todos los hombres somos unos cerdos.

—¿Te parece raro que hable tanto de cómo iba vestida?

—Me parece más raro que lo esté utilizando para culpar a su hija de que la hayan secuestrado. —Cole se encogió de hombros—. ¿Al abuelo le molestaba cómo te vestías tú?

—Normalmente era la abuela la que me gritaba porque llevaba siempre vaqueros y camisetas.

La sonrisa de su hijo no duró más de un segundo.

—Papá me ha mandado un mensaje.

Emmy casi se había olvidado de la pelea con Jonah. Vio que Cole se inclinaba para colocar su teléfono en la mesa, junto al de ella. Miró el mensaje de texto. «Dile a tu madre que ya me puede agradecer que no valla a denunciarla por agresión».

—La ortografía nunca ha sido su fuerte. —Emmy pensó que convertirse en Myrna era lo que le faltaba, la guinda de aquella mierda de pastel—. Cariño, a veces, cuando alguien muere, afloran muchas cosas que están sin resolver.

—¿Te refieres a Jonah o a ti?

Su hijo era demasiado inteligente.

—No lo llames Jonah. Sigue siendo tu padre.

—¿Sabías que le ha dado trabajo a Adam Huntsinger en el bar?

Emmy tuvo que tragarse las palabras que se le vinieron a la boca.

—Todo el mundo tiene que trabajar en algún sitio.

—Vale. —Cole cogió el móvil e hizo ademán de marcharse.

—Espera. Siéntate conmigo un momento.

Pareció reacio a hacerlo, pero al fin obedeció.

—¿Qué pasa?

Emmy sintió que su determinación empezaba a desmoronarse, pero sabía que no había forma de soslayar el asunto. No quería que su hijo se llevara la misma sorpresa que se había llevado ella. Aun así, no había forma fácil de explicarlo.

—No tengo energías para andarme con subterfugios, así que voy a decírtelo sin rodeos. Tu tía Martha está viva. Es la agente del FBI que ha hecho que Seth Alexander se pusiera a dar saltos de alegría. Ahora se hace llamar Jude Archer, pero es ella.

Cole no dijo nada, aunque su asombro brilló como un letrero de neón.

—El abuelo nos lo contó a Tommy y a mí el año pasado. —Emmy sabía que le estaba dando demasiada información de golpe. Esperó unos segundos para que encajara la noticia—. Después de que tu tío Henry se ahogara en el río, Martha se descarrió por completo. Empezó a beber y a drogarse. Luego empezó a robar para mantener su adicción. Al final, le robó el coche a tu tía abuela Millie. Se emborrachó y casi mata a alguien en la autopista. El otro conductor se recuperó, pero estuvo una semana hospitalizado. Hubo mucha gente que se enfadó. Martha acabó marchándose del pueblo en plena noche. Y nunca volvió.

Cole sacudió la cabeza como si no entendiera nada.

—Pero ¿por qué dijo el abuelo que había muerto?

—Porque había gente en el pueblo que quería que la procesaran por el accidente de coche. —Emmy vio que seguía desconcertado—. Cariño, fue hace más de cuarenta años. No había internet. Nadie tenía ordenador. Los atestados policiales y las denuncias se escribían en una hoja de papel que se podía arrumbar al fondo de un archivador o tirar a la papelera. Tu tío abuelo era el fiscal del condado. Tu otro tío abuelo era juez. La tía Millie era la redactora jefe del *Herald.* El tío Penley era el alcalde. Si Gerald Clifton decía que su hija había muerto en un accidente de coche en Memphis,

nadie iba a poner en duda que su hija había muerto en un accidente de coche en Memphis.

—Vale. —Evidentemente, Cole estaba buscando los puntos débiles de aquella historia—. ¿Y el entierro?

—El abuelo le contó a todo el mundo que la habían incinerado. No hubo entierro. Tommy estaba en la universidad. Yo todavía era un bebé, así que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Millie estaba furiosa por lo de su coche, pero se encargó de hacer callar a los primos. No le costó mucho. Jude se había enemistado con mucha gente.

Emmy le dio otro momento para pensar. Luego se adelantó a la pregunta que sabía que iba a hacerle.

—Tu abuela, obviamente, sabía la verdad. Por eso, en parte, nos lo contó el abuelo. La abuela no dejaba de decir que Martha estaba viva. Al abuelo le pareció que no estaba bien que nos empeñáramos en decirle que estaba muerta. Y supongo que también quería que lo supiéramos. Fue más o menos cuando le diagnosticaron el cáncer de pulmón. El pronóstico no era bueno ya entonces. Dijo que no quería que sus fantasmas se convirtieran en nuestros demonios.

Cole siguió atando cabos.

—¿Por qué no ha vuelto hasta ahora?

—Imagino —contestó Emmy— que le dijo al abuelo que no volvería a poner un pie en el condado de Clifton hasta que él muriera.

Cole sacó la mandíbula. Siempre había sido un gran defensor de su abuelo.

—¿Qué dijo Tommy?

—Que las cosas eran más complicadas de lo que estaba contando el abuelo, pero no entró en detalles. —Emmy sabía que aquella era la parte menos sorprendente de la historia—. En fin, el abuelo dijo que había cometido muchos errores en esa época.

—«Los errores pueden darte una razón para perdonar».

Cole estaba citando a Gerald. Emmy se mordió el labio para no echarse a llorar otra vez.

—¿Por qué no me lo habéis contado antes? —preguntó su hijo.

—Porque… —Emmy sabía qué palancas podía accionar en ese momento para impedir que su hijo siguiera indagando. Eran las mismas que había accionado Gerald, las mismas de las que Tommy se columpiaba como un mono, y no pensaba utilizarlas contra su hijo —. Porque somos unos cobardes y nos negamos a hablar de las cosas que nos inquietan.

Cole soltó una carcajada de sorpresa.

—En esto tienes mucha razón.

Emmy soltó otro largo suspiro. No se sentía capaz de hacer más gestos valientes; había llegado a su límite.

—¿Sherry Robertson te ha tomado declaración por la muerte del abuelo?

Cole tardó un momento en reaccionar al brusco cambio de tema.

—Sí, pero no deja de preguntarme por la pistola. Le he dicho que no vi quién la empuñaba.

—Eso le he dicho yo también. —Emmy inspiró rápidamente—. Quiero que vengas conmigo a interrogar a Carol Walker. Tenemos que ver si recuerda algo.

—Cuando quieras.

—Espera. Primero quiero que hagas otra cosa. —Emmy señaló con la cabeza los monitores. No sabía si hacía aquello por Dylan o por sí misma, pero en ese momento no le importaba—. Ve al módulo de mujeres, a la zona de aislamiento, y deja que tu tía Hannah te vea en la puerta. Ponte junto al cristal, pero no entres, así las cámaras no captarán tu cara. Luego nos vemos fuera para ir a casa de los Walker.

Cole pareció incómodo.

—¿Y si intenta hablar conmigo?

—Solo sonríele o salúdala con la mano o haz lo que te parezca. Y aléjate. ¿Vale?

Era evidente que Cole quería hacerle más preguntas, pero su hijo también había heredado el gen de la cobardía.

—Vale.

Emmy siguió su avance en los monitores: lo vio guardar su Glock en una de las taquillas del pasillo y entrar luego en el complejo

penitenciario. Fue a levantarse y entonces se dio cuenta de que había alguien en la puerta.

—Es un chico muy guapo —comentó Jude.

Emmy sintió que rechinaba los dientes. Se preguntó si sacaba la mandíbula igual que Cole.

—Tengo entendido que vas a hacerte cargo de mi caso —dijo.

—Solo estoy aquí para asesorar, y tú sigues al mando, *sheriff.*

A Emmy empezó a dolerle la mandíbula.

—Jefa adjunta, nada más.

—Lo que significa que eres la *sheriff* en funciones ahora que Gerald no está. Tienes que asegurarte de que la gente sabe que estás al mando.

—Y tú tienes que meterte tus consejos por donde te quepan. —Emmy notó que no se inmutaba—. ¿Sabe el FBI que eres alcohólica?

—Sí.

—¿Y cocainómana?

—La coca es fantástica, pero mi problema era el alcohol. —Jude apoyó el hombro contra el marco de la puerta, igual que había hecho Cole—. Se lo conté todo cuando investigaron mis antecedentes. Llevo treinta y nueve años y dos meses sin probar el alcohol.

—Cuánto me alegro. —Emmy señaló la puerta—. ¿Qué tal si te apartas de mi camino y yo me aparto del tuyo?

—Elijah Walker engaña a su mujer.

Emmy procuró mantener una expresión neutral.

—¿Te lo ha dicho él?

—Se lo he dicho yo. —Jude sacó un sobre grande de su bolso de ante. Extrajo de él dos fotografías impresas y se las enseñó—. Las tenía en el móvil.

Decir que aquello pilló desprevenida a Emmy habría sido como decir que las últimas veinticuatro horas habían sido «fatigosas». Y no por las fotografías, sino por el hecho de que se hallaba en el cárcel donde su ex mejor amiga estaba detenida por asesinato y su hermana muerta le estaba enseñando una foto de una polla y de un coño abierto como si estuviera presumiendo de sus vacaciones en Europa.

—¿Qué notas? —preguntó Jude.

—Pues… —Emmy seguía desconcertada—. No… Bueno…, que no es de Elijah, a no ser que la foto sea de cuando iba al gimnasio todos los días y se rociaba con bronceador.

—Bien. ¿Qué más?

Aunque no quería hacerlo, Emmy miró con más atención.

—Sería bastante fácil ver si tiene ese lunar justo debajo del ombligo. Es posible que sea bisexual, pero supongo que hizo una captura de pantalla del pene de otro hombre y lo hizo pasar por el suyo.

—Eso creo yo también. ¿Y qué me dices de esta? —Jude le pasó la foto de la mujer—. Elijah dice que conoció a esta mujer en un sitio web. Dice que se hacía llamar Trixie y que cobra cuatro cincuenta por dos horas.

—Eh… —Emmy parpadeó. Se sentía como si estuviera pasando un examen—. Trixie tiene que ser un alias, pero el precio no me cuadra. Es doce veces más de lo que cobran las chicas en el aparcamiento de camiones. La marca de nacimiento en forma de mariposa podría ayudar a identificarla, aunque la mejor pista es la depilación brasileña. Hay dos sitios por aquí donde la hacen: Sugar Babies, en el centro comercial, y la peluquería de Peggy Ingram.

—Peggy Ingram —repitió Jude—. ¿Se hizo cargo del negocio de su madre?

—Sí y no. —Emmy le devolvió la foto—. Sacó la peluquería del sótano cuando Virgil se jubiló. Ahora es investigador privado y necesita un lugar discreto para reunirse con los clientes. Peggy se quedó con el local de enfrente de la ferretería.

—¿Donde antes estaba el zapatero?

—Exacto, entre la tahona y la tienda del candelero.

Jude sonrió, reconociendo la broma.

—Mándale un mensaje a Peggy. A ver si recuerda a una clienta con esa marca de nacimiento.

Emmy se miró el reloj y luego volvió a mirarlo. Aquel estaba siendo uno de los días más largos de su vida.

—Son casi las cuatro y media de la mañana. Ni siquiera ha salido el sol.

—Peggy lo leerá cuando se despierte. —Jude se volvió para mirar detrás de ella. Cole se había parado en el pasillo—. Tú debes de ser mi sobrino.

Él miró a Emmy y luego a Jude.

—Y tú debes de ser mi tía muerta.

—Jude Archer. —Volvió a meter las fotos en el sobre antes de que él pudiera verlas—. Cole, ¿por qué no vienes con nosotras a casa de Carol Walker?

Cole volvió a mirar a Emmy. Esperaba su respuesta. Jude también. Emmy podría haber dicho muchas cosas en ese momento, pero ninguna de ellas los ayudaría a encontrar a Paisley Walker. Jude llevaba una hora en el pueblo y ya le había sacado a Elijah Walker más información que ella. No era momento de abrir nuevas heridas. Si a Paisley la había secuestrado su padre, aún podía estar viva.

—Vamos —dijo por fin.

Caminaron en fila hacia el aparcamiento. En el cielo menguaba la luna. Las farolas del aparcamiento parecían enfadadas mientras se esforzaban por mantener a raya la negra cúpula de la noche. Emmy empezó a escribirle un mensaje a Peggy Ingram. Se rompió la cabeza pensando cómo formular la pregunta. Peggy era una señora encantadora. Aunque, por otro lado, depilaba genitales en la trastienda de su peluquería. Seguramente había pocas cosas que pudieran escandalizarla.

«Siento molestarte, pero quería preguntarte si tienes una clienta con un antojo en forma de mariposa en la cara interna del muslo izquierdo. Depilación brasileña. Tira de vello decolorada. Caucásica, seguramente. ¿Puedes ayudarme? Tengo una foto, pero dudo que quieras verla».

—¿Cuál es tu coche? —preguntó Jude.

Emmy le dio una pista gigantesca al subir al coche patrulla aparcado en la plaza en la que ponía «Jefa adjunta Clifton». Puso en marcha el motor. Jude se sentó en el asiento del copiloto. Cole montó detrás. El brillo del teléfono iluminaba su rostro mientras escribía en la pantalla.

Jude bajó el parasol para observarlo por el espejo.

—Cielo, ¿me estás buscando en Google?

Emmy vio por el retrovisor un destello de culpa en el semblante de Cole.

—Mamá —dijo él—, aquí dice que capturó a Freddy Henley.

Emmy había visto la docuserie sobre el asesino de los Pinnacles el año anterior, con Dylan.

—No había mujeres en esa investigación.

—No todos los policías quieren que los entrevisten —repuso Jude.

Emmy giró hacia la calle Mayor.

—Sobre todo si se supone que han fallecido.

—Cierto. En cualquier caso, Henley habría dejado de hablar conmigo si me hubiera vuelto más famosa que él. —Jude miró a Cole por el espejo—. Mapas y errores. Así es como atrapamos a Freddy Henley. Así es como se atrapa a muchos de esos tipos. A Ted Bundy lo detuvieron por una infracción de tráfico. Al Hijo de Sam le pusieron una multa de aparcamiento. BTK se equivocó de ordenador. No es que los investigadores seamos especialmente inteligentes. Es que a los criminales les entra el pánico y cometen errores absurdos.

Emmy notó que había captado el interés de Cole.

—¿Y los mapas? —preguntó él.

—Freddy secuestró a su tercera víctima en el Parque Nacional Pinnacles. A las demás las secuestró en zonas cercanas al campus de la Universidad de California en Santa Bárbara, que tiene uno de los mejores Departamentos de Geología del país. Desde el punto de vista geológico, Pinnacles es un lugar extraordinario. El parque está partido en dos por formaciones rocosas. Hay una entrada oeste y una entrada este, pero las carreteras no se comunican. Las cuevas del lado este están cerradas para proteger la población de murciélagos, pero las del lado oeste están abiertas. ¿Me sigues?

—Sí. —Cole no solo la seguía. Estaba pendiente de cada palabra —. El lado oeste está más aislado.

—Exacto, así que, si quieres ocultar un cadáver, eliges la entrada oeste. La zona de aparcamiento conduce a senderos llanos. Es más fácil entrar y salir, hay mucha cobertura… Requiere menos esfuerzo. Entre mediados de junio y principios de septiembre hace demasiado calor para escalar, lo que significa que hay poca gente en la zona

oeste, pero a Henley no le interesaba que no hubiera nadie, ¿verdad?

—Verdad —asintió Cole.

—Revisé los patrones climáticos, averigüé cuáles eran los mejores meses y las mejores horas para visitar el parque, relacioné esos momentos con los secuestros y luego hablé con todas las personas que tenían alguna relación tanto con la universidad como con el parque y lo habían visitado durante los periodos de tiempo óptimos desde finales de los años ochenta.

Cole, que había tenido que llamar a muchas puertas trabajando de patrullero, parecía asombrado.

—¿Cuántas personas eran?

—Novecientas veintiocho.

—¿Hablaste con todas?

—Con la 649 tuve suerte. —La sonrisa de Jude revelaba que la historia era mucho más compleja de lo que decía—. Un día llamé a la puerta de Freddy y confesó.

—¿Así de fácil?

—Un poco sí —respondió ella, evasiva—. Ser un asesino en serie es muy solitario. No hay mucha gente con la que puedan hablar de su *hobby.*

Emmy vio que la comisura de la boca de Cole se curvaba en una sonrisa.

—¿Eres experta en perfiles criminales? —preguntó él.

—La Unidad de Ciencias del Comportamiento ya tenía completa su cuota simbólica de mujeres cuando yo me incorporé. Soy psicóloga criminalista. Estoy especializada en niños desaparecidos y secuestrados. Ahora te toca a ti, cielo. Paisley Walker. La cronología ya me la sé. ¿Qué creemos saber?

A Emmy le dio un vuelco el estómago al oír aquella pregunta, que solo le había oído formular a su padre.

Cole no dudó ni un segundo.

—El secuestro de Paisley es muy similar al secuestro de Cheyenne Baker, que está ligado al de Madison Dalrymple. Una bicicleta tirada en un camino secundario. La rueda trasera dañada. Manchas de sangre.

—¿Estamos seguros de que Paisley ha sido secuestrada? —preguntó Jude—. Técnicamente, hay sustracción cuando un menor es separado de su progenitor. Y secuestro cuando el menor es sustraído y retenido contra su voluntad.

Emmy se mordió el labio. No necesitaba que aquella mujer le diera lecciones a su hijo.

—¿Quieres decir que puede ser que se la haya llevado su padre o su madre? —preguntó Cole.

—El padre tenía una aventura. Cabe la posibilidad de que la madre haya fingido el secuestro por venganza. O que Elijah lo haya fingido como arma contra Carol. O que se la haya llevado la persona con la que el padre tenía una aventura.

Cole empezó a asentir con la cabeza. Emmy estuvo a punto de hacer una mueca de fastidio. Aquella mujer era una especie de bruja. Habían pasado menos de cinco minutos y ya tenía hechizado a Cole.

—Pero ¿y si se trata de un asesino en serie? —preguntó él.

—Si el mismo individuo ha secuestrado a tres menores, entonces podríamos estar ante un asesino en serie. En esos casos, las víctimas nos revelan quién es el autor.

Emmy ya estaba harta de oír gilipolleces.

—Ya hemos buscado vínculos entre las tres víctimas. No hay coincidencias.

—¿La bicicleta? ¿La rueda doblada? ¿La sangre?

—Son hechos circunstanciales, no pruebas.

—Me he pasado toda mi carrera intentando devolver a niños perdidos a sus padres —dijo Jude—. Si es el mismo autor, siempre hay alguna coincidencia. Lo que pasa es que aún no la hemos encontrado.

—Muy bien, doctora Archer —dijo Emmy—. Tú eres la experta. Dime cuál es la coincidencia.

—Aún no he revisado el sumario del primer caso, aunque yo empezaría por averiguar si los padres son muy controladores.

Emmy se rio.

—Bienvenida al club. Si ese es el criterio, habría un millón de secuestros más. Cole, no te subas a ninguna furgoneta blanca.

—Es un buen consejo en general, pero lo que pasa con los padres controladores es que enseñan a sus hijos a que los controlen —repuso Jude—. Si esas tres niñas han sido víctimas del mismo criminal en serie, entonces tiene que ser alguien de Clifton o de sus alrededores. Alguien de confianza o con autoridad. Alguien que se esconde a plena vista y que tiene antecedentes de pederastia.

—Vaya, eso sí que reduce las posibilidades. Un pederasta. Ya hemos investigado a todos los agresores sexuales fichados en esta zona. Eso deja unos veinte mil sospechosos en todo el condado.

—Alrededor del noventa y cuatro por ciento de los agresores sexuales son hombres.

Emmy no pensaba reconocer la superioridad de Jude en materia de estadísticas, aunque hubiera escrito el puñetero manual.

—Vale, entonces, como aproximadamente la mitad de la población son mujeres, eso nos deja unos diez mil sospechosos.

—Los pederastas tienden a cometer sus agresiones dentro de su propio grupo demográfico. Es más probable que un niño blanco sea agredido por un hombre blanco.

—Claro, bien pensado. El sesenta y cinco por ciento de la población del condado es blanca. Ya solo tenemos siete mil sospechosos.

—Los agresores suelen estar integrados en trabajos u organizaciones de voluntariado que los ponen en contacto con víctimas potenciales.

—Vale, pongamos un tercio de esa cifra. Seguimos teniendo casi dos mil quinientos hombres blancos.

—Para trazar con precisión el perfil de un asesino, se necesita el cadáver de la víctima. ¿Estuviste presente en las autopsias de Baker y Dalrymple?

Emmy volvió a sentir aquel golpe en el estómago. La pregunta la hizo regresar a la sala de autopsias de la sede de la Oficina de Investigaciones de Georgia. Madison tumbada sobre la mesa de acero inoxidable. La sábana apartada. Su cuerpecillo expuesto a la luz inclemente. Sus manos y pies grotescamente deformados, los huesos hechos añicos. La forense le explicó que la piel estaba ennegrecida porque Madison sangró internamente durante horas.

Se aclaró la garganta.

—Sí, estuve presente.

—Lo siento. —Jude había advertido su cambio de humor—. Nunca he presenciado la autopsia de una persona a la que conociera. Tuvo que ser duro.

Emmy no quería su compasión.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Los huesos de las manos y los pies estaban rotos sistemáticamente o al azar?

Emmy notó un nudo en la garganta. Se había dado cuenta de que Madison tenía la mano rota al sostenerla en el estanque, pero no comprendió la magnitud del daño hasta que vio las radiografías.

—Sistemáticamente. Tenía destrozados todos los huesos de las manos y los pies.

—¿Podemos suponer que el agresor tiene conocimientos médicos?

—Podemos suponer que tiene manos y pies —contestó Emmy—. No es ningún misterio dónde están los huesos.

—Pero las fracturas no fueron aleatorias ni frenéticas. —La mesurada calma de Jude resultaba exasperante—. El agresor es alguien cuidadoso y con dominio de sí mismo. Como mínimo, un trabajador cualificado.

—Como todos los de la fábrica. Solo que la mayoría son norteafricanos. Hay un centro de refugiados en Clayville.

—Cuando yo vivía aquí, eran todos camboyanos. —Jude volvió la cara hacia la ventanilla, pero no sin que Emmy advirtiera su mirada pensativa.

No iba a dejar que Jude se recuperara.

—¿Qué sentido tenía este ejercicio?

—Si se trata de un asesino en serie, es probable que sea un hombre blanco con un trabajo cualificado que requiere cierta formación y disciplina. Su profesión le lleva a estar en contacto frecuente con niños. Es muy respetado en la comunidad. Probablemente sea un padre de familia, aunque solo como tapadera. Se esfuerza mucho por parecer normal, aunque solo para ocultar sus crímenes.

Emmy soltó un bufido burlón.

—No me extraña que no te quisieran en perfiles criminales. Adam Huntsinger no era ninguna de esas cosas.

—Siempre hay mucha presión cuando desaparece un menor. Con dos niñas secuestradas, la urgencia puede desorientarte. Se cometen errores. —Jude se volvió hacia ella—: ¿Estás segura de que es Adam?

—Estoy segura de que no voy a permitir que menosprecies el trabajo policial de mi padre.

—En cualquier caso —dijo Jude volviendo a apartar la mirada—, hemos reducido la lista de veinte mil sospechosos a unos dos mil quinientos, lo cual es mucho más manejable, ¿no te parece?

Emmy no pensaba ceder ni un ápice.

—Te aseguro que es mejor que no sepas lo que me parece todo esto.

—La casa de los Walker es la de arriba a la derecha.

Emmy apretó los dientes. Sabía dónde estaba la puñetera casa. Acercó el coche a la acera y se detuvo junto al buzón. Alguien había pintado el apellido de la familia en el lateral.

«Los Walkers'».

—¿Es que ya nadie sabe usar el genitivo sajón? —preguntó Jude.

Emmy oyó a Cole reírse en el asiento de atrás. Escuchar a aquella mujer analizar un caso igual que lo hacía Gerald ya era un suplicio. Oírla criticar los errores gramaticales de la gente igual que hacía Myrna era directamente un infierno.

—Cole —dijo Emmy—, llama a comisaría, a ver si saben a qué hora está previsto que llegue el hermano que viene en coche desde Alabama. No quiero llevarme sorpresas.

—Sí, jefa.

Jude empezó a salir del coche, pero primero se volvió hacia Cole:

—Cielo, sé que es duro, pero deberías empezar a llamarla *sheriff.*

Cerró la puerta antes de que Emmy pudiera corregirla. Tuvo que hacer un esfuerzo por apartar los dedos agarrotados del volante y salir del coche. Miró a Jude por encima del coche patrulla.

—Puedes ahorrarte tu método socrático con mi hijo. Sabe cómo hacer su trabajo y cómo tiene que llamarme.

Jude asintió escuetamente con la cabeza.

—Entendido.

Cole fue a salir; sin embargo, Emmy cerró la puerta, atrapándolo dentro.

—Vamos a dejar clara una cosa, por si no te has dado cuenta —le dijo a Jude—. No te quiero aquí. Si estoy aguantando tu presencia, es solo porque parece que sabes lo que haces. En cuanto dejes de ser valiosa, te saco del caso.

Jude asintió de nuevo.

—Vale.

—No me digas «vale» como si fueras de la familia —replicó Emmy —. Acabas de presumir de que has pasado cuarenta años intentando devolver a niños desaparecidos a sus padres, ¿y nunca se te ha ocurrido asomar tu culo por casa?

—Veintisiete años —puntualizó Jude.

—¿Qué?

—Son los que he trabajado para el FBI. Veintisiete años. No cuarenta.

Emmy le abrió la puerta a Cole y se encaminó a casa de los Walker.

Capítulo 13

Carol Walker abrió la puerta con un rosario en la mano. Parpadeó en la oscuridad antes de acordarse de encender la luz del porche. Se movía despacio, con cuidado, como si cada uno de sus gestos estuviera pensado para llamar la atención lo menos posible. El instinto de Jude dictaminó que probablemente aquel no era un secuestro perpetrado por uno de los progenitores. La mujer estaba demasiado acobardada. La pena y la angustia no la habían desgastado de la noche a la mañana. Tenía la actitud de alguien a quien toda la vida le han dicho que se equivoca. La única manera en que Carol Walker dejaría a su marido sería en una camilla o en un coche fúnebre.

—Señora —dijo Emmy—, lo siento, no tenemos noticias de Paisley. Se acordará de mi hijo, el ayudante Clifton. Esta es Jude Archer. Trabaja para el FBI.

La lenta inclinación de cabeza de Carol dejó claro que solo había oído lo referente a Paisley. Aunque ya no estaba sedada, tenía los ojos algo vidriosos. Iba pasando las cuentas del rosario con gesto furtivo, como un pájaro atrapado, mientras los conducía a la sala de estar.

Jude la observó desde atrás. Eran casi las cinco de la mañana y Carol llevaba mallas blancas debajo de la larga falda vaquera con la que parecía haber dormido. Tenía también arrugada la blusa blanca de manga larga, con adornos de encaje en el cuello y los puños. La recargada sala de estar, con sus estampados florales, sus figuritas de vidrio y sus tapetes, se correspondía a la perfección con su aspecto anticuado. Hacía demasiado calor. Las luces eran demasiado brillantes. No se veía polvo. Todo estaba en su sitio. Saltaba a la vista que a aquella mujer le importaban las apariencias. Jude dedujo

que seguramente Carol sabía que su marido la engañaba y que tenía demasiado miedo para echárselo en cara. La única duda era si conocía o no el nombre de la amante de su marido.

Evidentemente, Emmy había llegado a las mismas conclusiones. Se había fijado de inmediato en el conjunto de fotografías familiares colgadas de la pared, detrás del sofá. Diferentes tamaños, formas, marcos, colores. Estaban todas colocadas alrededor de una cruz enorme con un Jesucristo tridimensional tallado y coloreado. La cabeza colgando hacia delante, la sangre de la corona de espinas corriendo en riachuelos de un rojo vivo a ambos lados del rostro atormentado.

Decididamente, aquella no era una familia que contemplara la alternativa del divorcio.

—¿Está Elijah…? —La voz de Carol sonó tímida—. ¿Está bien? He llamado a la comisaría, pero me han dicho que no podía hablar conmigo y no contesta al móvil.

—Sí, señora. Ha sido de gran ayuda. Lo único que quiere es encontrar a Paisley. —Emmy se volvió hacia el fondo de la casa—. ¿Hay alguien aquí?

—El padre Nate —dijo Carol—. Está haciendo té.

—Voy a echarle una mano —se ofreció Jude.

No esperó permiso ni necesitó indicaciones. Su tío abuelo Constantine había diseñado las casas de esa parte de North Falls. No era un buen arquitecto, pero sí un buen vendedor. Por suerte para los Walker, unas cuantas ventanas impedían que la casa pareciera un búnker subterráneo. La luz de la cocina estaba encendida. El amanecer teñía suavemente de púrpura el jardín de atrás. El padre Nate Trask estaba poniendo la tetera al fuego. Estuvo a punto de caérsele cuando vio a Jude.

—Se suponía que estabas muerta.

Ella se encogió de hombros.

—Eso le dijeron también a Cristo.

—Veo que sigues tan deslenguada como siempre. ¿Qué haces aquí? Esta familia ya lo está pasando suficientemente mal. No voy a dejar que les des más problemas.

—Estoy aquí para traer a Paisley Walker a casa. —Jude tenía aún sus tarjetas del trabajo. Metió la mano en el bolso y dejó una con brusquedad sobre la encimera—. ¿Dónde estaba usted ayer por la mañana, padre?

Él se inclinó enfáticamente para mirar la tarjeta en lugar de tocarla.

—Jude… Como Judas, que fue quien traicionó a Jesús.

—Gracias por la primicia. ¿Dónde estaba ayer por la mañana?

—¿Qué estás insinuando? —resopló, indignado.

—No es ninguna insinuación. Le estoy pidiendo expresamente una coartada.

—Padre —Emmy se había acercado sigilosamente a Jude—, Carol le necesita. Yo llevaré el té.

Jude le devolvió al cura una mirada abrasadora cuando pasó a su lado.

—Virgil acaba de llamar —dijo Emmy—. La Patrulla de Carreteras ha perdido al hermano. Están intentando dar de nuevo con su coche.

Jude asintió en silencio, a pesar de que Nate había logrado alterar su equilibrio. Buscó objetos concretos en la cocina que la devolvieran al presente: el procesador de alimentos Cuisinart, la cafetera Keurig, otro Cristo en 3D colgado de la pared con fotos familiares dispuestas en forma de diagrama de Venn. Sintió que su ritmo cardiaco volvía a la normalidad.

—Ese es el hermano, Reggie McAllister.

Jude no se molestó en ponerse las gafas de cerca. Reggie aparecía de pie, con el brazo alrededor de Paisley. Tenían el mismo pelo rubio y los mismos ojos azules, aunque los tatuajes carcelarios de Reggie contrastaban vivamente con el vestido de comunión blanco de la niña.

Emmy giró el mando de la placa. El gas se encendió debajo de la tetera. Apoyó la cadera contra la encimera.

—¿Por qué estabas metiéndote con el padre Nate?

—Por rencor —reconoció Jude—. Parece que he vuelto a caer en mis viejas costumbres.

—Seguramente Elijah tendrá cerveza en la nevera, si quieres una.

—Yo prefería el *whisky,* pero gracias. —Jude abrió los armarios en busca de bolsitas de té. Estaba harta de las pullas de Emmy—. Si la ha secuestrado algún conocido, será a través de las relaciones ilícitas del padre.

—Sí. He mandado a Cole a registrar el dormitorio de los padres. Puede que Elijah se haya dejado algún número de teléfono en un bolsillo.

—Lo estás haciendo muy bien con él. Es un chico inteligente.

—No busco tu aprobación. —Emmy abrió el armario de encima de la placa. Encontró la caja de bolsitas de té y la agitó como si hubiera ganado un trofeo—. ¿Qué tienes en contra del padre Nate?

—Que es un cura y hoy en día los curas han perdido el beneficio de la duda. Y, además, es un gilipollas.

Emmy se encogió de hombros como admitiendo que tenía razón.

—¿Nate tenía algún contacto con las víctimas anteriores? —preguntó Jude.

—Los Baker eran católicos acérrimos. Paul Dalrymple no iba a la iglesia. Hannah fue criada como baptista, pero se considera cristiana navideña: solo va en las fiestas.

Jude notó un cambio en su tono.

—¿Hannah Dalrymple, la madre de Madison?

Emmy asintió.

—Sí.

Al oír su brusca respuesta, Jude tuvo la impresión de estar hablando con una versión en miniatura de su padre.

—Hannah y Paul estuvieron involucrados en el tiroteo.

Emmy se encogió de hombros.

—Paul fue quien llegó con un arma al lugar de los hechos y quien me apuntó al pecho. La participación de Hannah está aún por determinar. Nadie vio quién apretó el gatillo.

Jude enarcó una ceja.

—¿Te apuntó a ti primero?

—Sí. —La brusquedad había desaparecido—. Hannah gritó para avisarme y alargó el brazo para detenerlo.

—¿Estaba tocando el arma cuando se produjo el disparo?

—Yo estaba tan asustada que no vi nada. Mataron a mi padre delante de mí. No lo memoricé todo para poder dar un informe completo. Bastante tenía con llorar como una niña.

A Jude le pareció interesante que una persona que solía salir de la habitación para no mostrar sus sentimientos reconociera de pronto tantas emociones.

—Siento que hayas tenido que…

—¿Sabías que yo existía? —preguntó Emmy—. Después de marcharte del pueblo, ¿te enteraste de que me tuvieron?

—Sí, lo sabía. —Jude escogió sus palabras con cuidado. Desconocía cuándo iba Emmy a atacarla o a encerrarse en su hermetismo, pero sabía que la respuesta era demasiado importante como para preocuparse por su reacción—. Estaba hecha polvo. Seguía llorando la muerte de mi hermano. Luchaba contra mi adicción. Pensaba que no tenía espacio en el corazón para nadie más.

Emmy se atareó poniendo bolsitas de té en las tazas. Estaba de espaldas a Jude. Apoyó las manos en la encimera y miró por la ventana el jardín trasero. La luz púrpura y fantasmal hacía relucir las hojas de los árboles.

Jude captó la indirecta. Dejó a Emmy sola en la cocina. Vio que Cole había terminado de registrar el dormitorio. Estaba apoyado contra la pared, junto a la puerta principal, con los pulgares enganchados en el chaleco del uniforme. Tenía un aire despreocupado, pero Jude se dio cuenta de que estaba atento a todo.

Carol Walker estaba sentada en el sofá junto al padre Nate. Sostenía el rosario entre las manos mientras Nate rezaba una oración pidiendo que Paisley regresara sana y salva. Jude esperó el amén antes de sentarse en una silla, frente a ellos. Calculó con rapidez cuál era el mejor modo de obtener la información que necesitaba en el menor tiempo posible.

Si le enseñaba a Carol las fotos obscenas del teléfono de Elijah, probablemente le daría un ataque de histeria. Si le pedía que le dijera el nombre de la amante de su marido, se replegaría en un silencio avergonzado. Era preferible introducirla poco a poco en la

conversación, en vez de perder el tiempo haciendo que se desmoronara para luego volver a recomponerla. Sobre todo, estando Nate posado como un buitre con sotana a su lado, en el sofá.

—Señora Walker —Jude tuvo cuidado con cómo se dirigía a ella—, lamento mucho conocerla en estas circunstancias. Como le ha dicho la *sheriff* Clifton, me llamo Jude Archer. Trabajo como consultora para el FBI. Sé que ya le han hecho muchas preguntas, pero me temo que tengo que hacerle algunas más.

Carol miró al padre Nate como pidiéndole permiso. Él asintió con la cabeza y luego lanzó a Jude una mirada de advertencia.

—Adelante —dijo la mujer.

—Háble me de Paisley. ¿Cómo es su hija?

Se le saltaron las lágrimas. La habían bombardeado con preguntas sobre horas, lugares y detalles nimios que no parecían tener relación alguna entre sí. Nadie le había preguntado por su pequeña.

—Elijah siempre me está diciendo que algún día tendrá que espantar a los chicos con una escopeta. No sé cómo me ha salido una niña tan guapa. Siempre ha sido muy alegre. Hasta cuando era un bebé, todo el mundo me lo decía, que parecía muy feliz.

Jude miró las fotos enmarcadas de encima del sofá. Vacaciones familiares. Varias fotos escolares que mostraban a Paisley a lo largo de los años. La transición de niña a jovencita estaba documentada en tiempo real. Un año, Paisley era tierna y angelical; al siguiente, sus rasgos se habían afilado y su sonrisa ya no era tan espontánea.

—Los catorce años pueden ser una edad difícil para algunas chicas —comentó—. Muchos cambios.

—Bueno, a veces se pone un poco pesada. —Carol soltó una risa nerviosa—. Pero es una buena niña. Nos hace caso a su padre y a mí. La gusta esforzarse todo lo que puede.

Jude reprimió a su Myrna interior, que quería corregir la gramática de Carol Walker.

—¿Le va bien en el colegio? ¿Hay alguna asignatura que le interese especialmente?

—Sí. —Carol empezó a asentir con la cabeza, pero volvió a mirar a Nate en busca de aprobación—. Le encanta la Química. Es su asignatura favorita.

Jude vio que apoyaba las manos en el regazo. Había dejado de manosear el rosario.

—¿Por qué la Química? ¿A usted también le interesa?

—A mí me encantaban las Matemáticas y las Ciencias, pero ahora solo soy una mamá. —Su tono era desdeñoso—. Elijah la regaña por estudiar tanto. A los chicos no les gustan las chicas inteligentes.

Jude se guardó sus opiniones.

—¿Paisley hace deporte?

—Uy, no, Elijah no quiere que se ponga musculosa. —Carol le dedicó a Nate otra débil sonrisa—. Es poco femenino, ¿verdad?

Nate abrió la boca justo en el momento en que la tetera empezaba a silbar en la cocina. Jude vio que volvía a cerrarla. Su evidente incomodidad le pareció interesante. El padre Nate al que ella conocía se tomaba como una misión personal vigilar a las jovencitas de North Falls.

Volvió a centrar su atención en Carol.

—¿Tiene Paisley algún profesor o profesora que le guste especialmente? —preguntó.

—Le encanta la señora Heller, su profesora de Química. Y la doctora Clifton siempre ha sido muy amable.

—La doctora Clifton es la directora. —Jude procuró avanzar con pies de plomo—. ¿Paisley se ha metido alguna vez en líos en la escuela?

—Uy, no, nada de eso. Pero el año pasado había unas chicas de octavo que se metían con ella. La doctora Clifton lo solucionó. Se portó muy bien. —De nuevo, Carol miró a Nate—. Elijah dice que la doctora Clifton es una mujer muy áspera porque no ha podido tener hijos, pero cuidó muy bien de Paisley, y eso tiene que significar algo.

Esa última frase tenía mucha enjundia, pero Jude se concentró en la única parte que le importaba en ese momento.

—¿Esas chicas se metían con Paisley por algo en particular?

—Bueno, por lo de siempre. Paisley maduró antes que ellas. —Esta vez no miró a Nate. Inclinó con timidez la barbilla hacia el pecho, como si solo Jude y ella supieran que a las niñas les crecían los pechos—. Le tenían envidia, nada más, pero luego llegó el

verano, pasaron a noveno y se igualaron todas, y ya no hubo más problemas.

—¿Las chicas difundieron rumores sobre Paisley?

—Sí, eso fue lo peor. Decían que era promiscua. —Carol se volvió hacia Nate y le habló directamente—: Paisley nunca ha hecho nada parecido, padre. Puede preguntarle al doctor Carl. Elijah le pidió que la revisara cuando empezaron los rumores, porque nunca se sabe, pero el doctor Carl dice que sigue intacta.

Nate volvió a abrir la boca, pero no para hablar. De hecho, parecía preocupado.

—Carol. —Jude se preguntó si no habría descartado a Elijah demasiado rápido. No se había formado una opinión instintiva de él, pero hasta un idiota podía ver que tenía una relación profundamente retorcida con su hija—. ¿Paisley tiene permitido salir con chicos?

—No, por Dios, es muy pequeña para eso. A Elijah ni siquiera le gusta que se maquille.

Jude aprovechó la oportunidad.

—He hablado con Elijah hace un rato. Parecía preocupado por cómo se vestía Paisley últimamente.

Carol volvió a toquetear las cuentas del rosario.

—Eso es porque está triste. Quiere que siga siendo su niñita.

—¿A usted le molestaba la forma de vestir de Paisley?

—Sí —contestó, pero al mismo tiempo negó con la cabeza—. Quiere parecerse a sus amigas. Las chicas de esa edad es mejor que pasen desapercibidas. A los chicos no les gusta que destaques por cosas equivocadas.

Jude observó que fijaba los ojos en el rosario.

—Señora Walker, ¿hay alguien con quien Paisley suela hablar? ¿En quien confíe especialmente?

—Sabe que el padre Nate siempre está dispuesto a escucharla. —Carol miró al sacerdote con una sonrisa timorata—. Tenía una amiga en el colegio, Lily, pero su familia se mudó este verano. Su padre consiguió trabajo en una fábrica de coches en Carolina del Norte. Ya le he dado al otro policía, al agente Temple, el número de su madre y todo eso.

—Gracias. Es importante que nos ayude en todo lo posible. —Jude calculó que había llegado el momento de ir al grano—. Seguramente voy a repetir preguntas que ya le han hecho, pero háble me de ayer por la mañana. ¿Se fue Elijah a trabajar antes de que Paisley se fuera a clase?

—Sí, ella… —Carol volvió a mirar a Nate—. Siempre se va después que él.

Jude siempre esperaba también a que Gerald y Myrna se fueran antes de salir de casa.

—¿Era porque no quería que él viera lo que llevaba puesto?

Carol volvió a mirar de reojo a Nate antes de asentir.

—A veces es más fácil así.

—¿Pedir perdón que pedir permiso?

Carol volvió a mirar el rosario. Transmitía un cansancio que no tenía nada que ver con la desaparición de Paisley. Jude se preguntó cuánto tiempo invertía al día en medir cada gesto que hacía solo para mantener la paz en casa. También se preguntó si no estaría perdiendo el tiempo hablando con ella. Elijah era quien pasaba bruscamente de una emoción a otra. Si lo presionaba un poco más, quizá acabara por derrumbarse.

Emmy eligió ese momento para entrar con el té. Jude notó que se movía con cierta rigidez cuando puso las tres tazas en la mesa baja. Estaba claro que había estado escuchando la conversación desde la cocina y que su técnica le parecía deficiente. Emmy fijó la mirada en ella con énfasis. Luego miró las fotos de la pared.

Jude siguió su mirada. Las fotografías mostraban a los mismos miembros de la familia que las de la cocina. Abuelos y primos, hermanas y hermanos. Comidas campestres, retiros de *girl scouts* y vacaciones familiares. La foto que Emmy le indicaba era la de la esquina superior derecha. Más grande y satinada, estaba impresa por un profesional. Reggie vestía un esmoquin azul. Estaba sentado en un sofá de cuero negro y rodeaba con el brazo, con gesto protector, a la niña que tenía sentada en las rodillas, sosteniéndola cerca del pecho de modo que su cabeza descansaba sobre el hombro de él.

Emmy le había indicado una foto parecida en la cocina, aunque, sin las gafas de cerca, Jude había confundido a la niña con Paisley y había supuesto que el vestido blanco que llevaba era el de comunión. De lejos siempre había tenido buena vista. Sentada en la silla, a una distancia de dos metros y medio, vio claramente que el vestido era de novia, de cola larga, y que la joven sentada en el regazo de Reggie McAllister no era su sobrina.

Jude miró a Emmy y le hizo un gesto con la cabeza para reconocer que antes se había equivocado.

—Veo que su familia está muy unida —le dijo a Carol.

Esta se volvió para mirar las fotografías. Fue señalando a las personas que aparecían en ellas.

—Esos son mis abuelos. Esa es la madre de Elijah, sus dos hermanas mayores y su tío Jeremy y su familia. Su padre murió cuando él era muy pequeño. Este es mi hermano, Reggie. Vive en la bahía de Alabama.

—Se parecen. —Jude se puso de pie, fingiendo que necesitaba ver las fotografías más de cerca, aunque, sin las gafas, veía la imagen borrosa—. ¿Quién está con él?

—Ah, esa es Shelley. Se casaron el año pasado. Está esperando gemelos.

—Qué maravilla. —Jude intentó que su voz sonara sincera—. ¿Está usted muy unida a su hermano?

—Reggie ha tenido algunos problemas, pero conmigo y con Paisley siempre se ha portado muy bien. Va a ser un padre estupendo. Ya ha montado la cuna y el cambiador en el cuarto de los niños.

—¿Los visita a menudo? —preguntó Jude.

—Últimamente, no mucho. —Bajó la voz como si fuera a hacerle una confidencia—: Tuvo algunos problemas hace unos años, pero eso ya es agua pasada.

Jude notó por cómo se tensaba que Emmy sabía algo sobre esos «problemas». Cruzó los brazos para indicarle que continuara ella.

—Señora Walker —dijo Emmy—, uno de mis ayudantes me acaba de informar de que Reggie está a unos minutos de aquí.

—Gracias a Dios. —Carol se mostró visiblemente aliviada—. Quizá pueda hablar con ustedes. Se le dan mucho mejor estas cosas que a mí.

—¿Qué cosas? —preguntó Emmy.

—Pues… —Carol pareció desconcertada—. Hablar con la gente, supongo.

—¿Con la policía? —El tono de Emmy había cambiado en el momento justo—. Reggie está en libertad condicional, ¿verdad? Tuvo algún problema durante un partido de fútbol.

—Fue una tontería. —Carol se dirigió a Nate—. Reggie estaba con unos amigos y se dejó llevar por la emoción. Siempre ha sido así.

—¿Reggie pasa mucho tiempo con Paisley? —preguntó Emmy.

—No desde que… —Carol se encogió de hombros—. Bueno, tenía prohibido salir de Mobile. Y luego conoció a Shelley y tenía que centrarse en ella por razones obvias.

—¿Qué razones obvias?

—Bueno, es que… —De nuevo, Carol se encogió de hombros. Curiosamente, parecía estar reprimiendo el impulso de volverse hacia Nate—. Shelley estaba embarazada cuando se casaron. Pero no se casó con ella por eso. Es evidente que la quiere.

—Ella es muy joven —comentó Emmy—. No parece mucho mayor que Paisley.

Carol esbozó una sonrisa tensa.

—Es adulta, legalmente.

Jude posó la mirada en el padre Nate. Había erguido la columna y tenía los labios fruncidos. Ella reconoció aquel gesto remilgado, de censura. Era el mismo de siempre.

—¿Cuánto tiempo lleva embarazada Shelley? —preguntó Emmy.

—Pues no… —Los dedos de Carol se movían tan rápido que las cuentas del rosario castañeteaban como dientes—. No lo sé.

Nate se removió en el sofá.

—Carol, ¿cuántos años tiene ella?

Carol se llevó la mano al pecho, temblorosa.

—Diecisiete, padre. Acaba de cumplir diecisiete.

—Carol. —La voz de Nate sonó sorprendentemente firme. Estaba, en efecto, tratando de ayudar—. ¿Cuántos años tenía Shelley cuando

Reggie la dejó embarazada?

Carol miró a Jude a los ojos, pero solo porque no se atrevía a mirar a Nate.

—Carol —insistió él—, en un momento así tienes que ser completamente sincera.

El castañeteo de las cuentas del rosario se volvió frenético. Carol bajó los ojos y las miró correr entre sus dedos como agua.

—Quince la primera vez. Pero perdió al bebé y…, y ahora está de cinco meses. Es una bendición, ¿no? ¿Tener hijos?

Jude advirtió cómo tensaba Emmy la mandíbula. Comprendió que se estaba haciendo recriminaciones para sus adentros. Se reprochaba a sí misma no haberse informado antes sobre el hermano. Lo que era comprensible pero improductivo. Jude empezó a contar los segundos que duraba el silencio. Tenía pensado intervenir al llegar a diez, pero un fuerte golpe en la puerta le impidió hacerlo.

—¿Carol? —llamó una voz de hombre—. Abre la puerta. Soy Reggie.

Emmy le indicó a Cole con un gesto que la acompañara. Abrió la puerta. Reggie tenía la mano levantada, dispuesto a llamar otra vez. Emmy no se molestó en presentarse. Lo sujetó de la muñeca, le hizo darse la vuelta y lo condujo hacia la calle.

—Quédense aquí. —Jude no esperó respuesta. Salió corriendo por la puerta.

Emmy iba empujando a Reggie por la acera. Las farolas, que aún estaban encendidas, iluminaban el coche patrulla como si estuviera en un escenario. Jude vio que Emmy empujaba a Reggie de cara contra el capó. Empezó a cachearlo, vaciando sus bolsillos en la acera. Jude contempló cómo su cartera de piel marrón caía al cemento y cómo una ráfaga de tiques arrugados escapaba de ella. Cole lo recogió todo. Tenía una mirada de pánico. Su madre no solía comportarse así.

—A ver, payaso, dime. —Emmy apretó la cara de Reggie contra el capó del coche—. ¿Dónde está Paisley?

—Yo no… —jadeó él mientras le retorcía el brazo—. ¡No lo sé!

—¡Dime dónde está! —ordenó Emmy.

—Ya le he dicho que no…

—Conque sí, ¿eh? —Emmy sacó las esposas y le amarró las muñecas a la espalda—. Tiene derecho a guardar silencio.

—Por favor —suplicó Reggie—. No quiero líos, ¿vale? No sé dónde está. Vivo en Mobile, joder. Acabo de llegar.

—Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra en un tribunal.

—¡Por Dios, señora! Estoy dispuesto a hablar con usted, ¿vale? Pero…

—Cierra la puta boca —le advirtió Emmy—. Tiene derecho a un abogado.

Jude le puso la mano en el hombro. Lo hizo para tranquilizarla y hacerla recapacitar, pero su gesto tuvo el efecto contrario.

—¡Quítame las manos de encima! —ordenó Emmy—. Cole, apártala.

Jude levantó las manos cuando Cole se acercó.

—¡Por favor! —suplicó Reggie—. ¡Escúcheme! Le prometo que puedo…

—Te he dicho que te calles. —Emmy le dio la vuelta. Le apretó con el puño la pechera de la camisa. Estaba cegada. No oía ni una palabra de lo que decía—. Si no puede permitirse pagar a un abogado…

—¡Reggie! —Jude alzó la voz, tratando de hacer entrar en razón a Emmy—. ¿Está usted renunciando a sus derechos? ¿Es lo que nos está diciendo? ¿Quiere hablar?

—¡Claro que sí, es lo que estoy diciendo! —gritó él.

Emmy clavó la mirada en Jude, pero saltaba a la vista que su arrebato de rabia se había disipado. Tardó unos segundos en recuperar su férrea determinación. Miró a Reggie como si lo viera por primera vez. El pánico en sus ojos. Su pecho agitado por el miedo. Apartó el puño de su camisa. Dio un pequeño paso atrás.

—Reggie Lee McAllister, ¿renuncia usted a sus derechos? —le preguntó.

—¡Sí! —respondió en tono de súplica—. Estoy en libertad condicional. Si me vuelven a detener, me encerrarán cinco años. Da igual que se equivoquen. Mi vida se acabó.

Emmy seguía visiblemente alterada. Jude conocía esa sensación repugnante, la desesperación que te impulsaba a cometer estupideces contra personas estúpidas. Era fácil que los árboles te impidieran ver el bosque.

—Reggie —intervino—, ¿dónde estaba usted ayer por la mañana entre las siete y las ocho?

—Estaba… —Tuvo que detenerse para recuperar el aliento—. Estaba trabajando. Fiché a las seis y media y me subí al camión para hacer las entregas. El camión tiene GPS. Pueden decirles dónde estaba. Pueden comprobarlo.

—Mamá. —Cole tenía en la mano uno de los tiques. Se lo enseñó a Emmy.

Ella estuvo observándolo tanto tiempo que Jude dedujo que estaba aprovechando esos instantes para recuperar el control de sus emociones. Por fin, se lo pasó a Jude.

—Necesito mis gafas.

Seguramente podría distinguir la letra pequeña a la luz de las farolas; sin embargo, quería darle un poco más de tiempo a Emmy para que se recuperara. Metió la mano en el bolso. Rebuscó en el sobre con las fotos del teléfono de Elijah Walker. Encontró sus gafas. Se las puso. Estudió el recibo.

Llevaba el logotipo de la gasolinera WaWa de Fairhope, Alabama, un municipio al otro lado de la bahía, enfrente de Mobile. Un *mochaccino* grande y un *bagel* comprados el día anterior a las seis y treinta y ocho minutos de la mañana. Fairhope tenía huso horario central: una hora menos que Clifton.

—Eso es una prueba. —La voz de Reggie sonó llena de alivio—. Tuve que poner gasolina antes de empezar mi ruta. Es el tique del desayuno. El gasoil lo pagué con la tarjeta de la empresa. Pueden comprobarlo en las cámaras de la gasolinera, ¿verdad?

Jude sabía que comprobarían las cámaras, igual que sabía que Mobile estaba al menos a seis horas en coche de allí. Era imposible que Reggie estuviera en North Falls secuestrando a Paisley a la hora en que estaba comprando un café y un *bagel* en Fairhope. Jude esperó a que Emmy hiciera los mismos cálculos.

—Dese la vuelta —le ordenó Emmy.

Reggie se volvió. Jude vio que la llave de las esposas se deslizaba en la cerradura. A Emmy le temblaban las manos. Aún estaba alterada.

—Reggie —dijo Jude—, ¿cuándo fue la última vez que vio a su sobrina?

—En Navidad. —Se frotó las muñecas—. Tuve que pedirle permiso a mi agente de la condicional. Todavía llevaba la tobillera electrónica. Me la quitaron hace solo dos semanas. Pueden consultárselo, ¿verdad? Lo llamé antes de salir para acá. Está todo registrado.

—¿Sabe su agente de la condicional cuántos años tenía su mujer cuando se quedó embarazada?

—Mierda. —Siguió frotándose las muñecas—. Fue ella quien ligó conmigo, ¿vale? Trabajaba en el McDonald's de mi calle. Nos gustamos y ya está. Sus padres nos dieron permiso para casarnos. Puede preguntarles.

—Cole. —A Emmy le temblaba la voz—. Acompaña a Reggie a la casa. Consigue el número de su agente de la condicional. Yo me encargo del resto.

Cole obedeció sin rechistar y los dos hombres echaron a andar por la acera. Jude se quedó atrás. Pareció que Emmy quería decir algo, pero cambió de idea. Se sacó el teléfono del bolsillo. Miró la pantalla un momento y luego marcó un número.

Jude no prestó atención a la llamada. Estaba estudiando el rostro de Emmy. La tensión en su frente. El cansancio en sus ojos. Dirigir la investigación del secuestro de una menor podía quitarte años de vida. A eso había que sumarle que Emmy llevaba tiempo viendo cómo se desvanecía Myrna lentamente, que había visto morir a Gerald víctima de un disparo y había tenido que enfrentarse a una desconocida que lo sabía todo sobre su familia, pero nada sobre ella. Cualquiera de esas cosas podía quebrantar el ánimo incluso de la persona más fuerte. Jude no se explicaba cómo seguía en pie.

—Vale. —Emmy cortó la llamada—. Era Virgil. Va a pedir las grabaciones a la gasolinera. Damien ya tiene la información del Cash App de Elijah. El jardinero se llama Antonio Ramirez. Vive en Phoenix con su familia. La camioneta negra está registrada a su nombre en

Arizona. Seth ha mandado a unos agentes a su casa, pero es imposible que Elijah viera a Antonio en la calle ayer por la mañana.

—¿Por qué te informa Virgil de esas cosas y no Seth Alexander?

Emmy levantó las manos con gesto de indiferencia.

—¿Es que importa?

—Sí, claro que importa. Hay una cadena de mando. No eres una figura marginal en esta investigación. Eres la *sheriff* en funciones. Seth debería informarte directamente a ti, no a través de un ayudante jubilado.

—Virgil ya era policía antes de que yo naciera. Sabe lo que hace.

—Emmy. —Jude suavizó su tono—. No me puedo imaginar cómo habrán sido las últimas veinticuatro horas, pero tienes que escucharme si quieres conservar tu trabajo cuando esto acabe. Estás muy descentrada. Tienes que controlarte. Vas a pasar por alto los detalles importantes.

—¿Quieres que hablemos de detalles importantes? —preguntó Emmy—. Le dijiste a papá que no volverías a poner un pie en el pueblo hasta que él estuviera muerto. ¿A qué has venido? ¿A celebrarlo?

—Es mejor que esa conversación la dejemos para otro día. Ahora mismo, tienes que agachar la cabeza y cumplir con tu trabajo. Ya encontrarás nuevas formas de hacerme daño después.

—¿Crees que soy yo quien te hace daño? —replicó Emmy en tono burlón—. Pues mírate al espejo, listilla. La sangre que tienes en los dientes es mía.

Jude miró al cielo. Respiró hondo antes de volver a la carga.

—Estás agotada. Has pasado por un trauma terrible. Es comprensible que necesites desquitarte con alguien.

—Deja de psicoanalizarme. No puedo seguir peleándome contigo.

—No te estoy pidiendo que te pelees conmigo. Te pido que te pelees con ellos.

—Mamá. —Era evidente que Cole estaba acostumbrado a interponerse entre dos adultos belicosos. Se acercó trotando por la acera para distraerlas—. He hablado con el agente de la condicional de Reggie. Lo que ha contado es cierto. Todo, hasta que los padres de Shelley les dieron permiso para casarse.

—Dios santo. —Emmy estaba mirando un mensaje en su móvil—. Es Peggy. Quiere ver la foto.

—¿Qué foto? —preguntó Cole.

Emmy sacudió la cabeza, pero Jude no pudo deducir si con aquel gesto le estaba diciendo a su hijo que no preguntara o reconociendo lo mucho que acababa de empeorar la situación.

Jude metió la mano en su bolso para sacar el sobre.

—Deberíamos mandarle las dos. Cabe la posibilidad, aunque sea remota, de que reconozca la otra.

—Está bien. —La voz de Emmy sonó monótona. Le dijo a Cole—: Elijah tenía fotos pornográficas en su teléfono. Primeros planos de los genitales de un hombre y una mujer. Lo más probable es que hiciera pasar la foto del hombre como suya. He pensado que Peggy podía reconocer a la mujer si es clienta suya.

—Ah —dijo Cole—. Vale.

Jude supuso que, para alguien de la generación de Cole, las cosas que Elijah Walker tenía en su teléfono no eran para tanto; seguramente había visto cosas peores. Sostuvo la foto de la mujer para que Emmy la fotografiara. Luego sostuvo la del hombre, diciendo:

—Hay más de un lunar que podría servir para identificarlo.

Cole abrió los ojos de par en par, pero consiguió mantenerse serio.

—Mierda. —Emmy resopló entre dientes mientras enviaba los mensajes. Le dijo a Jude—: ¿Por qué no le has preguntado a Carol por la aventura de Elijah?

—¿Crees que me habría dicho la verdad?

—Sí, si se lo aconsejara el padre Nate.

—Confías mucho más en Nate que yo.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó Emmy—. Gracias a él Carol ha dicho la verdad sobre la novia de Reggie.

Jude se dio cuenta de que probablemente sus emociones también la estaban cegando a ella. Abrió la boca para reconocer su error; sin embargo, Emmy la atajó antes de que pudiera hablar.

—La gente ya no es como cuando tú vivías aquí. Han pasado más de cuarenta años. Aunque el padre Nate fuera un estirado en tus

tiempos, ha cambiado, ya no es así, porque es lo que hace la gente: cambiar.

Jude no sabía si Emmy estaba furiosa o exasperada.

—Esto no es por el padre Nate, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres. —Emmy miró su teléfono—. Dios santo. Peggy ha identificado a la mujer de la foto.

Capítulo 14

Emmy prácticamente temblaba de agotamiento cuando regresaron a la comisaría. Su cerebro no soportaba el sonido de los teléfonos, el ir y venir de los agentes y el furioso golpeteo en los teclados, nada de lo cual había conseguido devolverles a Paisley Walker.

Virgil le ofreció en silencio su silla, pero ella se apoyó en la mesa mientras Seth Alexander escuchaba a Jude resumir las últimas novedades del caso.

—La *sheriff* ha conseguido identificar a la mujer del móvil de Elijah. Se llama Belinda Pfeiffer. Veintidós años. Trabaja en una tienda de suministros de hostelería, en el centro comercial. No tiene antecedentes. —Miró a Emmy antes de volver a centrar su atención en Seth—: ¿Qué ha averiguado?

—La secretaria de Elijah, Misty Norris, dice que el año pasado notó claramente que pasaba algo. Elijah tenía una cita fija el último viernes de cada mes. Reservaba varias horas en la agenda y desaparecía. Norris afirma que siempre coincidía con que faltaban seiscientos dólares en la caja. Walker nunca le llevaba recibos, pero, como es el jefe, ella no decía nada.

Jude volvió a mirar a Emmy y preguntó:

—¿Qué hay del motel? ¿Alguien ha reconocido la foto de Elijah?

—No. La recepcionista del turno de noche asegura que no lo ha visto nunca. Evidentemente, niega que allí ocurra nada raro, pero el sitio es un verdadero antro. Hay mucha actividad de pandillas, varias motocicletas aparcadas fuera. Parece ser un foco del tráfico de drogas.

—Lo es —terció Virgil—. Gran parte de mi trabajo como investigador privado consiste en apostarme al otro lado de la calle del motel para fotografiar a cónyuges infieles. Hay un traficante, un

tal Wesley Woodrow, que tiene su chiringuito montado en la habitación diecinueve, en la parte de atrás. Lo apodan Woody. Controla la mayor parte del fentanilo y la heroína que entra y sale del condado.

—¿Y la recepcionista del turno de día? —Jude volvió a posar la mirada en Emmy antes de mirar a Seth—. Ha dicho que le ha enseñado la foto de Elijah a la del turno de noche. ¿Y la del turno de día?

—Eh… —Seth pareció azorado—. No sé si se habrá encargado Damien.

—Damien está a sus órdenes —dijo Jude—. Tienen que encontrar a esa empleada.

Seth se alisó la corbata.

—Sí, señora.

—¿Y la línea de cooperación ciudadana?

—Lo de siempre —respondió Seth—. Muchas mujeres denunciando a sus novios y exmaridos y muchos informes de furgonetas blancas, lo que no es nada sorprendente, porque hay furgonetas blancas por todas partes. Estamos siguiendo todas las pistas. Llamando a todas las puertas. Intentando no caer en el absurdo, claro.

—¿Y los perros?

—Suponemos que se la llevó en un vehículo.

—No haga suposiciones sobre el secuestro de Paisley Walker. Que lleven a los perros a rastrear los caminos secundarios. Avíseme en cuanto hablen con la recepcionista de día del motel. Enséñenle también una foto de Belinda Pfeiffer. —Jude lo despidió y se volvió hacia Virgil—: ¿Algo más por tu parte?

—La policía local de Verona acaba de recoger a Belinda Pfeiffer. Vive en esos apartamentos nuevos que construyó tu tío Penley. Van a traerla aquí. —Virgil arrancó una hoja de papel de su cuaderno—. Mientras tanto, he estado echando un vistazo a las cuentas de Snap e Instagram de Paisley. Interactúa con unas cuantas chicas del colegio. He anotado sus nombres para hacer un seguimiento. Los vídeos son en su mayoría lo que cabe esperar. Le gustan los gatos,

le encanta leer y las asignaturas de ciencias y adora a Taylor y el K-pop. Lo típico de una chica de catorce años.

—Voy a pedirle al informático que revise todos sus dispositivos electrónicos —dijo Jude—. Puede que tenga alguna cuenta con nombre falso. *Sheriff,* ¿podemos hablar un minuto?

Emmy abrió la boca para responder, pero de repente apareció Brett.

—Emmy… —Tenía en las manos un montón de papeles—. Tengo la lista de las empresas de jardinería que trabajan en el barrio de los Walker. ¿Seguro que quieres que la revise? No sé si te has enterado de que el FBI ha encontrado al tipo que esparció la pinaza.

Emmy notó que apretaba los dientes. Seguramente no se habría dado cuenta si Jude no se lo hubiera hecho notar, pero Brett había dejado de llamarla por su nombre de pila hacía diez años, cuando la nombraron jefa adjunta. Y ahora que Gerald había muerto, volvía a llamarla por su nombre de pila.

Se apartó de la mesa y procuró mantenerse bien erguida.

—Sí, ayudante. Quiero que llames a todas. Consigue sus horarios y el nombre de todos los miembros de sus cuadrillas de trabajo. Puedes hacerlo mientras vigilas la casa de Adam Huntsinger.

—¿De Adam…? —preguntó Brett—. Pero, joder, Emmy… ¿De verdad crees que…?

—Creo que a mi padre lo mataron ayer por la mañana y no quiero que otra turba de justicieros haga alguna estupidez estando los padres de Adam dentro de la casa. —Emmy no había terminado—: Brett, que quede claro: tienes que vigilar a Adam en todo momento. Si tienes que mear, usa una botella. Si tienes que cagar, llama a alguien para que vigile a Adam antes de irte. ¿Entendido?

Él asintió con la cabeza bruscamente.

—Sí, jefa.

—Avísame cuando llegue Belinda —le dijo Emmy a Virgil.

Virgil también asintió.

—Sí, jefa.

Emmy vio a Cole sentado a su mesa. Estaba otra vez inclinado sobre el teclado. Le hizo señas de que se acercara y le dijo a Jude:

—Vamos a la parte de atrás.

Apenas habían salido de la sala cuando Jude empezó a hablar:

—Bien hecho.

—Ya te he dicho que no busco tu aprobación. Alguien tiene que estar al mando de este sitio. Es lo que quería papá.

—Oye. —Jude la detuvo frente a la puerta de la sala de monitores —. Respecto a lo que dijiste antes… No he venido a celebrar nada. He venido por ti.

Emmy no podía seguir haciendo malabarismos, intentando conciliar el trabajo con aquella situación. Encendió la luz. Los dos monitores brillaban suavemente encima de la mesa, con el altavoz *bluetooth* en medio. El monitor de la izquierda mostraba a Elijah sentado a la mesa de la sala de interrogatorio. Los micrófonos sensibles del techo captaban el sonido de su respiración trabajosa. Emmy miró el otro monitor, que mostraba la silla vacía que había enfrente de Elijah. Empezó a ver doble. Cerró los ojos un momento. Estaba tan cansada que, literalmente, se le nublaba la vista.

—Emmy —añadió Jude—, tienes razón en que no te conozco, pero esto es lo que se me da bien. Nos harías un favor a las dos si pudieras ver los últimos cuarenta años como una forma de prepararme para ayudarte con este caso.

—Está bien. —Emmy vio que Cole se acercaba por el pasillo. Parecía distraído. Le preguntó—: ¿Qué pasa?

—Hay mucho revuelo en internet. La gente dice que es Adam Huntsinger quien ha secuestrado a Paisley y que somos tan estúpidos que no nos damos cuenta.

Emmy sintió el nudo de siempre retorciéndosele en el estómago.

—¿Alguien parece dispuesto a hacer algo al respecto?

—Es difícil saber quién va de farol y quién en serio, pero lo que está claro es que los ánimos están bastante caldeados. —Cole parecía sinceramente preocupado—. Hay un grupo de detectives aficionados barajando teorías. No dicen nada nuevo. La mayoría de la gente cree que es Adam.

—Conviene vigilar a esos grupos —comentó Jude—. Algunos se lo toman muy a pecho. Otros solo se aburren y quieren armar jaleo. ¿Qué opinas sobre Adam Huntsinger?

Emmy no estaba segura de qué opinaba.

—Confío en que Brett no lo pierda de vista. Pero no sé si Adam es quien ha secuestrado a Paisley.

—¿Qué te dicen las tripas? —insistió Jude.

Sus tripas querían vomitar por falta de sueño.

—No estoy segura.

—Yo tampoco —dijo Jude—. ¿Qué sabes de Belinda Pfeiffer?

Emmy se sorprendió al darse cuenta de que en realidad no había pensado en ella, aunque conocía su nombre.

—Estoy en un club de lectura con su madre, Daphne, que le pone pasas a la ensalada de patata. No sé mucho más de la familia. No teníamos noticia de que Belinda fuera una trabajadora sexual. Dudo que su madre sepa a qué se dedica. Cole, ¿has encontrado algo?

—Belinda no aparece en ningún informe policial —respondió—. Nadie la tiene en el radar. Nunca la han detenido. Ni siquiera le han puesto una multa por exceso de velocidad. Su TikTok trata principalmente sobre *The Bachelor* y *Housewives.*

—¿Va a la parroquia católica? —preguntó Jude.

—En sus redes sociales no he encontrado nada religioso, pero sigue a la Iglesia de la Nueva Santidad.

—Esos son los pentecostales —le explicó Emmy a Jude, y luego se dio cuenta de que posiblemente Jude ya lo sabía—. Entonces, ¿es posible que Elijah conociera de verdad a Belinda en una página de citas del tipo de Ashley Madison?

—Dudo que Elijah haya tenido solo una aventura —contestó Jude —. Seguro que hay más mujeres en su pasado. Cole, ¿encontraste Viagra cuando registraste el dormitorio de Elijah y Carol?

Cole pareció sorprendido por la pregunta, pero dijo:

—Sí, pero no en el botiquín. Estaba en una caja de zapatos dentro de su armario.

—Se lo estaba ocultando a Carol —dijo Jude—. Los hombres como Elijah usan la Viagra con sus amantes, no la desperdician con sus esposas.

—Elijah me comentó que Carol era poco aventurera. —Emmy sintió una oleada de mareo. Bajó la mirada al suelo y respiró hondo. Entre los terrores nocturnos de Myrna y que llevaba más de

veinticuatro horas en pie, tenía la sensación de que su cerebro flotaba dentro de un acuario.

—¿Estás bien? —preguntó Jude.

—Sí. —Volvió a levantar la vista, decidida a seguir adelante—. Virgil ha dicho que Belinda vive en los apartamentos de Penley en Verona. Allí viven muchos jóvenes solteros con dinero. El bar de Jonah está al final de la calle. Puede que no signifique nada, pero Woody pasa drogas en el callejón de atrás.

—¿El mismo Woody que tiene su chiringuito montado en la habitación diecinueve del motel Dew Drop Inn? —preguntó Jude.

—El mismo. Woody es listo, no se mancha las manos, pero su nombre apareció en el caso de los Ángeles Rotos. Entonces era un adolescente. Cheyenne tenía una cantidad importante de drogas duras escondida en el techo de su habitación, junto con dieciséis mil dólares en efectivo. Nunca descubrimos de dónde los había sacado.

—¿Adam no era su proveedor?

—No. Que sepamos, solo vendía marihuana. —Emmy vio a Virgil al final del pasillo. Él levantó la barbilla. Le dijo a Jude—: Belinda está aquí. ¿Qué quieres hacer con ella?

Jude se quedó callada un momento.

—Tú dirás, *sheriff.*

De nuevo, Emmy tuvo que detenerse a pensar.

—No tiene antecedentes. Probablemente tampoco haya estado nunca en una comisaría de policía.

Jude sonrió.

—¿La metemos con Elijah y escuchamos la conversación?

—Sí.

Emmy le señaló a Virgil la sala de interrogatorio. Esperó a que él hiciera un gesto afirmativo y luego se permitió el placer de hundirse en la silla, delante de los monitores. De su boca salió una especie de gemido. Resistiéndose al impulso de cerrar los ojos, fijó la mirada en el perfil de Elijah Walker que aparecía en la pantalla. Parecía tan agotado como ella. Sostenía un vaso de plástico entre las manos. Emmy se acordó de cuando había visto a Dale Loudermilk en esos mismos monitores doce años atrás, junto a su padre.

Miró a su hijo. Cole tenía los hombros tensos. Sus ojos seguían enrojecidos. Debería mandarlo a casa a descansar, pero no quería que se fuera.

—Cole, apaga la luz y cierra la puerta.

La sala quedó a oscuras. Jude ocupó la otra silla. Al resplandor de los monitores, Emmy vio la expresión de tristeza de Cole cuando Jude se sentó en el sitio de su abuelo. Alargó el brazo y le apretó la mano. Él se la apretó también antes de limpiarse los ojos con el puño.

—¡Belinda! —La voz de Elijah salió, estridente, por el altavoz.

Virgil acababa de introducir a la joven en la habitación y había cerrado la puerta.

Emmy vio que Elijah levantaba las manos, encogiéndose exageradamente de hombros.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó.

—¿Qué crees tú? —respondió Belinda—. Tu hija ha desaparecido y tú estás engañando a tu mujer. Esto es tal cual como un episodio de *Dateline.*

—No digas tonterías —bufó él—. Nadie cree que yo he secuestrado a mi hija.

—Cariño, mira dónde estás. —Belinda parecía incrédula—. No te retienen durante horas en una comisaría si no creen que has hecho algo malo.

Elijah la miró fijamente, sin pestañear. Le cambió el semblante cuando, poco a poco, se dio cuenta de que tenía razón. Se hundió en la silla. Apoyó las manos en la mesa. Emmy vio en su mirada una expresión de absoluto agotamiento. Le habían privado del sueño, lo habían acribillado a preguntas, le habían arrebatado por completo el control. Había estado ofuscado, reaccionando solo a lo que tenía justo delante, y ahora, de golpe, la realidad se le hacía patente y comprendía que todo había cambiado. No había vuelta atrás, no podía recuperar su vida de dos días antes.

—No… —dijo con voz rasposa—. No paraban de pedirme la contraseña de mi WhatsApp. Puede que la hayan descifrado.

—Seguramente es así como me han encontrado. —Era evidente que Belinda tenía mucho más claro que Elijah lo que estaba pasando

—. Todos nuestros mensajes van a salir a la luz. Los va a ver todo el mundo.

—No se… No pueden…

—Claro que pueden, cariño. —Belinda alzó la voz como si estuviera hablando con un niño que no entendía nada—. Elijah, deja de preocuparte de que la gente se entere de chorradas sin importancia. Lo único que importa ahora es encontrar a Paisley.

—Tienes razón. Tienes razón. —Empezó a asentir con la cabeza—. Esto es una locura. Cosas como esta no pasan en…

Emmy vio que ambos terminaban la frase para sus adentros. Cosas así habían pasado en North Falls doce años antes.

—¿Crees…? —El ruido que hizo Elijah al tragar se propagó por el altavoz—. ¿Crees que van a encontrarla?

—He estado rezando para que la encuentren.

Elijah no pareció advertir la evasiva.

—No paran de hacerme las mismas preguntas. No sé qué decir. Solo quiero que la encuentren.

—Te hacen las mismas preguntas para ver si les das las mismas respuestas.

Elijah pareció sorprendido. Estaba atrapado en el bucle perpetuo de compartimentar lo que había sucedido para que su cuerpo no se viniera abajo por completo. Emmy se acordó de Ruth Baker, que doce años antes había pasado por esa misma convulsión emocional. Para un padre o una madre, era inconcebible pensar siquiera en perder a un hijo.

—Les estás diciendo la verdad, ¿no? —preguntó Belinda.

—Sí, obviamente. No les hablé de ti porque creía que no tenía importancia.

Belinda retiró la silla y se sentó frente a él en la mesa. Su cara llenó el segundo monitor.

—Elijah, escúchame. Tienes que contárselo todo. Deja que los expertos decidan qué es lo que importa.

Emmy captó la mirada furtiva que Belinda lanzaba a la cámara de la esquina. Sabía que la estaban observando.

Jude también la captó.

—Es más inteligente de lo que parece.

Emmy volvió a centrarse en Elijah. Las lágrimas le resbalaban por la cara.

—Esa policía me ha asegurado que la está buscando todo el mundo. Está tardando demasiado, ¿no? Ya deberían haberla encontrado, ¿verdad?

—Iba a ofrecerme voluntaria para ayudar a buscarla, pero no sabía si sería conveniente, ¿sabes? —Belinda había vuelto a eludir su pregunta—. He visto a un montón de gente por el bosque, cerca de los caminos, cuando me ha traído la policía. Están todos haciendo lo que pueden.

—¿Y si…? —Levantó la voz. Estaba tratando de contener el miedo —. ¿Y si no la encuentran?

Belinda no contestó con un tópico. Lanzó otra mirada a la cámara y luego volvió a mirar a Elijah.

—Solo podemos rezar para que el Señor la proteja.

—He intentado rezar, pero no paro de oír una voz dentro de mi cabeza diciéndome que es culpa mía.

Emmy se desplazó hacia el borde del asiento.

Belinda también.

—Culpa tuya ¿por qué?

—Soy su padre. Debería haberla protegido. Es mi única tarea. — Respiró hondo, tembloroso—. Estaba tan enfadada conmigo ayer, cuando me fui a trabajar… Estaba furiosa. Pensé en llamarla desde el coche, pero luego vi que tenía ocho mensajes y me distraje y ahora ya nunca podré decirle que lo siento.

Emmy vio que Jude apoyaba los codos en los brazos de la silla y descansaba la barbilla en la mano. No estaba mirando el monitor, sino el altavoz. El tono de Elijah había cambiado. Por fin estaba diciendo la verdad.

—¿Por qué estaba furiosa Paisley? —preguntó Belinda.

—La semana pasada me pidió que la ayudara con su proyecto de ciencias, pero le dije que, si quería asumir tareas importantes, tenía que aprender a hacerlas ella sola.

—Bueno —dijo Belinda alargando la palabra—, solo intentabas enseñarle a ser independiente. Eso es bueno.

—No, fue por egoísmo. No me apetecía ayudarla con el proyecto. Quería ver la tele y acostarme, así que me puse a gritarle hasta que se fue hecha una furia.

Elijah empezó a sacudir la cabeza. Emmy pensó que parecía haber pasado todo ese tiempo solo en la sala de interrogatorio pensando en cuántas oportunidades había perdido de estar con Paisley.

—Ayer por la mañana —añadió—, al salir de casa, intenté darle un beso en la mejilla. Se apartó como si tuviera la peste. Y luego, cuando le dije que la quería, puso cara de fastidio. Siempre me pone cara de fastidio. Ya te conté que estaba siendo muy irrespetuosa. Estos últimos meses, ha sido como si estuviera poseída por un demonio. Era encantadora y, de buenas a primeras, se comportaba como si viviera a su aire y yo ya no fuera su padre.

—Eso me suena —murmuró Emmy.

Jude la miró.

—¿A quién?

—Madison siempre estaba provocando a Paul y a Hannah. Felix y Ruth Baker decían lo mismo de Cheyenne. Ellos culpaban a Madison de su mal comportamiento.

—¿A quién culpabas tú?

—A la pubertad. —Emmy se encogió de hombros—. La verdad es que, cuando estaban juntas, se retroalimentaban la una a la otra. Creo que sus peores enemigas eran ellas mismas.

—Eso es bastante común —comentó Jude.

Emmy no se molestó en darle la razón. Vio que Belinda sacaba un paquete de pañuelos de su bolso Fendi. Los agentes de la policía local de Verona la habían dejado cambiarse antes de trasladarla a comisaría. Llevaba una camiseta negra corta que dejaba ver su vientre plano y una minifalda negra, con las piernas al aire. Tenía el maquillaje corrido, seguramente porque no se había molestado en quitárselo antes de acostarse. Emmy no pudo evitar compararla con Carol, que vestía como una adusta victoriana.

—Las fotos de la cocina —le dijo a Jude—. Carol tenía un aspecto muy distinto durante los primeros años de su matrimonio. Vestía más como Belinda.

—Se siente atraído por ella porque quiere doblegarla —comentó Jude.

Emmy sabía que tenía razón. Jonah se había comportado igual. La había amado por ser obstinada y decidida cuando eran novios, y había terminado odiándola por esas mismas cualidades cuando estaban casados.

El ruido que hizo Elijah al sonarse la nariz resonó en el altavoz.

—¿Cómo lo está llevando Carol? —preguntó Belinda.

—Solo nos dejaron hablar un minuto. —Elijah estrujó el pañuelo de papel con la mano—. Está destrozada. Se culpa por haber dejado que Paisley se fuera en bici. Debería haberla llevado en coche.

—No es culpa de nadie —repuso Belinda—. Ni tuya ni de Carol. Paisley siempre va en bici al colegio.

—Cuando es tan temprano no. —Elijah cogió el paquete de pañuelos. Se secó los ojos—. Podría haberla llevado yo. Podría haber… Podría haber hecho muchas cosas.

—En fin, voy a decir lo que estamos pensando los dos: que esta aventurilla que hemos tenido se ha terminado, ¿no? Tú ahora tienes que apoyar a Carol y supongo que yo tendré que irme a visitar a mi tía Jenny a Copper Hill para que no me miren mal cada vez que salga de mi piso.

—Tienes razón. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo, joder.

Jude se apartó de los monitores para mirar a Emmy.

—No es una trabajadora sexual. Es una aventura, ¿no?

—Sí, pero te garantizo que Elijah también estaba engañando a Belinda con una trabajadora sexual. Esa historia de que conoció a alguien en internet el año pasado y que iba al motel y cómo dejaba el dinero es demasiado elaborada para no estar basada en la realidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Jude—. Tenemos que volver a hablar con su secretaria. Se fijó en que Elijah tenía una cita fija el último viernes de cada mes que coincidía con que faltaba dinero en la caja. Podrá decirnos cuándo empezó y cuándo acabó; también si ahora, con otra mujer, sigue un patrón diferente.

El altavoz tembló cuando Elijah volvió a sonarse la nariz. Belinda se acercó para cogerle de la mano.

—¿Saben quién se la llevó? —preguntó.

—Un mexicano, probablemente.

—Putos mexicanos —dijo Belinda—. Este pueblo se está yendo a la mierda.

—El puto país entero se está yendo a la mierda.

Emmy soltó un largo suspiro. Al menos aún tenían su racismo. Bajó el volumen y le preguntó a Jude:

—Y ahora ¿qué?

—Quiero reabrir el caso de los Ángeles Rotos.

Emmy dedujo por la rapidez con que había contestado que llevaba algún tiempo pensándolo. Ella, por su parte, necesitó un momento para adaptarse al repentino cambio de rumbo. Era como Elijah, mirando solo las cosas que tenía justo delante.

—Quieres ver lo que papá y yo hicimos mal —le dijo a Jude.

Esta reaccionó con cautela.

—Deja que te pregunte una cosa. ¿Cuál era el plan de Gerald?

—¿A qué te refieres?

—Se lanza el pódcast *Ángel equivocado.* Analizan las muestras de la violación cometida hace doce años en Metter. El ADN coincide con el de Adam. Y Adam sale del corredor de la muerte. ¿Cuál era el plan de Gerald?

—Volver a meter a Adam en la cárcel.

—Exacto. Si no sabes qué hacer, empieza por el principio.

Emmy nunca iba a acostumbrarse a oír a aquella desconocida citar a su padre.

—Papá ya le había pedido a Virgil que sacara todas las cajas con los archivos del caso del almacén de la oficina regional de la OIG. Íbamos a revisarlo todo en su casa este fin de semana.

—¿En casa de Virgil? ¿Por qué?

—Papá no quería que se supiera que íbamos a reabrir el caso.

—Eso ya no tiene sentido —repuso Jude—. Dile a Virgil que lo traiga todo a comisaría y lo revisaremos juntos.

—No, imposible —dijo Emmy—. Nuestra prioridad es Paisley Walker.

—Cariño, casi han pasado veinticuatro horas. Esto no es un secuestro cometido por el padre o la madre o por un conocido.

Paisley no se ha escapado. No está escondida en ningún sitio. Se la ha llevado un depredador. Esto ya no es una carrera contrarreloj, es un maratón. Lo único que podemos hacer es confiar en encontrar el cuerpo para que Carol y Elijah puedan tener un poco de paz.

Emmy sabía que tenía razón, pero no podía renunciar del todo a la esperanza.

—No voy a desviar recursos del caso de una niña desaparecida y en peligro.

—Ni yo te estoy pidiendo que lo hagas —dijo Jude—. Dime qué te dice tu instinto. ¿Con quién deberíamos hablar? ¿Dónde deberíamos buscar? ¿Qué estamos haciendo mal?

Emmy no supo qué responder. Su instinto estaba agotado. Nada le parecía bien.

—Todo el mundo en la sala de operaciones, todos los cuerpos policiales, cientos de personas van a seguir buscando a Paisley. Van a volver a peinar los barrios, a buscar en todas las zonas, a entrevistar a profesores y alumnos y a todas las personas del entorno de Paisley. Mientras tanto, nosotras examinaremos el caso de Adam Huntsinger y señalaremos los puntos débiles. Si hay alguna brecha, quizá nos lleve hasta Paisley.

Emmy hizo un gesto negativo con la cabeza, pero en ese momento no se le ocurría mejor manera de avanzar. Ceder ante Jude le resultó muchísimo más fácil de lo que habría imaginado tres horas antes.

—Está bien, iré con Virgil a su casa para ayudarle a traer las cajas. Podemos instalarnos en la sala de reuniones de la cárcel para no estorbar a nadie.

—No —dijo Jude, porque al parecer estaba de nuevo al mando—. Estás tan agotada que se te traba la lengua. Son las seis de la mañana. Quedamos aquí a las diez. Así tendrás cuatro horas para dormir, darte una ducha y cambiarte.

—No necesito que me digas lo que tengo que hacer.

—Sí que lo necesitas. —Jude se levantó—. Nos vemos aquí a las diez.

Emmy no pudo impedir que se marchara. Miró a Cole. Su hijo tenía la mandíbula tensa. Ella estiró el brazo para encender la luz y

le dijo:

—Te has quedado muy callado.

—No se equivoca en que hay que revisar el caso para buscar puntos débiles.

—Ya, pero ¿tiene razón? —Emmy volvía a ver borroso. Tenía que reconocerle a Jude una cosa: le dolían los huesos de cansancio. Pero aún no podía irse—. Cierra la puerta. Cuéntame qué me estás ocultando.

Cole cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. La miró directamente a los ojos.

—Necesito hablar con mi jefa.

Emmy intentó concentrarse.

—Adelante.

Cole desvió la mirada. La fijó en la pared, detrás de ella. Sus fosas nasales se dilataron. Emmy vio que se le acumulaban lágrimas en los ojos.

—Oye. —Se puso de pie y le agarró la cabeza para obligarlo a mirarla. Aquello no era una conversación de trabajo. Cole necesitaba a su madre. Emmy le acarició la mejilla—. Cuéntame, cariño. Estoy aquí.

Él respiró hondo. Tensó los músculos del cuello. Emmy sintió que su cansancio se desvanecía. Su cerebro se puso alerta mientras esperaba a que su hijo reuniera valor para hablar.

—Esa foto de una polla que Elijah Walker tenía en el móvil —dijo Cole—. No la robó de internet. Es de alguien del pueblo. Reconocí los lunares.

—Vale. —A Emmy no le sorprendió que su hijo tuviera una vida sexual. Había salido del armario con ella a los quince años—. ¿Y?

—Es…, hum… —Se interrumpió otra vez—. Es Jack.

Emmy se rio. No pudo evitarlo.

—¿Me estás tomando el pelo? La fotopolla del móvil de Elijah Walker… ¿es Jack Whitlock?

—Por Dios, mamá. —Cole se alejó de ella—. No tiene gracia.

—No, claro que no.

Emmy se sintió fatal por haberse reído, pero tenía cierto sentido cruel que Jack hubiera empeorado algo que ya era terrible de por sí.

Aquel cabroncete la había puesto en el punto de mira al describirla una y otra vez como una investigadora «guapa pero ineficaz». Había, además, reavivado el interés por el caso de Adam Huntsinger, lo que había llevado directamente a su salida del corredor de la muerte, lo que, a su vez, de algún modo, había desembocado en el asesinato de su padre.

Y, encima, le había roto el corazón a su hijo.

—Cariño, lo siento —dijo—. Sé que es difícil hablar de esto, pero tengo que preguntártelo: ¿es posible que Jack publicara una foto en internet y Elijah la haya hecho pasar por suya?

—Eso se llama *cockfishing,* y no.

Emmy habría vivido feliz el resto de su vida sin conocer esa palabra.

—Elijah es el corredor de seguros de Jack —continuó Cole—. Nos reíamos de él por ser tan mojigato.

Emmy sintió una opresión en la garganta. Recordó que Elijah había mencionado el pódcast de Jack durante el interrogatorio. En ese momento lo había pasado por alto porque en North Falls todo el mundo se conocía, ahora se daba cuenta de que había sido un error.

—Lo siento. —Cole sacudió la cabeza como si no pudiera creer que hubiera sido tan tonto—. Tú te ocupas de mi seguro. No sé cómo funcionan esas cosas… Jack se reunía siempre con Elijah el último viernes de cada mes. Decía que era para hablar de sus pólizas. Yo pensaba que era normal reunirse así con tu corredor de seguros.

Parecía tan abatido que a Emmy le dieron ganas de envolverlo en sus brazos como cuando era un bebé. Aun así, tuvo que preguntar:

—¿Sabías que Jack aceptaba dinero a cambio de sexo?

—No, pero no me sorprende. Siempre tenía mucho dinero en efectivo. —Soltó una risa seca—. A mí nunca me cobró.

—Deberías haberle cobrado tú a él. Los dos sabemos que tú estás en otra liga.

—Sí.

Emmy se dio cuenta de que era demasiado pronto para bromear. La verdad era que siempre había desconfiado de Jack por cómo perseguía a Cole. Era unos años mayor que su hijo y tenía mucha

más experiencia, pero Emmy se había mordido la lengua porque no tenía derecho a decirle a Cole con quién debía salir. De pronto, recordó con una punzada de dolor cómo había afrontado su familia su mala relación con Jonah.

Le dijo a Cole lo que le hubiera gustado que le dijeran a ella.

—Jack es una mala persona. Intentó utilizarte para llegar hasta mí y el abuelo. Te hizo creer que eras especial, pero te estuvo utilizando todo el tiempo para sentirse mejor porque su vida es una mierda. Puedes conseguir a alguien diez veces mejor que él. No te merecía.

Cole asintió con la cabeza, pero seguía pareciendo abatido.

—Voy a enseñarte cómo funcionan los seguros. —Emmy volvió a centrarse en lo práctico—. No es nada complicado. Eres un hombre adulto. Debería habértelo enseñado antes.

—Vale. —Cole se limpió la nariz con la manga. Enderezó los hombros—. Me metí en el TikTok de Jack para ver dónde estaba cuando desapareció Paisley. Lleva en Los Ángeles desde el domingo. Fue allí a proponerle el pódcast a un productor.

Emmy ni siquiera había considerado la posibilidad de que una plataforma de *streaming* se hiciera con el pódcast, pero de pronto esa idea la alarmó.

—Ha publicado un vídeo anunciando que la segunda parte de la serie va a tratar sobre Paisley —continuó Cole—. Ha cogido un vuelo nocturno para regresar a Georgia. Estoy seguro de que va a liar más las cosas cuando llegue.

—Vale —asintió Emmy.

—¿Se lo vas a decir? —Se refería a Jude.

—No, pero quiero que compruebes los vuelos para confirmar que Jack estaba fuera, solo para asegurarnos, ¿de acuerdo?

—Sí. —Cole respiró hondo de nuevo—. Nos vemos aquí a las diez.

Emmy lo vio abrir la puerta y alejarse por el pasillo con la cabeza gacha. No sabía qué le dolía más a su hijo, si el corazón o el orgullo. Ella, por su parte, se arrepentía de no haber matado a golpes a Jack con su «coño portátil» cuando tuvo ocasión. El muy cabrón se había pasado seis meses persiguiendo a Cole sin revelarle que estaba trabajando en el pódcast. Creía que Cole estaría deseando echar a los lobos a su madre y a su abuelo.

Pero se equivocaba.

Volvió a mirar los monitores, preguntándose qué más estaría tramando Jack. Se había esforzado mucho por olvidarse de los juguetitos sexuales que tenía escondidos debajo del colchón cuando era adolescente; sobre todo, por su hijo. Supuso que a eso se refería Elijah Walker al decir que su esposa era poco aventurera. Emmy observó la cara de Elijah. Se estaba mordiendo el labio. Seth ya había dejado marchar a Belinda. Estaba solo en la mesa. Emmy tocó detrás de la grabadora y la desenchufó.

Elijah se sobresaltó cuando entró en la sala de interrogatorio. Se levantó de un salto, dispuesto a hacer otra vez el numerito del marido y padre ejemplar.

—Pagaba a Jack Whitlock por acostarse con él, ¿verdad? —le dijo Emmy.

Elijah abrió la boca como un pez fuera del agua.

—Jack dejó de follar con usted cuando su pódcast tuvo éxito, el año pasado, ¿verdad? Ya no necesitaba el dinero.

Elijah cerró la boca de golpe.

—Hasta entonces, se veía con él el último viernes de cada mes en el Dew Drop Inn. —Emmy hizo una pausa—. Puedo hacer venir al FBI y dejar constancia de todo esto, o puede decirme ahora mismo si lo que digo es verdad. ¿Sí o no?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Pero no soy…

Emmy cerró de un portazo. Al menos ya sabía cómo se había mantenido Jack mientras trabajaba en el pódcast. A pesar de su trabajo, Emmy no era de las que juzgaban a la gente por buscarse la vida como podía; sin embargo, había que tenerlos cuadrados para intentar jugársela a tres generaciones de agentes del orden.

—Capullo miserable —masculló al salir de la comisaría por la puerta lateral, sin pasar por la sala común.

Mandó un mensaje a Seth Alexander para decirle que por ella podía soltar a Elijah Walker, aunque solo fuera por el bien de su afligida esposa.

Intentó respirar hondo, pero sus pulmones se negaron a expandirse. La luna estaba baja en el cielo: aquella noche infernal no se acababa nunca. Echó a andar en dirección contraria al

aparcamiento, atravesando la zona de árboles de la parte de atrás. Levantó los brazos para apartar las ramas bajas. Hacía seis meses que no pasaba por allí, pero su cuerpo recordaba el camino.

La luz estaba encendida en casa de Dylan. Lo vio apoyado en la encimera de la cocina, leyendo el *Herald* en el iPad. Era un hombre al que le gustaba la rutina. Emmy sabía que ya había salido a correr; que había desayunado y se había dado una ducha, y ahora estaba echando un vistazo a las noticias antes de irse a trabajar. Abrió la puerta del jardín de atrás. Vio a su gato burmés en la ventana del cuarto de estar. Bap-Bap tenía la cara escondida entre las patas. Emmy le había pedido a Dylan que se lo quedara porque tenía miedo de que Myrna le hiciera daño. Renunciar al gato había sido casi más difícil que renunciar a Dylan. No había parado de llorar en el coche mientras volvía a casa de sus padres.

Se secó los ojos. El cansancio no aflojaba. Se sentía como si le temblaran los huesos dentro del cuerpo. Lo veía todo doble. Parpadeó, tratando de aclararse la vista. Se paró en las escaleras de la terraza y deseó que Dylan mirara por la ventana y la viera.

Seguía siendo un hombre guapo. El pelo moreno peinado hacia un lado, la cara bien afeitada. Llevaba la ropa de ir al juzgado: traje y corbata. Hacía doce años ya se sentía atraída por Dylan Alvarez. Era su «¿y si…?». ¿Y si no estuviera casada con Jonah? ¿Y si lo invitaba a salir después del divorcio? ¿Y si esperaba a que Cole terminara el bachillerato? ¿Y si Dylan no estuviera saliendo con otra? ¿Y si ella no estaba a su altura? ¿Y si solo sabía estar con sinvergüenzas como Jonah?

Que hubiera sucedido seguía siendo un misterio. Coincidían en el supermercado, en el cine, en el parque. Él la invitó a tomar una copa. Luego, a cenar. Después, a una última copa en su casa. Y luego, de pronto, él le estaba preparando el desayuno. Le presentó a su hija Jenna y ella le presentó a Cole. Pasaron dos años antes de que Emmy se armara de valor para decirle que lo quería. Aun así, no se fue a vivir con él; solo empezó a quedarse a dormir en su casa. Primero, los fines de semana; luego unos días más y después cuatro años seguidos.

Entonces Myrna empeoró.

El día en que dejó a Dylan, le dijo que seguirían viéndose, pero no había sido así. Le dijo que lo llamaría, pero no lo hizo. Dylan tenía todo el derecho a no volver a dirigirle la palabra. Aunque hacía unas horas, delante de la cárcel, le había pedido que le dejara ayudarla. No estaba segura de si la oferta seguía en pie, pero en ese momento estaba desesperada, y él estaba dentro de la casa que Emmy aún consideraba su hogar.

Y seguía sin levantar la vista del iPad.

Emmy sintió que empezaba a flaquear. Sacó el teléfono para mandarle un mensaje. Un dolor agudo le atravesó el pecho. Sin poder evitarlo, dejó escapar un gemido. Su cuerpo había procesado la información que aparecía en la pantalla antes que su cerebro. No era nada sobre Paisley. No había ninguna novedad. Lo que la sorprendió fue la hora. Las seis y veinticuatro de la mañana. A esta misma hora, el día anterior, estaba sentada a la mesa de la cocina con su madre, repitiendo la rutina de los últimos seis meses. Luego Cole había bajado las escaleras. Habían ido al despacho de Gerald para repasar el caso de Adam.

Todo eso, cada segundo de esa mañana, nunca volvería a suceder.

—¿Emmy? —Dylan había abierto la puerta trasera. Salió a la terraza—. ¿Estás bien?

Sintió las lágrimas rodar por su cara. No se molestó en secárselas.

—Perfectamente.

—Ya se nota. —Sonrió, aunque era evidente que estaba preocupado—. ¿Qué necesitas, Em?

Emmy sabía exactamente lo que necesitaba. Lo mismo que antes. Acurrucarse contra él. Desaparecer. Sentir sus brazos protegiéndola. Soltar el aliento que estaba conteniendo desde que su padre cayó al suelo. Haría cualquier cosa por conseguir esa exhalación. Cualquier cosa menos decirle la verdad.

—¿Quieres sexo? —preguntó.

—Claro. —Dylan sabía que no era eso lo que quería en realidad, igual que sabía cuál era el papel que debía representar—. ¿Por qué no te das un baño primero?

—Vale.

Le sostuvo la puerta para que entrara. Emmy empezó a quitarse la ropa mientras iba hacia el baño. El chaleco del uniforme. El cinturón. La camisa. Notó los dedos entumecidos mientras se desabrochaba los pantalones. Le daba vueltas la cabeza. Estuvo a punto de caerse al agacharse para desatarse las botas.

—Ya lo hago yo. —Dylan se quitó la chaqueta del traje. Bajó la tapa del váter para que se sentara. Se puso a desatarle los cordones. Sacudió la cabeza. Saltaba a la vista que estaba molesto —. Si te hubiera parado por conducir distraída, ya estarías detenida. Casi no te tienes en pie.

—Puedes ponerme las esposas si quieres.

Él se rio, pero no como si le hiciera gracia.

—Tengo que volver al trabajo dentro de tres horas y media —le dijo Emmy.

—Eso es mucho sexo.

—No sería la primera vez. —Se inclinó y abrió los grifos de la bañera—. Mi hermana ha resucitado.

—Lo sé. —Dylan le quitó las botas. Luego los calcetines. Después todo lo demás.

—Ahora se llama Jude. —Emmy vio que Bap-Bap entraba tranquilamente en el baño para ver qué pasaba—. Me ha dicho que descanse un poco.

—Qué locura. —La ayudó a meterse en la bañera—. ¿Quién se cree que es?

—Mi hermana, al parecer.

—Menuda gilipollas. —Dylan le giró la muñeca para desabrocharle el reloj.

Emmy tocó el dorso de su mano con los dedos. Esperó a que la mirara.

—El cristal tiene sangre de mi padre.

A Dylan le cambió la cara. Se quedó mirando el reloj un momento. Lo inclinó hacia la luz para ver la sangre. Su pecho se hinchó y se deshinchó. Él también quería a Gerald.

Emmy lo vio levantarse y colocar con cuidado el reloj en el estante de encima del lavabo. Luego sacó una toalla grande y otra pequeña del armario. Acarició a Bap-Bap detrás de las orejas. Se arrodilló

junto a la bañera. Se remangó. Se echó la corbata por encima del hombro. Mojó la toalla pequeña en el grifo. Hizo espuma con el jabón. Empezó a frotarle la espalda.

Ella cerró los ojos. El temblor de sus huesos se disipó. El corazón comenzó a latirle más despacio. La sensación relajante de su contacto. El calor del agua envolviendo su cuerpo. Sus músculos se relajaron. Llevaba toda la noche sintiendo que el peso del mundo descansaba sobre sus hombros y ahora, de pronto, sintió que empezaba a aligerarse.

—Dylan…

—¿Sí?

—Me habría casado contigo si me lo hubieras pedido.

Él le enjuagó el jabón de la espalda.

—Te lo habría pedido si hubieras querido que te lo pidiera.

Ella dejó que le levantara el brazo y le pasara la toalla por la piel. Volvió a observar su rostro. Seguía molesto, aunque ella sabía que también estaba preocupado.

—Quería que te enfadaras conmigo —le dijo.

—Estoy enfadado contigo, no lo dudes.

—No por hacerte la putada de marcharme así. —Estiró el brazo para cerrar los grifos—. Me refiero a hace doce años, por lo de Madison.

Dylan colgó la toallita en el grifo. Se sentó sobre los talones. Esperó una explicación. De vez en cuando, Emmy hacía aquello cuando estaban solos, nada más que ellos dos: la mujer que no hablaba con nadie excepto con su padre hablando con el hombre que ansiaba escuchar lo que tuviera que decir.

—¿Te acuerdas de cuando nos vimos en el instituto, la mañana después de que desaparecieran las chicas? —preguntó.

Él asintió en silencio.

—Te conté que Madison quiso hablar conmigo antes de los fuegos artificiales y que pasé de ella, y dijiste que odiabas que eso sucediera, como si sucediera todo el tiempo.

—Es que sucede todo el tiempo. —Puso su mano sobre la de ella —. ¿Por qué iba a culparte por algo tan fugaz y que estaba tan fuera de tu control?

—Porque… —Emmy se obligó a seguir adelante—. Jonah me hizo polvo. Lo elegí a él en vez de a Hannah. Lo elegí a él en vez de a Madison. No merecía tu perdón.

—Cariño, tenías un año menos que Madison cuando conociste a Jonah. Estuvisteis juntos casi veinte años. No puedes elegir algo si no sabes que tienes elección.

Emmy no iba a dejarse distraer tan fácilmente.

—Si me hubiera parado a escucharla…

—No sabes lo que habría pasado. —Le secó las lágrimas—. Los niños fingen que las cosas importantes no importan y que las cosas que no importan son fundamentales.

—Estoy demasiado cansada para entender lo que has dicho.

—Lo sé, *mi cielo*.[2] —Le dio un beso en la frente—. Voy a poner la alarma a las nueve y media. Todavía tienes un uniforme en el antiguo cuarto de Jenna. Puse tus cosas en una caja de plástico, en el estante de arriba. Tengo que prepararme para ir al juzgado y tú tienes que descansar.

—¿Ya han imputado a Hannah?

—Todavía no. Tienen aún veinticuatro horas. Ya sabes cómo funciona. O la imputan o la sueltan. —Dylan se encogió de hombros, pero ella notó que aquello le estaba pasando factura. Estaba acostumbrado a ocuparse de divorcios, no de casos de homicidio—. La OIG está volviendo a interrogar a los testigos para ver si alguno afirma que Hannah estaba tocando el arma cuando se produjo el disparo.

Emmy notó un nudo en el estómago. Sherry Robertson iba en serio. Estaba intentando imputar a Hannah por asesinato en primer grado.

—¿Y Paul? ¿No puede decir que Hannah no estaba tocando el arma?

—Creo que, cuando se le pase la borrachera y se dé cuenta de que se enfrenta a la pena capital, no tendrá ningún reparo en traicionarla. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Le ofrecerán no pedir la pena de muerte para que testifique contra Hannah. El que no corre vuela.

Emmy quería creer que se equivocaba.

—Es la madre de su hijo. No le haría eso.

Dylan se secó las manos con la toalla.

—Ojalá tengas razón, cariño. Ya veremos.

Emmy se reclinó en la bañera y apoyó la cabeza en el borde. Miró el techo. Oía a Dylan en la cocina. Cargando el lavavajillas, cogiendo las llaves, saliendo por la puerta. Bap-Bap se subió de un salto a la tapa del váter. Dio tres vueltas y se tumbó. Emmy lo observó parpadear y volver a parpadear; luego cerró los ojos y se quedó dormido.

Ella ansiaba hacer lo mismo, pero no creía que fuera posible. Había pasado los últimos seis meses en vilo desde el momento en que apoyaba la cabeza en la almohada. Esperando a que Gerald la llamara pidiendo ayuda. Esperando a que Myrna empezara a gritar. Preocupándose por Cole. Por Tommy. Por Celia. Por Dylan. Por Bap-Bap. Por el trabajo. Por el pódcast. Por Adam. Por algún ruido que oía y la hacía levantarse a investigar y, ya que estaba levantada, para qué iba a volver a acostarse si, total, tenía que irse a trabajar dentro de un par de horas.

Así que se sentaba sola en la mesa de la cocina y su mente se aceleraba buscando cosas nuevas de las que preocuparse, nuevos problemas que convertir en catástrofes, hasta que la tensión llegaba a su límite y oía a Myrna en lo alto de la escalera, y se le encogía el estómago mientras se preguntaba si su madre volvería a caerse por la escalera o si lograría llegar a la cocina, y si la reconocería o la llamaría Martha o se pondría a gritarle pensando que era una desconocida sentada a solas en la mesa de su cocina.

Oyó gotear el grifo. Bap-Bap empezó a roncar. Se le cerraron los párpados. No pudo resistirse.

Por primera vez en seis meses, Emmy se dejó dormir.

[2] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

Capítulo 15

Sentada dentro de su coche alquilado, Jude miraba la casa en la que había crecido. En el momento de su construcción, en la década de 1920, no era más que una casita de dos dormitorios. Luego ampliaron la cocina y añadieron otro piso. Más tarde, el garaje. Luego, un porche envolvente. Después, un cobertizo para guardar un pequeño tractor con el que trabajaban la parcela de atrás. La habitación de Jude estaba en la planta de arriba, en el lado derecho de la casa, encima del porche, lo que le era muy útil porque siempre se escapaba a escondidas. Henry y Tommy dormían en la habitación de atrás, en unas literas. Myrna y Gerald, en la habitación grande, enfrente. Compartían todos el baño del final del pasillo.

Lo único que parecía haber cambiado durante los cuarenta años transcurridos desde entonces era el cobertizo, que ahora parecía ser una habitación adicional. Había tres coches aparcados en el camino de grava. El coche patrulla del Departamento del Sheriff del Condado de Clifton era una versión modernizada del cuadrado Plymouth Fury que antaño conducía Gerald. Jude reconoció el Alfa Romeo descapotable verde oscuro que el padre de Celia mimaba años atrás como si fuera su hijo predilecto. El Mercedes plateado de cien mil dólares era, evidentemente, de uno de los Clifton ricos. Siempre les había gustado pregonar su riqueza a los cuatro vientos.

Estuvo tentada de marcharse, pero no quería caer de nuevo en lo que los Clifton hacían por norma: eludir las situaciones incómodas. Salió del coche y se acercó al porche. Vio a una mujer delante del fregadero, lavando platos. Su nariz respingona y sus angostas facciones dejaban claro que pertenecía a la rama de los Clifton ricos. Tenía unos cuarenta y cinco años. Probablemente era la hija de sus primos Cynthia y Ruel, que era tan pequeña cuando nació que la

llamaban Tiny Baby,[3] un apodo que, como suele ocurrir, se había acortado hasta quedar en Taybee. Jude dedujo por su evidente estatura que el apodo había caído en desuso en algún momento de su pubertad.

—¡Hola! —La mujer salió a su encuentro en la puerta de la cocina, abriendo la mosquitera—. Tú debes de ser mi prima Jude. Soy Taybee Clifton-Clifton. Bienvenida de nuevo al pueblo.

—¿Estás casada con otro primo? —Jude no pudo refrenarse.

—No, por favor, dejemos eso. —Taybee la cogió del brazo y la llevó a la cocina. Todo seguía igual. Hasta el teléfono azul claro de la pared—. Las dos somos Clifton, señorita. Tenemos que cubrirnos las espaldas.

Jude vio que enganchaba el cierre de la mosquitera. Y que luego lo desenganchaba y volvía a engancharlo una vez, y otra más.

—¿Cómo está tu madre?

—Muerta, igual que mi padre. —Taybee se apartó de la puerta—. Mi madre murió de cáncer de cérvix. Yo estaba en la universidad estudiando Derecho, así que fue hace mucho tiempo. Que descansen en paz. —Cogió una taza del escurridor y colocó el asa en perpendicular a la encimera antes de servir el café—. Conque agente del FBI, ¿eh? Tu gente estuvo ayer en mi granja. La registraron de arriba abajo buscando a esa pobre chica. ¿Cómo es ser agente del FBI?

—Mucho papeleo. —Jude observó cómo encajaba la jarra de la cafetera tres veces seguidas—. Siento lo de tus padres.

—Mi madre no te caía bien.

—No, nunca congeniamos. —Jude cogió la taza y la dejó en la mesa descuidadamente—. Pero es lo que dices: las dos éramos Clifton.

—Exacto. —Taybee enderezó la taza—. Acaban de llevarse a Myrna, aunque de todos modos la pobrecilla no te habría reconocido. Ha venido una ambulancia a recogerla para llevarla a una residencia nueva en Verona, donde antes estaba el hospital. Tommy ha ido con ella, pero Celia está arriba. Cole sigue dormido, el angelito. Estaba que no se tenía en pie y luego a Myrna le ha dado

uno de sus ataques cuando ha llegado la ambulancia. No sé cómo se las arreglan para ir a trabajar, con la muerte de Gerald.

Jude no quería hablar de su padre.

—¿Dónde está Emmy?

—A ver… —Taybee cogió de la silla su bolso de piel rojo y sacó un móvil con la funda a juego—. Uy, qué bien. Está en casa de Dylan.

Jude vio el mapa de Life360 en el teléfono.

—¿La tienes localizada?

—Pues claro. No sé tú, pero yo me siento más segura sabiendo dónde está todo el mundo.

—Ajá.

Jude bebió un sorbo de café y siguió observando a Taybee mientras sacaba otro estuche de cuero rojo, este para tarjetas de visita. Sacó una, le dio tres golpecitos de canto en el estuche y luego se la ofreció.

—Aquí tienes mis datos por si me necesitas. Nunca apago el móvil. Ya tengo tu número, me lo dio el padre Nate. Uf, no paraba de hablar de ti. —Se miró el reloj—. Mecachis, tengo que irme al juzgado. Dile a Emmy que la placa vuelve a funcionar. He girado la llave del gas con una llave inglesa, espero que la casa no explote. He dejado algo de comida en la nevera. También hay algo para desayunar. Pero no lo metas en el microondas. Ya he precalentado el horno. Lo metes diez minutos y listo.

Jude volvió a beber de la taza mientras observaba a Taybee dar vueltas por la habitación. Tocó la puerta de la nevera tres veces, dio tres golpecitos en la encimera y por fin pareció lista para marcharse.

—Bueno, que tengas buen día.

Se llevó los dedos a los labios y le lanzó tres besos mientras salía por la puerta. Luego dio media vuelta y comprobó tres veces que la mosquitera estaba cerrada antes de bajar los peldaños con sus tacones absurdamente altos.

Jude la miró desde la ventana de la cocina. Tocó tres veces con los nudillos el capó del Mercedes, se subió al coche y dio comienzo a una rutina consistente en ajustar los espejos, el asiento y el volante: un ejemplo de manual de trastorno obsesivo-compulsivo. Era horrible vivir así. Jude confió en que estuviera recibiendo

tratamiento, aunque sabía que los Clifton no tenían por costumbre pedir ayuda. Y, tratándose de una Clifton-Clifton, se resistiría a hacerlo por partida doble. O triple, en su caso.

A pesar de todo, la cocina le pareció muy vacía sin la nerviosa energía de Taybee. Tenía la sensación de ser una intrusa. Estaba de pie detrás de su vieja silla, junto a la mesa, aunque no recordaba la última vez que había estado en ese mismo lugar. La noche que se fue de casa tuvo que quedarse fuera, en el porche, mientras hablaba con su padre. Era más de medianoche. Llovía a cántaros. Miró por encima del hombro de Gerald y vio a Myrna sentada a la mesa. Su madre estaba tan enfadada que fijó la mirada en la nevera y se negó a volver la cabeza para decirle un último adiós.

Jude apoyó la mano en el respaldo de la silla. La melancolía amenazaba con apoderarse de ella. Miró el marco de la puerta. Las marcas que había hecho Myrna para seguir el crecimiento de sus hijos seguían allí. Tommy. Henry. Martha. Le apenó pensar en las incorporaciones relativamente nuevas. Emmy. Y Cole. Se había perdido todo eso.

Un crujido en el pasillo de arriba rompió el silencio. Jude cerró los ojos. Aquel ruido la retrotrajo a su infancia. Ella, sentada con Tommy y Henry a la mesa. Myrna gritando que la cena se enfriaba. Gerald tambaleándose en lo alto de la escalera, tan borracho que era un milagro que no se cayera.

Jude había anhelado en secreto que se cayera.

—¿Emmy? —La voz de Celia tenía el mismo tono sedante que décadas atrás. Había sido su mejor amiga desde el jardín de infancia. Luego Jude se marchó del pueblo y nunca habían vuelto a hablar.

—Ah. —Celia se detuvo en la escalera—. Has envejecido.

Jude se rio. Excepto por las canas, Celia estaba casi exactamente igual que cuando iban al instituto.

—Y tú ahora conduces el Alfa de tu padre.

—Le prometí que lo donaría al museo del automóvil cuando muriera. El muy bobo se lo creyó. —Celia la observó mientras entraba en la cocina—. Dios mío, ¿de verdad eres tú?

—¿Quieres que me baje los vaqueros y te enseñe la cicatriz que me hiciste cuando me arrancaste un trozo de pierna con un dardo de césped?

—Fue Henry.

Jude esbozó una sonrisa agridulce. Había olvidado lo que se sentía al hablar de Henry con alguien que había conocido a su hermano.

—Me alegro de verte, Ceals.

Celia le devolvió la sonrisa, pero no contestó «igualmente».

—¿Por qué has venido?

—Porque… —Jude se reprendió para sus adentros por no haber preparado una respuesta para la pregunta más obvia de todas—. Porque recibí la alerta por la desaparición de Paisley Walker, pinché en el enlace y vi la foto de Emmy con papá.

—Eso parece más una secuencia de acontecimientos que una explicación.

Jude se rio porque era lo más fácil.

—Me han dicho que ahora eres directora de instituto. Te va como anillo al dedo.

—Pero eso ya lo sabías antes de venir. —Celia abrió la nevera y empezó a sacar recipientes de plástico—. Nos has estado siguiendo en Facebook.

—Tommy me ha delatado.

—No hacía falta que lo hiciera. ¿Crees que no puedo atar cabos? —Celia cogió un plato del escurridor—. Odiabas el nombre de Martha y te encantaba Paul McCartney. Además, no ibas a dejar que te llamaran Judean. Y Archer, bueno, es por Isabel Archer, ¿no? *El retrato de una dama.* Hiciste un trabajo sobre Henry James en secundaria.

Jude había trabajado con agentes experimentados que tenían menos capacidad de deducción. Pero, claro, no se habían criado con ella, como Celia.

—¿Por qué no me has escrito?

—Seguramente por la misma razón por la que no me has escrito tú a mí. —Celia puso dos panecillos en el plato y añadió un poco de beicon—. Conocí a Paisley Walker en el curso de orientación de noveno. No recuerdo qué aspecto tenía ni qué dijo, pero hay una

foto en el periódico en la que le estoy estrechando la mano, como hago con todos los alumnos de noveno.

Jude notó tristeza en su voz.

—¿Qué sabes de la familia?

—Elijah se encarga de nuestro seguro de coche. —Abrió la puerta del microondas—. No me cae bien, pero es el que usan todos los demás. Ya sabes cómo va esto.

Jude lo sabía. La gente de North Falls recurría siempre a los negocios de North Falls.

—Taybee me ha dicho que hay que calentarlo en el horno.

Celia metió el plato en el microondas. Cerró la puerta. Luego volvió a cerrarla otra vez. Y otra.

Jude no quería reírse, pero se rio.

—Voy a ir al infierno por esto. Taybee nos ha ayudado muchísimo estos últimos años. —Celia apagó el horno. Se sentó en la silla de Henry. Le hizo un gesto a Jude para que se sentara también—. Vale, suéltalo de una vez. ¿Por qué has venido de verdad?

Jude se sentó sin prisas.

—Mi trabajo consiste en encontrar a menores desaparecidos. Hay una menor desaparecida. Pensé que podría ayudar a Emmy.

—Emmy no es de las que aceptan ayuda.

—Se parece mucho a Gerald. —Jude no pudo evitar que un dejo de asombro se colara en su voz—. Ve pistas igual que él. Va al grano. Sabe cómo dar con la verdad. Y es tan arisca como Myrna. Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba así.

—Emmy es mejor que ellos dos y siempre ha tenido mucho temperamento. —Celia se encogió de hombros, aunque saltaba a la vista que estaba orgullosa de ella—. ¿Te ha contado Tommy lo del cáncer de Gerald?

—Me lo contó Milo en la funeraria. —Jude estaba empezando a superar el impacto de la muerte de su padre cuando la había golpeado otra oleada de tristeza: Gerald sabía que iba a morir y aun así no se había puesto en contacto con ella—. ¿Quién es Dylan?

—Un hombre estupendo al que Emmy dejó porque no podía afrontar que Gerald muriera de cáncer y que Myrna perdiera la cabeza al mismo tiempo. —Celia juntó las manos sobre la mesa—.

Tommy ha hecho todo lo que ha podido. Yo lo he intentado también, pero la vieja lo ha olvidado todo, menos que me odia.

—Me dije a mí misma que quizá podía haber una especie de… desenlace —dijo Jude.

—Gerald no ha sido la única razón por la que te mantuviste alejada.

—No, no lo ha sido. —Jude tiró de los hilos sueltos del mantel individual. La melancolía amenazaba con regresar y, con ella, el dolor por todo lo perdido—. Lo último que le dije fue que le odiaba.

Celia levantó las cejas.

—No se lo dije. Se lo grité —reconoció Jude—. Les dije a los dos que no volvería a poner un pie en Clifton hasta que estuvieran muertos.

—Bueno —dijo Celia—, Gerald no mencionó a Myrna al contar esa parte de la historia, pero eso fue más o menos lo que les dijo a Tommy y Emmy.

Jude sabía que su padre no cometía esa clase de errores. Había intentado proteger a Myrna.

—¿Cómo explicó mi muerte fingida?

—El accidente de coche en el que estuvo a punto de morir Bubba Rawley. Gerald necesitaba que te marcharas para no tener que detenerte. Millie quería denunciarte por haberle robado el coche. Le dijo a la gente que estabas muerta y le creyeron.

Jude asintió, aunque solo porque era una buena historia.

—¿Qué tal le va al bueno de Bubba?

—Ya es abuelo. Sus hijos son unos inútiles, igual que él. Y Bubba sigue siendo un cretino. Parece haber olvidado que iba de coca hasta las cejas cuando su coche chocó con el tuyo. Y menos mal, porque, si no, seguramente no habría sobrevivido.

Jude tampoco quería hablar del accidente de coche.

—Me alegro de que acabaras con Tommy. Siempre te gustó.

Celia hizo una pausa antes de responder, como para dejarle claro que sabía lo que pretendía.

—¿Con quién acabaste tú?

—Con un ayudante de fiscal que pensaba que queríamos las mismas cosas. —Jude se encogió de hombros—. Resultó que no. Era

un buen tipo, aun así. Ahora tiene mujer y tres hijos.

—¿Tú no tienes hijos?

—No, no tengo hijos.

Celia soltó un largo suspiro.

—¿Qué hiciste cuando te fuiste? ¿Conducir hasta llegar al Pacífico y echar raíces allí?

—Viajé por todo el país en la parte de atrás de una furgoneta Volkswagen como cantante de una banda, los Radical Fiends. —Se rieron las dos, porque aquella era una de las cosas más absurdas y ridículas que podía hacer una chica al marcharse de un pueblo pequeño—. Salí con el bajista y luego con el batería, me echaron por engañarle con el teclista; al final, decidí que estaba harta y me apunté a clases nocturnas. Después hice el doctorado y me ofrecieron trabajo como profesora en la facultad, pero lo dejé y me metí en el FBI.

—Y de paso dejaste de beber. —Celia hizo una pausa, pero Jude no rellenó los espacios en blanco—. Te doctoraste. Myrna estaría orgullosa.

—Quizá. —Jude no estaba segura—. ¿Cómo puedo reconciliarme con Tommy?

—Eso no es tan complicado. Quiere a su familia. Si te reconcilias con Emmy, te reconciliarás con Tommy.

—Pan comido, entonces —bromeó Jude.

Se volvieron al oír otro crujido en lo alto de la escalera. Cole llevaba unos calzoncillos blancos. Sus músculos estaban esculpidos como el mármol. Tenía un tatuaje —una calavera con dos tibias cruzadas— en la cadera izquierda.

Miró a Jude.

—¿Han encontrado a Paisley?

—No, cariño. Lo siento.

Celia empezó a ir de acá para allá por la cocina, sirviendo el café y sacando otro plato.

—¿Por qué te has levantado, tesoro? Tienes una hora más para dormir.

Cole se dejó caer en una silla.

—No dejo de pensar en Paisley. ¿De verdad crees que está muerta?

La pregunta iba dirigida a Jude. No iba a suavizar la respuesta.

—Si hacemos caso a las estadísticas, es muy poco probable que siga viva.

—A Madison la mantuvieron con vida al menos doce horas —repuso él.

Jude no señaló que hacía tiempo que habían sobrepasado esa marca.

—Creo que en casos como este conviene ser pragmático. La esperanza puede ser algo terrible. Te desgasta.

—Aquí tienes. —Celia besó en la coronilla a Cole al ponerle delante el desayuno—. Necesitas comer.

—Entonces, ¿vamos a repasar otra vez el caso? —le preguntó Cole a Jude.

—Sí, pero primero quiero hablar con Adam Huntsinger.

Celia se puso tensa, pero no dijo nada. Cole lo notó. Miró atentamente a Jude.

—¿Qué opina mi madre de eso?

—He venido a preguntárselo, pero no está en casa y, si está durmiendo, no quiero despertarla. ¿Puedes llamar a ese ayudante que tenía que vigilar a Adam?

—Se llama Brett Temple, pero seguro que Adam estará en el bar de Jonah esperando al camión de la cerveza. —Cole se metió un panecillo en la boca. Jude tuvo que esperar un buen rato mientras masticaba—. Jonah lo contrató para cabrear a mamá.

Jude notó por la actitud de Celia que Emmy no era la única a quien había cabreado.

—Son las nueve de la mañana —le dijo a Cole—. ¿Sirven desayunos?

—Solo comidas. El camión de la cerveza llega a las nueve y media y Jonah nunca madruga si no es imprescindible.

—Vístete —le dijo Jude—. Puedes llevarme en coche. Llama a Brett para asegurarte de que Adam está en el bar.

—Sí, señora. —Cole se metió el otro panecillo en la boca antes de desaparecer escalera arriba.

—Es un buen chico —le comentó Jude a Celia.

—No le digas que he dicho esto, pero es perfecto. —Celia se volvió a sentar a la mesa. Juntó las manos—. Jonah le compró el Hang Out a tu tío Penley con el dinero que le sacó a Emmy cuando se divorciaron.

Jude sintió una oleada de náuseas al oír mencionar aquel antro inmundo. Tenía el plano del local grabado a fuego en la memoria. El suelo pegajoso, el ruido de los videojuegos, las mesas de billar al fondo, los aseos a la izquierda del pequeño escenario y la pista de baile. Solía escaparse para ir allí con Henry. Las bebidas eran fuertes y a nadie le importaba que fueras menor de edad, y menos aún si tu padre era el *sheriff* y tu tío, el dueño del bar.

—Oye —dijo Celia—, ¿estás bien?

Ella asintió con un gesto.

—Me cuesta creer que Penley vendiera el bar. Adoraba ese lugar.

—Adora más aún a Emmy y te aseguro que cualquiera de nosotros habría dado un riñón para que Jonah la dejara en paz. —Celia se encogió de hombros, tensa todavía—. Tenéis gustos parecidos. Jonah es un músico fracasado.

Jude no se rio.

—También lo era Charles Manson.

Celia tampoco se rio.

—¿Estás segura de que quieres volver a ver a Adam?

—No. —Jude no quiso insistir en el tema de Emmy y Jonah. Abrió el bolso y empezó a sacar su maquillaje. Pintalabios, sombra de ojos, delineador, rímel. Apoyó el estuche de polvos compactos en el salero y el pimentero—. ¿Las cerillas siguen estando junto a la cocina?

Celia alargó la mano para abrir el cajón, encontró un mechero y lo tiró sobre la mesa.

—¿Qué estás tramando?

—Necesito que Adam piense que he acabado como él pensaba que acabaría. —Jude se empolvó generosamente la cara, intentando ignorar que el maquillaje resaltaba las arrugas de alrededor de su boca y sus ojos—. Háblame de él.

—Es un cantamañanas, un auténtico inútil. Vendía marihuana a los chavales. Les robaba dinero a sus padres. Su madre ha perdido la vista. Walton tuvo que hipotecar la casa para intentar que no entrara en el corredor de la muerte. —Su semblante se ensombreció—. ¿Sabes lo del pódcast?

—*Ángel equivocado.* —Jude encendió el mechero y aplicó la llama al lápiz de ojos para que la cera se derritiera—. Menudo montón de mierda. Está claro que a ese tal Jack Whitlock le pone Emmy. La retrata como si fuera uno de esos policías ridículos de las películas mudas, pero en plan trágico y sentimental.

—No sabes ni la mitad. —De nuevo, Celia se calló los detalles—. ¿Cómo vas a pintarte la raya sin gafas de cerca? Es imposible que no estés tan cegata como yo.

—Cállate y ayúdame. —Jude le dio el lápiz y miró al techo—. ¿Tú qué piensas, Ceals? ¿Fue Adam? ¿Gerald se equivocó?

—Deja que me concentre. —Se quedó callada mientras pasaba el lápiz reblandecido bajo los ojos de Jude. Era como si estuvieran otra vez en el instituto. Lo único que faltaba era un disco de David Bowie sonando en el estéreo—. Después de que te marcharas, Adam fue de mal en peor. Iba armando jaleo por todas partes. Entraba y salía de la cárcel. Seguía vendiendo maría, pero también hacía chapucillas de vez en cuando. Vivía con sus padres casi todo el tiempo.

—¿Gerald no sabía que Millie había contratado a un delincuente para trabajar en su propiedad?

—Millie no tenía ni idea. Encontró el número de Adam en el tablón de anuncios del centro para personas mayores. Le pagaba en efectivo, no hizo preguntas. —Celia se encogió de hombros—. Y de todos modos habría dado igual. Millie no se hablaba con Gerald cuando desaparecieron las chicas.

Jude conocía de primera mano esas disputas familiares que se alargaban durante varias generaciones.

—Qué sorpresa.

—Bueno, yo no me hablaba con Myrna, así que no puedo decir nada —reconoció Celia—. En aquella época estaba en plena menopausia. Tommy tiene el cielo ganado por haberme aguantado.

El exmarido de Jude no había resistido tanto.

—Deberían llamarla *sudopausia,* porque todo empieza a sudártela.

La risa repentina de Celia no había cambiado desde que bebían alcohol a escondidas detrás del Chilly Treat.

—Usted es la experta del FBI, doctora Archer. ¿Qué opina? ¿Adam es culpable?

—Opino que debo tener cuidado si no quiero abrir una gusanera. —Jude se miró al espejo. La raya era demasiado nítida. La difuminó con el pulgar y miró en el espejito cómo había quedado. A continuación, se puso más sombra de ojos de la que había usado en los últimos cuarenta años—. Dios mío, me parece increíble que antes hiciera esto todos los días.

—Creo que hay un imperdible por aquí. —Celia se inclinó para mirar de nuevo en el cajón. Le pasó a Jude un estuchito de costura —. Ojalá hubieras visto cómo cambiaron Myrna y Gerald. Tommy dice que cambiaron por Emmy, pero yo creo que fue porque tuvieron que superar la muerte de Henry.

—Necesitaban que yo me fuera para poder seguir adelante. —Jude intentó mantener a raya la amargura—. Tú estuviste aquí los seis días que tardaron en encontrar su cadáver. Viste cómo me destrozó Myrna. Gerald ni siquiera me miraba a la cara. Yo solo tenía dieciséis años. Y también había perdido a mi hermano.

—Todo eso es cierto —dijo Celia—. Eran personas horribles. Padres horribles. Es imperdonable cómo te trataron. No fue culpa tuya que Henry se metiera en el río esa noche. Podrías haber sido tú, de igual forma. Y Myrna y Gerald prácticamente te echaron del pueblo.

Jude abrió el tubo de rímel.

—Y cuando me fui cambiaron.

—Igual que tú.

—Bien dicho —se rio Jude—. Yo necesité treinta años de terapia para llegar a esa misma conclusión.

—¡Santo cielo, que nadie se entere de que una Clifton ha ido a terapia! El árbol genealógico entero estallaría en llamas.

—Ojalá. —Jude metió varias veces el aplicador en el tubo de rímel para cargarlo. Se lo pasó dos veces por las pestañas para asegurarse de que estaban bien impregnadas y luego utilizó la punta del

imperdible para separar las pestañas—. Me acuerdo de lo furiosa que se ponía Myrna cuando hacíamos esto.

—¡Vais a pillar una conjuntivitis! —chilló Celia. Siempre se le había dado bien imitar a Myrna—. Dios, todavía no me creo lo que le ha pasado. Verlo ha sido aterrador.

Jude se aplicó una capa generosa de pintalabios.

—A mí antes me preocupaban mis rodillas y ahora solo pienso que quizá tenga el mismo marcador genético.

—La tía Millie puede decirte de qué lado de la familia viene.

—¡Joder! —Jude pensaba que ya nada podía sorprenderla—. ¿Millie aún vive?

—Cole la llama Tía Spoiler porque puede contarte cómo murió todo el mundo. —Celia le pasó a Jude un trozo de papel de cocina—. La muy bruja se mueve mejor que yo. Ya sabes, las Clifton son demasiado testarudas para morirse.

Jude se secó los labios con el papel, asegurándose de correr un poco el carmín.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó.

—Genial —contestó Celia—. Ojalá pudiera volver a ponerme sombra de ojos. Pero me pongo delante del espejo y es como intentar dibujar con una cera en un cojón.

La tarima crujió en lo alto de la escalera. Cole volvió a entrar. Se había puesto el uniforme.

—¿Por qué tienes esa pinta? —le preguntó a Jude.

—¿Pinta de puta vieja? —Ella sonrió al ver su reacción—. Conocí a Adam Huntsinger en su día, cariño. No hablará conmigo si voy con la cara lavada.

—¿Por qué? ¿Es cosa de *boomers*?

Celia le revolvió el pelo.

—Nosotras somos de la generación X, bobo.

Jude dedujo por la sonrisa de Cole que aquello era un juego entre los dos. No pudo evitar sonreír mientras guardaba el maquillaje en el bolso. Tocó el hombro de Celia al salir.

En el coche patrulla, Cole apoyó el codo en la ventanilla y condujo manejando el volante con dos dedos, igual que Gerald. Una inesperada ola de tristeza embargó a Jude. Había llorado la pérdida

de su padre tantas veces a lo largo de los años que su muerte le había parecido una especie de incoherencia mientras iba en el avión, cruzando el país. Ahora, sentada junto a Cole, compartiendo su apacible silencio, se alegró de que las cosas que a ella le habían quitado de adolescente le hubieran sido devueltas con creces al joven que tenía a su lado.

—Adelante —le dijo—. Pregúntame lo que quieras preguntarme.

Él, evidentemente, estaba preparado.

—¿Por qué te metiste en el FBI?

Jude no iba a decirle que en realidad había sido un inmenso corte de mangas a su padre, que le había dicho que no tenía madera de policía, pero podía decirle algo que se aproximara a la verdad.

—Como psicóloga criminal, tenía dos opciones: o dedicarme a la enseñanza o empezar a ver pacientes. Estaba harta de la universidad y no quería montar una consulta en un edificio de oficinas o trabajar en un hospital. Pensé que en el FBI podía darle un uso más práctico a mi título.

—¿Te reclutaron ellos?

—Eso es más cosa de la CIA. —Notó por el destello de emoción de sus ojos que Cole había visto demasiadas películas—. ¿Te han hablado de tu tío Henry?

—Un poco. Al tío Tommy le cuesta hablar de eso. De eso y de todo.

Jude sabía que no exageraba.

—Gerald quería que Henry le sucediera como *sheriff.* Desde el día en que nació, el abuelo le transmitió toda su sabiduría, sus técnicas, sus métodos. Y yo estaba allí, escuchando, al lado de Henry. Así que tenía cierta ventaja cuando ingresé en la agencia.

—El abuelo le enseñó a mamá a ser policía. —Estaba claro que Cole había adivinado lo que Jude estaba callándose—. Y me estaba enseñando a mí. O por lo menos lo intentaba. Yo no le hacía mucho caso, y debería habérselo hecho.

Jude vio que le brillaban lágrimas en los ojos. Notó que sacaba la mandíbula. Hizo amago de tocarle el brazo, pero Cole acercó la mano a la parte de arriba del volante para esquivar su gesto.

—¿Por qué dejaste de beber? —preguntó.

—Por lo que lo deja la mayoría de la gente. Me cansé. Enseguida pierde la gracia y luego solo tienes resaca, estás hecha una mierda, te portas fatal con la gente a la que quieres y haces todo tipo de cosas feas que sabes que no deberías hacer, así que vuelves a beber para olvidarlas y el ciclo empieza otra vez.

Cole asintió con la cabeza.

—Eso es más o menos lo que decía el abuelo. Que se cansó. Y que no quería perder a mi madre ni perderse mi infancia.

Jude asintió también, aunque las palabras de Cole amenazaban con reabrir una herida muy antigua.

—¿Qué opinas del pódcast *Ángel equivocado*?

—Que estuvo mal ir así a por mi madre. No fue ella quien dirigió la investigación. Fue el abuelo. Además, tenían muchas pruebas. El jurado las escuchó y estuvo de acuerdo con su valoración.

Jude detectó un trasfondo de ira. Pensó, además, que era interesante que Cole no se empeñara en decir que Gerald había acertado.

—El pódcast proponía otro culpable: Dale Loudermilk.

—Era el director del coro del instituto. Encontraron un montón de pornografía infantil en su ordenador, pero lo descartaron como sospechoso del secuestro.

—¿Basándose en qué?

—En que era más probable que fuera Adam debido a la preponderancia de las pruebas. Adam tuvo contacto con Madison el día en que desapareció. Admitió haberle vendido la bolsa de marihuana que se le encontró en el bolsillo. La tía Millie los vio sentados juntos en su estanque aquella misma mañana. Además, a Adam se le cayó el collar de Cheyenne delante de su casa. A lo que hay que añadir lo del Jetta de su padre y que calzaba un cuarenta y cinco, que no tenía coartada y esas cosas.

—¿Dónde está ahora Dale Loudermilk?

—Mi madre lo comprobó ayer, cuando desapareció Paisley Walker. Sigue en prisión. Faltan cuatro años para que pueda optar a la libertad condicional. —Cole encendió las luces de la sirena para que un conductor que circulaba a más velocidad de la permitida frenara —. ¿Qué te pareció a ti el pódcast?

—Creo que, en general, la gente que hace pódcast tiene menos información que la policía, por lo que es fácil que se aferren a una teoría alternativa. No digo que siempre se equivoquen, pero están vendiendo una historia. Buenos y malos. Héroes y villanos. La mayoría intentan hacerse famosos. Tienden a olvidarse de las víctimas. Se centran en el criminal y no en las personas a las que ha hecho daño.

—Este criminal en concreto hizo mucho daño a mucha gente —comentó Cole—. Mi madre y Hannah eran muy amigas. Prácticamente como hermanas. Desde que pasó lo de Madison, no han vuelto a hablarse. —Se encogió de hombros—. Es raro, no es que se porten mal la una con la otra ni nada de eso, pero procuran no tener ningún contacto.

—¿Le has preguntado a tu madre qué pasó?

—Me dijo que algún día lo entendería, aunque es lo que suele decir cuando no quiere hablar de un tema.

Jude se dio cuenta por su tono de que aquella ruptura le dolía. Aún era muy joven. No había desarrollado del todo la dura coraza de los Clifton.

—Supongo que no viste quién sostenía el arma ayer, cuando dispararon a Gerald.

—Qué va. —Cole tensó la mandíbula varias veces—. ¿Tienes más preguntas sobre el pódcast?

Jude dejó que el silencio se alargara hasta que estuvo a punto de volverse incómodo.

—Me chocó que Jack lo llamara *Ángel equivocado* y que, sin embargo, nunca mencionara ni pusiera la canción.

—¿Es que hay una canción?

—Una canción preciosa de los Cowboy Junkies. —Jude se aclaró la garganta y empezó a cantar la suave balada—: «Ángel desorientado que pendes sobre mí, corazón de Gabriel, puro y blanco como el marfil, alma de Lucifer, negra y fría como un trozo de plomo, ángel equivocado, te amaré hasta que me muera».

Cole estaba sonriendo cuando terminó de cantar.

—Tienes una voz muy bonita.

—Para cantar en la universidad no está mal. —Jude intentó ser prudente—. Hay quien cree que la canción trata sobre una mujer atrapada en una relación abusiva.

El semblante de Cole se volvió inexpresivo. Quizá tenía una coraza más gruesa de lo que ella pensaba. El pódcast había eludido el tema del divorcio de Emmy y Jonah, pero, incluso cuatro décadas después, Jude seguía entendiendo el lenguaje cifrado de la gente de North Falls.

—Mira. —La voz de Cole sonó dura. Él también era de North Falls —. Yo no soy un sospechoso y no voy a dejar que me interrogues sobre mi madre.

—Me parece bien. —Jude miró por la ventanilla, tratando de encontrar una manera de cambiar de tema—. ¿Esos son los apartamentos del tío Penley?

Cole carraspeó. Obviamente, todavía estaba irritado.

—Sí. Mi madre quiere que me mude ahí, pero, como ahora la abuela ya no está en casa, no sé.

—Eres demasiado joven para convertirte en la señorita Havisham.

Él le lanzó una mirada de soslayo típica de Myrna.

—Antes de empeorar, la abuela hizo limpieza, tiró todo lo que no quería. Dijo que no quería que tuviéramos que encargarnos nosotros. El abuelo no tenía muchas cosas, de todos modos. Solo sus cañas de pescar y sus álbumes.

—¿Álbumes de fotos?

—Me hizo enseñarle a imprimir fotos. —Cole puso una sonrisa melancólica—. Al sexto intento, lo consiguió.

Habían llegado al bar, que estaba como siempre, solo que tenía una nueva capa de pintura. El letrero antiguo, en el que ponía Penley's Hang Out, había sido sustituido por otro de neón azul que rezaba Jonah's Place. Jude vio un coche patrulla aparcado junto a la acera. Por lo visto, Brett Temple no había entendido que Emmy le había encomendado una labor de vigilancia encubierta. Tampoco se había enterado de que no debía quedarse dormido mientras estaba de servicio. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Jude había estado rodeada de hombres como Brett toda su carrera. Era el tipo de hombre que estaba dispuesto a seguir a una mujer a

la batalla con tal de que ella no mostrara ni un solo resquicio de debilidad.

—Tienes que decirle a tu madre que Brett se ha quedado dormido estando de servicio —le dijo a Cole.

—Eh…

—Escucha, cariño, ser un Clifton está por encima de cualquier hermandad. Ese holgazán se presentará a *sheriff* si cree que tiene alguna posibilidad de que le elijan. Hay que pararle los pies ahora. ¿Entiendes?

—Sí, señora.

Jude salió del coche patrulla y se dirigió al edificio de una sola planta. El letrero del bar brillaba débilmente al sol de la mañana. La puerta estaba abierta para que entrara un poco de aire fresco. Al acercarse, notó la peste a sudor, a cerveza rancia y licor. Redujo el paso, tratando de prepararse para lo que iba a suceder.

Durante los treinta y nueve años que llevaba sobria, Jude había entrado y salido de suficientes bares como para que el desasosiego de la tentación se apagara por completo, aunque ninguno de esos bares era aquel en el que estaba a punto de entrar. Allí era donde solía bailar con Henry mientras sus padres dormían; donde Tommy se peleó con un chico mayor por las canciones que ponían en la gramola; donde ella se enamoró del Jack Daniel's junto a una mesa de billar, al fondo del local; donde esnifó su primera raya de coca, en una tabla de cortar de la grasienta cocina; donde perdió la virginidad, en el aseo de señoras.

Se detuvo en el umbral, sintiendo que un campo de fuerza le impedía entrar. Adam Huntsinger estaba de espaldas a la puerta, reponía botellas de licor en los estantes. Reconoció el tatuaje de una serpiente que le rodeaba el antebrazo. La tinta se había aclarado hasta volverse de un azul desvaído, pero en su memoria las líneas tenían un brillo amenazador.

Adam se inclinó para coger otra botella. De perfil, Jude notó que había envejecido drásticamente. Su rostro, marcado por el acné, parecía arrasado. La línea de su mandíbula se había convertido en papada. Tenía la espalda encorvada y su cabeza se proyectaba hacia delante como la de una tortuga. Había pasado más de una década

en el corredor de la muerte. Por fuera, parecía veinte años mayor, y probablemente por dentro había envejecido cien años. Ella tenía sus propios motivos para querer que envejeciera otros cien, y luego otros cien más, hasta que el peso de los años arrastrara su alma al infierno.

Cruzó la puerta. Metió la mano en el bolso, sacó un billete de veinte dólares y lo puso sobre la barra. Cuando pidió la bebida, su voz sonó cantarina, como si recitara una rima infantil.

—Un Jack doble con un vasito de agua.

—Está cer… —Adam la miró con la boca abierta.

De cerca, Jude vio que tenía el pelo teñido de un negro antinatural. Las arrugas que rodeaban su boca y sus ojos parecían grabadas en arcilla. Los cristales de sus gruesas gafas estaban empañados. Le faltaba una de las paletas. En prisión, la atención odontológica era igual de buena que la atención sanitaria, o sea, inexistente.

—¿Martha?

Ella enarcó una ceja.

—¿Te conozco?

—¡Joder! —Adam se rio, admirado—. Sigues estando buenísima.

—Así que me has reconocido. —Jude se sentó en la barra. No sabía si estaba sorprendido de verla con vida o sorprendido de verla allí—. ¿Podemos hablarlo mientras nos tomamos una copa?

Adam cogió el *whisky* sin dejar de mirarla con evidente admiración. Emmy le había dicho a Jude que la gente había cambiado durante esos últimos cuarenta años; sin embargo, los ojillos de Adam seguían teniendo el mismo brillo voraz.

—Hay que joderse, las Clifton envejecéis como el buen vino.

—Adam Huntsinger. —Jude se obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Qué coño te ha pasado?

Él sirvió un *whisky* triple.

—¿Qué te ha pasado a ti? Todo el mundo pensaba que estabas muerta. Yo estaba ahí, junto a la mesa de billar, cuando tu tío Penley nos invitó a una copa en tu honor.

Eso parecía típico de Penley.

—Bubba Rawley quería que me metieran en la cárcel por lo del accidente de coche. Me lo tomé como una invitación a marcharme del pueblo.

—Pues hiciste muy bien. —Adam le puso el *whisky* delante y empezó a llenar un vaso con agua—. Ojalá me hubiera ido yo también cuando te fuiste tú. Me habría ahorrado muchos disgustos.

Ella se echó hacia atrás en el taburete para apartarse de él, no sin antes percibir el olor a alcohol que desprendía su aliento agrio.

—¿Por qué te quedaste?

—Por las mierdas de siempre. —Con un ademán, eludió el tema de los dos asesinatos—. Siento lo de tu padre. Me han dicho que tu madre tampoco está muy bien.

Jude sabía que no lo sentía en absoluto. Sabía también cómo funcionaban las cosas en el condado de Clifton. Seguramente, la noticia de su regreso ya había llegado a Ocmulgee y había vuelto, pero Adam fingía no saber nada. A ella, en cambio, no le costaba ningún esfuerzo jugar a las sillas musicales con la verdad. Se había pasado toda su vida profesional adivinando el momento exacto en que pararía la música.

—¿Cómo están tus padres?

—Mi madre va aguantando. Mi padre vendió la clínica, pero sigue yendo a trabajar una vez al mes para echar una mano, además de sus movidas benéficas. Va por todo el país sacando muelas.

—Eso está bien. —Jude cogió el *whisky,* pero no bebió—. Parece que he tenido una hermana pequeña mientras estaba fuera.

—Voy a decirte una cosa. —Apoyó las manos en la barra y se inclinó hacia delante. Sus poros rezumaban un hedor a sudor mezclado con alcohol—. Esa hermana tuya es una hija de la gran puta.

Jude apretó el vaso con los dedos e intentó contener las ganas de arrancarle el resto de los dientes a puñetazos.

—Sírvete una copa. Vamos a brindar por los viejos tiempos.

—No, llevo diez años sin beber.

—Guau. —Jude admiró el descaro con que mentía. Típico de un alcohólico—. ¿Y cómo pasas el rato?

—Estoy cuidando de mi madre. Tiene problemas de vista. No ve más que sombras. Mi padre todavía está bien de salud, pero cuidarla le está agotando. No he estado mucho por aquí, así que creo que va siendo hora de que haga algo por ellos.

—Eso es admirable.

—Bueno, me ha costado mucho darme cuenta de que no hay nada más importante que la familia. —Su sonrisa adquirió un matiz astuto. El verdadero Adam había salido a la luz—. Ya sabes cómo es eso. Por ayudar a la familia, uno hace lo que sea.

Jude percibió su cambio de tono. La música había parado por fin. Ahora solo era cuestión de ver quién quedaba en pie.

—Hola, Adam —dijo.

—Hola, Jude. —Se le enganchó el labio en el hueco de los dientes. Estaba claro que los chismorreos del padre Nate se habían difundido por el pueblo. Adam no se había sorprendido por ver que estaba viva. Se había sorprendido por verla allí—. ¿Estás tratando de ayudar a tu hermanita a volver a encerrarme?

Se encogió de hombros.

—¿Cómo podría hacer eso?

—Engañándome para que diga alguna tontería.

—No creo que haga falta que digas nada. Tu ADN te vincula a la violación de Metter.

Soltó una carcajada.

—Esa chica no se acuerda de nada. Estábamos los dos borrachos como cubas.

—No estabas tan borracho como para no poder violarla. —Vio que su cuerpo se tensaba, que los músculos de sus brazos sobresalían, crispados—. ¿He puesto el dedo en la llaga?

—¿Crees que no sé que eres una especie de agente del FBI?

Jude volvió a encogerse de hombros.

—Me has pillado.

—Judy Jude… —Se le agrió la sonrisa—. Ayer por la mañana, más o menos a esta hora, vi a tu padre palmarla. Tu hermana se volvió loca. Y a tu sobrino se le fue la olla.

Jude agradeció para sus adentros a Freddy Henley el haberla obligado a perfeccionar la extraña habilidad de no reaccionar ante la

crueldad.

—Todavía hay sangre de Gerald en la calle. Pasé por encima con el coche esta mañana, al venir aquí. —Adam la observaba, esperando su reacción—. Ese viejo chocho llamó a la puerta y entró en mi casa como si solo estuviera tratando de aclarar un malentendido, pero yo sabía a qué había ido.

—¿Y a qué había ido?

—A intentar volver a mandarme a la cárcel, igual que tú. —Adam la apuntó con el dedo—. Pues más vale que lo olvides, zorra, porque no voy a volver al talego por esas dos chicas, y menos aún por una *stripper* que cambió de idea doce años después y dijo que la había violado.

—Barbara Jericho. —Jude vio que se le dilataban las fosas nasales —. Así se llama la mujer a la que violaste. Barbara Jericho.

—Ya sé cómo se llama esa puta mentirosa. —Adam miró un momento el vaso de *whisky*—. No tengo por qué aguantar esta mierda.

—Claro, pero ¿por qué no aprovechas para hablar conmigo? —preguntó Jude—. Explícame por qué no eres culpable. Es cierto que soy del FBI. Puedo señalarte como sospechoso o puedes convencerme de que los mande en otra dirección.

—Que te den. No soy un puto pederasta.

—¿Ah, no? Yo solo tenía quince años cuando me violaste en la parte de atrás de este bar.

Adam volvió a tensarse. Jude esperaba un estallido de ira; en cambio, él no dijo nada. Empezó a temblarle un ojo. Apretó los puños. Ella se preparó mentalmente para defenderse si intentaba darle un puñetazo o golpearla con una botella, o se lanzaba por encima de la barra para agarrarla del cuello.

No hizo nada de eso. Su pecho subía y bajaba mientras se esforzaba por calmarse. Jude había visto a miles de presidiarios hacer ese mismo ejercicio. Lo aprendían en la cárcel, durante las sesiones de terapia de control de la ira. Regular la respiración. Pensar en algo agradable. Alejarse.

Adam no se alejó, pero respiró hondo otra vez antes de decir:

—Yo tenía dieciocho, solo era unos años mayor que tú.

—Me sujetaste. Te mordí la mano cuando intentaste taparme la boca.

Adam se pasó el pulgar por el lugar donde ella le había mordido, aunque no quedaba cicatriz.

—Grité pidiendo socorro —añadió Jude—. Te supliqué que pararas.

Él negó con la cabeza.

—No fue eso lo que pasó.

—Me diste un puñetazo en el estómago. Te vomité en la espalda.

Siguió negando con la cabeza.

—Vomitaste porque habías bebido demasiado.

—Y aun así seguiste violándome.

Adam no pudo sostenerle la mirada. Volvió a mirar el vaso. Jude reconoció el ansia con que se lamió los labios. Le acercó el *whisky.*

—Sírvete.

Se lo bebió de un trago. Dejó el vaso suavemente sobre la barra.

—Estuviste tonteando conmigo toda la noche —siseó entre dientes.

—¿Violas a todas las chicas de quince años que tontean contigo?

Adam volvió a humedecerse los labios. Quería más *whisky.*

—No sé de dónde te sacas esas mierdas. Después hablaste conmigo como si tal cosa.

—Hablé contigo porque pensaba que ibas a matarme.

—¡Joder! —dijo riendo—. Si te hubiera violado, se lo habrías contado a tu papi.

A Jude nunca se le pasó por la cabeza contárselo a su padre. Gerald se habría enfadado con ella por salir a escondidas de casa, por emborracharse, por ponerse en una situación tan arriesgada.

—Ni siquiera se lo conté a Henry hasta un mes después. Estábamos en las cataratas. Mi hermano quería darte una paliza, pero yo solo quería emborracharme. Me quedé dormida y él se metió en el agua. No encontraron su cuerpo hasta seis días después.

—¡Brindo por Henry, entonces! —Adam se sirvió otro triple y se lo bebió de un trago—. Tu padre se las arregló para encerrarme de todos modos. Montó una encerrona para culparme de haber matado a esas chicas. ¿Sabes lo que les hacen a los pederastas en el talego?

—Así que es violación cuando te pasa a ti, pero no cuando le pasa a una niña de quince años…

—Sigues siendo una puta bocazas, como siempre.

Llenó el vaso de nuevo, esta vez casi hasta el borde. No apartó los ojos de Jude mientras echaba la cabeza hacia atrás y se bebía el alcohol de un trago. Soltó un fuerte eructo. Empezó a llenar el vaso de nuevo. Le temblaban las manos. El líquido salpicó la barra. Lo que hubiera bebido antes de que Jude entrara en el bar le estaba haciendo efecto rápidamente.

—A ver si te enteras. —Levantó el vaso y la señaló con él—. Yo no tengo nada que ver con esa tal Paisley. ¿Por qué iba a meterme en ese lío?

—Pero sí tuviste algo que ver con Madison y Cheyenne. Millie te vio con ellas.

Se bebió la copa de un trago y dejó el vaso vacío en la barra con un golpe.

—Solo me vio con la gorda. Pero nunca la toqué. Era una cría.

Jude sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Los licores con un cuarenta por ciento de alcohol eran un excelente suero de la verdad.

—¿Y la flaca?

—Cheyenne. Esa sí que era una pájara. —Se limpió la boca con los dedos. Sus ojos se habían vuelto vidriosos—. La muy zorra se la chupaba a todos los tíos del pueblo. No es ningún secreto que se prostituía. Decía que tenía diecisiete años, pero se comportaba como si tuviera treinta.

Jude procuró no reaccionar.

—¿Cuánto cobraba?

—Cincuenta por una mamada, pero a mí nunca me cobró. Solo le daba un poco de maría. Le gustaba hablar. Decía que estaba ahorrando. Tenía grandes planes para cuando se marchara, igual que tú. —Empezaba a trabársele la lengua, pero se sirvió más *whisky* y volvió a bebérselo de un trago—. Me dejaba hacerle un dedo si iba colocada, pero nunca me la follé.

—¿Nunca le pasaste coca? —preguntó Jude—. Creo recordar que te gustaba.

—Joder, no. —Adam volvió a llenar el vaso—. ¿Crees que iba a dejar que me pillaran vendiéndole farlopa a una chavala de noveno?

Un momento antes había insinuado que no sabía qué edad tenía Cheyenne.

—¡A la mierda con esto! —Adam estuvo a punto de tirar la botella al suelo al dejarla sobre la barra—. Era Shy la que vendía coca. Y éxtasis. El material se lo pasaba esa sabandija del instituto.

—¿Woody?

—Shhh. —Adam intentó llevarse el dedo a la boca para mandarla callar, pero no lo consiguió. Estaba ya borracho por completo—. Woody no estaba metido en ninguna de sus otras movidas. Tenía a Shy vendiéndoles droga a los chavales de North Falls, nada más.

—¿Qué otras movidas?

—Y yo qué coño sé. —Prescindió del vaso y bebió de la botella.

—Me han dicho que Woody vende aquí, detrás del local —dijo Jude.

—Mierda. —Intentó llevarse el dedo a la boca otra vez—. ¿Qué has dicho?

Jude se dio cuenta de que el *whisky* había alcanzado el punto de rendimiento decreciente; ya no iba a servirle.

—He dicho que supongo que Penley dejó su escopeta recortada detrás de la barra cuando vendió el local.

—Has acertado, guapa. —Adam se rio fingiendo que echaba mano del arma—. Dime una cosa, ¿por qué iba a matar a esa puta si me hacía una mamada cuando yo quería?

—Porque se folla por placer y se viola para controlar al otro.

Él se quedó mirándola un segundo y luego soltó una carcajada.

—¡Con ustedes la puta Oprah Winfrey, damas y caballeros!

Jude sacó cuatro billetes de veinte de su cartera y los desplegó sobre la barra.

—La próxima botella corre de mi cuenta.

Le temblaban las rodillas cuando se encaminó hacia la puerta. De pronto tenía otra vez quince años y sentía la mirada rapaz de Adam siguiéndola por el local abarrotado de gente; intentaba hacer caso omiso de la sangre que le corría por las piernas y se le acumulaba en las botas mientras se preguntaba si le habría roto una costilla al

golpearla y cómo iba a arreglárselas para subir por la espaldera del jardín hasta su cuarto, y si podría darse una ducha enseguida o tendría que esperar hasta la mañana siguiente para que el ruido de las tuberías no despertara a sus padres.

Fuera, el repentino estallido de sol la hizo parpadear. Los ojos se le humedecieron. No era tan ilusa como para creer que no estaba llorando. Se le habría corrido el lápiz de ojos negro. Buscó sus gafas de sol en el bolso. Se las puso mientras se acercaba a Cole y Brett. Había ido allí con la esperanza de conseguir respuestas y se había topado con un dulce momento de venganza.

—Adam Huntsinger está incumpliendo los términos de su libertad condicional —le dijo a Brett—. Está borracho y hay una escopeta recortada cargada debajo de la barra. Llame a su agente y averigüe si se le puede volver a encerrar.

Brett puso cara de extrañeza.

—¿Lo dice en serio? Todo el mundo sabe lo de la escopeta.

—Entonces es usted un incompetente por no haberlo detenido antes. —Se volvió hacia Cole—: Llévame a comisaría.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, señora.

[3] Chiquitina, diminuta. *(N. de la T.)*

Capítulo 16

Emmy conducía por una larga pista de tierra que partía de los caminos secundarios. Aún le dolía el pecho. La opresión había vuelto. Se había despertado antes de que sonara la alarma de Dylan a las nueve y media. Una serie de mensajes de texto había interrumpido sus tres horas de deliciosa inconsciencia. Seth no había hecho ningún avance en la búsqueda de Paisley Walker. Tommy estaba con Myrna en la habitación 612 del Centro Azalea Place de Atención a la Demencia. Sherry Robertson la informaba de que la autopsia de Gerald sería esa tarde, a las cuatro. Cole iba a llevar al bar de su exmarido a su hermana resurgida de entre los muertos, que estaba dándole a Emmy unos problemas que no le hacían ninguna falta en ese momento.

Todo ello era importante, pero solo una parte parecía real.

Emmy había pasado seis largos y angustiosos años esperando el día terrible en que Myrna sería trasladada definitivamente a una residencia de ancianos y las últimas seis semanas temiendo la lenta agonía de Gerald. Ahora, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, faltaban los dos. Se era huérfana a todos los efectos. Su padre no sería nunca más su timón, no la llevaría suavemente por el buen camino. Y Myrna no la espolearía nunca más. Ahora estaba sola.

Dylan no habría estado de acuerdo. Le había dicho hacía ya mucho tiempo que tenía que aprender a quitarse pesos de encima. Lo cierto era que, si lo hacía, tenía miedo de no ser capaz de volver a levantarlos. Y más ahora. Paisley Walker contaba con ella. Sus agentes esperaban órdenes. El pueblo necesitaba un desenlace, del tipo que fuera. Podía haber otros menores vulnerables en peligro. Emmy sabía lo que sus padres querrían que hiciera. Myrna le diría que hiciera planes, que tomara medidas, que hiciera algo al

respecto. Gerald le diría que agachara la cabeza y cumpliera con su trabajo.

Tomó el largo camino de entrada a la granja de Virgil y Peggy. La pareja tenía caballos desde que ella podía recordar. Emmy había montado con Virgil cuando era niña, y años después habían sacado a Cole a montar por los campos ondulados de detrás de la casa. Pensar en esos momentos alivió en parte la tensión de sus hombros. Era agradable tener algún buen recuerdo entre todo aquel montón de desgracias.

Hizo un rápido giro al llegar al final del camino y aparcó marcha atrás en la zona reservada a los coches. La camioneta de Virgil estaba aparcada junto a un remolque para caballos. Pudo oler el estiércol al salir del coche. Se había levantado la brisa. Las nubes se estaban oscureciendo. Iba a haber tormenta. Se había encaminado hacia la puerta principal cuando vio salir a Virgil del establo. Echó a andar por la empinada ladera, hacia la parte trasera de la finca. Notaba cómo le resbalaban los pies dentro de las botas. Se había pasado las tres horas de sueño dentro de la bañera de Dylan. Tenía la piel más arrugada que Millie.

—Hola. —Virgil cerró la puerta del establo y se quitó la pesada cadena del hombro—. ¿Alguna noticia de Paisley?

—Ninguna. —Emmy vio que ponía cara de decepción—. Vengo a recoger esas cajas que mi padre te pidió que sacaras del almacén. Jude quiere revisar el caso Huntsinger en comisaría, por si pasamos algo por alto.

Virgil pareció sorprendido.

—Están en el sótano. Creía que tu padre no quería que se supiera que íbamos a reabrir el caso.

—Y no quería, pero no se me ocurre qué más hacer y de momento Jude ha acertado más veces de las que se ha equivocado, así que aquí estamos.

—Parece razonable. —Pasó la cadena por el cierre de la puerta y la ató con un nudo flojo—. A ver si las ardillas consiguen abrir esto.

Emmy se obligó a responder a su broma con una sonrisa, aunque solo fuera para reconocer que Virgil lo estaba intentando. Echó a andar junto a él de vuelta a la casa. Cole ya le había dicho que Jude

estaba haciendo preguntas sobre ella. Tenía la impresión de que Virgil era la única persona del pueblo que respondería sinceramente si le preguntaba por Jude.

—Conociste a Martha cuando vivía aquí, ¿verdad?

—La conocía como la hija de Gerald. Estaba formando mi propia familia cuando se descarriló. Me alegré de que solo tuviéramos niños. Criar a una niña puede matar a un hombre.

Esta vez, Emmy no tuvo ánimos para sonreír.

—Tu hermana era lo que se dice una alborotadora. Le encantaban las fiestas. Le encantaba beber. La paré un par de veces por conducir bajo los efectos del alcohol y luego me di cuenta de que Gerald no iba a hacer nada al respecto. —Se encogió de hombros al ver la mirada que le dirigió Emmy—. Digamos que las cosas eran distintas en aquel entonces. Conducir bajo los efectos del alcohol no se consideraba tan grave. Además, Gerald también tenía problemas con la bebida, por eso creo que estaba dispuesto a ser más indulgente. Sin importarle quién saliera herido.

Emmy levantó las cejas. Nunca había oído a Virgil criticar a su padre, ni siquiera ligeramente.

—Lo siento, cielo —añadió él—. Es que fue una época muy frustrante. Martha le causó un montón de problemas a mucha gente.

—¿Te refieres al accidente de coche?

—Sí, en gran parte, pero todo lo anterior, lo que llevó al accidente, hizo que la gente quisiera que recibiera un castigo. Martha estaba completamente borracha cuando se estrelló contra Bubba Rawley. Bubba casi pierde el brazo. Todavía tiene los nervios dañados. Y Tommy tuvo una conmoción cerebral tan fuerte que casi no podía caminar derecho.

Aquello era una novedad para Emmy.

—¿Tommy también estuvo implicado en el accidente?

—Iba en el asiento del copiloto cuando Martha chocó con la camioneta de Bubba. —Virgil le puso la mano debajo del codo para ayudarla a subir la parte más empinada de la ladera—. El accidente ocurrió poco después de que muriera Henry. Tommy estaba tratando de ocupar el lugar de su hermano, pero no podía seguirle el ritmo a Martha. Nadie podía.

Emmy no tenía ninguna duda de que Tommy lo había intentado.

—Nunca me contaron qué le pasó a Henry, solo que se ahogó en el río Flint.

—En aquel entonces, a los chavales les gustaba ir a beber a las cataratas. ¿Te suena eso? —Esperó a que Emmy volviera a sonreír, porque los chavales seguirían yendo a beber a las cataratas hasta el fin de los tiempos—. Martha y Henry se escaparon de casa muy tarde. Se emborracharon. Ella se quedó dormida. Henry se metió en el agua para darse un chapuzón, o se cayó. Nadaba bien, pero tenía un nivel de alcohol en sangre altísimo. También había tomado cocaína. Lo que pasó después ya lo sabes, seguramente. Pasaron seis largos días antes de que encontraran su cadáver. Aquello destrozó a tus padres. Myrna estaba fuera de sí. Gerald iba borracho como una cuba a todas horas. No me sorprendió que culparan a Martha. Henry era un buen chico hasta que dejó de serlo. Martha siempre fue problemática. Si me hubieras preguntado entonces, te habría dicho que acabaría muerta o en la cárcel, o ambas cosas.

Emmy percibió un deje de amargura en su voz. Le costaba creer que aquella chica que había perdido a su hermano fuera la misma persona que había pasado la mayor parte de su carrera tratando de encontrar a menores desaparecidos para devolvérselos a sus padres. Aunque, por otra parte, también le costaba creer que Gerald fuera el tipo de hombre capaz de darle la espalda a su hija.

—¿Cómo era mi padre cuando bebía? —preguntó.

—¿Tommy no te lo ha contado?

Esta vez, la risa de Emmy fue sincera.

—No, Tommy no me lo ha contado.

—Pues… —dijo Virgil con un suspiro—. Voy a decirte lo mismo que le dije a tu padre cuando hablamos de ello. Cuando bebía, Gerald Clifton podía ser el peor hijo de puta que puedas imaginarte.

Emmy se quedó atónita. Nunca había oído a nadie hablar tan negativamente de Gerald. Ni siquiera Myrna, que le encontraba defectos a todo, había sido tan contundente.

—Para algunos hombres es más fácil mirar el fondo de una botella que mirar a los ojos a la gente. Gerald se ganó todo mi respeto cuando cambió de vida como lo hizo. Lo habría seguido hasta el fin

del mundo. Trabajar a sus órdenes ha sido el honor más grande de mi vida. —Llegaron al camino de entrada. Virgil levantó el pie y lo apoyó en la parte de atrás del remolque—. No se puede encasillar a una persona, Emmy Lou, sobre todo cuando envejece. Hay que juzgarla por el conjunto de su vida. Cuando eres joven, haces cosas malas de las que te arrepientes. Cuando eres mayor, haces cosas buenas que esperas que compensen las otras. Al final, Gerald era un buen hombre que hizo algunas cosas malas. Aprendió de sus errores. No los cometió contigo.

Emmy recordó que doce años atrás le había dicho a su padre que no se lo imaginaba cometiendo un error. Ahora, le dio a Virgil la misma respuesta que Gerald le había dado a ella.

—Me alegro.

—Yo también.

Emmy se alegró aún más de dar por terminada la conversación. Siguió a Virgil a la parte de atrás de la casa, un rancho de ladrillo cuyo sótano se abría al exterior. Había pasado incontables horas en la peluquería de Peggy leyendo libros mientras peinaban a Myrna. Sabía que Peggy había comprado equipamiento nuevo al trasladar la peluquería al pueblo, pero se le hizo raro ver las cosas viejas arrimadas a la pared. Los voluminosos secadores de pelo y las dos sillas de barbero con sus asientos de vinilo agrietado. Incluso el viejo botiquín seguía colgado de la pared. La cruz roja de la puerta estaba descascarillada por el óxido. Aún recordaba a Peggy sacando una tirita del botiquín un día en que se hizo un corte en el dedo con las tijeras.

—Peggy iba a vender todas estas cosas en eBay, pero luego estaba tan liada que lo dejó. —Virgil estiró el brazo hacia lo alto del marco de la puerta y cogió la llave. Tuvo que empujar la puerta con el pie para que se abriera—. A mis clientes les digo que aquí les puedo resolver un caso, pero que, si necesitan una permanente, tienen que ir al pueblo.

Emmy forzó otra sonrisa mientras Virgil corría las cortinas de la puerta y de los dos ventanales que daban al jardín de atrás. Encendió los fluorescentes. A la izquierda, donde antes estaban los lavabos, ahora había un escritorio con dos sillas plegables. Al fondo

de la habitación había numerosas cajas archivadoras, apiladas junto a una estantería metálica. Emmy contó veintiuna en total. Estaban selladas con cinta de embalar del Departamento del Sheriff del Condado de Clifton. Reconoció su propia letra en las etiquetas.

DALRYMPLE, M.
BAKER, C.
HUNTSINGER, A.
LOUDERMILK, D.

Fue leyendo los subtítulos. Registro de llamadas, autopsias, declaraciones, atestados policiales. Miró la estantería. Una fina capa de polvo lo cubría todo. Una antigua impresora matricial, un ordenador Dell de principios de los 2000 y una fotocopiadora de sobremesa tan vieja que el cristal era de los que se desplazaban por la parte superior. Decenas de maltrechos archivadores de cartón se apretujaban en un armario abierto. Virgil siempre había sido extremadamente ordenado, pero Emmy tenía la sensación de que hacía tiempo que aquella habitación no se limpiaba.

—¿La asistenta está enferma? —preguntó.

—Sí, tengo todo esto un poco descuidado. —Virgil pareció avergonzado. Se miró las manos. Tenía las uñas llenas de grasa, de trabajar en el establo—. No queríamos contarlo, pero la verdad es que Peggy me dejó hace un tiempo. Se suponía que iba a ser un periodo de prueba, pero parece que va a ser permanente. Nos deshicimos de los caballos el mes pasado. Ahora trabajo menos. Estoy pensando en mudarme a Florida para estar más cerca de los nietos.

Emmy sintió una repentina punzada de tristeza. No le sorprendió que la noticia no se hubiera corrido por el pueblo. Peggy había trabajado en la peluquería el tiempo suficiente como para saber cómo guardar un secreto.

—Lo siento.

—Creo que el trabajo me absorbía más de lo que yo pensaba. —Virgil le dedicó una sonrisa desganada—. Que te sirva de

advertencia.

Emmy levantó una de las cajas para tener algo que hacer. Virgil cogió dos de la pila. Guardaron silencio mientras iban y venían, cargando el profundo maletero del coche y luego el asiento trasero. Ella estaba pensando que debería haber aparcado más cerca del sótano cuando Virgil metió la última caja en el asiento del copiloto.

—Bueno —dijo—, avísame si necesitas algo más.

Emmy apretó los labios. Gerald tenía pensado que revisaran el caso entre los cuatro. Él haría las preguntas. Virgil y Emmy proporcionarían los datos. Y Cole haría de abogado del diablo.

—Sé que es mucho pedir, pero nadie conoce los papeles de este caso mejor que tú.

Virgil miró hacia el establo.

—Va a venir un tipo para ver si se lleva el resto del heno. No quiero que se enmohezca.

—Claro —dijo Emmy—. Lo entiendo.

Virgil volvió a mirar hacia el establo.

—Qué diablos, le diré que venga mañana. Pero tengo que asearme. Nos vemos en comisaría dentro de media hora.

Emmy no se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que se sentó al volante del coche patrulla. Exhaló un chorro de aire. La presencia constante de Virgil siempre actuaba como un bálsamo. Revisar el caso de Adam Huntsinger sin Gerald iba a ser muy duro. Y no creía que estuviera preparada para enfrentarse sola a Jude.

Se puso las gafas de sol mientras el coche avanzaba por el camino de tierra. Bajó el volumen de la radio policial. Bajó un poco la ventanilla para ventilar el olor a humedad de las cajas. En lugar de tomar la carretera, atajó por los caminos secundarios. No por el que pasaba detrás de la granja de Taybee, sino por el que partía en dos la finca de Millie. El estanque se veía a lo lejos. El sol convertía su superficie en un espejo.

Dejó correr las lágrimas. En la bañera de Dylan, había estado demasiado agotada para soñar, pero al despertarse en el agua se había desorientado y de pronto había vuelto a hallarse en el estanque de Millie. Se zambullía, alcanzaba la mano rota de

Madison, sostenía el peso de la cabeza de la niña con la palma de la mano.

«Lo siento, cariño. Siento mucho no haberte escuchado».

El teléfono le vibró en el bolsillo. Supuso que Millie la llamaba para regañarla por cruzar su finca sin permiso, pero era un mensaje de Dylan: «Solo quería asegurarme de que no te has ahogado».

Sintió una nueva oleada de llanto. La embargó una sensación de gratitud por la ternura de Dylan, por el sentimiento momentáneo de seguridad que le había proporcionado. No podía poner todo eso en un mensaje de texto. Apenas podría decírselo a la cara. Tocó dos veces el mensaje para enviarle una respuesta rápida, pero, en el colmo de su estupidez emocional, dudó entre el pulgar hacia arriba y el corazón. Al final, lo empeoró optando por un «jajá» y dejó el teléfono en el portavasos.

El aparcamiento de la comisaría estaba lleno cuando aparcó en su sitio de siempre. Pasó de largo junto a la sala común y se dirigió al complejo penitenciario. Envió un mensaje al sargento de guardia para que pidiera a un par de ayudantes que sacaran los archivadores de su coche y los llevaran a la sala de reuniones. Luego miró la ubicación de Cole en Life360. Estaba parado en un camino, cerca de la granja de Taybee. Supuso que le estaba enseñando a Jude dónde habían desaparecido Cheyenne y Madison hacía doce años. Imaginó, además, que Jude estaría preparando una larga lista de errores que Gerald y ella habían cometido en la investigación.

Se secó los ojos antes de entrar por la puerta de atrás, pasando su identificación por el panel de apertura. Se hallaba al final de un largo pasillo. La cárcel estaba más tranquila que de costumbre porque la mayoría de los detenidos habían sido trasladados al juzgado para comparecer ante el juez. Pasó por otra puerta para llegar a las celdas de detención, luego cruzó otra y otra, y por fin se encontró en la entrada del módulo de aislamiento para mujeres.

Miró por el cristal de la puerta. El pasillo, largo y estrecho, terminaba en una pared de hormigón. Las tres celdas individuales estaban a la derecha. Eran más grandes que las del módulo general y tenían paredes de hormigón en tres lados y una reja en la parte delantera para que los guardias pudieran patrullar por el pasillo e

inspeccionar visualmente a las reclusas en cualquier momento. Las cámaras cubrían cada rincón. Estaban provistas de micrófonos capaces de captar hasta la más leve respiración. No había forma de esconderse de los ojos que lo vigilaban todo desde la lejana sala de monitores.

Hannah estaba sentada en su litera, con las rodillas encogidas y los brazos alrededor de las piernas. Abrió la boca al ver a Emmy a través del cristal. Emmy se llevó la mano a la garganta y se dio unos golpecitos con los dedos. Era una señal que usaban de pequeñas. Significaba que se acercaba un adulto, o que Tommy las estaba espiando, o que Taybee estaba otra vez escuchando a escondidas, por lo que debían tener cuidado con lo que decían.

Esperó a que Hannah asintiera con la cabeza antes de abrir la puerta.

Estaba en la primera celda. Era la única detenida en aislamiento. Allí olía peor que en el resto de la cárcel. Los inodoros y los lavabos de acero inoxidable, de una sola pieza, eran casi una alcantarilla abierta. Tres ranuras practicadas en la pared exterior y cubiertas con vidrio de cinco centímetros de grosor hacían las veces de ventanas, aunque principalmente servían para recordar a las reclusas que no tenían escapatoria. Cada palmo de hormigón estaba pintado de un blanco brillante y plástico. Las almohadas apestaban a sudor. Los colchones de espuma, de apenas unos centímetros de grosor, descansaban también sobre un lecho de hormigón. Las fundas de vinilo olían a aguarrás. Las mantas y las sábanas eran finas y rasposas, y Emmy se avergonzó al darse cuenta de que nunca le habían importado esas cosas, hasta que vio a Hannah usándolas.

Dijo lo primero que se le ocurrió:

—Puedo traerte una almohada limpia.

Hannah esbozó una sonrisa.

—Dile a la camarera de piso que me la traiga cuando venga a abrirme la cama.

Emmy observó que sonreía con torpeza.

—¿Necesitas algo?

—Dylan se ha… —Se le cortó la respiración. Luchaba por mantener la compostura—. Se ha asegurado de que Davey está con

mi tía Barb.

—Eso está bien. —A Emmy también le costaba dominarse. Las piernas ya no la sostenían. Se deslizó hacia abajo con la espalda pegada a la pared, hasta sentarse en el frío suelo—. Lo siento.

Hannah le sostuvo la mirada.

—Yo también lo siento.

Emmy vio que se levantaba y se acercaba despacio a la parte delantera de la celda. Se sentó con las piernas cruzadas. Apoyó la frente contra los barrotes. La miró fijamente. Podrían haber estado en la habitación de Hannah cuando eran pequeñas, quejándose de sus madres o hablando de chicos o escuchando una y otra vez a Sarah McLachlan cantar *Building a Mystery* para aprenderse la letra de memoria.

—Tienes una hermana —dijo Hannah.

Emmy se rio, porque, cómo no, una mujer en aislamiento en la cárcel del condado de Clifton se había enterado de los últimos cotilleos.

—Por lo visto, es una especie de genio de la investigación criminal. Los agentes del FBI la tratan como el señor Collins a *lady* Catherine de Bourgh.

La sonrisa de Hannah fue fugaz.

—Lo siento mucho, Em.

A Emmy volvieron a saltársele las lágrimas, aunque no hizo nada por ocultarlas. Era la ventaja que tenía estar con alguien que ya la había visto en sus peores momentos.

—Ayer por la mañana mi padre estaba escribiendo una carta.

Hannah también empezó a llorar.

—Todavía está en su escritorio, pero me da miedo leerla. Esta mañana ni siquiera he podido ir a casa.

—Gerald no parecía de los que escriben cartas. —Hannah se presionó los ojos con los dedos—. ¿Qué crees que decía?

Emmy se encogió de hombros.

—Leche. Huevos. Pan.

La risa áspera de Hannah resonó en las duras superficies de la celda. Emmy también se rio. Era tan agradable expresar algo que no fuera dolor…

—¿Te acuerdas de la carta que te escribió Cole desde el campamento? —preguntó Hannah.

Emmy se acordaba.

—«Querida mamá, me han dicho que podía tomar helado si te escribía una carta. Firmado, Cole».

Volvieron a reírse, pero su risa se apagó enseguida. Aquello no era una noche de chicas. No estaban compartiendo una botella de vino en la cervecería.

—Me alegro de que encontraras a Dylan —dijo Hannah—. Es un buen hombre.

—Demasiado bueno —reconoció Emmy—. Yo creía todo el tiempo que iba a marcharse. Luego mi madre empeoró y mi padre se puso enfermo, y me dije a mí misma que aquello era ya demasiado, que iba a dejarme, pero no lo hizo, así que lo dejé yo a él.

—Vaya, qué sorpresa que no supieras manejar tus emociones y te acobardaras y no volvieras a hablarle. —Hannah se había ganado el derecho a ponerse sarcástica—. ¿Hay alguna otra circunstancia en tu vida en la que quizá hayas cometido un error parecido?

Esta vez, Emmy no fue capaz de reírse. Durante aquellos doce años, que habían pasado tan despacio, nunca había pensado en intentar reconciliarse con Hannah. Había esperado y esperado a que ella diera el primer paso, y ahora aquí estaban.

—No pasa nada —dijo Hannah—. Paul me dejó muy claro que tenía que escoger: o tú o él. Parece que las dos nos equivocamos al elegir marido. Aunque yo tardé más tiempo en darme cuenta.

Emmy se limpió la nariz. Había ido allí con un propósito.

—¿Por eso has vuelto a hablarme, porque dejaste a Paul hace dos meses?

Hannah no se dio por enterada.

—No sé si te has dado cuenta, pero soy literalmente un público cautivo.

A Emmy no paraba de gotearle la nariz. Se la secó con la manga.

—A Myrna siempre le gustó que supieras usar con rigor la palabra *literalmente.*

Hannah alargó el brazo y cogió el rollo de papel higiénico barato que había junto al váter. Era de una sola capa y tenía textura de

cartón. Se enrolló un poco en la mano y se lo ofreció a través de los barrotes. Emmy se inclinó hacia delante. Sus dedos se tocaron. Las dos se demoraron un instante antes de echarse hacia atrás.

—Si te sirve de algo —dijo Hannah—, por fin entiendo por qué te costó tanto dejar a Jonah.

—No es que me costara —repuso Emmy, aunque el divorcio había sido una lenta tortura compuesta de mil pequeñas manipulaciones—. Es lo que siempre dijiste. Era demasiado testaruda y demasiado leal a alguien que no me era leal a mí.

—Las dos sabemos cómo te trataba. Es fácil verlo desde fuera y decir «deberías dejarlo». Pero cuando estás metida en ello, cuando ves cuánto necesita tu hijo a su padre, cuando te dices a ti misma que el hombre del que te enamoraste sigue ahí, en alguna parte…

Emmy percibió su tristeza mientras la voz iba apagándosele.

—No dejaba de pensar que Paul volvería a ser el de antes, ¿sabes? —Hannah desenrolló un poco de papel higiénico para sí misma—. Pensaba que con el tiempo… Bueno, no que fuera a recuperarse del todo, porque nunca te recuperas del todo después de perder a una hija, pero pensaba que encontraría otra manera de asumirlo. Que se daría cuenta de que tenía un hijo vivo que lo necesitaba. Y una esposa que necesitaba pasar esa pena a su lado. Sin embargo, no fue capaz de salir de ese pozo y yo tardé mucho tiempo en ver que nos estaba hundiendo con él. Esperé demasiado. Debería haberme separado hace años. Nos habríamos ahorrado mucho dolor.

Emmy volvió a tocarse la garganta para recordarle que tuviera cuidado con lo que decía.

—Lo sé —dijo Hannah—. Pero es complicado, Em. Es mucho más complicado de lo que pensaba, y lo siento.

Emmy notó de nuevo aquella opresión en el pecho. Era la forma que tenía su cuerpo de advertirle que no debía liberar sus emociones. Esta vez, sin embargo, no pudo contenerse. Ahora no. No con Hannah.

—Es culpa mía, Han. Es culpa mía que perdieras lo más precioso que tenías.

Hannah no le ofreció absolución. Solo esbozó su sonrisa triste.

—Sí que era preciosa, ¿verdad?

Emmy respiró hondo. Sintió que la tensión empezaba a disiparse. Había convivido con la tristeza todos esos años, pero ni una sola vez había podido compartir su pena.

—Sí.

—Lo último que le dije fue que se pusiera crema solar. Fue como si le dijera que escalara el Everest. Puso cara de fastidio y se fue. —Hannah se rio mientras se secaba las lágrimas—. Hay que reconocer que tenía valor. Se quemó solo para fastidiarme.

Emmy respiró hondo de nuevo. Se acordó de una de las últimas veces que había visto a Madison. No flotando en el estanque, ni bajo el roble. Estaba en la sala de autopsias de la sede del GBI, escuchando a la forense describir la quemadura de sol de color rojo intenso que Madison tenía en las pantorrillas.

—Con esto de Paisley Walker —dijo Hannah—, no dejo de preguntarme si Carol estará ahora mismo pensando en lo último que le dijo. ¿Fue una mañana cualquiera o se habían peleado por algo? ¿Estaban felices o tristes?

Emmy se dio cuenta de que no esperaba una respuesta. La cárcel era un lugar muy propicio para reflexionar sobre todas las cosas malas que te habían pasado en la vida.

—En cuanto Madison cumplió doce años, empezamos a pelearnos. Te juro por Dios que se pasaba la vida inventando formas de hacer que me sintiera como una mierda. —Hannah sonreía, pero Emmy recordaba la exquisita tortura de los desaires de Madison—. Luego, de repente, me hacía un cumplido. Me decía que le gustaba mi vestido o que tenía bien el pelo, y yo me sentía como si me hubiera tocado la puta lotería.

Emmy se rio. Hannah también.

—La cuestión es que tú y yo todavía la veíamos como una niña, pero solo le faltaban tres años para ser adulta. Graduarse en el instituto. Ir a la universidad. Casarse. Tener hijos. Pero en ese momento, el día en que cumplió quince años, todavía se estaba buscando a sí misma, probando qué tipo de persona quería ser, cabreándome, forzando siempre los límites… Se moría de ganas de ser una mujer adulta. Y aún se sentía como una niña.

Emmy recordaba esa especie de limbo de su propia adolescencia.

—Eso es lo que más me entristece —añadió Hannah—. Que no llegamos a conocerla de verdad. Madison estará siempre atrapada entre esas dos personas. La mujer a la que no llegamos a conocer y la niña a la que conocimos.

Su tristeza llenaba la celda. Emmy no podía evitar sentirla también. No solo estaban llorando a Madison. Se estaban llorando a sí mismas. Emmy se había sometido a las inseguridades de Jonah hasta perderse a sí misma. Hannah se había extraviado en la pena de Paul. Virgil había dicho en broma que criar a una niña podía matar a un hombre, pero no tenía ni puta idea de lo difícil que era convertirse en mujer.

—Ah —dijo Hannah mirando la puerta. Llevaba casi treinta horas encerrada en aquel pequeño espacio. Tenía concentrados todos sus sentidos en la actividad del otro lado del cristal.

Emmy miró para ver quién había allí. Volvió a sentir la opresión en el pecho al ver a Jude. Su expresión ceñuda era una réplica exacta de la de Myrna cuando Emmy hacía algo que le parecía absurdo o decepcionante.

—«Señorita Bennet —dijo Hannah en tono burlón—, ya debería usted saber que conmigo no se juega».

Su imitación de *lady* Catherine hizo sonreír a Emmy. Sabía, sin embargo, que Jude también tenía sus motivos para estar allí. Se puso de pie y le dijo a Hannah:

—Me ocuparé de lo de la almohada.

Jude retrocedió un poco para que Emmy pudiera abrir la puerta. Llevaba la identificación de Cole colgada de un cordón alrededor del cuello.

—¿Se la has robado a mi hijo? —le preguntó Emmy.

—¿Me estás regañando por no seguir el procedimiento cuando acabas de pasar veinte minutos hablando en privado con la presunta asesina de un policía de cuyo caso se encarga la OIG?

—Han sido quince minutos, más bien.

—Ya puedes borrar esa sonrisita de tu cara —le espetó Jude—. Las dos sabemos que vuestra conversación está grabada. Es imposible que un jurado os vea bromeando y crea que Hannah es culpable. Ya

ni siquiera te pueden llamar a declarar como testigo. El fiscal sería el hazmerreír del juzgado si lo hiciera.

—Vale. —Emmy sacó su identificación del bolsillo—. ¿Puedes explicarme por qué me ha llamado el agente de la condicional de Adam Huntsinger para preguntarme si quiero que Adam vuelva a la cárcel?

Jude volvió a fruncir el ceño.

—¿Por qué te ha llamado a ti? Le dije a Brett que se ocupara de eso.

—¿Por qué les das órdenes a mis ayudantes?

—¿Qué le has dicho al de la condicional?

Emmy tenía que poner fin a aquel tira y afloja.

—Le he dicho que hiciera lo que quisiera porque solo un tonto utilizaría al Departamento del Sheriff como arma contra Adam Huntsinger mientras estamos sometidos a un intenso escrutinio público.

—Entonces, ¿tus quince minutos con Hannah Dalrymple…?

—Eso no es asunto tuyo.

Emmy movió su identificación para abrir la puerta. Oyó resonar con furia las botas de motera de Jude a su espalda mientras iban por el pasillo.

—Adam Huntsinger ha admitido que tuvo contacto sexual con Cheyenne Baker —dijo Jude.

Emmy se paró en seco. Había alargado la mano para abrir la siguiente puerta. El cordón se balanceaba como un péndulo, colgando de su tarjeta plastificada. Se dio la vuelta, repitiéndose en silencio la información para entenderla.

—Me ha dicho que Cheyenne normalmente cobraba cincuenta dólares por una mamada, pero que él solo le daba marihuana a cambio.

Emmy se había quedado muda.

—También me ha dicho que Cheyenne tenía muchos clientes, que estaba ahorrando, que hablaba mucho de irse del pueblo, lo que no es ninguna sorpresa. Y que en su caso no hubo penetración vaginal, pero ten en cuenta la fuente.

Emmy empezó a asentir con la cabeza, aunque solo fuera para que Jude supiera que la estaba escuchando.

—Me ha dicho que nunca tocó a Madison. Que era demasiado cría para él, pero de eso tampoco estoy segura. —Jude pasó por delante de Emmy y usó la tarjeta de Cole para abrir la puerta—. ¿Izquierda o derecha?

—Izquierda —logró decir Emmy. El asombro inicial empezaba a disiparse. Ahora no sabía si sentir envidia o admiración porque Jude llevara en el pueblo menos de veinticuatro horas y se las hubiera ingeniado para que Adam Huntsinger hablara—. Oímos rumores de que Cheyenne se prostituía. Pero no había pruebas.

—¿Y en cuanto a quién le suministraba las drogas?

—¿Qué pasa con eso?

—Adam afirma que Woody utilizaba a Cheyenne para abrirse un hueco en el mercado de North Falls. Era bastante arriesgado, pero imagino que el margen de beneficio lo compensaba. La gente de North Falls jamás bajaría al aparcamiento de camiones para ahorrarse diez pavos en una papelina de coca. Y lo mismo con el sexo. ¿Para qué pagar veinte dólares por una mamada a una trabajadora sexual madurita cuando te la puede hacer una adolescente de North Falls por cincuenta? Para muchos de estos tipos, romper el tabú es parte del fetiche.

Emmy carraspeó. No iba a preguntarle a Jude cómo había conseguido sacarle esa información a Adam. Su hermana era en verdad una especie de bruja.

—Sospechábamos que Woody era el proveedor de Cheyenne. Nunca tuvimos pruebas. Virgil intentó que se presentara de forma voluntaria en comisaría para interrogarlo, pero se negó.

—Muy astuto para ser un adolescente. —Jude se detuvo a unos metros de la sala de reuniones—. ¿Qué opinas ahora de Woody? ¿Vale la pena hablar con él sobre Paisley?

Emmy negó con la cabeza. Aún estaba intentando procesar la información.

—Es demasiado listo. Pedirá un abogado de inmediato. Perderemos un día entero esperando a que sus abogados vengan de

Atlanta y antes de que acabe la semana nos habrán demandado por acoso.

—¿Nunca le has tendido una trampa? —preguntó Jude—. Por lo visto, todo el mundo sabe que trafica con drogas detrás del bar de tu ex.

—La policía local de Clayville le deja en paz. Sinceramente, no sé si es porque le tienen miedo o porque les paga para que hagan la vista gorda. Las bandas de moteros que traen heroína de Florida manejan mucho dinero y son implacables. El jefe afirma que no tiene recursos para emprender una investigación de esa envergadura.

—¿Cuál era la excusa de papá? Entiendo que no quisiera implicar a la oficina del *sheriff,* pero podría haber recurrido al GBI o a la DEA.

—Nunca se lo pregunté. Supuse que no quería disgustar a Cole.

—O a Jonah —repuso Jude—. ¿Sabía papá que te maltrataba?

Emmy separó los labios para respirar. Ella no se dejaba embrujar tan fácil. Echó un vistazo a la puerta abierta. Su hijo estaba probablemente en la sala de reuniones. Virgil también.

—Le he pedido a Virgil que nos ayude a revisar el caso —le dijo a Jude—. Era el jefe adjunto cuando Madison y Cheyenne desaparecieron. Se ocupó de rastrear las llamadas telefónicas y los datos de las torres de telefonía móvil. Creo que podemos dividirnos en equipos. Virgil y yo, en el bando «Adam es culpable». Cole y tú, en el bando «Adam no lo hizo».

El largo silencio de Jude dejó claro que estaba dispuesta a cambiar de tema.

—No estoy segura de tener un bando. Prefiero mantener la mente abierta. Sigue siendo posible que Adam asesinara a Cheyenne y Madison.

Emmy se cruzó de brazos para tener algo que hacer con las manos. El comentario sobre Jonah había removido los fantasmas que albergaba su cuerpo.

—¿Porque Cheyenne se la chupaba?

—Porque es lo que sigue siendo más lógico. Si ahora mismo está fuera del corredor de la muerte y en libertad condicional es solo porque violó a una mujer en Metter hace doce años.

—Pero Barbara Jericho tenía veintidós años cuando la violó. Madison y Cheyenne tenían quince.

Emmy no habría advertido cómo le cambió la cara a Jude si no la hubiera estado observando con tanta atención. Había una especie de dureza en su expresión. Una dureza que le resultaba familiar.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó.

La expresión de Jude cambió de nuevo.

—Estadísticamente, los violadores no violan solo una vez y, por lo general, tienen más de una víctima.

—Clifton es un típico condado americano. Tenemos miles de casos de violación abiertos y cientos de kits de agresión sexual sin analizar. No tenemos dinero ni recursos para analizarlos todos y, aunque los tuviéramos, sería demasiado tarde para ayudar a Paisley Walker.

—¿Adam nunca fue detenido por un delito sexual? ¿Ni siquiera como sospechoso?

—No, nunca —contestó Emmy—. El único motivo recurrente de sus detenciones era conducir sin carné.

A Jude volvió a cambiarle la cara. Esta vez, era evidente que estaba barajando alternativas.

—Olvídate de papá y de tu orgullo por un momento. ¿Adam es culpable o inocente? ¿Qué te dice tu instinto?

El instinto de Emmy estaba desorientado.

—Nunca he logrado entender del todo mi instinto. Dejo que mi cerebro se haga cargo y analice los hechos. Desde un punto de vista lógico, todo apunta a Adam. El fiscal de distrito pensó lo mismo. Y los doce miembros del jurado también.

—Vale —dijo Jude—. ¿Qué sabemos?

La pregunta no le dolió tanto esta vez.

—Las huellas dactilares de Adam estaban en el collar de Cheyenne que encontré delante de su apartamento del sótano. Millie vio a Adam con Madison esa mañana en el estanque. Se encontró ADN de ambos en las colillas de cigarrillos. Los neumáticos del Jetta de Walton eran de la misma marca que los de las roderas que había en el campo de fútbol americano y en el camino. Había una rozadura en el parachoques delantero que podía haber sido causada por el impacto con la rueda trasera de una bicicleta. Adam tenía acceso al

mismo tipo de pistola que se usó para asesinar a Cheyenne. Sus huellas dactilares estaban en la bolsa de marihuana que Madison tenía en el bolsillo.

—Señala los puntos débiles.

—Todas las pruebas eran circunstanciales, no había ninguna coincidencia exacta. —Emmy era consciente de que estaba citando las palabras que había dicho Cole la mañana anterior—. Ninguna de las pistolas coincidía con las pruebas balísticas. No encontramos huellas dactilares ni ADN de las chicas en el Jetta. No encontramos botas del número cuarenta y cinco que coincidieran exactamente con las huellas de pisadas. No pudimos demostrar que la banda de rodadura de los neumáticos del Jetta coincidía exactamente con las huellas halladas en el lugar de los hechos. Adam reconoció que le había vendido marihuana a Madison. Alegó que Madison le pidió que arreglara el collar roto de Cheyenne y que se le debió de caer del bolsillo. Nunca encontramos el teléfono plegable de Cheyenne con sus iniciales grabadas en la carcasa. Tampoco encontramos el martillo que se usó para romperle las manos y los pies a Madison. Ni ningún otro caso de secuestro o asesinato que tuviera el mismo *modus operandi.*

—El teléfono plegable pertenecía a Cheyenne. —Jude fue al grano —. El martillo lo usaron con Madison.

—¿Crees que el asesino los guardó como trofeos?

El corazón de Emmy empezó a batir como un tambor. Siempre habían dado por sentado que Adam era un pederasta al que habían conseguido atrapar, no un agresor en serie que tuviera más víctimas. No podía dejarse llevar por su imaginación y pensar en lo que esa posibilidad podía depararle a Paisley Walker.

—Suponiendo que Adam sea el asesino —dijo—, has dicho que posiblemente ya había violado con anterioridad. ¿Crees que pudo matar a más chicas, antes que a Madison y Cheyenne?

—Ha habido menos de una veintena de casos de doble secuestro de menores en Estados Unidos desde los años setenta. Es increíblemente raro. Según las estadísticas, sabemos por el perfil de esos agresores que es más probable que tengan antecedentes penales por violaciones, secuestros y asesinatos previos.

Emmy notó que Jude adoptaba un tono académico.

—Madison y Cheyenne no fueron sus primeras víctimas.

—El secuestrador sabía lo que hacía —dijo Jude—. La decisión de llevárselas no fue improvisada. Las embaucó. Conocía sus horarios. Sabía cómo tener acceso a Cheyenne. Y a Madison.

—Y a Paisley.

—¿Buscaste casos similares en los que se usara un martillo para romper manos y pies?

—Encontré dos casos, pero las víctimas no eran menores. Una de ellas era una chica de diecinueve años de Tillar, Arkansas. La otra, una chica de veintiuno, de Hidalgo, Texas. Los huesos estaban rotos, pero no sistemáticamente, y no encontramos ninguna prueba de que Adam saliera nunca del estado.

—Si era Adam y viajaba con el propósito de cometer un crimen, sabría cómo cubrir su rastro. Apagar el teléfono, deshacerse de los recibos, usar solo efectivo. —Jude sacó su teléfono del bolso—. Voy a hablar con mi contacto en el Centro Nacional de Menores Desaparecidos y Explotados. Su base de datos es más completa que la del FBI.

—¿Cómo es posible?

—El FBI depende de que los cuerpos policiales le envíen los datos, pero la policía no tiene obligación de informar y en muchos casos no lo hace. El Centro, en cambio, se encarga de recabar los datos por su cuenta.

Emmy sintió que una gota de sudor le corría por la nuca.

—Deberíamos decírselo a Seth Alexander. A Paisley podría haberle desaparecido un objeto personal usado como trofeo.

—No. —Jude levantó la vista del teléfono—. Que esto quede entre nosotras de momento. Ni siquiera se lo digas a Cole.

—Mi hijo sabe guardar un secreto.

—Lo sé, cariño, pero a veces conocer un secreto es más difícil que guardarlo. —Jude miró hacia atrás para asegurarse de que nadie las oía—. Si encontramos los trofeos, encontraremos al asesino.

Capítulo 17

Jude estudió las conclusiones del informe de la autopsia de Madison Dalrymple. Contusiones, abrasiones, traumatismo causado por un objeto contundente, petequias, huesos fracturados, mandíbula dislocada, hioides roto. Había casi cien páginas de fotografías con descripciones que detallaban las torturas y abusos que había sufrido la niña de quince años a lo largo de varias horas antes de morir estrangulada.

Le habían roto todos los huesos de las manos y los pies con un instrumento contundente. Los golpes habían sido tan fuertes que en algunos casos se distinguía, impresa a la perfección en bajorrelieve, la cabeza de un martillo de carpintero multiusos de 454 gramos. Las fracturas se habían producido muy al principio del secuestro de la niña. La tumefacción era tan pronunciada en el momento de su muerte que la piel se había desgarrado.

El hecho de que el secuestrador hubiera mantenido a Madison con vida al menos doce horas dio que pensar a Jude. Estaba claro que tenía acceso a un lugar lo bastante seguro y aislado como para que no se oyeran los gritos de la niña. Teniendo en cuenta que el condado de Clifton era predominantemente rural, esa información no ayudaba a acotar el campo de búsqueda. De hecho, nada de lo que Jude había encontrado hasta el momento ayudaba a acotarlo.

En los secuestros de tipo predatorio, el secuestrador suele tener un único propósito: abusar sexualmente de un menor. Una vez consumado el acto, comienza a desarrollar un entramado de excusas para justificar lo que sabía que sucedería desde el principio: el asesinato de su víctima. Jude había oído a muchos depredadores exponer sus argumentos:

«No quería hacerle daño, pero podía identificarme».

«No podía permitir que un error me destrozara la vida».

«Tenía miedo de que mi madre se enterara».

«Yo no soy así; soy un buen hombre».

Tras producirse el asesinato, lo único que queda es decidir cómo deshacerse del cadáver. El agua es la alternativa óptima porque el agua borra las pruebas, pero el hecho de que el asesino de Cheyenne y Madison eligiera el estanque de Millie resultaba del todo ilógico. Henry y Jude solían pasarse casi todo el verano bañándose en sus frescas aguas. Era un lugar fantástico para tomar el sol, pero estaba completamente a la vista, en medio de la finca de casi treinta hectáreas de Millie.

Jude volvió a hojear despacio las fotografías en color. A lo largo de su carrera había visto muchas fotos parecidas, un sinfín de descripciones horrendas; aun así, nunca había encontrado un interruptor mágico que la anestesiara contra las crueldades perpetradas contra los niños.

Se quitó las gafas de cerca para descansar la vista. Ya había revisado el informe de la autopsia de Cheyenne, que era relativamente breve. Le habían pegado un tiro en la frente con una pistola de percusión anular del calibre 22. La muerte había sido instantánea. No había indicios de agresión sexual, aunque las múltiples contusiones y edemas que presentaba su cuerpo indicaban que el depredador la había golpeado de forma violenta con los puños antes de que muriera. En opinión de Jude, el hallazgo más notable, comparando las dos autopsias, era el hecho de que el asesino no le hubiera roto las manos y los pies a Cheyenne como había hecho con Madison.

Cogió el bolígrafo y anotó en su bloc que debía informarse sobre la víctima de diecinueve años de Arkansas y la de veintiuno de Texas, a las que les habían roto las manos y los pies con un martillo. Quería ver el informe de las autopsias. El uso de martillos en agresiones violentas no era infrecuente, pero la particularidad de aquellas fracturas sí lo era. Tenía la corazonada de que su contacto en el Centro Nacional de Menores Desaparecidos y Explotados encontraría más casos.

Dejó el bolígrafo. Miró la pizarra blanca colocada junto a la cabecera de la mesa de reuniones. No había ninguna pista destacable. El monitor mostraba una pantalla negra por la que rebotaba el emblema del Departamento del Sheriff del Condado de Clifton.

Llevaban casi tres horas trabajando. Cole, Virgil y Emmy seguían con la cabeza gacha, revisando cientos, quizá miles, de datos. Solo Cole estaba usando un portátil. Los demás habían abierto las cajas del sótano de Virgil. El contenido estaba ordenado en montones: fotografías impresas, declaraciones, testimonios, atestados e informes, transcripciones del juicio, memorias USB con imágenes de cámaras de seguridad y los diversos detritus que acompañaban a los casos importantes.

Cada elemento tenía estampado un sello Bates con su número y su código correspondientes para indicar que la prueba constaba en registro. Había anotaciones manuscritas sobre cada número de teléfono al que se había llamado y sobre cada pista que se había seguido. Jude reconocía ya la costumbre de Emmy de usar al azar letras mayúsculas, que habría sacado de quicio a Myrna. Gerald no solo le había enseñado a ser una buena policía. También le había inculcado la importancia de mantener los papeles en orden.

Se tomó un momento para observar el perfil de Emmy. Tenía la cabeza inclinada sobre las transcripciones del juicio «El estado de Georgia contra Adam Johnathan Huntsinger». Llevaba el uniforme impecable y el pelo recogido con esmero sobre la cabeza, aunque sus ojos seguían teniendo aquella misma mirada atormentada que Jude había visto en la funeraria. No era el cansancio, sino la ansiedad lo que parecía consumirla por dentro. Jude sabía lo que era revisar sumarios antiguos, los recuerdos que los detalles brutales de un caso podían hacer aflorar. Cuando localizabas un cadáver, sentías una especie de angustioso alivio. Habías logrado un objetivo, esa búsqueda desgarradora había terminado por fin, pero a un precio espantoso.

Esos recuerdos los llevabas contigo el resto de tu vida.

Cole sofocó un bostezo. Se levantó de la mesa y se acercó a la pequeña cocina del fondo de la sala. Jude lo siguió para estirar las

piernas. Se alegró al ver que estaba haciendo más café. Su expresión acongojada era una novedad. Seguramente había pensado que ofrecerse voluntario para releer el caso de Dale Loudermilk era una demostración de valentía. Emmy no había sacado las fotografías pornográficas de menores que Dale tenía descargadas en su portátil, pero a veces una descripción descarnada podía ser igual de perturbadora. A los fiscales les interesaba describirlas de la manera más espeluznante y repulsiva posible.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, pero, joder, qué pedazo de cabrón. —Cole empezó a echar café en el filtro—. El señor Loudermilk daba clases en mi instituto. Me alegro de que Jonah me hiciera apuntarme a la banda en vez de al coro.

A pesar de las circunstancias, Jude sonrió, porque, naturalmente, Cole había formado parte de la banda.

—¿Qué tocabas?

—La pandereta. —Su sonrisa traviesa volvió a aparecer. Estaba claro que al chico le encantaba fastidiar a su padre—. ¿Cómo es que no tienes acento sureño?

—Me sale cuando estoy enfadada, borracha o cansada.

—Sí, es verdad, lo noté cuando te enfadaste con Brett. —Cole llenó una jarra con agua del grifo—. Cuesta creer que ese tipejo trabajara en el mismo centro que Tommy y Celia y que no se dieran cuenta de lo asqueroso que era.

—Es lo que pasa con los pederastas: que no solo engatusan a sus víctimas, también engatusan a la gente de su entorno. —Jude se apartó para que llenara de agua el depósito de la cafetera—. Es una conducta de manual. Son los tipos más amables que te puedas imaginar. Te ayudan a mover un sofá o a cortar el césped o se ofrecen a llevarte a una cita con el médico. Así, cuando el menor se atreve a contar la verdad, nadie puede creerse que ese tío tan majo sea capaz de algo tan atroz.

—Su mujer siguió con él hasta que murió hace unos años. —Cole encendió la cafetera—. Incluso después de que Dale confesara como parte de su acuerdo con la fiscalía, escribió una carta al juez pidiendo clemencia para su marido.

—Seguro que Dale le dijo que solo había aceptado el trato porque no tenía elección y que todo era un enorme malentendido.

—¿Cómo lo sabes? —Cole pareció sorprendido.

—Porque es lo que hacen todos, cielo. —Jude le frotó el brazo. Le agradó que esta vez no se apartara—. Volvamos al trabajo.

Emmy levantó la vista de las actas del juicio cuando Jude regresó a la sala de reuniones. Como de costumbre, fue directa al grano:

—Dijiste que se necesitaba un cadáver para trazar un perfil exacto de un asesino. Has leído las autopsias. ¿Qué perfil crees que tiene?

—El mismo. —Jude no podía volver a sentarse. Cruzó los brazos y se quedó de pie a la cabecera de la mesa, como si estuviera dando una clase—. Un hombre blanco con un trabajo cualificado que requiere cierta especialización o formación. Tiene contacto frecuente con menores y la gente confía en él. Probablemente esté casado y tenga hijos.

—Como tapadera, ¿verdad? —dijo Cole—. Para que nadie sospeche de él.

Jude hizo un gesto afirmativo.

—Exacto.

—Ese es el problema. —Emmy se recostó en la silla—. Que Adam no es así. No tiene ninguna cualificación. Nunca se ha casado. Siempre ha estado metido en líos. Conducía por ahí con una botella abierta de Jack Daniel's, un porro en el cenicero y sin carné de conducir. Era increíblemente sospechoso. Los chavales lo llamaban el Perver porque siempre andaba rondando a alumnos de secundaria.

—Tiene razón. —Virgil miró a Jude por encima de las gafas—. Sé que esta es tu especialidad, pero, incluso si nos olvidamos de Adam Huntsinger, ese perfil no reduce mucho el número de sospechosos, y menos aún en un estado con once millones de habitantes, cerca de la mitad de ellos hombres.

—El asesino es de aquí, del condado de Clifton —afirmó Jude—. Tuvo tiempo de entablar relación con Madison y Cheyenne. Dejó sus cadáveres en un lugar muy público. Me sorprende que Millie no lo viera hundir a las chicas en el estanque. Cuando yo era pequeña, estaba siempre mirando por la ventana de la cocina para asegurarse de que nadie atajaba por su finca.

—Millie estaba fuera, como todo el mundo, buscando a las chicas —apuntó Virgil.

—Volvió a casa para tomarse las pastillas para la tensión —añadió Emmy—. Ese día me mandó casi una docena de mensajes de voz, pero no la llamé hasta que nos dimos cuenta de que Cheyenne habría cruzado su finca para llegar al camino secundario. Fue entonces cuando me dijo que a Adam lo apodaban el Perver. Tendría que haberla llamado antes.

Jude notó en su voz que se lo reprochaba a sí misma. Pasar por alto algo que tenías justo delante de las narices generaba un horrible sentimiento de culpa. Igual que perder el tiempo en una sala de reuniones llena de archivadores. Jude tenía que tomar una decisión.

—Acabaremos por no ver nada con claridad si seguimos revisando documentos —dijo—. Tenemos que cambiar de perspectiva. Dejar de ver el crimen a través de los ojos de Cheyenne y Madison y mirarlo desde la perspectiva del asesino. Quiero que empecemos de cero y que hagamos como que Adam no existe. Llamaremos al criminal el Malo. ¿Cuándo conoció el Malo a las víctimas? ¿Cómo? ¿Dónde?

—El primer teléfono de prepago de Cheyenne se activó en agosto del año anterior, así que probablemente fue entonces cuando lo conoció —contestó Virgil.

—A Madison, el doctor Carl le recetó anticonceptivos en septiembre —añadió Emmy—. Pero era Cheyenne quien se tomaba las pastillas. Encontré el blíster en el desván, encima de su armario. Empezó a tomarlas el 1 de octubre. Supongo que el Malo la conoció en el centro comercial. Es donde se reúnen los adolescentes. La engatusó sin prisas porque sabía que seguiría yendo por allí.

—¿Crees que conoció primero a Cheyenne? —preguntó Jude.

—Sí. Si el Malo era de la zona, habría sido una estupidez abordar primero a Madison. Todo el mundo sabía que Hannah era mi mejor amiga.

Jude notó de nuevo una nota de pesar en su voz.

—¿Cheyenne encaja en el perfil de víctima del Malo? ¿Padres controladores, adolescente rebelde?

—Sí —respondió Emmy—. Supongo que Madison también, pero no tanto. Paul, su padre, le tenía puesto un rastreador en el móvil. Hannah intentaba no controlarla en exceso, pero es difícil que una adolescente que intenta despegarse de sus padres no se sienta asfixiada. Luego Cheyenne llegó a Clifton y ella y Madison se volvieron uña y carne. Virgil descubrió que se llamaban y se mandaban cientos de mensajes a diario.

—No es una exageración —agregó Virgil—. Tengo aquí los registros.

Jude esperó mientras revisaba unos papeles. Vio el logotipo negro de la empresa de telefonía AT&T en la parte superior de las hojas. Debajo del sello Bates, Emmy había anotado las cifras totales a mano.

—Aquí está. —Virgil se subió las gafas para leer el papel—. El 4 de julio, hubo dieciocho llamadas entre el segundo teléfono de prepago de Cheyenne y el número de Madison. Se mandaron noventa y siete mensajes de texto. Luego, a las seis de la tarde, se interrumpe la comunicación. No se reanuda hasta las ocho, pero todas las llamadas y mensajes son de Madison. Cheyenne no responde. La última llamada que registró la torre de telefonía de North Falls es de las cinco cincuenta y ocho de la tarde. El teléfono no vuelve a aparecer. Debió de apagarlo.

—O lo apagó el Malo —dijo Jude.

—El caso es que… —Emmy se levantó de la silla. Saltaba a la vista que había recuperado energías—. Los vecinos dicen que Cheyenne salió de casa en su bici alrededor de las tres y media. Desconocemos qué estuvo haciendo durante esas dos horas y media, antes de apagar el teléfono. Nadie la vio en el pueblo. En aquel entonces no había tantas cámaras de seguridad en las calles ni en las tiendas. Y la mayoría de la gente había ido a ver los fuegos artificiales.

—Solo había una torre de telefonía móvil que diera servicio a North Falls —dijo Virgil—. Entonces los datos de geolocalización no eran tan precisos, así que no pudimos averiguar dónde estaba Cheyenne exactamente, solo que se hallaba dentro del término municipal de North Falls.

—¿Qué temperatura hacía ese día? —preguntó Jude.

—Treinta y ocho grados a la sombra —respondió Emmy—. Tienes razón, es un dato importante. Cheyenne tenía que estar en algún sitio con aire acondicionado. La biblioteca estaba cerrada. ¿El Chilly Treat, quizá?

—Interrogamos a todo el mundo —contestó Virgil—. Nadie la vio.

—¿Puede que los vecinos se equivocaran sobre la hora a la que salió de casa? —añadió Emmy—. ¿O que volviera sin que la vieran?

—Vale. —Jude notó que de nuevo estaban llegando a un callejón sin salida—. Cheyenne tenía tres teléfonos. El teléfono plegable, el primer móvil de prepago y el segundo móvil de prepago. Habladme de ellos.

Fue Emmy quien respondió:

—Celia le confiscó el primer móvil de prepago en el instituto. Mientras iba hacia su despacho, Cheyenne lo reseteó para dejarlo como estaba al salir de fábrica.

—El reseteo borró por completo la memoria —explicó Virgil—. En Quantico no consiguieron sacar nada.

—Encontramos el segundo teléfono de prepago de Cheyenne en el bolsillo trasero de su pantalón cuando recuperamos los cadáveres —continuó Emmy—. Estuvo bastante tiempo sumergido en el agua y no se pudo recuperar ningún dato. El teléfono plegable nunca lo encontramos, pero sabemos que Cheyenne grabó sus iniciales en la carcasa: C. B.

—El iPhone de Madison lo encontramos aplastado en el campo de fútbol —tomó el relevo Virgil, anticipándose a la siguiente pregunta —. El laboratorio de la OIG no pudo recuperar nada. Ninguno de los dispositivos tenía copia de seguridad en la nube. Hallamos un portátil que la madre de Cheyenne donó a la iglesia, aunque estaba completamente limpio. El ordenador de sobremesa de la familia también. Y lo mismo el portátil de Madison. Todas las huellas digitales estaban borradas, o se perdieron o no existieron nunca.

A Jude se le ocurrió una cosa.

—¿Qué tipo de teléfono plegable usaba Cheyenne?

—Un Nokia —contestó Virgil—. Antes era de Felix, su padre. Se lo dio cuando se compró un iPhone. No querían que se conectara a internet sin que ellos lo supieran.

—¿Qué modelo era? —preguntó Jude.

—Lo tengo por aquí, en alguna parte. —Virgil empezó a rebuscar entre un grueso montón de papeles—. Voy a tardar un rato en encontrarlo.

Emmy le hizo una seña a Cole para que le echara una mano.

—Vamos a centrarnos otra vez en el Malo —le pidió Jude a Emmy —. ¿Cómo fue su Cuatro de Julio? Dais por sentado que se encontró con Cheyenne en el camino secundario, ¿no?

—En teoría, sí —dijo Emmy—. Pero no sabemos si la sorprendió o si habían quedado. Encontramos su collar y rastros de sangre en el tramo de camino de detrás de la granja de Taybee.

Jude no pudo evitar reírse.

—Taybee se quedó con la granja, cómo no.

Emmy hizo una mueca de fastidio, pero no se desvió del tema.

—Si habían quedado allí, supongo que el Malo le dijo a Cheyenne que apagara el teléfono a las seis. No sabría que no podíamos geolocalizar el dispositivo desde la torre de telefonía móvil. Yo calculo que habían quedado sobre las seis y media. Iban a hacer lo que fuera que tuvieran planeado y luego Cheyenne se encontraría con Madison en el parque a las ocho, como muy tarde.

—¿Por qué habían quedado el Malo y Cheyenne?

—¿Por sexo?

—¿Una hora y media para una mamada? —tuvo que preguntar Jude.

—Quizá ella por fin iba a aceptar que hubiera penetración. —Emmy se encogió de hombros—. Cincuenta dólares por una mamada y unos cuantos cientos, o quizá incluso mil dólares, por una relación sexual completa. Cheyenne no sabría cuánto tiempo les llevaría si era su primera vez. Intentaba aparentar que era muy sofisticada, pero seguía siendo una cría.

Jude vio dolor en su expresión. Emmy había conocido a Cheyenne Baker. Lo teórico se había vuelto personal.

—Muy bien —dijo—, o sea que Cheyenne y el Malo iban a verse para mantener relaciones sexuales alrededor de las seis y media. Él tenía que recogerla en el camino. Y luego ¿qué?

Emmy se encogió de hombros, pero dijo:

—Si te refieres a cuál era el plan, es posible que Cheyenne pensara que el Malo iba a llevarla a su casa o a un motel. Seguramente lo romantizó. Él no le diría que iba a ser en el asiento trasero del Jetta.

—¿Y luego? —preguntó Jude.

—Creo que Cheyenne tenía que encontrarse con Madison en el parque a las ocho en punto. —Emmy parecía ahora más segura de la cronología—. Madison estaba muy nerviosa cuando hablé con ella entre las ocho y cuarto y las ocho y media. Luego intentó hablar conmigo otra vez alrededor de las ocho cincuenta, pero no le hice caso. Creo que estuvo esperando hasta que empezaron los fuegos artificiales, sobre las nueve, y que luego fue a buscar a Cheyenne.

Jude vio que sacaba la mandíbula al apretar los dientes. El remordimiento se reflejaba claramente en su semblante. Jude sabía que no serviría de nada intentar tranquilizarla.

—Eso deja un intervalo de cerca de dos horas y media entre el momento en que el Malo secuestró a Cheyenne en el camino secundario y el momento en que secuestró a Madison en el parque —dijo.

—Exacto. Eso nunca me ha cuadrado. —Emmy apoyó los codos en el respaldo de la silla—. Yo soy el Malo. Voy en mi Jetta. Tengo a Cheyenne y la bicicleta en el coche. Espero dos horas y media hasta que se pone el sol y luego voy a buscar a Madison al parque, pero me llevo a Cheyenne y la bicicleta.

—En los secuestros dobles —dijo Jude—, por lo general amenazan a una de las niñas para conseguir que la otra obedezca.

—Pero sabemos que el Malo tenía un arma. Un instrumento de persuasión muy eficaz. Y es evidente que disponía de un lugar apartado al que llevó a Madison, un sitio lo bastante aislado como para torturarla durante horas. —Emmy se encogió de hombros con rigidez—. ¿Por qué no llevó a Cheyenne a ese lugar, la encadenó y luego fue a buscar a Madison? Aunque no hubiera prácticamente nadie en el pueblo, era arriesgado tenerla en el coche.

—Tan arriesgado —repuso Jude— que, cuando el Malo se mete en el campo de fútbol, Cheyenne consigue escapar. Corre hacia los

árboles. El Malo le dispara en la cabeza. Va tras Madison. Las mete a las dos en el coche y se va.

—No exactamente —dijo Emmy—. Antes de marcharse, se tomó la molestia de cambiar de sitio las bicicletas. La de Madison estaba en medio del campo de fútbol. La de Cheyenne, junto a los árboles. Y, por lo que pudimos ver, la bicicleta de Madison la depositó en el suelo. La de Cheyenne, la lanzó a unos tres metros del campo de fútbol y se estrelló contra un árbol.

—Estaba enfadado con Cheyenne, pero lo suficientemente calmado como para intentar despistar a la policía. —Jude había visto el mapa de la primera escena del crimen, dibujado con meticulosidad por Emmy—. Hay que tener bastante fuerza para lanzar una bicicleta tan lejos.

—Y para nadar hasta el centro del estanque con las dos chicas encadenadas —añadió Emmy—. Arrastró los cuerpos hasta allí y luego los encadenó a un bloque de cemento con una cadena de seis metros para que flotaran como un par de cometas en el agua. Quería que se vieran.

Jude notó que Emmy apretaba los labios. Sabía lo que era tener esos recuerdos.

—No sé. —Virgil levantó la vista de los papeles—. A mí me parece que el Malo se dejó dominar por el pánico. No sabía lo que hacía. Se llevó a Cheyenne en el coche y quizá decidió sobre la marcha llevarse también a Madison.

—No —dijo Jude—. Cambió de sitio las bicicletas. Hizo una composición escénica con los cadáveres. No se dejó dominar por el pánico. Fue meticuloso.

Emmy empezó a menear la cabeza:

—Eso no cuadra con Adam Huntsinger.

Jude tuvo que darle la razón. Adam era impulsivo, incontrolable. No se habría preocupado por que lo atraparan. Se habría concentrado en huir.

—Lo encontré. —Cole se acercó al portátil y empezó a teclear. El monitor del fondo de la sala parpadeó y luego mostró lo mismo que aparecía en su pantalla—. El teléfono plegable de Cheyenne era un Nokia N93i.

Jude conocía el modelo. Era un aparato grueso, de casi dos centímetros y medio de grosor estando plegado. Cuando se abría, la parte superior basculaba para servir como visor.

Cole señaló la gruesa bisagra rectangular de la tapa.

—¿Qué es eso?

—Una cámara de vídeo de 480p —contestó Jude—. La ranura del lateral es para una tarjeta miniSD con capacidad para unos dos gigas.

Emmy se había acercado al monitor para mirar el teléfono.

—Encontré fotos eróticas pegadas al fondo de la taquilla de Cheyenne. Aparecían Madison y ella con conjuntos de lencería fina. Madison iba de blanco. Cheyenne, de negro.

—Virgen y puta. —Jude sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. No le gustaba el cariz que estaban tomando las cosas—. ¿Parecían fotos preparadas?

—Yo no lo llamaría una sesión profesional, pero desde luego se aseguraron de que no hubiera nada reconocible. Suelo de cemento sin pulir. Paredes pintadas de blanco liso. Un colchón grande sin sábanas colocado directamente sobre el suelo. —Emmy no sacó las fotos de los archivadores, seguro que porque estaba allí Cole—. Solo una de las fotografías era totalmente explícita. Cheyenne aparecía desnuda, tumbada bocarriba en el colchón con las piernas abiertas. Nos preguntamos si habría otras fotografías en las que apareciera el hombre que las había hecho.

—Lo que significaría que el Malo tenía otras motivaciones, además de las sexuales. Las chicas podían mandarlo a la cárcel. —Jude le preguntó a Virgil—: ¿No encontraste ninguna tarjeta miniSD?

Él negó con la cabeza.

—No.

—¿Se podían mandar mensajes de texto con ese cacharro? —preguntó Cole.

—Sí —respondió Jude—. Fijaos en las letras que aparecen debajo de los números. Había que pulsar las teclas de los números tres veces para seleccionar una letra.

—Hace doce años —dijo Emmy—, no se podían mandar archivos de vídeo grandes. No había wifi en todas partes, como ahora. Ese

volumen de datos habría consumido el plan mensual de telefonía de la familia. Sus padres se habrían dado cuenta.

—¿Cómo se veían los vídeos? —preguntó Cole.

—El teléfono —dijo Jude— venía con un cable que se conectaba a un televisor, o podías sacar la miniSD y meterla en un adaptador conectado a tu ordenador.

—¿Por qué sabes tanto sobre este teléfono? —quiso saber Emmy.

—Porque a los pedófilos les encantaba. En aquel entonces, hasta las videocámaras más pequeñas eran voluminosas y difíciles de esconder. Era el teléfono que tenía mejor calidad de vídeo y sonido del mercado. Podías metértelo en el bolsillo e irte al parque.

—Joder —murmuró Cole.

—El teléfono fue de Felix Baker antes que de Cheyenne —comentó Virgil.

—Felix tenía una coartada sólida. —Emmy deslizó una memoria USB por la mesa. La etiqueta tenía su letra, muy apretada—. Aquí hay imágenes de Felix entrando y saliendo de la fábrica a las horas que nos dijo, y de su coche en el aparcamiento. Además, había cámaras en la parte de la oficina donde trabajaba que lo mostraban en su mesa de dibujo, y los escáneres de matrículas de la carretera lo captaron yendo hacia el río.

—¿Captaron algún otro coche que pareciera sospechoso? —preguntó Jude.

—No. —Virgil cogió otro grueso montón de papeles y lo dejó caer sobre la mesa—. Nuestro sistema no era compatible con el de la Patrulla de Carreteras de Georgia. Tuvimos que revisar todo esto línea por línea. El Jetta no apareció por ningún lado. Y aunque no lo hayas preguntado, tampoco había ningún número de teléfono sospechoso en los datos brutos de la torre de telefonía móvil. Me encargué personalmente de rastrear todos los números que no eran de por aquí.

—¿Y otros Jettas? —Jude vio que se miraban—. ¿Qué pasa?

—En aquella época —contestó Virgil—, la fábrica se encargaba de producir el tren de transmisión del Jetta. Todo el mundo tenía uno.

—Vale. —Jude era siempre partidaria de enunciar lo obvio en voz alta—. Todos pensamos que Cheyenne tenía un vídeo en el Nokia en

el que aparecía el Malo, ¿verdad?

Asintieron.

—Y que probablemente le estaba chantajeando, ¿verdad?

Solo Emmy y Cole asintieron.

—El chantaje es algo bastante sofisticado —dijo Virgil—. Ella solo tenía quince años.

Emmy pareció a punto de echarse a reír.

—Cuando tenía ocho años, pillé a Tommy birlándole un cigarrillo al tío Penley y durante los cuatro años siguientes estuve chantajeándole para que me comprara golosinas.

Virgil levantó las manos, dándose por vencido.

—Vale. —Jude se acercó a la pizarra blanca. Fue enunciando los datos más relevantes mientras escribía—. Cheyenne quedó con el Malo en el camino secundario a las seis y media. Se suponía que iba a cambiarle el Nokia con la miniSD por dinero. Luego tenía que encontrarse con Madison en el parque a las ocho. Madison estaba nerviosa porque conocía el plan, lo que indica que sabía que era peligroso hasta cierto punto.

—Cheyenne tenía dieciséis mil dólares en su armario —retomó el hilo de la narración Emmy—. Estaba ahorrando para irse del pueblo con Madison. Hacía mamadas a cambio de dinero. Vendía drogas. La hija de Taybee, Kaitlynn, la oyó hablar con Madison sobre un hombre mayor con el que se veía. Cheyenne bromeó con que ojalá tuviera el pene tan grande como la cartera. Si el contenido del vídeo era muy incriminatorio, dudo que estemos hablando de mil dólares. Debió de pedirle muchísimo más. Lo suficiente para poder irse del pueblo.

Jude sintió que una pieza del rompecabezas encajaba por fin.

—Eso puede explicar el lapso de dos horas y media entre los dos secuestros. Cheyenne era inteligente. Puede que intentara cubrirse las espaldas. Pongamos que se llevó el Nokia para dárselo al Malo, pero no la tarjeta miniSD. El Malo se pondría furioso. Sabemos por el informe de la autopsia que le dio una paliza a Cheyenne antes de matarla.

—Aguantó dos horas y media antes de decirle al Malo dónde estaba Madison —continuó Emmy.

Se quedaron callados mientras asimilaban los pormenores de lo que había sucedido en realidad esa noche.

Emmy carraspeó.

—Las chicas se la jugaron con él. Pensaban que controlaban la situación, que ellas movían los hilos, pero el Malo tuvo siempre las riendas.

—Continúa —le dijo Jude.

—Descubrió que a Cheyenne le habían confiscado el primer móvil de prepago en el instituto. Ella le aseguró que había reseteado el dispositivo antes de entregárselo a Celia. Él quería la tarjeta SIM para que no pudiera llevarnos hasta él. Madison la cortó, pero no se la dio. La dejó en su taquilla en vez de tirarla o entregársela al Malo.

—¿Por qué? —preguntó Jude.

—Por fastidiarle o provocarle, o porque era una boba, una niña que no entendía lo peligroso que era lo que se traían entre manos. —El encogimiento de hombros de Emmy desmentía sus palabras—. Por la misma razón por la que Cheyenne no fue a recoger el teléfono confiscado, aunque podía hacerlo. Sencillamente, se compró otro de prepago. El Malo, en cambio, sabía lo que estaba en juego. Podían atraparlo. Su vida se acabaría, perdería la libertad. Las chicas solo pensaban en las cosas que podían ganar. Nunca se pararon a pensar en lo que el Malo tenía que perder.

Jude sintió que otra pieza del rompecabezas encajaba en su sitio.

—Aquí hay otro componente en juego. Los pederastas buscan a niñas porque son más fáciles de manipular. No saben manejarse con una mujer adulta. El asesino de Cheyenne y Madison tuvo que enfurecerse porque intentaran arrebatarle el poder. Las chicas no entendieron que aquel juego podía ser mortal.

Emmy desplegó sobre la mesa media docena de fotografías. Jude reconoció el camino por la valla blanca que delimitaba la finca de Taybee.

—La primera escena del crimen de Cheyenne —comenzó a explicar Emmy—. Según el análisis de la OIG, el Malo siguió a Cheyenne en su coche por este tramo del camino. Encontraron huellas de ruedas de bicicleta en zigzag. Cheyenne debió de intentar esquivarlo. Él no iba rápido, pero golpeó la rueda trasera de la

bicicleta con fuerza suficiente para doblar la llanta y romper los radios. Cheyenne perdió el control del manillar y cayó a la zanja, aquí. Como veis, había bastante sangre.

Jude observó las salpicaduras de sangre de la fotografía. Cheyenne había caído tan violentamente que había esparcido la grava.

—El Malo sabía que iba a matarla. Si atropellas a una niña en bicicleta, ya no hay marcha atrás. No pensaba dejar testigos.

—Si no la mató de inmediato —dijo Emmy—, fue solo porque se dio cuenta de que la miniSD no estaba en el Nokia.

—En el caso de Cheyenne, el móvil del crimen fue transaccional, no sexual —señaló Jude—. Al contrario que con Madison. A Madison la llevó a un lugar apartado para regodearse con ella. La torturó durante horas. Llevó a la práctica sus fantasías.

Emmy buscó una foto escolar de cada chica. A diferencia de lo que había hecho con las fotografías anteriores, las colocó cuidadosamente sobre la mesa.

—Madison todavía conservaba esa redondez infantil. Parecía una niña. Cheyenne parecía una mujer joven.

Un silencio respetuoso se extendió por la habitación. Necesitaban un momento para asimilar la brutalidad de los asesinatos. La cara de Madison era casi angelical. Tenía una paleta torcida. El pelo largo y rubio le llegaba por debajo de los hombros. Cheyenne tenía el cabello oscuro y más corto, desigual y alborotado. Llevaba más maquillaje y ponía morritos en la foto. Se esforzaba mucho por parecer mayor, por vivir una vida que le habían arrebatado.

—Madison —Jude respiró hondo— estuvo retenida en un lugar aislado al menos doce horas. El Malo podría haberla retenido más tiempo. ¿Por qué no lo hizo?

—Después de que Millie me dijera que Adam Huntsinger era el Perver —contestó Emmy—, enseguida se corrió la noticia de que lo estábamos buscando. Papá y yo fuimos directamente a casa de sus padres. La policía local de Clayville vio su camioneta aparcada delante del Hang Out. Papá y Virgil fueron a buscarlo. Hannah me llamó unos cinco minutos después de que se fueran. Si ella lo sabía ya, lo sabía todo el mundo.

—¿Cuánto tiempo llevaba Adam en el bar? —le preguntó Jude a Virgil.

Él se encogió de hombros, pero dijo:

—Tu tío Penley calculaba que una hora más o menos.

—No es Adam. —Emmy parecía completamente segura—. Todo lo que hemos señalado hasta ahora apunta a que se trata de un controlador obsesivo con capacidad para pensar estratégicamente. El secuestro y el asesinato de Cheyenne y Madison estuvieron bien planeados y ejecutados. Adam Huntsinger es impulsivo y estúpido. Sus antecedentes están llenos de delitos característicos de una persona poco inteligente: consumir alcohol en lugares públicos, conducir borracho, infracciones de tráfico… La mitad de las veces ni siquiera se acordaba de llevar encima el carné de conducir. Es imposible que hiciera esto.

—En este momento no sabemos nada con certeza —dijo Jude—. Tenemos que mantener la mente abierta.

Emmy volvió a negar con la cabeza. Parecía conmocionada.

—Nos equivocamos.

—Vamos a buscar alternativas. —Jude volvió a la pizarra. Escribió el nombre de Adam en la parte de arriba—. Todos conocemos las pruebas contra Adam. ¿Qué otros hombres del entorno de Cheyenne y Madison fueron sospechosos durante la investigación?

Virgil tomó el relevo al ver que Emmy no respondía:

—Felix Baker, el padre de Cheyenne. Paul Dalrymple, el de Madison. Dale Loudermilk era el profesor de coro de las dos. Wesley Woodrow vendía drogas y es posible que sus intereses entraran en conflicto. Carl Whitlock era el médico de Madison.

—Hemos descartado a Felix, pero aun así lo añado. —Jude escribió los nombres debajo del de Adam y luego añadió al padre Nate—. La familia de Cheyenne era católica, ¿verdad?

Emmy empezó a animarse. Hojeó un montón de carpetas.

—A Nate ya lo descartamos. Estaba en Smyrna, en una reunión con el arzobispo de Atlanta. Fui hasta allí para hablar con él en persona. Aquí hay una foto de ese día.

Jude miró la fotografía. Nate aparecía de pie junto a un grupo de hombres como él, blancos y gordos, con traje elegante. Todos

posaban levantando el pulgar.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Smyrna en coche desde North Falls? ¿Tres horas?

—Más o menos —contestó Virgil—. Nate estuvo allí todo el día. La Patrulla de Carreteras captó su Cadillac con los escáneres y las cámaras de tráfico.

Jude tuvo que reconocer que estaba impresionada. Gerald conocía a Nate desde hacía décadas y aun así había seguido la pista hasta el final.

—¿Y Paul?

—Estaba con Hannah —respondió Emmy—. Lo vi de vez en cuando en el parque, a lo largo del día. Y Brett Temple también. Paul estaba borracho cuando empezaron los fuegos artificiales.

—El doctor Carl estuvo con su hijo, Jack Whitlock, toda la noche —añadió Virgil—. Son la coartada el uno del otro. Revisé el historial de navegación del ordenador de Jack. Estuvo conectado a internet toda la tarde, menos los cuarenta y cinco minutos que estuvo con su padre en el jardín viendo los fuegos artificiales.

Jude se acordaba de Carl. Era amigo de Tommy.

—¿Y Walton Huntsinger? Es el dentista del pueblo. Cuando yo era pequeña, íbamos todos a su clínica. ¿Cheyenne o Madison eran pacientes suyas?

—Le hizo un empaste de urgencia a Cheyenne cuando vinieron a vivir a Clifton, pero Walton estaba de viaje el 4 de julio. —Emmy abrió otra carpeta. Deslizó una fotografía por la mesa—. Esto es un selfi que imprimimos de su teléfono que demuestra que no estaba cerca de North Falls cuando secuestraron a las chicas. Colabora con una asociación llamada Brigada Dental. Estuvieron tres días pasando consulta en el Auditorio de la Legión Estadounidense en Bridgeport, Virginia Occidental. Walton alquiló un coche porque la transmisión de su Jetta fallaba. Por eso Adam tuvo acceso al coche.

Jude miró la fotografía de Walton Huntsinger de pie frente a un edificio de piedra. Reconoció al instante su cara arrugada. La misma sonrisa afable. Los mismos ojos entornados. El mismo cabello negro azabache.

—A esa familia le encanta teñirse el pelo.

—Ya era bastante mayor por aquel entonces —comentó Cole—. Seguramente ahora tiene un pie en la tumba.

—Cole —lo regañó Emmy—. Walton solo es unos años mayor que Virgil.

—Yo no tengo un pie en la tumba, hijo. —Virgil le lanzó una mirada malhumorada antes de buscar una copia amarillenta de una factura por el alquiler de un coche. Se la pasó a Jude—. La oficina de Hertz en Verona verificó que Walton alquiló un vehículo el 2 de julio y lo devolvió más o menos media hora antes de que Emmy y Gerald lo encontraran en su casa.

—Aún tenía la maleta en el recibidor —añadió Emmy—. Estaba en la ducha cuando mi padre llamó a la puerta.

—Muy bien. —Jude pasó al siguiente nombre—. ¿Qué hay de Woody?

Virgil volvió a tomar la palabra.

—Estaba en el lago Allatoona con la familia de su padre. Se metieron en una pelea con otro grupo. Acudió la policía. Un par de personas acabaron en el hospital. Se armó un buen follón. Una forma muy patriótica de celebrar el Cuatro de Julio.

Emmy puso otra foto delante de Jude.

—La foto policial de la detención de Woody.

Jude no pudo apartar la vista del rostro del adolescente. Tenía una sonrisa desagradable. Sus ojillos brillantes miraban con fijeza a la cámara. Vio que tenía tatuajes en el pecho desnudo y una herida reciente en la frente. Su cara le resultaba extrañamente familiar. Sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—¿Woody es pariente de Bubba Rawley? —preguntó.

—Sí —contestó Virgil—. Es su nieto. Tanya lo abandonó. Lo crio su abuela. Ella murió hace unos años. Fentanilo.

Jude se obligó a apartar la mirada de la foto.

—¿De qué se le acusó el 4 de julio?

—¿Originalmente? De embriaguez y alteración del orden público, más agresión —dijo Virgil—. Su abogado consiguió que lo rebajaran a alteración del orden público.

Emmy tocó una de las memorias USB.

—Aquí están las imágenes del interrogatorio. Está ahí sentado, sin inmutarse, y se niega a responder a ninguna pregunta hasta que lo dejan por imposible.

—Por lo visto, ha salido a su abuelo. —Solo quedaba un nombre en la pizarra. Jude dijo—: Dale Loudermilk. ¿Cuál era su coartada?

—No tenía —respondió Emmy—. Estuvo solo en casa esa semana. Su mujer estaba de visita en casa de su hermana, en Carrolton. Dale tenía dos días libres en el polideportivo. Sus vecinos estaban viendo los fuegos artificiales. Nadie lo vio hasta las cinco y media de la mañana del 5 de julio, cuando un vecino lo vio lavando el coche delante de su casa.

Jude se acordó de un detalle del pódcast.

—¿Qué te hizo seguir a Dale por el pasillo del instituto aquel día?

Emmy no buscó una fotografía ni cogió una memoria USB. Se acercó al portátil que había estado usando Cole. Hizo clic en varias carpetas hasta que encontró lo que buscaba. Jude miró el monitor. Un pasillo de instituto llenó la pantalla. Los colores eran desvaídos, las taquillas azules parecían fundirse con el suelo de color marrón. Dos de las taquillas estaban abiertas, separadas entre sí por varias taquillas más.

—Estaba con Celia en su despacho cuando vimos a Dale por uno de los monitores del circuito interno —explicó—. Él no sabía que habían arreglado la cámara del pasillo un par de días antes. La taquilla abierta es la de Cheyenne. Las fotos de ella y Madison en sujetador y bragas estaban pegadas al fondo.

Jude vio a Dale Loudermilk aparecer en la pantalla. Había visto la foto de su ficha policial, pero, en tres dimensiones, era tal y como se lo imaginaba: perfectamente normal, como un profesor cualquiera de un instituto cualquiera de Estados Unidos. Pantalones cortos marrón claro. Camiseta verde del polideportivo. Bigote tupido. Iba andando por el pasillo, pero se detenía delante de la taquilla de Cheyenne. Pasaban varios segundos mientras miraba las fotos de dentro. Luego giraba la cabeza a izquierda y derecha. Y metía la mano dentro.

—Esa es la foto en que Cheyenne aparece desnuda, exhibiéndose —dijo Emmy—. La dejé bocabajo dentro de la taquilla.

Jude mantuvo la vista fija en Dale. Miraba fijamente la obscena fotografía. Aunque estaba de perfil, Jude no vio ninguna emoción en su rostro. Pasaron los segundos, casi medio minuto antes de que devolviera la foto a la taquilla y se alejara.

—Monté las imágenes para seguirlo hasta el auditorio —dijo Emmy.

Jude vio avanzar a Dale por el largo pasillo. No dejaba de mover las manos dentro de los bolsillos. Estaba distraído, no se daba cuenta de que Emmy lo seguía unos metros más atrás. Miraba un momento a derecha e izquierda antes de abrir la puerta del auditorio. En otro ángulo, aparecía cruzando el salón de actos y acercándose a otra puerta doble. Segundos después, Emmy pasaba corriendo y alcanzaba la puerta antes de que se cerrara.

Emmy detuvo el vídeo.

—No había cámaras detrás del escenario.

Jude parecía admirada.

—No te enfrentaste a él, sino que lo seguiste. Eso demuestra mucho instinto.

—Bueno —Emmy se encogió de hombros—, quizá no. Ahora mismo, Dale parece mucho más sospechoso que Adam Huntsinger.

Cole formuló la pregunta obvia:

—¿Por qué no pensasteis que Dale era el asesino?

Emmy enumeró los motivos:

—En su portátil no había ninguna foto de Cheyenne y Madison. Las dos tenían quince años. Todas las niñas de la colección de Dale tenían entre nueve y once. Pasamos horas y horas revisando las imágenes de las cámaras de seguridad del instituto para ver si aparecía Dale comportándose de manera inapropiada con Madison o Cheyenne. No encontramos nada que lo vinculara con ellas. Interrogamos a fondo a todos los profesores y los alumnos que tenían alguna relación, aunque fuera de pasada, con las chicas. Hablamos con gente del polideportivo y del centro comercial. Y cuando Dale las llevaba a casa después del ensayo del coro, las horas cuadraban. El ensayo terminaba a las cinco y las chicas llegaban a casa diez minutos después. Tanto Hannah como Ruth lo

corroboraron en el juicio de Adam. No había ni un sola prueba que permitiera imputarlo.

—Y era más lógico que fuera Adam —añadió Virgil—. Ya sabéis los motivos, pero yo sigo apostando por él. Por si sirve de algo.

Jude seguía sin estar segura. Volvió a mirar los nombres de la pizarra. Había estado fuera décadas y conocía superficialmente al menos a cuatro de aquellos hombres.

—¿Sabemos si algunos de los hombres de la lista se conocían entre sí?

—Bueno… —Emmy se encogió de hombros—. La mayoría son gente de North Falls. Puede que se conocieran de pasada. Solo los investigamos en relación con las chicas.

—¿Se llamaron alguna vez por teléfono? —le preguntó Jude a Virgil.

Él se quedó callado un momento, como si necesitara asimilar la pregunta.

—Solo teníamos motivos legales para pedir una orden judicial contra Adam y Dale, y no hay constancia de que se comunicaran.

—¿El móvil de Adam estaba incluido en el contrato de sus padres? —quiso saber Jude.

Virgil hizo otra pausa. No estaba acostumbrado a pasar por alto pequeños detalles.

—Sí, tengo copia de todos los registros de llamadas de la familia desde seis meses antes. El teléfono fijo, además de los móviles de Walton y Alma. Los tengo en una caja, en el sótano. No pensé que fuéramos a necesitarlos.

—Espera. —Emmy levantó las manos como si necesitara parar todo aquello. Le preguntó a Jude—: ¿Crees que Adam estaba usando los teléfonos de sus padres para comunicarse con un cómplice?

—No es muy común que haya cómplices en secuestros en serie, pero tampoco es raro. Por lo general, se trata de un hombre y una mujer atrapados en una especie de *folie à deux,* pero, cuando son dos hombres, los crímenes pueden ser extraordinariamente brutales. Leopold y Loeb. Los Asesinos de la Caja de Herramientas. Los Estranguladores de la Colina.

Emmy pareció impresionada.

—Si Adam tenía un cómplice, puede que esa persona se haya llevado a Paisley.

—No nos precipitemos —dijo Jude—. Esto son solo teorías. No tenemos nada concreto.

—Puedo llamar a la cárcel, a ver si conseguimos los registros de visitas de Adam —se ofreció Virgil.

—Llama desde el despacho de mi padre —le dijo Emmy—. Que no te oiga nadie.

—Pide una lista de todos los guardias de su módulo —añadió Jude— y de cualquier preso que hiciera el servicio de reparto de comidas y correo o llevara el carrito de la biblioteca. Que te manden escaneados sus correos electrónicos y cualquier otra correspondencia.

—Espera. —Emmy detuvo a Virgil en la puerta—. Llama también a la prisión estatal de Dooley. Quiero saber quién ha tenido contacto con Dale Loudermilk. Pide las mismas cosas, además de sus compras en el economato. A ver si alguien de fuera le está haciendo la estancia en la cárcel un poco más agradable.

—A Dale le pillasteis in fraganti con esas fotos porno —dijo Jude—. Sabía que iba a cumplir una condena larga. Si de verdad tenía un cómplice, no habrá vendido barato su silencio.

—Entendido. —Virgil hizo un saludo militar al salir.

Jude volvió a mirar la pizarra. Notaba en los huesos que se estaban acercando. Releyó los nombres. Había intentado con todas sus fuerzas que su horrible experiencia con Adam no empañara su visión de los hechos, pero su nombre estaba el primero de la lista por un buen motivo. Recordó que Emmy había dicho que muchas de las pruebas contra él eran solo circunstanciales. No había ninguna coincidencia exacta. La existencia de un cómplice podía explicar las disparidades.

—¿Qué tipo de coche conducía Dale? —le preguntó a Cole.

—Una camioneta. Una Ford F-150 blanca. Con seis años de antigüedad.

Emmy se acercó al portátil.

—El coche que estaba aspirando y limpiando con una solución de lejía a las cinco y media de la mañana era un Audi A4 negro de tres años que pertenecía a su esposa, Esther.

Jude volvió a mirar el monitor mientras Emmy iba pasando las imágenes: diferentes ángulos del maletero, los parachoques trasero y delantero, varias fotografías del interior, los asientos, el suelo, el volante y la consola, otra fotografía de cerca del borde de la puerta del maletero con la pintura desconchada.

—Dale nos dijo que se desconchó la pintura cuando llevó el cortacésped a reparar —explicó Emmy.

—¿Metió un cortacésped en el Audi y no en la camioneta? —preguntó Jude.

Emmy asintió con la cabeza, reconociendo que era una excusa muy inverosímil.

—Limpió el coche a conciencia. No había ninguna transferencia de pintura del objeto con el que impactó la puerta del maletero al cerrarse. Tampoco encontramos marcas en el parachoques delantero izquierdo. Evidentemente, debido a la lejía no se hallaron restos de sangre ni de otros fluidos corporales. En aquel momento, supusimos que Dale limpió el coche porque no quería que descubriéramos que algunas veces llevaba a Madison y a Cheyenne a casa desde el instituto.

—Recuperaron una lona de plástico cuando dragaron el estanque, ¿verdad? —preguntó Jude.

—Sí —contestó Emmy—. Lo bastante grande como para forrar el maletero, pero no había rastros materiales en el plástico.

Cole se aclaró la garganta.

—¿Y los números de la pegatina?

Jude no entendió a qué se refería.

—A ver.

Cole seleccionó en el portátil una foto del interior del Audi. El volante apareció en el centro de la imagen. Amplió la esquina superior izquierda del parabrisas. Había una pequeña pegatina cuadrada con el logotipo del taller Speedy Go. Debajo del logotipo aparecían la fecha y el kilometraje del siguiente cambio de aceite.

—En esos coches de gama alta —dijo Cole—, el aceite se cambia cada dieciséis mil kilómetros o cada doce meses, lo que ocurra primero. Según la pegatina, el cambio de aceite tocaba el 2 de julio del año siguiente, o sea, que le cambiaron el aceite al coche dos días antes de que Madison y Cheyenne fueran secuestradas.

—Eso cuadra —comentó Emmy—. La hermana de Esther estuvo en Florida la semana anterior. Pasó a recogerla de camino a Carrolton. Dale llevó su coche al taller para que le cambiaran el aceite mientras ella estaba de viaje.

Jude buscó sus gafas. Se acercó al monitor para ver los números. Su instinto le decía que Cole había dado con algo interesante.

—Continúa —dijo.

Él se acercó a la pizarra y empezó a escribir.

—Según la pegatina, tocaba el siguiente cambio de aceite cuando el cuentakilómetros llegara a 26526, ¿verdad? O sea que, si le restamos dieciséis mil a esa cifra, tenemos que dos días antes de que secuestraran a Cheyenne y Madison el cuentakilómetros marcaba 10526, ¿no?

—Mierda. —Emmy acercó los dedos al ratón del portátil para mostrar la consola, detrás del volante—. El cuentakilómetros marca 11543.

Cole trazó una raya debajo de la cifra para resolver el problema.

—O sea…

—1017 —dijo Jude—. En dos días, Dale hizo algo más de mil kilómetros con el Audi.

—Si fue un viaje de ida y vuelta —dijo Cole—, serían quinientos kilómetros en cada sentido.

—Dale no dijo en ningún momento que hubiera salido de viaje —añadió Emmy.

—Pero Walton sí —repuso Jude.

Emmy ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Bridgeport, Virginia, está a 2250 kilómetros, ida y vuelta, de North Falls. Virgil comprobó los datos del cuentakilómetros de la factura del coche de alquiler. Y luego, para asegurarnos, pedí a Seguridad Nacional que comprobara la lista de pasajeros de todos los vuelos del país en esas fechas para ver si en alguno aparecía el

nombre de Walton Hubert Huntsinger. No aparecía. Y además está esto…

Jude volvió a mirar el monitor. Emmy utilizó Google Earth para buscar el edificio de la Legión Estadounidense en Bridgeport, Virginia Occidental. Hizo clic para ampliar la vista de la calle.

—Este es el edificio que aparece detrás de Walton en el selfi de su teléfono —dijo—. Y los metadatos del archivo .jpeg dan la misma ubicación. No hay duda de que estaba en Virginia Occidental.

—Vale. —Jude se quitó las gafas y le preguntó—: ¿Qué te dice tu instinto?

—Que Dale y Adam eran cómplices.

—¿En qué te basas?

Emmy levantó la mano y fue enumerando los motivos:

—Sabemos que Adam tenía contacto con ambas chicas. Lo vieron fumando marihuana con Madison. Esta mañana ha reconocido delante de ti que mantuvo relaciones sexuales con Cheyenne. Sabemos que alguien estaba produciendo pornografía infantil. Sabemos que Cheyenne tenía fotografías pornográficas de sí misma en su taquilla. Sabemos que Dale coleccionaba pornografía infantil. Sabemos que miró la foto de Cheyenne sin inmutarse. Y sabemos que limpió a conciencia el Audi de su esposa a las cinco y media de la mañana, como un psicópata.

—Tu argumentación es persuasiva, pero no concluyente —dijo Jude—. Tenemos que averiguar adónde fue Dale en el Audi.

—Esther ha fallecido, así que no podemos preguntárselo, y su hermana, la de Carrolton, se niega a hablar con nosotros. Dice que lo pasado pasado está. —Emmy miró los cálculos de la pizarra—. Eso son unas diez horas de viaje, ida y vuelta. A Madison la retuvieron en algún lugar doce horas, como mínimo. Pero ¿por qué iba a llevarla Dale tan lejos para luego traerla de vuelta, encadenar su cuerpo al de Cheyenne y dejarlas a las dos en el estanque de Millie?

El mal presentimiento que Jude había tenido un rato antes volvió a aflorar con fuerza.

—Puede que se la llevara a alguien. A un cliente, quizá.

—¿Quieres decir que pudo venderla? —preguntó Cole.

—Tal vez —contestó Jude—. Eso explicaría las fotos de la taquilla de Cheyenne. Seguramente engañaron a las chicas para que posaran. No tendrían ni idea de que las estaban ofreciendo para traficar con ellas.

Emmy se tapó la boca con las manos. Evidentemente, estaba pensando en las últimas doce horas de vida de Madison. Entró en la cocinita antes de que Cole pudiera ver las lágrimas que le corrían por la cara.

Jude comprendió que no debía ir tras ella.

—¿Sabes calcular distancias de viaje desde un punto central? —le preguntó a Cole.

—¿Quieres decir que si puedo decirte todas las poblaciones situadas en un radio de quinientos kilómetros partiendo de North Falls? Sí, claro. —Cole se sentó frente al portátil—. Mapas y errores, ¿verdad?

—Puede ser. —A Jude le costaba no contagiarse de su entusiasmo. Igual que le costaba no acordarse de las muchas veces que había estado en una situación parecida—. Paso a paso, cariño. Esto sigue siendo un maratón, no un esprint.

El teléfono de Emmy vibró sobre la mesa.

Jude leyó lo que decía el identificador de llamadas: «Comisaría Co. Clifton».

Emmy volvió a la sala de reuniones. Tenía los ojos secos cuando tocó la pantalla para responder.

—Marla, tengo puesto el altavoz.

—Jefa. —Aquella palabra sonó llena de ansiedad—. Adam Huntsinger ha llamado al 911. Exige hablar con usted.

Emmy frunció el ceño.

—¿Brett sigue vigilándolo?

—Sí. La última vez que ha llamado, hace cinco minutos, estaba delante de la casa de Huntsinger. Según el GPS, su coche patrulla está aparcado a cincuenta metros de la entrada.

—Llama a Brett y pásame a Adam.

—Enseguida, jefa.

Se oyó una serie de suaves pitidos a través del altavoz del teléfono y, a continuación, el sonido rasposo de una respiración

agitada.

El pecho de Emmy subió y bajó cuando exhaló un rápido suspiro.

—Señor Huntsinger, soy la jefa Clifton. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Puedes irte a tomar por culo —siseó Adam. Se le trababa la lengua. Estaba claro que había seguido bebiendo después de que Jude se marchara del bar—. Joder, tía, ¿se puede saber qué te he hecho yo?

Emmy respiró hondo otra vez.

—Señor Huntsinger…

—¡He encontrado lo que tu puta hermana escondió en mi camioneta! —gritó—. Esta vez no me vais a hundir. Yo no tengo nada que ver con esa zorrita que ha desaparecido.

Emmy miró a Jude, que solo pudo negar con un gesto. Cole hizo lo mismo. No sabían de qué estaba hablando Adam.

—Señor Huntsinger —dijo Emmy procurando que su voz no se alterase—, necesito que se calme y me diga qué es lo que ha encontrado en su camioneta.

—¡Cálmate tú, joder! Estoy harto de hablar. —Adam no colgó, pero Jude oyó un sonido que conocía bien: le estaba dando un trago a una botella—. Voy a decirte otra cosa, zorra. O le dices a ese puto poli que se largue de mi calle o te juro por Dios que cojo la escopeta y le vuelo la cabeza.

Capítulo 18

Emmy cogió a toda velocidad la salida hacia Elsinore Meadows. Había encendido las luces azules para despejar el camino de coches, pero llevaba la sirena apagada para no alertar de su llegada. Lo único que oía por encima del rugido del motor era el latido de su propia sangre en los oídos. Agarraba con fuerza el volante. Sudaba a chorros bajo el chaleco antibalas. Mientras recorría el largo tramo de carretera, intentó no pensar que la mañana anterior había hecho ese mismo trayecto con Cole en el asiento trasero y Gerald a su lado. El temor dominaba entonces sus pensamientos. La desaparición de Paisley Walker. Una turba de justicieros pidiendo sangre a gritos. No sabía aún que su vida estaba a punto de dar un vuelco.

Esta vez había dejado a Cole en comisaría. Él se había resistido, pero su hijo sabía cumplir una orden. Emmy había alegado que necesitaba que siguiera trabajando con Jude, aunque lo cierto era que la aterraba la idea de ir con Cole a enfrentarse a un delincuente armado que no tenía nada que perder. Ya había perdido a sus padres. Si perdía a su hijo, su mundo dejaría de existir.

Vio más adelante una fila de todoterrenos negros con distintivos policiales, aparcados en el arcén. Rick Tuttle estaba parado en medio de la calle, con los musculosos brazos cruzados sobre el abultado chaleco policial. El jefe de la policía local de Verona medía un metro noventa y tenía la complexión de un defensa de fútbol americano, aunque no pisaba un campo de fútbol desde que ambos iban al instituto. Lo rodeaban seis hombres igual de imponentes. Llevaban uniforme de camuflaje, botas de combate y suficiente equipación en el chaleco como para montar una pequeña guerra. A su lado, Brett parecía un niño jugando a policías y ladrones.

Emmy aparcó detrás del último todoterreno. Se bajó de un salto del coche. Se ciñó las correas del chaleco mientras caminaba. La tensión se mascaba en el ambiente. En el cielo, las nubes se habían vuelto grises. Venía lluvia del golfo. Concentró sus pensamientos en Adam Huntsinger. Si la teoría que habían esbozado en la sala de reuniones era correcta, tenía un cómplice en libertad. Y ese hombre podía estar violando y torturando a Paisley Walker en esos momentos. Aún cabía la posibilidad de que la encontraran con vida.

—Jefa. —Brett corrió a su encuentro. Ahora sí estaba despierto—. Vi a Adam dentro de la casa hace diez minutos. Estaba cerrando todas las cortinas. Tenía la escopeta recortada en la mano. No había rastro de sus padres, pero el coche de Walton estaba en la entrada cuando llegó Adam.

—Hay que dar por descontado que su madre también está dentro. Hace años que Alma no conduce. —Habían llegado junto al grupo de hombres. Emmy le dijo a Rick—: Gracias por venir. Mi gente todavía está buscando a Paisley Walker.

—No hay de qué. Estamos encantados de ayudar.

Sus gafas de espejo reflejaban la carretera detrás de ella. Emmy se obligó a no pensar en Cole corriendo por la calle con el chaleco suelto.

—¿Cuál es la situación? —preguntó.

—Los SWAT vienen de Ocmulgee —contestó Rick—. Están a veinte minutos.

Emmy no iba a esperar a los SWAT.

—Walton y Alma, los padres de Adam, se encuentran en casa. Tienen cerca de ochenta años. Alma está completamente ciega. Adam tiene una escopeta. Ya ha amenazado con disparar a mi ayudante. Lleva bebiendo todo el día.

—Por eso estamos esperando a los SWAT. No pienso perder a ninguno de mis chicos por un pederasta y dos ancianos.

Emmy apretó los dientes. Tuvo que estirar el cuello para mirar a los seis fornidos agentes que la rodeaban. Iban armados hasta los dientes, disfrazados todos ellos de tipos duros.

—Vale. —Se volvió hacia Brett—: Vamos.

—¿Adónde?

—A hacer nuestro puto trabajo.

Echó a correr hacia la casa. Miró un momento la mancha oscura que había en el asfalto, en el lugar donde había caído Gerald. La sensación de desgarro, de vacío repentino, amenazaba con volver. Sabía con cada fibra de su ser lo que su padre querría que hiciera en ese momento. El equipo SWAT de Verona no solo tenía el gatillo fácil. Se enorgullecía de no hacer prisioneros. Había muchas cosas de las que no estaba segura, pero tenía la certeza de que Adam Huntsinger no podría hablar si estaba muerto.

—Jefa —Brett se acercó a ella corriendo—, ¿cuál es el plan?

Emmy respiró hondo. Estaba demasiado ansiosa para sentirse aliviada.

—Tú ve por detrás. Hay dos salidas: una por la cocina y otra por el porche trasero. Si Adam sale por cualquiera de ellas, defiéndete, pero intenta no dispararle si no es absolutamente necesario. Necesitamos que hable. Podría decirnos cómo encontrar a Paisley.

Brett asintió con un gesto.

—Sí, jefa.

Emmy aminoró el paso para que Brett tuviera tiempo de rodear la casa. Sacó el teléfono y encendió la cámara. Se lo metió en el bolsillo del chaleco de modo que la lente mirara hacia fuera. Gerald no era partidario de las cámaras corporales, pero Emmy quería que lo que pasara entre Adam Huntsinger y ella quedara registrado. Aunque fuera un disparo directo al pecho.

Echó un vistazo dentro del Toyota Corolla negro de Walton al pasar. La vieja camioneta Chevy de Adam estaba aparcada más cerca de la casa, en perpendicular. Los neumáticos traseros habían dejado profundas huellas en la grava. La cabina estaba vacía, pero había una caja de herramientas en la plataforma de la camioneta. De plástico amarillo, con el asa rota. La tapa estaba abierta. Emmy vio un montón de llaves, destornilladores y alicates oxidados.

Desabrochó la correa de seguridad de su Glock, cerró los dedos alrededor de la empuñadura y subió los peldaños del porche. Las ventanas estaban oscuras. No se veía movimiento detrás de las cortinas. Oyó el ruido de un televisor puesto a todo volumen al fondo de la casa. No tuvo que sopesar sus alternativas. Hizo lo

mismo que había hecho su padre el día anterior. Levantó la mano. Llamó con el puño en la madera maciza, tan fuerte como para que se oyera por encima del ruido del televisor, aunque no tanto como para hacer temblar la puerta en sus goznes.

Dio tres pasos atrás, por si Adam decidía disparar a través de la puerta. Mantuvo la mano en la Glock y esperó.

La puerta no se abrió, pero el televisor dejó de oírse. En medio del silencio, oyó el crujido de la tarima vieja dentro de la casa. Se acordó de aquel fatídico día, doce años atrás. Gerald probando a abrir la puerta principal. Ella dando la vuelta por el lateral y echando un vistazo al sótano. La voz de Gerald, llamándola para que volviera a la entrada.

Llamó de nuevo a la puerta, más despacio esta vez pero con firmeza.

—¿Adam? —Se oyó una voz de mujer, frágil y lejana—. ¿Están llamando a la puerta?

Escuchó murmullos de conversación cerca. Había dos hombres discutiendo. Uno hablaba más alto que el otro. Adam y Walton. La conversación se apagó rápidamente. Volvió a oírse el crujido de la tarima, unos pasos trabajosos. Luego se abrió la puerta.

Walton Huntsinger estaba demacrado. Detrás de las gruesas gafas, sus ojos parecían cansados. Llevaba el pelo, de un negro artificial, peinado hacia atrás para ocultar la calvicie.

—Doctor Huntsinger —dijo Emmy—, ¿están usted y su esposa a salvo?

—Sí, gracias. —Su voz sonaba abatida. Ya habían pasado por aquello otra vez. Sabía cuál había sido el resultado—. Adam está en la cocina. Acompáñeme.

Emmy entró en la casa. Nada había cambiado. Lo único que faltaba en el recibidor era la maleta de Walton. Pasó por delante del lugar que ocupaba doce años atrás y evocó la imagen de la Samsonite negra, con el colorido paraguas de golf enganchado en el asa y una cartera de hombre de nailon rojo, con el escudo de los Bulldogs de Georgia, metida en el bolsillo con cremallera. Siguió a Walton por el largo pasillo; pasaron junto a la sala de estar y el comedor. Por fin llegaron a la cocina. El amarillo vivo de las paredes

estaba descolorido, aunque ahora los electrodomésticos hacían juego. La llave del Toyota estaba sobre la encimera.

Adam estaba sentado a la mesa de la cocina. Tensó la comisura de los labios al ver a Emmy. La miró fijamente a través de sus gruesas gafas. Tenía delante tres objetos:

La escopeta recortada del bar.

Una botella de Jack Daniel's medio vacía.

Y un martillo de carpintero multiusos de 454 gramos.

Emmy se quedó sin respiración. El mango de madera estaba casi negro de sangre seca. Alrededor de la cabeza de acero, la sangre era más brillante, más reciente.

Paisley.

—Déjanos solos, papá —dijo Adam.

Walton no miró a Emmy. Salió de la cocina arrastrando los pies. De algún modo, la habitación parecía más pequeña sin él.

—Siéntate, jefa.

Emmy no se sentó. Miró las ventanas. Las cortinas de la puerta no estaban cerradas por completo. Vio que Brett acercaba la mano al pomo. Llevaba la Glock en la mano derecha. Emmy sacudió la cabeza, ordenándole que se quedara fuera.

—¿Dónde está Paisley? —le preguntó a Adam.

—Que te den —dijo—. Pregunta incorrecta.

Emmy sabía qué quería que le preguntara. Por eso la había llamado.

—Háblame del martillo.

—Ya sabes lo del puto martillo.

Emmy siguió con los ojos el movimiento de su mano derecha cuando la puso sobre la mesa. Cerca de la botella. Cerca de la escopeta. Cerca del martillo. Cualquiera de ellos podía servirle para atacarla. Se apoyó en la encimera, apartándose todo lo posible. Las preguntas se agolpaban en su mente.

¿Por qué había llamado al 911 exigiendo hablar con ella? ¿Por qué había amenazado con matar a Brett? ¿Por qué había dejado el martillo sobre la mesa como un gato que le trajera un pájaro muerto? ¿Intentaba incriminarlo su cómplice? ¿Trataba Adam de engañarla?

Respiró hondo y se obligó a responder con una pregunta:

—¿Estaba ese martillo dentro de la caja de herramientas de tu camioneta?

—Exactamente donde lo puso tu hermana.

—¿Por qué iba a hacer eso mi hermana?

—Ya sabes por qué.

Emmy contuvo de nuevo la respiración cuando Adam movió la mano, pero él se limitó a coger la botella. No apartó la vista de ella mientras bebía. Su garganta hizo ruido al tragar. Luego dejó la botella de golpe sobre la mesa. Emmy vio que deslizaba la mano izquierda hacia la escopeta. El tatuaje de la serpiente casi le latía en el brazo. Sabía que estaba intentando asustarla. Obligarla a mostrar su miedo.

Emmy no iba a darle esa satisfacción.

—¿Dónde está Paisley?

—¿Por qué coño me sigues preguntando por esa zorrita?

Emmy dejó que el silencio se alargara hasta que Adam empezó a ponerse nervioso. Cambió de postura en la silla. Empezó a tamborilear con los dedos en la botella de *whisky.*

—Adam, ¿qué hacemos aquí? —preguntó.

—Me estoy tomando una copa. —Se le quedó el labio enganchado en el hueco entre los dientes cuando sonrió—. ¿Quieres una?

—No. —Emmy apartó la mano de la pistola y la apoyó detrás, en la encimera. Sabía que podía alcanzar su arma mucho más rápido que Adam la suya—. Me has llamado por la línea de emergencias. Es evidente que estás borracho. Me has dicho que tenías una escopeta y has amenazado con matar a mi ayudante. ¿Creías que iba a entrar aquí y a dispararte? ¿O querías hablar?

Él dejó de tamborilear con los dedos.

—De todos modos no vas a creerme.

—Inténtalo.

Levantó las manos con aire de indiferencia.

—Yo no les hice daño. A ninguna. No sé dónde está Paisley. No tuve nada que ver con Madison o Cheyenne. Dios santo, ¿quién les puso el nombre a esas niñas? Tenían nombre de marca de camisetas, o de calle, o de un puto pueblo de Montana.

—De Wyoming.

—Joder… —Dejó caer las manos sobre la mesa—. Eres igual de sabelotodo que tu hermana. Siempre corrigiendo a la gente. Sigue creyéndote mejor que los demás.

De nuevo, Emmy esperó unos segundos para asegurarse de que había terminado.

—Si tú no mataste a Madison y Cheyenne, ¿quién las mató?

—Ese tío del pódcast dice que fue Dale.

—Vale. ¿Qué pruebas tienes?

—¿No crees que os lo hubiera dicho hace doce años? —Dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que el martillo saltó hasta el borde —. ¿Sabes lo que es estar en el corredor de la muerte esperando a que te claven una aguja en el brazo y te maten por algo que no has hecho?

—Dime quién puede ser, si no.

—Me robasteis doce años de mi vida. Tu padre y tú. Él ni siquiera me escuchó. Le dije que era inocente. Se lo dije a todo el mundo. Nadie me creyó. Ni siquiera mi puñetera familia. Aún estaría esperando mi fecha de ejecución si no fuera por ese capullo del pódcast.

Emmy esperó otra vez a que su ira remitiera.

—¿Quién querría incriminarte, Adam? ¿Quién puede haber puesto ese martillo en tu caja de herramientas?

—¡La persona que mató a las chicas! —gritó—. ¡El mismo tío que se ha llevado a Paisley! ¡Por el amor de Dios, es lo que intento decirte!

Emmy esperó de nuevo.

—Creí que habías dicho que fue Jude quien puso el martillo en tu camioneta.

—Puede que también esté implicada. —Desdeñó con un ademán su propia incoherencia—. Alguien intenta pringarme en esto. Pero yo nunca he hecho nada malo. Solo les vendía maría a los chavales para divertirme un poco.

—¿Quién querría incriminarte?

—Tú eres policía, joder. ¿Por qué no lo averiguas?

—Vamos a hablarlo. ¿Hay alguien en tu entorno que quiera hacerte daño?

—El puto pueblo entero. ¿No los viste ahí fuera pidiendo mi cabeza a gritos cuando dispararon a tu padre?

—¿Y un amigo? —preguntó Emmy—. Alguien que quiera que vuelvas a la cárcel.

—Pero si nadie me habla, joder. No tengo amigos. Tengo abogados. Tengo a ese capullo del pódcast intentando entrevistarme como si fuera Walter Cronkite. —Adam la señaló con el dedo—. No creas que no sé que intenta engañarme. Encasquetarme la violación de esa fulana de la que ni me acuerdo.

Emmy vio que cogía la botella y bebía otro trago. De nuevo, esperó a que terminara.

—Volvamos a hace doce años. Háblame de antes de que te detuvieran. ¿Con quién andabas?

—Con gente. No sé. Me dejaron todos tirado cuando vosotros, cabrones, le dijisteis a todo el mundo que era un puto pederasta.

—¿Tenías relación estrecha con alguien en aquel entonces? —insistió Emmy—. ¿Alguien con quien compartieras intereses?

Adam no volvió a estallar. Su actitud cambió. Entornó los ojos. Empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Movió la mano unos centímetros a la izquierda, luego hacia la derecha y después hacia atrás, como si intentara decidir si agarraba el martillo o la escopeta.

—¿Qué me estás preguntando?

Ella se encogió de hombros.

—Estoy tratando de ayudarte a averiguar quién ha puesto ese martillo en tu camioneta.

—¿Por qué no se lo preguntas a Dale?

—Dale Loudermilk está en la prisión estatal de Dooley cumpliendo condena.

—Mierda. —Adam cruzó los brazos y se recostó en la silla—. Sabes que ese cabrón estuvo aquí, ¿no?

Emmy sintió un estremecimiento en el corazón. Esta vez, tuvo que alargar el silencio para calmarse.

—¿Cuándo estuvo aquí Dale Loudermilk?

—Le cambié la cuchilla del cortacésped cuando hacía reparaciones en el cobertizo. —Señaló el jardín de atrás con el pulgar, por encima del hombro—. El hijoputa ni siquiera me pagó.

Emmy se acordaba de la historia del cortacésped. Dale la había usado para explicar por qué estaba desconchada la pintura del maletero del Audi.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Y qué importa?

—Importa porque me acabas de decir que Dale Loudermilk estuvo en tu casa. Quiero saber cuándo estuvo aquí exactamente.

—¿Cuándo exactamente? —la imitó él, burlón.

—Adam…

—Sabes quién lo hizo, ¿verdad? —Adam empezó a tamborilear otra vez en la mesa—. Lo sabes, pero lo estás protegiendo.

Ella lo intentó otra vez.

—Adam…

—La gente de North Falls siempre protegiendo a los suyos, ¿eh?

—¿Es de North Falls? —Emmy no pudo disimular su impaciencia—. ¿El hombre que tiene retenida a Paisley vive en North Falls?

Adam torció la boca en una sonrisa burlona. No estaba mirando a Emmy. Miraba el teléfono que llevaba en el chaleco.

—Quiero un abogado.

—Adam…

—Quiero un abogado. —Levantó despacio las manos—. Quiero un abogado. Quiero un abogado. Quiero un abogado.

Emmy lo miró fijamente, suplicándole en silencio que cambiara de actitud. Pero no lo hizo. Mantuvo las manos en alto. Emmy se volvió hacia la puerta y le indicó a Brett que entrara. Abrió la escopeta. Ni siquiera estaba cargada.

—Adam Huntsinger, queda detenido por amenazar de muerte a un agente de la policía e infringir los términos de su libertad condicional.

Adam mantuvo tercamente la boca cerrada.

—Levántese. —Brett sacó las esposas y lo cogió del brazo.

Emmy recordó que su teléfono seguía grabando. Lo sacó del bolsillo del chaleco y paró el vídeo.

—Llévaselo a Rick —le dijo a Brett—. Que se hagan cargo de él los de Verona.

—¡Qué cojones…! —Aunque ya estaba esposado, Adam empezó a forcejear—. No puedes entregarme a los de Verona. Me pegarán un tiro en la nuca.

—¿Dónde está Paisley? —replicó ella.

—¡Y yo qué sé dónde coño está! —Adam se abalanzó hacia ella, pero Brett lo detuvo—. ¡No puedes entregarme a Tuttle! ¡Dios!

—Última oportunidad —dijo Emmy—. ¿Dónde está Paisley?

La boca de Adam se torció en una mueca de desprecio.

—¡Que te jodan!

Emmy retrocedió, adivinando lo que iba a ocurrir. Adam le lanzó un escupitajo. Brett lo empujó de bruces contra la encimera y empezó a cachearlo, vaciándole los bolsillos. Las llaves de la camioneta Chevy. Un paquete de Marlboro rojo. La cartera. Un móvil Android. Una bolsa de plástico transparente con briznas y semillas sueltas. Un estuche de papel de fumar. Un encendedor Bic de plástico.

—Léele sus derechos —le ordenó a Brett—. Y trae unos kits de pruebas cuando vuelvas para que recojamos todo esto.

—Sí, jefa.

Emmy no prestó atención a la voz de Brett mientras su compañero recitaba la advertencia Miranda. Oyó a Walton arrastrando los pies por el pasillo. El anciano puso cara de angustia al ver lo que estaba sucediendo en la cocina.

—¡Papá! —gritó Adam—. ¡Papá! ¡Llama al abogado! ¡Quieren matarme!

Walton se quedó callado cuando Brett sacó a Adam a empujones por la puerta lateral. Emmy siguió oyéndole pedir socorro mientras Brett se lo llevaba por el camino de entrada.

—Dios mío. —Walton apoyó la mano en la encimera. Tenía la cabeza gacha. Se había desinflado como un globo. No pudo mirar a Emmy cuando preguntó—: ¿Es por esa otra chica? ¿Paisley Williams?

—Paisley Walker. —Emmy suavizó su tono—: Lo siento, doctor Huntsinger. Creo que Adam tiene algo que ver con su secuestro.

—Esto es culpa mía. No debí contratar a ese abogado. —Sus lágrimas caían al suelo. Seguía sin poder mirarla—. ¿Puedo hacer algo? ¿La chica podría…, podría estar viva aún?

Curiosamente, Emmy sintió que la opresión que sentía en el pecho se aflojaba un poco. Tanto Walton como Alma habían dejado de colaborar en la investigación del asesinato de Madison y Cheyenne al darse cuenta de que podían ser en parte responsables de que su hijo acabara en el corredor de la muerte. Quizá ahora que la vida de Paisley estaba en juego tomaran una decisión diferente.

—¿Pueden su esposa y usted responderme a unas preguntas?

Walton respiró hondo, entrecortadamente. Sabía lo que le estaba preguntando en realidad.

—Yo no voy a servirle de nada. Alma siempre se ha llevado mejor con Adam. Confiaba más en ella. Tenían mejor relación. Quizá yo pedía demasiado. Exigía demasiado.

—Paisley todavía puede estar viva. —Emmy intentó no presionarlo en exceso—. Sus padres, Elijah y Carol, están desesperados por encontrarla. Tienen el corazón roto. Es su única hija.

Walton respiró hondo de nuevo.

—No sé si Alma querrá hablar. Adam siempre ha sido su ojito derecho. Nunca ha visto nada malo en él, solo lo bueno.

—¿Puede preguntárselo? —Emmy intentó facilitarle las cosas—. Puedo hacer café o té mientras tanto. No tenemos que hablar de Adam, si no se siente cómoda. Pero puedo responder a cualquier pregunta que tengan sobre lo que está pasando y por qué hemos detenido a Adam.

La neutralidad de su propuesta acabó de convencerlo.

—El Sanka de Alma está en ese armario, junto al fregadero.

Emmy lo vio volver por el pasillo y girar a la izquierda, hacia las escaleras. El tarro de tapa naranja del café soluble estaba en el mismo armario que las tazas. Emmy lo conocía porque su tía Millie lo bebía por litros. Cogió el hervidor que estaba sobre la placa. Empezó a llenarlo en el fregadero. Su mirada se posó en la ventana.

En el jardín de atrás, la zona que antes ocupaba el cobertizo estaba cubierta de maleza. Solo quedaba una losa de cemento manchada. Emmy aún recordaba el terror absoluto que había

sentido al romper la madera podrida confiando, rezando por encontrar a Madison con vida. Entonces Gerald la había sostenido. Virgil la había mirado con preocupación. Dentro del cobertizo, el calor era tan intenso que estaban los tres empapados de sudor.

Puso el hervidor sobre la placa y encendió el gas. Apoyó las manos en la encimera. Miró las porquerías que Adam tenía en los bolsillos. Papel de fumar y tabaco. Un teléfono Android. Una cartera de nailon roja con el escudo de los Bulldogs de Georgia.

De pronto se puso tensa.

El cosquilleo. El mal presentimiento. El «no pinta bien».

Se quedó mirando la cartera, aunque ya no la veía. Estaba otra vez en el recibidor de la casa, doce años atrás. Gerald subía las escaleras. Walton le indicaba la cocina, donde estaba la llave del sótano. Su maleta Samsonite negra descansaba junto a la puerta. Había un paraguas de golf multicolor enganchado en el asa. Una cartera de hombre de nailon rojo sobresalía del bolsillo con cremallera. Llevaba el escudo de los Bulldogs de Georgia impreso en la parte delantera.

Era exactamente la misma cartera que Brett había sacado del bolsillo trasero de Adam y dejado en la encimera de la cocina unos minutos antes.

Tuvo que tragarse la saliva que se le había acumulado en la boca. Echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que Walton no regresaba a la cocina. Notó los dedos torpes al despegar con cuidado el velcro. Esperó, atenta a los sonidos de la casa.

Nada.

En la cartera había dieciséis dólares sueltos. Un tique de la gasolinera de esa misma calle, por un paquete de tabaco y gasolina. No había tarjetas de crédito. Ni fotos. La funda de plástico del permiso de conducir había amarilleado con los años. La foto apenas se veía. Tuvo que romper el plástico para sacar el carné. Comprobó las fechas. Adam tenía cuarenta y nueve años cuando se expidió el carné. Medía un metro ochenta y ocho y pesaba ochenta y seis kilos. El carné había caducado cuando aún estaba en el corredor de la muerte. La dirección era la de aquella casa.

Todas las explicaciones obvias se desmoronaron en cuanto se detuvo a pensar en ellas. Era imposible que Walton llevara doce años usando aquella cartera de nailon barata. Y aunque Adam la hubiera encontrado tirada por ahí, no había razón para que metiera su carné caducado dentro. Hacía menos de una semana que había salido de la cárcel. La funda llevaba tanto tiempo pegada al carné que la imagen había quedado impresa en el plástico por dentro.

Estudió la fotografía. Adam no sonreía, tenía una expresión hostil. Llevaba el pelo teñido de negro. Ni siquiera tenía canas en las sienes. Su cara ya tenía arrugas y se apreciaban marcas de acné en la piel. Podía pasar fácilmente por un hombre diecisiete años mayor que él.

Y un hombre diecisiete años mayor podía pasar fácilmente por Adam.

Las mismas gafas gruesas. El mismo cabello teñido. La misma complexión delgada. Ayer mismo, Emmy había confundido a Adam con Walton cuando estaba en la puerta hablando con Gerald. Habría sido fácil que un funcionario estresado cometiera el mismo error en el aeropuerto.

Emmy apretó la mandíbula. Le costaba respirar. Intentó controlarse. ¿Era de verdad así de sencillo? Después de doce largos años, después de sacar a Cheyenne y Madison del estanque, después de perder a su padre, después de esforzarse hasta el agotamiento por encontrar a Paisley, ¿de verdad todo se reducía a una cartera de nailon barata? ¿A una sola pista que había mencionado al menos tres veces en las últimas horas?

Adam nunca llevaba encima el carné de conducir cuando lo detenían.

¿Era acaso porque Walton utilizaba la documentación de su hijo como tapadera? ¿Decía Adam la verdad al afirmar que lo estaban incriminando? ¿El cómplice de Dale Loudermilk era en realidad el doctor Walton Huntsinger, un hombre blanco con un puesto de trabajo cualificado que requería estudios y especialización, cuyo oficio le ponía en contacto frecuente con niños? ¿Un miembro respetado de la comunidad, casado y con hijos?

Se situó en la cocina de modo que pudiera ver el pasillo vacío, hasta el recibidor. Marcó el número de Cole en el móvil.

—Mamá —dijo él—, todavía estoy con Jude. ¿Todo bien?

Emmy bajó la voz:

—Pon el altavoz para que me oiga.

Se oyó un clic, luego Jude dijo:

—Estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Necesito que busquéis todos los aeropuertos regionales en un radio de quinientos kilómetros desde el condado de Clifton. —Se apretó el teléfono contra el pecho para oír los ruidos de la casa. Luego se lo acercó a la oreja y susurró—: Creo que Walton fue en el Audi hasta un aeropuerto pequeño. Usó el carné de conducir de Adam para comprar en efectivo un billete de ida y vuelta. Fue en avión a Bridgeport, Virginia Occidental, se hizo una foto delante del edificio de la Legión para demostrar que había estado allí, luego cogió el vuelo de regreso y volvió en el Audi a North Falls. Después secuestró a Cheyenne y Madison.

Se hizo un silencio sepulcral al otro lado de la línea.

—Por eso no aparecía el nombre de Walton cuando pedí a Seguridad Nacional que comprobara las listas de pasajeros —añadió Emmy—. Porque volaba con el nombre de Adam Johnathan Huntsinger. Walton fue quien hizo todos esos kilómetros en el Audi. Es el hombre del que se burlaba Cheyenne cuando dijo que ojalá tuviera el pene tan grande como la cartera. Volvió a Clifton a escondidas para poder encontrarse con ella en el camino. Luego fue a por Madison. Por eso Dale estaba limpiando el Audi con lejía. Walton era su cómplice. Todo lo que creíamos saber sobre Adam es cierto, pero sobre su padre.

Jude seguía sin responder. Emmy se preparó para otra andanada de objeciones, para que le recordara que en realidad no tenían ninguna certeza, que aquello era un maratón, no un esprint.

—Cole —dijo Jude en tono enérgico—, en los aeropuertos regionales hay un número limitado de aerolíneas. Es más fácil buscar qué aerolíneas regionales salen de Bridgeport, Virginia Occidental, y ver si tienen vuelos a un aeropuerto más pequeño al que se pueda llegar en coche desde aquí.

Emmy había aguzado tanto el oído que oyó a Cole teclear en el portátil. Miró su reloj. Fue contando los segundos a medida que pasaban. El agua empezó a hervir. Emmy se acercó y la retiró del fuego. Cerró el gas. Volvió a su puesto anterior para poder ver el pasillo hasta el recibidor. Tenía las manos empapadas de sudor. Apenas le llegaba el aire a los pulmones.

—Joder, joder, joder. —Había una nota de excitación en la voz de Jude—. La página web de SouthJet Airlines dice que tienen vuelos entre el aeropuerto North Central de Bridgeport y el aeropuerto Northwest de Alabama desde 1997. Hay un Bombardier CRJ que hace dos vuelos de ida y vuelta todos los días.

—Muscle Shoals está casi exactamente a quinientos kilómetros del condado de Clifton —añadió Cole—. Son alrededor de cinco horas de viaje en coche en cada sentido.

—Los horarios de los vuelos no pueden haber cambiado tanto en la última década —comentó Jude—. Si Walton salió en el primer vuelo de Muscle Shoals a las ocho y media de la mañana, habría tenido aproximadamente una hora para hacerse el selfi en la Legión Estadounidense en Bridgeport antes de coger el vuelo de vuelta a Muscle Shoals. El vuelo de regreso llega a las doce del mediodía. A las cinco estaría en North Falls. No tenía que encontrarse con Cheyenne en el camino hasta las seis y media.

—Es él. —A Emmy le costaba creer que aquellas palabras estuvieran saliendo de su boca—. Era él todo el tiempo.

—Mamá —dijo Cole—, he mirado la distancia entre el edificio de la Legión en Bridgeport y el aeropuerto. Está a seiscientos cuarenta metros exactamente. Walton solo tuvo que recorrer la calle a pie para hacerse la foto, luego volver y subirse a un avión.

—Eso no es todo —agregó Jude—. Le he pedido a Cole que buscara los neumáticos del Audi A4. Lleva el mismo modelo cuatro estaciones Michelin que el Jetta.

—Por eso las huellas eran muy parecidas, pero no coincidían exactamente —dijo Emmy—. Pensábamos que el Malo conducía el Jetta, pero llevaba el Audi de Dale.

Se abrió la puerta lateral de la cocina. Brett volvía con un puñado de kits de recogida de pruebas. Emmy le indicó con una seña que no

hiciera ruido mientras cerraba la puerta.

—Hace doce años —le dijo a Jude—, cuando papá y yo vinimos aquí buscando a Adam, la puerta principal estaba cerrada con llave; en cambio, la lateral, la que da al sótano, estaba abierta. Bajé las escaleras y vi el collar de Cheyenne en la hierba. Walton debió de ponerlo ahí cuando volvió del estanque de Millie.

A Brett se le cayó uno de los kits de pruebas.

—Walton nos dijo que no oyó llamar a papá porque estaba en la ducha —continuó Emmy—, pero era mentira, solo quería justificar por qué tenía el pelo mojado. Acababa de volver de sumergir los cadáveres encadenados. Y las llaves del Jetta estaban en la encimera de la cocina. Me dijo que normalmente estaban arriba. Ya nos estaba guiando hacia Adam. Por eso le robó el carné de conducir. El plan, si alguna vez lo atrapaban, era culpar a su hijo.

—Y funcionó —dijo Jude.

—Dios —susurró Emmy.

Seguía intentando asimilar la magnitud de los crímenes. No solo las atrocidades que habían sufrido Cheyenne y Madison, sino el sadismo de dejar que tu propio hijo se pudriera en el corredor de la muerte.

—Concéntrate —dijo Jude—. ¿Qué te dice tu instinto?

El instinto de Emmy hablaba fuerte y claro.

—Que Walton empezó a sudar tinta cuando se publicó el pódcast. Luego Adam salió en libertad y Walton comprendió que papá y yo reabriríamos el caso de Cheyenne y Madison. Intenta otra vez incriminar a Adam para que no escarbemos demasiado. Se llevó a Paisley ayer por la mañana. Hoy colocó el martillo en la camioneta de Adam. Tiene que ser el mismo que usó con Madison. Lo tengo justo aquí, en la mesa de la cocina. Está cubierto de sangre. Antigua y fresca. Creo que Walton lo ha usado con Paisley para inculpar también a Adam.

—¿Cuántos años tiene Walton?

—No tantos como para no poder arrollar la bicicleta de una adolescente y apuntarle con una pistola a la cabeza. Y tú mismo lo has dicho, Paisley está acostumbrada a obedecer.

—Cole y yo vamos a buscarte —dijo Jude.

—No, estoy con Brett. Si aparece la caballería, podría asustarse. Creo que he convencido a Walton y Alma para que hablen conmigo sobre Adam. Vamos a ver qué pasa. Si consigo que Walton confiese, quizá aún encontremos a Paisley con vida.

Jude volvió a guardar un silencio precavido, pero por fin dijo:

—Vale.

Emmy colgó.

—Vuelve a poner el hervidor al fuego —le dijo a Brett.

Brett estaba girando la llave para encender el gas cuando Walton apareció en el recibidor, al final del pasillo. Arrastraba los pies como un viejo, pero Emmy se dio cuenta de que era un truco. Sabía cómo se movían los hombres mayores que tenían un estado de salud frágil. Se agarraban a las paredes y a las sillas porque tenían miedo de caerse. Walton llevaba las manos cruzadas delante del vientre. Caminaba hacia ella en línea recta. Era un hombre que aún tenía mucha vida dentro, y la estaba utilizando para hacer daño a otros.

—Ayudante —le dijo a Brett—, ponga una cucharadita y media de Sanka. Si no, sabe a agua sucia.

—Sí, jefa.

Brett empezó a abrir y cerrar cajones en busca de una cuchara.

Walton había llegado a la cocina.

—Los cubiertos están junto al lavavajillas —le dijo a Brett.

Brett parecía nervioso.

—Gracias, señor.

—Doctor Huntsinger —Emmy se puso delante de Brett y se obligó a sonreír a Walton—, le agradezco mucho su ayuda con Adam. Esta vez no es como la última. Paisley Walker sigue desaparecida. Si está viva, tenemos que hacer todo lo posible por encontrarla. Y si está muerta, tenemos que devolvérsela a sus padres.

Walton parecía apenado cuando meneó la cabeza.

—Le pido a Dios que siga viva, pero lamento no tener buenas noticias. Alma se niega a hablar con ustedes. Ella nunca ha visto a Adam tal y como es.

Emmy no iba a darse por vencida.

—¿Le importa que le haga unas preguntas? Quizá usted recuerde algo. Hay cosas que dijo Adam en su momento que no tenían

sentido.

—Adam nunca habla conmigo. Incluso en aquella época, solo recurría a mí cuando necesitaba ayuda económica, normalmente para pagarse un abogado. —Walton volvió a sacudir la cabeza, fingiéndose apesadumbrado—. Le ayudé demasiado. Quizá, si hubiera dejado que fuera a la cárcel todas esas veces, se habría enderezado. Nunca me perdonaré lo que hizo.

A Emmy no le pasó desapercibida su inyección de patetismo. Ahora veía su jugada con toda claridad. Se apoyaba en su formalidad, su edad, sus buenas acciones y su posición dentro de la comunidad para enmascarar la crueldad sádica que anidaba en su corazón. Emmy se tomó esta revelación como una guía.

—Doctor Huntsinger, sé que durante toda su vida no ha hecho usted más que tratar de ayudar a la gente. Es un buen hombre. Necesito que haga esta buena acción por Paisley y su familia.

Brett se había apoyado contra la encimera. Emmy oyó arder el gas bajo el hervidor mientras Walton fingía sopesar las consecuencias. Echó un vistazo a la mesa, pero Emmy no se ofreció a sentarse con él. Apoyó la espalda contra la silla para asegurarse de que no alcanzaba ningún arma.

—Doctor Huntsinger, se lo ruego —dijo infundiendo desesperación a su voz—. Ayúdeme a devolver a Paisley a Elijah y Carol Walker. Solo tiene catorce años. No es más que una niña. Seguro que usted sabe lo que se siente al conocer que tu hijo está en peligro.

Walton respiró hondo, como si la sola idea le doliera en lo más profundo. Emmy esperó a que terminara aquel capítulo de la farsa. Notaba que Walton estaba examinando todas las posibilidades. Sin duda estaría nervioso por tener a la policía en casa. Querría información.

Ella tenía aún un as en la manga.

—Lo siento, no debería presionarlo. No lo molestamos más. Brett…

—Espere. —Walton intentó esbozar una sonrisa—. Siento mucho lo de su padre. Era un hombre decente. A pesar de lo que hizo Adam, Gerald siempre nos trató con respeto. Nunca nos culpó a Alma y a mí de cómo ha salido nuestro hijo.

Emmy lo dejó hablar.

—Nos convertimos en parias cuando lo detuvieron. Alma tuvo que jubilarse. Yo casi pierdo mi consulta. Su familia siempre se ha portado bien conmigo.

Emmy no se explicaba cómo lo había logrado, pero Walton tenía lágrimas en los ojos.

—Gracias. Mi padre siempre dijo que lo admiraba.

Walton se sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se enjugó los ojos.

—Siento que tengo tanto que compensarles… No debería culpar a Alma por mimarlo demasiado. Yo tampoco me daba cuenta de cómo era Adam. No quiero llevar en la conciencia la muerte de otra niña. Haré todo lo que pueda para ayudarlos.

—Gracias. Sé que es difícil. Y sé que quiere a Adam.

—Así es —contestó—. Que Dios me perdone, pero así es.

El hervidor empezó a silbar. Emmy oyó que Brett la apartaba del fuego y removía los gránulos de café soluble en la taza. No apartó los ojos de Walton. Una gota de sudor le corría por un lado de la cara.

—Doctor Huntsinger —dijo—, ¿recuerda el periodo anterior al secuestro de Madison y Cheyenne? ¿Había algún lugar al que a Adam le gustara ir especialmente? ¿Algún sitio aislado donde pudiera estar solo?

—Ah, no, no tengo ni idea de eso. Adam nunca me decía dónde iba ni cuándo volvería. Entraba y salía a todas horas. Y ahora es igual, si le soy sincero. Casi no lo he visto desde que salió de la cárcel.

Emmy esperó un segundo, fingiendo que asimilaba la información.

—¿Recuerda si Adam tenía algún amigo o alguna persona con la que pasara mucho tiempo?

Walton se tocó la barbilla como si se esforzara por recordar.

—¿Sabe?, Adam nunca tuvo muchos amigos. Ni siquiera en el colegio. Yo lo animaba a que probara a hacer algún deporte o se apuntara a un club, pero siempre ha sido un solitario.

Emmy notó el énfasis que ponía en la palabra *solitario*.

—Sé que Adam tuvo muchos trabajos distintos. ¿En alguno trabó amistad con sus compañeros?

De nuevo, Walton fingió pensarlo. Luego negó lentamente con la cabeza.

—Que yo sepa, no. Lo siento. Siempre ha sido muy reservado. Nunca entendí por qué estaba tan enfadado. Su madre y yo pusimos todo nuestro empeño. Pero era muy difícil. Nunca sabíamos qué iba a hacerle estallar.

Solitario. Temperamento explosivo. Peligroso. Era como si hubiera buscado en Google los síntomas de la psicopatía.

—Es terrible vivir así —comentó.

—Nunca quieres reconocerlo en voz alta, pero tenerle miedo a tu propio hijo…

Emmy dejó que siguiera con su actuación.

—Adam solía reparar cortacéspedes, ¿verdad?

—Le dejaba usar el cobertizo de atrás como taller. Y le fue bien durante un tiempo. —Aquella débil sonrisa volvió a aparecer—. Pero al final salió mal, como todo lo que intentaba Adam. Dejó de cumplir con la gente. Empezaron a llamarme al trabajo. Alma se lo había recomendado a algunos maestros del colegio. Los maestros no ganan mucho dinero, como sabrá. No podían permitirse malgastarlo.

Emmy aprovechó la oportunidad.

—Adam me dijo que le reparaba el cortacésped a Dale Loudermilk.

Esta vez, el silencio que se extendió por la cocina era distinto. Más sofocante. Más revelador.

—¿Dale Loudermilk? —Walton se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con una esquina del pañuelo—. Qué asunto tan horrible fue aquel. He oído que murió en prisión.

Emmy lo vio volver a ponerse las gafas y guardarse el pañuelo en el bolsillo. No advirtió ningún cambio en su voz ni en su gesto. Lo que más le llamó la atención fue que había dejado de parpadear.

—Dale está vivo y se encuentra bien. Cumple condena en la prisión estatal de Dooley.

—¿Ah, sí?

—¿Alguna vez lo vio con Adam?

Aún no había parpadeado.

—Ahora que lo dice, sí. Creo que los vi juntos en el cobertizo varias veces.

—¿Estuvieron alguna vez juntos en el apartamento del sótano de Adam?

Había empezado a temblarle el párpado.

—Sí, pensándolo bien. Dale venía mucho por aquí. Eran muy herméticos, los dos. Alma empezó a quejarse.

—¿De que viniera Dale? —preguntó Emmy.

—De eso no tanto, más bien de que Adam estaba distraído. —Walton respiró hondo—. Habíamos acordado que Adam viviría en el sótano, aunque tenía que llevar y traer a Alma al colegio. Siempre llegaba tarde. Ella ya no veía bien por aquel entonces. Degeneración macular. Empezó cuando tenía cincuenta y tantos años. Ahora está completamente ciega, la pobre.

Emmy sintió que una bombilla se encendía en su cabeza.

—Supongo que Alma tuvo que vender su coche cuando dejó de conducir. ¿Recuerda la marca y el modelo?

Walton parpadeó por fin, mirando a Brett y luego a Emmy.

—Tendría que preguntárselo. Lo compró por su cuenta. Fue con Adam al concesionario para que la ayudara a negociar el precio. Creo que él quería el coche más para sí mismo que para ella. Se quedó con la llave de repuesto incluso después de que Alma lo vendiera. Dijo que la había perdido, pero miente sobre tantas cosas…

Emmy no respondió esta vez; sin embargo, se preguntó si doce años atrás se había dejado engañar por sus mentiras porque era increíblemente ingenua o si Walton había perdido facultades desde entonces. Seguía poniendo a Adam en primer plano. Primero decía que no sabía nada sobre sus actividades, luego lo tildaba de solitario y a continuación daba a entender que se había guardado la llave del Audi. De pronto lo veía todo clarísimo. Walton ansiaba que su hijo volviera a la cárcel.

—De todos modos —añadió él—, le preguntaré a Alma qué recuerda. Yo trabajaba mucho en aquella época. Como voluntario. Pertenezco a una asociación llamada…

—La Brigada Dental —concluyó Emmy—. ¿Alguna vez han hecho voluntariado en Hidalgo, Texas, o en Tillar, Arkansas?

—Pues… —Walton empezó a rascarse un lado del cuello—. No recuerdo exactamente. Nos movemos mucho. Hay mucha gente que necesita nuestra ayuda. Vamos a las zonas más deprimidas. La gente merece atención bucodental. Es una de mis pasiones. Contribuir. Ayudar a los desfavorecidos.

Emmy notó que estaba a punto de perderlo. Tenía que hacer un último intento, aunque solo fuera para que quedara constancia de que mentía, con Brett como testigo.

—Doctor Huntsinger, ¿conocía usted bien a Dale Loudermilk?

—Ah, no, no, en absoluto. Solo nos saludábamos si nos veíamos por el pueblo. O cuando estaba aquí con Adam, claro. Como le decía, pasaban mucho tiempo juntos. Alma y yo nos quedamos tan sorprendidos como todo el mundo cuando lo detuvieron. Qué horror. La gente le confiaba sus hijos a ese hombre. Todo el pueblo se sintió traicionado. Y eso no se puede recuperar, cuando se pierde. —Walton bajó la mano. Se había dejado marcas de arañazos en un lado del cuello—. ¿Sabe?, ojalá pudiera serles de más ayuda. Mi memoria ya no es lo que era. Ha pasado mucho tiempo.

—Doce años —dijo Emmy.

—Debería… —Walton señaló el pasillo—. Debería ir a ver cómo está Alma. Últimamente se asusta. Depende de mí para todo. Se vendría abajo sin mí. ¿Entiende?

Emmy entendió a la perfección lo que le estaba diciendo. Quería que lo eximieran de culpa por asesinar y violar a niñas porque su esposa estaba ciega.

—¿Y Paisley? ¿También está asustada?

Walton se mordió el labio. Su instinto animal le decía que lo habían descubierto. Emmy casi veía cómo calculaba su cerebro las probabilidades. Al final, puso una sonrisa bobalicona y siguió aparentando que era un pobre viejo.

—Puede registrar la casa, agente. Tiene mi permiso. Registre el sótano. La camioneta de Adam. Lo que necesiten. No tenemos nada que ocultar.

—Ha sido muy amable de su parte conservar la camioneta —repuso Emmy—. Y todas las cosas de Adam. Como su billetera y su permiso de conducir.

Walton lanzó una mirada a la cartera, que seguía sobre la encimera. Emmy se dio cuenta de que se estaba acordando de la maleta en el recibidor, de cómo sobresalía de la parte delantera. Sabía que había cometido un error entonces, y ahora se apresuró a enmascararlo.

—Ha sido Alma quien ha conservado las pertenencias de Adam. Siempre ha creído que era inocente.

—¿De verdad? —preguntó Emmy—. ¿Y por qué pensaría eso?

Walton dejó de hacerse el tonto.

—Debería ir a ver cómo está. Por si necesita algo. Tómense todo el tiempo que necesiten para registrar la casa.

—Doctor Huntsinger… —Emmy esperó a que se diera la vuelta—. El Sanka.

—Ah, sí. —Walton cogió la taza que le tendió Brett—. Gracias.

Emmy lo vio alejarse por el pasillo. Ya no arrastraba los pies. Notó que hacía todo lo posible por mantener un ritmo normal. Llegó hasta el recibidor, luego torció rápidamente y subió las escaleras a toda prisa.

—Dios, casi lo tenías —susurró Brett—. Y ahora ¿qué?

En lo tocante a Walton Huntsinger, no podían hacer nada más, de momento. No había confesado. No había infringido la ley. Emmy tenía que encontrar otra forma de atraparlo.

—Embolsa la cartera —le dijo a Brett.

Cogió un par de guantes de uno de los kits de pruebas. Sujetó el martillo con el pulgar y el índice para meterlo en una bolsa. Notó al fondo de la garganta el olor herrumbroso de la sangre mientras anotaba los datos de registro. Esperó a que Brett terminara de hacer lo mismo con la cartera para darle órdenes.

—Registra cada palmo de este sitio. Asegura cualquier arma o munición que encuentres. No pierdas de vista a Walton. Avísame si intenta salir. Mira los papeles, los recibos, cualquier cosa que pueda indicar que hay otro sitio donde puede estar escondiendo a Paisley.

Ella sigue siendo nuestra prioridad. Si le cogemos por lo de Paisley, también le tendremos por lo de Cheyenne y Madison.

—Sí, jefa.

Emmy salió por la puerta lateral. Estaba lloviznando. Envió un mensaje a comisaría para que mandaran una unidad a ayudar a Brett. Cuando llegó al camino de entrada, la lluvia arreció. Los todoterrenos de la policía de Verona se habían ido. Corrió hacia su coche y arrojó las bolsas de pruebas al asiento del copiloto. No llamó a Cole hasta que tomó la carretera secundaria que discurría en paralelo a la interestatal.

—¿Mamá? —Parecía emocionado y asustado al mismo tiempo—. Está puesto el altavoz. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Le costó más mantener la calma al hablar con su hijo que al hablar con un asesino pederasta. Se recordó en silencio que lo único que importaba ahora era encontrar a Paisley Walker—. Walton no ha confesado, pero sabe que sospecho de él. Prácticamente nos ha suplicado que registremos la casa. Os garantizo que ha escondido otra prueba que incrimina a Adam. Está desesperado por despistarnos.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Jude.

—Nada concreto. —Emmy se secó la lluvia de la cara—. Tengo la cartera de Adam y el martillo. Llevará días analizarlo todo. Tenemos que encontrar una prueba irrefutable con la que amenazar a Walton. No nos dirá cómo encontrar a Paisley si no está contra las cuerdas.

Jude no respondió. Emmy casi la sintió intercambiar una mirada con Cole, por lo absurdo que era creer que aún había alguna posibilidad de que Paisley estuviera viva.

Pero Emmy no quería dejarse convencer. No podía perder la esperanza.

—¿Habéis conseguido las listas de pasajeros de los vuelos entre Muscle Shoals y Bridgeport?

—He pedido unos favores —contestó Jude—. Deberíamos tenerlas dentro de una hora como mucho.

Emmy masculló una maldición. Una hora era demasiado.

—Esos casos de los que te hablé en Arkansas y Texas. Deberíamos comprobar si Walton estuvo allí con su organización benéfica.

—Ya estamos en ello —dijo Jude—. También hemos estado llamando a almacenes y trasteros en un radio de ciento sesenta kilómetros para ver si los nombres de Dale, Walton, Alma o Adam aparecen en algún contrato de alquiler. ¿Qué más necesitas que hagamos?

Emmy repasó su conversación con Walton en busca de alguna pista que seguir.

—El Audi A4. Buscad los papeles. ¿Esther lo compró nuevo o fue una reventa privada?

—Ahora mismo lo compruebo —dijo Cole. Hubo un largo silencio y luego—: Joder… Hay una coincidencia. Esther Loudermilk le compró el Audi a Alma Huntsinger tres años antes del secuestro.

A Emmy le dieron ganas de dar un puñetazo en el salpicadero. De repente, todo lo que no había visto doce años antes había pasado a primer plano.

—¿Recuerdas que Dale dijo que la pintura del maletero del Audi se desconchó cuando llevó el cortacésped a reparar? Evidentemente, se desconchó con una de las bicis, pero ¿a que no sabéis quién reparaba cortacéspedes en el cobertizo del jardín hace doce años?

—Adam Huntsinger —respondió Jude.

—Y hay algo aún mejor —añadió Emmy, aunque de hecho era mucho peor—. Walton ha reconocido que Dale iba mucho por su casa en aquel entonces. Estaba tratando de implicar a Adam, pero no se dio cuenta de que también se estaba implicando a sí mismo.

—Estos narcisistas siempre delatan su juego.

Emmy no estaba jugando. Agarró con fuerza el volante, intentando dominarse. Notaba el cuerpo cargado de electricidad. En parte la ponía enferma pensar en todo lo que había pasado por alto y en parte sentía terror porque nada de aquello fuera a conducirlos hasta Paisley.

—¿Virgil ha averiguado ya con quién han tenido contacto Adam y Dale en prisión?

—Todavía no —respondió Cole—. Creo que aún está en tu despacho. Voy a buscarlo.

—Cole, espera. —Emmy dio un volantazo y giró en redondo para volver por donde había venido—. Dile a Virgil que voy a pasarme por

su casa. Quiero recoger la caja con los registros de los teléfonos de Walton y Alma. Quizá encontremos algún número sospechoso en la línea de Walton. Y, si podemos vincularlo con Dale, podremos detener a Walton.

—Entendido, jefa —contestó Cole.

—Emmy. —Había en la voz de Jude una nota de tensión que Emmy no le había oído hasta entonces. Estaba asustada—. Piensa en lo que esto significa. Ha renunciado a uno de sus trofeos.

El martillo.

—Los depredadores no sacrifican sus juguetes a no ser que estén desesperados —añadió Jude—. Es entonces cuando son más peligrosos. Cometen errores. Y no solo de los buenos, de los que nos ayudan, sino de los malos, por los que muere gente.

Emmy intentó no hacer caso de su tono de certeza, fingir que su hermana no había escrito de verdad el manual.

—¿Crees que podrás volver a hablar con Adam? Cree que eres tú quien intenta incriminarlo. Está claro que sabes cómo sacarlo de quicio.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Nada concreto. —Emmy sabía que allí había una historia oculta, pero solo podía enfrentarse a una crisis a la vez—. Adam está detenido en la comisaría de Verona. Si se entera de que su padre está tratando de mandarlo otra vez a la cárcel, quizá se enfade lo suficiente como para hablar. Por lo que sabemos, Walton no ha salido de su casa en el último día y medio. Puede haber dejado a Paisley encadenada en algún sitio. La niña podría pasar hasta tres días sin agua.

—Cariño, tú sabes que Paisley está muerta. Lo único que podemos hacer ya es esforzarnos para que Elijah y Carol tengan un poco de paz.

—No puedo darla por perdida. —Se le quebró la voz al decir la última palabra, aunque no le importó—. Voy a encontrarla, Jude. Esta vez no voy a fallar.

—Vale. —Jude suspiró, resignada—. Dime qué hago.

—No esperes a recibir las listas de pasajeros. Ve a por Adam con lo que creemos que sabemos. Eres la mejor interrogadora que

tenemos y Adam es el único sospechoso lo bastante estúpido como para hablar. Necesito que le lleves a ese punto. Seguro que tiene más información sobre su padre. Un lugar al que solían ir cuando era pequeño, una antigua parcela familiar con una cabaña de caza… Si puedes convencer a Adam de que hable sobre Walton, seguro que también lo conseguirás con Alma.

Jude no puso objeciones.

—Me voy ya.

Emmy colgó. Se aferró al volante. La lluvia empezaba a saturar el cristal. Los limpiaparabrisas apenas daban abasto. Giró bruscamente hacia la entrada de la casa de Virgil y aparcó marcha atrás junto al remolque para caballos. Cruzó el patio corriendo, hacia el sótano. Sus botas resbalaron en los peldaños de cemento. Estaba estirando el brazo hacia la parte de arriba del marco de la puerta para coger la llave cuando su teléfono empezó a sonar.

Tuvo que gritar para hacerse oír entre la lluvia.

—¿Qué pasa, Brett?

—Jefa, pasa algo raro con Alma Huntsinger. He subido a ver cómo estaba. Dice cosas sin sentido. No puede mantener los ojos abiertos. Te juro por Dios que parece que está drogada.

La advertencia de Jude seguía resonando en la cabeza de Emmy. Aquel era el momento en que un depredador se volvía más peligroso.

—¿Dónde está Walton?

—Abajo, en el cuarto de estar. Tiene la tele tan alta que tiemblan las ventanas.

—Llama a una ambulancia. Los refuerzos deberían llegar en cualquier momento. —Emmy metió la llave en la cerradura. Empujó con el pie la parte inferior de la puerta para desatascarla—. Brett, no bajes la guardia con Walton. Se hace el viejecito, pero sigue siendo peligroso.

—Sí, jefa.

Tuvo que dar una patada a la puerta para cerrarla y evitar que entrara la lluvia. Se volvió a guardar el teléfono en el chaleco. Encendió los fluorescentes. Se acercó al armario del fondo y recorrió con los dedos las etiquetas de los archivadores de cartón encajados

dentro. Reconoció algunos de los nombres de los casos de infidelidad de los que se había ocupado Virgil. No vio su propia letra en ninguna de las etiquetas, pero había una caja al final rotulada con la anticuada caligrafía de Virgil.

REGISTROS DE LLAMADAS

No tenía tiempo para sacarla con cuidado. Se puso de rodillas y tiró de la caja, tratando de desalojarla como si fuera una pieza de Jenga. En lugar de deslizarse, el cartón se rajó por las esquinas. Las otras cajas cayeron encima de Emmy, golpeándole los hombros y la cabeza. Cayó hacia atrás y levantó los brazos para protegerse la cara. El polvo se le metió en la nariz y la garganta. Le dio un ataque de tos. Tenía un corte en la frente. Al tocarse la herida, se manchó los dedos de sangre.

—Mierda —masculló mientras se ponía de lado y volvía a ponerse de rodillas.

Por todas partes había papeles mecanografiados y escritos a mano, fotografías, recibos… Por suerte, el contenido de la caja de los registros de llamadas seguía intacto. Le dio la vuelta a la caja. La primera página llevaba el nombre y la dirección de Walton Huntsinger. El logotipo de la empresa AT&T, con su famoso globo azul, aparecía en la esquina. Hojeó el montón de papeles fijándose en las fechas y los números. La cuenta del móvil de Alma. El móvil de Walton. El teléfono fijo. Todos los documentos de hacía doce años estaban allí.

Fue a levantar el montón de papeles, pero los brazos no le respondieron. Sus manos aletearon en el aire. Sintió que su cerebro luchaba por encajar una pieza. Era como si de pronto tuviera un enjambre de abejas dentro del cráneo.

Abrió la boca. Respiró hondo.

Los cuerpos de policía generaban un sinfín de papeleo. Cada documento que pasaba por el Departamento del Sheriff del Condado de Clifton llevaba un sello Bates con una fecha y un código numérico identificable. La información se consignaba en un asiento registral,

en el que se indicaba también quién había sido el responsable de verificar la información. Era un procedimiento que se aplicaba desde el siglo pasado. Incluso si un documento no formaba parte de un sumario judicial, incluso si no se escaneaba para cargarlo en el servidor, se le ponía el sello en la parte inferior de la página y se archivaba en el lugar apropiado para que pudiera recuperarse fácilmente si era necesario.

Ninguno de los papeles de la caja llevaba estampado un número Bates.

Tampoco había anotaciones de Virgil. Esa era otra regla. Si localizabas un número de teléfono, anotabas la información que habías encontrado. De esa manera, si te ibas de vacaciones o si la palmabas de repente, quien te sustituía podía retomar tu trabajo.

Sacó una hoja al azar. La miró a contraluz. Vio puntos de típex sobre algunos dígitos de los números de teléfono. Encima, alguien había escrito números nuevos con un bolígrafo de punta fina. Emmy no veía aquel líquido corrector opaco desde que iba al instituto. Myrna lo usaba para corregir erratas cuando redactaba exámenes con su vieja máquina de escribir Smith Corona. Si tenías buena letra, podías sustituir la letra o la cifra, luego hacer una fotocopia y nadie notaba la diferencia.

El típex estaba agrietado y amarillento. Emmy lo quitó rascándolo con la uña. Volvió a mirarlo a contraluz. El número de teléfono original le resultaba tan familiar como el teléfono fijo de su casa. Lo había marcado innumerables veces cuando era una madre joven a cuyo hijo le encantaba montar a caballo, y también en calidad de ayudante del *sheriff* necesitada del consejo de un mentor de confianza, y como amiga que quería compartir una copa de vino o una cena.

Era el número de Virgil Ingram.

Miró la vieja fotocopiadora arrimada a la pared. La antigua impresora matricial. El ordenador de sobremesa Dell de principios de los años 2000. Todo lo que se necesitaba para manipular y falsificar pruebas antes de ponerles el sello Bates y cargarlas escaneadas en el servidor de la policía.

Una gota de sangre se le metió en el ojo. La herida de la frente seguía sangrando. Estaba aturdida cuando se levantó. Su mente no lograba asimilar las implicaciones de lo que acababa de descubrir. Solo pudo recitarse en silencio los hechos. El número de teléfono que aparecía múltiples veces en el registro de llamadas de Walton Huntsinger era el de Virgil. Se había utilizado típex para alterar el número de modo que no pudieran vincularlo con Virgil. Las pruebas auténticas no se habían registrado en el sistema: no había sellos ni anotaciones. Habían estado todo ese tiempo guardadas en una caja a la que solo Virgil tenía acceso.

Se movió maquinalmente, apartando las cajas para acercarse al botiquín de la pared. Tuvo que forzar la puerta oxidada. Sus dedos dejaron una mancha de sangre en el metal blanco. Dentro no había tiritas ni vendas, solo dieciséis ganchos de los que se usaban para colgar llaves. Pero no había ninguna llave dentro de la caja. De cada gancho colgaba una bolsita transparente con una joyita dentro. Una fina pulsera de plata con la inicial K. Una cadena de oro con una cruz. Una pulsera de la amistad. Una pequeña insignia de Gryffindor. Unos pendientes en forma de estrella como los que se le compraban a una niña a la que acababan de hacerle los agujeros en las orejas.

Trofeos.

Cogió el viejo teléfono plegable que descansaba en el fondo del botiquín. Era negro, con el frontal de espejo. Casi de dos centímetros y medio de grosor. La bisagra era un rectángulo alargado con una cámara dentro. Abrió el teléfono. Leyó el número de modelo: Nokia N93i. Le dio la vuelta para mirar la parte de atrás. Vio las iniciales grabadas en el plástico: C. B. Abrió la tapita lateral. En la ranura había una tarjeta miniSD azul.

Estaba sin aliento cuando levantó la mirada hacia el techo. No vio las planchas manchadas. Vio a Virgil bajando por el camino de entrada de la casa de Felix y Ruth Baker dos horas después de que Madison fuera secuestrada. Vestía pantalones vaqueros y camiseta. Se tapaba los profundos arañazos del brazo con un pañuelo. Había zarzas junto a la casa, les advirtió. Ocultaba, en realidad, las profundas marcas que habían dejado en su piel las uñas de una chica de quince años.

Vio a Virgil dieciséis horas después. Ella se había desplomado en el suelo del cobertizo del jardín de Walton Huntsinger. Gerald la sostenía. Virgil se agachaba para ofrecerle su pañuelo. El algodón estaba mojado. Igual que su pelo. Se tiraba del cuello de la camisa. El uniforme se le pegaba como papel film porque aún tenía la piel húmeda, de arrastrar los cadáveres encadenados de Cheyenne y Madison hasta el centro del estanque de Millie.

Vio la fotocopiadora. El ordenador. Los registros de llamadas modificados que ocultaban su comunicación constante con Walton Huntsinger en torno al 4 de julio. El Nokia plegable. Las joyas de chica. Los trofeos que les había quitado a sus otras víctimas. La desfachatez con que lo había escondido todo a plena vista en el sótano de su casa.

Doce años atrás, Virgil se había encargado de rastrear todos los dispositivos electrónicos. Le habían creído cuando dijo que los teléfonos de prepago no podían rastrearse. Que los escáneres de matrículas no había encontrado nada. Que los datos de la torre de telefonía móvil eran inútiles. Que el hombre que atendía el mostrador de Hertz recordaba haber visto a Walton cuando devolvió el coche alquilado. Que el kilometraje cuadraba. Que en el portátil donado de Cheyenne no había nada. Que había mandado el teléfono de prepago a Quantico y que el otro, el que hallaron en el bolsillo de la chica, estaba demasiado empapado. Que no había pruebas que vincularan a las chicas con nadie más que con Adam Huntsinger.

Sentado a la mesa de reuniones, Virgil había oído a Jude analizar el caso de Madison y Cheyenne. Se había ofrecido a averiguar quién visitaba a Dale Loudermilk en prisión porque sabía que un nombre en concreto figuraría en la lista: el suyo propio, Virgil Ingram, un hombre blanco con un puesto cualificado que requería estudios y especialización, cuya profesión lo ponía en contacto frecuente con niños, casado y con hijos.

Emmy se llevó la mano a la boca, pero no pudo emitir ningún sonido. Su corazón había dejado de bombear sangre. El agua helada de sus venas estaba congelada. Se sentía completamente anonadada. Virgil siempre había formado parte de su vida, la había acompañado en cada paso del camino. Era la mano derecha de su

padre. Quien le había enseñado a ser jefa adjunta. El pederasta que había violado y asesinado a Cheyenne Baker y Madison Dalrymple. El monstruo que se había llevado a Paisley Walker.

La puerta se abrió de golpe.

Emmy dio un salto, soltó el teléfono y estuvo a punto de tropezar con las cajas. Comprendió de inmediato que no podía inventar una excusa o contar una mentira para salir del paso. Virgil la había visto por la ventana, seguramente la había observado mientras hacía cada descubrimiento. Llevaba una pistola en la mano. Parecía sacada de una película de la Segunda Guerra Mundial. Una Ruger de percusión anular, del calibre 22. Con desmontaje automático, cerrojo y cargador extraíble.

Instintivamente, intentó retroceder. Su pie chocó con la pesada caja de los registros de llamadas. Dijo lo primero que se le ocurrió.

—Jude sabe lo de Walton. Y también lo tuyo.

Virgil sonrió, pero sus ojos eran de un negro uniforme y amenazador.

—Sabe lo de Walton porque yo la llevé hasta él, pero no estarías sola en mi sótano ahora mismo si supiera lo mío.

La frialdad de su voz le provocó un escalofrío.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—Ya estaba fuera, ocupándome de un asunto. Cole me ha llamado para avisarme de que ibas a pasarte por aquí.

Emmy comprendió de qué asunto se había ocupado. Paisley Walker estaba muerta. Solo era cuestión de tiempo que Virgil también la asesinara a ella.

—La verdad es que habrías sido muy buena *sheriff,* niña. Gerald habría estado orgulloso.

Emmy tendría que haber estado aterrorizada, pero una especie de quietud había invadido su cuerpo. Era la misma sensación que se había apoderado de ella delante de la casa de los Huntsinger, al morir su padre. Esta vez, se aferró a sus sentidos. Fijó la mirada en Virgil. Lentamente, acercó la mano a la Glock. Tocó la rugosa empuñadura de plástico.

—No lo hagas —dijo él.

Cerró la mano alrededor del arma. La correa de seguridad ya estaba suelta.

Virgil levantó la Ruger y le apuntó directamente al pecho.

—He dicho que pares.

Emmy sujetó la pistola, pero no la desenfundó. Hizo los cálculos. Desde cuatro metros y medio de distancia, una bala del calibre 22 le daría un buen golpe, pero no traspasaría el chaleco antibalas.

Él pareció llegar a la misma conclusión. Levantó el arma para apuntarle a la cabeza.

—Quiero que sepas que tenías razón. Conocí a Cheyenne en el centro comercial. Trabajaba allí de vigilante de seguridad para ganar un dinero extra y ayudar a Peggy a montar la peluquería.

Emmy se encogió de hombros.

—Me da igual.

—Aun así, vas a escucharme.

Esperó a que ella protestara, pero Emmy se dio cuenta de que necesitaba ganar tiempo.

—¿Cuánto tardaste en embaucarla?

—No hay que embaucarlas si les das lo que quieren y, créeme, nena, Cheyenne Baker quería que me la follara. —Observó su cara esperando una reacción—. Era virgen la primera vez, pero, joder, sabía lo que hacía. No se negaba a nada. Nunca decía que no.

A Emmy había empezado a sudarle la mano con que agarraba la Glock. Se sirvió de su visión periférica para observar el entorno. Una pared a su izquierda. Sillones de peluquería a su derecha. No había en qué parapetarse, dónde esconderse.

—Con Madison tuve que ir más despacio. Ganarme su confianza. Hacerla sentir especial. —Virgil asomó la lengua entre los labios—. Tú te acuerdas de cómo era. Tan quisquillosa. Pero a mí me encantan los retos.

Emmy acercó el dedo al gatillo y sintió la lengüeta del seguro. Tendría solo unas décimas de segundo para desenfundar y disparar. No podía perder tiempo.

—Las chicas de esa edad son tan frescas y abiertas… Solo quieren que las quieran. Necesitan que alguien las guíe. Que les enseñe cómo funciona su cuerpo.

Emmy empezó a sacar lentamente la Glock de la funda. Había quince balas en el cargador y una en la recámara.

—También tenías razón sobre lo del vídeo del Nokia. Walton siempre ha sido descuidado, pero yo tendría que haberlo previsto. No me di cuenta de que nos estaba grabando con el teléfono. Todo ese folleteo y esas mamadas maravillosas nos habrían mandado a los dos a la cárcel de por vida. —Volvió a escudriñar su cara. Seguía buscando una reacción—. Una cosa es decir que una zorrita miente y otra que tenga pruebas, y Cheyenne las tenía. Desde el momento en que intentó chantajearnos, estaban muertas.

A Emmy empezaron a rodarle lágrimas de estrés por las mejillas. Se imaginó paso a paso sacando la Glock y apretando el gatillo.

—No llores, Emmy Lou. Tú también tuviste esa edad. Tan joven y tonta… Nada más que brazos y piernas. —Virgil volvió a humedecerse los labios—. ¿Sabes cuánto me costó contenerme?

Emmy dejó de moverse. La pregunta la dejó paralizada.

—Si Jonah no se me hubiera adelantado, podría haberte enseñado el gusto que da estar con un hombre.

Emmy respiró hondo, trémula. Su determinación flaqueó. La quietud comenzó a desvanecerse.

—Emmy Lou —susurró él—, la guapa y desorientada Emmy Lou.

Su tono íntimo la repugnó.

—¿Qué hay de Dale?

—Madison y Cheyenne no eran su tipo.

—Estás mintiendo.

—¿Por qué iba a mentir? —Virgil esperó una respuesta que no llegó—. Me enteré de lo de Dale años antes de que lo descubrierais. Me hizo algunos favores. Y yo no lo mandé a la cárcel.

—También hemos descubierto otras cosas —replicó Emmy intentando pillarlo a contrapié—. Walton fue en el Audi de Esther Loudermilk hasta Muscle Shoals. Usó el carné de conducir de Adam para ir en avión a Virginia Occidental y volver. Luego regresó en coche a North Falls para secuestrar a las chicas contigo.

—Hay que ver qué lista eres —se rio Virgil—. Sí, eso es exactamente lo que hizo. Adam siempre se iba dejando la cartera por ahí. El muy imbécil no tenía ni idea de que Walton usaba su

documentación. Lo de la foto delante de la Legión fue idea mía. Y muy buena, por cierto. En cuanto viste la foto, dejaste de interesarte por Walton.

—Dime dónde has dejado a Paisley. Deja que se la devuelva a Carol y Elijah.

—No, niña, eso es imposible. —Hinchó el pecho al respirar hondo —. Voy a prometerte una cosa. Por Cole, dejaré tu cuerpo donde pueda encontrarlo.

Emmy sintió que algo hacía clic dentro de su cabeza: un temporizador que, sin que ella se diera cuenta, había estado contando los segundos hacia atrás. Mantuvo los ojos fijos en los de Virgil, el cuerpo lo más quieto posible, la mano cerrada alrededor de la pistola, el dedo apoyado en el gatillo.

Luego golpeó con el talón de la bota la caja que tenía detrás.

Virgil bajó la mirada una fracción de segundo, pero Emmy no necesitó más. Sacó la Glock de la funda, la levantó y empezó a disparar en cuanto el cañón estuvo libre.

La primera bala rebotó en el suelo. La segunda le dio en el pie. La siguiente le destrozó la rótula, luego otra se le hundió en el muslo, dos más le desgarraron la ingle y la cadera, otras tres le volaron el pecho. Después, Emmy perdió la cuenta mientras el cuerpo de Virgil se sacudía como si un púgil lo golpeara hasta tumbarlo.

No cayó; más bien se desplomó de espaldas. Emmy oyó una serie de chasquidos. El sonido rebotó en las esquinas. Había vaciado el cargador. Su dedo no dejaba de apretar el gatillo. Jadeaba con fuerza. No podía soltar el arma. Tenía los músculos agarrotados. La rigidez se le extendía por el brazo y le inmovilizaba el codo. Tuvo que golpearse la mano contra el respaldo de un sillón de peluquería para que sus dedos se aflojaran. El arma cayó al suelo. Chocó contra el Nokia roto. Fue a parar junto a una caja de cartón.

La quietud volvió. Empezó a moverse automáticamente, guiada por su entrenamiento. Apartó de un puntapié la Ruger de la mano de Virgil. Le tocó un lado del cuello para comprobar que estaba muerto. Le registró los bolsillos en busca de otras armas. Se sacó el teléfono del chaleco para llamar a comisaría. Abrió la boca, pero no

consiguió hablar. Notaba las cuerdas vocales paralizadas. Al final, le envió un mensaje a Cole: «Era Virgil. Está muerto».

Miró cómo ondulaban los puntos mientras Cole intentaba redactar una respuesta. Luego se detuvieron y el teléfono empezó a sonar. Su dedo se posó sobre el botón verde para responder, aunque no pudo presionarlo, la mano no le respondía. Se le cayó el teléfono. El cristal se resquebrajó.

El temblor comenzó en el pecho. Sintió que se le extendía hacia el vientre y le subía hasta los hombros. Vio cómo le bajaba por los brazos e invadía aleteando sus dedos. Todo temblaba. Empezaron a castañetearle los dientes. Notaba los ojos inquietos. No podía concentrarse. No veía. Ni siquiera podía respirar. Avanzó tambaleándose hacia la puerta. La lluvia había cesado. El repentino estallido de sol la hizo parpadear. Intentó aclararse la vista. La camioneta de Virgil estaba en el camino de entrada. Su coche patrulla. El remolque para caballos.

El vómito brotó de su boca. Se dobló por la cintura. Vomitó en la hierba. La bilis le salpicó las botas, le manchó los pantalones. Estaba otra vez de rodillas. Las lágrimas se le escapaban. Todas las emociones que había estado reprimiendo salieron a borbotones. Empezó a sollozar. Por Cheyenne. Por Madison. Por haber matado a uno de los dos hombres que podían conducirla hasta el cadáver de Paisley Walker. Él había confesado. Se lo había contado todo. Sin embargo, no le había dicho cómo encontrarla.

Se puso de rodillas. Se limpió la boca con la manga. Miró las nubes oscuras. Una suave neblina acariciaba su cara. Vio que el sol hacía esfuerzos por salir.

—Papá —susurró—, por favor, dime qué hacer.

No hubo respuesta, pero, ahora más que nunca, necesitaba a su padre. El timón que le marcaba el rumbo. Las suaves indicaciones que le hacían ver las pistas que tenía justo delante.

¿Qué sabemos? ¿Qué creemos saber? ¿Qué estamos pasando por alto?

Sintió que aquellos interrogantes se abrían paso a través de su cerebro describiendo un lento y sinuoso zigzag, igual que Hannah y ella iban de pequeñas en bici por los caminos secundarios. Se obligó

a levantarse. Miró la casa de Virgil. Las luces estaban apagadas. Las cortinas, descorridas.

En la mayoría de los secuestros predatorios, los cadáveres de las víctimas se hallan a menos de treinta kilómetros del lugar del secuestro. El secuestrador suele conocer bien la zona. A menudo vuelve a visitar el lugar de los hechos para revivir sus crímenes. Por lo general, oculta los cuerpos de alguna manera: los cubre con hojas, los entierra en una tumba poco profunda, los sumerge en agua, los esconde en un edificio o un cobertizo abandonado, o los descuartiza y los arroja a un vertedero.

Virgil no llevaría a Paisley a su casa. Preferiría tenerla en algún lugar aislado, cerrado y accesible. Un lugar donde se sintiera cómodo y al que pudiera regresar para revivir sus crímenes. Un lugar donde Emmy lo había visto enrollar una cadena alrededor de un cierre metálico de la misma manera que la había enrollado alrededor del bloque de cemento hallado al fondo del estanque de Millie.

El establo.

Echó a correr ladera abajo. La hierba estaba empapada. Se resbaló. Cayó al suelo y se apoyó en la mano izquierda. Sintió un estallido de dolor en la muñeca. Se levantó de un salto y siguió corriendo. Se deslizó sentada de culo por el último tramo de la pendiente y volvió a levantarse. Corrió los últimos treinta metros hasta el establo.

La esperanza volvió a apoderarse de ella. Una esperanza absurda e inútil. Virgil no le había dicho que Paisley estuviera muerta. Cabía una pequeña posibilidad —una anomalía estadística— de que Paisley Walker aún estuviera viva.

La cadena seguía atada alrededor del cierre de la puerta. La arrancó con una mano. Abrió la puerta de un tirón. La luz y la sombra danzaban en el interior. El sol se colaba por las rendijas de los tablones enmohecidos. Lo sintió iluminar intermitentemente su cara mientras revisaba las caballerizas vacías, la zona de los aperos y el pienso, el guadarnés y la oficina.

—¡Paisley! —gritó—. ¡Paisley Walker!

Su voz llegó hasta las vigas del techo. Retrocedió para mirar el pajar, arriba. Las pacas de heno apiladas se alzaban como una

fortaleza. Faltaba la escalera. Registró el establo, volvió a pasar corriendo junto a las caballerizas y empujó la puerta de atrás. Encontró la desvencijada escalera de cuatro metros en el suelo, detrás del establo. Sintió una llamarada de dolor en la muñeca al arrastrarla dentro. A duras penas pudo ponerla en vertical, pero de alguna manera consiguió alinear los largueros con las muescas del suelo del altillo. Se ayudó con una mano para subir. La otra le latía como un metrónomo mientras trepaba trabajosamente.

—¡Paisley! —gritó.

Esperó, aguzando el oído.

Nada.

Subió el último tramo. Entre las pacas de heno y la barandilla, solo había una estrecha franja de suelo despejado. Se puso de puntillas, pero no consiguió ver por encima. Las pacas estaban apiladas de cuatro en cuatro en vertical y ocupaban todo el ancho del pajar, encajadas de extremo a extremo. Pesaban veinticinco kilos cada una, como mínimo.

Recorrió a toda prisa la plataforma, empujando de trecho en trecho las pacas de arriba en busca de un punto débil. No lo encontró hasta el final de la fila. Una de las balas cedió. Empujó hasta el fondo con todas sus fuerzas, desalojando las pacas. Solo vio oscuridad al otro lado. Sacó una linterna pequeña del bolsillo de su chaleco. Se subió a las balas de abajo. Virgil las había apilado en tres filas a lo ancho. No quiso detenerse a pensar que estaban allí para insonorizar el altillo. Para servir de escondite. Para absorber sangre, fluidos y angustia.

Sus botas golpearon el suelo de madera maciza. La oscuridad se espesó. Virgil había revestido con paneles las paredes y el techo. Allí el sol no se colaba por las rendijas de las tablas. El haz de la linterna era débil. Recorrió con él el altillo, de un lado a otro. Se detuvo al ver un destello de blanco.

Una zapatilla Skechers con el cordón rosa.

Intentó recuperar la quietud; sin embargo, la desesperación se apoderó de ella. Vio la otra zapatilla. Una sudadera azul con capucha, con el logotipo del Eras Tour. Unas mallas negras arrugadas. Un sujetador deportivo rosa. Unas braguitas con dibujos

de Hello Kitty y el elástico rosa, porque una chica de catorce años seguía siendo una niña.

Le temblaba tanto la mano que la luz empezó a fluctuar. El haz se desplazó hacia arriba. Rebotó en la esquina del fondo.

—No —murmuró Emmy—. No…

Paisley Walker yacía de costado. Tenía manchas de sangre en la cara, el torso y las piernas. Los ojos cerrados y los labios hinchados. Las manos grotescamente deformadas. La piel estaba ennegrecida allí donde la sangre se había acumulado, en torno a los huesos rotos. Los pies también estaban deformados, con el empeine encogido, como los de Cole cuando era un recién nacido.

Emmy se acercó a la niña. El techo era bajo. Tuvo que avanzar a gatas. Dejó la linterna en el suelo y dirigió la luz hacia el rostro de Paisley.

—¿Paisley? —Apenas pudo pronunciar su nombre. Le presionó la muñeca con los dedos—. Cariño, ¿me oyes?

Cerró los ojos tratando de ahogar el latido acelerado de su corazón mientras le buscaba el pulso. Tenía la muñeca demasiado hinchada. Los fluidos tensaban su piel como un globo lleno de agua. Se tumbó de lado junto a la niña. Levantó suavemente su cara del suelo y sostuvo el peso de su cabeza en la palma de la mano. Apoyó dos dedos a un lado de su cuello y presionó.

De nuevo, cerró los ojos. No pensó en Madison ni en Cheyenne, ni siquiera en Paisley. Pensó en su precioso hijo. Dar a luz a Cole casi acaba con ella. Aunque se suponía que debía guardar cama un mes, no podía evitar ir al cuarto del bebé cada pocas horas para asegurarse de que estaba bien. La primera vez que acudió sola a un aviso como ayudante del *sheriff* fue por un bebé fallecido por muerte súbita. La aterrorizaba que su pequeño corriera la misma suerte. Aún recordaba la alegría que la embargaba cada vez que apoyaba los dedos en la arteria carótida de Cole y sentía el rápido golpeteo de la sangre que bombeaba su precioso corazón. Esa misma sensación se apoderó de ella ahora, con Paisley.

—¡Oh, Dios! —gritó.

Estaba viva.

—Paisley Walker. —Sostuvo la cara de la niña entre las manos. Hizo que su voz sonara firme, autoritaria—. Paisley, sé que puedes oírme. Tienes que mirarme ahora mismo.

La niña no reaccionó. Emmy no sabía qué hacer, si quedarse o ir a buscar su teléfono. El lejano aullido de las sirenas le ahorró el tener que tomar una decisión. Cole se habría asustado al ver que no respondía a sus llamadas. Seguramente, todos los policías del condado se acercaban a toda velocidad por la carretera.

—¡Paisley! —dijo—. ¿Oyes esas sirenas? Vamos a llevarte a casa con mamá y papá, pero necesito que abras los ojos y me mires, cielo. Ya estás a salvo. Estás a salvo.

La niña seguía sin reaccionar. Emmy estaba a punto de intentarlo otra vez cuando vio movimiento detrás de los párpados, como dos canicas deslizándose bajo un paño de seda.

—Eso es. Mírame, cariño. Enséñame esos ojos tan bonitos.

Al principio, solo pudo abrir un poco los párpados. Sus pupilas eran enormes círculos negros en un mar de rojo. Emmy giró la linterna hacia su propia cara. Se inclinó para que la niña pudiera verla.

—Paisley, soy la *sheriff* Emmy Clifton. Estás a salvo. Estoy aquí para ayudarte, ¿de acuerdo?

La niña cerró los ojos y volvió a abrirlos lentamente. Separó los labios. Su aliento tenía un olor agrio, enfermizo.

—El… el hombre… —susurró

—Está muerto —le dijo Emmy—. Ya no puede hacerte daño.

—Yo… —Su voz se apagó. Cerró los ojos, pero no dejó de hablar —. Iba en mi bici y… Me dio un golpe y… me caí… y estaba…, estaba tan asustada y…, y…

—¿Y qué, cariño? —Emmy se secó las lágrimas—. Cuéntamelo todo. No me voy a ir a ninguna parte.

Capítulo 19

Emmy estaba sentada junto a Cole en la sala de visualización de la comisaría. La única luz procedía de los dos monitores, pero ella no miraba las imágenes. Se miraba la mano derecha. Aún conservaba en los dedos el recuerdo del pulso de Paisley Walker. La niña había sido trasladada en helicóptero al centro de traumatología infantil de Atlanta. Cuando Emmy la encontró estaba gravemente deshidratada, al borde de la muerte. Era imposible saber si recuperaría el uso de los pies y las manos.

Pero estaba viva. Respiraba. Hablaba. Estaba con Elijah y Carol, a salvo.

Todo el mundo se comportaba como si Emmy fuera una heroína, pero aquella historia no tenía nada de heroico. Emmy solo podía pensar en las palabras que le dijo Hannah la noche en que desaparecieron Madison y Cheyenne. Ambas seguían aferrándose a la esperanza, por pequeña que fuera, de encontrar a Madison con vida, y Hannah había formulado la pregunta obvia: «¿Cómo se va a recuperar de esto?».

Doce años después, Emmy seguía sin saber la respuesta, pero, si ser una Clifton le había enseñado algo, era que algunas cosas eran más fáciles de soportar que de analizar.

Juntó las manos intentando que aquella sensación pulsátil se desvaneciera. Notó un dolor horrible en la muñeca izquierda. No pudo respirar hondo para aguantar hasta que pasara el dolor. Tenía magulladas las costillas de la zona del corazón. Virgil había disparado un tiro con la Ruger antes de caer. K-5, al centro de masa. La bala del calibre 22 había golpeado el chaleco antibalas como un perno comprimido. No lo había sentido en ese instante, pero ahora le dolía cada vez que respiraba.

Cole apoyó la mano en su brazo. Emmy sabía que estaba preocupado, pero no podía quedarse tumbada en la cama, en el hospital, mientras interrogaban a Walton Huntsinger.

—Estoy bien, cariño.

Miró más allá de él, al monitor en el que aparecía Walton arrellanado en una silla, junto a la mesa. Jude y Seth Alexander estaban sentados enfrente. Seth parecía agotado. Se había aflojado la corbata y estaba encorvado sobre el bloc de notas que tenía apoyado sobre la pierna cruzada. No estaba transcribiendo la entrevista, sino anotando incoherencias. Al principio, su bolígrafo había garabateado con furia. Ahora solo hacía una marca de tanto en tanto.

Jude, en cambio, parecía llena de energía. Nada de lo que decía Walton lograba alterarla. Mientras les contaba los repugnantes detalles de su perversión, había permanecido completamente impasible; a veces incluso parecía aburrida. Era como si le estuviera hablando de la cotización de los futuros del algodón. Walton no se había dado cuenta de que le estaba tendiendo una trampa hasta que era ya demasiado tarde.

Emmy no era tan orgullosa como para no reconocer que su hermana había dado una clase magistral de interrogatorio. Habían pasado siete horas largas y brutales desde la detención de Walton, durante las cuales Jude había ido minándolo poco a poco hasta que, finalmente, se había derrumbado.

El ruido que hizo Seth al pasar una hoja del bloc se oyó por el altavoz *bluetooth.*

—Vale —dijo Jude en tono enérgico y profesional—. Continúe.

Walton miró el bloc de Seth. Su fachada de buen tipo se había resquebrajado por completo. Ya solo quedaba el violador y asesino de niñas.

—Creo que fue unos diez días antes del Cuatro de Julio. Cheyenne me dijo que me reuniera con ella en mi consulta a medianoche. Pensé que íbamos a divertirnos, pero me enseñó el vídeo.

—¿Cómo se lo enseñó?

—En el Nokia N93i. Era de los buenos, con una cámara de vídeo que se puede esconder en el bolsillo. Virgil ni siquiera sabía que lo

tenía. Ya les he dicho que era muy astuta. Virgil le había regalado un iPhone de prepago, pero lo revisaba constantemente para asegurarse de que no contenía nada que pudiera incriminarnos. —Walton se encogió de hombros—. Era una embustera de primera categoría.

Jude no se desvió de su objetivo.

—¿Qué hizo usted cuando Cheyenne le enseñó el vídeo?

—Le quité el teléfono. Se echó a reír. Revisé la ranura de la tarjeta de memoria, pero estaba vacía. Me dijo que la había guardado en un sitio seguro. —Walton se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa—. Dijo que, si no le daba cincuenta mil dólares, le mandaría a Emmy Clifton la parte del vídeo en la que aparecíamos todos juntos.

—¿Todos juntos? —repitió Jude.

—Virgil, Cheyenne y Madison y yo —recitó Walton, dejando constancia oficial de sus crímenes—. A ella le parecía gracioso, una especie de broma pesada. Le importaba un comino destrozarnos la vida.

Emmy se mordió el labio. Walton y Virgil no eran las víctimas.

—¿Y Madison? ¿Estaba implicada en el plan de chantaje? —preguntó Jude.

—Sí, pero no fue idea suya.

—¿Cómo lo sabe?

—A Madison no se le habría ocurrido hacernos eso. Era una buena chica. Las cosas malas en las que se metió, todo eso fue por culpa de Cheyenne.

Emmy notó un sabor a sangre en la boca. Ninguna de las dos era mala. Habían sido víctimas de dos depredadores sádicos.

—Está bien. —Jude mantuvo su calma sobrenatural mientras continuaba repasando los crímenes de Walton—. ¿Qué hizo después de que Cheyenne le mostrara el vídeo?

—Me entró pánico. Llamé a Virgil. Me dijo que nos encargaríamos de las dos el 4 de julio, durante las fiestas.

—Cuénteme cuál era su plan.

—El plan de Virgil —puntualizó él—. No es que quiera escurrir el bulto. Solo digo que él siempre estaba al mando porque era policía. Sabía lo que hacía. Las precauciones que debíamos tomar. Citó a

Cheyenne en el camino secundario porque sabía que todo el mundo estaría viendo los fuegos artificiales. Ella nos daría el teléfono y nosotros le entregaríamos el dinero.

—¿Qué pensaba hacer con cincuenta mil dólares?

—Irse a vivir a Atlanta con Madison. Pensaban irse tres meses después, en Halloween, para que nadie las buscara esa noche.

Emmy cerró los ojos. No le costaba imaginarse a Madison y Cheyenne pensando estúpidamente que lo tenían todo resuelto. La idea de que nadie las buscaría la noche de Halloween era ridícula.

—El plan que me acaba de contar —dijo Jude— es lo que pensaba Cheyenne que ocurriría. ¿Qué pensaban hacer usted y Virgil en realidad?

—Yo quería pagarles y que se fueran del pueblo. Sabía que, si les hacíamos algo, se armaría mucho revuelo. —Walton se frotó los ojos —. Virgil dijo que esos cincuenta mil dólares solo serían el principio. Que volverían a por más. Que no podíamos darles ese poder. No me convencí de ello hasta que Cheyenne empezó a presionarme.

—¿Cómo?

—Llamadas telefónicas. Llamadas telefónicas constantes. —Walton se rascó un lado del cuello. Las uñas ya habían dejado surcos enrojecidos en la piel—. Llamaba varias veces al día. Alma empezó a sospechar. No había ninguna razón plausible para que una adolescente me llamara con tanta frecuencia. Ni nunca, en realidad. Virgil no paraba de decir que teníamos que hacer algo, pero yo le daba largas. Nunca habíamos hecho nada así en el pueblo. Siempre nos aseguramos de mantener nuestras actividades lejos de North Falls.

Emmy notó que había cambiado al tiempo presente. Walton no había asimilado del todo que iba a morir en prisión. Quizá fuera mejor así. Tenían que seguir el rastro de cada trofeo de Virgil, vincularlos con sus respectivos casos. Los contactos de Jude ya habían identificado a cinco jóvenes asesinadas en cinco zonas diferentes a las que Walton había viajado con la Brigada Dental. En todos los casos menos en uno, los horarios de Virgil demostraban que había pedido al menos dos días libres en el trabajo. Emmy

recordaba haberle dicho en broma alguna vez que se pasaba la vida en compañía de caballos.

—Volvamos al plan —le dijo Jude a Walton.

—Virgil me dijo cómo preparar mi coartada. —De nuevo, dio una respuesta detallada—. Dale me prestó el Audi para que fuera en coche hasta Muscle Shoals. Usé el carné de Adam para comprar un billete de avión de ida y vuelta a Virginia Occidental. Pagué en efectivo, como me dijo Virgil. Cuando aterricé, fui andando hasta el edificio de la Legión para hacerme una foto que demostrara que había estado allí. Luego cogí el vuelo de vuelta a Muscle Shoals. Fui en el Audi hasta casa de Dale. Virgil se reunió conmigo allí. Subimos al coche y recogimos a las chicas.

—¿Quién subió al coche? —preguntó Jude.

—Virgil y yo.

Un nuevo detalle. Otra incógnita despejada. La noche de la desaparición de Madison y Cheyenne, Emmy se había preguntado cómo se las había arreglado un solo hombre para reducir a dos quinceañeras. Que fueran dos los violadores tenía mucho más sentido.

—¿Dale, Virgil o usted hicieron algo para preparar el coche? —siguió Jude.

—Pues… sí —contestó Walton como si acabara de acordarse—. Dale forró el maletero con una lona. Creo que era negra. Virgil se enfadó porque le había dicho que pegara los bordes con cinta americana, para que estuviera bien sellado. Pero Dale era un capullo. Para él, todo aquello era como un juego.

Cole masculló un improperio. Emmy se fijó en él. Tenía los puños apretados, como si quisiera atravesar el monitor y darle una paliza a Walton.

—¿Dale participó en el plan de algún otro modo esa noche? —preguntó Jude.

—No, eso fue todo. —Walton se encogió de hombros—. Nos dejó usar el coche de Esther, pero se quedó en casa. Ya les he dicho que a él le gustan más jovencitas. Solo nos ayudó porque sabía que Virgil podía detenerlo. A los dos nos daba terror Virgil. No hace falta

que les recuerde que era policía, pero eso pesaba mucho. Podía destrozarnos en un segundo. Nos tenía en un puño.

Emmy intentó hacer oídos sordos a su tono patético y quejumbroso. A Jude no pareció costarle ningún trabajo ignorarlo.

—Virgil y usted subieron al Audi y se fueron de casa de Dale. ¿Adónde se dirigieron?

—Como todavía era pronto, Virgil estuvo media hora dando vueltas por ahí. Había quedado con Cheyenne a las seis y media en el camino.

—¿Sabía ella que usted también iba a estar presente?

—No, pero así era como hacía las cosas Virgil. Siempre teníamos que estar juntos. —Walton se rascó el cuello hasta hacerse sangre—. Voy a decirle por qué quería que lo acompañara. Yo era su tarjeta para librarse de la cárcel. Si las cosas se torcían, me mataría y él se presentaría como un héroe. Así de inteligente era Virgil. Siempre estaba maquinando.

A Emmy no le extrañó en absoluto que esa fuera la intención de Virgil. Siempre había tenido una habilidad asombrosa para adelantarse a los acontecimientos.

—Virgil me dijo que haría que pareciera que a Cheyenne la habían atropellado y el conductor se había dado a la fuga —continuó Walton —. Iba a manipular la escena del accidente para que no pudieran relacionarnos con ella. Se le daba bien manipular pruebas.

Cole carraspeó para llamar la atención de Emmy.

—Por eso solo encontraron un par de huellas de botas. La OIG descartó las huellas pertenecientes al Departamento del Sheriff.

Ella apretó los dientes. No quería pensar qué otros casos habría contaminado Virgil. Pasarían años revisándolos.

—Cheyenne iba en su bicicleta cuando llegamos al camino —siguió Walton—. Virgil no frenó. Ella se asustó y empezó a pedalear con todas sus fuerzas, en zigzag. Virgil golpeó la rueda trasera de la bici con el parachoques. No íbamos deprisa, pero la pobrecita salió despedida. Virgil iba a rematarla allí mismo, pero entonces me di cuenta de que la tarjeta de memoria no estaba en el teléfono.

—¿La miniSD? —preguntó Jude.

—Sí. Cheyenne se negó a decirnos dónde estaba. La llevamos a mi casa. La metimos en el cobertizo.

Emmy sintió una quemazón dentro del pecho. Otro detalle explicado. Otra incógnita despejada. Virgil se había encargado de registrar el cobertizo en busca de pruebas. Les había dicho que no había rastro de ninguna de las chicas.

—Cheyenne era muy dura. —Walton parecía impresionado—. Tardó horas en contarnos lo de Madison. Cualquier hombre se habría derrumbado, pero ella aguantó hasta el final. Aparte de Virgil, era la persona más fuerte que he conocido.

A Emmy le repugnó su tono de admiración. Cheyenne Baker era una chica de quince años. No necesitaba ser fuerte. Necesitaba estar a salvo.

—¿No sospecharon que Madison tenía la miniSD? —preguntó Jude.

—Yo sí, claro —contestó Walton—. Pero Virgil no me hizo caso. Le recordé que Madison había cortado la tarjeta SIM, pero no nos la había entregado. Mad se portaba así a veces, se ponía terca sin ningún motivo. Al principio, nunca nos desobedecía. Virgil seguía pensando que era así, un angelito inocente. No aceptaba que Cheyenne la había corrompido.

Emmy solo pudo pensar en las fotos que había encontrado en la taquilla de Cheyenne. Una de las chicas, vestida con un conjunto de lencería blanco. La otra, de negro. La buena y la mala. La virgen y la puta.

—¿Qué hizo que Virgil se convenciera por fin de que Madison tenía la tarjeta miniSD? —preguntó Jude.

—Cheyenne acabó por decírselo, pero no sin resistencia. Esa chica era dura como el acero. —Había aún una nota de admiración en la voz de Walton—. Aguantó durante horas todo lo que le hizo Virgil. Tan pronto decía que la tarjeta la tenía su padre como que la había escondido en el bolso de su madre. Usted no conocía a las chicas, pero Cheyenne protegía a Madison de muchas cosas. Ella era la que más interesaba a Virgil y la que se llevó la peor parte. Se prostituía, traficaba con drogas, hacía todo lo posible con tal de escapar.

—¿Por qué quería escapar?

—Sus padres eran unos imbéciles. —Walton hablaba con la petulancia de un adolescente—. Ruth era fría y violenta. Felix nunca estaba en casa. Los dos eran fanáticos religiosos. De los que se presentaban en la iglesia en cuanto abría las puertas. Cheyenne estaba harta de sus gilipolleces. En realidad no era una niña. Era una joven con necesidades. Nunca la dejaban divertirse.

A Emmy tampoco le agradaban los Baker; sin embargo, no creía que el hecho de que dos hombres adultos violaran a una menor pudiera considerarse una forma de diversión.

—¿Qué les contó Cheyenne en el cobertizo? —preguntó Jude.

—Tardó un poco. Ya le digo que siempre intentaba proteger a Madison. Pero Virgil encontró la manera de sacárselo. Nos dijo que Madison estaba en el parque y que había quedado en encontrarse con ella a las ocho junto a un árbol concreto.

A Emmy no le alegró ver constatada su teoría. Todavía recordaba aquella oportunidad perdida bajo el roble. La mirada de fastidio de Madison. Su cambio repentino cuando pareció que estaba a punto de echarse a llorar. Luego su ansiedad en lo alto de la colina. Y el «ahora no» de Emmy que empujó a la quinceañera angustiada a ir en busca de Cheyenne por su cuenta.

—Cheyenne les dijo a usted y a Virgil dónde encontrar a Madison y la tarjeta miniSD —intervino Seth—. Y luego ¿qué?

—No podíamos dejar a Cheyenne en el cobertizo porque yo no tenía ni idea de dónde estaba Adam. Podía volver a casa en cualquier momento.

—¿Por qué no la mataron? —preguntó Jude.

Walton se frotó la boca.

—Como les decía, Virgil le tenía apego. El hecho de que hubiera resistido tanto fue como un afrodisiaco. Aún no estaba dispuesto a deshacerse de ella.

Emmy se llevó la mano al corazón. Notó que Cole se esforzaba por mantener la compostura.

—Continúe —le dijo Jude a Walton.

—Virgil metió a Cheyenne en el maletero y puso la bicicleta encima. La puerta no se cerraba. Me dijo que la atara con una cuerda, pero se me da mejor cerrar los puntos de sutura. La tapa

rebotaba cada vez que pasábamos por un bache. —Su sonrisa fue fugaz. Solo a él le pareció gracioso aquel detalle—. Fuimos al parque a buscar a Madison. Virgil iba a mandarle un mensaje con el teléfono de prepago de Cheyenne para que fuera al aparcamiento, lejos de la gente, pero Madison ya estaba allí cuando llegamos. Parecía cosa del destino.

—¿Y entonces? —preguntó Jude.

—Pensé tontamente que podíamos salvar la situación. Iba a hablar con Madison, a hacerla entrar en razón. Ya les he dicho que era buena chica. Sin Cheyenne, su vida podría haber tomado un rumbo muy diferente.

Emmy empezó a sacudir la cabeza. Walton se estaba poniendo la careta otra vez. Era imposible que ninguno de los dos dejara a las chicas con vida. Eran asesinos contumaces, los dos.

Jude también se había dado cuenta.

—Cíñase a los hechos —le dijo.

Walton se encogió de hombros y añadió:

—Virgil se metió con el coche en el campo de fútbol para alejar a Madison de la gente. Los fuegos artificiales acababan de empezar. Yo salí del coche, pero Madison ya estaba mirando dentro del maletero. Intentaba ayudar a Cheyenne. Me dio miedo que se pusiera a gritar.

—¿Qué hizo?

—Qué hice yo no. Qué hizo Madison. Se dio la vuelta y me miró. Me quedé paralizado. No supe cómo reaccionar. Entonces Virgil le dio un martillazo en la cabeza, por detrás.

Emmy volvió a cerrar los ojos y rezó para que aquella imagen no la atormentara en sueños.

—¿Y luego? —preguntó Jude.

Walton suspiró.

—Como Madison no cabía en el maletero con Cheyenne y la bici, Virgil la cogió en brazos para meterla en el asiento trasero. Lo siguiente que recuerdo es que Cheyenne salió corriendo hacia los árboles. Todo North Falls estaba en el prado, bajando la colina. No recuerdo cómo cogí la pistola, pero de algún modo se me disparó y Cheyenne murió.

Emmy no necesitaba el informe de la autopsia para saber que estaba mintiendo. Había visto la herida de bala en la frente de Cheyenne cuando encontró a la chica en el agua.

—¿Era una pistola de percusión anular del calibre 22? —preguntó Jude.

—Sí —respondió Walton—. Virgil me dijo que llevara un arma y era la única que tenía a mano. A mi padre le gustaba disparar, por deporte. A mí no me gustan las pistolas.

—Sí, ya. —Cole parecía furioso—. Prefiere los martillos.

Emmy se resistió al impulso de intentar tranquilizarlo.

—Disparó usted a Cheyenne —dijo Jude—. ¿Qué hizo luego?

—Seguí las órdenes de Virgil, como siempre. —Walton se encogió de hombros—. Dijo que teníamos que dejar las bicis. No cabían las dos en el maletero y, como Cheyenne había sangrado tanto, no podíamos meterla dentro del coche. Virgil me dijo que dejara una de las bicis en medio del campo. Lanzó la otra hacia los árboles. Después cerramos el maletero y nos fuimos.

Emmy se contuvo para no volver a cerrar los ojos; aun así, vio la imagen de Madison atrapada dentro del maletero con el cuerpo sin vida de Cheyenne.

—¿Adónde fueron? —le preguntó Jude a Walton.

Él se quedó mirando sus gafas.

—Al establo. Peggy estaba de viaje. Volvía ese fin de semana. Así que tuvimos tiempo de…, de hacer planes.

Emmy sabía exactamente a qué les había dado tiempo.

—¿Encontraron la tarjeta miniSD? —preguntó Jude.

—Madison la tenía en el bolsillo. Virgil la volvió a meter en el Nokia. Le pregunté si podía ver el vídeo y hacer una copia, pero no me dejó. Dijo que era demasiado peligroso, pero sé que él sí vio el vídeo. ¿Cómo iba a resistirse?

Jude no respondió.

—¿Tuvo usted relaciones sexuales con Madison Dalrymple?

Walton se quedó callado un momento, pero luego dijo:

—Sí.

—¿Y con Cheyenne Baker?

—Antes sí. —Walton vaciló—. Después no. Eso era cosa de Virgil.

Cole cogió la mano herida de Emmy. Ella se la apretó, ignorando el dolor.

—¿Y las lesiones en los pies y las manos de Madison? —preguntó Jude.

—Eso fue… —Walton volvió a titubear—. A los dos nos gustaba. Nos turnábamos. Cómo reverberan los golpes en el mango de madera, es una vibración tan sutil… Casi como una pequeña muerte con cada chasquido.

Emmy separó los labios para respirar. Su único consuelo era que el jurado que iba a escuchar la repugnante y retorcida confesión de Walton no tendría ningún reparo en mandarlo al corredor de la muerte.

—¿Quién se deshizo de los cuerpos? —preguntó Jude.

—Lo hicimos entre los dos —respondió—. Virgil sabía que Millie había salido para ayudar a buscar a las chicas. Cogimos un bloque de cemento y un trozo de cadena de su establo. Llevamos los cuerpos hasta el centro del estanque, arrastrándolos, y los lastramos. Casi no llego a casa a tiempo. Aún tenía el pelo mojado cuando el *sheriff* llamó a la puerta. Virgil tenía el uniforme empapado, aunque nadie se fijó.

—¿Por qué las dejaron en el estanque? —preguntó Jude.

—Virgil dijo que quería asegurarse de que encontraran los cadáveres. Que se lo debíamos a los padres de Madison. Los conocía, ¿sabe? A Paul y a Hannah. Eran buena gente.

Emmy sintió en ese momento que su rabia estaba a punto de estallar. Virgil no había elegido el estanque de Millie por compasión. Había dejado allí a las niñas para joderlos a Gerald y a ella.

—Cheyenne fue paciente suya cuando vino a vivir al pueblo —dijo Jude.

—Le hice un empaste de urgencia, pero no era clienta habitual. —Walton volvió a encogerse de hombros, como si no pudiera hacer nada al respecto—. Sin embargo, Virgil se fijó en ella. A mí no me interesaba, pero él la vio en el centro comercial y algo hizo clic. Es lo que pasa con estas chicas. Te sonríen o tontean un poco contigo y notas como un tirón en el corazón. No puedes dormir. Ni comer. No haces más que pensar en ellas. Te vuelves loco si no lo paras.

—¿De quién fue la idea de secuestrar a Paisley Walker?

La actitud de Walton cambió. Durante la hora anterior se había mostrado muy comunicativo. De pronto, sin embargo, cruzó los brazos y se recostó en la silla.

—Eso ha sido cosa de Virgil. Yo no había oído nunca el nombre de Paisley hasta que lo leí en el *Herald.* Luego apareció un montón de gente enfadada delante de mi casa y pensé que Virgil estaba intentando incriminar a Adam otra vez. Pero tu padre me dijo que no creía que Adam fuera el culpable.

Emmy se inclinó hacia delante. Observó el semblante de Jude en el monitor. Nada había cambiado. Parecía tan impasible como cuando Walton había descrito el brutal asesinato de las dos chicas.

—¿Le explicó Gerald por qué pensaba que Adam era inocente? —preguntó.

—Me dijo que North Falls era un pueblo muy pequeño y que Adam era demasiado famoso. Gracias al pódcast, todo el mundo conocía su cara. Era imposible que se hubiera acercado a una adolescente. La misma turba que estaba delante de mi casa lo habría linchado.

Emmy dudaba que su padre hubiera usado tantas palabras, pero, por lo demás, parecía un razonamiento muy propio de Gerald. Estaba claro que había desarrollado esa teoría durante el largo paseo por el camino de entrada, hasta la casa de los Huntsinger. Solo la bala de la pistola de Paul le había impedido compartirla con Emmy.

—Es obvio que Virgil pensó lo mismo —añadió Walton—. Sabía que no podía inculpar de nuevo a Adam.

—¿Por qué dice que es obvio?

—Porque sé cómo piensa Virgil. Ya les he dicho que yo era desde el principio su tarjeta para librarse de la cárcel. —Volvió a encogerse de hombros—. Cuando Adam puso ese maldito martillo encima de la mesa de la cocina, fue como si Virgil me estuviera retando. Comprendí que iba a por mí.

—¿Cómo podía implicarle el martillo?

—Tiene mi ADN por todas partes. Virgil siempre usaba guantes. Siempre se ponía condón. Se depilaba con cera. Sabía exactamente lo que encontraría la policía. —Walton soltó una risa amarga—. Y, si

no lo encontraban, sabía cómo hacer que pareciera que el laboratorio lo había encontrado.

Emmy no dudó de que tenía razón. Ella misma había confiado plenamente en las conclusiones de Virgil.

—¿Por qué guardó Virgil todas las pruebas? —preguntó Jude—. Todos los papeles y los trofeos estaban escondidos a plena vista.

—Le gustaba ese juego. —Walton casi parecía sentir envidia—. Hasta hace poco, Peggy vivía allí. Solo tenía que bajar las escaleras para descubrirlo todo. Pero nunca lo hizo. Confiaba en él. Todo el mundo confiaba en él: Gerald, Emmy Lou, el padre Trask, todo el puñetero pueblo. Disfrutaba engañando a los demás. Te da un subidón saber que eres más listo que el resto de la gente.

Jude se abstuvo de señalar que al final no había sido tan listo.

—¿Y hace doce años? ¿Fue idea de Virgil inculpar a Adam del asesinato de Cheyenne y Madison?

—Nosotros no le tendimos ninguna trampa. —Walton pareció perplejo por la pregunta, a pesar de que había usado el permiso de conducir de su hijo precisamente con ese fin—. Sencillamente, las cosas sucedieron así.

—¿Y el collar de Cheyenne? Lo encontraron en su jardín.

—Supongo que la explicación que dio Adam es cierta: Madison se lo dio para que lo arreglara. Siempre estaba haciendo chapucillas de ese estilo. Es muy manitas.

—Había un collar roto en el camino donde atropellaron a Cheyenne.

—Pues llevaría otro collar —repuso Walton—. Tiene usted que entender que Adam siempre está donde menos le conviene. Toda su vida, lo único que ha hecho ha sido cagarla. Yo tenía que sacarlo de apuros continuamente.

—No lo sacó de apuros hace doce años —comentó Jude—. Lo condenaron a muerte. Podrían haberlo ejecutado.

—Así son las cosas, guapa. Usted conoce a Adam desde hace mucho tiempo. —Walton volvió a cruzarse de brazos—. Los dos sabemos que iba a acabar en la cárcel. Era un desastre. Vendía droga a chavales. Era incapaz de conservar un trabajo. Estaba casi siempre borracho. Tuve que elegir: su vida o la mía. Ya sé que no

cree que mi trabajo benéfico tenga importancia, pero estoy orgulloso de todo el bien que he hecho. Atendía a personas de las que nadie más se ocupa. Además, sabía que Adam dejaría abandonada a Alma. No podía permitir que me encerraran, tenía que cuidar de ella.

Cole se removió junto a Emmy. Estaba furioso.

—Ese cabrón solo se preocupa de sí mismo.

Emmy mantuvo la vista fija en los monitores. Jude había mirado la hora. Estaba dosificando fuerzas. Había muchos más asesinatos de los que hablar.

—¿Qué le parece si nos tomamos un descanso para ir al baño? —le dijo a Walton.

—Sí, pero… —Él pareció dudar—. ¿Puede decirme cómo está Alma?

Jude miró a Seth. Él pareció sorprendido. Era la primera vez desde hacía horas que Jude le prestaba atención.

—Agente Alexander, ¿tiene alguna novedad?

Seth dejó la libreta y el bolígrafo.

—Los médicos han dicho que la dosis de lidocaína que le dio Walton era tóxica, pero que su vida no corre peligro.

Jude se volvió hacia Walton:

—Buenas noticias, ¿no?

Él no pareció aliviado. Durante doce años había mantenido a su esposa alejada de la policía. Alma tenía que saber más de sus crímenes de lo que ella creía.

—Sí. Gracias.

Emmy volvió a oír que Cole rezongaba entre dientes. Esperó a que escoltaran a Walton fuera de la sala de interrogatorio y luego encendió la luz. Miró a su hijo.

—¿Estás bien, cariño?

Cole tenía la mandíbula tensa. El hueso sobresalía como un yunque. Emmy esperaba que se pusiera a despotricar otra vez contra Walton Huntsinger, en cambio dijo:

—Me enviaste ese mensaje sobre Virgil y luego no respondiste cuando te llamé. Siempre respondes cuando te llamo.

Emmy se sintió culpable, pero esta vez no iba a dejarse aplastar por su mala conciencia.

—Tienes razón. Lo siento. Me pillaste en un mal momento.

Cole se rio.

—Literal.

—Tu abuela odia que uses así esa palabra.

La sonrisa de Cole vaciló.

—Tuvimos a Virgil delante de las narices todo el tiempo.

—Yo más que tú —le recordó Emmy—. Virgil era un psicópata. Nos engañó a todos, al pueblo entero. Ni su mujer ni sus hijos tenían idea de lo que estaba haciendo. Ni siquiera el abuelo se dio cuenta. Si buscas a quien culpar, aquí todos somos culpables.

Cole no parecía muy convencido.

—Jude dijo que los pederastas también embaucan a las personas de su entorno. Así, cuando un menor dice que está pasando algo malo, creen al pederasta y no al menor.

—Y es cierto —repuso Emmy. Aunque era un triste consuelo—. Cariño, recuerda lo que decía el abuelo sobre los errores.

—Que te dan la oportunidad de perdonar. —Cole miró la sala de interrogatorio vacía a través de los monitores. Emmy se dio cuenta de que su determinación empezaba a flaquear—. Estoy empezando a darme cuenta de que el abuelo ha muerto de verdad. Su entierro es dentro de unos días.

—Mírame. —Emmy giró su silla para que la mirara a la cara. No pudo evitar arreglarle el cuello de la camisa. Se había vuelto a dejar el botón desabrochado—. Sé que debería decirte que tienes que asimilarlo a tu manera, pero deberías desahogarte antes del funeral. No va a ser un entierro íntimo. Habrá mucha gente observándonos. Estará el gobernador, habrá senadores, políticos, policías de toda la región, cámaras de televisión, fotógrafos… Va a ser difícil mantener la compostura, pero yo estaré a tu lado, también Tommy y Celia y el resto de la familia. Tienes que recordar que eres un Clifton. Agacha la cabeza y…

—Cumple con tu trabajo. —Hizo un breve gesto afirmativo con la cabeza, pero Emmy sabía que eso sería justamente lo que haría su hijo—. ¿Y Jude? ¿También irá?

Emmy no lo había meditado, pero sabía la respuesta.

—Depende de ella. Yo no voy a impedírselo.

—Yo tampoco. —No había alivio en su expresión—. Tengo que decirte otra cosa, pero me va a costar.

Ella se preparó en silencio para otra mala noticia.

—Adelante.

—Lo que hiciste para encontrar a Paisley. La decisión que tuviste que tomar con Virgil. Solo quiero decirte… —Sacó la mandíbula un par de veces mientras trataba de dominar sus emociones—. Espero ser algún día tan buen policía como tú. Espero aprender a serlo.

Emmy también tuvo que esforzarse por reprimir sus emociones. Menuda pareja hacían, su hijo y ella… Sentados juntos, a solas, en una sala tranquila, reprimiendo las ganas de echarse a llorar incontrolablemente. Tendría que ponerle remedio a aquello en algún momento, convertirse para Cole en el refugio que Gerald había sido para ella.

Sin embargo, hoy no.

—Cariño, espero que nunca tengas que tomar esa decisión, pero sé que vas a ser un buen policía. Ya vas por el buen camino. Nunca he estado tan orgullosa de ti. Eres casi perfecto.

Le tiró del cuello de la camisa para que viera que había algunas cosas en las que podía mejorar. Después buscó la manera de cambiar de tema. Se sentía demasiado frágil en ese momento para seguir dándole ejemplo de entereza. Por suerte, tenía un recurso al que podía recurrir para zanjar bruscamente la parte difícil de la conversación.

—Yo también tengo que contarte una cosa. Como no hay manera de suavizar el golpe, voy a decírtelo sin rodeos. Tommy y yo decidimos hace tiempo que, cuando el abuelo faltara y hubiera que trasladar a la abuela a una residencia, íbamos a vender la casa.

Cole se enderezó en la silla.

—¿Qué?

—Tienes que llevarte todas tus cosas antes de fin de mes.

—Mamá…

—Yo que tú iría llamando al tío Penley. Celia me ha dicho que es imposible que Tommy saque su colección de sombreros de su cuarto de invitados. —Emmy se levantó para irse—. Sigue observando el interrogatorio. Avísame si crees que tengo que oír algo.

—Mamá…

—*Sheriff* en funciones —puntualizó ella, lo que bastó para hacerle callar.

Dejó la puerta entreabierta para que se renovara el aire de la sofocante salita. Tenía que revisar el correo electrónico, organizar los turnos y hablar con los ayudantes. Una larga lista de tareas pendientes ocupaba su cabeza cuando echó a andar por el pasillo. Pero su cuerpo tenía otros propósitos. Un hormigueo le recorrió la columna vertebral, una especie de advertencia primitiva. No el cosquilleo de su padre, ni su «no pinta bien», sino una pena latente que había procurado mantener a raya esos últimos días. Su despacho —y el de Gerald— estaba al final del pasillo. La luz seguía apagada. El chubasquero de su padre seguía colgado de la percha.

Abrió la puerta del aseo de señoras. Se sobresaltó al ver a Jude delante del lavabo. Tenía las manos apoyadas en la encimera y la cabeza baja. La interrogadora fría e imperturbable había desaparecido. Le corrían lágrimas por la cara. Era como si todas las palabras retorcidas y perversas que habían salido de la repugnante boca de Walton Huntsinger durante las últimas siete horas le hubieran hecho efecto de golpe.

Emmy se sintió profundamente avergonzada por presenciar un momento tan íntimo. Hizo ademán de irse.

—No te vayas —le dijo Jude.

Emmy se sintió atrapada en el lado equivocado de la puerta. Jude parecía destrozada. Era imposible que quisiera que la vieran así.

Se rio al verla tan incómoda.

—Veo que Myrna te enseñó a tenerle pánico al llanto.

—Creo que es una predisposición genética —contestó Emmy—. Como esa gente a la que el cilantro le sabe a jabón.

—Eso se debe a una variante de los genes de los receptores olfativos que reacciona a los aldehídos de las hojas. —Jude también había aprendido algunos trucos de Myrna. Parecía más serena cuando empezó a retocarse la raya de los ojos delante del espejo. Fijó la mirada en el reflejo de Emmy. Tenían el baño para ellas solas. Eran las únicas dos mujeres de la comisaría—. Está bien sentir lo que sientes.

—Claro. —Emmy no pensaba dedicarse a mirarse el ombligo en el aseo de señoras con su hermana mayor, a la que apenas conocía. Volvió a terreno más seguro—. Podemos acusar a Dale de complicidad en el asesinato de Cheyenne y Madison, ¿no?

—Sí. —Jude fue a buscar papel higiénico al retrete—. Proporcionó apoyo material a Virgil y Walton para cometer los crímenes y después limpió el Audi para ayudarlos a encubrir los asesinatos. Seguramente conseguirá que le rebajen la pena a cadena perpetua a cambio de testificar contra Walton. La buena noticia es que nunca más podrá tocar a una niña.

Emmy deseó sentirse más aliviada de lo que se sentía.

—¿Y Adam? ¿De verdad le engañaron?

Jude se secó la nariz.

—Es lo que me dice mi instinto.

A Emmy también.

—Adam seguirá en la cárcel por amenazar de muerte a Brett e incumplir los términos de su libertad condicional.

—Y por violación —dijo Jude—. Barbara Jericho merece justicia.

Emmy confiaba en que la tuviera.

—Virgil tenía bien agarrado a Dale Loudermilk. Tenía que haber algo más que pornografía infantil en su portátil. Es posible que Dale tuviera víctimas en el mundo real.

—Tienes razón. —Jude se apoyó en la encimera—. Voy a pedirles un favor a mis antiguos jefes, a ver si me dejan encargarme de Dale en calidad de asesora. Creo que puedo conseguir que hable.

—La prisión de Dooley está solo a media hora en coche de aquí. —Emmy se encogió de hombros—. Quiero decir que supongo que te quedarás para el entierro de papá, pero…

—¿Estás segura, Emmy? —La cara de póquer de Jude desapareció otra vez. Parecía desvalida, casi jadeante de anhelo—. Me gustaría mucho despedirme de papá, pero no si Cole o tú estáis incómodos.

Emmy no podía soportar verla tan vulnerable.

—¿Y Tommy?

—Me dijo que él estaba bien si vosotros estabais bien.

Emmy sabía que siempre se podía confiar en su hermano al menos para eso.

— Estoy bien.

—Gracias. —Jude hizo una pausa para recomponerse—. Oye, sé que por aquí ir a terapia es un tabú, pero tendrás que hablar con alguien sobre lo que te ha pasado con Virgil. No solo por la traición. Matar a alguien es algo muy gordo.

—Sí. —Emmy prefería dejarlo así. Había muchas cosas en las que no quería pensar, pero, sobre todo, no quería pensar en Virgil—. ¿Cuánto tiempo te llevará lo de Dale Loudermilk?

—El que haga falta —respondió Jude—. Creo que de todos modos me voy a quedar por aquí un tiempo. Sé que casi no nos conocemos, pero me gustaría que eso cambiara.

Emmy tuvo la horrible sensación de que iban a saltársele las lágrimas. Su cuerpo volvía a rebelarse. Tenía que dormir un poco o acabaría volviéndose loca.

—Tienes razón. Casi no nos conocemos.

—Sí —asintió Jude—. Pero a veces viene bien tener a una desconocida cerca, por si necesitas hablar de algo.

Emmy parpadeó, intentando contener las lágrimas. En lugar de ver a Jude, vio el despacho de Gerald. Su silla vacía. Las fotos que él mismo había impreso y enmarcado. Hablaban de vez en cuando por encima de sus mesas, nada más que ellos dos: dos personas que nunca habían hablado con nadie hablando entre sí.

—Sí —dijo.

Se secó los ojos al salir al pasillo. Intentó respirar hondo, pero le dolían tanto las costillas que era como si un atizador al rojo vivo se le clavara en el pecho. En la sala común sonaban teléfonos, como siempre. El personal de apoyo del FBI y los voluntarios se habían ido a casa. El tercer turno ya estaba patrullando las calles. Los dos inspectores del departamento estaban en sus mesas. Por primera vez desde la muerte de Gerald, se dio cuenta de que ahora era ella quien estaba al mando, sola. No había nadie que la respaldara. Nadie a quien recurrir, salvo ella misma.

—Jefa Clifton —Sherry Robertson parecía enfadada, lo que significaba que había visto el vídeo de Emmy y Hannah hablando en el calabozo—, ¿tiene un momento?

Sin pensarlo, Emmy le indicó con un gesto que entrara en su despacho. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta que alcanzó el interruptor de la luz. Se encendieron los fluorescentes. Dos escritorios, uno frente al otro. Una silla plegable que podía girarse en uno u otro sentido para las visitas. Bajó la mirada al suelo. Sus botas ya habían cruzado el umbral. No podía sentarse en ese momento. Se apoyó en su mesa y esperó.

—Seguro que no le sorprenderá saber que voy a tener que dejar en libertad a Hannah Dalrymple —dijo Sherry.

Emmy no iba a entrar en eso.

—¿Y Paul?

Sherry se cruzó de brazos, pero no insistió en el asunto de Hannah. Los agentes de la OIG estaban bien entrenados para relacionarse diplomáticamente con las ineptas fuerzas de policía locales.

—Se le ha pasado la borrachera y por fin está haciendo caso a sus abogados. Quieren que se descarte la pena de muerte. Confesará haber disparado a Gerald si aceptamos cadena perpetua sin libertad condicional.

Emmy sabía que si se llegaba a un acuerdo con la fiscalía no habría juicio. Hannah no tendría que declarar bajo juramento. Ningún testigo subiría al estrado. Los abogados de Paul no intentarían desmontar el caso. Se declararía culpable del asesinato de su padre y moriría en prisión.

—¿Le ha preguntado a Tommy qué opina? —preguntó.

—Dijo que dependía de usted.

Tommy nunca fallaba.

—Por mí pueden aceptar la propuesta. Mi familia ya ha sufrido bastante. Y la de Paul también.

No había nada más que decir. Sherry se marchó. Emmy cerró la puerta. Miró el despacho vacío. Fotos de Cole y de ella en uniforme. Tommy con un sombrero hongo. Celia con su gata. Condecoraciones en la pared. Una foto del gobernador, otra del presidente. No había papeles en la mesa de Gerald. Las últimas semanas habían sido duras para él. El cáncer se había extendido a la columna vertebral. Algunos días, le costaba vestirse por la mañana, por el dolor.

Emmy sabía que debía tomarse un respiro. Darse tiempo para llorar. Asimilar lo que había perdido. Encontrar la manera de superarlo. En cambio, se sacó el teléfono del bolsillo y llamó a Dylan.

—¿Cariño? —Parecía preocupado—. ¿Estás bien?

Emmy se dio cuenta de que no era su llamada lo que le había asustado. Parecía que había pasado toda una vida desde que había matado a Virgil y encontrado a Paisley. Para Dylan, en cambio, solo habían pasado unas pocas horas.

Solo pudo decirle:

—Estoy en comisaría.

—¿Ya te ha interrogado la OIG por el tiroteo? —Dylan hablaba como un abogado—. No pueden hablar contigo sin la presencia de un abogado.

—Mi representante sindical está de camino. —Emmy sintió que se le cerraba la garganta. No le había llamado para hablar de la muerte de Virgil—. Van a soltar a Hannah.

Dylan se quedó callado un segundo.

—¿Y eso?

—Me descalifiqué como testigo presencial al bromear con ella en el calabozo delante de las cámaras de seguridad.

—Vaaale —dijo Dylan alargando la palabra.

—Y no solo eso. Nadie ha declarado que Hannah estuviera tocando el arma cuando se disparó. La OIG no ha podido imputarla. Van a por Paul. Sus abogados le están convenciendo para que acepte un acuerdo con la fiscalía y evite jugársela en el juicio.

Al igual que Jude, Dylan sabía servirse del silencio, lo que seguramente decía más de Emmy que de ellos.

—Sé que es una pregunta tonta, pero ¿cómo te sientes al respecto? —dijo por fin.

—Fatal —reconoció Emmy—. Gerald quería a Hannah. Era mi mejor amiga desde siempre. Cole la adora. Paul era su marido. Tienen un hijo juntos. Davey ya perdió a una hermana por culpa de la violencia. Ahora va a perder a su padre. Y casi pierde a su madre.

—Todas esas afirmaciones son exactas.

Volvía a hablar como un abogado.

—He entrado en el despacho de mi padre por primera vez desde que murió y sé que si empiezo a llorar ya no podré parar.

Esta vez, cuando Dylan guardó silencio, Emmy comprendió que era porque estaba impresionado. La última vez que había hablado con él tan descarnadamente había sido doce años antes, en el pasillo de un instituto.

Se obligó a seguir adelante.

—Llevo tanto tiempo esperando su muerte… —Decirlo en voz alta la hizo sentirse como un monstruo, pero no podía retractarse: era la verdad—. No es que quisiera perderlos, pero cuando a Myrna le diagnosticaron la enfermedad, empezó una cuenta atrás y desde entonces lo único que he oído cada día, cada semana, cada mes y cada año ha sido este tictac constante. Esperando siempre que olvidara cosas, lugares y recuerdos y que, al final, se olvidara también de mí, de Tommy, de Cole y de mi padre. —Se apoyó en la puerta para sostenerse—. Y entonces a mi padre le diagnosticaron el cáncer y nadie sabía decirnos cuánto tiempo tardaría en morir, así que empezó a correr otro reloj, y yo no podía soportar otro más. Al mismo tiempo no. Veíamos cómo se iba deteriorando poco a poco y mientras tanto mi madre nos atormentaba como un fantasma en su propia casa y nadie sabía decirnos cuándo iba a terminar aquello. —Tuvo que detenerse para tragar saliva—. Los echo tanto de menos, Dylan… Llevaba mucho temiendo perderlos y, de repente, es como si alguien hubiera chasqueado los dedos y los dos relojes se hubieran parado al mismo tiempo, y ellos ya no están. Y lo peor es que me siento increíblemente aliviada porque esta puta mierda haya acabado por fin y ya no tenga que vivir con ese tictac constante.

Oyó que Dylan soltaba un largo suspiro.

—Lo siento mucho, *cariño*.[4] A veces las cosas son una puta mierda y tienes que aceptarlo, no hay que avergonzarse de sentir alivio cuando lo malo se acaba.

Ella se secó la nariz con la manga.

—¿Me preparas la cena?

—Mi amor, es medianoche.

Emmy miró el reloj. Tenía razón. Había perdido por completo la noción del tiempo mientras estaba en el cuartito a oscuras con Cole.

El tercer día desde la muerte de su padre se acercaba poco a poco.

—¿Qué tal si te preparo el desayuno? —dijo Dylan.

—Vale.

Colgó. No podía echarse a llorar delante de todo su equipo. Volvió a limpiarse la nariz. Dejó el teléfono sobre la mesa. Al hundirse en la silla, sintió como si una picana para ganado se le clavara en las costillas.

—Toc, toc. —Vanna Temple abrió la puerta sin que la invitara a entrar. Al ver la cara de Emmy, preguntó—: ¿Te pillo en mal momento?

Emmy contuvo una mueca de fastidio. Nunca era buen momento para atender a la exasperante esposa de Brett. Sobre todo porque estaba otra vez henchida de orgullo por su embarazo.

—¿Querías algo, Vanna?

—Le he traído un uniforme limpio a Brett. Como lo tienes trabajando tantas horas… —Vanna se sentó trabajosamente en la silla plegable. El vestido de lunares amarillos y blancos se le tensaba sobre la barriga como un calcetín dado de sí—. He pensado que debía pasarme por aquí para decirte que Brett va a lanzarse y se va a presentar a *sheriff.*

Emmy apretó los labios. Lo peor de aquella conversación era que su hermana había tenido razón desde el principio.

—Las dos sabemos que tú no quieres el puesto —añadió Vanna—. Nadie puede estar a la altura de Gerald, pero Brett hará todo lo posible para que tu padre se sienta orgulloso. Espero que cuente con tu apoyo.

Emmy se quedó mirándola un rato incómodamente largo.

—¿De dónde te sacas que no quiero el puesto?

—Bueno, es un trabajo duro, ¿no?

—¿No te has enterado de lo que ha pasado estos últimos dos días?

Vanna se rio, aunque aquello no tenía nada de gracioso.

—No creo que este pueblo esté preparado para que el *sheriff* sea una mujer.

—Este pueblo —repitió Emmy—. ¿Quieres decir que el condado de Clifton, donde viven todos los Clifton, no está preparado para que

otro Clifton sea *sheriff?*

—Bueno, no era una crítica contra ti, cariño. Simplemente, no es el orden natural de las cosas. —Vanna se encogió de hombros, dando a entender que todo eso escapaba a su control—. Las mujeres no lideran. Los hombres sí. Ellos son los cazadores. Nosotras, las recolectoras. Son nuestros protectores. Tenemos que dejar que nos protejan.

—¿Y de quién necesitamos que nos protejan?

—¿Cómo dices?

—¿De quién necesitamos las mujeres que nos protejan, Vanna? —dijo Emmy imitando el tono de Myrna.

Vanna, evidentemente, sabía la respuesta. Ya no se reía.

—Emmy, no seas tonta.

—*Sheriff* —dijo Emmy—. Ese es mi rango ahora. Antes era jefa adjunta. Ahora soy *sheriff.*

—Vale, bueno, ya veo que no estás en condiciones de hablar. —Esbozó una sonrisa tensa—. Que tengas un buen día, *sheriff.*

Su tono socarrón quedó algo deslustrado por el esfuerzo que le costó levantarse de la silla. Dejó abierta la puerta del despacho. Emmy se levantó para cerrarla. En lugar de volver a su mesa, empujó su portátil hacia el lado de Gerald. Dejó pasar unos segundos antes de ocupar la silla de su padre.

Cuando era niña, Gerald solía llevarla a la comisaría para que Myrna pudiera descansar. La instalaba en su mesa, con ceras de colores y libros para colorear, y encendía la radio para que no le oyera hablar de cosas del trabajo con Virgil.

Ella siempre había odiado colorear y Myrna no la había educado para que se estuviera quieta. Pasaba la mayor parte de ese tiempo dando vueltas en la silla de su padre hasta marearse. Luego se hizo mayor y empezó a pasar todo su tiempo libre con Hannah. Después llegó Jonah. Más tarde se puso el uniforme de ayudante del *sheriff* y se sentó en la sala común de la comisaría. Y por último se sentó frente a su padre como jefa adjunta.

Ahora estaba sentada en la silla de Gerald porque quería tener la espalda pegada a la pared. No quería que nadie viera por casualidad lo que estaba haciendo. Encendió su portátil. Abrió la copia de

seguridad en la nube de su teléfono. Seleccionó el vídeo de hacía dos días que había grabado en la calle, frente a la casa de Adam Huntsinger.

Pulsó el *play.*

Dervla Culpepper tenía la cara crispada en un gesto de arrogancia mientras grababa a la turba con su iPhone. Ashleigh Ellis miraba su reloj. Brandi Norton estaba agachada, atándose el zapato. La gente empezaba a alterarse de nuevo. Madres vestidas con mallas. Hombres con monos de trabajo. Algunos rezagados con ropa de *sport.* Veintiséis personas alteradas e impredecibles, más las que estaban llegando.

Cuando Emmy había empezado a grabar, Hannah ya estaba allí y Gerald seguía dentro de la casa. Había querido grabar las caras del gentío porque a veces, de cuando en cuando, había delincuentes violentos que intentaban inmiscuirse en las investigaciones. Fingían ser testigos oculares, o ciudadanos preocupados o espectadores, o se ofrecían voluntarios para abandonar su retiro y echar una mano en el caso.

Se oyó una tos en la sala común. Emmy esperó hasta asegurarse de que nadie se dirigía al despacho. Bajó el volumen cuando Hannah preguntó: «¿Crees que Adam se ha llevado a Paisley?».

Tocó el ratón para acelerar la conversación. Todavía recordaba lo chocante que le había parecido que Hannah le hiciera una pregunta directa. Su angustia compartida mientras veían a Gerald avanzar lenta y trabajosamente por el camino de entrada. El calor reconfortante de la mano de Hannah agarrando la suya. El sudor de su padre cuando se apoyó en el buzón para recuperar el aliento.

Ver tan frágil a Gerald había sido tan desconcertante que Emmy se había metido el teléfono en el bolsillo del chaleco sin parar la grabación. La cámara había seguido filmando dieciséis minutos. Cuando por fin la detuvo, estaba ya sentada dentro de su coche patrulla, junto a su hijo, y cubierta de sangre.

Pulsó la tecla para que el vídeo volviera a verse a velocidad normal.

Gerald se apoyaba en el buzón como si fuera una muleta. Se veía a todas luces que estaba muy débil. Tenía la piel pálida. No podía

mantenerse erguido debido a las fracturas de la columna vertebral. Su voz sonó rasposa cuando le dijo a la multitud: «Paisley Walker no está aquí. Váyanse a casa. Déjennos hacer nuestro trabajo».

Emmy adelantó unos segundos el vídeo. Gerald se había apartado del buzón. Había hecho acopio de sangre fría. Se había erguido. La táctica había funcionado. La gente se estaba dispersando, pero Dervla Culpepper le puso el teléfono en la cara a Gerald. Parecía exhausto cuando respondió a su estúpida pregunta.

«Señora, el caso contra Adam Huntsinger es…».

Hannah gritaba el nombre de Paul.

La cámara giraba al mismo tiempo que Emmy.

La secuencia de acontecimientos se sucedía tan deprisa que ahora, sentada sola en el despacho, tuvo que ralentizar el vídeo a un cuarto de su velocidad normal para entender lo que había ocurrido.

Paul la apuntaba con el revólver al corazón. La multitud se dispersaba. Cundía el pánico. Gritos. Lloros. Empujones. Cole echaba a correr a lo lejos, con el chaleco ondeando a su espalda. Entonces Hannah aparecía en el encuadre y agitaba las manos en busca de la pistola.

Emmy se acercó a la pantalla. Redujo aún más la velocidad del vídeo.

Vio cómo el dedo índice de la mano izquierda de Hannah se deslizaba accidentalmente en el guardamonte en el instante en que Paul disparaba el revólver. El cañón se levantaba, desviando la trayectoria de la bala, que pasó casi rozando a Emmy y fue a incrustarse en el pecho de Gerald.

Emmy detuvo el vídeo. Respiró hondo. Se recostó en la silla de su padre.

Hannah le había salvado la vida.

Sherry Robertson habría dicho que había ayudado a matar a Gerald.

Emmy se quedó mirando la imagen detenida. Aún salía humo del cañón del revólver. No necesitaba ver el resto. Los detalles del asesinato de su padre la acompañarían siempre. Arrastró el archivo a la papelera. Pulsó «eliminar definitivamente». Al día siguiente compraría un teléfono nuevo y metería el viejo en agua hasta

estropear los circuitos. Nadie vería nunca aquel vídeo. Nadie, salvo ella y Hannah, sabría nunca lo que había sucedido realmente.

Una fracción de segundo. Un gesto reflejo. Un momento fatal.

Perder algo precioso. Aferrarse a un matrimonio fracasado. Intentar proteger a una niña.

Emmy sabía exactamente cómo era todo eso.

Y sabía también que los errores podían darte una razón para perdonar.

[4] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

Doce días después

Capítulo 20

Jude estaba sentada junto a la cama de su madre. La luz estaba apagada, pero las rayas de sol que se colaban por las lamas de la persiana entreabierta se desplazaban lentamente por el suelo. Myrna estaba dormida al entrar Jude, lo que era un regalo en todos los sentidos. Hacía cuarenta y dos años que no se veían. Jude tenía casi veinte años más de los que tenía Myrna aquel día ya lejano. La impresión de ver a su madre tan consumida era casi insoportable. Jude la recordaba como una mujer imponente y temible, que citaba a Nathaniel Hawthorne para describir tu atuendo o empuñaba un bolígrafo rojo para corregir tu tarjeta del Día de la Madre.

Esa Myrna no era la anciana que languidecía en aquella cama de hospital. Parecía tan pequeña, tan vulnerable… Su piel era casi translúcida. Las venas azules se entrecruzaban en los párpados. El color de sus labios recordaba al de las hortensias de color rosa claro que aún crecían en su jardín.

Trece días antes, Jude había compuesto un discurso excelente durante el vuelo de cinco horas desde San Francisco y las tres horas de viaje en coche hasta North Falls y mientras recorría a pie los últimos metros hasta la funeraria de Milo, donde yacía muerto su padre. Era un discurso breve, porque a su madre nunca le habían gustado los soliloquios floridos. Consistía sobre todo en una serie de peticiones, porque Jude daba por sentado que Myrna controlaría, como siempre, el equilibrio de poder.

«¿Me dejarás verla? ¿Dejarás que hable con ella? ¿Permitirás que entierre mi dolor?».

Años de terapia la habían ayudado a superar muchos momentos oscuros de su vida. La noche que Adam Huntsinger la violó. El haber empezado a beber en exceso para embotar el dolor. Perder a Henry

en el río Flint. Los días de espera hasta que encontraron su cuerpo. Ver a Gerald beber hasta caer en un estado de estupor. Presenciar cómo se desmoronaba Myrna por completo. Ser testigo de la caída definitiva de Tommy en la invisibilidad. La culpa con la que cargaría siempre por el pequeño papel que había desempeñado en la muerte de su hermano.

Eran muchísimas cosas que asimilar, pero ninguna de esas sesiones la había llevado al punto de poder perdonarse a sí misma el haber abandonado a su bebé.

Cuarenta y dos años atrás, se hallaba sumida por completo en su adicción al alcohol. Apenas logró graduarse en el instituto. Myrna y Gerald, finalmente, la echaron de casa. Nadie sabía que estaba embarazada. Casi no se lo había reconocido a sí misma. Era inestable, una indigente que vivía en el coche que le había robado a la tía Millie. Se fue a Memphis para emprender una carrera musical imposible. Hizo caso omiso de su embarazo hasta que fue demasiado tarde y no le quedó más remedio que seguir adelante con él.

De alguna manera, por obra de algún milagro, estaba completamente sobria cuando dio a luz. A diferencia de la mayoría de las mujeres, recordaba casi con todo detalle esa fría mañana de noviembre. Se acordaba, sobre todo, de la amable enfermera que la advirtió de que la policía estaba subiendo a la sala de maternidad. Querían interrogarla sobre un atropello; alguien había visto el coche de Millie huyendo del lugar.

La enfermera le dio una bolsa de plástico con pañales y leche de fórmula. Aún le goteaba sangre por las piernas cuando se escabulló por la puerta de ambulancias. El bebé ni siquiera tenía nombre. Tampoco partida de nacimiento ni documento de registro. Solo una madre alcohólica que llevaba siete meses viviendo en un coche robado.

Aún no sabía por qué no abandonó al bebé en el hospital. No se engañaba pensando que se le había colmado el corazón de alegría la primera vez que sostuvo en brazos a su niña. Ese momento llegó horas después. Paró en la cuneta para dormir. La niña empezó a chillar como una sirena. Jude lo intentó todo: darle de comer,

cambiarle, rogarle y suplicarle. Luego puso la radio y Emmylou Harris estaba cantando *Sweet Dreams.*

Cuando Henry y ella eran pequeños, Gerald los llevaba de vez en cuando unas horas a la comisaría para que Myrna pudiera quedarse un rato a solas en casa. Para que se entretuvieran, esparcía ceras de colores y libros de colorear sobre su mesa. Luego ponía un disco para que no le oyeran debatir los casos con sus ayudantes.

Emmylou Harris era su favorita. Jude se sabía las letras de todos sus álbumes. Aquella fría y oscura mañana, en la cuneta de la carretera a las afueras de Memphis, acunó a Emmy Lou en brazos mientras le cantaba aquella dulcísima serenata. Al llegar al último verso de la canción, solo lloraba ella, maravillada por las delicadas pestañas de Emmy Lou. Por el radiante azul claro de sus ojos. Por el precioso mohín de sus labios y el dulce olor de su cabecita. Por el latido insistente de su corazón contra la palma de su mano.

Al marcharse del hospital, su único objetivo era huir de la policía. Aquel momento en el coche con Emmy Lou le dio un nuevo rumbo. Se dirigió hacia el sur. Empezó a hacer planes. Iría a la universidad. Criaría a su hija. Sería profesora como su madre. Se ganaría de nuevo el respeto de Gerald. Cuando entró en el condado de Clifton, se sentía pletórica.

Todo eso cambió cuando Gerald abrió la puerta. Aunque hacía un frío brutal, no la dejó entrar. Sin decir nada, Myrna se llevó a Emmy Lou a la cocina para que no pasara frío. Millie y el padre Nate estaban en la mesa jugando a las cartas, como cada semana. Gerald le dijo a Jude que esperara en el porche y le cerró la puerta en las narices.

Se sintió como un cachorro perdido mientras miraba por la ventana de encima del fregadero. Nadie la miraba. Myrna apoyó la cabeza de Emmy Lou sobre su hombro. Su madre tenía la mandíbula apretada, el hueso sobresalía mientras miraba fijamente la puerta de la nevera. Jude no oyó lo que decían, pero la conversación fue breve. Asintieron todos con la cabeza, poniéndose de acuerdo en silencio. Luego Gerald y Myrna abrieron la puerta y le comunicaron su decisión. La enunciaron como una elección, pero en realidad era

un ultimátum: Jude podía irse con Emmy Lou o podía irse y dejar a Emmy Lou.

Ahora, cuando echaba la vista atrás, se daba cuenta de que en realidad no le habrían permitido irse con el bebé. Era una madre soltera alcohólica que vivía en un coche robado.

Entonces Gerald prometió que dejaría de beber y Myrna que querría a la niña. Y ella, por su parte, les prometió que no volvería a poner un pie en el condado de Clifton hasta que ambos estuvieran muertos.

Se oían ruidos en el pasillo, más allá de la puerta cerrada de Myrna. Dos mujeres hablando, ruido de platos y cubiertos. Myrna movió la mano, pero solo para apartarse la sábana del cuello. El sol se había acercado a la cama. Jude se puso de pie para ajustar la persiana. Acabó contemplando el aparcamiento a través de las lamas. Pensó en algo que le había preguntado Emmy delante de la casa de Carol Walker: ¿por qué había dedicado décadas de su vida a devolver a niños perdidos a sus padres y en cambio no había vuelto ni una sola vez a casa, con Myrna y Gerald?

Era una buena pregunta, pero equivocada respecto al verdadero propósito de sus veintisiete años de carrera.

Las doce fotos de niñas asesinadas de la pared de su despacho, los tediosos viajes de ida y vuelta a la prisión de Folsom, las horas pasadas con Freddy Henley, los años de búsqueda en los Pinnacles. Las rutas de senderismo. Itinerarios de escalada. Zonas de anidación. Grutas y cuevas que servían de hogar a no menos de trece especies de murciélagos. El Muro de la Resurrección. El cañón de la Rana. El barranco del Oso. El pico Hawkins. El risco del Machete. Tanya Butler, Natalie Daniels, Honora Rios, Wanda Trochek, Mary Kay Morris, Valerie Lydelle, Jennifer Wu, Mandy Crull, Johna Blackmon, Kayse Nguyen, Steph Haver, Darlene Talbot.

Jude no había encontrado a las jóvenes asesinadas por Freddy Henley. Había encontrado sus huesos. Sus cenizas. Sus dientes rotos. Su búsqueda nunca había tenido como fin reunir a un padre o una madre con su hija perdida, sino procurarles algo que ella nunca había tenido: un lugar donde enterrar su dolor.

Se apartó de la ventana. Myrna seguía durmiendo. Ya no se oían ruidos en el pasillo, pero alguien estaba intentando accionar la manilla de la puerta. Jude estaba a punto de abrirla cuando se abrió de golpe.

—¡Millie Clifton! —anunció Millie al tiempo que aspiraba todo el oxígeno de la habitación. De pronto se encendió la luz. Millie vio a Jude y frunció el ceño—. Me debes tres mil dólares del coche que me robaste.

—Se lo vendí a una puta por seiscientos pavos en California.

—Esta vez lo quiero en efectivo, listilla. No vas a endilgarme otra vez un cheque sin fondos.

A Jude solo le sorprendió que no le exigiera intereses.

—¿Cómo se las ingeniaron, Millie? ¿Myrna apareció sin más con…?

—¡Silencio!

Millie le puso un dedo nudoso en los labios, obligándola a callar. Luego cruzó la habitación tambaleándose con los brazos extendidos, como Frankenstein, seguramente para poder agarrarse si se caía. Se apoyó en la mesita de noche. Cogió el mando a distancia y apuntó al televisor. En la pantalla apareció *La ley del revólver.* La señorita Kitty y el doctor estaban junto a una diligencia. Millie subió el volumen hasta que se volvió casi ensordecedor. Soltó el mando y volvió a cruzar la habitación arrastrando los pies.

Jude continuó donde lo había dejado:

—¿Myrna apareció sin más con una recién nacida y nadie hizo preguntas?

—¿Qué había que preguntar? —respondió Millie con aspereza, como si la sola idea fuera insultante—. Myrna resbaló en el hielo y se rompió una pierna cuando estábamos visitando a los primos Coleman. Descubrió que estaba embarazada cuando la llevamos al médico. Gerald la trajo a casa para que se recuperara. Le dijimos a todo el mundo que estaba en cama, que no podía bajar las escaleras. Yo pasaba todos los días a ver cómo estaba. La gente le llevaba guisos y pasteles, pero ya sabes lo intratable que podía ser. No es que los vecinos se murieran de ganas de verla en persona.

Jude sabía que eso, al menos, era cierto.

—¿De verdad fue así de sencillo?

—¿Por qué no iba a serlo? —Millie despachó todas aquellas mentiras con un encogimiento de hombros—. Gerald le dijo a todo el mundo que Emmy Lou nació antes de que le diera tiempo a llevar a Myrna al hospital. El tío Rudy se sacó de la manga una partida de nacimiento. Yo puse el anuncio en el periódico. La madre de Taybee donó una foto vieja de un bebé. La tía Pauline dejó que Myrna se tomara un año de excedencia para estar con la niña. Emmy Lou era grande para su edad, pero el tío Enoch le recordaba a todo el mundo que los Coleman son grandullones.

Jude había olvidado lo fácilmente que mentían los Clifton cuando se trataba de protegerse entre sí.

—Y así, sin más, desaparecí.

—Fue el trato que hiciste. —Millie le clavó el dedo en el pecho—. Muy bien, señorita. Ahora me toca a mí. Has roto tu promesa. Gerald está muerto, pero Myrna sigue aquí. Por lo menos, en cuerpo. ¿Por qué has vuelto? Dime qué te propones.

A Jude le dieron ganas de reírse en su cara de manzana arrugada.

—A ti no tengo por qué darte explicaciones.

—¿Y a quién vas a dárselas, si no? Ya solo quedamos Nate y yo. Todos los demás están muertos. Nadie sabe que la abandonaste y no volviste a mirar atrás.

Jude luchó por no alzar la voz.

—¿Sabes cuántas veces he querido volver a casa?

Millie resopló, incrédula.

Tratar de justificarse ante aquella vieja odiosa era un ejercicio de locura, pero Jude no pudo contenerse. Había seguido la evolución de Emmy durante años a través del *North Falls Herald* y las páginas de Facebook de Celia y Tommy. Había hecho tantos planes, comprado tantos billetes de avión, escrito tantos correos y cartas que nunca había enviado…

—Sabía que ella era feliz —dijo—. Sabía que mi padre había cumplido su promesa de dejar de beber. Que la cuidaba. Que mi madre la quería sin reservas. Que Tommy y Celia la rodeaban de seguridad. Que tenía un hijo guapo y fantástico, mi nieto. Y sacrifiqué lo que quería, lo que anhelaba, lo que necesitaba para

recuperarme, porque no quería estropear todo eso. Por su bien. Por el de Cole. Y por ellos.

—Vaya, ahora va a resultar que eres una santa.

—Pues sí, lo soy. —La ira se encendió por sí sola. Millie solo había conocido a Martha de niña. Nunca había conocido a la Jude adulta—. ¿Por qué crees que no se lo he contado? Perdió a Gerald hace solo dos semanas. Lleva seis años perdiendo a la única madre que ha conocido. No voy a presentarme aquí después de cuarenta años para intentar reemplazar a Myrna. No se merece eso. Mi madre ha criado a una chica preciosa, inteligente, maravillosa. Se ha ganado morir en paz, si es posible.

—Mira quién quiere ser de repente una buena hija.

—Si no te das cuenta de que siempre he querido a mis padres, es que no entiendes cómo funciona el amor.

Millie arqueó una fina ceja.

—¿No se lo vas a decir?

—¿Para qué? —No dejaba de hacerse esa pregunta desde su llegada a Clifton. Había concluido que ella era la única persona a la que beneficiaría la verdad, lo que significaba que no había ningún beneficio en contárselo—. Me basta con que Emmy me acepte como hermana. Y si lo que quieres es que pague por mis pecados, tú sabes mejor que nadie que a veces conocer un secreto es más difícil que guardarlo.

—Imagino que todas esas paparruchas psicológicas te las han enseñado en California. —Millie volvió a fruncir el ceño, pero parecía estar reculando—. Voy a darte un consejo, bonita. Más vale que te andes con ojo con esa chica. Es más lista que tú. Se dará cuenta de lo que pasó. Y entonces ¿qué vas a hacer?

Jude se rindió.

—No lo sé, Millie. Le están pasando muchas cosas. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—¡Uy, no!

Se volvieron al oír la voz de Myrna.

—¡Mirad! —Señalaba la televisión—. ¡Chester se ha caído del caballo!

—¡No pasa nada! —le gritó Millie—. ¡Ya se está volviendo a montar! ¡Está bien!

Jude apenas escuchó la conversación. Myrna por fin se había despertado. Estaba mirándola. Una sonrisa educada se dibujó en sus labios. Jude también sonrió, aunque su madre no parecía haberla reconocido en absoluto. Podría haber estado mirando a un miembro del personal o a una desconocida que pasaba por allí. No fue más que un segundo. Luego, Myrna volvió a fijar la mirada en la tele.

—Es una estupidez hacerse ilusiones. —Millie nunca perdía ocasión de echar sal en la herida. Se acercó a trompicones al mando a distancia para bajar un poco el volumen—. No te conoce de nada.

Jude tuvo que tragarse su pena antes de poder hablar.

—¿A ti te reconoce?

—No, pero parezco más vieja que su abuela y no quiere ser maleducada.

Jude notó la tristeza en su voz. Debía de ser muy duro haber sobrevivido a todos sus seres queridos. Trató de arreglar las cosas al estilo de los Clifton.

—La verdad es que me cuesta creer que sigas en pie.

Millie soltó una risa áspera.

—Más me cuesta a mí, contra más vieja soy.

—«Cuanto más» —la corrigió Myrna—. Se dice «cuanto más».

La risa ligera de Emmy la precedió cuando entró en la habitación. Saludó a Jude como solía, con una inclinación de cabeza. Tenía el uniforme arrugado y llevaba una férula en la muñeca lesionada. Sostenía una antigua guía telefónica contra el pecho.

—A mamá nunca se le olvidará ser una pedante —comentó.

Jude sonrió, pero vio que Emmy miraba a Myrna con la misma esperanza de que la reconociera. No fue así. Nunca volvería a reconocerla. Se había ido definitivamente.

Emmy carraspeó justo como había carraspeado Jude. Dejó la guía telefónica sobre la mesa. Le dijo a Millie:

—Te has dejado esto en el coche.

—Bueno, si pierdo la cabeza, estoy en el lugar adecuado. —Millie Frankenstein se acercó al sillón y prácticamente se desplomó en el asiento—. Dile a Kaitlynn que me traiga rábano picante cuando

venga a recogerme. Ah, y pepinillos dulces, pero no el tarro grande. No quiero que se me echen a perder en la nevera.

—Sí, señora. —Emmy le hizo un gesto a Jude para que saliera con ella al pasillo. Como de costumbre, fue directa al grano—. Los *marshals* van a trasladar a Walton Huntsinger a Atlanta. Ha accedido a hablar con la policía de Texas sobre el caso de Hidalgo. Al parecer, la víctima era la hija de un senador. Hay mucha presión para que se resuelva el caso.

Jude cerró la puerta para no tener que gritar por encima de la tele.

—He hablado con mi contacto en el Centro. Tienen otros tres posibles casos que coinciden con viajes de Walton con la Brigada Dental. En todos se hicieron pruebas de ADN. Si alguna coincide con el de Walton, serán diecinueve víctimas.

—Dios mío —murmuró Emmy.

—Esto va a empeorar —le advirtió Jude—. Walton lleva mucho tiempo matando.

Emmy frunció el ceño, tensa.

—¿Y Virgil?

—El FBI está utilizando un *software* de reconocimiento facial para escanear las imágenes de las cámaras de seguridad de los aeropuertos regionales en un radio de ochocientos kilómetros desde el condado de Clifton. Ya han descubierto que Virgil salió en avión desde el de Augusta y el de Punta Gorda, en Florida. Usaba un carné de conducir robado que pertenecía a un estafador que está cumpliendo condena en la prisión estatal de Calhoun. En la foto se parecen mucho. No escogió el carné por casualidad.

—Calhoun está cerca de la frontera con Alabama.

—Nos estamos coordinando con la Oficina Estatal de Investigación —dijo Jude—. La OIG está interrogando al personal de Calhoun para averiguar quién le vendió el carné de conducir.

—Esos viajes clandestinos de Virgil ¿coinciden con los de Walton?

—Algunos sí —contestó Jude—. Pero hasta hace poco, como sabes, Virgil viajaba con la excusa de exhibir sus caballos. Creo que también actuaba solo. No tengo ninguna duda de que dejó una ristra de casos sin resolver. Con él va a ser más difícil. Sabía cómo

manipular las pruebas. Estoy segura de que borró su rastro. Puede que nunca sepamos a cuántas chicas y mujeres ha agredido.

Emmy apretó la mandíbula haciendo que sobresaliera el hueso, como siempre había hecho Myrna. Miró hacia el fondo del pasillo. La traición de Virgil era una herida que tardaría en curar. Jude se fijó en las delicadas hebras de sus pestañas cuando parpadeó para contener las lágrimas.

—Vale —dijo Emmy—. Tengo que salir de aquí.

Jude esperaba una de sus abruptas despedidas, pero Emmy le hizo un gesto para que la siguiera por el pasillo. Dejaron atrás el ascensor y se dirigieron a las escaleras. A las dos las había criado una mujer a la que no le gustaba andarse por las ramas. Jude se agarró a la barandilla para bajar los peldaños. Había dejado las botas de motera y los vaqueros en el motel. Los tacones y el traje pantalón eran un vestigio de su vida anterior.

Emmy se fijó en su atuendo mientras cruzaban el rellano.

—¿Sabe Hillary Clinton que le has robado su *look*?

—¿Sabe Andy Taylor que le has robado el suyo?

Emmy la miró extrañada.

—¿Quién es Andy Taylor?

—Enhorabuena. Por fin has encontrado la manera de ofenderme. —Jude la siguió por el siguiente tramo de escaleras—. Esta mañana estuve en Dooley hablando con Dale Loudermilk. No me habría dado ni la hora si me hubiera presentado con vaqueros y chupa de motorista. Así es como espera que se vista una agente del FBI y así es como tengo que vestirme.

Emmy se paró en el siguiente rellano.

—¿Qué te ha dicho?

—Hemos hablado sobre todo de música, pero al final conseguiré que se abra y me diga qué más sabe.

—Supongo que tienes derecho a parecer muy segura de ti misma.

—Estudié música en la universidad y he estado desempolvando mis conocimientos de música clásica para mantener su interés. —Jude bajó el resto de los peldaños para reunirse con ella en el rellano—. Cuando encierras a un psicópata, su personalidad tiende a aplanarse. La cárcel es solitaria. Se aburren casi todo el tiempo. Hay

que recordar que, cuando están fuera, todas las emociones que muestran, cada gesto que hacen, es una imitación. Como no saben ser buenas personas, se apropian de esos rasgos fijándose en las personas de su entorno. Voy a conseguir que Dale confiese mediante imitación.

—Esa descripción me suena.

—Virgil Ingram era un psicópata, de eso no hay duda.

Emmy se miró la férula de la muñeca y ajustó la correa de velcro.

Jude había aprendido a detectar las manifestaciones físicas del malestar de Emmy. La forma en que apretaba los labios. Sus evidentes intentos de controlar la respiración. Los desconcertantes cambios de tema. El carraspeo o el toquetear el teléfono, o el ajustarse la férula, como ahora.

—¿Estás más tranquila después de ver a Myrna? —preguntó.

Su tristeza era tan palpable que Jude la sintió en el pecho.

—Cuando la gente muere, tu relación con ellos no termina —dijo —. Encuentras nuevas formas de conectar con esas personas.

—No creo que nunca vaya a dejar de oír la voz de papá en mi cabeza, pero en el caso de mamá… —Emmy miró más allá de Jude, hacia las escaleras—. Es duro verla en la cama todo el día. Estaba siempre tan ajetreada… Avanzar, hacer planes, hacer algo. Pero se fue adaptando a su enfermedad. Al principio era manejable, luego fue empeorando poco a poco, hasta que cayó en picado. Si miro hacia atrás, han sido años, pero ahora mismo me parecen minutos.

Aquellos eran los momentos más difíciles con Emmy, esas conversaciones en las que Jude no sabía si el silencio ayudaba o si debía presionarla suavemente. Haber matado a Virgil era una carga que tendría que sobrellevar toda su vida, pero ese acto de supervivencia solo había añadido peso a la carga, aún más pesada, de la muerte de Gerald y la lenta marcha de Myrna hacia la tumba.

Jude lo intentó:

—Yo vivía en San Francisco a finales de los noventa, cuando salieron los inhibidores de la proteasa. Fueron los primeros fármacos que evitaban que el VIH se replicara hasta convertirse en SIDA. De repente, todos esos hombres y sus cuidadores, que habían estado viviendo en una especie de limbo, lidiando con la incertidumbre

diaria, sin saber cuándo iban a enfermar y a morir, recuperaron su vida. Estaban felices, evidentemente, pero los niveles de depresión y ansiedad se dispararon. Llevaban tanto tiempo viviendo sometidos a esa incertidumbre que de pronto les costaba vivir. Lo llamaron el síndrome de Lázaro. Volver de entre los muertos.

Emmy apretó los labios.

—Has pasado mucho tiempo cuidando de Myrna y Gerald. Está bien ser feliz. Apoyarte en la gente que te rodea. Dejarte a ti misma respirar.

—¿Por qué cuando hablaba con papá me sonaba a que me estaba dando un consejo y cuando hablo contigo me suena a galletita de la suerte? —preguntó Emmy.

Jude se encogió de hombros.

—Yo por lo menos uso adverbios.

Emmy empezó a bajar el siguiente tramo de escaleras. Se quedó callada hasta que llegó a la puerta de salida. Entonces se dio la vuelta y le dijo:

—Sé quién es Andy Taylor. Un día Myrna me sacó pronto del colegio porque en *El show de Andy Griffith* ponían el episodio de los pepinillos.

Fuera, el sol cortaba las nubes como una cuchilla. Jude buscó sus gafas de sol mientras seguía a Emmy por un camino sinuoso, hasta el jardincito con vistas a un estanque. Los pájaros piaban en los árboles. Los patos chapoteaban en el agua poco profunda. Todos los bancos estaban vacíos porque los pacientes de aquel lugar no pasaban mucho tiempo al aire libre.

Jude se sentó a una de las mesas de pícnic de cemento. La brisa que venía del agua la hizo estremecerse ligeramente.

—¿Cómo está Paisley?

—Está. —Emmy se sentó frente a ella. Volvió a tirarse de la férula —. Los médicos creen que podrá volver a caminar con ayuda. No saben cómo le quedarán las manos. Los daños psicológicos aún están por ver. Les dije a Carol y Elijah que hablaría con ella cuando estuviera lista, pero no sé cómo va a recuperarse de lo que le ha pasado.

—O te recuperas o no te recuperas. —Jude se quitó las gafas de sol. No podía dejar pasar la oportunidad de que Emmy se sincerara con ella sobre Virgil—. La negación tiene mala fama, pero puede ser muy útil temporalmente. El problema empieza cuando sigues en negación. Porque el trauma no desaparece. Se almacena en el cuerpo, sobre todo en el caso de los niños. Cuanto más intentan reprimirlo, más formas encuentra el cuerpo de expulsarlo.

Emmy la escuchaba con atención.

—¿Cómo?

Jude intentó que no pareciera que estaba dando una conferencia.

—Las personas con traumas son más propensas a tener problemas de salud mental, a la adicción a sustancias estupefacientes y a autolesionarse. Luego está el componente físico. Con el tiempo, el trauma puede modificar la química cerebral, causar enfermedades como deficiencias inmunológicas, enfermedades cardíacas… A veces incluso puede acortar la esperanza de vida.

Emmy volvió a apretar los labios.

—Ya no estamos hablando de Paisley, ¿verdad?

Jude entrelazó las manos en el regazo para no agarrar la de Emmy. Durante los doce días anteriores, solo había recibido de ella evasivas sobre lo sucedido en el sótano de Virgil. Rezó en silencio por que Emmy estuviera por fin dispuesta a hablar.

Emmy respiró hondo. Volvió la cabeza hacia el agua. Jude pensó que iba a cerrarse en banda, pero Emmy siempre la sorprendía.

—Cuando Adam salió de la cárcel, empecé a tener sueños en los que encontraba a Madison y a Cheyenne en el agua. Fue un alivio enorme dejar de tenerlos, pero ahora sueño con que mato a Virgil.

Jude vio que parpadeaba para contener aquellas lágrimas que nunca dejaba caer.

—Lo vi en la puerta y supe casi al instante que iba a dispararle. Nunca antes me había pasado algo así. No digo que no sea capaz de hacer mi trabajo, pero, normalmente, cuando las cosas se tuercen, lo que siento es estrés. Me pongo tan nerviosa que me olvido de respirar. Pero con Virgil no fue así.

Sus ojos se encontraron cuando por fin apartó la mirada del agua.

—Sentí una especie de quietud física. Estaba completamente tranquila. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. No me temblaban las manos. No se me aceleró el corazón. Vi con toda claridad que era él o yo, e hice lo que papá siempre me decía que hiciera. Cumplir con mi trabajo. Apreté el gatillo y maté a un hombre que me conocía de toda la vida, y no sentí nada.

—¿Qué pasó después? —preguntó Jude.

Emmy soltó una carcajada de sorpresa.

—Dios mío, odio que tengas razón. Salí y vomité hasta la primera papilla.

Jude tomó ejemplo de ella y respiró hondo para calmarse.

—La quietud de la que hablas es una respuesta al trauma. Solo hay tres reacciones posibles: luchar, huir o paralizarse. Ya sabes lo que es huir. Sientes el impulso de escapar, de marcharte. La paralización se describe a menudo como una forma de disociación. Te vas mentalmente a otra parte para no tener que encajar lo que le está pasando a tu cuerpo. Con Virgil, tu cerebro optó por luchar. La dopamina inundó el circuito de recompensa para reforzar tu comportamiento porque era lo que te convenía para sobrevivir.

De nuevo, Emmy la escuchaba con atención.

—Sentirse invencible puede ser muy estimulante. El problema surge cuando se buscan esos comportamientos para conseguir la recompensa de dopamina. Empiezas a traspasar los límites, a ponerte en peligro, a tomar malas decisiones solo por la emoción que despiertan, y te acabas haciendo daño.

—Eso suena a adicción.

—Es exactamente como una adicción. Ambas cosas operan sobre las mismas vías de recompensa. Ambas pueden alterar la estructura del cerebro y cambiar la forma en que procesa la información. —Jude se encogió de hombros—. ¿Por qué crees que se me daba tan bien mi trabajo? Es algo que también experimentan los asesinos en serie.

Un brillo de sorpresa apareció en los ojos de Emmy.

—Explícame eso.

—Hay personas que piensan que los asesinos en serie cometen errores porque quieren que los atrapen, pero la verdadera razón es

que están tan ansiosos como cualquier adicto. La primera vez que matan, experimentan un arrebato de euforia. La siguiente vez está muy bien, pero no es como la primera. Su cerebro ha desarrollado cierta tolerancia. Persiguen esa euforia forzando los límites, volviéndose más sádicos, más retorcidos, para desencadenar la reacción. El ansia hace que se descuiden. Lo único que les importa es sentir ese subidón.

—Lo mismo que los alcohólicos.

—Lo mismo que yo. Corrí riesgos absurdos y me metí en situaciones peligrosas. Perdí cosas muy importantes. Cosas que valoraba muchísimo. Que todavía valoro.

Emmy volvió a manipular las tiras de velcro.

—Lo que me preguntaste sobre Jonah… No me pegaba. Me empujó una vez por las escaleras estando embarazada, y me sentí muy vulnerable. Atrapada, si quieres que te diga la verdad, porque teníamos a Cole. Después de aquello, le dejé hacer lo que quisiera. Eso es lo que más me avergüenza. No hacía falta que me pegara porque yo siempre cedía.

Jude sintió un dolor en el corazón, como si un cristal se rompiera en millones de pedacitos. Ella tendría que haber estado allí. Podría haberla protegido.

—Emmy Lou, siento haberme perdido tantas cosas de tu vida.

Emmy arrugó el ceño.

—Te informo que hasta hace dos semanas ni siquiera sabías que existía.

Jude sintió que corría peligro de acercarse demasiado al sol, y se apartó.

—«De que», se dice te informo «de que» —dijo.

Esta vez Emmy no se rio. Respiró hondo y retuvo el aire en los pulmones un rato.

—La noche en que desaparecieron Cheyenne y Madison, papá me dijo una cosa, y no me di cuenta hasta después de que estaba hablando de ti.

Ahora fue Jude quien se quedó mirando el estanque. La disociación era desde siempre el mecanismo de defensa favorito de su cerebro. Intentó anclarse de nuevo al presente. Miró la férula que

ceñía la muñeca de Emmy. La correa blanca de su reloj. La estrella de *sheriff* de Gerald, que Emmy no se había prendido en el uniforme hasta hacía unos días.

Tomó prestada la frase de Emmy.

—Explícame eso.

—Estábamos hablando de errores y papá me dijo que había cometido todos sus grandes errores al principio. Que antes era demasiado rígido. Que había apartado a gente de su vida, que no podía cambiar lo que había pasado y que ya era demasiado tarde para disculparse. Dijo que había tenido que aprender a comportarse de otra manera. Aprender a perdonar.

Jude volvió a mirar el agua.

—A papá no le costaba perdonar —prosiguió Emmy—. Ni a los demás ni a sí mismo. Creo que lo que quería decir era que había pasado demasiado tiempo para que una disculpa arreglara las cosas entre vosotros. Intentó compensarlo cambiando de vida. Dejar de beber, ser mejor persona… Aprender a perdonar.

Su seriedad era conmovedora, pero Jude solo pudo pensar en el hecho de que un hombre que había tenido la fuerza de voluntad de cambiar de vida y había convertido el perdón en un pilar de su carácter hubiera echado de casa a su hija, renunciando a ella para siempre.

—He estado pensando en esa estadística que citaste sobre los secuestros dobles de menores. Dijiste que ha habido menos de una veintena de casos en Estados Unidos desde la década de 1970. Tú escribiste literalmente el manual sobre secuestros de menores. Tenías que saber lo de Cheyenne y Madison. ¿Por qué no volviste hace doce años?

—Es una buena pregunta —dijo Jude, pero solo para disponer de un momento para pensar la respuesta—. Habían secuestrado a dos menores vulnerables. No me pareció que fuera buen momento para un reencuentro familiar. Papá y tú necesitabais centraros en la investigación. No quería interferir, convertirme en protagonista en una situación así.

—Vale —contestó Emmy, pero no estaba claro si estaba aceptando su explicación o simplemente quería zanjar la cuestión—. Por fin he

entrado en el despacho de papá en casa.

Jude observó su rostro. Tenía la sensación de que aquello no era una de las evasivas habituales de Emmy.

—Habrá sido duro.

—Lo importante no es eso. Voy a decírtelo sin rodeos porque es la única forma que conozco de decirlo. Hace unos meses, papá le pidió a Cole que le enseñara a manejar la impresora. Creíamos que estaba imprimiendo fotos, pero encontré un álbum de recortes en el archivador. Había imprimido un montón de artículos sobre ti. El último era sobre cómo habías localizado por fin a esa chica, Talbot.

Jude sintió que perdía pie.

—No sé cómo, pero debió de hacer una búsqueda en profundidad en internet —añadió Emmy—. Te esforzaste mucho para que tu nombre no se vinculara con el caso de Freddy Henley, pero papá lo descubrió.

Fue incapaz de responder. Su padre había seguido su trayectoria. Sabía que había vencido a Freddy. Que había encontrado los cadáveres de sus víctimas. Que se las había devuelto a sus padres.

—Y eso no es todo —añadió Emmy.

Jude se rio para no echarse a llorar.

—La mañana en que lo mataron, papá estaba escribiendo una carta. Cole y yo lo sorprendimos escribiéndola y la guardó en una carpeta. Luego fuimos a casa de Adam Huntsinger y… —Emmy se encogió de hombros—. No llegó a terminarla. No está claro a quién se la estaba escribiendo, pero yo creo que era para ti.

El corazón de Jude empezó a batir como un tambor. Vio que Emmy se metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba una hoja de papel rayado doblada. Jude abrió su bolso, y se demoró buscando las gafas y abriendo el estuche. Solo le tembló un poco la mano cuando se puso las gafas. Desdobló el papel. Vio la fecha. La anticuada letra de Gerald.

Querida hija:

Pensaba que tendría que decirte un millón de palabras, pero, ahora que me siento a escribirlas, solo son tres. Estoy tan

Jude lo leyó de nuevo. Le dio la vuelta a la hoja. No había nada en el reverso.

—¿Esto es todo? «Estoy tan…» ¿y luego nada?

—Sí —contestó Emmy—. Es como un damero maldito inacabado.

—«Orgulloso» —dijo Jude, porque sabía que la carta de Gerald no iba dirigida a ella. Emmy vivía en su casa. Siempre la había llamado hija—. Esa es la tercera palabra. Quería que supieras que estaba orgulloso de ti.

—No, yo creo que la tercera palabra era «arrepentido». Te la estaba escribiendo a ti. Te estaba diciendo cuánto se arrepentía.

Jude apreció su generosidad, pero sabía que aquello era una fantasía.

—Nunca lo sabremos.

—Quizá —dijo Emmy—. Pero esa mañana papá tenía necesidad de disculparse. Nos llamó a Tommy y a mí a su despacho para decirnos que iba a ingresar a Myrna en una residencia. Dijo que ya no estaba, que la mujer que había sido nuestra madre había muerto, a todos los efectos. Y nos pidió perdón por haber esperado tanto tiempo para ingresarla en este lugar espantoso.

Jude dobló la carta que había dejado sobre la mesa, entre las dos.

—Me alegro de que no delegara en vosotros esa decisión. Es difícil de tomar.

—Me estás respondiendo con tópicos cuando estoy tratando de darte respuestas. —Emmy parecía exasperada—. Después de que le dispararan, papá y yo hablamos un momento, antes de que muriera. Me miró fijamente, y no estaba confuso ni desorientado. Estaba ahí, conmigo, y me dijo: «Dile a tu madre que lo siento».

El mundo dio otro vuelco. Jude se obligó a seguir mirando a los ojos a Emmy, a pesar de que empezaba a notar un sudor frío. ¿Lo había descubierto Emmy? ¿Intentaba decirle que lo sabía?

—Se lo conté a mamá unos días después.

Jude contuvo la respiración. Le temblaban las manos.

—Me sentí como una idiota, pero se lo conté. No entendió de qué le estaba hablando. Mamá no se acuerda de mí, y mucho menos de que soy su hija.

Jude intentó serenarse. La mala conciencia que sentía por su secreto la estaba haciendo llegar a conclusiones precipitadas. Se estaba comportando como una sospechosa durante un interrogatorio. Iba a cometer un error absurdo.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Lo obvio. Piénsalo. Papá ya nos había pedido perdón a Tommy y a mí esa mañana. Luego me dijo que le dijera a mamá que lo sentía. De modo que solo quedabas tú. Papá te estaba escribiendo esa carta para pedirte perdón. —Emmy desplegó el papel y lo alisó sobre el cemento—. Querida hija, estoy tan arrepentido.

El viento levantó las esquinas de la hoja. Jude se quitó las gafas. Las dobló y las guardó en el estuche. Era Emmy quien se estaba perdiendo algo. La mañana de su muerte, Gerald Clifton había dicho que su esposa estaba muerta a todos los efectos. Sabía, mientras yacía en la calle, que él también estaba a punto de morir. El acuerdo al que habían llegado cuarenta y dos años antes quedaría zanjado. Jude había prometido que no volvería a pisar el condado de Clifton hasta que sus padres hubieran muerto. De modo que no era el perdón de Myrna el que buscaba Gerald.

Buscaba el perdón de la madre de Emmy; o sea, el de Jude.

—Mierda. —Emmy se había sacado el teléfono del bolsillo para leer un mensaje—. Taybee me ha pedido, o mandado, más bien, que lleve ensalada de patata a la comida. Pregunta si tú puedes hacer los huevos rellenos. Tengo las recetas de Myrna. Podemos prepararlo todo juntas, si quieres.

Jude miró el llamativo azul claro de los ojos de su hija.

—Vale.

Agradecimientos

Gracias siempre en primer lugar a Kate Elton y Victoria Sanders: veinticinco años ya, chicas. Qué fuerte, ¿no?

También quiero dar las gracias a mi cofrade Bernadette Baker-Baughman, así como a Diane Dickensheid, Christine Kelder y al equipo de VSA. Gracias también a Hilary Zaitz Michael por aportar su magia.

En William Morrow, gracias en especial a Emily Krump, Liate Stehlik, Heidi Richter-Ginger, Jessica Cozzi, Rachel Berquist, Jen Hart, Kaitlin Harri, Chantal Restivo-Alessi y Julianna Wojcik. En HarperCollins internacional, muchísimas gracias a Jan-Joris Keijzer, Miranda Mettes, Kathryn Cheshire y, por último pero no por ello menos importante, a Liz Dawson por su asombrosa erudición y su tesón inquebrantable.

En el proceso de documentación, David Harper respondió con su paciencia y amabilidad de costumbre a mis peculiares preguntas médicas; John Capo y Charity Norton aportaron importantes detalles jurídicos; Sherry Lang me ayudó muchísimo con sus conocimientos sobre la investigación de secuestros y sustracciones; P. S. me echó una mano con el organigrama de las fuerzas policiales, diversas cuestiones de procedimiento y otras cosas que me hacen parecer más lista de lo que soy en realidad; Maggie Cherneff y Christina Lim, de Snap, respondieron a algunas preguntas importantes sobre seguridad. Gracias a todas las personas que he nombrado y a las que no he nombrado por prestarme sus conocimientos. Como es obvio, cualquier posible error es mío.

Leo Berry-Lawhorn ganó la subasta de Charitybuzz «Da nombre a un personaje» y le cedió tan dudoso honor a Michael Berry-Lawhorn,

que espero que haya quedado contento con su total transformación en un traje de tyvek inflable.

A mi padre: me alegra que aún sigas aguantando. Y a D. A. : nunca soy tan feliz como cuando estoy contigo.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





Por eso mentimos

Slaughter, Karin
9788410643093
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Aquí todos mienten, pero solo uno es el asesino…

Bienvenido al Albergue McAlpine: un refugio remoto en la montaña, un oasis de paz y tranquilidad.

Excepto que aquí todos mienten. Mienten sobre su pasado. Mienten a su familia. Se mienten a sí mismos.

Una noche, Mercy McAlpine —hasta entonces la buena hija— amenaza con revelar los secretos y miserias de todos. Apenas unas horas después, Mercy está muerta.

En una zona tan apartada, es fácil cometer un asesinato sin que nadie se dé cuenta, pero Will Trent y Sara Linton están aquí de luna de miel.

Ahora, con el asesino dispuesto a atacar de nuevo, las vacaciones se convierten en una carrera contrarreloj...

«La seguiría a cualquier parte». **Gillian Flynn**

«Pasión, intensidad y humanidad». **Lee Child**

«Lectura compulsiva». **Clare Mackintosh**

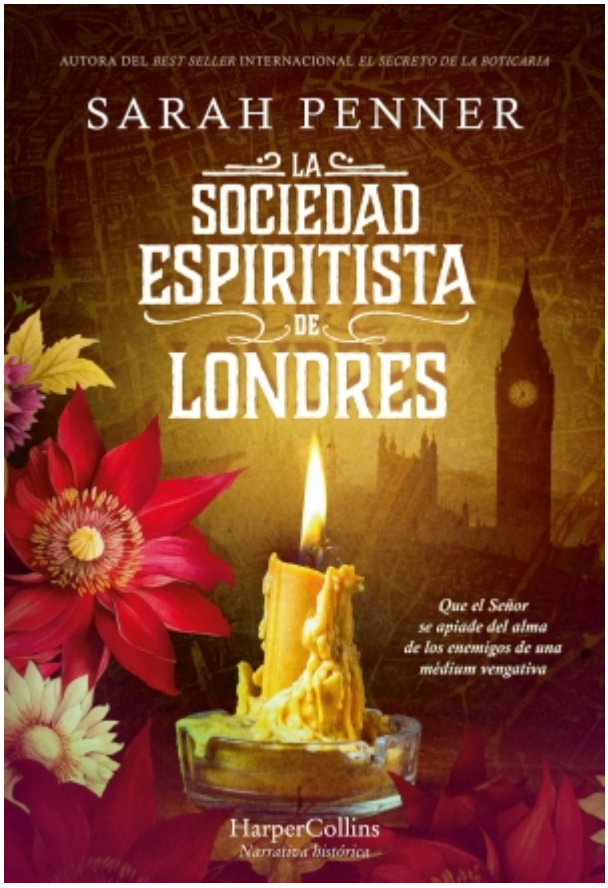
«Totalmente absorbente». **Adele Parks**

«Una gran escritora en la cima de su carrera». **Peter James**

«Una joya oscura y sofisticada». **Janice Hallett**

«Sus heroínas son creíbles, imperfectas y valientes». **Oyinkan Braithwaite**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La Sociedad Espiritista de Londres

Penner, Sarah

9788491399926

336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

De la autora del espectacular éxito de ventas *El secreto de la boticaria*, nos llega ahora una fascinante historia sobre dos mujeres audaces que persiguen la verdad y la justicia mediante el peligroso arte de invocar a los muertos.

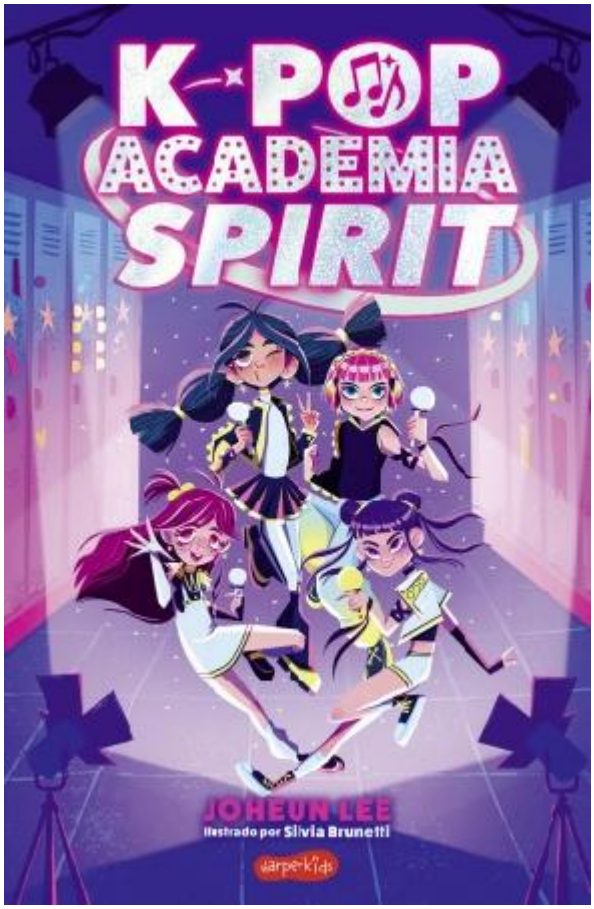
1873. En un *château* abandonado de las afueras de París está a punto de comenzar una lóbrega sesión de espiritismo a cargo de la célebre médium Vaudeline D'Allaire. Mundialmente famosa por su pericia para invocar a espíritus de víctimas de crímenes con el fin de identificar a sus asesinos, está altamente solicitada tanto por viudas como por investigadores.

Lenna Wickes ha viajado a París en busca de respuestas a la muerte de su hermana, pero para encontrarlas tendrá que abrazar lo desconocido y superar sus prejuicios racionales contra las ciencias ocultas. Cuando Vaudeline recibe una carta que la invita a ir a Inglaterra para resolver un asesinato que está en boca de todo Londres, Lenna la acompaña en calidad de aprendiz. Nada más formar equipo con los poderosos hombres de la exclusiva Sociedad Espiritista de Londres para resolver el misterio, empiezan a sospechar que, además de intentar resolver un crimen, quizá estén involucradas en uno...

Escrita con una tensión que atrapa y una prosa seductora, *La Sociedad Espiritista de Londres* es una historia fascinante que borra las fronteras entre la verdad y la ilusión y revela los grandes riesgos que las mujeres están dispuestas a correr para vengar a sus seres queridos.

Que el Señor se apiade del alma de los enemigos de una médium vengativa.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



K-POP: ACADEMIA SPIRIT (Libro 1)

Lee, Joheun

9788410647671

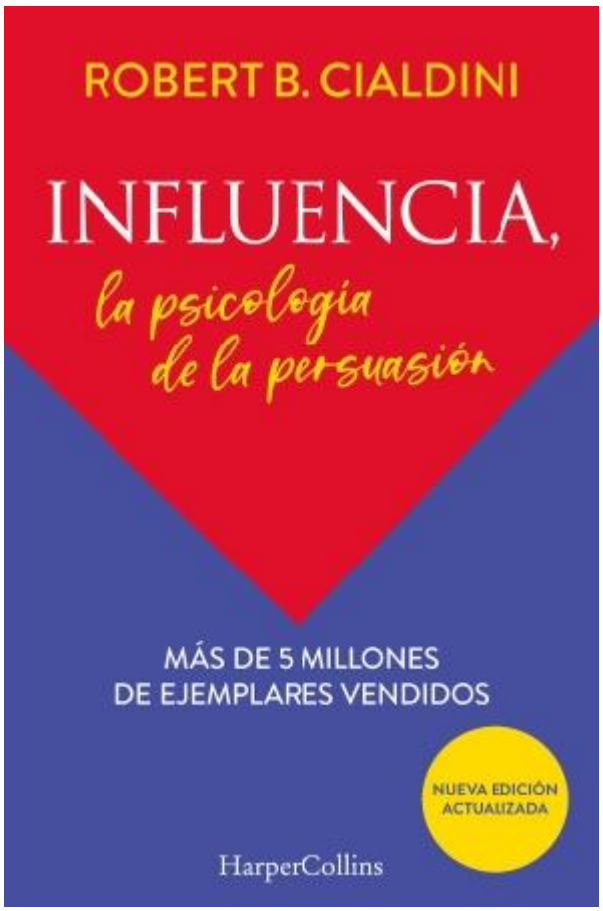
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sanha ha entrado en la mejor escuela de K-pop del mundo. ¡¡No se lo puede creer!! Le gusta cantar, pero… sufre pánico escénico y siempre ha vivido a la sombra de su hermana, una megaestrella de la canción.

Un día, por casualidad, descubre el secreto mejor guardado de los profesores de Spirit y Sanha pasa de ser una novata a estar en el grupo de los escogidos, todo mientras ensaya coreografías. Entonces, un peligro de lo más monstruoso amenaza la academia y a millones de fans. ¿Podrá el talento de Sanha y sus nuevas amigas vencer a los enemigos que quieren acabar con la música?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:
https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las sanadoras de la luna

Becker, Elizabeth
9788410644656
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia mágica sobre madres e hijas, un amor inesperado y un don que puede ser el peor de los castigos.

Durante generaciones, las mujeres Winston han poseído el mágico don de sanar con sus manos. Un legado familiar oculto que ha

pasado de madres a hijas. Sin embargo, no todas las sanadoras han cumplido la promesa de transmitir sus conocimientos a sus descendientes…

Louise Winston está a punto de dejar su pueblo para ir a la universidad y cumplir su sueño. La noche que su amigo Peter le confiesa lo que siente por ella, no se imagina que un terrible accidente va a cambiarle la vida para siempre, también la de él. Esa noche un poder que desconocía se revela como nada que haya conocido jamás.

Desesperada por encontrar respuestas a algo inexplicable, Louise y su madre deciden refugiarse en la exuberante huerta de su abuela en los Apalaches. Allí, averiguará la verdadera historia familiar gracias al viejo diario rojo de su bisabuela.

Y cuando Louise empieza a abrazar su legado único, descubrirá que decidir sobre la vida y la muerte tiene también consecuencias inesperadas…

«Maravillosamente escrita y con una construcción impecable de personajes. Esta novela mágica y curativa atraviesa generaciones de madres e hijas con un regalo precioso e imposible». **Jillian Cantor, autora *best seller* de *Beautiful Little Fools***

«Un libro profundamente emotivo que explora los dilemas morales de la vida y la muerte». **Dana Elmendorf, autora de *In the Hour of Crows***

«*Las sanadoras de la luna* teje una historia de amor lírica y mágica sobre madres e hijas y los lazos que nos unen a través de generaciones». **Katharine Schellman, autora de *Last Call at the Nightingale***

«Una conmovedora historia de amor, legados familiares, secretos ocultos y el poder extraordinario que hay dentro de todos nosotros». **Patti Callahan Henry, autora *best seller* de *The New York Times***

«Una obra maestra. La novela de Elizabeth Becker es una exploración brillante y llena de matices que muestra la magia que somos capaces de conferirle tanto a los demás como a nosotros mismos». **Jeffrey Dale Lofton, autor de *Red Clay Suzie***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)